

DE LA IMITACION  
DEL  
SAGRADO CORAZON DE JESUS.





MARTINEZ G.

Aprended de mi, que soy manso, y  
humilde de corazón. (Mat<sup>2</sup> 11, 29)

DE LA IMITACION  
DEL  
SAGRADO CORAZON DE JESUS.

DIVIDIDO EN CUATRO LIBROS.

OBRA ESCRITA EN LATIN

por el Rdo. P. J. Arnoldo,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL Pbro. D. FELIPE VELAZQUEZ Y ARROYO,

*Licenciado en Sagrada Teología.*

---

CUARTA EDICION.



CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

MADRID:  
LIBRERÍA DE D. MIGUEL OLAMENDI,  
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6.

—  
1877.



DE LA BIBLIA

DEL

# SAGRADO CORAZON DE JESUS

INSTRUCION A LOS NIÑOS

DE LA ESCUELA DE LA

por el Sr. D. J. G. G. G.

DE LA ESCUELA DE LA

DE LA ESCUELA DE LA

POR EL P. D. J. G. G. G.

DE LA ESCUELA DE LA

DE LA ESCUELA DE LA



DE LA ESCUELA DE LA

MADRID

LIBRERIA DE D. MIGUEL GOMEZ

---

Imprenta de Alejandro Gomez Fuentenebro,  
Bordadores, 10.



NOS EL DOCTOR D. JOSÉ DE LORENZO Y ARAGONES,  
PRESBITERO, VICARIO ECLESIASTICO DE ESTA VILLA Y  
SU PARTIDO, ETC.

Por la presente y por lo que á nos toca concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el libro titulado *Imitacion del Sagrado Corazon de Jesus*, escrito en latin por el P. J. Arnoldo, de la Compañia de Jesus, y traducido al castellano por el Sr. D. Felipe Velazquez Arroyo, mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid quince de Febrero de mil ochocientos sesenta y cinco.—DOCTOR LORENZO —*Por mandado de S. S.*—LIC. JUAN MORENO GONZALEZ.



NOTA DEL DOCTOR D. JOSE DE LOPEZ Y ARAGON  
PRESIDENTE, VICARIO ENCARGADO DE ESTA VILLA Y  
SU PARTIDO, ETC.

Por la presente y por lo que a nosotros  
corresponde en esta escuela para  
que pueda imprimirse y publicarse  
el libro titulado "Vocabulario de la Lengua  
de Coras de Jara" escrito en latin  
por el P. A. Argente, de la Compañia  
de Jesus, y traducido al castellano  
por el Sr. D. J. M. y J. M. de las Casas Arto  
y, mediante que de nuestro orden  
ha sido examinado, y no contiene  
nada de censurable, por lo que con  
fianza al doctor cede y se le  
cede. Madrid quinientos de febrero de mil  
ochocientos sesenta y cinco. — Doctor  
Lopez — P. A. Argente de Jara —  
El Sr. D. J. M. y J. M. de las Casas Arto



## EL TRADUCTOR Á LOS LECTORES.

---

*Ni una palabra escribiremos en elogio del libro que hemos tenido el atrevimiento de traducir: sólo dejaremos consignadas dos cosas, que nos parecen verdaderamente notables. Primera: clasificamos sin ningún género de duda este libro como el Kempis del siglo XIX, sin que absolutamente en nada sea nuestro designio rebajar el mérito de aquel tesoro de las almas, puesto que Dios suscita en todos los tiempos escritores para todas las épocas y para todas las condiciones de la vida. Segunda: advertimos que está compuesto y escrito el presente por el R. P. J. Arnoldo, de la Compañía de Jesus, y está dicho todo.*

*Sentimos haberle traducido, porque hay bellezas en el original que no pueden verterse tal cual ellas son, en otro idioma; pero nos ha sido necesario traducirlo, porque hay bellezas que pueden traducirse, y que es indispensable que todo el mundo las conozca. Por razones y circunstancias independientes de nuestra voluntad, la version al castellano se ha precipitado algo más de lo que nosotros hubiéramos querido; por esto contamos con la indulgencia de los que lean, en los defectos que en el libro encontraren.*

*Pero si sentimos haberle traducido, también al mismo tiempo nos damos la enhorabuena, y nos regocijamos en el mismo Santísimo Corazon de Jesus, asunto de esta obra, por habernos resuelto á traducirla; y esto por*

*tres razones: es la una el habernos consagrado, tal cual nos ha sido posible, á dar á conocer en nuestro idioma esta obra de un P. Jesuita; y sirva esto como de testimonio del cariño y la gratitud que profesamos á la Compañía de Jesus por lo que ella vale, y por los inolvidables beneficios que de ella recibimos en nuestra primera educacion. Es la otra el habernos ocupado de un libro que parece ha sido escrito dentro del mismo Sacratísimo y bienaventurado Corazon de Jesus. Es, finalmente, la última, el figurársenos haber hecho un bien de suma trascendencia procurando que libro de tan reconocido mérito pueda ser leído, no solamente por eclesiásticos y personas competentes en el idioma latino, sino por toda clase de personas, y por aquéllas especialmente (que por dicha no son pocas) que en el ejercicio de la oracion y en el recogimiento de la vida interior aspiran á la suma perfeccion.*

*Réstanos ahora, y para no faltar á costumbres generalmente admitidas, hacer la dedicatoria de nuestro ínfimo trabajo; y puesto que el libro en latin está exclusivamente consagrado al Santísimo Corazon de nuestro amado Jesus, obligatorio y muy consolador nos ha parecido dedicar su version al castellano al Dulcísimo é Inmaculado Corazon de María Santísima, Madre de Jesus y Madre nuestra. La Señora lo acepte segun la munificencia de su amor; la Señora nos acompañe en la vida, nos ampare á la hora de la muerte, y despues de este destierro nos lleve á disfrutar las verdaderas delicias de la eternidad.*

## PROLOGO DEL AUTOR.

1. Es devocion especial y antiquísima entre todas, y sobre todas la devocion del Sacratísimo Corazon de Jesus, Hijo de Dios. Antes que existieran los Santos Sacramentos y otros objetos de devocion, ya la bienaventurada Virgen María reverenciaba el Dulcísimo Corazon de su Jesus; ya San José abrazaba aquel Corazon; ya los Pastores y los Magos, ya Simeon y Ana, ya los Apóstoles y los Discípulos, á él y por él eran atraídos, en él estudiaban y á él amaban. Pero desde que Jesucristo llamó á todos los hombres para que aprendiesen que era «manso y humilde de corazon;» desde que sacó de los tesoros de su mismo divino Corazon, como preciosísimo don, el Sacramento de la santísima Eucaristía; desde que permitió que su Corazon fuera rasgado en la Cruz y permaneciera abierto como refugio de todos, desde entónces se aumentó vehementemente la devocion á su divino Corazon. De aqui el que los Padres de la Iglesia la profesaran ternísima, y re-



ligiosísimamente la recomendaran. Los Santos, finalmente, de todos los siglos fueron devotos del Corazon de Jesus. Pero al acercarse la plenitud de los tiempos en que había decretado que todos participaran de las riquezas de su Corazon, apareció la benignidad del Salvador, y Él mismo reveló ser su voluntad que la devocion á su sacrosanto Corazon fuera desde entónces especialísima, asegurando y prometiendo derramar abundantísimamente sus gracias sobre aquéllos que se consagrasen al culto particular de su Corazon.

2. Objeto de este culto es el mismo Corazon de Jesus. Habiendo en Jesucristo dos naturalezas, divina y humana, y una sola persona divina, el Corazon de Jesus es el Corazon de la persona divina, es el Corazon del Verbo Encarnado. Y puesto que esta persona divina ha de ser adorada con culto supremo, supremo tiene que ser tambien el culto que se tribute al Santísimo Corazon de Jesus, que no puede ser separado, y del cual ni áun prescindirse puede en la persona divina. Esta es la verdad católica que ha pulverizado los errores que se la oponían.

3. El fin de esta devocion es, en suma, triplicado. El primero es, ciertamente, que retribuamos á Jesus nuestro amor por el

inmenso amor que nos profesa, y cuyo símbolo es su Corazon, que tanto y tan grande hizo y padeció por nosotros, y con el cual nos enriqueció con el preciosísimo y suavísimo Sacramento de la Eucaristía. El segundo fin es para que por medio de nuestra fervorosa piedad compensemos cuanto esté de nuestra parte todas las injurias con que en todos tiempos fué, y aún es hoy, ultrajado este Santísimo Corazon, que Él mismo nos manifestó como asiento de todos sus afectos. El tercer fin es, últimamente, que, imitando lo que veneramos, nos revistamos de los mismos afectos, de los sentimientos mismos que animaron el Corazon de Jesus en su vida activa y pasiva, y que le animan hoy en su vida sacramental y bienaventurada.

4. De la antigüedad, pues, del objeto del múltiple fin de esta devocion, se deduce que es la mejor, la más sólida, la más fructuosa y la más consoladora entre todas las devociones. Pero como el imitar lo que veneramos es el compendio de la Religion, y los demas fines están comprendidos y se ejercen en la verdadera imitacion, ofrecemos este opúsculo á todos, para explicar, y, en cuanto sea posible, dirigir esta imitacion.

5. Esta obrita en que tú, lector, tienes



una suma de la teología ascética, que abraza, ya la doctrina, ya la práctica de la vida espiritual é interior, te suministrará extensa materia de meditacion para todo un año. Podrás tambien repetir esto mismo todos los años, investigar más y más, é imprimirlo más profundamente cada dia en el espíritu y en el corazon. Podrás, si te agrada, partiendo desde el principio, leer sin interrupcion hasta el fin de la obra, ó, procediendo desde el mismo principio, interrumpir alguna vez su curso regular, ya porque alguna necesidad ó utilidad tuya te llame á otra ocupacion, ya cuando tu devocion, en aquellos dias en que te acerques á la sagrada Comunión, te invite á leer el último libro.

6. No se propone aquí, como suele hacerse en los libros que suministran materia para meditacion, todo lo que es comun y general, sino lo particular y especial, ya para evitar el mal, ya para practicar el bien, y esto ciertamente por gravísimas razones. Primeramente para que ninguno camine á lo incierto, ni azote al aire, intentando y acometiendo cuanto al paso se le presente, sin obtener resultado ni beneficio; despues, para que teniendo á la vista constantemente un asunto determinado, emplee todo el conato y todo el vigor, ya

de la meditacion y de la oracion, ya del exámen y de las buenas obras, en rechazar lo que es rechazable, y en alcanzar lo que debe adquirirse; finalmente, para que, destruyendo todas y cada una de aquellas cosas que son como causas ó raices de los otros males, los destruya todos con más facilidad y con mayor eficacia; y para que, aprendiendo y adquiriendo aquellas virtudes capitales de que Jesucristo nos dió esclarecido ejemplo en la humildad y en la caridad de su corazon, adquiera con mayor libertad y con más seguridad todas las demas virtudes.

7. Para que el que maneje esta obra pueda comprenderla mejor y más profundamente, y más fácil y más afectuosamente meditarla, se señalan en cada capítulo los lugares convenientes de la *Imitacion de Cristo*; de tal manera, que en el todo de este libro queda indicada ciertamente toda la imitacion de Cristo.

8. En cuanto al modo de escribirle, aún cuando es indudable que no se ha de anunciar el testimonio de Cristo con la sublimidad del lenguaje ó de la sabiduría, no consistiendo el reino de Dios en la palabra sino en la virtud, nos ha parecido conveniente cuidar con el mayor esmero de dos cosas: la una, que el estilo sea confor-

me con el asunto de que se trata : la otra, que el lenguaje sea bastante puro y castizo.

9. Debemos, por último , advertir que la índole de este opúsculo no es tanto para que se lea á otros públicamente, cuanto para que el que quiera usarle lea sólo para sí. Tal es la forma, tal es su diálogo , que si quieres saborearle , debes en cierta manera conversar sólo y con solo Jesucristo, boca á boca y corazon á corazon.



---

## DIRECTORIO

### PARA EL LIBRO PRIMERO.

---

1. El que quiera conseguir para su bien todo el fruto de esta obra, debe comprender rectamente el objeto de cada libro, emplear con acierto los medios que se proponen para llegar al fin, y vencer con diligencia los obstáculos que se opongan á su consecucion. Razon por la cual, y para dirigirse con la mayor seguridad, trataremos, ántes de entrar en cada libro, de estas tres cosas, brevemente y con claridad.

2. El objeto del libro primero es libertar al corazon, en primer lugar, de las manchas de los pecados; despues, del amor del mundo inicuo, y, finalmente, del amor desordenado de sí mismo. Y esto puede entenderse de tres maneras y alcanzarse por otros tantos grados, que son:

Primero. Que libres tu alma de todo pecado mortal, y hasta del amor del mundo depravado y del amor desordenado de tí mismo, para que de hecho prefieras á Dios, tu Criador y tu Salvador, sobre todas las cosas, de tal manera, que por ninguna, cualquiera que ella sea, quieras ofender mortalmente á la Majestad divina.

Segundo. Que libres tu corazon de todo pecado venial deliberado, del amor del inicuo mundo y del amor desordenado de tí mismo, de tal manera que ni por la adquisicion de todo lo criado, ni áun por la conservacion misma de la vida, consientas en cometer con d eliberacion un solo pecado venial.

Tercero. Finalmente, que te purifiques de aquellas imperfecciones que te es fácil evitar con una exquisita fidelidad á la gracia divina, disponiéndote de tal modo que aborrezcas el mundo y detestes todo afecto desordenado hácia tí mismo.

De esto se deduce que todos los que principian, los que aprovechan, y hasta los ya perfectos, pueden usar con utilidad este libro, y volver á repetir su lectura. Pues, *creedme*, dice San Bernardo, *lo que se ha podado retoña, lo huido vuelve, lo extinguido se enciende de nuevo, lo adormecido despierta otra vez. Poco es podar una vez sola: es necesario podar muchas veces; siempre, si es posible: porque, si quieres confesar la verdad, siempre hallarás alguna cosa que podar.*

Por eso te ruego tengas presente con sumo cuidado que la purificacion perfecta del corazon es cosa de muchísima importancia, y de la cual depende todo lo demás en la vida espiritual. El motivo principal de que se encuentren tan pocos que hallen fácil y amena la senda de la virtud, tan pocos que perseveren en el aprovechamiento con libertad y constancia, tan pocos que lleguen á la union divina, tan pocos, por último, que disfruten áun en esta vida los bienes ofrecidos por Dios á los limpios de corazon, es porque muy po-



cos se purifican perfectamente en el interior. Muchos trabajan mucho, pero aprovechan poco: frecuentemente se ven obligados á empezar de nuevo: apénas, y casi ni áun apénas, gustan la suavidad de la virtud: llevan la Cruz, pero no participan de su suavísima uncion; y áun cuando puedan salvarse, con todo, se privan á sí mismos de inmensa dicha y gozo por toda la eternidad, y á Dios de aquella gloria grande, que fácilmente hubieran merecido si perfectamente se hubiesen purificado. Esta es la razon porqué el demonio nada procura impedir tanto como la íntegra pureza del corazon. Nos permite entregarnos con sosiego á las virtudes y al estudio de la perfeccion, con tal que descuidemos la limpieza del alma. Sabe que de este modo caerémos en ilusiones, y que jamás adquirirémos virtudes sólidas y verdaderas, y mucho ménos la verdadera perfeccion. Y es frecuente engaño de que han de guardarse mucho almas que todavía no estén bien purificadas, el querer, por ejemplo, purificado superficialmente el corazon, pasar inmediatamente á comunicar en la vida interior con el mismo Jesucristo con toda familiaridad; recrearse con Él mismo entre las flores de la virtud; gozar suavísimos frutos; ó bien, lo que es más peligroso todavía, descuidados en purificar perfectamente su alma, aspirar á la íntima union con Jesucristo y á participar de la beatífica dulzura de su amor. Otras ilusiones hay, á que están muy expuestas las personas que principian la vida espiritual; á saber: practicar hasta el exceso la mortificacion exterior, y querer con seguridad obtener con

obstinacion interior y como por fuerza, ya verse libres de lo que molesta, ya conseguir aquello que se desea, ya fomentar el temor hasta el desfallecimiento del ánimo. Pero estas ilusiones, aún cuando peligrosas, no son ni tan comunes ni tan fatales como aquella que arrastra á la criatura al abandono de la purificacion interior.

3. A esta, pues, debes consagrar todos tus desvelos; cuidando, en primer lugar, de que, una vez convencido de que tu destino es la bienaventuranza eterna, conozcas perfectísimamente bien toda la malicia y toda la desgracia del pecado, y, en cierto modo, veas en tu alma la deformidad causada en tí por el mismo pecado: en segundo lugar, que adquieras un conocimiento perfectísimo de la vanidad y de la depravacion del mundo, é íntimamente te penetres de la miserable suerte que sufren en la otra vida los que se perdieron por el mundo: y en tercer lugar, que verdaderamente te conozcas á tí mismo, que conozcas lo que has llegado á ser por tus culpas, tu propia miseria, y á dónde irás á parar guiándote por tí mismo.

No es bastante para conseguir todo esto leer precipitadamente el libro; conviene meditar con atencion y esmero lo que en él se dice, y ponerlo por obra. En esta obra, no tanto se explican como se indican las cosas, y es, en primer lugar, para que, reconcentrándote en tu interior, procures tú explicártelas y aplicártelas á tí mismo: luégo, para que excites los afectos del corazon, y pidas á Dios lo que necesites, segun el estado de tu alma; y, finalmente, para que encuentres sabor in-

terno y fruto más abundante. Meditando de este modo, deseando piadosamente, pidiendo con insistencia, entenderás mejor las materias, y trabajarás con mayor fruto; y á su vez el Señor premiará estos desvelos con la generosidad de su Corazon, y los bendecirá con su gracia. Todo lo cual has de entender, no solamente del libro primero, sino de todos los demás.

4. De dos modos principalmente puede usarse este libro; ambos segurísimos, ambos facilísimos, como consta de la experiencia de muchos, aun no literatos, que consagraron horas enteras á la meditacion, sin hastío y con señalado fruto.

El primer modo es acomodado especialmente á los principiantes, que, no muy acostumbrados todavía á la oracion mental, no pueden ejercitarse en continuos razonamientos. No hay, sin embargo, inconveniente en que otros mediten tambien de esta manera, particularmente si no se hallan preparados de tal modo, que puedan meditar cosas más profundas. =

✠ Reza, pues, lo primero la oracion preparatoria, que sea siempre la misma, y que puede ser la siguiente:—«Une á tí, Jesus y mi Señor, todos mis sentimientos, purifica mi corazon de todo vano y perverso y extraño pensamiento, para que digna, atenta y devotamente pueda consagrar en esta oracion mis sentidos corporales y las potencias de mi alma á tu gloria y mi salvacion, y merezca ser oido en la presencia de tu Divina Majestad; por tu sacratísimo Corazon. Amén.»—«Jesus y Señor mio, en union de aquella intencion



divina de tu Corazon, con que Tú mismo alabaste á Dios en la tierra, yo te ofrezco esta oracion.» Dicha la cual ponte algunos momentos en la presencia de Dios, bien en el misterio que más te convenga, ó bien manifestado en el Tabernáculo sagrado. Pide, finalmente, con el mayor fervor el fruto de la meditacion en que te vas á ocupar, y sea cualquiera el modo con que la hagas.

Si pues te vales del primer modo de meditar: 1.º Lee despacio y con atencion uno ó algunos versículos, segun sea tu necesidad ó tu utilidad. 2.º Considera cuán verdadero es lo que entónces acabas de leer; cuán verdadero lo han creído los Santos y todos aquellos que ambicionaron librar sus almas de la perdicion eterna, y cuán verdadero lo has de creer tú mismo á la hora de la muerte. 3.º Examínate á tí mismo, reflexionando cómo en esto te has conducido hasta hoy, en las costumbres y en los hábitos; si bien, da gracias á Dios, atribúyele á Él la gloria, y no dejes de pedir la gracia para continuar bien y mejor y perfectamente: si, por tu desgracia, mal, arrepiéntete, haz actos de contricion, y pide perdon. 4.º Forma un propósito firme de la enmienda, ó de mayor aprovechamiento; eligiendo los medios á propósito, é implorando la gracia para llevar á cabo tu resolucion. Concluido lo cual, si no ha terminado el tiempo que destinaste á la meditacion, pasa á otros versículos, y continúa así por el mismo orden.

Pero si te vales del segundo modo de meditar, despues de haber principiado de la manera arriba dicha: 1.º Ejercita la memoria,

leyendo ó recordando la materia de la meditacion. 2.º Ejercita el entendimiento, racionando, primero, acerca del asunto de la meditacion, y discurriendo por las causas y por los efectos; investigando, segundo, qué has de deducir de allí para la práctica; tercero, cuáles son las razones ó motivos apremiantes; cuarto, cómo has obrado hasta aquí; quinto, qué harás en lo sucesivo; sexto, qué obstáculos hayas de vencer; sétimo, qué medios hayas de elegir. 3.º Ejercita la voluntad, excitándote, primero, á convenientes y piadosos afectos, y haciendo actos internos; segundo, formando buenos propósitos particulares, acomodados al estado presente de tu alma; tercero, pidiendo con instancia la gracia para ti y para los demás.

+ Por último: 1.º Entabla un coloquio con Jesucristo por medio de la efusion de tu corazon. 2.º Reza una oracion, para concluir, semejante á la primera: — «Señor mio Jesucristo, que por un nuevo beneficio te dignaste abrir á tu Iglesia los tesoros inefables de tu Corazon; te suplico me concedas poder corresponder al amor de ese sacratísimo Corazon, compensar con dignos homenajes las injurias inferidas por los hombres ingratos á tan afligidísimo Corazon, y revestirme en todas mis obras de los sentimientos de ese mismo Corazon; que vives y reinas con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.» — 3.º Por último, darás fin á la oracion encomendándote á la bienaventurada Virgen María, al Angel de tu Guarda y á tus Santos protectores y abogados. Y estas tres cosas son las que cons-



tituyen la salida ó fin de cualquiera meditacion.       

Enseñando la experiencia que los ejemplos de los Santos obran con una fuerza maravillosa, ya en el corazon de los pecadores, ya en el de los justos, adúcese por esto frecuentemente los ejemplos de los Santos. Pero para que los consideres con mayor fruto, conviene, ó que consideres algun Santo en particular, ó algunos Santos particulares que elijas por tus patronos, ó aquellos á quienes profeses una particular devocion. Unos se edifican y conmueven con los ejemplos de los unos, y otros con los de los otros: así el religioso suele conocer mejor y estudiar con más asiduidad las vidas de los Santos de su Orden; y los que peregrinando por el mundo forman especial empeño en servir á Dios, se acostumbra á imitar á aquellos Santos cuyos ejemplos les son más convenientes, y á quien los une un afecto más vehemente. Enseñándonos, pues, que los Santos practicaron siempre algo á ejemplo del Corazon de Jesus, ó que especialmente se distinguieron en alguna virtud, de mucha utilidad es elegir mentalmente algun bienaventurado, ver en particular qué y cómo ha obrado, implorar su patrocinio para con el Señor y encomendarse á Él. Y si ningun Santo ocurre oportunamente á tu imaginacion, proponte como ejemplar á la Santísima Virgen María, cuya proteccion é intercesion puedes solicitar cuantas veces quieras.

Por último, para que preveas y triunfes de los obstáculos que te presenten los enemigos de tu eterna bienaventuranza, necesario es

decir alguna cosa de la conciencia; debes, primeramente, comprender bien qué es *Conciencia*. Conciencia es el dictámen presentado por la razon, que interiormente enseña y manifiesta qué se haya de hacer, ó qué se haya de omitir en casos particulares, y esto bajo pena de pecado, porque es de precepto; bien para aumento del mérito, ó para mayor gloria de Dios, porque es solamente de consejo. Dicese «dictámen de la razon,» porque es una conclusion práctica de principios conocidos por la razon, ya por la luz natural, ya por la luz de la gracia, ya por la luz de la fe. Ejemplo: La conciencia me enseña que hoy (domingo) estoy obligado á oír misa. Esto se deduce de estas premisas tácitas: hay obligacion de oír misa todos los domingos; es así que hoy es domingo, luego hay hoy obligacion de oír misa. Y merece tenerse muy en cuenta que esta es la consecuencia que claramente se presenta y saca el hombre, aunque sea contra su voluntad: como se prueba en aquellos que no quieren escuchar la conciencia por no apartarse de lo ilícito á que viven entregados, ó para no padecer turbacion en ello: resistiendo y todo, oyen la conciencia que rectamente les prohíbe y les condena. De aquí resulta que la conciencia, si es verdadera conciencia, es una cosa independiente y muy superior al hombre.

Advierta aquí cuidadosamente, y aprenda el que es tímido ó escrupuloso, que la conciencia no es ni la exaltacion de los nervios, ni las fantasías de la imaginacion, ni vagos temores, ni, finalmente, la posibilidad de las cosas. Advierta y observe con no menor cui-

dado el que propenda demasiado á la laxitud ó á la temeridad, que la conciencia no es ni el deseo de la voluntad, ni la inclinacion ó aversion de la naturaleza, ni pasion alguna, ni los artificios de la sutileza. Recuerden, así el uno como el otro, que «conciencia es el verdadero dictámen presentado por la razon, ó la voz del Espíritu de Dios que nos habla interiormente, valiéndose de la razon como de un órgano interno, y nos manifiesta, en casos particulares, ya su voluntad que manda, ya su beneplácito que aconseja.»

La conciencia una es *verdadera ó recta*. Recta es aquella que manifiesta las cosas como verdaderamente son; como mandamientos y de obligacion las que están preceptuadas; como peligrosas las que son peligrosas, y como aconsejadas y mejores las que son de consejo y perfeccion. Esta, si de tal manera la seguimos que por un temor santo de Dios, con el cual tememos como buenos hijos ofenderle, evitamos los pecados que destruyen su amistad y su benevolencia, se llama «conciencia timorata.» Pero si de tal manera la somos fieles que, mandándolo la misma, evitamos todo defecto voluntario y nos conformamos con ella en todas las cosas, entónces se llama y es «conciencia delicada.»

Hay otra *falsa* y errónea. Es aquella que presenta las cosas como falsas ó diferentes de como verdaderamente son. Esto sucede la mayor parte de las veces por parte del hombre que vicia el órgano (la razon) de que se vale el Espíritu de Dios, de tal modo que no le trasmite la voz divina. La ignorancia, el hábito de pecado, cualquiera pasion desorde-



nada le deprava más ó ménos; y, para hablar con más claridad, la ignorancia, el hábito de pecado, cualquiera pasion desordenada hacen cada una de por sí que una cosa falsa y fútil se tome como uno de los principios de que se deduzca práctica conclusion, ó sea conciencia. De donde resulta que esta conciencia es la voz, nó del Espíritu divino, sino de otro espíritu que para hablar interiormente se vale de la pasion y de las demas circunstancias.

Si la conciencia yerra por culpa nuestra voluntaria, entónces se llama «conciencia venciblemente errónea,» y nos hace ver nuestros errores. Es culpa nuestra voluntaria, venciblemente errónea, si, cuando ponemos el acto ó la causa del acto, ocurre al entendimiento el conocimiento ó la duda del error, y la obligacion de evitar el error, y se descuida además la necesaria diligencia para conocer la verdad. Pero si la conciencia yerra por nuestra parte sin este género de culpa, entónces se llama «invenciblemente errónea,» y nos deja inocentes en la presencia de Dios.

A la conciencia errónea se refieren la *escrupulosa* y la *laxa*, que se derivan de principios opuestos. Escrupulosa es aquella que cree ver, y, aun corregida, insiste en creer que ve pecado donde no hay pecado; yerra las más veces, porque el alma condesciende con la imaginacion, con la pertinacia del propio parecer, ó con alguna pasion que esclaviza el corazon: con lo que, agitada interiormente ó confusa, ve los objetos distintos de como verdaderamente son, ó confunde cosas con cosas, preceptos con consejos, lo probable con lo posible, el peligro y el pecado con la fan-

tasma y simulacro del peligro y del pecado.

Laxa es aquella que se persuade de que no ve, y, áun advertida, continúa en persuadirse de que no ve pecado ó peligro de pecado donde realmente le hay; y suele caer en este error porque el hombre siente movido su corazon por influencia de la ignorancia culpable, entregado por costumbre al pecado, ú obediendo á una pasion con la cual ama ó aborrece desordenadamente alguna cosa. De donde resulta que el que tal conciencia tiene es culpable, porque puede evitar los errores, quitando las causas que debe quitar inmediatamente que conoce bastante la obligacion que tiene de hacerlo.

Necesario es estar muy prevenido contra la conciencia escrupulosa y la conciencia laxa. Una y otra son, no sólo peligrosas, sino perniciosas: una y otra impiden la perfeccion y la hacen imposible; y, lo que es más temible aún, una y otra nos exponen al peligro de malograr la salvacion. Razon por la cual cada uno procure tener conciencia recta.

Para que uno cometa pecado formal, ó sea pecado con el cual se ofende á Dios, es necesario, primero, que el acto, sea interno ó sea externo, con el cual se peca por comision ó por omision, sea malo ó sea ilícito, ó reputado por la conciencia como malo y como ilícito; segundo, que el entendimiento comprenda la malicia moral del acto, y advierta que tal acto es ilícito cuando pone el acto, ó cuando pone la causa del acto; tercero, que la voluntad, sabiendo que el acto es malo ó ilícito, consienta libremente en él, toda vez que tiene libertad interior de elegir entre el

consentimiento y el disentimiento. Pero si practica un acto, ya interno, ya externo, cuya malicia moral no conoce, ya cuando le ejecuta, ya cuando pone la causa, quiere tal acto, ó puede quererle, pero no como moralmente malo, cuando no ve que es ilícito. — Nada es querido que no es ántes conocido: — razon porqué, queriendo obrar ú obrando de esta manera, comete pecado solamente material, que no es otra cosa que un error de la conciencia invenciblemente errónea, con el cual ni se ofende á Dios ni el hombre se hace culpable.

Pero para cometer pecado mortal se requiere, segun enseñan, no sólo los teólogos, sino tambien los Santos: primero, que el acto interno ó externo sea gravemente malo, ó juzgado por la conciencia como gravemente malo; segundo, que el entendimiento comprenda plenamente la malicia grave del acto cuando le practica ó pone su causa; y tercero, que la voluntad, á sabiendas y con entera libertad, dé su pleno consentimiento. Si, pues, falta cualquiera de estos tres requisitos, el pecado que con ellos sería mortal, pasa á ser venial.

Ninguno comete pecado formal contra su propia voluntad. El hombre no puede pecar formalmente de otra manera que por su propia voluntad. Podrá, sí, si quiere, por un abuso de su libre albedrío, pensar lo malo ó lo ilícito, proponérselo, representárselo, consentir en ello, pecar. Además, el demonio puede, por permission de Dios, y suele sugerirle tambien pensamientos y representaciones malas para impelerle al consentimiento



de la voluntad: nunca puede, sin embargo, obligarle á que consienta. Finalmente, el mismo Dios y los espíritus buenos y bienaventurados le ofrecen pensamientos y le representan objetos que llevan al hombre siempre al bien, que ayudan su voluntad para el bien, pero que nunca le obligan.

De aquí se deduce que en el hombre hay tres clases de pensamientos ó mociones: una que parte de la libre voluntad del hombre mismo; otra extrínseca, y que es sugestion del demonio, espíritu malo; la tercera extrínseca también, pero procedente del espíritu bueno. —«Ciertamente, dice San Bernardo, por sus mismas palabras le conocerémos, y la misma mocion, la misma sugestion nos dirá cuál de los tres espíritus es el que habla.»—Para la inteligencia de lo dicho tendrémos presentes las reglas siguientes que los Santos nos dan para el conocimiento y direccion de los espíritus:

*Primera.* A los que pecan mortalmente con facilidad, el espíritu malo suele proponerles comunmente las falsas delicias de la carne, las delectaciones sensuales con que los esclaviza con mayor seguridad y los estimula más á los vicios y á los pecados.

Con estas personas el Espíritu bueno obra de una manera contraria; punza y turba con asiduidad su conciencia, para hacerles conocer la infelicidad de su alma; las aparta estre-mecidas del pecado, y las convierte.

*Segunda.* El espíritu malo se esfuerza con engañoso artificio y persuasion en arrastrar á los hombres al desordenado amor y avaricia de las riquezas y abundancia de las

cosas, para despues hacerles con mayor facilidad caer en el pecado.

El Espíritu bueno les habla blandamente, y enseña que es necesario apartar el corazon del afecto desordenado de los bienes terrenos, para que no se halle cercado de impedimentos.

*Tercera.* El espíritu malo solicita, impele, porfia para que el hombre aspire á vanos honores.

Pero el Espíritu bueno propone é inculca generosa humildad, gloria verdadera y segura del hombre.

*Cuarta.* A los que, conociendo la necesidad de pensar en su eterna salvacion, empiezan á cuidar sériamente de ella, el espíritu malo suele inspirarles cierta vergüenza, cierto humano respeto que les impida la continuacion en el bien que han principiado.

El Espíritu bueno los anima y estimula para que, despreciando los respetos humanos, marchen con fortaleza.

*Quinta.* A los que procuran con sinceridad purificarse de los vicios y abstenerse de pecar, y adelantan más y más en el estudio de corresponder al divino amor, el espíritu malo los aflige con molestias, con escrúpulos, con tristezas, con falsas razones y con otras turbaciones de este género, con las cuales dificulta su aprovechamiento.

Pero el Espíritu bueno aumenta ánimo y fuerzas á los que obran rectamente y desean el bien; ilustra su entendimiento; suministra consuelo, les da la paz y la tranquilidad necesarias para que con más libertad y alegría progresen siempre en las buenas obras.

*Sexta.* Procura con empeño el espíritu malo que el alma á quien desea esclavizar y perder guarde en secreto sus engañosas sugerencias. Impídelas cuanto puede manifestar á un director espiritual sus maquinaciones, con lo cual conoce que quedaría arruinado.

Pero el Espíritu bueno ama la luz y el orden, porque obra bien y sus obras todas son buenas.

*Sétima.* El espíritu malo se conduce como el que presenta una batalla. Del mismo modo que éste explora la situación y las fuerzas de una plaza de que desea apoderarse, y la asalta por el flanco más débil, de la misma manera el espíritu malo, sitiándonos, explora nuestra disposición, todas nuestras virtudes teológicas y morales, y suele asaltarnos y se esfuerza por apoderarse de nosotros por el lado en que nos encuentra con mayor debilidad.

*Octava.* Suele quedar el espíritu malo, el espíritu tentador, abiertamente sin vigor y sin fuerzas cuando halla un adversario espiritual, que rechaza las tentaciones con frente serena y corazón intrépido; pero si advierte que éste tiembla y su alma desespera, no hay entonces fiera más cruel ni más obstinada en el mundo para el hombre que aquel enemigo para conseguir el fin que se propuso su malvada y pertinaz inteligencia.

( San Ignacio. — Santo Tomas. — Santa Teresa de Jesus. )



---

# LIBRO PRIMERO.

## AVISOS ÚTILES PARA PURIFICAR NUESTRO CORAZON.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### Fundamento.

1. *Voz de Jesus.* Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis el descanso para vuestras almas.

*Voz del Discípulo.* Estas son las palabras con que Jesucristo nos manda aprender é imitar las virtudes de su Corazon, para que podamos vernos libres de toda miseria del alma y ser verdaderamente bienaventurados.

Esta es su doctrina, este es el motivo que tenemos para aprender, este es el fruto, y este, últimamente, el fin.

El primer deseo vehemente de aprender es por la nobleza del maestro. ¿Qué cosa, pues, más noble que el Hijo de Dios, único Maestro nuestro, constituido por su Eterno Padre, y en quien residen todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios?

Su doctrina es la verdad : anterior á todas

las artes y á todas las ciencias de este mundo, que no abre el camino á riquezas que han de perecer, á placeres que han de huir, á una mezquina fama temporal, sino que conduce á permanentes, inmensas riquezas, á perpétuas é inefables delicias, á supremos y sempiternos honores.

Ha reducido á un solo documento cuanto nos ha enseñado á practicar : — «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» — El cual convenientemente distribuyó entre todos los hombres, el cual quiere que todos aprendan, pequeños y grandes, plenísimamente, sabiendo que en este precepto, si se comprende y observa rectamente, se contiene cuanto nos es necesario.

2. Aprendamos, pues, mandamiento tan breve, y serémos bastante sabios; sabrémos lo suficiente, y nada más tendremos que buscar en lo sucesivo.

El modo de aprender, es practicar : lo cual debe hacerse de dos maneras ; á saber : estudiando y ejercitando.

Peró ántes de todo, para que entendamos lo que deseamos aprender, y reduzcamos á la práctica lo que hayamos entendido, nos es indispensable orar, y esto con la mayor insistencia.

Debemos despues considerar cuidadosamente la profundidad, la altura, la extension del precepto, poniendo con frecuencia delante de nuestra vista el modelo del divino Maestro, y examinando qué sea lo que debemos corregir, de qué debemos apartarnos, qué debemos conservar y á qué debemos aspirar.

Entónces, como no basta saber, sino que

conviene cumplir con el precepto que es todo activo, y no se aprende perfectamente sino con la práctica, deberémos, al mismo tiempo que principiar á estudiar, principiar también á practicar, presentándonos á Dios y á los hombres mansos y humildes de corazón en los pensamientos, en las palabras y en las obras.

Y adelantando en la inteligencia y en el ejercicio, debemos trabajar de tal manera, que la fuerza del precepto se desarrolle hasta la perfeccion en todas las condiciones de nuestra vida, en nuestra conciencia, en nuestras conversaciones, en todas y cada una de nuestras acciones, y esto por todos los modos posibles.

3. Si así aprendemos lo que divinamente se nos ha mandado aprender, alcanzaremos el fruto, recompensa certísima de nuestro estudio y de nuestro trabajo, y que nos prometió Aquél que jamás puede engañarse ni engañarnos.

¿Cuál es el fruto prometido? El mejor, indudablemente: «Encontraréis, nos ha dicho, el descanso.» ¿Y qué es el descanso?

Es encontrar aquello que nos deje satisfechos y regocijados, con lo cual no trabajemos para buscar más, ni nos agitemos con el temor de perderlo.

Quien encontrare este descanso, descansado quedará, y será verdaderamente dichoso: quien no le hallare, por mucho que sea lo que por otra parte consiga, siempre estará intranquilo, falto siempre de la suspirada felicidad; porque no se satisface su corazón, porque se ve siempre impelido á buscar más,



y porque, áun sin quererlo, está siempre en el peligro de perder lo adquirido.

Fuimos de tal manera criados, que nuestra misma naturaleza nos lleva á buscar un descanso dichoso, y ni áun en nuestra mano está el no apetecerlo.

Enriqueciénos el Señor con un señalado beneficio, excitando en nosotros este deseo, esta facultad poderosa; de esta manera, fuertes en el obrar y suaves en el modo de obrar, buscamos aquello mismo que realiza nuestra dicha.

Y áun cuando por nuestro libre albedrío intentemos buscar descanso en la variedad de las cosas, siempre nuestro deseo, siempre esta facultad nuestra insistirá y trabajará hasta encontrar el objeto para cuya investigacion y adquisicion nos ha sido dada.

Cristo, Señor nuestro, autor en nosotros de ésta misma facultad, y en quien repugna que nos haya dado un poder irresistible sin objeto, que nos le haya dado sin la posibilidad de alcanzar el objeto, este mismo nos enseña cómo hemos de buscarle, y cómo le hemos de encontrar.

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y encontraréis el descanso.» No distingue, no exceptúa: encontraremos, pués, descanso verdadero, verdadera felicidad.

Y áun cuando el descanso, la felicidad no pueda ser completa en el tiempo, será, sin embargo, verdadera, segun lo promete el Señor y consta de la experiencia de Santos innumerables, que fueron mansos y humildes discípulos del manso y humilde Jesus.

Disfrutaremos dichosamente aquella paz

que no podrán alterar externos enemigos; gozaremos aquella tranquilidad, que no agitará ningún movimiento interior del alma; poseeremos, por último, la semejanza y union divinas, que contienen la mayor dicha de la vida y todos los bienes apetecibles, y de la que nadie nos puede privar como nosotros no queramos.

4. De esta manera, recogiendo el fruto, conseguiremos el fin, la bienaventuranza inacabable de nuestras almas. Él mismo lo dice: «Hallaréis descanso para vuestras almas.»

Si nuestras son nuestras almas, no de tal modo son nuestras como si fueran hechura de nosotros, siendo Dios quien las crió, y no nosotros. Nuestras ciertamente son, porque Él nos las dió. Dándonoslas, fué para un fin digno de sí: para que haciendo Él lo que debe (y esto lo hace siempre) como infinitamente perfecto, nosotros cooperemos á la vez, y así alcancemos para nuestras almas felicidad perpétua y bienaventurada.

Este es el fin; la eterna bienaventuranza del alma, íntimamente unida con la gloria del Señor, fin único del que la desea.

Si Dios es glorioso en todas sus obras, ¡cuán glorioso es en obra tan grande, en la salvacion de las almas que triunfan eternamente, y que cantan perpétuamente sus alabanzas!

Para este fin nos provee y nos ayuda con mil medios y de mil maneras: para que alcanzáramos este fin nos precedió Él mismo, como buen padre á sus hijos, compañero previsor; enseñándonos una senda segura y agradable, y aliviándonos y recreándonos.

5. Siendo, pues, esto así, marchemos gozosos en seguimiento de tal y tan buen guía.

¿Qué cosa más honorífica para nosotros? ¡Gloria y muy grande es seguir á Dios; esclarecido honor ser discípulos amados de su Corazon!

¿Quién podrá imaginarse un honor de todos los siglos, que no se desvanezca al ser comparado con tanta dignidad?

Ni tampoco hay nada más útil, cuando de él depende el reposo del alma, nuestra felicidad en la vida, en la muerte y por toda la eternidad. Cosa es esta de tanto valor, que ella sola puede bastarnos, y sin ella todas las demás serán inútiles y vanas.

Esto es, por último, fácil y dulce; porque sus mandamientos no son gravosos: verdad es que nos impuso estos preceptos, pero tambien nos suministra los medios con los cuales, no sólo podemos aprovechar, sino que ningun enemigo de la salvacion, ningun obstáculo puede impedirnos su cumplimiento.

Aprendiendo, pues, del mismo Corazon del Salvador, bebemos en la fuente dulcísima del amor; fortalecidos con el cual, si hay algun trabajo, ó no le sentimos, ó le amamos y encontramos, por tanto, dulce y llevadero.

¡Oh Jesus manso y humilde de Corazon! Te suplico me admitas como discípulo tuyo, como discípulo de tu Corazon; y concédeme que cuanto ántes aprenda de Tí á ser manso y humilde de corazon, para que así halle el descanso de mi alma, para tu mayor y más eterna gloria.

*(Léase la Imitacion de Cristo, lib. 1, cap. 1, y capítulo III, números 1 y 2.)*



## CAPÍTULO II.

Ninguna cosa del mundo puede proporcionar á nuestro corazon descanso y alegría.

1. *Voz de Jesus*.—Has sido, hijo mio, criado para la bienaventuranza. Esto prueba la razon: esto consta de la experiencia: esto enseña la Fe.

Buscas sin descanso la felicidad, y haces bien. Pero deja de buscar la tuya en las criaturas, porque no la encontrarás en ellas.

Ninguna cosa de este mundo es capaz de llenar tu corazon, y si tú solo poseyeras todo lo criado, tu corazon se encontraría todavía vacío y miserable.

Los bienes terrenos excitan la sed del corazon, pero no pueden apaciguarla; y es más: que cuanto más poseas, mayor será tu sed.

¿Cómo piensas encontrar en las criaturas lo que en ellas no existe? Ninguno da lo que no tiene.

2. ¿Y alcanzarás tú, por ventura, lo que ningun mortal pudo alcanzar? Ahí tienes al sapientísimo entre todos los hombres, que abundaba en riquezas, que rebosaba incesantemente en nuevas delicias, que asombró á las naciones con la inmensidad de sus tesoros, y la fama de cuya gloria llegó hasta los confines del mundo.

Y, sin embargo, por el vacío que sentía en su corazon, se vió obligado á exclamar: «Vanidad de vanidades, y todo vanidad.»

Poseas en el mundo cuanto pueda apetecer tu corazon; seas el único dueño de todo el universo; ya te veas el más honrado entre

todos los hombres, goza de todo, y al cabo descubrirás que nada has encontrado, sino «vanidad y aflicción de espíritu.»

3. Ni esto te admire, hijo mío; tu corazón no ha sido criado para el mundo. Todo cuanto hay en el mundo es indigno de tu nobilísimo destino y del amor de tu corazón.

Has sido criado para bienes mayores; naciste para riquezas eternas; estás destinado á tesoros infinitos. No permanezcas en el lodo, cuando has sido formado para reinar perpetuamente.

¿Qué te aprovechará conquistar todo el mundo, si pierdes tu alma? Serás, en verdad, dos veces infeliz; aquí padecerá tu corazón amargas ansiedades que te martirizarán con el estado de tu mala conciencia; sucumbirás después á una eterna infelicidad.

¡Bienaventurado, pues, el que desprecia todo aquello que sirve solamente para engañar al corazón, que se sobrepone generosamente á cuanto puede impedir su verdadera felicidad, y busca, sobre todo lo criado, la bienaventuranza en su Criador!

4. *Voz del discípulo.*—Dios y Salvador mío, me criaste para la bienaventuranza: hasta hoy no he dejado de buscarla, y, sin embargo, ni la poseí ni la encontré.

Mis apetitos gritaban repetidas veces: Héla aquí, héla allí. Creí insensato; y ciego con mis desordenados deseos, discurrí por esta parte y por la otra, y en vez de la felicidad soñada, hallé miseria y saboreé la amargura.

¡Miserable, Dios mío, de mí, criado para ser en Tí bienaventurado! Trabajé buscando fuera de Tí mi felicidad en las criaturas, y hé

aquí que me aparté de la felicidad para que había sido criado, me acarree la desdicha para que no había nacido, y perecí en ella.

¡Dios y Salvador mio! Abre mis ojos para que claramente vea tantos errores míos, y haz que, libre de ellos, busque eficazísimamente en Tí la felicidad que me es imposible hallar en las criaturas.

(*Imitacion de Cristo, lib. I, cap. I, núms. 3, 4 y 5, y lib. III, cap. XXVII.*)

### CAPÍTULO III.

Nuestro corazon encontrará en el Corazon de Jesus descanso verdadero, verdadera felicidad.

1. *Voz de Jesus.*—Si quieres, hijo mio, conseguir verdadera felicidad, consagra tu corazon á la imitacion y trato familiar de mi Corazon.

En él encontrarás una tranquilidad, una paz que el mundo no puede darte ni quitarte.

Si penetraras perfectamente una sola vez en las interioridades de mi Corazon, verías desde allí todo lo terreno conforme es en sí, y nó como lo juzgan los necios adoradores del mundo.

Fácilmente, y con entera libertad, te desprenderías entónces de los supérfluos y enojosos cuidados de las criaturas, y nada contemplarías digno de tí sino los verdaderos bienes.

Tu corazon, esclavo indudablemente de continuas vicisitudes, se muda siete veces al dia; de modo que ahora está alegre, luégo



triste; tranquilo al presente, más tarde agitado; abrasado alguna vez en el amor de las criaturas, otras veces hastiado de sus vanidades; ya fervoroso, ya tibio, y siempre inconstante como el mar.

Pero si tu corazon estuviera unido al mio, de repente renaceria en él una tranquilidad grande y permanente.

Seguro en la union de mi Corazon, como en el puerto de salud, desearias permanecer, vivir siempre en él, extraño y defendido de toda mudanza, ya soplara el viento de la prosperidad, ya el de la adversidad.

Si te refugias en mi Corazon, enemigo ninguno podrá dañarte. Indudable es que el demonio anda alrededor buscando á quién devorar, y que á muchos arrastra consigo á la perdicion; pero á tí no se acercará ni turbará tu descanso.

3. ¡Ojalá, pues, conocieras cuánto vale este don divino! ¡Ojalá comprendieras cuáles y cuántos son los bienes que se encierran en él! En él se contiene toda tu tranquilidad y toda tu felicidad.

Encantadora paz, imperturbable seguridad, gozo verdadero del corazon para todos los que aman y habitan en mi Corazon.

¿De qué sirven las riquezas? ¿Qué importan los honores? ¿Qué todos los deleites imaginables, si el corazon no se encuentra contento ni tranquilo? ¿Y qué es lo que el mundo todo puede darnos sino la inquietud y la melancolía del corazon?

Desdichado serás, tengas lo que tengas, hasta que vivas en Mí, que soy bastante para tí.

4. *Voz del Discípulo.*—Así, Dios mio, lo

he experimentado realmente. En todas las cosas busqué la paz, y otra cosa no hallé que turbacion tras de turbacion.

Quisiste, Señor, por Tí mismo, y al mismo tiempo por nosotros, que nuestro corazon sólo en tí encontrara la paz. Nos hiciste, Señor, para Tí; para Tí formaste nuestro corazon, é inquieto y desventurado será hasta que descanse en Tí.

¡Oh Dulcísimo Corazon de Jesus! ¡Delicia de la Santísima Trinidad! ¡Alegría de los Angeles y de todos los Santos! ¡Paraíso felicísimo de las almas! ¡Qué busco fuera de Tí, cuando en Tí se halla todo cuanto puedo y debo desear!

En Tí tiene el cielo su regocijo: en Tí tiene la tierra su felicidad; y siendo Tú la bienaventuranza de todos, ¿no serás tambien la mia? Sí, dulcísimo Corazon de Jesus! Tú mi descanso, Tú mi felicidad por perpétuas eternidades.

(*Imitacion de Cristo*, lib. III, cap. xxxiv.)

## CAPÍTULO IV.

Es necesario para salvarse imitar al Corazon de Jesus.

1. *Voz de Jesus*.—Entre todas las cosas, hijo mio, una sola te es necesaria: que salves eternamente tu alma. Perdida ella, perdido está todo: se salvó ella, todo lo demas queda salvo.

Pero no alcanzaras la eterna salvacion si no imitas mi Corazon.

Porque á los que con un conocimiento de

amor y de predileccion vió Dios en su presencia, los predestinó tambien para que fueran conformes á la Imágen de su Hijo.

¿Y cuál es esta Imágen del Hijo de Dios á que se debe conformar todo el que aspira á salvarse, sino mi Corazon?

No les es dado á todos imitar mis obras exteriores, ni tampoco pende de la voluntad del hombre ejecutar las obras maravillosas que Yo hice.

Además, y segun la diferencia de las condiciones de la vida, no pueden todos seguirme por el camino de mi vida exterior, y todos, sin embargo, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, cualesquiera que sean las circunstancias de la vida, pueden y deben imitar los sentimientos interiores de mi Corazon.

Si pues deseas salvarte eternamente, asemejate á mi Corazon, y siente en tu corazon de la misma manera que Yo siento en el mio.

2. Aunque distribuyas todos tus bienes entre los pobres; aun cuando entregues tu cuerpo á una austerísima penitencia; aunque comprendieras todos los misterios y obraras todo género de milagros, si tu corazon no es semejante al mio, nada tienes y de nada te aprovecha para la eternidad.

Juzgado serás segun la semejanza de tu corazon con el mio, y segun ella recibirás tambien la remuneracion eterna.

Y cuántos me dirán en el dia del juicio: «Señor, ¿por ventura no hemos profetizado en tu nombre? ¿No hemos arrojado los demonios de los cuerpos y practicado muchas virtudes?» Pero Yo les responderé, diciendo:



«No os conozco. ¿No veis las heridas que me hicisteis? ¿No conoceis, por ventura, este costado que rasgasteis, que permaneció abierto para vosotros, y en el cual, sin embargo, no habeis querido entrar?»

«Nada, pues, vale cuanto has hecho, si no lo has hecho segun mi Corazon.»

3. No son las apariencias exteriores de piedad, sino un corazon verdaderamente amante, lo que hace al hombre bueno y amado para Mí.

Tanto más segura puedes contar tu salvacion, cuanto más semejanza tenga tu corazon con el mio.

Trabaja para tu salvacion todo cuanto puedas trabajar: no basta una vana confianza allí donde peligra toda una eternidad.

A la hora de la muerte encontrarás que has perdido todo cuanto hayas trabajado, si no lo has referido á Mí y á tu salvacion.

Si pues de tanta importancia es la salvacion eterna, no olvides que cuanto es la salvacion para tu alma, otro tanto es para la misma la Imitacion de mi Corazon.

4. *Voz del Discipulo.* — ¡Oh salvacion eterna del alma! ¡Negocio de tanto interes y tan necesario para mí! ¿Pues para qué me tiene Dios en el mundo, sino para salvar mi alma? ¿Y para qué fui redimido, instruido por tantos medios, enriquecido de tantos beneficios divinos, sino para que con más facilidad y con ménos violencia salve mi alma?

Pero ¡ah! no he principiado todavía á pensar sériamente en el fin para que Dios me tiene en el mundo. Una vez redimido, me esclavicé otra vez y con mayor vileza, y perecí

por el abuso de los medios y beneficios mismos que facilísimamente hubieran podido hacerme feliz y salvarme.

¡Oh Dios y Señor! Justísimamente pudieras permitir que yo pereciera eternamente y sufriera tormentos infinitos, merecidos por el abuso que de tus dones hizo mi malicia.

Pero ya que por la bondad infinita de tu Corazon no lo has permitido, ántes bien con un nuevo y más señalado beneficio has hecho que yo aprecie y desee la salvacion eterna de mi alma, no volveré á ser ingrato, no permaneceré más en la desdicha del mal, no expondré mi alma, en lo sucesivo, á su eterna perdicion.

Resuelvo y ofrezco desde ahora cooperar á la salvacion y bienaventuranza de mi alma, siguiendo los consejos suavísimos de tu Corazon.

*(Imitacion de Cristo, lib. II, cap. VII.)*

## CAPÍTULO V.

Toda nuestra perfeccion consiste en imitar al Santísimo Corazon de Jesus.

1. *Voz de Jesus.*—Toda tu perfeccion, hijo mio, consiste en la semejanza con mi divino Corazon.

Pues mi Corazon, Corazon del Verbo de Dios, es la norma de todas las virtudes, es la suma santidad.

Cualquiera, pues, que imita á mi Corazon, imita á su Dios, imita á su Salvador, imita á la misma perfeccion.

Siendo como es mi Corazon modelo de

santidad y fuente de toda la gracia, en mi Corazon aprenderás cuanto te convenga hacer para tu santificacion, y de él tomarás fortaleza para practicarlo.

Si quieres ser perfecto, imita á mi Corazon: tanto tú serás más perfecto, cuanto seas más semejante á él.

2. Mi Corazon es humilde, y la humildad es el fundamento de la verdadera santidad.

Si no aprendes la humildad en mi Corazon, ni poseerás nunca esta virtud, ni conocerás de ella más que su nombre.

Si intentas levantar el edificio de tu perfeccion sobre alguna otra cosa, no tendrá solidez, se conmoverá al soplo del viento más ligero, y se arruinará.

Mi Corazon es al mismo tiempo manso y lleno de caridad, y la caridad es la perfeccion de la santidad.

Jamás tu corazon arderá en llamas de verdadera caridad, si no se las comunica el fuego en que se abrasa mi Corazon.

Y ¡ay de tí si abrasas tu corazon en extraño fuego! Arderás ciertamente; pero para tu condenacion.

3. Nunca conseguirás virtudes sólidas, ni alcanzarás la verdadera santidad, si ya no fuere por la imitacion de mi Corazon.

Por muchas virtudes aparentes que tengas; por más que te presentes con un exterior devoto, si tu corazon no imita al mio, toda tu virtud no será otra cosa que una desaliñada compostura del semblante.

No esperes, seguramente, perfeccion alguna, si no te propones mi Corazon como ejemplar de ella.





4. Así fué indudablemente desde el principio del mundo. Ya en la antigua Ley estaba profetizado, y era conocido cuál había yo de ser en mi Corazon; y ninguno fué inscrito en el número de los escogidos, sino el que llevaba grabadas en su corazon las cualidades de mi futuro Corazon.

Desde la institucion de la Iglesia hasta hoy, mi Corazon ha sido siempre la santificacion de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la constancia de los confesores, la pureza de las vírgenes, la perseverancia de los justos, la perfeccion, finalmente, de todos los Santos.

Animo, pues, hijo mio: sigue á mi Corazon por donde quiera que él te lleve: cuanto más de cerca le sigas, tanto más te acercas á la perfeccion consumada.

El exacto cumplimiento de toda la ley y la santidad toda, pende de la imitacion de mi Corazon.

El constante cuidado de imitar á mi Corazon, es señal segura de predestinacion.

5. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh mi dulce Jesus, fuente de la vida y de la gracia! Anímate, ayúdame á conocer y á imitar tu Corazon, ejemplar de la virtud y modelo de la santidad.

Libra á mi corazon de toda ilusion y de todo impedimento: concédeme buscarte con afecto puro y sincero; que me revista de tus sentimientos interiores, de las disposiciones de tu Corazon, para que enteramente me haga semejante á Tí.

Pero ¡ah Señor y mi Jesus! ¡Y cuán diferente es mi corazon del tuyo! ¡Qué poco he

trabajado hasta hoy para representar en mi vida la vida de tu Corazon!

¡Y ojalá no hubiera tambien trabajado para apartar mi corazon de Tí y pervertirle! ¡Oh ceguedad ó insensatez de mi alma!

¡Ten misericordia de mí, Jesus y Señor mio! Apiádate de mí segun la misericordia infinita de tu Corazon!

¡Cuántos hay que no vivieron tanto tiempo, ni dispusieron de tantos medios, y, sin embargo, se santificaron, haciéndose discipulos fervorosos de tu Corazon! ¡Y yo no tengo todavía ni el principio de la santidad! ¡Y todavía soy pecador!

Tiempo es ya, Señor, tiempo es ya de que principie la obra de mi santificacion, hasta aquí tan descuidada.

A ello me anima, á ello me estimula el poder santificarme todavía; el poder todavía llegar á ser discípulo de tu Corazon, el poder todavía adornarme con esta insignia preciosísima de mi predestinacion,

Levántame, Santísimo Jesus; auxiliame; dame valor: hé aquí que ya he principiado.

(*Imitacion de Cristo, lib. I, cap. III*)

## CAPÍTULO VI.

El que quiera imitar al Corazon de Jesus, debe ántes de todo, purificar su corazon.

1. *Voz de Jesus.* — Si quieres, hijo mio, entregarte familiarmente á mi Corazon y saborear las inefables dulzuras de esta familiaridad, purifica tu corazon de todo mal.

Pues yo, tu Amado, soy inmaculado y puro, y me deleito en medio de los lirios.

¿Ni cómo podría existir union entre mi Corazon y el tuyo, si ántes no le purificas con exquisito cuidado?

Porque, ¿quién argüirá de pecado á mi Corazon? Pero tú, ¿cómo puedes decir «limpio está mi corazon,» cuando ese mismo corazon te convence de lo contrario?

¡Ay, hijo mio, y cuál está tu corazon! ¡Nacido en el pecado, aposento tanto tiempo de los demonios, sucio y desfigurado con tantas manchas, vehementemente inclinado al mal, miserablemente separado del Supremo Bien, fomentando y nutriendo tantas y tan desordenadas pasiones, madres de los pecados, lleno del mundo y de sí mismo, y sin reconocer en la mayor parte de las cosas otro fin que á sí mismo!

2. Es ciertamente admirable que te atrevas á invitarme á venir á tal corazon, y habitar entre tantas inmundicias.

Un corazon depravado es la abominacion para Mí: un corazon inmundo es el hastío para mí: y ¿cómo había de recrearme y de habitar en él?

Yo busco un corazon puro, y tengo todas mis delicias en vivir en él y recrearme en él como entre las azucenas.

El que ama, pues, la pureza de su corazon, gozará de mi presencia y experimentará la ternura y la divina dulzura de mi Corazon.

3. No te engañes, hijo mio, creyendo que es bastante para tí una aparente rectitud, pues que lo que principalmente miro es el corazon.



¿Y qué te aprovechará agradar exteriormente á las criaturas todas, si interiormente me desagradas á Mí?

Si tu corazon es inmaculado, todo tú serás inmaculado. Pues de lo interior del corazon proceden los malos pensamientos, las impurezas, los hurtos, las avaricias, los fraudes, las blasfemias, en una palabra, todos los males.

Pero purifíquese tu corazon, y nada será bastante á impedir que dulcemente llegues á la union interior conmigo, y experimentes, hasta la hartura, cuál sea la suavidad de mi Corazon.

Mas si sólo en la apariencia te apartas del mal, ni desarraigarás de tu corazon el pecado, ni te verás nunca libre de vicios; brotarán interiormente diez veces más de lo que puedas evitar exteriormente; y cuando exteriormente te parezca que estás firme, te arruinarás bajo el peso de los pecados interiores.

4. Ea, hijo mio, prepárame en tu corazon una morada limpia; y Yo, viniendo á ella seré todo tuyo, y tú serás todo mio, y habrá entre los dos una familiaridad admirable, y conocida solamente de los que la experimentaron.

Ten mucho y buen ánimo, y principia inmediatamente una obra de tanta importancia: no disfrutarás alegría verdadera hasta que la hayas concluido.

Lo que á muchos impide purificar su corazon es el miedo de las dificultades.

Artificio verdadero del demonio; pues este antiquísimo enemigo de la salvacion humana, sabiendo que de la perfecta limpieza del co-

razon depende, no solamente tu perfeccion y tu salvacion, sino tambien la ajena, y mucho más que todo mi gloria, trabaja por impedírtela cuanto es posible.

No escuches las engañosas sugeriones del tentador, que lo único que pretende es conseguir el fin, ya sean los medios verdaderos ó falsos.

Antes bien ora, pide la gracia divina, emprende con fortaleza tu obra auxiliado con ella, y verás desvanecerse todos los obstáculos en presencia de la grandeza de tu alma; y en aquello en que mayores dificultades pensabas encontrar, en aquello encontrarás, maravillado, más extraordinarios consuelos.

5. *Voz del Discípulo*.—Te ruego, Señor, y te suplico que crees en mí un corazon limpio y que renueves un espíritu recto en mis entrañas.

Mi corazon está todo afeado por sus manchas; y con la lepra del corazon se han contagiado las potencias del alma y los sentidos corporales. ¡Ah, Señor! ¿Qué hay en mí que no esté manchado ni que esté absolutamente limpio?

Envíame la luz de tu gracia, é ilumina mi entendimiento para que conozca y llore todo lo malo que ejecuté, todo lo bueno que no he practicado.

¡Oh y cuánto me pesa, dulcísimo Jesus, haber profanado tan indignamente tu habitacion, haberte ofendido y haber afligido tu Corazon! Me arrepiento, ¡oh sumo Bien mio! me arrepiento y aborrezco todos mis pecados: confieso mi maldad y mi ingratitud: imploro la misericordia de tu Corazon.

Si quieres , Señor , bien puedes limpiarme : lava , yo te le suplico , mi iniquidad , y purifícame de mi pecado. Purifica tambien mi corazon de los pecados ocultos y de los pecados ajenos.

Ven , mi buen Jesus , ven á mi corazon. Haz un látigo con las cuerdas del santo temor , de la más acendrada gratitud y puro amor , y arroja con él á todos los profanadores de esta tu morada.

A ninguno de ellos daré entrada jamás : tu casa se llamará y será casa de oracion : en ella te adoraré , en ella te amaré , y en ella me ocuparé constantemente de Tí.

*(Imitacion de Cristo , lib. III. cap. xxxi.)*

## CAPÍTULO VII.

Debemos principalmente purificar nuestro corazon del pecado mortal , que es la suma desgracia.

1. *Voz de Jesus.*—Cuida , hijo mio , de que dentro de tu corazon no haya pecado , que es el que ocasiona la muerte eterna.

¿Cómo puedes y te atreves á amar y albergar en tu corazon al enemigo capital que , una vez admitido , te hará indudablemente esclavo del infierno , el más infeliz entre todos los hombres , y más despreciable aún que los seres irracionales?

¡Cuántos dicen : «Oh y qué infinidad de desventuras llenan de desolacion al mundo !» Pero en la realidad uno solo es el mal : el pecado ; y fuera de él no hay otro.



Evita el pecado , y cualquiera cosa que te suceda cederá en tu propio bien.

2. Admira que la criatura racional se atreva á cometer el pecado, que es por su naturaleza tan detestable y tan indigno, que aún cuando el cielo y el infierno no existieran, deberíamos huirle por la fealdad intrínseca que le es inseparable.

Si consideras la infinita dignidad del ofendido y la vileza infinita del ofensor, comprenderás que el pecado, en cierto modo, es un mal tambien infinito.

El que peca mortalmente acomete al mismo Dios, y á Dios destruiría si esto le fuera posible; y no queda ciertamente por el pecador el que se destruyan el cielo y la tierra.

3. Mal tan grave es el pecado, que para destruir este monstruo infernal y satisfacer á la Justicia divina, Yo , el Hijo del Altísimo, tuve que descender del sόlio de mi majestad, y, hecho hombre, soportar una vida toda de martirio, y por ultiimo, abrumado de dolores, espirar en una cruz.

¡Ah hombre miserable! ¿Cómo te atreves á perpetrar lo que tanto me costó? ¿O cómo te atreves á renovar todos mis trabajos, todos mis tormentos, mi muerte acerbísima, por el deleite de un momento?

Si pecas mortalmente, te haces reo de un crimen mucho mayor que el de los judíos que me crucificaron. Si aquéllos me hubieran conocido como Señor de la eterna gloria, jamás me hubiesen entregado á la muerte. Tú, sin embargo, tú me conoces ; tú sabes por la experiencia de mis beneficios quién soy y cuánto valgo.

¿ Por ventura no te he criado, no te he redimido y no te conservo por solo un efecto de mi amor; y , aún más todavía, no te protegí, no cuidé de tí y te auxilié como ternísimo padre?

Cuanto eres, cuanto tienes, todo te lo he dado Yo, y, sobre todo, me he entregado á tí mismo; ¡y así me pagas tanto como has recibido!

Un animal que carece de razon, pero á quien tú das un pedazo de pan, se manifiesta agradecido cuanto le es posible. Yo te he enriquecido con bienes infinitos, ¡y tú en pago me persigues hasta la muerte! Atiende y medita qué es lo que debes por esto juzgar de tí mismo.

4. ¡ Oh hijo de mi tierno amor, á quien amé más que á mi vida; no quieras pecar más!

Si me amas á Mí, más todavía, si tú mismo te amas, huye del pecado.

Cuantas veces cometes un pecado mortal, mueres sobrenaturalmente; pierdes todos los méritos que habías contraído; te despojas del derecho á la herencia celestial; te haces con los demonios heredero del infierno; prefieres la infelicidad á la felicidad, el infierno al cielo, el diablo á Mí.

Medita esto, hijo mio, para que comprendas profundamente, y cuanto al humano entendimiento le sea posible comprender, cuán grave mal sea el pecado, y para que evites lo que puede hacerte eternamente desventurado.

5. *Voz del Discípulo.*—¡ Oh alma mia! ¡ Hé aquí el pecado! ¡ Mal verdaderamente el más grande; mal que rebaja al hombre á una condicion más ruin que la de los seres irracio-

nales, que cierra las puertas del cielo y abre las de los infiernos ! ¡Oh mónstruo abominable, más horrendo mil veces que el mismo demonio !

¡Oh mi Dios ! Me avergüenzo al confesar, y, sin embargo, me es imposible dejar de confesarlo, que me he hecho esclavo abyectísimo del pecado, y que por extremada insensatez, por ingratitud extraordinaria, por refinada malicia, con él y por él he insultado frecuentemente á tu tremenda Majestad, ante la cual los ángeles tiemblan de respeto y veneracion.

Me confundo íntimamente, Señor, al contemplarme de condicion más despreciable que las bestias, al cometer una iniquidad que la misma razon condenaba, y abusando en ella de las potencias de mi alma y de mis sentidos corporales.

6. ¡Oh Señor y Dios mio ! Imprimiste en mí tu amabilísima Imágen ; y yo, desfigurándola , la he sustituido con la horrible figura del diablo, y muchísimas veces me he hecho yo mismo más horrible que el demonio.

Pues él pecó ensoberbeciéndose, pero ántes de haber experimentado el castigo, y yo, conociendo sus tormentos , pequé despreciándolos ; él fué criado en la inocencia una vez y nada más, y yo he sido restituido á la inocencia muchas veces : él se levantó contra el que le crió, y yo contra el que me redimió.

Yo, pecador miserabilísimo, por nada , ó por cosa más despreciable que la nada , perdí para siempre tu amistad, arrojé léjos de mí la paz dichosísima de mi alma, el derecho á la bienaventuranza eterna, y me hice yo mis-



mo esclavo infeliz del demonio, siendo hoy participante de sus desdichas, y participante mañana de sus eternos suplicios, si no busco, volviendo en mí, la misericordia de tu Santísimo Corazon.

7. Verdaderamente, Señor y Jesus mio, que no soy digno de volver á encontrar una misericordia de que tantas veces he abusado: no soy digno de ser siervo tuyo, cuando he sido esclavo del demonio. Si has de tratarme como merezco, el infierno es mi morada.

Pero, Dios y Salvador mio, rebosa tu Corazon en infinita misericordia: mis culpas mismas me convencen de ello; pues si tu misericordia no fuera infinita, nunca habrías tolerado la ofensa infinita de mis innumerables pecados.

¡Oh Jesus! Compadécete de mí segun tu gran misericordia. Pido humildemente perdón, y espero alcanzar que te apiades de este desdichado pecador. Me arrepiento sinceramente de todos los pecados que he cometido, y propongo firmemente servirte con fidelidad y amarte con fervor.

*(Imitacion de Cristo, lib III, cap. VIII, núm. 123; capítulo XIII, núm. 3, y cap. XIV, núm. 1.)*

## CAPÍTULO VIII.

Tu corazon debe estar limpio tambien hasta del pecado más pequeño.

1. *Voz de Jesus*.—Purifica, hijo mio, tu corazon de todo pecado, y evita así mismo y con la mayor diligencia hasta la mancha de la culpa más pequeña.

Nada existe, nada puede existir por lo cual sea lícito cometer un pecado, aunque sea venial.

Aun cuando pudieras conservar el universo completamente limpio, prohibido te estaría ofenderme, ni en la cosa más leve, puesto que Yo excedo infinitamente á todo lo limpio.

Evitan algunos los pecados mortales, y admiten sin escrúpulo los veniales; señal demasiado evidente de que, más que por mi amor, se gobiernan segun su amor propio.

Pero ¡infelices! experimentarán para su propio daño como se engañaron á sí mismos.

2. El que desprecia las cosas pequeñas cae poco á poco en las grandes; y acostumbrándose insensiblemente á juzgarlo todo pequeño, juzgará todavía que obra bien admitiendo lo grave, sin gran remordimiento de la conciencia.

Cuando ayude á un insensato á marchar por las orillas de un precipicio, sucederá justamente que, deslizándosele el pié, caiga en un profundo abismo.

Guárdate, pues, del pecado venial, si no quieres cometer pecado mortal.

Tanto tiempo expones á peligro tu salva-

cion, cuanto eres indulgente con las faltas pequeñas.

3. Muchísimos hay que, al parecer, testan renovar mi muerte por el pecado mortal, y sin embargo, no cesan de llenar de amargura mi Corazon con reiteradas culpas veniales, y de afligirle por ellas con repetidos dolores.

¡Ah! Examínate, hijo mio, una y otra vez, y ve cuidadosamente lo que haces; pues cuando te atreves á lastimar mi Corazon con una herida pequeña, te engañarás acaso, como á muchos les ha sucedido, y le atravesarás de parte á parte con un golpe de muerte.

¡Oh estupidez del humano corazon! ¡Muchos temen más ofender al último de los hombres, que ofenderme á mí, su Dios y su Salvador!

4. El tiempo que continúes pecando, aún cuando sólo sea venialmente, ni te encontrarás bien, ni poseerás verdadera felicidad.

Y aún cuando la perfeccion sea, como es, conveniente á tu corazon, trabajas en vano todo cuanto trabajos para alcanzarla.

Porque el pecado venial disminuye la caridad, infunde tibieza, corrompe los actos de virtud, obstruye el manantial de las gracias y de los auxilios especiales, y, por último, privando al alma, poco á poco, de todos los bienes, la deja enteramente vacía.

5. ¿Por qué, si nó, el hombre se ve la mayor parte de las veces afligido con tantas y tantas desdichas? ¿No es, por ventura, por una vana comodidad ó por un deleite pasajero?

Advierte, pues, cuán verdaderas moles-



tias han de sucederles, y cuán terriblemente has de padecer en el purgatorio.

Tormentos padecerás allí que exceden sin comparacion á todos los sufrimientos del mundo y á todas las calamidades de la vida; y de allí no saldrás hasta que hayas satisfecho el último cuadrante.

¡Con cuánta vehemencia te arrepentirás entónces de haber cometido aquel pecado levísimo, por cuya causa te ves privado del cielo y horriblemente castigado!

No quieras, nó, hijo mio, frustrar los deseos de mi Corazon, ni los esfuerzos para hacerte feliz, ni seas tan imprudente que, aún resistiéndolo Yo, prefieras ser desgraciado.

6. *Voz del Discípulo.*—Luego no es, Señor, el pecado venial un mal tan pequeño, cuando tanto ofende á tu Majestad divina, hiere tu Corazon, priva al alma de gracias y auxilios especiales, impide el suspirado aprovechamiento, vicia las buenas obras, abre el camino de la perdicion, compromete la salvacion eternamente, y despoja del cielo á quien le comete.

¡Y yo he tenido males tan grandes por cosa tan pequeña! ¡Oh y qué locura la mia! Y, lo que aún es peor, yo he cometido estos pecados sin número y sin medida. Mis faltas exceden á toda cuenta.

¿Y dónde está el fin? Tantas son las clases de pecados, cuantas son las potencias de mi alma, cuantos son mis sentidos corporales: tanto es el abuso y la ingratitud de la culpa, cuantos han sido tus favores y tus beneficios: tanta ha sido la multitud de mis pecados, como el número y especie de mis ocupaciones.

¡Ah! ¿Y qué obra hay entre las de religion y en los ejercicios de piedad, donde tú no encuentres defecto?

¡Ay alma mia! ¿No serían, por ventura, bastante tantos pecados como hemos cometido por inadvertencia, por ignorancia y por fragilidad? ¿Era tambien preciso añadir á ellos los más graves, los cometidos por abandono, con deliberada voluntad y por malicia?

¡Así pagamos al Dios por cuya bondad vivimos, y á cuyo amor debemos cuanto tenemos y cuanto somos!

7. ¡Oh mi Dios, Señor y Salvador mio! Si ya no he perecido para siempre por la gravedad y la muchedumbre de mis pecados, reconozco que es debido á la benignidad de tu Corazon: debó á tu misericordia el no haber sido ya destruido.

Heme encenagado en el lodo: me abandonó mi valor: me envolvieron las tinieblas: desfalleció mi mismo corazon: me he sumergido en lo más profundo, y mi flaqueza me impide verme libre. ¡Cuánta es, Señor, la miseria mia!

¡Ah y quién dará lágrimas á mis ojos y vigor á mi corazon para llorar é inclinarte, Dios mio, á que me salves!

Misericordia, ¡oh buen Jesus! y librame; purifícame y renuévame todo.

Inflama mi corazon en el amor de tu Corazon: consume mis culpas con este fuego divino: no reserves para ellas el fuego del purgatorio. Aquí, Señor, aquí sea donde yo me abraze y me purifique en el fuego de tu dulce amor, y no allí entre las llamas de un fuego castigador.

Ya, Jesus dulcísimo, haré por tu amor lo que hasta aquí no he hecho por el temor: evitaré por tu amor todo pecado, por muy leve que sea.

(*Imitacion de Cristo*, lib. I. cap. II, núm. 6, y libro III, cap. IV, números 1, 2, 3 y 4.)

## CAPÍTULO IX.

El corazon del pecador no puede experimentar otra cosa sino la amargura de la infelicidad.

1. *Voz de Jesus*.—Si llegas, amadísimo mio, á un estado en que tu corazon no tenga de qué reconvenirte, alégrate; y alégrate, porque gozarás la paz como un torrente de felicidad.

Un corazon bueno hace al alma dichosa, alegra á los cielos, aterra á los infiernos. Pero el corazon malo llena al pecador de infortunios, aflige á los moradores de la gloria, y llena á los demonios de malvada alegría y regocijo.

Representáte todas las calamidades posibles en este mundo, y nunca podrás imaginarte tantas como llevan en el corazon los pecadores.

¡Qué onerosa y cuán abyecta es la servidumbre del pecador! ¡Con cuántas y cuántas ligaduras se ve encadenado bajo el dominio de señores vilísimos, como son el demonio y sus tiránicas pasiones!

Tiene el entendimiento atado con las ligaduras de una estúpida ignorancia, para que no vea la verdad; tiene atada la voluntad con



una cadena de malicia execrable, para que no ame el bien.

Lleva esclavos consigo los sentidos, atados con las cadenas de la concupiscencia, para que no vaya en pos de la honestidad: se ve abrumado por el peso de las ligaduras de los apetitos, para que nunca llegue á la suave libertad de la gracia.

2. ¿Quién más necio que el pecador, causa él mismo de su mayor y más lamentable desdicha?

Si hay en el mundo un infierno anticipado, es ciertamente en el corazon del pecador, que, abrasado por el fuego de las pasiones, sufre todos los suplicios de una mala conciencia.

¿Ni cómo ha de disfrutar jamás verdadera alegría el que conoce que si se rompe el frágil hilo de la vida, ha de sepultarse profundamente en los infiernos?

¿Ni comprendo, ciertamente, como se atreve á entregarse al descanso de la noche el que no sabe si ha de despertar condenado por toda una eternidad!

3. Es imposible al corazon humano dejar de amar la felicidad; pero el pecador, arrebatado ciegamente por un espíritu desenfrenado é indócil, busca la felicidad allí donde sólo puede encontrar su mayor desdicha.

Piensan muchos que sus apetitos quedan plenamente satisfechos condescendiendo con ellos absolutamente, y que, una vez satisfechos, encontrarán la paz. ¡Qué error!

¿Quién hay que para apagar el fuego añada combustibles al mismo fuego? ¿No sería, por ventura, aumentarlo, en vez de extinguirlo?

Aun cuando alguno sacrifique á las pasiones la salvacion de su alma y la salud y la robustez de su cuerpo, las pasiones, todavía no contentas, gritarán: «Somos tuyas; alimentanos.»

Si fuera posible penetrar en el corazon del pecador, ¡oh y cuántas miserias y qué objetos tan abominables se verían en él! Sin embargo, á mí todas me son conocidas, todas visibles, y no puede engañarme, aún cuando pueda engañar á los hombres.

4. Ved en lo que viene regularmente á parar un corazon entregado á su depravada costumbre: nada piensa, nada ama, nada encuentra que le sea agradable sino lo que puede satisfacer sus apetitos; y aún cuando conoce que se sepulta en el abismo de su total desventura, poco le importa; corre en pos de sus concupiscencias, conculcando, no solamente los bienes eternos, sino la probidad, el honor y hasta la misma vida.

El pecador no necesita enemigo que le dañe ni le atormente: él es su mayor enemigo, él su más desapiadado verdugo.

Encuentra frecuentemente multiplicados suplicios en aquello mismo con que piensa deleitarse.

5. ¿Cómo ha de disfrutar la paz el que alimenta dentro de sí mismo las causas de su inquietud? ¿Ni cómo ha de respirar libremente una sola vez el que es esclavo del demonio?

¡Cuán infeliz debe ser el que entrega á Satanás el señorío y el dominio de su corazon!

¡Bienaventurado aquél que jamás haya

experimentado la esclavitud del demonio! ¡Bienaventurado el que jamás lloró oprimido con los grillos de los pecados!

Si hasta ahora, hijo mio, no has sufrido el infortunio del estado de culpa, regocíjate con el cielo todo, y no pretendas nunca saber qué sea servir al diablo.

Y si desdichadamente gimes bajo el imperio del pecado, compadécete de tu alma; abrasado en mi amor sacude su yugo, rompe tus cadenas, goza la libertad de los hijos de Dios.

6. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh, Señor, y cuánta infelicidad es el estar en pecado! ¡Qué desgraciada es el alma que vive en un estado tan miserable! ¿Qué paz, qué gozo, podrá disfrutar, teniéndote á Tí por enemigo; á Tí, que todo lo puedes y que todo lo sabes; cuando se ve desterrada de tu Corazon, su último y su más seguro asilo; cuando sabe que en el momento ménos pensado puede ser lanzada al fuego eterno?

¡Qué verdaderamente desventurada cuando no puede mirar al cielo sin ver que ha perdido el derecho á su posesion; cuando mire á su alrededor y se vea acusada, y por todas partes acometida de terror; cuando vuelva los ojos á una y otra parte, y donde quiera se sienta secretamente advertida de que sólo el infierno ha de ser su morada!

¡Qué verdaderamente desdichada cuando ni áun recogerse pueda dentro de su mismo corazon sin que halle en él á Satanás, sin que allí se vea atormentada como en un infierno anticipado, donde nada hay alegre, nada consolador, sino por donde quiera horrores y tinieblas, temores y suplicios!



¡Oh alma infelicísima! ¡Qué diferente de aquella que, engalanada con la gracia celestial, ennoblecida con la adopción divina, tan hermosa y tan grande eras, que formabas la admiración de los Angeles y de los Santos!

Y ahora, ¡qué desfigurada por el pecado, toda qué vil y qué despreciable! Te has hecho la abominación de todos los moradores del cielo.

7. ¡Oh Jesus mio! ¡Ojalá pudiera deshacer lo que tan miserablemente hice, aún cuando fuera con el sacrificio de mi vida! ¡Oh nunca hubiera caído en infortunio tanto, y ántes hubiera perdido la existencia que haber perdido la gracia!

¡Ah! ¡Bienaventurados aquellos que jamás perdieron su inocencia, que nunca experimentaron la infelicidad del estado de culpa!

Yo te suplico me ciñas otra vez mi vestidura primitiva: restablece en mí la inocencia, y de tal modo te serviré en la renovación de mi vida, que te la guarde inmaculada todos los días y hasta el fin.

(*Imitación de Cristo, lib. I, cap. VI, números 1 y 2; lib. II, cap. VI, núm. 1, y lib. III, cap. XII, números 3 y 6.*)

## CAPÍTULO X.

El Corazón de Jesus llama á todos, y también á los pecadores.

1. *Voz de Jesus.*—Venid á Mí los que trabajais y os encontrais fatigados, y Yo os aliviaré.

El que es justo venga para justificarse más;

el tibio acérquese para enfervorizarse más ; el pecador acuda para purificarse y para santificarse.

¡ Oh fragilidad humana ! ¿ Quién será el hombre que no haya pecado ? Cualquiera, pues, que diga que no ha pecado, se engaña á sí mismo, y la verdad no está en él.

2. Si te sientes, hijo mio, abrumado por los pecados y molestado por las imperfecciones, corre presuroso á mi Corazon : aquí quedarás libre ; aquí respirarás.

No te atemorice la gravedad de tus delitos ni la grandeza de mi Majestad : no vine á buscar á los justos , sino á llamar á los pecadores á penitencia.

Cuanto mayores sean las miserias que te esclavizan , tanto más me compadezco de tí ; y cuanto tú más enfermo te hallas, tanto más te encuentras necesitado de médico.

No me extrañan tus miserias ; conozco tu origen , comprendo tu corazon : si en delitos mayores no has caído , esto lo debes especialmente á mi gracia.

Pero lo que me admira es que cuando yo me ofrezco á curarte , tú no quieres sanar , ó si lo deseas , como que me parece que dudas de mi bondad.

¡ Ay , hijo mio ! No infieras á mi Corazon esta acerbísima injuria. Pues mi Corazon desea perdonar , y nunca se cansa de perdonar.

Ve con cuánta benignidad trato á los pecadores , que he sido llamado el amigo de los pecadores.

3. ¿ Dónde encontrarás un corazon que ame como ama mi Corazon ? Ninguno, entre los hombres , tiene mayor caridad que aquél

que da la vida por sus amigos : y yo , Hijo de Dios , la tengo mayor todavía , pues que doy la vida por mis enemigos.

¿ Quién jamás me amó á mí antes que yo le amara ? ¿ Quién antes me consagró los afectos de su corazon , que no hubiera experimentado primero los efectos de mi ternura ?

4. Muchos pierden la inocencia ántes de saber lo que es y lo que vale la inocencia ; y la mayor gloria de mi Corazon es triunfar de aquellos corazones , y de pecadores convertirlos en Santos.

Si comprendieras perfectamente la caridad de mi Corazon , podrias entónces conocer con qué ternura ama á las almas fieles , con qué suavidad obliga á los pecadores.

¿ Quién es el que sufre , y mi Corazon no le compadece ? ¿ Quién es el que peca , y mi Corazon no se aflige ? ¿ Quién es el que enferma , y mi Corazon no le suministra medicina ? ¿ Quién se reconoce miserable , y mi Corazon no lo siente ? ¿ Quién , finalmente , existe en el mundo á quien mi Corazon no haya colmado de beneficios ?

5. Soy un Padre bueno , que abrazo á los hijos engendrados en el árbol de la Cruz con todo el amor de mi Corazon perpétuamente abierto para ellos , para que en todo tiempo tengan refugio , y no así cualquiera , sino el centro mismo de mis afectos divinos.

Ellos duermen , y mi Corazon vela para su custodia : ellos velan y mi Corazon cuida de su conservacion.

Tanto es el amor en que por ellos se abraza mi Corazon , que amo y alimento á cada uno como si aquél fuera el único.



Si alguno , seducido por el enemigo , se aparta de Mí , mi Corazon se contrista como de la muerte del Unigénito : sigo al que huye , con el amor le invito , le insto , le prometo. Y si él no quiere escucharme , tengo paciencia , permanezco á la puerta de su corazon , llamo frecuentemente.

Y cuando se resuelve á volver á Mí , vuelo á su encuentro , le estrecho á mi pecho , regocijándose en ello mi Corazon , porque ve ya junto á sí , vivo y salvo , al hijo á quien había llorado como muerto.

Convoco por esta alegría á todo el cielo , para que se alegre conmigo , para que conmigo se regocije.

6. Si deseas , pues , complacer á mi Corazon , dar alegría á los cielos y refrigerar tu alma , conviértete á Mí con todo tu Corazon.

Cualquiera que seas , pecador , ya hayas pecado mortal , ya venialmente , ven á mi Corazon , y en él encontrarás la medicina de todos tus males.

Confía , hijo mio , y no temas : yo te llamo , nó para confundirte , sino ántes bien para borrar todas tus iniquidades.

Ven , hijo mio , ven : hème aquí , esperándote con los brazos abiertos y el Corazon abrasado.

7. *Voz del Discípulo.* — Ea , dulcísimo Jesus ; ya corro á Tí , animado y confiado en la extraordinaria bondad de tu Corazon.

Vengo pidiendo y suplicando : recibe clemente á tu hijo pródigo , que llega de apartadas regiones , asqueroso con tantos pecados y lleno de desdichas.

No soy digno de llamarme hijo tuyo , pues

tan indignamente te abandoné, tan gravemente te deshonré y tan desapiadadamente te afligí.

Pequé contra el cielo y contra Tí : reo soy, y me falta valor para arrojarme entre tus brazos : héme aquí á tus plantas, prosternado en el polvo , llamando á tu Corazon paternal y pidiendo perdon.

Tú me llamaste cuando huía ; me buscaste cuando estaba perdido ; me sufriste cuando abusaba de tu bondad ; me inclinaste á volver á Tí con una suavidad admirable : y cuando vuelvo en condicion tan desventurada, no solamente me recibes , sino que tambien me abrazas. ¡ Oh mi Jesus ! ¡ Oh Padre como ninguno !

Alégrense y regocijense conmigo los Angeles y todos los Santos : y alaben tambien en mi compañía y ensalcen tu misericordia por toda la eternidad.

Ya me tienes aquí ; ya soy perpétuamente tuyo : te amaré , Señor, con fidelidad acrisolada , y por tu amor haré cuanto sea tu voluntad.

(*Imitacion de Cristo, lib. I, cap. xxij, números 1, 2, 3, 4 y 5.*)

## CAPÍTULO XI.

Cómo hemos de dar principio á la purificacion del corazon.

1. *Voz del Discípulo.*—Infinitos son, Señor y Dios mio , los motivos que me impelen á una verdadera enmienda. Los cielos prometen , los infiernos me amenazan , la tierra

en el momento ménos pensado puede arrojar-me á la eternidad.

Y lo que es todavía más, mi corazon abrumado por el peso de tus dones, obligado por su propia miseria, atraído, finalmente, por la infinita bondad de tu Corazon, no cesa de estimularme á ello.

Pero ¿ cómo acometeré esta empresa ? Sé que debo, pero ignoro el modo de dar principio á ella.

Enséñame Tú ; oh buen Jesus ! el modo verdadero de enmendarme y corregirme. La gloria toda que de ello resulte será para Tí y para tu amantísimo Corazon.

2. *Voz de Jesus.*—Si quieres, hijo mio, purificar tu corazon y arrancar de él cuanto haya vicioso, da principio á la obra con alma grande y generosa.

Ten una decidida y firme voluntad de corregirte y de no descansar nunca en el trabajo de una purificacion perfectísima : enciende á la vez el deseo de corresponder á la gracia divina y seguir sus inspiraciones, y un éxito verdaderamente feliz coronará todos tus esfuerzos.

Este es, de tu parte, el primero y el mayor de todos los medios, del cual todos los demás tomarán su fuerza y eficacia, y sin el cual todos los demás, aún cuando sean poderosísimos, apenas aprovecharán cosa alguna.

Esta voluntad de trabajar siempre, con el auxilio de la gracia, en purificar bien el corazon y conservarle siempre puro, es la esperanza primera de la futura pureza del corazon, la señal primera de la futura perfeccion, la primera cosa que procuran discer-



nir con rectitud los que aspiran á ser Santos, y el distintivo primero de los discípulos verdaderos de mi Corazon.

3. Preparado á la obra con esta disposicion de tu alma, toma fuego, enciende con él tu corazon para que consuma los pecados y los vicios que existen allí todavia.

Oye con atencion, hijo mio, lo que digo. Limpiarás, indudablemente, un huerto erizado de plantas y de yerbas dañosas, y desfigurado con productos inmundos y groseros, si le trabajas con los útiles á propósito, si cortas las malezas, si arrancas y arrojas cuanto le sea perjudicial; pero no habrás concluido tu obra sino despues de mucho tiempo y de penoso trabajo.

Pero aplicale fuego, y verás con qué facilidad y con qué prontitud queda todo el huerto limpio.

Y verás tambien que ese mismo huerto ha quedado, por el fuego, más fértil y más á propósito para producir flores y frutos.

De un modo semejante, hijo mio, purificarás tu corazon, comparable á este huerto, con más libertad y con ménos dificultades valiéndote del fuego del amor divino, que trabajando de otra manera.

Y encontrarás, desde entónces, tu corazon mejor, mucho mejor preparado y á propósito para producir flores de virtudes y frutos de santidad.

4. Pero hallarás aquel fuego en mi Corazon, si vienes á él por la oracion; si oras, no sólo vocal, sino mentalmente;

Si pesas tambien en el interior de tu alma las penas del infierno y del purgatorio, que

has merecido tantas veces ; si comparas los inmensos , divinos beneficios mios , y tu inexplicable ingratitud ;

Si meditas con el mayor cuidado mis perfecciones divinas , infinitas y dignas de todo amor y de todo honor , y la absoluta indignidad de las injurias con que me has ofendido ;

Si me contemplas tambien víctima, por tu amor , de tantos trabajos , padeciendo tanto por tus culpas , pendiente de una cruz, y con el costado rasgado y abierto para tí ;

Si , por último , penetras dentro de mi mismo Corazon y consideras hasta qué punto ha sufrido inocente por tus culpas , y cómo le han afligido y devorado ;

Si aplicas al mismo tiempo tu corazon al mio por repetidos afectos y fervorosas peticiones.

Indudablemente en la oracion se encenderá el fuego y abrasadora llama del amor divino.

5. Saca de este amor tu contricion , es decir , el arrepentimiento de cuantos pecados hayas cometido , y el decidido propósito de no volver á pecar más.

Ninguno alcanza , hijo mio , el perdon de los pecados si ántes no se arrepiente de ellos ; ninguno se cura de sus vicios si primeramente no los aborrece.

Detesta y aborrece de corazon , y todo cuanto te sea posible , tus pecados y tus vicios , mayores que toda detestacion y todo aborrecimiento , y que nunca se detestan ni se aborrecen bastante.

Cuanto mayor sea el dolor que formes por el amor divino , tanto más perfecta será tu

contricion , áun cuando actualmente no la comprendas.

Y cuanto con más pureza y voluntad más sincera odies y te arrepientas de todos tus pecados , tanto más cierto puedes estar del perdón de los cometidos , y más seguro de no cometer otros nuevos.

6. Señal tienes infalible de verdadero dolor de los cometidos , si en adelante te abstienes de cometer otros nuevos.

Haz , pues , y guarda siempre un firme propósito de evitar todo aquello que conozcas puede desagradarme , y de padecer todos los males imaginables de esta vida primero que cometer deliberadamente un solo pecado.

Pero cuida tambien de no engañarte á tí mismo imaginándote que basta para esto un propósito cualquiera. No es suficiente un vago deseo ; no es bastante tampoco un deseo aparente ó hijo de la costumbre ; no es suficiente un propósito ineficaz , con el cual parece que se quiere y no se quiere al mismo tiempo : cuando , como él mismo se figura , ya no quiere pecar más , y sin embargo rehúsa de hecho valerse de los medios necesarios para evitar el pecado.

Conviene , hijo mio , que el propósito sea verdaderamente sincero , y firme , y eficaz , y con el cual emplees todos los medios que impidan el pecado en lo sucesivo.

Y para que este propósito permanezca en tí siempre vivo , renuévale muchas veces , ora con frecuencia , enfervoriza tu devoción con los ejercicios espirituales , y pide , por último , la gracia especial , con la que seas constante y perseveres fácilmente.



7. *Voz del Discipulo.*—Verdaderamente, Señor, que mi corazon es una tierra desolada que produce frutos innumerables, pero ponzoñosos y corrompidos.

Harto difícil empresa es purificar el corazon de todos ellos: y, solo yo, nada puedo emprender provechoso y saludable.

Pero te suplico me auxilies con una gracia eficaz y poderosa, con la cuál felizmente concluya una obra de interes tan reconocido.

Deseo, pues, vehementísimamente realizar bajo tu direccion una empresa tan necesaria, tan útil, tan santa, y no abandonarla ántes de haberla concluido.

No consientas, mi buen Jesus, que yo sea en ella ó torpe ó descuidado. Confieso mi inclinacion al decaimiento del espíritu, y que si alguna vez empecé, incurrí frecuentemente en el abandono.

Pero anímame Tú, excítame, aguijonéame fuertemente; ni permitas que yo deje de trabajar hasta que mi obra llegue al término suspirado.

(*Imitacion de Cristo, lib. I, cap. XIX.*)

## CAPÍTULO XII.

El sacramento santo de la Penitencia es un medio eficaz para purgarse de vicios y purificarse de pecados.

1. *Voz de Jesus.*—Mi corazon, hijo mio, sabiendo que tal es la fragilidad de los mortales, que apenas pueden vivir en el mundo

sin pecado , halló un medio saludable , con el cual , bien empleado , alcancen , no solamente el perdon de sus culpas , sino tambien el aumento de la gracia.

«Dios es fiel, para que, segun su palabra, perdone á los que confiesan sus pecados, dé gracia á los que pidan y vida mejor á los que le busquen.» (*I. S. Juan*, i. 9, y v. 14.)

¿Qué sería de la mayor parte de los hombres si no existiera la confesion ? ¡Qué pocos se salvarían ! ¡Y cuántos de los que gozan del cielo , ó algun dia le habrán de gozar , se hubieran condenado !

2. «Por esta misma razon he dado á la Iglesia la potestad necesaria para que queden perdonados los pecados de aquellos á quienes ella perdone , y retenidas aquellas culpas que ella retenga.» (*S. Math.*, xviii; y *S. Juan*, xx.)

«Si por casualidad la envidia, ó la infidelidad , ó cualquier otro pecado , se hubiera apoderado astutamente del corazon , no se avergüence de confesarlo al superior , para ser curado por él con la palabra de Dios y con el consejo saludable.» (*S. Clem. Rom.*, sig. i.)

«Pero si rehusas la confesion , considera que en tu corazon hay un fuego que sólo la confesion puede extinguir. ¿Cómo , pues , renuncias á tu curacion sabiendo que contra ese fuego , despues del bautismo del Señor , tienes todavía tu segundo socorro en la confesion ? Piensa primero en la magnitud del castigo , para que así no vaciles en aceptar el remedio.» (*Tertul.*, sig. ii.)

«Hay , pues , perdon de los pecados , aun cuando sea trabajoso , por la penitencia , cuan-

do el pecador riega con lágrimas su lecho, cuando no se avergüenza de confesarlos al sacerdote del Señor, ni de buscar la medicina.» (*Orig., sig. III.*)

«Es indispensable que todos busquen esta medicina de la confesion, porque el alma está en mayor peligro que el cuerpo, y porque las enfermedades interiores han de curarse cuanto ántes.» (*Lactan., sig. IV.*)

«Confíesate: salga y corra en la confesion toda tu podredumbre: lo que quede, fácilmente se curará. ¿Temes confesar, tú que, no confesando, no puedes estar oculto? Dios, que todo lo sabe, exige la confesion para dar libertad al humilde, y condena al que no se confiesa, para castigo del soberbio.» (*S. Ag., sig. V.*)

«Pero confíesate de tal manera, que no vuelvas á pecar: entónces aprovecha la confesion del pecado, si el pecador que confesó no vuelve á pecar jamás.» (*S. Fulg., sig. VI.*)

«Una vez hecha la confesion, hay que renunciar á las culpas: la confesion, pues, precede, y sigue el perdon.» (*S. Isid., sig. VII.*)

«La Iglesia, que tiene en Cristo su fundamento, ha recibido del mismo la potestad para perdonar los pecados.» (*Ven. Beda, sig. VIII.*)

«Si los pecadores no quieren confesar sus pecados, tendrán por juez castigador al mismo Dios á quien tienen por testigo.» (*Haymo, sig. IX.*)

«No es necesario confesar públicamente los pecados: basta únicamente manifestar á los sacerdotes en secreta confesion los delitos de la conciencia.» (*Luitp., sig. X.*)



Y así «para que un pecador se confiese, la razon inspira y Dios obliga.» (*S. Ped. Dam., sig. xi.*)

«La confesion es absolutamente necesaria para el pecador, y no menos conveniente para el justo.» (*S. Bern., sig. xii.*)

«De tres maneras se ha de confesar : sin disimulo, sin disculpa, sin dilacion.» (*S. Buenaventura, sig. xiii.*)

«Acúsese tambien el penitente en la presencia del confesor, con un sentimiento vivo de verdadero dolor , con propósito firme de la enmienda , y cumpla la penitencia que se le imponga.» (*Thaul., sig. xiv.*)

«Pues la penitencia es un sacramento del que son como materia los actos del penitente, que se dividen en tres clases : primera , contricion del corazon ; segunda , confesion de boca ; tercera , la satisfaccion de obra.» (*Concilio Florent., sig. xv.*)

Hé aquí , hijo mio , cómo desde los primeros tiempos, los fieles de todos los siglos y de todos los pueblos del mundo han venerado y practicado tan dulce y saludable sacramento.

3. ¿Ni qué cosa mejor que confesar como es debido? Por la confesion el hombre se libra de las culpas , vuelve conmigo á la gracia, y obtiene la paz del corazon : y el que ántes se sentía martirizado de angustias, se encuentra despues tranquilo y dichoso.

El sacramento de la Penitencia es el remedio del alma , con el cual se curan los vicios, se ahuyentan las tentaciones, se destruyen las asechanzas del demonio , se adquiere una nueva gracia, se aumenta la piedad , y se consolidan más y más las virtudes.

Por la confesion, el alma reconquista los derechos que había perdido pecando, y realza aquella hermosura que desfiguró la iniquidad.

4. Podrá acaso suceder que al acercarse el pecador á este sacramento de la misericordia divina, arrastrado por el demonio de la vergüenza, ó el temor, se precipite en el bátrato del sacrilegio: entónces no es ya solamente pecador, sino mónstruo horrible del pecado.

Pero ¿podrás, por ventura, hombre desventurado, ocultarte á mis ojos? ¿Podrás impedir que Yo te sepulte en ese abismo profundo que has abierto tú mismo?

Ocultas, sacrílego, tus culpas al confesor, que por severísimas leyes divinas y humanas está obligado á un silencio absoluto y sempiterno; pero yo las manifestaré en presencia tuya, nó ya á un solo hombre, nó á una sola nacion, sino á los cielos, á la tierra, á todos cuantos en todo tiempo hayan existido.

Envuelto entónces en el exceso de tu confusion, llamarás á los montes para que, cubriéndote, te libren de la afrenta; querrás esconderte hasta en el infierno; pero no podrás, y allí permanecerás para recibir públicamente la humillacion y el oprobio merecido.

¡Hombre insensato! Si no tuviste vergüenza de pecar para tu perdicion y tu ruina, ¿por qué la tienes de confesarte para tu salvacion y tu gloria?

Escucha: y ¿por qué vacilas en descubrir tu conciencia á aquél que está autorizado por Mí y hace mis veces para contigo?

Cuando penitente te pongas á los piés del confesor, mírale ciertamente como á mí mismo, porque entónces representa, á no dudarlo, mi misma persona, y está revestido de mi misma potestad.

Es además un hombre como tú; tiene tambien, como tú, sus miserias, y tambien, como tú, tiene obligacion de confesarse: tanto más difícil para él, cuanto por la sublimidad de su estado está obligado á ser más perfecto.

«Así, la misma Divinidad ha dispuesto sapientísimamente que los sacerdotes, no ménos que los legos, todos cuantos quieran verse libres de pecados mortales, estén obligados á confesarse; y que á los sacerdotes, cuyos ministerios todos requieren una santidad absoluta, les sea muy conveniente purificarse con frecuencia en la confesion, áun de las faltas veniales.

Por esta razon los legos confiesan con los sacerdotes con más libertad y confianza, y los sacerdotes aprenden con la experiencia á compadecerse de sus miserias, á enfermar con los enfermos y á llorar con los que lloran.

5. Hay, no obstante, muchos que se confiesan con bastante sinceridad, pero en la realidad no se enmiendan; y es porque no procuran corregirse con todas las veras de su corazon.

Unos llegan al sacramento de la Penitencia estrechados por la necesidad, otros arrastrados por los respetos humanos, y otros tan solamente por la costumbre: no hay, pues, que extrañar si éstos poco ó ningun fruto consiguen.

Tú, hijo mio, teniendo presente tu salva-



cion y mi beneplácito, procura hacer cada confesion como si fuera la última de tu vida: así experimentarás admirables y dulcísimos efectos.

6. Conócete, no obstante, á tí mismo, y sabe que con demasiada frecuencia has de verte empujado á aquello que te arrepentiste de hacer, y que has formado propósito de evitar.

Mas no desesperes por esto, hijo mio, ni te contristes excesivamente: ello será consecuencia más bien de tu fragilidad que de tu malicia: pecados indeliberados más bien que hijos de la propia voluntad.

Y aprende de ello, ya la benignidad de mi Corazon, siempre propicio á perdonarte, ya la miseria del tuyo, propenso siempre al mal, y que no pocas veces te hace traicion.

Ve, sin embargo, no sea que por esta tu demasiada fragilidad descuides la confesion: ántes bien, cuanto más frágil te reconozcas, acércate á ella con más frecuencia.

7. Muchos tienen miedo á la confesion, y se acercan á confesarse temblando.

Pero ten entendido que los más grandes pecadores, lo mismo que los grandes Santos, encuentran en ella su consuelo.....! Y á tí te atormenta la ansiedad!

Allí resucitan los muertos, y los vivos viven con más abundancia de vida.... Y tú, ¿por qué tiemblas como si te llevaran al suplicio ó caminaras á la muerte?

Te equivocas, hijo mio, te equivocas: este salubérrimo sacramento ha sido instituido, nó para martirio, sino para consuelo.

8. Desecha, pues, toda agitacion y toda

angustia ; porque yo no soy el Dios de la inquietud, sino el Dios de la paz ; no me deleito en la confusion del corazon , sino en la buena voluntad.

Haz cuanto te sea posible, y confíesate segun sepas y con la mayor ingenuidad : una vez hecho así, vive en paz, y no te molesten más , ni las sugerencias del enemigo, ni las de tu imaginacion.

Mi Corazon es, hijo mio , el refugio de los pecadores. Y yo no rechazaré ni despreciaré á cualquiera que le busque con corazon contrito y humillado, y cuantas veces lo hiciere.

Frecuenta, pues , con confianza este baño divino, en que mi Corazon lavará con su sangre á tu alma, y la lavará más y más hasta que quede toda limpia y pura (1).

(1) Conveniente será comprobar esto con un hecho admirable y verdaderamente consolador que se lee en la *Vida de Santa Maria Magdalena de Pazzis*. Estando esta santa virgen cierto dia en la iglesia de su convento, en ocasion en que se oian confesiones, exhalando su corazon en la presencia de Jesucristo, manifestado en el tabernáculo, y absorta su alma en las divinas comunicaciones, la pareció repentinamente como que se la revelaba y permitía ver un mundo en cierta manera espiritual. Vió á cada una de las almas de los penitentes tal cuales eran miéntras se confesaban ; pero, una vez recibida la absolucion sacramental, en aquel momento veíase al divino Jesus derramando místicamente sobre ellas su sangre, y lavándolas de tal modo, que quedaban increíblemente purificadas y hermosas. Si pues tal era el efecto de una sola confesion , ¿ cuáles y cuántos serán los efectos de frecuentes confesiones ? Si el alma queda tan limpia y tan hermosa lavada una sola vez con la sangre del Corazon de Jesus, ¿ cuán pura y cuán hermosa quedará si se lava muchas veces ! Lienzos groseros y muy sucios, repetida su lavadura muchas veces, no solamente quedan limpios, sino blancos como la nieve. Y por ventura el alma , si frecuentemente se lava con la sangre de Jesus, ¿ nó quedará absolutamente pura é incomparablemente hermosa ? Este piadosísimo pensamiento puede aumentar tu amor al sacramento de la Penitencia, y á ti, interin te acercas á él, proporcionarte suavisima ocupacion y mucho consuelo.

9. *Voz del Discípulo.*—¡Oh mi buen Jesus! ¡Cuán benéfica y qué consoladora invención de tu Corazon es el sacramento de la Penitencia! ¡Qué estupenda dignacion, qué admirable suavidad el hacer de la sangre preciosa de tu Corazon un baño divino donde nos lavas de nuestros pecados!

Si tu Corazon no hubiera encontrado este secreto lleno de todo consuelo, ¿quién jamás hubiera podido encontrarle? Y si tú no le hubieses ofrecido, ¿qué hubiera sido de nosotros? ¿Qué sería de mí?

Gracias á tí, dulcísimo Jesus; gracias te den conmigo los ángeles todos y todos los bienaventurados; todos los pueblos y todas las lenguas, por haber instituido este sacramento vivificante y santificante, por el cual se salvan los reos moradores en la tierra, y se aumenta el número de los Santos en el cielo.

Mas para que yo no abuse de tan señalado beneficio, y para conseguir de él el fruto suspirado, me confesaré, no solamente con frecuencia, sino tambien con diligencia: preparándome para confesar como si fuera para morir, haré ántes de la confesion actos de verdadero dolor y firme propósito, con tranquilidad y con sinceridad: manifestaré sencillamente al confesor cuanto á Tí te manifestaría si te tuviera presente; cumpliré la penitencia que me fuere impuesta, con atencion, con devocion y lo ántes que me sea posible; y procuraré, finalmente, vivir para Tí, con nuevo fervor y corazon más puro.

¡Oh Jesus! ¡Cuánto consuelo, cuánta dulzura experimenta mi alma cuando por este



sacramento de tu misericordia se lava y se purifica en la sangre santísima y purísima de tu Corazon! Lávame muchas veces, y quedaré limpio interiormente; lávame más, y apareceré más blanco que la nieve.

(*Imitacion de Cristo, lib. 1, cap. xxi, números 1, 2, 3, 4, 5 y 6; y cap. xxii, números 6 y 7.*)

## CAPÍTULO XIII.

Debemos confiar en que Dios nos habrá perdonado los pecados, despues de haber hecho sinceramente de nuestra parte lo que para ello nos era moralmente posible.

1. *Voz de Jesus.*—Como yo vivo, no quiero la muerte del pecador, ántes bien deseo su conversion y que viva.

Si el pecador hace penitencia de todos los pecados que cometió, y guarda todos mis mandamientos, vivirá mi misma vida, y no morirá.

No le dañará la impiedad del impío, sea cualquiera el dia que él se aparte de su impiedad: ni se le imputarán jamás las culpas con que pecó.

¿Por qué, pues, hijo mio, te turbas y temes desordenadamente? En verdad que yo no soy como el hombre que miente y se muda. Dije, ¿y no haré? Prometí, ¿y no cumpliré? Juré, ¿y no seré fiel á mi juramento?

¿De qué dudas, hombre de poca fe? En verdad, en verdad que pasarán los cielos y la tierra, pero mi palabra no pasará.

2. Hé aquí á Dios, Padre celestial, que por tu salvacion no perdonó á su propio Hijo, sino ántes bien le entregó por tí, no ménos

que por los demás; ¿y cómo no habia de darte con él tambien el perdon, la perseverancia, el paraíso y todos los bienes?

Así que en todo te has enriquecido por Mí, Hijo Unigénito de Dios, de tal manera, que nada te falte en materia de dones, porque allí donde abundó la culpa, allí sobreabundó la gracia.

Acércate, pues, con confianza al trono de esta misma gracia, para que con ella alcan-ces cuanto te es necesario.

3. Yo, hijo mio, descendí del cielo para sacarte más fácilmente del infierno: Yo padecí toda mi vida para que tú fueras dichoso por toda la eternidad: Yo fuí condenado á muerte, para que tú quedaras libre de una muerte sempiterna: todo esto hice contigo cuando eras mi enemigo: ¿qué no haré, pues, ó qué rehusaré hacer, si tú me amas?

Si te aterran tus culpas, ten presente, hijo mio, que mis méritos valen infinitamente más para salvarte, si lo quieres, que tus pecados para condenarte, si lo temes.

Y si temes el juicio por tus pecados, acuérdate de que Yo, tu Salvador, que á la diestra de mi Padre intercedo tambien por tí, he de ser el que te juzgue.

4. Dilata, sí, tu corazon en el Espíritu Santo, á quien recibiste en el Sacramento de la divina misericordia. Este Espíritu de caridad, abrasándote en su fuego, destruirá las reliquias de los pecados y alejará de tí todo temor desordenado.

Si fueras el más grande entre todos los pecadores, como el ladron crucificado conmigo; si, cual otro Pablo, me hubieras per-

seguido, y, como Pedro, hubieras tambien apostatado; si una sola vez te confiesas bien y recibes la gracia del Sacramento, todas tus culpas quedarán perdonadas.

5. ¿Por qué, pues, hijo mio, te turbas y te entristeces? ¿O me crees Señor tan duro, que con nada se da por satisfecho?

Te engañas, hijo mio; lastimosamente te engañas. Pues qué, ¿no soy yo por ventura aquel Padre cuyo Corazon es la misma bondad? ¿Acaso no lo sabes? ¿Por ventura no lo has experimentado?

No me deshonres, pues; no blasfemes de Mí, atribuyéndome lo que me es tan injurioso.

6. No has recibido, hijo mio, otra vez en el temor el espíritu de servidumbre; sino que recibiste el espíritu de adopcion de los hijos de Dios con que me ames y me llames: *Abba*. ¡Padre!

No temas, pues, hijo mio: no quieras, angustiándote, perder miserablemente el tiempo que debes emplear dichosamente, amándome. Pues no busco tus sufrimientos, sino tu amor.

Confía, hijo mio, confía en que tus pecados te han sido perdonados. Cuida ya únicamente de amarme tanto más, cuanto más es lo que yo te he perdonado.

7. *Voz del discípulo*.— ¡Oh Jesus! ¡Oh amor! ¡Oh mi vida! ¡Qué meliflua y qué dulcemente se expresa conmigo tu corazon!

¡Oh mi Dios y mi Señor! Tú me lavaste, no solamente los piés, no solamente las manos, no solamente la cabeza, sino, lo que es más, el alma, y esto con tu misma sangre.

Y sumergiste tambien mis culpas en lo



profundo del mar, en el abismo de la misericordia de tu Corazon, donde para siempre desaparecieron de tu presencia.

¡Oh Jesus! ¿Y podré, por ventura, olvidarme jamás de esa misericordia con que así me has devuelto la vida?

Cantaré, Señor, tus misericordias eternamente y alabaré la bondad de tu corazon por los siglos de los siglos.

8. Bendice, alma mia, al Señor, y cuanto dentro de mí existe ensalce á su santísimo Corazon. Sí; bendice, alma mia, al Señor, y no te olvides jamás de sus beneficios.

Él es el que se compadece de todos tus delitos: Él es el que sana todas tus enfermedades.

No hizo con nosotros segun eran nuestros pecados, ni nos castigó segun lo merecían nuestras abominaciones: ántes bien las borró segun la muchedumbre de las misericordias de su Corazon.

Como un padre se compadece de sus hijos, así el Señor se ha compadecido de nosotros; porque el Señor es bueno, y su misericordia no tiene fin.

9. Ama al Señor, alma mia; ama á Jesus y ámale mucho: porque innumerables son tambien los pecados que te ha perdonado.

Ámenle ménos aquellos á quienes perdonó ménos: tú, alma mia, procura corresponder á la grandeza de su bondad con la grandeza de tu amor:

Sí, Jesus dulcísimo; sí; yo te amaré con todas mis fuerzas; no perderé más el tiempo angustiendo mi corazon, que es hoy tu trono: le aprovecharé mejor y con más utilidad para mí, y más agradablemente para Tí, pues te

amaré en todo tiempo: siempre tu amor será mi ocupacion; en él dormiré en paz, en él descansaré.

(*Imitacion de Cristo*, lib. 1, cap. v. números 1 y 2, y cap. xxv, números 1 y 2.)

## CAPÍTULO XIV.

Cómo se han de evitar las recaídas.

1. *Voz de Jesus*. — ¿Pecaste, hijo mio? Pues no añadas otro pecado: ántes bien evita los venideros de tal modo que no vuelvas á los pasados.

Cuando el demonio ha sido lanzado de tu corazon, va, toma otros siete espíritus más malvados que él, y volviendo, intenta acometer otra vez. Si el hombre no resiste, los enemigos entran, y sus últimos pecados son mucho peores que los primeros.

Te es, pues, absolutamente necesario resistir á las tentaciones del enemigo, si no quieres ser presa del infierno.

No te aflijas, hijo mio, ni te entristezcas porque, contra tu voluntad, hayas de luchar con repetidas y varias tentaciones: ántes bien, alégrate y anímate. Esta es la señal de que te encuentras en estado de gracia y de que sigues mi bandera.

Si fueras del demonio, ciertamente que no combatiría lo que ya le pertenece; pero porque eres mio te tienta y trabaja por afiliarte en el número de los suyos.

2. Hijo mio, el ser tentado no es prevaricar: al contrario, cuando la tentacion te des-

agrada, es un mérito digno de la divina recompensa.

No te turbes tampoco por abominables que sean todas las sugestiones que el enemigo te presente; y por cruda que sea la violencia con que te solicita para el mal, no creas por eso que yo te desamparo.

Nunca estoy más cerca de tí, nunca más dispuesto á favorecerte, que cuando luchas con las tentaciones.

Cuando eres tentado, hijo mio, soy Yo en el certámen espectador y auxilio, favorecido y animado con el cual puedas, no solamente combatir, sino tambien triunfar gloriosamente.

Vive, pues, aparejado siempre para la pelea: no será coronado sino aquel que legítimamente pelear; y el vencedor recibirá la corona de la vida.

3. Cuando te veas á derecha é izquierda sitiado por los enemigos, y expuesto á sus acometidas interior y exteriormente, de tal manera has de estar armado, que nunca te encuentren desprevenido.

Eleva tu corazon, y únele con el mio, con propósito decidido y generoso de padecer cuanto haya que padecer, y de morir, si es necesario, en el combate ántes que volverme las espaldas. De otro modo, no puedes contar con la seguridad de sostenerte en lo más encarnizado de la pelea.

4. Dos especies de armas necesitas para esta lucha; defensivas las unas, ofensivas las otras.

La humildad te suministrará armas para defenderte. Por esta virtud, desconfia ente-



ramente de tí, y coloca en Mí toda tu confianza; y una vez reconocida tu propia fragilidad, evita cuanto te sea posible las ocasiones peligrosas.

Presuncion inexcusable sería, y digna de confusion, ir á buscarlas ó salirlas al encuentro, particularmente si se refieren á la carne.

5. Si, á pesar de todo, el enemigo te acomete, invócame, ampárate de mi auxilio, con confianza y con diligencia

El que en la tentacion ora, como es muy conveniente, jamás queda vencido; pero el que descuida la oracion, suele quedar derrotado.

Resiste inmediatamente, y desde su principio, á la tentacion, y ruega generosamente y con fervor, de esta ó de otra manera semejante: «¡Oh buen Jesus! escóndeme dentro de tu Corazon, para no verme separado de Tí..... ¡Dios mio, Dios mio, ven cuanto ántes en mi auxilio.....! ¡Jesus y María, apresuraos á socorrerme.....! Quiero, Señor, morir ántes que pecar.....!»

Si el enemigo insiste en su tentacion, separada fielmente el alma del objeto de aquella, y consagrada formalmente á otros objetos buenos, ó por lo ménos indiferentes, prosigue tú en tu oracion; persevera en tu resistencia, no con impaciencia ni turbacion sino con paz y con constancia, y el enemigo quedará confusamente avergonzado.

6. Ni es bastante resistir á Satanás; es necesario tambien herirle: esto lo conseguirás si, provisto de las armas que te suministrará el amor divino, vuelves contra el demonio las tentaciones mismas con que te atormenta.

Cuantas veces el demonio te tienta, aprovechate de la tentacion contra el fin y la intencion que él se ha propuesto, de tal manera que te unas más fuertemente conmigo, me glorifiques con tu fidelidad, y alcances para tí más fuerzas y mayores méritos.

De este modo sucederá que tu adversario, afrentado y envuelto en su derrota, no se atreverá á volver; y si se atreve, únicamente será para proporcionarte victoria más insigne y más espléndida corona.

7. Y si alguna vez eres tan desgraciado que caes, levántate inmediatamente: lucha otra vez con más humildad y más valor, y cuídate mucho de no rendirte ni entregarte al enemigo.

Esta es la causa por qué muchos se perdieron miserablemente; á saber: porque habiendo combatido con prontitud y hallándose á punto de alcanzar la victoria, abrumados por lo importuno de las tentaciones, torpemente se entregaron y desgraciadamente perecieron.

Trabaja, pues, hijo mio; corto es el combate, pero el premio es toda una eternidad.

Tén grandeza de alma: la magnanimidad es ya una parte no pequeña de la victoria. Ella dispone á la gracia, entusiasma el corazon, aumenta las fuerzas, suaviza el trabajo, y acobarda y debilita al enemigo.

Lucha, pues, con denuedo por Mí, tu Dios y tu Salvador; por tu salvacion y por tu corona; por el mismo reino de los cielos, y ofréctete en espectáculo digno á Dios, á los ángeles y á los hombres.

8. *Voz del discípulo.*—Gracias á Tí, ¡oh

mi buen Jesus! que así armas mi brazo para la lucha y preparas mis manos para el combate.

Que al mismo tiempo fortaleces mi corazón y le aumentas valor, de tal modo, que se dispone á ejercitar sus fuerzas y á combatir valerosamente.

Pero conozco y confieso que por mi propia naturaleza soy débil é impotente: si me dejas abandonado á mí mismo, si confío en mí solamente, ¿qué he de esperar sino quedar vergonzosamente vencido y perecer ignominiosamente?

Yo te suplico que me concedas la gracia para no presumir y para no exponerme más, para que evite prudentemente toda ocasion de mi ruina, y para que huya tambien con prudencia de todas las asechanzas del enemigo.

En cualquier tiempo en que me vieres acometido por el demonio, ó luchando con él, levántate y apresúrate á volar en mi socorro; porque Tú, Señor, eres mi única fortaleza.

Acércate á mí; acércame á Ti, y, cualquiera que sea el brazo que luche contra mí, venceré contigo y triunfaré contigo.

(*Imitacion de Cristo, lib. I, cap. XIII.*)

## CAPÍTULO XV.

De qué modo se han de extirpar las raíces de los vicios y de los defectos.

1. *Voz de Jesus.*—Para conseguir, hijo mio, la pureza perfecta del corazón, no basta tener una buena voluntad, orar y meditar diariamente, confesarse con frecuencia y con piedad. Estas prácticas son ciertamente muy



eficaces, son muy necesarias; nunca se han de omitir ni descuidar.

Sin embargo, no bastan por sí solas, si del interior no se han arrancado las raíces de los vicios y de los defectos.

Conviene, pues, que en adelante te proveas de un medio con el cual extermines esas raíces perniciosas y purifiques perfectamente tu corazón.

Efectos tan saludables y tan dulces producirá admirablemente el *exámen*, ejercicio ciertamente pequeño en especie, cosa insignificante, pero en sí más eficaz y más penetrante que una espada de dos filos, que llega hasta los pliegues del alma y el discernimiento de los espíritus, y que escudriña los pensamientos y los deseos del corazón.

El exámen sirve asimismo, no sólo para desarraigar los malos hábitos y los defectos, sino, lo que es más y más admirable, para adquirir sólidamente las virtudes y para alcanzar la misma perfección.

2. Sabe que este exámen puede ser de tres maneras. El primero, que sirve ciertamente para el recogimiento del espíritu, es aquél en que, presentándose la ocasión, te reconcentres en el corazón, le estudies brevemente, examinando hacia donde se mueve y de qué cosas se ocupa; qué hace y de qué manera lo hace; qué piensa hacer y de qué modo lo hará.

Y la ocasión de practicar este exámen suele ser muy frecuente: ya cuando principies las obras más importantes del día, ya cuando las hayas concluido:

Cuando se presente á los sentidos ó al entendimiento alguna cosa que pueda tentarte ó

halagarte; y tambien cuando conozcas que caiste en algun defecto:

Cuando ocurra alguna dificultad que te turbe ó impida desempeñar un negocio; y, por último, cuando haga mucho tiempo que no has visitado tu corazon.

Y puedes hacer fácilmente este exámen en cualquier tiempo y en cualquier lugar, aun estando presentes los demás, y sin que siquiera lo sospechen.

Ninguna dificultad se opone á este ejercicio; al principio es necesaria cierta atencion, pero sin violencia, y pronto empezarás á adquirir una costumbre santa y consoladora, y de ella conseguirás frutos suavisimos y muy saludables.

3. El segundo es el *exámen general*, con el cual dos veces, ó por lo ménos una vez cada dia, consagres algun tiempo, siquiera algunos momentos, á pedirte cuenta á tí mismo de tu vida.

Dadas brevemente gracias á Dios, y pedida la divina luz, examina é investiga cómo te has portado interior y exteriormente, desde la última vez que te confesaste.

Examina tus pensamientos, tus palabras y tus obras; lo que en ellos y por ellos hayas pecado ó delinquido, anótalo, por último, aun cuando sea solamente en la memoria.

Si por la práctica hubieres ya aprendido algo de la vida interior, coloca tu corazon junto al mio, y compara la diferencia entre los pensamientos del uno y los del otro, y observa sus sentimientos y sus obras.

Así descúbiertas las culpas y los defectos, y viendo y reconociendo tu ingratitud para

con mis divinos beneficios, haz un acto de contricion, cuanto te sea posible perfectísimo, é implora la gracia para enmendarte y aprovechar más cada día.

4. El último, finalmente, es el *examen particular* con el cual trabajes separadamente para desarraigar un solo vicio ó un solo defecto.

Admirable es la fuerza é increíble la eficacia de este ejercicio. ¡Ojalá, hijo mio, lo comprendas bien y lo practiques con perfeccion!

No hay hábito tan inveterado, ni vicio por grave que sea, que no se venza, y del cual no se triunfe por este medio.

Parece, pues, que en cierta manera todo lo puede con la gracia divina: ¡cuántos pecadores se han visto libres por él de vicios que eran en ellos como una segunda naturaleza! ¡Cuántos hombres se han purificado completamente con él! ¡Cuántas almas han conseguido por él la perfeccion!

Cualesquiera que sean tus defectos, ten buen ánimo, hijo mio; practica con asiduidad y perseverancia este medio, y está cierto de la victoria, y seguro de la futura libertad.

Acomete primero aquel vicio que siendo para tu prójimo causa justa de ofensa ó de escándalo, es para tí como la cabeza de los otros vicios. Vencido el caudillo, los demás se vencen fácilmente.

5. Y para ello procederás del modo siguiente: Resolverás por la mañana deliberada y firmemente evitar, en particular en este día, lo que así te propongas evitar, y al mismo tiempo solicitarás la gracia para permanecer fiel á tu propósito.



Despues, dos veces, ó por lo ménos una, conforme hayas establecido el exámen general una ó dos veces diariamente, investigarás por algun tiempo, cuando generalmente te examinas, cuántas veces has faltado contra el propósito particular desde el ultimo exámen que hiciste, y apuntarás el número.

Entónces te arrepentirás, no solamente de tus culpas en general, sino en particular de estas faltas; propondrás nuevamente guardarte de ellas, y pedirás el especial auxilio que necesitas.

Entre tanto, hijo mio, te ayudará mucho, principalmente si te hallas como indiferente ó perezoso, el imponerte alguna mortificacion voluntaria, aunque pequeña, cuantas veces faltares al exámen particular.

6. Mas para que halles y emplees estos y otros medios con acierto y perseverancia, te es indispensable un guía que te dirija, te instruya, te forme, te contenga, te empuje y te anime.

Ninguno puede marchar sin guía por el camino de la vida espiritual é interior, sin exponerse al peligro de engañarse, de desfallecer, de verse envuelto en las asechanzas del enemigo, y áun de perecer.

Aun cuando fueras santo ó elegido para apóstol, necesitarías alguna guía. ¿Por ventura San Pablo, constituido vaso de eleccion para predicar mi nombre á los gentiles, no fué instruido y dirigido con mi mandato por Ananías? ¿Por ventura los Santos no fueron formados por otros Santos para vivir la vida de la santidad?

Pide, pues, hijo mio, la gracia de tener un

director segun mi Corazon, ya sea tu confesor, ya sea tu superior, ya sea otra persona revestida de autoridad, sabia y experimentada en las cosas espirituales, en el estudio y en el ejercicio de la vida interior.

A éste, hijo mio, descubre algunas veces tu corazon: dale cuenta de tiempo en tiempo y en determinadas ocasiones, para que comprendas si marchas con seguridad, ó qué es lo que hay que corregir, y cómo lo has de corregir, qué has de emprender, y cómo lo hayas de emprender.

Objeto de esta manifestacion interior suele ser: indicarte cuál es el estado habitual del alma, si pacífico ó turbado; cuáles son los deseos que sientes de vida más perfecta; que obstáculos te lo impiden, qué ejercicios de devocion y de mortificacion acostumbras á practicar:

Qué método es el que sigues en la oracion y meditacion; con qué gusto y aprovechamiento te encuentras en este método; qué libros espirituales lees, si son convenientes al presente estado de tu vida interior, y si los lees de una manera debida y fructuosa:

Cómo frecuentas los santos Sacramentos, con qué preparacion, con qué afectos de piedad, con qué acciones de gracias y con qué resultados:

De qué manera haces tus exámenes, con qué auxilio, y, finalmente, con qué fruto:

Cómo cumples con las obligaciones de tu estado, con los deberes de tu oficio, empleo ú ocupacion, con tus obras ordinarias; con qué móvil ó principio; si de la naturaleza ó de la gracia; con qué exactitud y con qué fin:

De qué modo te portas con los demás, con qué disposiciones del corazon, con qué utilidad ó con qué daño para tí y para los otros:

Con qué fidelidad obedeces á las inspiraciones divinas; de qué manera me estás unido; y, últimamente, qué gozo experimentas en los afectos interiores de mi Corazon.

Declara, hijo mio, con modestia y santidad todas estas cosas, ya unas, ya otras, segun tu necesidad y tu costumbre, y siempre con sinceridad humilde y con dócil caridad.

Si así lo haces, lo hallarás fácil, utilísimo y lleno de consuelos (1).

7. *Voz del Discípulo.*—¡Oh Señor y mi

(1) Siendo la limpieza del corazon el asunto de mayor importancia, convendrá reunir en este lugar los medios que separadamente se recomiendan para realizarla. Es el primero una decidida y firme voluntad de trabajar siempre por lo mejor. Es el segundo la oracion mental y vocal, regularizada y frecuente. Es el tercero la piadosa frecuencia de sacramentos. El cuarto el uso fiel y perseverante del triple exámen explicado arriba, principalmente del exámen particular. El quinto es, finalmente, la franca manifestacion de la vida interior, y al mismo tiempo una santa direccion. Quien use con rectitud de estos medios, obtendrá indudablemente tanta pureza de corazon cuanta Dios por lo regular suele exigir de nosotros. Y si alguna cosa extraordinaria exigiere, El mismo nos proporcionará los medios para ella; ni hay otro que pueda suministrarlos. Sirviendo para la conservacion de las cosas generalmente los mismos medios que sirvieron para conseguirlos, claro es que conservarás la limpieza del corazon con estos mismos medios por que la has adquirido. Son ellos como «los cinco panes de proposicion, que siempre has de ofrecer en la presencia de Dios, renovados y recientes.» Siempre has de emplear estos medios con la misma atencion y cuidado; y para que poco á poco no te entibies en ellos, ya por descuido, ó ya por fragilidad, examina desde luego, y tambien manifiéstalo, de qué modo los empleas; y si algo has perdido en ello, procura recobrar cuanto ántes el primitivo fervor. Y mientras estos medios empleares con un cuidado, aún común, será consoladora señal para tí de que marchas por el buen camino que lleva á la perfeccion.



Jesus! para realizar yo todo esto, necesito mucho, ya de ilustracion superior para descubrir mis defectos, ya del auxilio divino para exterminarlos.

Muchos existen todavía ocultos á la penetracion humana que yo mismo no puedo ver, ni otro alguno me puede señalar, sin una luz sobrenatural.

Pero si tú, Señor, iluminas el interior de mi alma con el resplandor de esta luz divina, allí aparecerá lo grande y lo pequeño. Y á la manera que el sol que alumbra en un aposento cerrado manifiesta hasta los átomos más pequeños que llenan aquel lugar, así tu gracia, resplandeciendo en mi corazon, pondrá de manifiesto defectos innumerables de los cuales yo ni siquiera hubiera sospechado.

Pero ¿y de qué me aprovechará conocer mis defectos, cuando no puedo arrancarlos? Obras para mí que depende de tu auxilio, sin el cual es imposible que ejecute nada saludable.

Te suplico, pues, Jesus y Señor mio, por tu sacratísimo Corazon, que hagas descender al mio en toda su abundancia esta doble gracia, con la cual me ilumines y me ayudes.

Sin esta gracia, estoy seguro de que de nada servirán ni mi cuidadosa y esmerada sollicitud, ni toda la vigilancia del director, por mucho que vigile y que trabaje.

Pero Tú, ¡oh mi Jesus! eterna é increada Sabiduría, amor santificante..... Tú, mi primer Director, Tú seas el que me dirija, ya por Tí, ya por aquél que dispongas te sustituya visiblemente, y con el cual haré como haría contigo.

## CAPÍTULO XVI.

El que desee seguir al Corazon de Jesus necesita tambien separar su corazon del mundo.

1. *Voz de Jesus.* — ¡Ay del mundo, hijo mio, y ay tambien del corazon que se apega á sus atractivos y vanidades!

No es bastante arrojar del corazon á Sata-nás; es tambien necesario arrojar al mundo: si albergas al mundo dentro de tí, poco te aprovechará lo que trabajes para conseguir la verdadera enmienda.

Porque el mundo continuará trabajando para apoderarse de tu corazon; indudablemente te pervertirá, y finalmente te entregará al poder de los demonios.

2. ¿Qué otra cosa es el mundo sino el desordenado y perverso amor á los placeres, á las riquezas y á las dignidades, con que, engañados sus adoradores, corrompen y son corrompidos?

Si quieres saber lo que has de juzgar del mundo, escucha lo que Yo juzgo del mundo.

Hé aquí que pasé por el mundo haciendo bien á todos; amé á los enemigos que me perseguían; enclavado en el madero de la Cruz, rogué por los mismos que me crucificaban; pero no rogué por el mundo.

El mundo es, pues, del diablo, y consagrado todo á la maldad, no puede poseer mi Espíritu: de la misma manera que la verdad no puede ser la mentira, ni la corrupcion puede poseer la pureza.

3. El mundo por sí solo confirma, no so-

lamente la verdad, sino tambien la necesidad del infierno.

¿Qué puede haber de comun entre el mundo y mi Corazon, cuando el mundo, ya manifiesta, ya ocultamente, patrocina todos los vicios, y mi corazon no respira sino santidad.

El mundo, conspirando siempre con su príncipe Satanás, busca la perdicion eterna de las almas, y mi Corazon desea la salvacion de todas.

Te es, pues, imposible servir á un mismo tiempo al mundo y á Mí; porque si eres amigo del mundo, te conviertes en enemigo de mi Corazon.

4. Si sigues al mundo, perecerás con el mundo; pero si sigues mi Corazon, alcanzarás la vida eterna.

Y si de tal manera destierras de tu corazon el mundo y las máximas del mundo, que me ofrezcas un corazon enteramente limpio, ofrenda será para Mí agradable y honorífica, y para tí gloriosa y meritoria. Los ángeles y los santos aplaudirán tu modo de obrar, y el mundo mismo se verá obligado á admirar la grandeza heroica de tu alma.

Bienaventurado, hijo mio, aquél que separa todos sus afectos de las cosas del mundo para consagrármelos á Mí exclusivamente.

5. ¿Qué encuentras en el mundo que le haga digno de tu amor? Cuanto existe en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida; y el fin de todo esto es la muerte, y despues el infierno.

Si amas, pues, al mundo, ó lo que es del



mundo, te abrazas con tu eterna condenacion.

¿Qué bienes te ha dispensado el mundo, para que le consagres todos tus afectos? Nunca te proporcionó, nunca te proporcionará sino muchos males. ¿Cómo, pues, te es posible e tregarle tu corazon?

No te fies, hijo mio, de los halagos y de las sonrisas del mundo: ellas sólo expresan el secreto propósito de engañarte y de perderte.

Obedece con preferencia á las invitaciones de mi Corazon, que suspira por librarte de los infortunios eternos que el mundo te prepara.

6. Si tú no abandonas al mundo, el mundo te abandonará á tí, consumido y aniquilado en su servicio, y se reirá y se mofará en tu muerte; y cuando más necesitado te encuentres de socorro, te hallarás solo é impotente.

Piensa frecuentemente á quién hubieras deseado seguir, cuando te halles en los umbrales de la eternidad: si al mundo ó á Mí.

Haz, pues, ahora por voluntad y con mérito lo que entónces harás por fuerza y sin mérito alguno.

Estudia el modo de separar tu corazon de las cosas de la tierra, y de triunfar del mundo con una perfecta separacion.

Ten confianza, hijo mio: yo vencí al mundo; si tú quieres, tambien le vencerás, y si le vences, te proporcionaré dentro de mi Corazon una amenísima morada.

7. *Voz del Discípulo.*—¡Oh Señor y cuán neciamente me he conducido! ¡Qué perversamente he vivido! Seducido voluntariamen-

te por la hermosura de las comodidades y por los atractivos de los honores, te abandoné para hacerme esclavo del mundo, tu enemigo.

Abandoné la fuente de todos los bienes, y me sumergí en la pestífera cisterna del mundo: en ella me embriagué con sus miasmas venenosos y malsanos, y, enloqueciendo, envilecí cuanto era mío.

Te olvidé á Tí, mi Dios, y todas las cosas; me entregué totalmente al mundo, y profané en su servicio todos tus dones, mis sentidos corporales y las potencias de mi alma.

Me hice completamente reo, y el alma quedó saturada de desdichas, y mi vida se acercó al infierno.

Pasaron sobre mí tus enojos, y me con-turbaron tus temores de tal modo, que de día y de noche era desgraciado.

8. ¡Oh mi buen Jesus! Y aún cuando por el extraordinario temor de tus juicios y estremecido con el miedo del infierno me hubiera decidido á vivir bien, en qué fatal ilusión caí! ¡Qué perjudicialmente me equivoqué!

Porque dividí mis inclinaciones entre tu Corazon y el mundo; juzgué que Tú y el mundo podiais al mismo tiempo albergaros en mi corazon; quise servirte á Tí y al mundo al mismo tiempo.

¡Oh y qué gravísima ofensa te hice teniendo al mundo en igual estimacion que á Tí! Ni satisface al mundo, ni te satisface á Tí: y entre tanto era verdaderamente infelícísimo, ya porque no contentaba ni á Tí ni al mundo, ya porque ni en Tí ni en el

mundo encontraba la verdadera felicidad.

Pero ahora que has abierto mis ojos y movido mi corazon, ahora, Señor y mi Jesus, á Tí solo serviré: y para ello te entrego perpetuamente todo mi corazon.

Arranca, Señor, de mi corazon todo amor hacia el mundo; y conviérte para mí toda su dulzura aparente en una amargura verdadera.

Llena mi corazon de la suavidad de tu amor, con la cual yo encuentro insípido el mundo y todas sus vanidades.

(*Imitacion de Cristo, lib. I, cap. xx, números 7 y 8, y lib. III, cap. III, números 3 y 4.*)

## CAPÍTULO XVII.

Cuán engañoso sea el mundo.

1. *Voz de Jesus.*—Todo el mundo, hijo mio, se compone de engaños, y cautiva á los incautos solamente con el engaño y la astucia.

Manifiesta al hombre deleites, y riquezas, y honores; y «todo esto, le dice, te daré si me sirves.»

Pero no atiendas á lo que ofrece engañando, sino atiende á lo que da.

Por la falaz esperanza de cosas que agradan, conduce á sus amadores á la cruel tiranía de las pasiones, y de éstas á los suplicios de incesantes remordimientos.

¿Hallaste por casualidad hasta ahora algun mundano, por dichosísimo que fuera, cuyo corazon se encontrara completamente contento? No le has encontrado ni le encon-



trarás, aún cuando recorras todo el universo.

El mundo, en verdad, prometerá bienes, pero de hecho otra cosa no da que males, que hacen del hombre un malvado, y no impiden que sea verdaderamente infeliz.

2. *Voz del Discípulo*.—Sin embargo, Señor, los mundanos gozan muchas veces de todo cuanto desean, y por ésto se cuidan poco de las espirituales desventuras del corazon.

*Voz de Jesus*.—Sea así, hijo; gocen en buen hora todo aquello que puedan apetecer en el mundo: poseyéndolo con afecto desordenado y abusando de ello, sólo lo disfrutan para su infelicidad presente y venidera.

Parece, ciertamente, que no se cuidan de los interiores sobresaltos del alma; pero ¡ay, hijo mio! Si tú pudieras penetrar, como Yo, en aquellos corazones, verías cuánto interiormente padecen, que se esfuerzan en ocultar exteriormente: y deducirías que la dicha del hombre no consiste en la abundancia de los bienes del mundo, sino en conservar su corazon desprendido de todas las cosas perecederas, y en Mí pacífica y perpétuamente contento.

Por otra parte, ¿cuánto tiempo podrán durar los bienes de los mundanos? Muy poco tiempo ha de ser; y al instante se acercará la eternidad: ¿de qué les ha de servir entón-ces la abundancia de deleites y de todas las demas cosas? Saldrán del mundo cargados únicamente con sus pecados.

¿Querrás acaso tú, por el abuso de los bienes temporales, perder el goce de las riquezas eternas, ó por las falsas riquezas de la tierra quedarte sin los verdaderos bienes del cielo?

3. Hijo mio, si te consagras al mundo, dejas por ese solo hecho de ser cristiano, y rasgas todos los privilegios inherentes á título tan elevado.

Pues en la regeneracion bautismal, por promesa que hiciste delante de los cielos y de la tierra, renunciaste al mundo y á todo lo malo; y sin esta promesa Yo no te hubiera adoptado como hijo.

Si despues de esto te inscribes en las banderas del mundo, no solamente eres perjuro, sino peor que el pagano que tal promesa no hizo. Es mejor no ofrecer que dejar de cumplir lo que se ha ofrecido.

4. Pregunta á los muertos qué juicio forman del mundo; y los escogidos responderán que su bienaventuranza tuvo efectivamente principio en el menosprecio de las cosas de la tierra; en tanto que los réprobos te dirán que fueron engañados y perdidos por el mundo.

Como los unos y los otros, hijo mio, pensarás y experimentarás tú mismo alguna vez del mundo.

Sé sabio, hijo mio, no sea que despues te arrepientas infructuosamente; sigue las huellas de los Santos, apartando tu corazon del mundo y conservando libres de él todos tus afectos.

5. Usa de las cosas del mundo como si no las poseyeras, y miéntras tu pié pisa la tierra, ten tu corazon en el cielo.

Cuanto más te separes de las criaturas, tanto más te acercas á tu Criador, y tanto mejor te dispondrás para recibir los celestiales dones.

Si tu corazon se halla íntimamente desprendido del mundo, el mundo mismo servirá mucho á tu alma para lo que la convenga, y no la dañará.

¡Cuán despreciable te parecería el mundo, y todo lo que hay en él, si detenidamente consideraras qué es lo que te está reservado en la eternidad!

6. *Voz del Discípulo.*—Verdaderamente, Señor, que el mundo es engañador. Así lo he experimentado yo, y en mi propio daño.

Cuando me ofrecía sus bienes, creí, malamente engañado, que en ellos encontraría mi felicidad. Pero ¡cuánto me equivoqué! ¡Cuán verdaderamente desdichado era, y más todavía cuando, delirante de amor mundano, imaginaba que era dichoso!

Hombre-animal, me suponía afortunado comiendo de las bellotas que el mundo me arrojaba, aún cuando muchas veces, y contra mi voluntad, lloraba bajo la degradacion de mi esclavitud, bajo el peso de la miseria de mi corazon.

Confieso, Señor, que yo mismo he sido el autor de mi desventura, y que á nadie puedo culpar con razon sino á mí mismo.

En el hecho de no querer servirte con regocijo y alegría del corazon en la abundancia de todas las cosas, serví á tu enemigo y al mio, en el hambre, en la sed, en la mayor indigencia, hasta el extremo de darme por satisfecho con el alimento de los animales.

7. ¡Ojala, Dios mio, pudiera borrar del número de mis años aquellos en que, apartado de Tí, serví solamente al mundo! Porque ¿qué fruto he recogido de ellos sino amargu-



ras, remordimientos de conciencia, angustias en el corazon, pecados que, ó he de expiar con la penitencia en esta vida, ó he de llorar ya inútilmente en la otra?

Ten piedad de mí, ¡oh Salvador mio! y perdóname todos los pecados que cometí sirviendo y sirviendo al mundo, y que ahora aborrezco de lo íntimo de mi corazon.

Yo te suplico no permitas que mi corazon se incline otra vez á ninguna, ni aún á la más pequeña de las cosas de este mundo perverso: apártale con todas sus inclinaciones de los falsos bienes de la tierra, en los cuales sólo hay ilusion, vanidad y afliccion de espíritu.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, cap. XX.)*

## CAPÍTULO XVIII.

Servir al mundo es una cruel esclavitud.

1. *Voz de Jesus.*—El que desea, hijo mio, servir al mundo, no conoce al mundo.

El mundo es verdaderamente un tirano, y miserables esclavos son los que le sirven.

¡Cuántos sacrificios impone, cuánto exige de sus amadores, y á los cuales, por todos sus servicios, no recompensa sino con continuas desventuras!

Quiere que sus esclavos sean viles instrumentos de sus ambiciones, que le sacrifiquen el cuerpo y el alma, y que se condenen sin utilidad.

Y despues que ha consumado su ruina, los abandona infortunados, como inútiles

y sólo á propósito para el fuego eterno.

2. ¡Oh y cuán cara cuesta á los mundanos su propia perdicion! Si emplearan por Mí la mitad de los cuidados que emplean por el mundo, ¡qué felices serían y qué grandes santos!

¡Qué insoportable es la servidumbre del mundo! ¡Cuántos trabajos hay que sufrir interiormente en ella! ¡Cuántas dificultades que vencer! Y todo esto solamente con la esperanza de poseer aquello que, una vez saboreado, ocasiona la muerte; ó aquello otro que mortifica con una molesta posesion, ó despues con una cruel separacion.

Yugo ciertamente de hierro es el que oprime la frente de los mundanos, cuyo peso nadie conoce bien sino el que le experimentó, ó el que le haya pesado en los umbrales de la eternidad.

3. El que quiera salvarse, debe separar su corazon del mundo.

Y algunos hay que exteriormente se despidieron del mundo por razon de las circunstancias de su vida, y sin embargo, interiormente esclavos del mundo, se conducen como los mismos mundanos.

Otros hay á los cuales las condiciones de su vida obligan á vivir expuestos siempre al mundo, y que, sin embargo, de tal manera alejaron de sí sus inclinaciones al mundo, que nada mundano admiten en su alma.

No es el género de vida ni la forma del vestido lo que acerca ó aparta al hombre del mundo, sino las inclinaciones de su corazon y las disposiciones de su alma.

El que tiene su corazon más apartado del

mundo, aquél está más fuertemente unido á Mí, aquél es más amado de mi Corazon, sea cualquiera el estado en que viva.

Donde quiera, pues, que te coloque mi divina voluntad, sírveme allí santamente: en cualquier estado, en cualquier condicion de vida, honesta en sí, puedes vivir para Mí, y labrar tu propia santificacion: si bien es muy cierto que un estado de vida completamente apartado del mundo favorece más para asegurar la salvacion y conseguir la perfeccion más fácilmente.

4. ¡Cuántos adoradores del mundo hay que, convencidos de la malicia del mundo y viendo la necesidad de renunciar á él con la mudanza de vida, no se atreven á renunciar fuertemente, temiendo lo que el mundo diga!

¿Y es ésta vuestra fortaleza, amigos del mundo? ¿Sois vosotros los magnánimos, que por temor de vanas palabras dejais de hacer lo que dicta la fe, lo que confirma la razon, lo que os importa más que nada?

¿Qué son las palabras sino frágiles sonidos que vuelan cortando el aire? ¿Pueden acaso mover un solo cabello de la cabeza?

5. ¿Serás, hijomio, tan perverso, que por el miedo de lo que el mundo diga te acarrees tu perdicion temporal y eterna?

Escoge, pues: ó servirme, ser dichoso en mi servicio y despues disfrutar los eternos deleites de la gloria, ó servir al mundo, arrastrar interiormente una vida miserable, y despues sufrir castigos eternos.

Ante tus ojos está la vida y la muerte, el bien y el mal: lo que elijas, eso se te dará.

6. *Voz del Discipulo.*—¡Oh buen Jesus!



¿y cómo podré dudar en la eleccion? ¡Desdichado de mí! ¡Con qué razon pude jamás elegir lo que me había de hacer tan desgraciado!

¡Oh qué infinita bondad, Dios mio! ¡Me libraste del error, y me enseñaste la verdad! Ya soy, desde ahora, perfectamente tuyo. ¡Oh Jesus, verdadera bienaventuranza mia!

¡Apártate, mundo falaz, malvado, engañador, enemigo de Dios y de mi salvacion, adversario de todo lo bueno, patrono de todo lo malo, tirano el más cruel entre todos los tiranos!

¡Oh mundo, ministro de Satanás! ¡Muy tarde te conocí y demasiado tiempo te amé! Me despido de tí desde hoy, y por toda la eternidad.

(*Imitacion de Cristo, lib. II, cap. XII. números 3, 4 y 5, cap. I, números 1 y 2.*)

## CAPÍTULO XIX.

yugo de Jesus es verdaderamente suave.

1. *Voz de Jesus.*—Ven, hijo mio, y carga mi yugo sobre tí; mi yugo es verdaderamente suave, y mi carga ligera.

El servirme á Mí, hijo mio, no es como servir á un tirano ó á un altivo reyezuelo, sino servir á un padre amantísimo, que está siempre al lado de sus libres servidores para auxiliarlos y para complacerlos.

El espíritu de mi servicio es el amor; y el amor todo lo encuentra muy fácil.

Mis mandamientos, ni son pesados, ni

onerosos; son, por el contrario, muy suaves y muy dulces para los que me aman.

Experimenta, hijo mio, prueba cuán suave sea servirme, y qué dulce disfrutar de mi misma dulzura; cuán bueno beber en la fuente misma de todos los bienes.

2. Si buscas delicias, solamente las encontrarás verdaderas consagrándote á mi servicio.

Todos los deleites del mundo, ó son frívolos, ó son perjudiciales. Pero mis divinos consuelos exceden infinitamente á todos los placeres de la tierra, arrebatan el corazón con su pureza, y le sacian de la verdad.

Y no pocas veces inundan al hombre de tal manera, que le comunican el sabor de las celestiales delicias con que en el Paraíso se embriagan los bienaventurados.

3. El que á Mí me sirve, no es como el esclavo del mundo que trabaja sin atesorar en la tierra, y que al concluir nada encuentra entre sus manos.

Atesora, sí, para el cielo, donde ni la oruga ni la polilla destruyen, y donde los ladrones no penetran ni despojan.

Todas las riquezas de la tierra son lodo y nada, comparadas con las inefables riquezas de los cielos.

4. Porque si buscas honor, el mayor que puede haber para tí es estar conmigo, merecer mi aprobacion y ser distinguido por Mí.

La gloria del mundo es fugaz y deleznable, con la cual el uno se burla del otro; pero la gloria de servirme es verdadera y durable por toda la eternidad.

El más pequeño entre mis servidores es

mucho mayor que los reyes y los señores del universo.

5. ¿Has hallado por ventura alguna vez hombre alguno que á la hora de la muerte se haya arrepentido de servirme? Y á los mundanos, ¡cuánto les pesa en aquellos momentos los servicios que prestaron al mundo! O si de ello no les pesa, ¡cuánto más miserables son todavía!

Palabra infalible, hijo mio: aquél que fielmente me sirve durante la vida tendrá dos glorias, la una en el tiempo y la otra en la eternidad; y el que viciosamente emplea su vida en el servicio del mundo, sufrirá dos infiernos, ahora uno y despues el otro.

6. Trabaja, pues, hijo mio; sométete al yugo que llevan los ángeles en el cielo y los escogidos en la tierra, y en el cual encuentran su perfecta bienaventuranza.

Recíbele contento y llévale con regocijo. Al mismo Señor sirves á quien sirven los moradores de la patria celestial. Si los imitas en el servicio, los imitarás en el premio.

Contrístense en hora buena los servidores del pecado y del mundo; pero á mis servidores les son debidos el gozo y el regocijo.

Sírveme, pues; pero sírveme con complacencia: anime tu semblante la alegría que alimenta tu corazon, y enseña al mundo con esa alegría santa qué dichosísimo es el servirme.

7. *Voz del Discípulo.*—Verdaderamente, mi buen Jesus, que me es suave el servirte. ¿Qué será, pues, para los que te aman? ¿Qué será para los que te aman con todo su corazon?



Si yo, que principio en este momento á amarte, encuentro tan exquisita dulzura, ¡cuánta disfrutarán aquéllos que, consagrados á Tí con todos sus afectos, vivieron siempre para Tí con desprendido corazon, fueron admitidos en lo más recóndito de tu Corazon, y participan plenísimamente de todo cuanto es tuyo!

¡Oh Jesus, dulzura inefable! ¿Quién es el hombre para que así le engrandezcas? ¿Quién es el hijo del hombre para que así acerques á él tu Corazon?

8. El vivir para Tí, el seguirte, no es ya servir, es reinar. Sirviéndote, ninguno es esclavo; cada uno es un rey y un señor, pues Tú eres el Rey de los reyes y el Señor de los que dominan.

En tu obsequio, ninguno es vil, ninguno miserable: cada uno es noble y es afortunado, pues Tú eres el Rey de la gloria, y la gloria y los tesoros están en tus moradas.

En tu obsequio, ninguno es malo, y, por consecuencia, ninguno es infeliz; todos son dichosos, todos son buenos: Tú eres el Rey de las virtudes; Tú eres nuestra paz y nuestra alegría.

¡Dichosos, pues, los inmaculados que siguen el camino de tu ley! Su bienaventuranza es eterna, pues tu reino es el reino de todos los siglos.

¡Oh dulcísimo Jesus! ¿Qué hay para mí fuera de Tí? Y no siendo á Tí, ¿qué busco sobre la tierra? ¡Dios de mi corazon, Tú mi vida, Tú mi felicidad, Tú mi herencia por eternidad de eternidades!

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. x.*)

## CAPITULO XX.

Debemos dar á Jesucristo todo nuestro corazon, sin reservarnos nada para nosotros.

1. *Voz de Jesus.*— Dame, hijo mio, tu corazon.

No es bastante libertar tu corazon del pecado y del mundo: falta todavía que le libertes tambien de tí mismo.

De la misma manera que la completa renuncia del pecado establece la amistad divina, y el desprendimiento de las vanas exterioridades del mundo dispone para la vida interior; así tambien el abandonarse el hombre á sí mismo por Mí conduce á la union conmigo.

Necesario es, pues, que me des todo tu corazon sin reservar nada para tí, si quieres gozar aquella felicidad que es la suprema en esta vida, y en la que puedes ser única y verdaderamente dichoso.

Tu corazon, hijo, es mio. Pues cuando él no existia, Yo le crié; cuando estaba perdido, le busqué y le redimí; cuando se hallaba expuesto á ser arrebatado por sus enemigos, le protegí y le conservé. Dándome, pues, tu corazon, otra cosa no me das sino lo que es mio.

2. ¡Por cuántos y cuántos motivos merezco Yo todos sus afectos! ¡Qué tienes de bueno en el cuerpo ó en el alma, natural ó sobrenaturalmente, que no lo hayas recibido de mi Corazon?

¡Cuántos años hace que arderías ya en el

infierno si Yo te hubiera tratado como merecías, ó no te hubiera preservado de culpas acreedoras al infierno y dignas de castigos que les eran debidos de justicia!

Pero mi amor, hijo mio, realizó una obra tan maravillosa y tan dulce: el amor de mi Corazon, con el cual te amé desde la eternidad y con el cual hasta hoy no he cesado de favorecerte de mil maneras.

Toda tu vida no ha sido más que una serie no interrumpida de multiplicados beneficios míos; ni hay un solo instante de tiempo que no se señale con algun nuevo beneficio.

3. ¿Y que es lo que exijo de tí, hijo de mi amor, por tantos millares de bienes como de Mí has recibido? Ciertamente que cuanto Yo pudiera pedirte y tú pudieras darme, estaría muy distante y sería extraordinariamente inferior á la magnificencia y á la muchedumbre de mis dones. Pero solamente una cosa quiero, y es tu corazon: si me le das, esto basta.

Cuanto me des, no siendo tu corazon, nada me importa, porque tu corazon es lo que deseo sobre todas las cosas.

4. ¿Y á quién mejor que á Mí puedes entregar tu corazon? Te es imposible vivir sin amar y sin consagrar á otro objeto los afectuosos sentimientos de tu corazon.

¿Querrás acaso dar tu corazon al demonio, eterno é implacable enemigo tuyo, ó al mundo, criatura corrompida y corruptora? ¡Ay de tí, hijo mio! ¡Mil veces ay de tí si le das á cualquiera de los dos!

¿O quieres reservar para tí mismo los afectos de tu corazon? Pero, hijo, si sólo te



amas á tí mismo, no serás recompensado sino por tí mismo. Y la recompensa del propio amor, ¿qué vale? El amor propio abre el infierno, conduce al infierno.

Dame, hijo mio, tu corazon, y Yo le inundaré de paz, de alegría y de felicidad.

5. No quieras dividir tu corazon conmigo y la criatura: una vez que así lo hayas hecho, ni podrás ser admitido á participar de los secretos de mi Corazon, ni disfrutarás jamás las dulzuras de mi amor; aún más: ni podrás complacerme ni tú libertarte de la perdicion.

Y sin embargo, costumbre es desdichada de muchos, aún de aquéllos que son reputados por buenos y piadosos, dividir por amor propio, y bajo especiosos pretextos, sus afectos conmigo y algun otro objeto criado. ¿Qué cosa hay más frecuente? Pero ¿qué cosa tambien más peligrosa y más funesta?

Yo quiero, hijo mio, poseer todo tu corazon; Yo soy su único dueño; Yo su Dios celoso; Yo su solo fin y su sola bienaventuranza.

6. Ama, hijo mio; permitido es amar, necesario es amar: para esto ha sido criado tu corazon; pero para amar lo que debe ser amado, para amarme á Mí; y si á alguna otra cosa te inclinas, ésta debes únicamente amarla por mi amor.

Y cuando fuera de Mí nada ames sino por mi amor; cuando nada admitas en tu corazon sino á Mí ó por Mí, entónces será cuando encuentres tu corazon perfectamente purificado.

Así, dame, hijo mio, todo tu corazon, como sacrificado en olor de suavidad: ni el

corazon ni la parte más mínima del corazon te reserves para tí; detesto la rapiña en el holocausto.

Ten siempre presente que tu corazon, sea en la prosperidad, sea en la adversidad, en ninguna parte puede estar mejor que conmigo.

7. *Voz del Discípulo.*—Debo tambien, Señor, desarraigar de mi corazon el amor propio, y dejarle libre de todo afecto desordenado hacia mí mismo, para que se llene de tu amor y viva sólo de tu Espíritu.

Pero ¡ah Dios mio! Aquí está la empresa, este es el trabajo. ¡Cuando tantos desórdenes hay en mi corazon, cuando por tanto tiempo los he seguido, que el vivir yo de ellos ha sido en mí otra segunda naturaleza!

Hasta aquí las libres inclinaciones de mi corazon, el amor ó el odio, fueron para mí la exclusiva norma de mi vida: ésta he seguido en mi modo de ser con los demás, en principiar y concluir todas mis obras, y aún en la misma práctica de los ejercicios de religion y de piedad.

Hasta aquí, preciso me es confesarlo, únicamente he seguido aquello que halagaba mis naturales inclinaciones, y aborrecía aquello que les era desagradable.

Este es el motivo por qué casi todo en mí lo veo corrompido, veo que casi todo ha sido en mí obra del amor propio, y otro resultado no me dió que frutos de amor propio.

Y á no ser porque Tú me lo has manifestado con la luz de tu divina gracia, ni aún la sospecha de ser así hubiera tal vez ocurrido á mi inteligencia. ¡Tan ciego me tenía el amor propio!

Pero una vez que la gratuita bondad de tu Corazon ha puesto delante de mis ojos todos los males que estaban ocultos en mi corazon, te suplico me concedas la gracia especial que necesito para arrancarlos enteramente de él.

No permitas, Señor, que haya en mi corazon cosa que no sea tuya: si algo extraño aparece en él alguna vez, obligame cuanto ántes á arrancarlo, ó arráncalo Tú, aún cuando yo no quiera.

(*Imitacion de Cristo, lib. III. cap. xxvii.*)

## CAPITULO XXI.

### De la guarda del corazon.

1. *Voz de Jesus.*—Guárdame, hijo mio, con todo cuidado tu corazon, pues de él procede la vida ó la muerte.

El mayor y más agradable donativo que puedes ofrecerme, es entregarme irrevocablemente y entero tu corazon, y tu mejor y más saludable ocupacion conservar tu corazon fielmente puro.

En vano me consagras tu corazon si no le guardas con solicitud esmerada, porque el enemigo, aún sin tú advertirlo, le pervertirá y arrebatará.

2. El hombre de corazon disipado, y entregado á las cosas exteriores, ciertamente podrá dedicarme sus afectos por algun tiempo con un fervor pasajero; pero, una vez que se haya apagado la llama de esta devocion, volverá al acostumbrado é imperfecto estado de ántes.



Un corazon no guardado, raras veces se tiene presente á sí mismo, rarísimas veces me tiene presente á Mí, pronto se hace insensible, y se endurece para las cosas espirituales.

Pónese luego de manifiesto á cualquiera, á semejanza de un público mercado por el cual pasan toda especie de pensamientos, de tentaciones y de errores.

Vienen y van por él todos sus enemigos agitándole, y manchándole, y corrompiéndole de diferentes maneras.

El hombre exterior no se cuida ciertamente de esto con seriedad, sino que aborreciendo habitar interiormente consigo y ocuparse de lo que lleva en su corazon, trabaja por huirlo y por distraerse.

Y de este modo la enfermedad se agrava, y el estado de su corazon se hace de dia en dia más peligroso.

3. Si no quieres ser víctima de tantas desdichas, quita las causas y cesarán los efectos.

Con el recuerdo de la presencia divina, y recurriendo frecuentemente á Mí, reprime la inconstancia; y cuida de no condescender con la voluble naturaleza, que tiende siempre á disiparse, que se inclina á vanos objetos, que anhela hacerse visible en todas partes, y que estudia sin descanso el modo de agradar á los sentidos.

Huye de lo ocioso y de lo inútil; excluye de tí todo aquello exterior en que no convenga ocuparte; acostúmbrate á habitar en tí mismo y á vivir interiormente de la misma manera que si estuvieses en el mundo sólo conmigo.

Estudia el modo de ser siempre tuyo y de estar en todas partes recogido: con la gracia, con el cuidado y con la práctica alcanzarás esto de tal modo que parezca te es natural.

Y una vez que lo hayas conseguido, este mismo interior recogimiento del espíritu será para tí tu propia recompensa. Él es, pues, un tesoro infinito para los hombres.

4. El hombre interior guarda todas las entradas del corazon; me conserva á Mí, su Dios y su Salvador, dentro de sí; trata desprendidamente conmigo, y me goza con íntima familiaridad.

Dueño de sí mismo, en todas partes posee con santa quietud al Amado de su alma, y se ve libre de innumerables pecados y molestias.

Adelanta en el recogimiento interior del espíritu, corre velozmente por el camino de la virtud, y, finalmente, vencidos todos los obstáculos, vuela á la perfeccion.

No te disipes, pues, hijo mio, ni por la hermosura de las cosas exteriores, ni por el influjo apremiante de diversas circunstancias, ni por la vehemente urgencia de las obras, ni por el desconsuelo interior del alma.

Estudia, hijo mio, de qué cosa se ocupa tu corazon, por qué cosa se mueve y á qué cosa se inclina.

Vuélvete todo al interior, y, solícito de él, permanece en inalterable paz interna, gozando de mi presencia.

5. *Voz del Discípulo.*—Concédeme, Señor y mi Jesús, espíritu interior para que sepa guardar mi corazon y velar por todo cuanto le ocupa.

Sé ya por la experiencia que el corazon ha de estar siempre ocupado; pero por mi abandono, ni se cuida del lugar, ni del tiempo, ni de las ocupaciones.

Frecuentemente le he sorprendido malversando sus sentimientos, ya de amor, ya de odio, en lugares extraños, distraído en sus inclinaciones y corrompiéndose con los objetos.

No pocas veces descubrí que había huido de sí mismo para disiparse, precisamente en aquellas horas é instantes que te estaban especialmente consagrados, y en los cuales debía pedirte, alabarte, amarte y gozar de Tí.

¡Cuántas veces le hallé ocupado en cosas prohibidas ú ociosas; cuando debiera ocuparse en obras buenas y provechosas!

Poco guardado, continuamente se derrama, piensa por aquí ó por allí en cosas infinitas, y se deja arrastrar por distintos objetos, segun los diferentes impulsos de la naturaleza.

Nunca descansa: apénas se desenreda de unos negocios, queda envuelto en otros. La curiosidad le excita, el deseo le halaga, la vanidad le seduce, la voluptuosidad le envilece, la tristeza le devora, la envidia le atormenta, el amor ó el odio le turban, la propia miseria le agita, y la agitacion le abruma.

Así se ocupa, y esto es lo que mancha mi corazon cuando no velo por él y cuando le abandono.

6. ¡Oh Señor, y cuánta es la necesidad que tengo de velar! Cuánta la necesidad de guardar mi corazon! Necesario es que no solamente viva reconcentrado en sí mismo, sino



tambien que se ocupe de Tí y por Tí únicamente.

Necesario es observar qué es lo que le mueve, si la naturaleza ó la gracia: de qué manera obra, si segun tu beneplácito ó segun sus propios instintos; á quién, por último, se dirige, si á Tí ó á sí mismo.

Y necesario es velar con asiduidad hasta que el corazon se haya en cierta manera acostumbrado á seguir suave y frecuentemente por tu amor los movimientos de la gracia.

¡Oh Jesus y qué obra de tanta importancia! Cuantos esfuerzos sea necesario emplear, esos emplearé hasta que la haya perfeccionado.

Pero si yo te amara, si estuviera completamente poseido de tu amor, ¡con qué facilidad y con qué prontitud consumaría esta obra! ¡Si mi corazon estuviera lleno de tu amor, descansaría en Tí, no se apartaría de Tí, hallaría en Tí su felicidad y huiría y rechazaría todo lo demás voluntaria y libremente.

¡Oh dulcísimo Jesus, y cuán admirable es tu amor! Llena mi corazon de ese amor y de tu gracia, y mi corazon se guardará en lo sucesivo y se conservará cuidadosamente para Tí.

*(Imitacion de Cristo, lib. II, cap. v.)*

## CAPÍTULO XXII.

De la brevedad de esta vida.

1. *Voz de Jesus.*—Recuerda en todas tus obras, hijo mio, tus novísimos, y nunca pecarás.

Ahora que tienes tiempo haz cuanto puedas por la eternidad, recordando que tu tiempo es brevísimo. Te es preciso volver al polvo de que fuiste formado, porque polvo eres y en polvo te has de convertir.

¿Qué es la vida humana sobre la tierra? Vapor que aparece un momento, que instantáneamente se disipa, y de él no queda vestigio.

Desde que naciste no dejas de correr hacia la muerte, ni tampoco está en tus manos el poder detenerte en la carrera.

2. Piensa con madurez, hijo mio, una y muchas veces en el tiempo que has vivido. ¿No te parece, por ventura, un sueño? Pues sabe que esto te llevará con más claridad al pensamiento de la muerte, que en breve tendrás delante de tus ojos.

¿Qué dura la vida, por muy larga que sea? En la mayor parte de los hombres el número de sus días llega á setenta años; si son los potentados, á ochenta. Y todo ello, comparado con la eternidad, es como una pequeña gota en comparacion de todas las aguas del Océano.

Y en verdad que la duracion de la vida presente, comparada con la perpétua duracion de la vida futura, no es sino como un

punto muy pequeño, pues de este punto está pendiente tu eternidad dichosa ó desventurada.

Aun cuando hubieras vivido desde la creación del mundo hasta la hora presente, y ya debieras morir, ¿qué sería toda esta vida á tu entrada en la otra, donde ni dias, ni años, ni siglos se cuentan, sino que dura una eternidad sin fin.

3. Examina, pues, hijo mio, de cuánto valor es el tiempo: el tiempo se la medida de la existencia: cuanto pierdes de tiempo, otro tanto pierdes de vida.

El tiempo excede en valor á todas las riquezas del universo. Un solo instante de tiempo no puede, en verdad, comprarse con todos los tesoros de la tierra; y con el tiempo, sin embargo, se compran los bienes eternos.

Oh si los muertos volvieran de la eternidad! ¿Piensas tú que desperdiciarían, que no emplearían hasta el último momento, los unos en libertarse de sus penas y los otros en aumentar sus méritos?

Pero ¡ah! que aunque nada hay más precioso que el tiempo, nada, sin embargo, es más enfadoso para muchos.

Hay muchos adoradores del mundo, y tambien no pocos profesores de la piedad, para quienes el tiempo es una carga. Se quejan de su peso, desean perderle y se alegran si le han malgastado sin fastidio.

Y de este modo emplean, para deshonor y detrimento suyo, un tiempo que podrían y deberían emplear en honrarse, en socorrer á su prójimo y en atesorar méritos para la eternidad.



4. Recuerda, hijo mio, con frecuencia á qué has venido á este mundo; para nada más seguramente que para prepararte para la eternidad. ¿Qué es la presente vida, sino el aprendizaje de la eternidad?

Durante esta fugaz carrera, tienes que consagrarte á objetos innumerables; tienes muchos pecados que expiar; tienes un alma que salvar y santificar; tienes un infierno de que huir, un purgatorio que evitar y un cielo que conquistar; tienes un prójimo á quien edificar y auxiliar para la eterna vida, y me tienes, finalmente, á Mí, á quien has de honrar y glorificar por cuantos medios te sea posible.

Si esto no haces miéntras vives, despues ya no tendrás tiempo, y sufrirás eternamente las consecuencias de tu negligencia y omision.

El tiempo es mio, y no tuyo: se te ha prestado únicamente para que realices todo lo que Yo mando y deseo de tí.

Si abusas de él, en su dia darás estrechísima cuenta; pero si le empleas bien, en cada momento podrás alcanzar un nuevo grado de gracia, un nuevo grado de gloria eterna.

5. Escucha, hijo mio: colócate muchas veces con el espíritu en aquel momento en que el tiempo concluirá para tí, y principiará la eternidad; y examina con atencion qué es lo que pensarás entónces de las cosas pasadas y de todas las cosas futuras.

La eternidad es tu casa; la eternidad es tu patria; la eternidad es tu morada permanente.

Eres peregrino y huésped en la tierra, por la que velozmente pasas á la eternidad en

busca de los tuyos. Allí deberán ir todos los que fueron, los que son y los que serán. Allí pasarán el grande y el pequeño, el rico y el pobre, el hermoso y el que no lo es, sin más diferencia que la que se desprende de la virtud.

Un momento más, hijo mio, y allí estarás tú también.

Allí vivirás : allí vivirás sin fin. Hé aquí un gran pensamiento, hijo mio. El tiempo volará, siglos sucederán á siglos, el mundo mismo perecerá : tú, entre tanto, jamás dejarás de ser, nunca cesarás de vivir. ¡ Ojalá que entendieras esto perfectamente !

Si tú mismo no te salvas en la eternidad, ¿quién te salvará? Ciertamente nadie; ni Yo, que te crié sin tí, te salvaré sin tí.

Y si ahora no trabajas en tu perfeccion y en tu salvacion, ¿cómo podrás trabajar despues? No podrás disponer ni de ninguna manera puedes prometerte el tiempo venidero; y aún cuando dispusieras, el asunto sería de día en día más difícil, y esto te movería á dilatarlo más, y posponiéndolo todo, te encontrarías desprevénido en las puertas de la eternidad.

Piensa que cada día es el último, y todos los días vive de tal manera, que si viene el Hijo del Hombre puedas alegrarte con su llegada, y no temer su venida.

¡Bienaventurado aquél á quien cuando Yo venga encuentre obrando de esta manera! En verdad le digo que le colocaré sobre todo cuanto poseo.

7. *Voz del Discípulo.*—¡Cuán breve, Señor, es mi vida, y cuánto y cuán grande es lo

que en ella me resta que hacer! ¡Pero ay y cómo he empleado mi tiempo hasta el presente!

Descuidé todos los instantes que me concediste para trabajar por la eternidad, como si fueran de poca importancia y de ningun valor.

¡Oh ceguedad! ¡Oh depravacion mia! Y aun cuando esto merece en verdad llorarse con lágrimas de sangre, ¡ojalá nunca hubiese hecho cosas peores! Pero ¡ay! que he empleado una gran parte de mi vida en martirizar y afligir tu Corazon, y en cometer y acumular pecados sobre pecados.

Mucho tiempo empleé en servir al mundo, en buscar sus bienes deleznales, en correr tras la vanagloria, tras de los placeres dañosos, tras bagatelas veleidosas.

Mucho tiempo empleé en satisfacerme á mí mismo, en fomentar el amor propio, en agradar á las inclinaciones de la naturaleza, aun en aquellas mismas obras que eran buenas ó piadosas.

¡Oh Salvador mio! ¡Cuán desdichadamente he vivido! Lo único que en vez de virtudes y de méritos he cosechado, son leña, heno y paja con que ha de atizarse el fuego que me abraza en la otra vida.

Perdona, Dios mio, perdona todo lo malo que hice: dame la gracia que necesito para redimir el tiempo perdido, para reparar y resarcir lo pasado, empleando fervorosamente lo que me quede de vida, en aquello para que ésta me ha sido dada.

Esto fué, Jesus y mi Señor, el origen de todos mis males; porque no te amaba; por-



que, indiferente para contigo, estaba infestado con el corrompido y corruptor amor de objetos extraños.

Ya que de tan mortífera peste me has librado, Dios mio, inflama mi corazon en el fuego en que se abrasa el tuyo. Esta purísima llama consumirá todos mis pecados; ella me impulsará á cumplir fidelísimamente cuanto me está mandado en orden á la eternidad.

(*Imitacion de Cristo*, lib. I, cap. XVIII.)

## CAPÍTULO XXIII.

### De la muerte.

1. *Voz de Jesus*.—Acuérdate, hijo mio, de que tienes que morir, pues decretado está que los hombres mueran una vez, y nada más.

Haz cuanto quieras por evadir la muerte, y no evitarás la muerte; porque el Omnipotente ha fijado límites que es imposible traspasar; cuando llegues á ellos, morirás, sea el que fuere el estado en que te encuentres.

No hay en la vida cosa más cierta que la muerte; pero nada más incierto que el tiempo y las circunstancias de la muerte.

No sabes, en verdad, cuándo has de morir; pero ten siempre presente que morirás, y cuando ménos lo pienses.

Ignoras completamente si alcanzarás á ver el fin de este año ó el fin del dia presente.

Muchos, confiando en lo largo de la vida, y descuidando la preparacion para morir, trazan muchos proyectos para el dia de mañana,

á los cuales pone fin una muerte imprevista, y á ellos los arrebatá á la eternidad.

Desconocido te es, míralo por donde quieras, si morirás en tu casa ó fuera de ella; si de muerte natural, ó violenta; si fortalecido con los sacramentos, ó privado de ellos.

2. Pero es lo cierto, hijo mio, que morirás, y tan solo una vez: si esta sola vez mueres bien, segura tienes la bienaventuranza eterna; si mueres mal esta sola vez, tu perdicion será eterna é irreparable.

¡Oh incomprensible estupidez del corazon! Muchos no temen vivir en estado de condenacion, y, con todo, certísimo es que han de morir cuando ménos lo piensen. Terminante está el oráculo infalible de que el Hijo del Hombre vendrá cuando ménos se le aguarde.

Por consejo digno de la Sabiduría divina permanece oculto el dia de su venida, para que los hombres, siempre preparados, vivan en estado de gracia. Pero sucede que, despreciándole muchos, no pocos repentinamente mueren, y en aquel instante mismo son sepultados en el infierno.

¡Ay de aquellos á quienes la muerte sorprenda en tan miserable estado! Muertos una vez, ninguna esperanza les queda; porque de la muerte temporal caen en la muerte eterna, y de finitas desventuras pasan á desventuras infinitas.

La muerte de los pecadores es detestable; la muerte de los descuidados es horrible; pero la muerte de los Santos es preciosa y llena de consuelos.

¡Bienaventurados los que terminan una

vida santa con una santa muerte! Allí acaban sus trabajos, sus aflicciones, sus tentaciones, todos sus peligros, y allí principia para ellos una felicidad segura é interminable.

¡ De cuán distinta manera sienten los hombres á la hora de la muerte! A unos estremece el recuerdo de las cosas pasadas, presentes y futuras, y á otros les recrea; unos se angustian, otros se consuelan y ensanchan el corazón; pero todos desean entónces haber vivido bien.

El mayor consuelo del que muere es hallarse bien preparado para la muerte.

Quien no se dispone para morir sino cuando la muerte está presente, ¡ á cuánto peligro se expone de morir sin haberse preparado! Porque, ó el tiempo falta, ó la enfermedad lo impide, ó todavía las pasiones le dominan demasiado, ó dura todavía la costumbre de despreciar la gracia, siendo entre tanto más vehementes las tentaciones del enemigo.

Sé, pues, previsor, hijo mio, para ántes de que llegue la noche, en la cual ninguno podrá seguramente trabajar, pero en la que cada uno principiará á recoger el fruto de lo que ha sembrado.

La mejor preparacion para la muerte es una buena vida. El que vive bien, regularmente muere bien.

Antes de retirarte al descanso de la noche, dispon diariamente tu alma, como si en aquella noche misma hubieras de pasar á la eternidad.

Excelente es, hijo mio, el pensamiento de la muerte; y por lo mismo, cuando empieces



ó concluyas alguna cosa de interés, consulta á la muerte para que comprendas qué es lo que desearías hacer ú omitir á su llegada.

Con la purificacion perfecta del corazon, tu muerte será para tí de mayor seguridad y más consolatoria.

Cuando trates de asegurar una muerte buena, no consultes á la carne, sino continúa en el bien á despecho de la misma carne, para que de este modo salves el cuerpo y el alma.

Porque despues de la muerte, tu cuerpo será pasto de los gusanos, y lo que de él quedare será presa de la corrupcion.

Y algun dia, quieras ó no quieras, resucitará para participar, en union con el alma, de su eterno destino.

Séate, hijo mio, familiarísima la muerte. Si eres fiel en consultar y seguir el oráculo de la muerte, ella te consolará en las adversidades, te dirigirá en la prosperidad, te aprovechará en todo y te hará siempre bien: y en el dia final te conducirá desde este destierro á la bienaventurada patria de la gloria.

1. *Voz del Discípulo.*—¿Y quién, Señor, vivirá ya desprevenido, cuando en el momento que ménos lo piense puede encontrarse con la muerte en su presencia?

Yo bien sé, y esto por el testimonio de mi conciencia, lo que he de desear cuando llegue la muerte: desearía haber llevado una vida inocente, haberte reservado puro mi corazon, y haber santificado mi alma.

Pero si la muerte ahora me sorprendiese, ¡ay! en vano desearía todo esto, cuando todavía no he dado señal de mi santificacion, y sí muchos testimonios de mi descuido.

¡Oh Señor compasivo y misericordioso !  
espérame un momento para que llore mi desidia y concluya cuanto á la hora de la muerte desearé haber realizado.

6. ¡Oh alma mia! Despues ya no habrá tiempo : hagan éste y aquél lo que quieran : tú y yo , miéntras tenemos tiempo , negociemos nuestra salvacion.

Cada uno para sí. Cuando venga la muerte , ninguno ha de sustituirnos , ninguno ha de ocupar por nosotros nuestro lugar en la eternidad. Digan otros y hagan lo que quieran , cuidemos y velemos nosotros por nuestra eterna suerte.

¿Y qué modo mejor y más seguro , Jesus mio , que tu amor libre y desprendido de todas las cosas , y que purifica y santifica ?

Si verdaderamente te amo , ni temeré la muerte , ni lo que haya de seguir á la muerte. El amor repele el temor : el amor me acercará fácilmente á Tí.

Y Tú , Jesus , amor mio , serás entónces mi vida. Si Tú eres mi vida , la muerte será para mí una verdadera ganancia.

Moriré por tu amor todos los dias al pecado , al mundo y á mí mismo , para vivir para Tí : me desprenderé de todo lo criado , y viviré perfectamente puro y purificado para que , cuando la muerte abra la puerta , pueda entrar á donde Tú estás con inefable alegría.

( *Imitacion de Cristo* , lib. 1 , cap. xxiii. )

## CAPÍTULO XXIV.

## Del juicio.

1. *Voz de Jesus.*—En el instante mismo, hijo mio, en que hayas penetrado en la eternidad, te encontrarás ante el tribunal divino para dar cuenta de tu vida y oír el decreto de tu eterno destino.

Yo que penetro y conozco los corazones, y á quien ha sido dado todo poder en la tierra y en el cielo, presidiré el juicio.

Todos y cada uno, quieran ó no quieran, deberán comparecer ante Mí, Juez de vivos y de muertos, para ser juzgados con sentencia irrevocable, y ninguno de los juzgados podrá apelar á otro tribunal.

Juzgaré lo que sea justo : no me aplacaré ni con donativos ni con ofertas, ni me apiadaré con las súplicas, ni me enterneceré con el arrepentimiento.

Aquel dia, pues, será dia de justicia y nó de misericordia. Entónces cada uno recibirá lo merecido segun sus obras.

2. ¿Qué pensarás, hijo mio, entónces? ¿Qué pensarás cuando te encuentres en presencia de la Majestad Divina, solo con solas tus obras, buenas ó malas?

Entónces el demonio se levantará enfrente de tí para acusarte en juicio, preparándose á llevarte consigo al infierno.

El ángel de tu guarda se levantará tambien contra tí para dar testimonio de la verdad de las cosas.

Tambien tu propia conciencia te acusará y



te consternará con el espanto, con el miedo y con el terror.

De tal manera acusado, y por nadie defendido, quedarás petrificado, y ni aún te atreverás á abrir la boca.

3. Allí todas las cosas, públicas ó reservadas, aparecerán en mi presencia, y ninguna pasará desapercibida á mis ojos.

Antes bien examinaré tu corazón minuciosamente, desde el uso primero de la razón hasta el último suspiro de la vida.

Sacaré de él todas y cada una de las obras malas, ignoradas ó conocidas, propias ó ajenas, graves ó leves: cuanto hayas pecado por pensamiento, por palabra, por obra ó por omisión.

Te pediré cuenta, no solamente de lo malo, sino de lo vano, de lo inútil y de lo ocioso.

Juzgaré igualmente á las mismas justicias; examinaré las obras buenas; veré lo que has faltado en ellas, ya por la causa que te movió, ya por el modo de practicarlas, ya por el fin á que se dirigieron, y si todas fueron sobrenaturales y perfectas.

Entonces se hallará ser depravadas ó inútiles muchas cosas que aquí en esta vida parecían buenas.

Entonces las virtudes de los tibios se presentarán como son, y serán desechadas como paja seca, á propósito solamente para el fuego.

Escudriñando todavía más allá, buscaré el fruto de todos mis beneficios, de todas mis gracias y de todos los medios que te he dispensado para la perfección y la salvación.

Más todavía; citaré contra tí tambien al tiempo, y te pediré cuenta de cómo le has invertido.

4. ¿Y qué será de tí, pecador, cuando el justo apenas estará seguro? Verás sobre tu cabeza un paraíso incierto, á tus pies abierto un abismo, á la derecha los ángeles testigos, á la izquierda los demonios furiosos, y enfrente de tí el Árbitro supremo de una vida y de una muerte eterna.

5. ¡Ah hijo mio! Trabaja ahora con esmero, para que entónces te salves. Ahora es fácil, entónces será imposible.

Sigue ahora las invitaciones de mi misericordia, para que entónces no experimentes el rigor de mi justicia.

Aléjate ahora absolutamente del mundo vicioso, para que entónces no te veas obligado á oír con los réprobos del mundo: «Id, malditos, al fuego eterno.»

Desprendido y libre de todas las cosas, imita á los Santos, para que entónces merezcas oír con ellos: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el origen del mundo.»

6. *Voz del Discípulo.*—¡Oh Señor, y cuánto mejor es que yo me residencie y juzgue aquí severamente, para no ser despues condenado en el tribunal de tu justicia divina!

¡Cuánto mejor será examinar bien los pensamientos, las palabras, las obras y todo, si han sido buenas, si son enteramente conformes con tu voluntad, si podrán soportar tu juicio y aparecer dignas de tu aprobacion!

Ahora hay todavía remedio; entónces todos los esfuerzos serán inútiles; ahora se me

ofrece la misericordia; entónces la justicia clamará: « Dame cuenta.»

Señor, Señor, si tienes en cuenta mis iniquidades, ¿quién lo sufrirá? Si has de conocer de lo indiferente y hasta de lo mismo que es bueno, ¿quién no quedará confundido en tu presencia?

¡ Oh Jesus! Aun cuando me alegro de que Tú y no otro hayas de ser mi juez, me estremece, sin embargo, tener que dar cuenta de tantas y de tantas cosas que espantan.

¿ En cuál de mis obras confiaré, cuando aún las buenas me son sospechosas? ¿ En cuál de ellas colocaré mi esperanza? Nada encuentro en que pueda seguramente confiar sino tu corazon.

En éste, pues, esperaré. Aun cuando entónces haya de ser el Corazon del Juez, será, sin embargo, el Corazon de mi Jesus, amante del que le ama.

¡ Oh Jesus mio! Acuérdate de aquella palabra tuya, con la cual me diste toda esperanza; Tú dijiste: « Al que me ame, Yo le amaré.»

Si te amo y Tú me amas, no temeré ciertamente llegarme á Tí, ni comparecer delante de Tí.

Hé aquí, pues, lo que haré: te amaré, Jesus amabilísimo y amantísimo, y te amaré con todo mi corazon y durante toda mi vida.

*(Imitacion de Cristo, libro 1, cap. xxiv, números 1, 4, 5 y 6.)*



## CAPÍTULO XXV.

## Del infierno.

1. *Voz de Jesus.*—Hijo mio , en tanto que los hombres viven , los amo á todos , aunque de distinta manera : abrazo á los buenos con afecto divino , tolero á los malos con la esperanza de su conversion , y sigo á los extraviados. Mi Corazon , en el cual todos están escritos , medita y tiene mil modos de salvarlos á todos.

Pero á los que burlan las esperanzas de mi misericordia y se presentan en el juicio obstinadamente rebeldes y reos de pecado mortal , los borro completamente de mi Corazon , y con el rayo de mi justicia los precipito en lo profundo de los infiernos.

2. Allí quedan privados del cielo y de sus goces , y ya no verán mi rostro por toda la eternidad en el reino de mi gloria.

Sufren un castigo infinito , porque perdieron un bien tambien infinito.

Sumergidos en un lago inmenso de fuego , son abrasados y atormentados eternamente , y el fuego de sus suplicios vive y dura por los siglos de los siglos.

Precipítanse sobre ellos todos los males. Allí no hay sentido del cuerpo ni potencia del alma que no reciba su propio castigo.

En lo que cada uno pecó en aquello será particularmente atormentado ; y cuanto más se haya deleitado en lo malo , tanto más será mortificado con el castigo.

Allí son los impuros devorados con ardo-

res sempiternos , exhalan unos hedores intolerables , y son despedazados por gusanos que nunca mueren.

Allí los ilícitamente ricos padecen abrumados bajo la última miseria , sufren sed y hambre rabiosa que nunca ven refrigerada.

Allí los depravadamente codiciosos de honores se ven humillados infinitamente , y despreciados y pisoteados de los mismos demonios.

Allí no se interrumpen los tormentos un solo instante , sino que siguen , y continúan , y continuarán por toda la eternidad.

Allí cada uno recibe segun lo que tiene merecido.

3. El lugar , los señores y los compañeros , todo aumenta los suplicios incomprensiblemente.

¡Qué lugar más espantoso que unas cárceles infernales , donde no hay luz , donde no hay orden y donde sólo se hallan oscuridad perpétua y horror sempiterno!

¡Qué tirano más cruel que los demonios , que agotan su ciencia toda para inventar tormentos , y su poder para aplicarlos!

¡Qué compañía más triste que aquella turba desdichada de pacientes que se lamentan sin fin y sin esperanzas! Y en verdad que tantos son los suplicios como son los compañeros.

4. De este modo será atormentado el que no quiera servirme á Mí , su Dios , su Criador , su Redentor y su Bienhechor incansable.

Vivo Yo , y en mi presencia se inclinarán todos los hombres , y me servirán todas las gentes.

El que por voluntad no sirve á mi misericordia en el tiempo, servirá por fuerza á mi justicia en la eternidad.

No te asombre, hijo mio, el castigo de los condenados; los mismos condenados no se asombran, sino que publican que reciben lo que merecen.

Ninguno se condena, más que el que quiere: todos los réprobos caen allí porque así lo eligieron, y por lo tanto de nadie sino de sí mismos se quejan.

A Mí me confiesan infinitamente bueno, y ellos se reconocen infinitamente malos.

5. El pecado es la puerta del infierno: y los caminos que llevan á él son los mismos que inclinan á pecado.

¡Cuántos perecieron por el desordenado apetito de los placeres, por la inmoderada ambicion de las riquezas y por la perversa codicia de honores!

No desees, hijo mio, lo que puede servirte de lazo y despues sepultarte en el abismo.

Ni es ménos peligroso buscarte á tí mismo en todas las cosas. ¡Ay! ¡Cuántos parece que principian bien, pero porque no se desprenden de sí mismos resbalan despues, caen en simas más profundas, y por último miserablemente se condenan!

Para que te libres del infierno no basta que hayas empezado bien; es necesario que perseveres bien.

Deja para siempre el pecado y el mundo, si no quieres que Yo te abandone: déjate tambien á tí mismo, para que no te precipites bajo tu propio peso.

Haz, amado mio, cuanto haya que hacer,



y sufre cuanto haya que sufrir para evitar los tormentos eternos. Todos los trabajos y todas las aflicciones de la vida nada son comparadas con las penas del infierno.

Estos trabajos, estos dolores muy en breve tendrán fin; pero en el infierno no hay que esperar redencion.

6. *Voz del Discípulo.*—Dios y Señor nuestro: ¡cuán terrible es tu justicia en la eternidad! Y sin embargo, tus juicios son justos, y justificados aún por los mismos condenados.

Pero aun cuando nada hay que aterre con mayor vehemencia que el infierno, apenas hay nada tampoco más á propósito para excitar tu amor en mi corazon.

Y ciertamente, Jesus mio, ¿cómo podré pensar en el fuego del infierno sin que me sienta abrasado en el fuego de tu amor?

¿Qué hay que de un modo más sensible me haga comprender la bondad de tu Corazon? ¿Qué hay que me impela á amarte con más vehemencia?

Si libráras de los tormentos del infierno el alma de un condenado; si la volvieras á esta vida; si la dieras medios superabundantes con los que pudiera fácilmente salvarse y conquistar el trono eterno de la gloria, ¡oh y cuánto te amaría esta alma! ¿Creería por ventura que te pagaba con suficiente gratitud? ¿Podría pensar acaso en el infierno sin derretirse toda en amor? ¡Qué puro te conservaría su corazon y qué santamente viviría para tí!

Y yo, Señor, te debo hoy mucho más que esta alma entónces te debería. Mayores y mejores bienes me has dispensado cuando con

ellos me preservaste de las penas del infierno que tenía merecido; mayor y más precioso bien es preservar de un infortunio, que librar de él despues de haberle sufrido.

Y conmigo hiciste cosas tan estupendas, tan admirables, tan suaves, no una, no dos, no tres veces, sino tantas cuantas veces cometí un pecado mortal.

Si dichosamente, si por casualidad no hubiera cometido pecado mortal, crecería entónces mi obligacion, crecería la deuda de mi agradecimiento, crecerían los motivos para amarte, entónces te estaría yo incomparablemente obligado.

Y si Tú, por la infinita benignidad de tu Corazon, no me hubieras preservado con la gracia, ¡cuánto tiempo hace que hubiera caido en un pecado digno del infierno! No hay culpa que uno cometa que otro no pueda tambien cometer, si tú no le preservas con una gracia especial.

Sea yo lo que sea, dulcísimo Jesus, lo primero que te debo es el no estar ya en los infiernos, y el poder todavía alcanzar el cielo. Tú me libraste de la perdicion, me libraste, segun la multitud y la magnanimidad de la bondad de tu Corazon, de la profundidad de los abismos y de las garras de los que acechaban mi alma.

Venid, pues, criaturas todas las que te-meis á Dios; venid, y yo os referiré cuánto es lo que el Señor ha hecho con mi alma.

¡Y no he de amarte, oh Jesus, oh bondad infinita! ¡Y no he de amarte! Sí, sí; te amo y te amo; y te amaré y te amaré, mientras viva, y en la eternidad, y más allá. Tú

serás el solo dueño de todos los afectos de mi alma. Viviré para Tí, para Tí solamente, ¡oh Jesus! á quien todo te lo debo.

(*Imitacion de Cristo*, lib. 1, cap. xxiv, números 2, 3, 4 y 5.)

## CAPÍTULO XXVI.

Del cielo.

1. *Voz de Jesus*.—Hijo mio, el ojo no vió, el oído no oyó, ni el corazón del hombre puede llegar á comprender lo que tengo preparado á los que me aman y fielmente me sirven hasta el fin.

¿Quién podrá explicar, no habiéndolo experimentado, lo que es el cielo, del cual se han desterrado todos los males, y en el cual abundan todos los bienes?

Allí ningún trabajo, allí ninguna aflicción, allí ninguna tentación ni ningún peligro; todo esto acabó con la vida mortal, dejando lugar al perfecto descanso, á la eterna alegría, á la imperturbable paz, á la siempre bien defendida y perenne seguridad.

2. Allí ni frío, ni calor, ni intemperies, ni revoluciones de los tiempos, ni días desapacibles, ni noches tenebrosas. Mi gloria sempiterna ilumina siempre aquellas dichosas moradas de la bienaventuranza, las hace deliciosas la divina hermosura de mi semblante, la anima la dulzura infinita de mi Corazón de tal modo, que á todo sonríe una luz pura y siempre nueva.

¡Bienaventurados los que allí habitan! No



tienen hambre, no padecen sed, nada sufren que les sea molesto, y jamás enfermarán.

Sácianse y embriáganse en el torrente de las delicias divinas, renovados con una juventud eterna, y resplandeciendo inmortales más que el sol en perpétuas eternidades.

3. Allí, hijo mio, me verás conforme soy, y me contemplarás cara á cara en los suavísimos esplendores de mi Majestad.

Entónces, al ver mis perfecciones infinitas, te sentirás arrebatado de admiracion, é inundado de regocijo ensalzarás mis amabilísimos atributos.

Comprenderás entónces los misterios profundos de la fe, juntamente con todos los arcanos de la naturaleza.

La ciencia toda de los filósofos es ignorancia, comparada con la penetracion del último de mis escogidos.

Entónces verás claramente la magnificencia toda de mi reino eterno, sus infinitas é inagotables riquezas, sus sempiternos honores y sus perpétuos deleites.

Y á la vista de tanto y tanto tan apetecible y amable, te sentirás abrasar en mi dulcísimo amor.

4. Entónces sí, hijo mio, entónces será cuando me ames de una manera perfecta, sin division de afectos, sin interrupcion y sin fin.

Si ahora alguna vez te angustia la duda de si eres digno de amor y de odio, entónces, con una alegría inenarrable, sabrás positivamente que me amas y me has de amar por toda la eternidad, y que yo te amo y te he de amar por los siglos de los siglos.

Entónces descansarás sobre mi Corazon con una perfecta seguridad, y experimentarás hasta la saciedad cuán dulce es amarme y derretirse en mi amor.

Te embriagarás en una exquisita dulzura que te sacará de tí. Nadarás con los ángeles y con los Santos en el océano del amor, regocijándote y entonando interminables cánticos de amor.

Así emplearás los siglos, en esto invertirás la eternidad, queriendo y ambicionando amar siempre, y siempre por el amor rico y bienaventurado.

5. Por último, hijo mio, me poseerás y me gozarás eternamente, lo cual será el complemento de tu bienaventuranza.

Tú serás todo para Mí, y yo seré todo para tí, y gozarás de Mí de un modo siempre nuevo, siempre dulcísimo.

Y allí disfrutarás todos los bienes, encontrando en Mí cuanto quieras y puedas apetecer.

Comprende, si te es posible, cuán hermosas, cuán admirables, cuán dulces son en aquella morada todas las cosas: ver la gloria y la elegancia inefable de los cielos, estar rodeado de los coros de los ángeles, alegrarse perpétuamente con los Santos, contemplar y amar, y á la vez ser visto y amado por la Bienaventurada Virgen María, gloriosísima Emperatriz de la patria celestial.

¡Qué tabernáculos, hijo mio, tan amados! ¡Qué compañía tan agradable! ¡Qué felicidad tan dulce la que ha de durar por toda la eternidad!

Hé aquí, hijo mio, hé aquí el premio se-

ñaladamente grande, reservado á los que me sirven de todo corazon. ¿Puede por ventura el mundo dar ni áun prometer otro tanto?

Levanta tus ojos, y ve qué es lo que te espera si permaneces fiel hasta el fin.

Buen ánimo, hijo mio; purificate perfectamente, y consérvate puro cuanto posible te sea con la gracia divina y por tu cooperacion á la gracia divina. Pues en el cielo nada hade entrar ni ligeramente manchado.

Cuanto más te purifiques aquí, más has de glorificarte allí, más cerca estarás y más amado serás de mi Corazon.

6. *Voz del Discípulo.*—¡Oh mi Jesus y qué dichosos son los que ya viven contigo en el cielo!

¡Felices mortales aquellos que con corazon puro te sirven! ¡De qué inefable ventura disfrutan por toda la eternidad! Y áun en el tiempo, ¡quién más dichoso que ellos!

¡Oh bienaventurado servicio de Jesus, con el cual se obtiene tal recompensa! Tú facilitas, Tú dulcificas cuanto conduce á tanta gloria y á tan suprema felicidad.

Dulcísimo Jesus, mándame hacer por Ti, mándame padecer por Ti cuanto Tú quieras: todo lo deseo, todo lo abrazo de buena voluntad, para que, agradándote en el tiempo, te posea en la eternidad.

Te suplico, por tu sacratísimo Corazon, que por el camino que más te agrade me llesves salvo á tu reino, donde te vea, te ame y te goce en compañía de los ángeles y de los Santos, por infinitos siglos de siglos. Amén.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. XLIX.*)







MARTINEZ G.

Dios nuestro Salvador ha manifestado su  
benignidad y amor para con los hombres.

*(S Pablo a Tito. 3. 4.)*







---

## DIRECTORIO

### PARA EL LIBRO SEGUNDO.

---

1. El objeto de este segundo libro es, despues de habernos librado de nuestras perversas y desordenadas inclinaciones, que trabajemos en hacer cierta nuestra vocacion con la práctica de las virtudes. Para conseguirlo, eficaz y suavemente al mismo tiempo, necesario es que continuamente nos propongamos como modelo á Jesus con las disposiciones interiores de su Corazon; imitando al cual, que es camino, verdad y vida, marcharemos ciertos, seguros y complacidos de virtud en virtud y aseguraremos nuestra salvacion.

Pero la práctica de las virtudes con que imitemos al Corazon de Jesus y retratemos en nosotros su vida interior, puede hacerse de dos modos y en cualquier estado y condicion de la vida. El primero es practicando aquellas virtudes que son de precepto, y que exigen el estado y las circunstancias de vida de cada uno. El segundo modo es practicando, segun sea del divino beneplácito, aquellas virtudes que son tambien de consejo, con las cuales se asegura más nuestra salvacion, y

que miran más á la gloria divina y á nuestro propio mérito. Conteniendo en sí cada uno de estos modos grados innumerables, por los cuales más perfectamente se practique la virtud, ninguno hay, por muy perfecto que sea, que no pueda ocuparse en ello útilmente y recoger abundantísimo fruto.

Y puesto que el mismo Jesucristo quiso que al decidirnos á imitar sus virtudes fuéramos sobre todo humildes y mansos de corazón, hemos de atender con diligencia y esmero, ya á establecer sobre la base de la verdadera humildad y á concluir ó perfeccionar con suave caridad cualesquiera virtudes que de Él aprendamos é imitemos, ya también á que en el modo mismo de imitar sus virtudes seamos, primero que nada, mansos y humildes de corazón.

2. En ninguna parte podremos aprender mejor ni con más facilidad y seguridad las virtudes que en el Corazón de Jesús. Siendo este corazón modelo de toda verdadera virtud, con examinarle con atención solamente, veremos qué sea la virtud y qué cualidades deben adornarla: ni tropezaremos con el peligro de engañarnos en cosa que tanto nos interesa, ya con respecto al tiempo, ya por lo que mira á la eternidad. Aprenderemos en él, para mucho consuelo nuestro, que la virtud es una recta inclinación del corazón hacia un objeto en alguna manera bueno; y comprenderemos que aquel objeto bueno, que alguna vez llamamos virtud en sentido figurado, no es propiamente la virtud misma, sino sólo el objeto de la virtud. Aprenderemos allí igualmente que la virtud, para



que sea tal cual debe ser en un cristiano, ha de ser nó natural, sino sobrenatural, y claramente advertiremos la diferencia que hay entre la una y la otra. Los afectos, pues, del Corazon de Jesus, que se reflejaban en sus actos, ya interiores, ya exteriores, tenían su origen, nó en un impulso, nó en un movimiento de la naturaleza humana, sino en un principio sobrenatural y divino; no eran segun los sentimientos de la humana naturaleza, nó; sino que estaban conformes con el agrado divino, y nó para deleite temporal de la naturaleza humana, sino que por todos los modos posibles se dirigían á Dios como su fin último.

De aquí resulta que si amamos el bien por impulso ó movimiento únicamente de la naturaleza; si tenemos inclinacion ó aversion únicamente segun los sentimientos naturales; si buscamos solamente un fin natural, tenemos virtud natural, de la cual ninguna perfeccion recogeremos para la vida presente, ni fruto alguno de mérito adquiriremos para la vida de la eternidad. Pero si en el Corazon de Jesus aprendemos y practicamos la virtud sobrenatural, llevaremos entónces vida verdaderamente interior, rica de bienes y de merecimientos, y semejante á su misma vida.

¿Qué otra cosa es la vida interior cuyo modelo tenemos en la vida misma del Corazon de Jesus, sino principiar todos los actos de nuestra voluntad, ya internos ó ya externos, por la gracia de Dios ó por un principio sobrenatural, concluirlos segun la voluntad de Dios, encaminarlos á Dios y á cuanto á Él conduce, ocuparnos en nuestro corazon de

Dios , Salvador nuestro , y vivir para Él por el amor ? Esta es la riqueza que atesora el que principia todas sus obras por el agrado divino , el que las termina segun el divino agrado y las encamina al divino beneplácito como á su verdadero fin , é interiormente ocupado de Dios , por el amor , con inalterable constancia. Hé aquí la vida verdaderamente interior , con la cual se adquieren las virtudes verdaderas y sólidas , y con la cual segura y suavemente se llega á la santidad perfecta y á la union divina. Esta vida es conveniente á todo estado y á toda condicion : nó á los eclesiásticos y religiosos solamente, sino tambien á todos los demas, legos y seglares. ¿ Por ventura los primitivos cristianos no vivían esta misma vida ? ¿ No enseña el Evangelio á todos esta vida ?

Todo el que tiene buena voluntad puede seguir la vida santificante , practicar la virtud sobrenatural y alcanzar la perfeccion. La adquisicion de la virtud y de la perfeccion no pende de la índole ni de la disposicion fácil ó difícil de la naturaleza , como parece que muchos lo creen : de donde verdaderamente pende es de la gracia de Dios y de la cooperacion de la humana voluntad. Concediendo Dios la gracia , no atendidas las cualidades naturales , sino primeramente *gratis* , despues atendidos los méritos y oraciones sobrenaturales , y siendo , por otra parte , la voluntad humana , sea cual fuere la disposicion natural del hombre , verdaderamente libre para cooperar ó no cooperar á la gracia , es evidente que la virtud y la perfeccion no dependen de la índole ó disposicion natural.

Así que , no cuanto más blanda es la índole natural , sino cuanto más eficaz es la cooperación de la voluntad, mejor y más perfectamente adquirimos la virtud : no cuando sentimos menores repugnancias naturales, sino cuando oponemos actos más generosos de la voluntad , á pesar de la repugnancia de la naturaleza , entónces es cuando conseguimos una virtud más sólida y más pura. Esta doctrina llena de consuelos , que enseñan unánimemente los Santos , y que la aprendieron en el mismo Corazon de Jesus , merece nuestra particular atencion.

Ciertamente que en el ejercicio de la virtud es indispensable precaverse contra algunas ilusiones, entre las cuales la principal y la más comun es la siguiente : darnos por satisfechos con atender al objeto de la virtud, en tanto que no atendemos ni practicamos la misma virtud ; ó creer que practicamos la virtud, miéntras sólo seguimos su objeto por inclinacion , aversion ó fin puramente natural ; ó bien creer que podemos alcanzar sólida y verdadera vida sin repetidos y generosos actos , con los cuales se moderan y avasallan los movimientos é impulsos de la naturaleza. En esta ilusion , en verdad muy temible , suelen caer aquéllos que descuidan el purificar perfectamente su corazon. Otras ilusiones, que alguna vez pueden ocurrir en el ejercicio de la virtud , tienen su origen en la anterior, y son las que siguen : por una parte desfallecer el ánimo ante las dificultades y luchas de la naturaleza ; considerarla como impedimento de la virtud , y nó como medios, como verdaderamente pueden ser si se emplean



con generoso corazon , para adquirir genuína y sólida virtud : es otra reputar como virtudes las buenas cualidades naturales, ó la exencion de vicios ó de tentaciones , ó bien aspirar á la union divina descuidando la virtud sólida y verdadera. Pero evitarás fácilmente estas y otras ilusiones si , á imitacion y como fiel discípulo del Corazon de Jesus, vives la vida interior.

3. Cuando te ejercites , pues, en la parte de vida espiritual que el Corazon de Jesus te enseña en este libro , debes encaminar todos tus esfuerzos á conocer y amar perfectísimamente á Jesus , para que mejor , y cada dia mejor , aprendas y te revistas de las disposiciones de su Corazon en pensamientos , en palabras y en obras. Para que lo consigas , y además de los dos modos de meditar que se explicaron ántes del libro primero , y que habrás hallado útiles para tí, conviene añadir lo siguiente :

4. El modo más á propósito de usar el libro segundo es tambien doble , ó de dos maneras , á saber : el primero meditando ; el segundo , contemplando ; y uno y otro están en completa conformidad con lo que los Santos nos enseñaron acerca de la oracion mental.

Si meditas , representate con la memoria la virtud del Corazon de Jesus que haya de ser asunto de tu meditacion , y retenla después de meditada , para ponerla en práctica.

Considera con el entendimiento las cualidades de la virtud propuesta ; compara entonces tu propio corazon con el Corazon de Jesus acerca de la virtud considerada ; pasa luego á examinar si has amado , y cómo ha-

yas amado ó cultivado dicha virtud durante la vida pasada ; si lo bastante , da gracias y glorifica á Dios tu Salvador : si al contrario, arrepientete y pide perdon : mira , por último , al porvenir , y estudia el cuándo y el cómo podrás practicar esta virtud.

Abrace tambien la voluntad la virtud propuesta ; haz repetidos actos internos ; y tratando confidencialmente con el mismo Jesus, maniéstale los sentimientos de tu corazon; de qué se arrepiente y qué se propone; qué teme y qué espera ; qué detesta y qué ama: comunique absoluta y piadosamente sus afectos , y pida , finalmente , muchos más.

Y si te consagras á la contemplacion , ve en el misterio ó punto particular que te propones contemplar , qué es lo que siente el Corazon de Jesus , ó qué siente el mismo Jesus en su corazon de todas y de cada una de las circunstancias de este asunto : qué estima y cómo lo estima ; qué y cuánto condena ; de qué huye y qué es lo que abraza.

Examina luégo en esta contemplacion qué palabras salen del Corazon de Jesus , y cuáles son aquellas que no sólomente no pronuncia , sino que ni aún en Él se conciben.

Observa , finalmente , siempre en el mismo asunto , qué actos proceden del Corazon de Jesus y cuántas virtudes los adornan.

Y durante todo el tiempo de la contemplacion , entrégate é insiste en la práctica de actos , á saber , como piadosos afectos y súplicas, segun tu devocion , segun tu necesidad y tambien segun los movimientos de la gracia.

Y de este modo aprende , por la contem-

placion , á pensar , á hablar y á obrar como el mismo Jesus.

Los actos que más especialmente se recomiendan en esta parte de la vida interior , y además de los actos de las virtudes teologales , son los actos repetidos de aquella misma virtud de que te ocupas , de abnegacion generosa de la desenfrenada naturaleza , y de nobilísimo amor á Jesucristo. Y has de repetirlos con frecuencia.

Ya medites ó ya contemples , de tal manera has de considerar los misterios de Jesus , que parezca que tú mismo los estás presenciando. Lo cual enseña San Buenaventura con las terminantes palabras siguientes: «Si deseas , dice , alcanzar de éstos el fruto apetecido , necesario es que te representes todo lo que hizo y dijo nuestro Señor Jesucristo , lo mismo que si tus oídos lo oyeran , tus ojos lo vieran , con todo el afecto del alma , y postergando entónces todos tus cuidados y todas tus ocupaciones.»

5. Los santos más versados en los caminos escondidos de la vida espiritual nos enseñan que el demonio , espíritu malo , acostumbra á tentar más con las apariencias del bien á aquéllos que , llevando ya una vida limpia de pecado , se ejercitan en la adquisicion de las virtudes. Por cuya razon , y á fin de que puedan distinguir el espíritu bueno del espíritu malo , y las sugerencias del uno de las del otro , recomiendan á estas almas las importantes reglas siguientes :

*Primera.* A los que caminan de bien á mejor , el espíritu bueno los mueve con paz , con quietud y con suavidad ; pero el espíritu



malo instiga su alma con turbaciones, con confusión y con astuta sutileza.

Y á los que marchan de mal á peor, los dos espíritus los mueven de una manera contraria: el espíritu bueno interiormente los punza, los inquieta, los hiere, para atraerlos á la conversión; pero el espíritu malo se obstina en tranquilizarlos, ayudarlos y halagarlos para esclavizarlos y fomentar en ellos el mal.

*Segunda.* Propio es de Dios y del espíritu bueno comunicar en sus nociones á los que obran rectamente ó á los que lo procuran con sinceridad, verdadera alegría y espiritual regocijo, y separar la tristeza y turbación á que arrastra el espíritu malo.

Y muy propio es del espíritu malo luchar contra esta alegría y consuelos, valiéndose de falsos argumentos, de sutilezas y diversos engaños.

*Tercera.* Observa muy detenidamente el espíritu malo si el alma es de delicada conciencia, ó de conciencia relajada: si de delicada, se esfuerza por hacerla más delicada todavía, hasta tocar el extremo de los escrúpulos, con los cuales más fácilmente la aturde y atormenta; y esto de tal modo, que si ve que el alma se reconoce limpia de pecado mortal, de pecado venial y de todo defecto voluntario, entónces el espíritu malo, ya que no pueda conseguir que caiga en algún pecado, se esfuerza por conseguir que el alma juzgue ó repunte como pecado lo que en realidad no es pecado.

Si, por el contrario, el alma es relajada, el espíritu malo trabaja por hacerla más rela-

jada y más confiada todavía; de tal manera, que si ántes nada reputaba como culpa venial, ahora mire como cosa de poco momento hasta los pecados mortales; y si ántes se gruadaba alguna vez de los pecados, ahora se guarde muy poco ó absolutamente nada de cometerlos.

*Cuarta.* El alma que desea aprovechar en la vida espiritual, debe siempre obrar de un modo contrario á aquel con que obra el espíritu malo. Así, si éste trabaja por hacerla relajada, ella procure por hacerse más delicada: del mismo modo, si él trabaja por hacerla tan delicada que caiga en la exageracion y en los escrúpulos, procure afirmarse en un término medio prudente, para que en adelante se halle y se conserve tranquila.

*Quinta.* Es muy propio del espíritu malo, que algunas veces se trasforma en ángel de luz, empezar inspirando pensamientos muy conformes á un alma devota, para concluir sugiriéndola perversos pensamientos.

*Sexta.* Debe, pues, el alma atender con toda seriedad á los pensamientos que haya tenido; si en el principio, en el medio y en el fin son buenos, y se encaminan tambien á un objeto bueno, es señal de que estos pensamientos proceden del espíritu bueno; pero si en toda la serie de pensamientos que el espíritu ha inspirado declina hacia alguna cosa mala, ó que distrae del verdadero bien, ó es ménos buena que aquello que el alma había resuelto practicar, ó que inquieta y perturba el alma robándola el sosiego y la paz de que ántes disfrutaba, indicio clarísimo es

de que aquellos pensamientos vienen del espíritu malo.

*Sétima.* Una vez burlado el enemigo, y conocido tambien el mal á que nos lleva, conviene que el alma considere despues la serie de pensamientos que la inspiró bajo las apariencias del bien, y examine desde el principio cómo el impío enemigo procuró arruinar ó arrebatarla poco á poco la tranquilidad y la paz interior, hasta salirse con su depravado intento. Con cuya experiencia instruida el alma, se guardará más en adelante de los engaños del espíritu malo.

(*San Ignacio. — San Bernardo. — Santa Gertrudis.*)



---

## LIBRO SEGUNDO.

ÚTILES ADVERTENCIAS PARA IMITAR  
AL SACRATÍSIMO CORAZON DE JESUS, AGENTE

### CAPÍTULO PRIMERO.

Cuánto hemos de apreciar, conservar y aumentar la  
gracia santificante.

1. *Voz de Jesus*.—No quieras, hijo mio, despreciar la gracia, ántes bien guarda este sagrado depósito.

Ella es tu tesoro, ella tu gloria, ella tu felicidad, ella tu bien.

Ella es la que te forma á imagen de Dios y te hace semejante á Dios.

Reconoce ¡oh hombre! tu dignidad, pues eres por la gracia santificante exaltado hasta la semejanza de Dios, más sublime que el mundo todo, é incomparable con todas las cosas de la tierra.

¿Qué vale el esplendor de los astros? ¿Qué la hermosura de las criaturas todas, comparada con la hermosura del alma adornada de la gracia santificante, y por ello semejante al mismo Dios?

Levántate , pues , y recordando tu belleza , no quieras empañarla con feas manchas.

2. Resplandeciente con esta gracia , Dios te adopta por hijo , y nó por un hijo cualquiera , sino carisimo y muy amado.

Así tú tienes por adopcion lo que Yo poseo por naturaleza ; á saber : que no solamente eres llamado , sino que eres verdaderamente Hijo de Dios.

Comprende , si te es posible , qué sea ser hijo de Dios , qué ser amado y auxiliado por tal Padre.

Gloríanse los hijos en el mundo , y se juzgan muy felices cuando tienen padres sabios , buenos , poderosos , y tambien cuando los tienen ricos , ilustres y grandes.

Pero , ¿ qué son y qué valen todas estas cualidades de los padres segun la naturaleza , en comparacion de las cualidades del mismo Dios ?

¿ Con cuánta más justicia y vehemencia podrás tú gloriarte y alegrarte de tener por padre á Dios mismo , Señor de los cielos y de la tierra ?

Examina , pues , con extraordinario cuidado y justo criterio todo el valor de esta adopcion. A tí en otro tiempo caído , á tí alejado , á tí sumergido en miserias , se te ha concedido por la gracia santificante que de siervo quedaras libre , de extraño pasaras á ser hijo , para que de esta manera ennoblecido gozaras con afluencia de los bienes divinos.

¿ Y por ventura no excede á toda inteligencia , no arrebatata todo corazon el que Dios llame y tenga por su hijo al hombre , y que el hombre llame y tenga á Dios como su padre ?

¡Bienaventurado aquél que, comprendiendo todo el mérito de la gracia santificante, con la cual ha sido hecho Hijo de Dios, estime en tanto esta su mayor nobleza, que por ningun motivo degenerare ni se envilezca, sino que siempre se manifieste digno de tal Padre!

3. Si por la gracia eres constituido hijo, tambien quedas instituido heredero: hijo ciertamente de Dios y coheredero mio.

De este modo el reino sempiterno, que es mio por derecho de la naturaleza, es tambien tuyo por derecho que á él te da la gracia santificante.

Cuando miras al cielo, cuando contemplas con el espíritu la gloria y la bienaventuranza y todos los eternos bienes, di para tí mismo: «Hé aquí mis bienes; hé aquí mi herencia si conservo el título de la gracia.»

Mis méritos, hijo mio, alcanzaron que esta gracia te confiera un derecho indisputable á los tesoros del cielo, y del cual nadie sino tú mismo puede desheredarte.

La promesa de Dios subsiste, y Dios será fiel á su palabra: si tú, empero, desechas la gracia santificante, renuncias al mismo tiempo á tu derecho y te desheredas.

4. Por la gracia, hijo mio, que te hace heredero del reino de los cielos, te haces tambien compañero de los ángeles y hermano de los Santos.

Si te alegras dulcemente con la amistad de compañeros distinguidos, aunque mortales y expuestos á mudanzas; si te regocija el tener hermanos segun la carne, aun cuando su número divida ó disminuya lo crecido de



tu herencia ¿cuánto más deberá alegrarte el contar por la gracia santificante como tus amigos á los ángeles bienaventurados del cielo, y como hermanos á los Santos muy amados de Dios, cuya multitud no divide ni disminuye tu herencia, sino que, al contrario, la multiplica y aumenta?

¡Vaya, hijo mío, y qué hermanos! ¡Cuántos y cuán ilustres, qué poderosos y qué buenos!

Estos hermanos tuyos son tus antepasados, que, esclarecidos con sus victorias, coronados con la gloria de la bienaventuranza, seguros ya de sí, solícitos de tí, te aman con verdad, te animan con su ejemplo, te ayudan con sus oraciones y te brindan con sus premios.

¡Feliz gracia la que te hace hermano de tales hermanos! ¡Ojalá, hijo mío, comprendas esto como es necesario!

5. También hace la gracia santificante que, en cuanto á la vida presente, disfrutes asimismo verdadera felicidad. Esta gracia es el principio de la paz interior: sin esta gracia no hay paz verdadera: con esta gracia la paz es segura.

¿Quién resistió jamás á la gracia y tuvo paz? Y donde no hay paz, ¿qué dicha puede haber?

Sí disfrutas la paz de la gracia, santa y seguramente te alegrarás en lo próspero, fácilmente y con fruto te consolarás en lo adverso.

Consérvate siempre en gracia, y siempre podrás tener paz y felicidad. Testigos son de ello todos los Santos, y testigos también

aquéllos que , convertidos algun dia , guardaron con exquisito cuidado la divina gracia, los que poseyéndola y comparándola con la condicion interior de su pasada vida , pudieron decirme , enseñados por la experiencia : «Mejor es un dia , Señor , en los atrios de tu casa , que mil en los tabernáculos de los pecadores.»

6. Aún mas , hijo mio : si vives en la gracia santificante , mi reino está dentro de tí de tal manera , que descanso en tu corazon y presido en él como en mi trono.

Ciertamente mi reino consiste en la tranquilidad y la alegría del Espíritu Santo , que es Espíritu de caridad y de santificacion.

En este reino , no tanto domino como Señor sobre su súbdito , sino que me formo , como Padre , un hijo al cual escojo para reinar conmigo .

Todo el tiempo que perseveras bajo el dominio de esta gracia , te dirijo especialmente con mi sabiduría , te protejo con mi poder , te sigo y te abrazo con mi amor .

Ni tienes , hijo mio , nada que temer por este reino , así gobernado , así defendido , así amado , á no ser que tú mismo seas el que le vendas .

Si permaneces fiel , él permanecerá constantemente firme , y durará por toda la eternidad ; y ni el poder de todos los enemigos podrá trastornarle ó destruirle .

¡ Qué dulce es esto , hijo mio , y qué consolador ! ¡ Qué á propósito para conseguir que hagas de la gracia santificante el reino bienaventurado y supremo de la gracia !

Ve ya, hijo mio, cuántas y cuántas riquezas posees en este solo bien.

¿No aventaja, por ventura, este solo bien á todos los bienes de este mundo?

Pide, hijo mio, conocer cada vez mejor y más perfectamente el valor de la gracia, y que de hecho la estimes en tanto cuanto ella vale y tú debes.

Si rectamente la conoces y equitativamente la amas, consagrarás, si te es necesario, á su conservacion, y nó con escasez ni ruindad, no sólo tu fortuna, tu fama, cuanto te sea más agradable y querido, sino que sacrificarás tambien la salud y la misma vida.

¿Acaso no la estimaron en tanto mis mártires y todos los héroes de la santidad, entre los que cuentas tantos niños y vírgenes tan delicadas? ¿Acaso millares de ellos, usando de la facultad que se les había dado para elegir, nó sacrificaron todos los bienes de la vida, y la vida misma, en los tormentos, ántes que perder la gracia por nada que se les ofreciera?

Tú, pues, que eres hijo de tantos héroes, emplea todos tus esfuerzos, tus asiduos desvelos y tu mayor cuidado en conservar esta preciosísima gracia; mucho más cuando los proyectos de todos tus enemigos tienden á despojarte de ella, para que, despojado, te pierdas.

Por lo demás, amado mio, confórtate en la gracia, crece en ella, y con actos de verdadera virtud avanza y aprovecha hasta la perfeccion.

¿Has entendido todo esto, hijo mio?

8. *Voz del Discípulo.*—Sí, Señor, y oja-



aquéllos que, convertidos algun día, guardaron con exquisito cuidado la divina gracia, los que poseyéndola y comparándola con la condicion interior de su pasada vida, pudieron decirme, enseñados por la experiencia: «Mejor es un día, Señor, en los atrios de tu casa, que mil en los tabernáculos de los pecadores.»

6. Aún mas, hijo mio: si vives en la gracia santificante, mi reino está dentro de tí de tal manera, que descanso en tu corazon y presido en él como en mi trono.

Ciertamente mi reino consiste en la tranquilidad y la alegría del Espíritu Santo, que es Espíritu de caridad y de santificación.

En este reino, no tanto domino como Señor sobre su súbdito, sino que me formo, como Padre, un hijo al cual escojo para reinar conmigo.

Todo el tiempo que perseveras bajo el dominio de esta gracia, te dirijo especialmente con mi sabiduría, te protejo con mi poder, te sigo y te abrazo con mi amor.

Ni tienes, hijo mio, nada que temer por este reino, así gobernado, así defendido, así amado, á no ser que tú mismo seas el que le vendas.

Si permaneces fiel, él permanecerá constantemente firme, y durará por toda la eternidad; y ni el poder de todos los enemigos podrá trastornarle ó destruirle.

¡Qué dulce es esto, hijo mio, y qué consolador! ¡Qué á propósito para conseguir que hagas de la gracia santificante el reino bienaventurado y supremo de la gracia!

Ve ya, hijo mio, cuántas y cuántas riquezas posees en este solo bien.

¿No aventaja, por ventura, este solo bien á todos los bienes de este mundo?

Pide, hijo mio, conocer cada vez mejor y más perfectamente el valor de la gracia, y que de hecho la estimes en tanto cuanto ella vale y tú debes.

Si rectamente la conoces y equitativamente la amas, consagrarás, si te es necesario, á su conservacion, y nó con escasez ni ruindad, no sólo tu fortuna, tu fama, cuanto te sea más agradable y querido, sino que sacrificarás tambien la salud y la misma vida.

¿Acaso no la estimaron en tanto mis mártires y todos los héroes de la santidad, entre los que cuentas tantos niños y vírgenes tan delicadas? ¿Acaso millares de ellos, usando de la facultad que se les había dado para elegir, no sacrificaron todos los bienes de la vida, y la vida misma, en los tormentos, ántes que perder la gracia por nada que se les ofreciera?

Tú, pues, que eres hijo de tantos héroes, emplea todos tus esfuerzos, tus asiduos desvelos y tu mayor cuidado en conservar esta preciosísima gracia; mucho más cuando los proyectos de todos tus enemigos tienden á despojarte de ella, para que, despojado, te pierdas.

Por lo demás, amado mio, confórtate en la gracia, crece en ella, y con actos de verdadera virtud avanza y aprovecha hasta la perfeccion.

¿Has entendido todo esto, hijo mio?

8. *Voz del Discípulo.*—Sí, Señor, y oja-

lá que ántes lo hubiera entendido! Si esto comprendiera en otro tiempo, ¿no hubiera acaso llorado y gritado con más vehemencia y amargura que Esaú por la pérdida de la primogenitura, la gracia divina que había perdido?

Mi pérdida fué incomparablemente mayor que la de aquel, y ocasionada por una cosa aún más despreciable.

¡Oh! Si así lo hubiese comprendido, ¿hubiera acaso perdido por nada este tesoro?

¡Ojalá, Jesus mio, no hubiera perdido jamás este bien tan grande! Pero me consuela una sola cosa, y es que todavía no es demasiado tarde; que todavía puedo gozar de los privilegios de tu gracia y santificarme con ella.

Gracias á Tí, ¡oh dulcísimo Jesus! que conmigo, tan indigno, usaste de tanta misericordia. No olvidaré jamás tanta benignidad de tu Corazon.

¡Oh Jesus! Concédeme, concédeme que en adelante muera mil veces ántes que volver á perder tu gracia.

Te ruego y suplico que oigas mis oraciones por tu sacratísimo Corazon.

Busque el que quiera la plata y el oro, los honores y dignidades, los gozos y los consuelos del mundo: yo, Señor, enseñado por Tí, una sola cosa deseo entre todas, y es conservar tu gracia y crecer en ella todos los dias de mi vida.

(*Imitacion de Cristo*, lib. III, cap. LV.)



## CAPÍTULO II.

Qué motivó la Encarnacion del Hijo de Dios.

1. *Voz de Jesus.*—Hijo mio, sólo hay un ser bueno : Dios. Ese es la suma bondad, la suma sabiduría, el sumo poder, y finalmente, la infinita perfeccion.

¿Qué cosa, pues, mejor y más perfecta puede hallarse que seguir é imitar á Dios?

No estando Dios al alcance de los sentidos del hombre, y siendo el hombre muy pequeño por los sentidos, plugo que Yo, persona divina, me hiciese hombre, manifestándome, tomando forma exterior y sentidos, con lo que con más facilidad y suavidad pudiera imitar á Dios.

Los hombres primeros, codiciando cosas más elevadas y ambicionando y pretendiendo, soberbios, asemejarse al mismo Dios, de tal manera que como dioses supieran el bien y el mal, cayeron, perdiendo el bien que conocían, y experimentaron el mal que nunca habían conocido.

Yo quise manifestarme á los hombres de tal modo que, sin temeridad, sin peligro y con seguridad, pudieran aspirar á asemejarse á Dios hasta tal punto, que, despojados del mal, volviesen á conquistar el bien.

2. Pero ántes de todo era preciso redimirlos y libertarlos, despues de pagadas todas sus deudas.

Pesaban sobre ellos grandes deudas. Tal era la injuria con que habían ofendido á la Majestad divina, que criatura ninguna en

adelante, sino Dios hecho hombre, pudiese plenamente satisfacer á la Justicia suprema y reparar con verdad el honor de la Majestad ofendida.

Yacían esclavos miserables del infierno, y lloraban perdidos sin remedio alguno por su parte. Pero Yo, compadecido de la muchedumbre de desgraciados, vine á ellos con el Corazon henchido y rebosando misericordia, para rescatarlos y restituirlos á su santa y dulce libertad.

3. El cielo, por la culpa, estaba cerrado, y ni había quien pudiera abrirle entre las criaturas del cielo y de la tierra, y si Yo no descendiera para abrirle, mortal ninguno hubiera podido entrar jamás en sus moradas.

Antes de mi advenimiento, Dios era ciertamente conocido en Judea, donde algunos, en cortó número, dignamente le servían, y esto sólo por gracia comunicada á los hombres en atencion á mi venida.

Mas entre los gentiles, ¿qué número había de ellos que, correspondiendo á esta gracia, temieran á Dios, obraran la justicia y le fueran agradables?

¡En qué tinieblas se encontraban la mayor parte envueltos, y sin esperanza de remedio! ¡En qué extenso y profundo abismo de depravacion se revolvían!

Y aún hoy, despues de realizada la obra de la redencion, ¡cuántos hombres hay que rechazan todo medio de salvacion! Desconociéndome por su culpa, ó no acordándose de Mí, vagan ciegos, y perversos se precipitan á la muerte.

¿Qué hubiera, pues, sucedido del mortal

linaje si Yo, el Verbo divino, no me hubiera hecho carne? Ni un solo individuo de todo el género humano hubiera podido llegar á Dios y acercarse á la bienaventuranza sobrenatural.

Yo, con todo, tomando carne, junté en Mí lo extremo de la divina grandeza con lo extremo de la bajeza humana, para que cuantos quisieran pudieran por Mí llegar hasta Dios y alcanzar la suprema felicidad.

4. Vine para dar gloria á Dios, mi Padre, y á manifestar á los hombres su nombre y su amor.

Antes el nombre de Dios, el nombre del Señor, había sido un nombre santo y terrible: ahora el nombre de Dios, el nombre de mi Padre, es un nombre santo y dulce.

La ley antigua era la ley del temor; la ley nueva es la ley del amor. Pues de tal modo Dios amó al mundo, que le dió su Unigénito Hijo.

Y Yo, por amor hacia el Padre y hacia los hombres, encarné por obra del Espíritu Santo, que es Espíritu de amor.

Toda la obra de la Encarnacion es la obra del amor, pero de un amor gratuito de un amor infinito.

5. Del cielo vine y al cielo vuelvo, enseñándoles á todos la senda que á él dirige, para que allí, donde Yo estoy, allí tambien estén los que me siguen en la presente vida.

Yo soy la verdad, y aparecí luciendo en medio de las tinieblas del mundo para iluminar á todo hombre que viniera al mundo, de tal modo que cualquiera dirija sus pasos por una senda acertada y segura.



Yo soy la vida, y vine al mundo para que los muertos tuvieran vida, y vida más abundante; vida verdaderamente de gracia en su peregrinacion, y vida de gloria en la patria celestial.

Mas hé aquí que el hombre regenerado á la vida de la gracia, libre del cautiverio de la muerte y hallando por Mí el camino de su patria, enfermo y débil no hubiera podido seguirme todavía.

Grandes eran sus enfermedades, hijo mio, grandes sus trabajos; pero más grande todavía el Médico omnipotente, más grande la divina medicina que cura toda enfermedad y sana toda dolencia.

Esta medicina es una gracia múltiple, precio de mis dolores y donativo de mi Corazon; que prepara al hombre para la suspirada salud, que le fortalece despues de sano, y que le auxilia para seguirme.

Descendiendo al mundo, hubiera podido pasar por él más deprisa, y terminado precipitadamente mi jornada. Pero de tal manera conmovió mi Corazon la multitud de los enfermos, que permaneciendo entre ellos parecía que en cierto modo enfermaba con ellos, y precediéndoles allanaba las asperezas todas del camino, ayudando y animando á cada uno de tal suerte, que si ahora quieren, pueden seguir cómodamente y con alegría mis huellas en busca del reino de los cielos.

6. ¡ Hé aquí, hijo mio, hé aquí cómo te he amado! Pues todo cuanto hice, lo hice por todos y por cada uno de los hombres; y por consecuencia por tí solo he realizado todas estas cosas, como si tú solo estuvieras en el

mundo perdido y miserable , y Yo hubiera bajado del cielo para buscarte , para-redimirte y para salvarte.

Así , pues y habiendo bajado de los cielos para llevarte en pos de Mí al reino sempiterno , sígueme.

En cualquiera condicion , en cualquier estado de vida , cualesquiera que sean las circunstancias en que te halles colocado, proponte por modelo mi vida , senda cierta y segura que conduce al cielo.

Ni creas que solamente sea esta mi vida exterior , cuando especialísimamente ha de serlo mi vida interior.

Mi interior es mi Corazon ; allí está toda la gloria ; allí está el principio de todas las virtudes.

No quieras , hijo mio , parecerte á los judíos , que sólo atendían en Mí á las exteriores apariencias , y no consideraban los sentimientos de mi Corazon ni sus disposiciones.

Penetra tú en lo íntimo de mi Corazon: escudriñale , medítale , vive todo en Él.

7. Si te es grato el estar conmigo , si de veras me amas , estudiarás detenidamente qué es lo que agrada á mi Corazon , y lo realizarás con fidelidad.

Pero has de buscar en la oracion , has de pedir por el amor , has de abrazar por el amor , y , por último, has de continuar por el amor.

La oracion es , hijo mio , la llave del cielo: y la oracion es asimismo la llave de mi Corazon. Abrele con esta llave , y apodérate de todos los tesoros de mi Corazon.

8. *Voz del Discípulo.*—Gracias eterna te sean dadas, Dios y Señor, Criador y Redentor del género humano, por esa gratuita y exquisita caridad, con la cual á los hombres, formados de un modo prodigioso, los reformaste de una manera todavía más maravillosa.

¡ Oh Jesucristo, que siendo desde la eternidad infaliblemente Hijo de Dios, te dignaste hacerte también hijo del hombre, por solo un exceso de amor hacia los hombres! ¿Quién no te amará? ¿Quién no se unirá á Tí inseparablemente? ¿Quién no vivirá únicamente para Tí, á quien todo se lo debe?

¡ Oh benignidad grande! ¡ Oh admirable suavidad contemplar al Hijo de Dios nacido de una Virgen!

Yo te adoro, Jesus, hijo de Dios vivo, hecho carne en las entrañas de María. En Tí espero, ¡oh Bondad infinita! A Tí amo con todo mi corazón, ¡oh amor amantísimo y amabilísimo! Tú eres mi camino: Tú mi verdad: Tú mi vida.

(*Imitación de Cristo*, lib. III, cap. XVIII, y cap. III, notas 1, 2 y 5.)

### CAPÍTULO III.

Nuestro corazón, á imitación del Sacratísimo Corazón de Jesus encarnado, debe estar consagrado todo á Dios.

1. *Voz de Jesus.*—Hijo mio, el primer acto de mi Corazón despues de la Encarnación, fué un acto de amor con el cual me con-



sagré absolutamente á mi Padre celestial.

Nada en Mí había que con toda el alma no le hubiese consagrado , y nada existía en la voluntad de mi Padre que de todo corazon Yo no haya abrazado.

Ya entónces , prácticamente , le dije de lo íntimo de mi Corazon : «Héme aquí , Padre mio ; Yo vengo víctima de tu voluntad ; escrito está de Mí en el principio del libro que he de hacer tu voluntad : aquí me tienes queriendo , y en mi Corazon no hay escrita otra ley que aquello que sea de tu agrado.»

El Padre me presentó desde el primer instante de mi vida todos los trabajos y dificultades , todas las humillaciones y dolores , cuanto , por último , habían de hacer conmigo , y Yo había de padecer hasta el último suspiro de mi existencia.

Y Yo con entera é íntima voluntad de mi Corazon los acepté todos y cada uno , segun el beneplácito de mi Padre.

Y crecía á cada momento en Mí esta disposicion interior de mi Corazon , y ella perpetuamente me impelia para hacer siempre lo que era la voluntad de mi Padre.

2. Hé aquí , hijo mio , el modelo de la verdadera devocion , instruido con el cual y desde el principio de tu carrera en el camino de la virtud , te consagres todo á Mí de un modo semejante.

En la vida espiritual apénas encontrarás otra cosa de tanta importancia como la verdadera y absoluta consagracion de tu corazon. El corazon que absolutamente no vive consagrado á mí , prueba que no está completamente purificado.

Si ruinmente tratas conmigo , ruinmente trataré Yo contigo ; pero si eres conmigo generoso , seré yo á la vez generoso contigo , y te excederé siempre en generosidad.

Si con desprendido corazon te consagras todo á Mí con todo cuanto te pertenece , de tal modo que eficacísimamente abrases lo que á Mí me agrada , Yo mismo te guiaré , ileso y seguro , por medio de cuanto pueda sucederte , y contraeré en cierta manera la obligacion de salvarte.

3. Esta perfecta dedicacion del corazon fué siempre el principio de la santidad de todos mis escogidos.

Aquellas almas generosas y nobles reputaban como nada los más grandes sacrificios de toda la vida , con tal de consagrarme y ofrecerme perfectamente cuanto eran y cuanto tenían.

Y por esto Yo les correspondía con tal prodigalidad y con tanta magnificencia , que aún en esta mortal vida muchas veces deramaban lágrimas por la extraordinaria dulzura de los consuelos , y disfrutaban en cierto modo y anticipadamente en la tierra aquella felicidad que había de embriagarles despues en los cielos.

Mas ahora muchos de los que hacen alarde de profesar esta devocion , de practicar esta consagracion , quieren dedicárseme únicamente en aquellas cosas ó en aquellas circunstancias que á ellos les agradan.

Y efectivamente que éstos , más que á Mí , están consagrados á sí mismos. Razon por la cual continúan siendo esclavos del amor propio , permanecen miserables y experimen-

tando su desdicha interior, y nunca se ven preparados para la union divina.

Por eso tú, hijo mio, si quieres ser verdaderamente libre y verdaderamente dichoso, separa tu corazon de todo objeto que no sea Yo, y dedícame á Mí solo todos tus afectos.

Si puedes conservarme tu corazon perfectamente consagrado, podrás tambien permanecer imperturbable y tranquilo en todos los acontecimientos de la vida. Pues las perturbaciones no nacen del trastorno de las cosas, sino de un corazon malamente dispuesto para hacer la divina voluntad.

Si deseas, pues, llegar á la íntima y amigable union conmigo, obligado estás á purificarte del amor á todas las criaturas y á dedicarte á Mí en todas las cosas.

4. No sea, hijo mio, tu devocion como la devocion de muchos, toda exterior, toda fundada en objetos exteriores, y que es por lo mismo, no devocion, sino remedo de devocion.

Sea tu devocion verdaderamente interior, y tenga su principio en el corazon de tal modo preparado, que estés siempre dispuesto, con la divina gracia y sin condicion alguna, á someterte á todos mis mandatos, á sacrificar cuanto es tuyo y á seguir todo cuanto me sea agradable.

Tu devocion ha de conocerse tambien en el exterior, porque eres hombre y nó ángel. Teniendo cuerpo y alma, y siendo uno y otra don que has recibido de Mí, con uno y otra debes honrarme, santificándote á tí mismo.

Pero lo que en tí se vea exteriormente sea tan solo como rebosando de la abundancia



del corazon: de este modo tu consagracion será sólida, y tú serás imitador fiel de mi Corazon.

5. Esta devocion es, hijo mio, efecto de la gracia sobrenatural, que, iluminando el entendimiento y moviendo la voluntad, hace que el hombre voluntariamente esté dispuesto á todo lo que pertenece al servicio divino.

Por ningun medio natural obtendrás esta devocion, siendo, como ella misma es, sobrenatural, y ejerciéndose por una virtud tambien sobrenatural.

Así que, si no estás asistido por la divina gracia, nada aprovecharás, aún cuando hayas jurado dedicarte á Mí, y aún cuando á tí mismo te parezca haberte ya consagrado.

Ora, pues, para que recibas gracia abundante y alcances espíritu de devocion. Si bien pides, alcanzarás. Á la oracion le ha sido prometido todo.

Ayudándote la gracia, y cooperando tú con tus esfuerzos, hallarás suave y dulce la verdadera devocion que á muchos, guiados del amor propio, les es trabajosa y conocida solo en el nombre.

Ya experimentes, ya no experimentes consuelos sensibles, caminarás pacíficamente y con fruto á la terminacion de todos los negocios, al desempeño de tus deberes y á la fidelidad en los ejercicios espirituales.

Descansarás sin ansiedad, sin cuidado, en los brazos de mi Providencia, como descansa un niño en el seno de su madre, y te encontrarás tranquilo y regocijado en todos los caminos por que yo quiera llevarte á la vida eterna.

6. *Voz del Discípulo.*—Señor y Jesu mio, que te anonadaste por salvarme, que me diste tu Corazon en testimonio de tu amor y profundamente consagrado á mí por el amor; concédeme, te ruego, la gracia de una perfecta devocion, para que, alejando por Tí todas las cosas de mi corazon, me haga todo tuyo por tu amor.

Confiado en el auxilio de esta gracia, que rendidamente imploro, me ofrezco á Tí con todo mi corazon, para vivir enteramente dedicado á Tí, á tu servicio y á cuanto te sea debido y agradable.

¡Oh dulcísimo Jesus! Te suplico recibas como ofrecido y consagrado á Tí lo que soy y cuanto tengo, y que me concedas espíritu de verdadera devocion, que llene mi corazon de su uncion santa, que me haga agradable la piedad, que aumente mi amor hacia Tí, que dulcifique la oracion y me disponga al bien obrar.

Vivificado con Él perseveraré constante y alegre en tu servicio; suave é insensiblemente me acercaré á Tí; alegraré á los mismos ángeles y Santos, y, finalmente, y lo que es más todavía, te agradaré é inundaré de regocijo tu corazon.

(*Imitacion de Cristo*, lib. III, cap. xv.)

## CAPÍTULO IV.

Debemos aprender y apropiarnos el mismo espíritu del sacratísimo Corazon de Jesus recién nacido.

1. *Voz del Discípulo.*—¡Criaturas todas, venid y ved! ¡Admiraos y asombraos! ¡Dios inclinó los cielos, descendió, y ved aquí que habita con nosotros!

¡Oh Dios mio! ¡Oh prodigio del amor! ¡Oh delicia de los ángeles que bajaron de la gloria para contemplarte reclinado en este pesebre!

¡Oh Jesus, Hijo de Dios, nacido de una Virgen! ¡Qué amable, qué dulce para mí, hecho niño, y el más hermoso entre los hijos de los hombres, todo amor!

Admirable ciertamente eres en la majestad de tu Divinidad; pero eres mucho más admirable para mí en lo amable de tu pequeñez.

Digno de ser infinitamente amado en la infinidad de tus eternas perfecciones; pero arrebatando los corazones con el exceso de tu infantil suavidad.

¿Quién, ¡oh suavidad infinita! quién podrá saciarse de contemplarte, de amarte y de embriagarse con la dulzura del amor de tu Corazon?

¡Qué dulce eres, Jesus mio! Si tan dulce eres, aún fuera de aquello que interiormente está oculto, ¿cuál será, pues, tu espíritu interior? Suavísimo en todas partes, y más dulce que la miel.

2. *Voz de Jesus.*—Sí, hijo mio; el Espíri-



tu de mi Corazon es el que obra, el que vivifica y hace dulcísimas estas maravillas.

Este Espíritu mio, que por amor á mi Padre me trajo á las entrañas de la Virgen, y que á Mí, Unigénito del Padre, me introdujo en el mundo con tanta suavidad, anima, dirige y guía siempre mi Corazon, para que allí vaya donde le lleva el impulso del Espíritu.

La plenitud del Espíritu reside en mi Corazon, pues á Aquél á quien Dios envió le comunica su Espíritu sin medida.

Descansa sobre mi Corazon aquel Espíritu que es Espíritu de Sabiduría y Entendimiento, Espíritu de Consejo y Fortaleza, Espíritu de Ciencia y de Piedad, Espíritu de Temor de Dios, Espíritu de Gracia y de oraciones, Espíritu de amor.

Tal es el Espíritu de mi Corazon: Espíritu sobrenatural, divino, que es caridad, y caridad que abraza todas las virtudes.

Ese Espíritu de mi Corazon, amor inspirando amor, que guía suavemente y con fuerza, que impele á la perfeccion, que anima á los sacrificios y que estimula á lo heroico.

3. ¡Dichoso, hijo mio, el que está poseído del Espíritu divino de mi Corazon y se deja llevar por él á todas partes! pues los que obran segun el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios.

Ni las apariencias, ni la profesion, sino el Espíritu es lo que hace un verdadero discípulo mio.

¿Qué te aprovechará poseerlo todo si no tienes este Espíritu? El que no tiene mi Espíritu, éste no es mio.

Sin mi Espíritu, lo que Yo hago te será

desagradable, no comprenderás con discrecion lo que Yo enseño, ni aceptará tu corazon lo que yo dispongo. En tanto estas cosas te serán agradables, en tanto inteligibles y en tanto sabrosas, en cuanto tengas mi Espíritu.

Si estás animado de ese Espíritu, mis juicios serán tus juicios, mis sentimientos tus sentimientos, la vida de mi Corazon será la vida de tu corazon.

El discípulo verdadero de mi Corazon ve todas las cosas por este Espíritu; por él solo las juzga todas; por él solo dirige y es dirigido.

Posee el Espíritu de mi Corazon, y haz lo que quieras: en todo te guiará y en todo te protegerá con la mayor seguridad.

4. Este Espíritu mio animó á todos los Santos: su uncion los enseñó, su virtud los fortificó, su santidad los formó.

Ve qué es lo que instruyó á los Apóstoles y á los Mártires, á los Confesores y á las Vírgenes; ve hasta dónde los ha fortalecido; ve de qué manera los ha formado, que despreciando el mundo todo y abandonándose á sí mismos, unos volaron á los suplicios de la muerte como á los triunfos de la gloria, otros compitieron con los mismos ángeles, otros perfectísimamente marcharon por un camino que les era comun, y todos decidida y alegremente siguieron mis huellas, gozando de mi compañía hasta el fin y en todas las circunstancias.

¿Qué no emprendieron los Santos, animados de mi Espíritu? ¿Qué no hicieron para amarme y glórficarme más y más, santifi-

cándose á sí mismos y animando á los hombres todos , cuanto posible les era , á amarme y á glorificarme?

Estos discípulos perfectos de mi Corazon estaban llenos de mi Santo Espíritu, disponían segun él todos sus pensamientos, ordenaban segun él todas sus palabras, segun él dirigían sus obras y arreglaban toda su vida.

5. Si quieres, hijo mio, aprender este Espíritu de mi Corazon, estudia mi vida y medita con devoción ; penetra en mi Corazon, examina y pesa piadosamente todos sus sentimientos, y en todas partes le conocerás por sus frutos.

Encontrarás este Espíritu obrando en todos y en cada uno de los misterios de mi vida.

¿Pero de qué te servirá conocer mi Espíritu, si algo no recibes de su plenitud? Para que él te anime ó para alcanzar para tí el aumento de esta animacion, ora, hijo mio, ora fervorosamente.

Si oras como conviene, recibirás indudablemente, pues he prometido comunicar mi Espíritu bueno á los que le pidieren.

¡Cuanto más y mejor ruegues y medites, tanto mas recibirás de él, tanto más perfectamente le conocerás, tanto más fácilmente seguirás sus inspiraciones.

6. *Voz del Discípulo.*—¡Oh Jesus, de la plenitud de cuyo Espíritu reciben y viven tus discípulos! envía , te ruego, á mi corazon el Espíritu de tu Corazon, para que me anime y dirija en todo y por todo.

No te pido, como Eliseo á Elías , que se haga en mí doble tu Espíritu, cuando ni sen-



cillo puede contenerle la estrecha pequeñez de mi corazón; pero pido que tu Espíritu me llene todo y excluya de mí para siempre el espíritu del mundo y el espíritu propio.

Da á mi corazón saber rectamente, y con tu Espíritu, lo que sabe tu Corazón; entender lo que enseñó, y experimentar lo que hace con afecto á la vez y con efecto.

Viva en adelante y con tu Espíritu, nó ya solamente la vida de la naturaleza, sino la vida de la gracia; nó una vida meramente humana, sino la vida de tu Espíritu, que es en cierto modo divina.

(*Imitacion de Cristo*, lib. 1, cap. 1, núm. 2, y cap. III, números 1, 2 y 3.)

## CAPÍTULO V.

Debemos aprender la humildad en el Sacratísimo Corazón de Jesus, Niño.

1. *Voz del Discípulo*.—¿De qué modo has nacido para nosotros párvulo, y te has dado á nosotros Niño? ¿Por ventura ¡oh Jesus! no eres Tú el que eres, y tu nombre no vive por toda la eternidad?

¿Quién será capaz de contar tu generacion? Hé aquí que Tú existes desde los siglos á los siglos.

¿Quién explicará tu poder y dará á conocer todas tus demas perfecciones? Por Tí han sido hechas todas las cosas: Tú las gobiernas todas; Tú llenas el cielo y la tierra; y ¡de qué modo te veo aquí!

¡Oh prodigio! ¡Oh milagro! ¡Dios, el Dios infinito yace Niño en esta cueva!

Se anonadó á sí mismo haciéndose Niño, alegre entre las humillaciones, desconocido y contento.

¡Cómo, Jesus dulcísimo! ¿Cómo amaré al párvulo que nos ha nacido y al Niño que se nos ha dado?

2. *Voz de Jesus*.—He venido, hijo mio, á salvar lo que había perecido. Tanta y tal era, pues, la ruina del género humano, que para repararle fuera necesaria humillacion tan grande del Hijo de Dios.

Había caído el hombre en el abismo de la soberbia; Yo descendí por la humildad, y penetré en sus abismos para sacar de ellos al hombre.

Antes de aparecer Yo en el mundo, la soberbia había oscurecido y corrompido la inteligencia de los hombres de tal modo, que no solamente desconocían la humildad, sino que al contrario, la miraban y aborrecían como debilidad del alma.

Pero cuando conocieron á Dios, cuyo resplandor se imprimió como un sello en el corazon humano, no le glorificaron como á Dios: desvaneciéronse ántes bien con sus propios pensamientos, se oscureció su insensato corazon, se corrompieron é hicieron abominables en sus proyectos. ¡De tal manera había toda carne corrompido sus caminos!

Y para librar al mundo de tan grande y tan pernicioso error, ¿qué remedio mejor y más eficaz que el ejemplo de un Dios infinitamente sabio y perfecto, humillándose hasta el anonadamiento, confundiendo de este modo toda la humana soberbia, y rebatiendo para siempre sus motivos y vanos pretextos?

La soberbia , hijo mio , fué , es y será siempre el origen de todos los males ; y la humildad fué , es y será siempre el principio de todos los bienes.

La verdad engendra y la caridad vivifica á la humildad , que es la virtud de todas las virtudes.

Conócete primeramente á tí mismo y á Dios , para que puedas atribuir á Dios lo que es de Dios y atribuirte á tí lo que es tuyo.

Así , procura , hijo mio , comprender lo que eres por tí mismo. Por tí mismo , ¿ qué eres tú ? ¿ Qué , sino la nada de que el mismo Dios te crió ? Pues esta nada tuya y el ser que tienes , de Dios es.

Si piensas , hijo mio , que algo eres siendo nada por tí , tú mismo te alucinas , tu mismo te engañas.

¿ Y que tienes de tí mismo , ya natural , ya sobrenaturalmente ? Ciertamente que en el orden de la naturaleza posees las potencias del alma , los sentidos corporales , las dotes del entendimiento y las cualidades exteriores de tu persona. Pero todo esto , cualquiera que ello sea , ¿ de dónde te vino ? ¿ De quien es ? Quita lo que Dios hizo y lo que Dios te dió , y ¿ qué te queda sino la nada ? Esto únicamente es tuyo : aquello otro es verdaderamente de Dios.

Pero dándote Dios estas cosas , te las dió para un fin bueno , para que las emplearas en gloria suya y para tu salvacion. Si todas y cada una de ellas las has empleado y encaminado á este fin , no has hecho más que lo que debías ; pero si malamente alguna vez te has servido de ellas , tienes contra tí , además de



ser nada, la ingratitud, la perversidad y el abuso de los beneficios de Dios.

Pero, y en el orden de la gracia, ¿qué tienes? ¿No es éste, por ventura, hijo mio, un abismo insondable? Ciertó, ciertísimo es que sin el auxilio de la gracia nada hay en tí saludable, nada provechoso puedes hacer. Cuanto sobrenaturalmente poseas, cuantas virtudes practiques y cuantos méritos alcances, todos son efectos de la gracia, sin la cual, no solamente no hubieras podido concluirlos, sino ni aún hubieras podido principiarlos. Si en tí los recompensa Dios, sus propios dones recompensa.

Es verdad, hijo mio, que para alcanzarlo tú has cooperado á la gracia. Pero esa misma cooperacion, detenidamente considerada ¿cuánto no revela? Es de fe que algun dia deberás dar cuenta estrechísima de cada una de las gracias que has recibido. Obligado estás, pues, á prestar tu cooperacion para que cada gracia produzca su fruto.

Esta consideracion, ¿no es por ventura la que llenó á los mismos Santos de humildísimos pensamientos? ¿De cuáles deberá llenarte á tí que tantas veces correspondiste mal á la gracia, y no pocas veces la desprecias?

Si por su multitud te es imposible contar las faltas de cooperacion, contempla cuántas y cuántas deudas tienes contraídas, además de por tu nada y tu impotencia en orden á la gracia, por los dones de Dios que hayas despreciado ó de que hayas hecho mal uso.

Si de buena fe, hijo mio, estudias la obligacion que tienes de cooperar á la gracia de Dios, y tambien de emplear bien los dones

naturales, comprenderás, como los Santos lo han comprendido, que cuanto mejor y más grande sea lo que has recibido, mayor motivo tienes para humillarte más y más profundamente.

4. Pero aún queda oculto lo más abominable y lo peor. Examina y considera las multiplicadas miserias, delitos y pecados tuyos, y pesa detenidamente qué es lo que por ellos has merecido de justicia.

Acaso, si se te hubiera dado lo que de justicia se debía, ¿no estarías ya experimentando el desprecio de todos los seres celestes, terrestres é infernales, y padeciendo una eterna humillacion?

Y si pecado no has cometido por el cual debas ser reprobado, tampoco hay razon para que te envanezcas. Esta preservacion de los pecados mortales no procede de tí, sino muy especialmente de la gracia.

Ciertamente que por un solo pecado venial de los cometidos por tí contra la Majestad infinita de Dios, merecerías más humillaciones que cuantas el mundo pudiera darte.

Tú todo, hijo mio, ¿qué eres? ¿Y qué eres tú en relacion con todos los hombres? Ciertamente como una pequeña gota en comparacion de todas las aguas del mundo. Y ¿qué son todos los hombres en relacion con todas las legiones de ángeles? Méenos, mucho méenos que la tierra comparada con la inmensidad de los cielos. ¿Y qué son los ángeles con respecto al mismo Dios? Lo mismo que si no fueran; porque la distancia es infinita. ¿Qué serás tú comparado con el Dios infinito? ¿Qué

serás, sér pequenísimo, que peregrinas en este rincconcillo del mundo?

¿Qué eres, pues, hijo mío, ó qué tienes que pueda ensoberbecerte? ¿Qué hay en tí, ciertamente, por que no debas humillarte?

No te digo esto, hijito, para confundirte, sino para advertirte, amadisimo de mi Corazon, no sea que, seducido por la soberbia, caigas y perezcas.

6. A solo Dios es debido el honor y la gloria por toda criatura; solo Él es verdadera é infinitamente digno de recibir el imperio, la virtud, la bendicion, la alabanza y suprema adoracion por los siglos de los siglos.

Cualesquiera que sean las perfecciones que en las criaturas encontremos, y por más esclarecidas que nos parezcan, otra cosa no son que pálido reflejo de las perfecciones de Dios, que bajo todos conceptos son absolutas é infinitas.

Y aún cuando el mismo Dios no lo hubiera mandado, sin embargo, todo sér racional debería reconocer y honrar sus ilimitadas y superiores exçelencias.

Ciertamente que de tal modo se ha de tributar esencialmente á Dios su propia gloria, que ni aún á Él mismo puede serle indiferente, puesto que sólo Él es digno de sí.

7. Precioso es, hijo mío, el conocimiento de Dios y de tí mismo, pues que te enseña una gran verdad, y la más á propósito para humillarte; y sin embargo, ese conocimiento no es humildad, pues que esta virtud, más que en el conocimiento, consiste en los afectos del alma.

Ni la virtud de la humildad está en la hu





millacion, sino más bien en el amor de la humillacion. No existe virtud alguna si no existe la inclinacion y el movimiento de nuestra buena voluntad.

¡Cuántos hay que á sí mismos se humillan ó son humillados por otros, y sin embargo no son humildes! ¡Cuántos dan exteriormente señales de humildad, é interiormente están poseidos de la soberbia!

Para que la humildad sea una virtud cual debe de ser la de mis discípulos, y para que la humillacion sea un acto verdadero de esta virtud, necesario es que vaya acompañada de la caridad, ó de una inclinacion sobrenatural.

Virtud de la humildad es, hijo mio, aquel movimiento sobrenatural de tu alma que te inclina é impele á colocarte, cuanto posible sea, en tu propio lugar, para que des á Dios lo que es de Dios, la accion de gracias, el honor y la gloria, y á tí te atribuyas lo que tuyo es, la nada y tu omnímota y absoluta indignidad.

¿Y cuál es este lugar tuyo? ¡Oh hijo mio! ¡El que tú mismo te has merecido! Y qué profundo! ¡Cuán terrible es! Pero contempla el amor de mi Corazon. Hecho Yo hombre para consolarte y ensalzarte, me humillé por tí y te designé un lugar mejor y más honroso. Desde entónces tu lugar está conmigo.

¿Y dónde estarás conmigo? ¿Dónde me encontrarás? Niño en el pesebre; desterrado y desconocido en Egipto; escondido en Nazareth; trabajando públicamente y padeciendo; ocupando siempre el último lugar y muriendo en él.



8. Conmigo, hijo mio, estarás léjos de la soberbia, aborrecida de Dios y de los hombres, que engendra todo pecado, que priva de los méritos, que acumula castigos, desprecia el ejemplo de mi Corazon y sigue las huellas del demonio.

¡Feliz humildad! ¡Virtud dichosa que proporciona hallar gracia en presencia de Dios y de los hombres! Pues mientras Dios rechaza á los soberbios, comunica su gracia á los humildes; y mientras que los mismos soberbios desprecian á los soberbios, admiran á los humildes.

La humildad es la primera de las virtudes: sin ella ninguna virtud se alcanza; sin ella la virtud adquirida se pierde. Ella engendra las demas virtudes, alimenta las adquiridas y conserva las que se alimentaron.

Virtud noble la humildad, pues que hace al hombre magnánimo y generoso. Con ella, no sólo vence lo que es difícil, sino que tambien se vence á sí mismo.

Mientras el soberbio, con el corazon angustiado y oprimido con el miedo de la humillacion que acaso haya de sobrevenir, lucha consigo, ya rehusando, ya vacilando en vencer las dificultades que se presentan, el humilde, con corazon grande y dilatado, ya se vence á sí mismo, ya vence lo que es difícil, ya adelanta con mayor alegría.

Virtud ostensiblemente fuerte que prepara al alma para grandes empresas; pues el humilde, prescindiendo de sí mismo y confiando en Dios, se desnuda de su fortaleza para vestirse de la fortaleza de Dios, en el cual se apoya y con el cual lo puede todo.

El es terror de los mismos demonios. Tales enemigos se estremecen á vista del humilde; ningun mortal es para ellos más temible.

Virtud, finalmente, sólida, que afirma al hombre para que no se conmueva con los dichos ó los hechos de los demás, ni se abata con las propias miserias y los propios defectos.

No es la humildad virtud, sino una ficcion de la humildad, la que te hace pusilánime, tímido y abatido con cualquier motivo. Aquella noble virtud no produce efectos tan indignos.

9. Hijo mio, aun cuando tanta sea la justificacion de la humildad, tanta su necesidad, tanta su utilidad, tantas sus excelencias, sabe, sin embargo, que no es conforme con los sentimientos humanos no complacerse en cosa alguna, atribuir puramente á Dios la gloria toda en todas las cosas, no atribuirse nada sino la propia indignidad, contentarse con ocupar el último punto, y abrazar de buen grado todo aquello que abraza mi Corazon.

Ciertamente, si se pide consejo á la naturaleza, la naturaleza aborrece y huye de esto. Pero si quieres, hijo mio, ser discípulo de mi Corazon, te es indispensable seguir, nó á la naturaleza, sino á la gracia, y conducirte, nó con arreglo á tu natural inclinacion, sino al divino amor, con el cual imites á mi Corazon, y esto aun repugnándolo la misma naturaleza.

Si así lo haces, lo mismo te sucederá que sucedió á los Santos, que hallaron dulce la



humildad sobre la naturaleza, y experimentaron deliciosas las mismas humillaciones.

Procúrate el auxilio de la gracia con la meditacion y con la oracion; y cooperando generosamente á ella, abraza y practica la humildad con espíritu y corazon hasta que con toda libertad lo conviertas en un solo acto de pensamiento, de palabra y de obra.

Acuérdate siempre, hijo, de mi ejemplo, y no te olvides de mis instrucciones. Héme aquí, párvulo, prescribiéndote un mandamiento nuevo, mandamiento de mi Corazon: que aprendas de Mí, porque soy manso y humilde de Corazon.

*Voz del Discípulo.* — ¡Oh Jesus dulcísimo, Dios niño anonadado en la humildad! clama el establo en que te reclinas, clama la oscuridad en que te ocultas, clama el silencio mismo, clama todo, y publica cuanto te rodea, cuán humilde eres de Corazon.

¡Oh Maestro de la humildad! Postrado me tienes en tu presencia para aprender de Tí la virtud de la verdadera humildad.

Conózcate siempre y conózcame yo, iluminado y abrasado con las llamas del amor de tu Corazon, para que siempre y en todas partes te atribuya lo que es tuyo, me atribuya lo que es mio.

Confieso que hasta ahora jamás había comprendido claramente lo que era verdadera humildad. Ahora conozco, ahora veo que la virtud de la humildad ni me rebaja ni me envilece, ántes bien me sublima y me ennoblece, toda vez que ella me lleva á ser semejante á Tí, que eres eminentemente noble.

¡Oh benignísimo Jesus! ¡Tú me das parte

contigo! ¡Señor, no la merezco! ¡Y cómo busqué mi morada en otra parte, como si en parte ninguna pudiera encontrarla mejor que estando contigo! Perdona, Señor, mi ingratitud; perdona mi iniquidad, perdona mi insensatez.

En lo sucesivo estaré ya siempre á tu lado. Aspiren á situacion más elevada los que deseen sobresalir: yo, cuanto posible me sea, ambicionaré lo más humilde, seguro de que allí estoy contigo. Nada deseo sino estar contigo: contento estaré en cualquier parte si estoy en tu compañía.

(*Imitacion de Cristo*, lib. I, cap. II.)

## CAPÍTULO VI.

El Sacratísimo Corazon de Jesus, nacido en un establo, nos enseña la santa pobreza.

1. *Voz del Discípulo*. — A Tí, Jesus y mi Señor, á Tí, es á quien desea mi corazon; á Tí, que es á quien ama, busca el alma mia: dime dónde descansas, indícame dónde habitas.

*Voz de Jesus*. — Ven, hijo mio, y ve. Esta será la señal: me encontrarás niño en un establo, envuelto en pobres pañales y colocado en un pesebre. Acude y escucha qué es lo que allí te dice mi Corazon.

Las vulpejas tienen, en verdad, sus cuevas; las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. Y con todo, hijo mio, siendo mia toda la

tierra en su extension, y siendo el más rico entre todos, me hice el más pobre de todos.

Desde que pobre nací en el establo, hasta que espiré pobre en la Cruz, viví siempre en pobreza perfectísima, á la que, amando como á una madre, veneré siempre como hijo.

¿Y por qué causa ó con qué motivo piensas que mi Corazon se abraza con la pobreza de una manera tan amante? Es, hijo mio, porque mi Corazon, lleno de humildad y de caridad, practica estas virtudes con el mayor esmero, y ambiciona con exquisito ardor apartar los corazones de los hombres de los bienes terrenos y caducos, para arrebatarlos consigo á los celestiales y eternos.

2. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos: bienaventurados, porque están libres de formidables peligros en órden á la salvacion eterna: bienaventurados, porque viven en la saludable ocasion de practicar innumerables virtudes; bienaventurados, por último, porque así su corazon está más conforme con el mio.

El no tener nada, hijo mio; más áun, el carecer de todo, no constituye la virtud de la pobreza: la verdadera virtud de la pobreza consiste en tener por mi amor el corazon desprendido de todas las cosas del mundo, renunciar por mi amor á todo lo terreno, nada poseer como propio, no apegarse á cosa alguna criada; en esto consiste la perfecta virtud de la pobreza.

A aquélla no todos han sido llamados; á ésta, todos; y cada uno de nosotros ha sido llamado de tal manera, que más fácilmente



un camello pasará por el ojo de una aguja, que entrar uno sin ella en el reino de los cielos.

El que no renuncie, al ménos con el corazon, á todas las cosas, no puede ser mi discípulo.

3. No hay mayor iniquidad, hijo mio, que el amor al dinero: este amor trastorna el juicio y seduce el corazon; y porque todo obedece al dinero, el que lo ama, ciego por la codicia, hace su alma venal de tal manera, que está dispuesto á vender por una cosa perecedera su misma inmortalidad.

Aprovechábanse los Santos de las cosas de la tierra, pero teniendo libre el corazon; y eran pobres de espíritu en medio de cuantiosísimas riquezas.

Hay no pocos que se dejan engañar por el enemigo de la salvacion del hombre, con la aparente hermosura de lo bueno y de lo recto. Este astuto enemigo se obstina en persuadir á los hombres de que las riquezas ó abundancia de los bienes de la tierra, siendo indiferentes en sí, pueden poseerse con utilidad pueden desearse y buscarse sin peligro.

Pero el que así se deja engañar, luego, inmediatamente, experimenta estar aprisionado en los lazos de un ardid diabólico, oprimido por turbaciones, tinieblas y perversas inclinaciones, y cree que le es imposible llegar á la perfeccion en su estado, sea éste el que fuere, y de que corre no poco peligro su eterna salvacion.

4. Si pues tienes, hijo mio, riquezas, no apegues á ellas tu corazon; más que dueño, eres únicamente dispensador. Antes bien,

con el corazon enteramente libre, ó renunciara interiormente á ellas, segun fuere la divina voluntad, ó válete de ellas para gloria mia y verdadero bien de tu alma.

De tal manera has de encontrarte preparado, que si mi voluntad es que renuncies á todo, ó permito que de todo te veas privado, tengas verdadera resignacion.

Si eres, por el contrario, pobre, alégrate y regocíjate, hijo mio, y no pierdas el fruto de tanto bien soportando malamente la pobreza.

No te avergüences de estar en medianía ó en indigencia por Mí, que no me avergonzé de hacerme pobre por tí; ántes bien glóriate, pues que tú posees lo que Yo alcancé para Mí á costa de tantas y tantas humillaciones.

5. Seas rico ó seas pobre, venera la santa pobreza, y practica esta virtud tan amada de mi Corazon y tan provechosa para tí.

No hay seguramente estado en la vida en que esta virtud no pueda y deba practicarse; en todas partes y todos los dias hallarás ocasiones frecuentes para ello.

Extiéndese esta virtud á la habitacion, al adorno de la casa, á los vestidos, á la comida y bebida, y, finalmente, á todas las condiciones de la existencia.

En todo esto, pues, ó falta algo que no es verdaderamente necesario para la vida, ó si lo hay, no es conforme con las naturales inclinaciones; ó puede quitarse, más ó ménos y sin peligro, algo de aquello que se tiene para conveniencia y natural comodidad.

Si, como es necesario, amas, hijo mio, con todo tu corazon la santa pobreza, jamás

carecerás de medios y oportunidad para practicarla.

¡Cuántos hay que siendo pobres, no solamente en su pobreza no tienen mérito alguno, sino que se valen de su pobreza para mayor desdicha suya y para más ofensa de mi Divinidad! ¡Ojalá lo supieran! En lugar de la amargura, saborearían la dulzura y se santificarían á sí mismos.

6. Nombre digno de honor en mi presencia el de los pobres de espíritu que practican y aman la pobreza, ora tenga su origen en la necesidad, ora en la libre voluntad.

Con estos tengo mi compañía y mis confianzas: pues su corazon es semejante á una tierra buena, que recibe la semilla de mis palabras, y produce despues fruto centuplicado.

¿Quién más feliz que el poseedor de la pobreza santa, que tiene cuanto en el mundo desea? ¿Quién más rico que aquél de quien es el reino de los cielos?

No descuides, hijo mio, tu santificacion atesorando tesoros en la tierra: trabaja, en primer lugar, para santificarte, y de esta manera acopiar tesoros para el cielo.

Allí donde esté el objeto de tus inclinaciones, donde estuviere tu tesoro, allí estará tambien tu corazon.

7. Es verdad, hijo mio, que el despreciar de corazon las riquezas y el practicar por amor y de hecho la pobreza, cosa difficilísima es para el hombre abandonado á sí mismo.

Así que conviene orar con fervor para que lo que tu pequeñez no alcance á perfeccionar de un modo meritorio, lo perfeccione en union contigo la gracia divina.



Y si experimentares en tí sentimientos repugnantes contra la pobreza, insta en la oración, pide con más fervor, aunque sea con repugnancia algunas veces, y ruega para que la gracia no perdone estos desordenados sentimientos, ántes bien completamente los destruya, hasta que tu corazón, enteramente libre, sólo mire á la voluntad y gloria divina.

Si los afectos de tu corazón están bien ordenados, no sólo hallarás, hijo mío, fácil la virtud de la pobreza, sino que con los auxilios divinos la encontrarás también dulce y agradable.

8. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh dulce Jesus, Hijo de Dios! En tus manos está y Tú gobiernas el mundo todo: Tú adornaste los cielos con esplendorosas estrellas: Tú decoraste la tierra con maravillosa magnificencia, ¡y Tú yaces niño en un pobre establo y apenas envuelto en unos pobres pañales!

¡Cuán admirables y cuán provechosas son las disposiciones de tu Corazón! ¡Quién, después de un ejemplo que arrebatara á los mismos ángeles, no encontrará la pobreza amable y apetecible!

¡Oh buen Jesus, Maestro de la verdad y modelo de la pobreza santa! Ilumina mi entendimiento para que comprenda todo el valor de esta virtud, y arranca de mi corazón, aún cuando él no quiera, el desordenado amor de las cosas criadas, para que, distraído con distintos deseos y vanos cuidados, no se separe de Tí.

Concédeme mirar como pasajero todo lo temporal, y á mí por lo temporal peregrinando hacia lo eterno: y permite que me

aproveche de las riquezas de la tierra, en tanto únicamente que son como medios para llegar á las riquezas de los cielos.

Todo, Señor, es tuyo: si es tu voluntad tenerme en abundancia y como administrador de tus riquezas, hágase tu voluntad: si, al contrario, quieres tenerme en la pobreza, perfecto imitador de tu vida, hágase así mismo tu voluntad.

Cuanto á mí me es posible y á Tí agradable, quiero mejor ser pobre contigo, Jesus, Hijo de Dios, que rico con el mundo: prefiero poseer los bienes eternos de la pobreza, á verme abrumado por los continuos peligros de las riquezas.

Me ofrezco, mi buen Jesus, todo á Ti, y te pido rendidamente te dignes admitirme como compañero de tu pobreza. Como yo esté á tu lado, contento estoy: como yo te posea, soy suficientemente rico.

*(Imitacion de Cristo, lib. I, cap. VII.)*

## CAPÍTULO VII.

El Sacratísimo Corazon de Jesus, viviendo en la soledad con los ángeles, nos enseña la santa castidad.

1. *Voz de Jesus.* — Acércate, hijo mio, á la soledad de la sagrada gruta: en ella hablaré á tu corazon: en ella te revelaré los secretos de mi Corazon.

Mira en derredor, hijo mio: escucha lo que oyes; ve cuanto me rodea: advierte lo que me acompaña.

*Voz del Discípulo.* — Veo, Señor, á la

Madre-Virgen, al Nutricio virgen y á los coros de los ángeles, alegrándose y regocijándose en tu presencia. ¡Te veo á Tí, preciosísimo Jesus, Cordero de Dios sin mancha! Miro á la inocencia misma separada de cuanto halaga los sentidos, y que arrebatada con su amabilidad á los cielos y á la tierra.

*Voz de Jesus.*—En esto se recrea, hijo mio, en esto se complace mi Corazon, que se apacienta entre blancos lirios.

Yo soy la pureza misma; nacido de una Virgen pura, cuidado por una Virgen pura; soy el amante más tierno de toda pureza, y aborrece mi Corazon cuanto se opone ó perjudica á esta virtud.

2. Mi Corazon es, hijo mio, la fuente de la pureza santa, en la cual beben cuantos desean ser amados por Mí.

En esta fuente divina beben, cada uno segun su capacidad, el amor á la castidad todos los discípulos de mi Corazon, que se distinguen por este amor como por un signo especial.

¿Qué cosa más excelente que la castidad, con la cual ofreces obsequio gratísimo á Dios Padre, que es espíritu, con la cual, honrando tu cuerpo, honras á un miembro mio, y con la cual veneras al Espíritu Santo, de quien eres templo vivo?

Esta es aquella virtud que transforma á los hombres en ángeles, y los eleva sobre los mismos espíritus celestiales.

Ciertamente, hijo mio, que el que es casto es un ángel, y aún excede tambien al ángel en mérito, pues en él es virtud, y á despecho de la naturaleza, lo que en el ángel es por naturaleza y sin esfuerzo.



La castidad es la gloria de la Iglesia, el triunfo de la gracia, la flor de la vida, el ornamento del cuerpo y del alma, y perfectísima figura del cielo.

3. ¡Qué hermosa es la vida casta! Su memoria es inmortal, porque es conocida de Dios y agradable á los hombres.

Virtud admirable, hijo mio, que comunica su belleza y su vigor, no sólo al alma, sino tambien al cuerpo.

Lo que es la azucena entre las flores, esto es la pureza entre las virtudes, que deleita y recrea con su candor y hermosura á los moradores del Paraíso.

De tal modo su amabilidad arrebató los corazones todos, que no hay en el mundo nadie que no la admire, á no ser que haya perdido el juicio.

4. El hombre limpio de corazón y casto en el cuerpo, penetra en el cielo, pasa hasta el santuario de la misma Divinidad, y trata familiarmente con Dios y con sus ángeles.

Pero el hombre carnal, á semejanza de un animal estúpido, yace en la inmundicia, no percibe lo espiritual, no se deleita sino en la sensualidad, cuyos frutos son fatales para el alma y para el cuerpo.

El que es impuro, ¡qué desdichado es! ¡Qué despreciable en presencia de los cielos y de la tierra! ¡Qué parecido interiormente al demonio, que se llama espíritu inmundo!

¡De qué modo castiga Dios vicio tan abominable! Dígalo el mundo sumergido por el diluvio; dígalo Sodoma consumida por el azufre y el fuego que descende de lo alto; dígalo todo impuro entregado á su condena-

cion; dígalo, sobre todo, el mismo infierno.

La pureza preserva de la tiranía de las pasiones, proporciona una suavísima paz, inunda al hombre todo de goces celestiales, y le adorna con la insignia de los escogidos.

5. ¿Cuáles son, hijo mio, las principales delicias de mi Corazon? ¿No son por ventura las almas puras? Ellas se unen más dulcemente á mi Corazon por la pureza de su amor; ellas se ocupan frecuentemente de Mí, solícitas en ver cómo me han de agradar más que todas las demás; éstas, más santas interior y exteriormente, desean con más ardor vivir únicamente para Mí.

Estas son las que con más facilidad comprenden los secretos de mi corazon, experimentan más sabrosa la uncion de mi Espíritu, arden en mayor piedad y se acostumbran á ser más generosas y más fieles.

A éstas mi Corazon se comunica más profusamente, derrama en ellas los torrentes de más perfecto amor y consuelo, y las reserva favores y gracias más señaladas.

A éstas admito en las impenetrables interioridades de mi Corazon: con ellas trato más familiarmente; á ellas tengo más cerca de Mí en la tierra, lo mismo que en los cielos.

En cualquiera estado de la vida que te halles colocado, si quieres ser amadísimo de mi Corazon; si quieres experimentar plenísimamente la ternura de mi Corazon; si quieres gustar copiosísimamente la dulzura de mi Corazon, sé puro en el cuerpo y en el alma.

6. Llevas, hijo mio, este tesoro en una vasija muy frágil: y si con mucho cuidado no le custodias, fácilmente le perderás. Guárda-

te, con todo, de precaverte con demasiada timidez; el mismo temor es en muchas ocasiones causa de la caída.

Debes, en primer lugar, guardar tu corazón, vigilar sus inclinaciones y contener tus pensamientos: si permites á tu corazón vagar de aquí para allí, poco tiempo permanecerás sin mancha.

Jamás estés ocioso: el ocio es ciertamente la morada del espíritu inmundo.

No te familiarices excesivamente con mortal alguno, áun cuando sea santo y áun cuando obre milagros.

Huye, como de una peste, de las ocasiones peligrosas. ¡Cuántos hay que léjos de ellas están completamente libres, y en ellas miserablemente perecen!

7. Aparta tus ojos de la seductora vanidad: sé modesto, porque sin modestia no hay castidad.

Sitúa cuidadosamente los oídos, para que el enemigo no halle por ellos fácil entrada á tu corazón. Donde no hay vallado, se destruye y arrebatada la posesion.

Pon un freno á tu lengua, no solamente contra las palabras inmundas, sino contra toda bufonería y contra toda conversacion de que el demonio se valga para tentarte y tentar á los demás.

Sujeta á la continencia el gusto, para que la moderacion en la comida y la bebida impida las rebeliones de la carne y anime, y fortifique, y dé vigor al espíritu.

Mortifica esmeradamente el tacto, no sólo en aquellas cosas que tocadas te ocasionarán sin remedio la muerte, sino en aquellas otras



tambien que, respirando sensualidad, exaltan, con la cooperacion de Satanás, las pasiones.

8. Sabe asimismo, hijo mio, que tú, una vez puestos en práctica todos estos medios, no podrás conservar esta preciosísima, hermosísima y utilísima virtud de otra manera que con el auxilio de la divina gracia.

Por cuya razon te es indispensable pedir con incansables instancias este don celestial, y pedirle con ardientes ruegos, por la intercesion de la Virgen mi Madre, de mi virginal Custodio, del ángel de la guarda, y finalmente de todos los cortesanos del cielo.

El enemigo, sabiendo que por la pureza los hombres se asocian á las legiones angelicas, y se merecen entre aquellas un lugar que él mismo perdió por su impureza, se enfurece de envidia, y nada perdona para despojar de esta virtud á los hombres á todo trance y de cualquier modo.

Mas no temas, hijo mio, ni se contriste tu corazon: con tal que tú no faltes descuidando los medios, tienes bastante con mi gracia.

9. Guárdate mucho de exponerte temerariamente al peligro, y despues de vencida la tentacion no te atribuyas á tí la gloria del triunfo: naciendo esto de la soberbia, es inmediatamente castigado con vergonzosa humillacion.

Tanto más casto serás, hijo mio, por la gracia, cuanto fueres más humilde; pues la castidad se dá si la humildad la merece. Acuérdate, hijo, siempre de estas palabras.

Si quieres ser perfecto en la virtud de la castidad, abrásate en mi divino amor: nin-

guno es perfecto en la castidad si no es perfecto en el amor de Jesus: el que ama perfectamente á Jesus, ese es perfectamente casto, perfectamente puro. Graba este secreto en tu memoria; consérvale, hijo mio, en tu corazon.

10. *Voz del Discipulo.* — ¡Oh Jesus, virgen por excelencia, cuya Madre es una virgen, cuyo Nutricio es virgen, de quien son inseparables compañeros los ángeles, acercándome al cual quedo limpio, y amando al cual soy casto! Gracias te sean dadas eternas á Tí que libras mi corazon del amor á todo deleite carnal, y le inflamas en el amor de la santa pureza.

Todos los que te aman, corren en pos de Tí atraídos por el suavísimo perfume de la inocencia; te siguen á Tí ¡oh Cordero! á donde quiera que vas y segun cada uno puede.

¡Oh Jesus, amante de las almas puras! Concédeme que, en union de los discípulos todos de tu Corazon, ame con extraordinario afecto y con extremada ternura esta virtud angelical, y aborrezca con todas mis fuerzas cuanto se le oponga y le sea contrario.

Santifica con tu amor mi corazon y mi cuerpo, para que te sirva con castidad en el cuerpo y te complazca con pureza en el corazon.

¡Oh Jesus, mi amor y mi Dios! Tú que me criaste á imagen tuya, no permitas que me inficione ni profane con mancha alguna.

No consientas que por un momentáneo deleite, que ahora ó despues ha de ser afrentosamente castigado, pierda una virtud que es mi presente gloria y mi futura felicidad.

Y si alguna vez tu amor, Jesus dulcísimo, me encontrare insensible á los encantos y á las recompensas de la pureza, extinga en mí la llama del vicio el temor al ménos de las eternas llamas del infierno.

(*Imitacion de Cristo*, lib. I, cap. XI, y lib. III, capítulo XI.)

## CAPÍTULO VIII.

El Corazon sacratísimo de Jesus nos enseña desde el pesebre la santa obediencia.

1. *Voz de Jesus*.— Está atento, hijo mio: todavía tienes que aprender otra virtud, que jamás aprendiste lo suficiente, y que nunca comprendiste lo bastante.

Medita una vez, y estudia en mi Corazon qué es obediencia: tú verás por esta meditacion que la obediencia ha sido mi alimento y mi vida hasta el último suspiro.

Contempla, hijo mio, con atencion y devocion mi ejemplo: considera las disposiciones de mi Corazon.

Si me reclinan en duro pesebre, contento me reclino: si me toman en los brazos, contento me hallo en ellos: en cualquier parte que me colocan, en ella estoy contento.

Cuanto disponen que Yo haga aquéllos á quien mi Padre celestial dió autoridad sobre Mí, eso y no otra cosa es lo que Yo quiero: nada existe para Mí sino querer ó no querer lo que ellos quieren ó no quieren.

Ni mi Corazon averigua porqué me quieren de esta ó de la otra manera: el dictámen de la autoridad que me manda, ese es el dictámen que obedezco.



2. Héme, hijo mio, á Mí, Dios que todo lo sé y que todo lo puedo, entregándome tan humildemente á las criaturas, para que tú, débil en el entendimiento y en la voluntad, aprendas á someterte á los que cerca de ti hacen mis veces.

Séles, pues, obediente y de sumiso corazon en todas las cosas en que tienen autoridad sobre tí, sean temporales ó sean espirituales. Toda potestad viene de Dios.

Obedeciendo, hijo mio, al superior, á Mí me obedeces, puesto que te sometes y obedeces mi misma autoridad, á él comunicada.

3. Si el superior está ménos adornado de virtudes y buenas cualidades, no es bastante razon para que le obedezcas ménos. No participa por esto ménos de mi autoridad, ni me representa ménos á Mí.

Por eso miéntras evidentemente no mande lo que me es contrario, observa y ejecuta todo cuanto él te mandare: tú no estás obligado á dirigirte segun sus obras.

Cuídate poco, hijo mio, en saber quién es el que manda: atiende sólo á lo que manda, y síguelo fidelísimamente, como si Yo mismo te lo hubiera ordenado.

Sea el superior éste ó aquél, obre por estos ó por los otros motivos, á ti, ¿qué te importa? Tú sígueme, tú abrázate con mi voluntad, y por lo demás nada te turbe ni te inquiete.

4. La sola ejecucion de la voluntad de otro no es la virtud de la obediencia. Esto, ¿no lo hacen por ventura los animales, y hasta las máquinas que son obra de los hombres?

Es necesario que al ejecutar la voluntad del superior quieras hacer tú con voluntad tambien obediente lo mismo que él quiere que hagas: para que de esta manera cumplas con toda y buena voluntad lo que es mi voluntad, manifestada por el superior.

Aun cuando puede suceder que el superior alguna vez mande por instigacion ó consejo malo de su propia voluntad, ten entendido que es mi voluntad que, si aquel precepto no es malo, hagas y desees de todo corazon hacer aquello que el superior quiere de tí. Por lo demás, mio es el juzgar; y Yo juzgaré los motivos del superior que manda y del inferior que obedece, dando á cada uno aquello que haya merecido.

No imites, hijo mio, á aquellos que engañándose á sí mismos, trabajan por medios, ya directos ó ya indirectos, en atraer al superior á su propia voluntad. Estos, aun cuando alcancen del superior consentimiento y voluntad, no hacen la mia, sino la suya; no practican la virtud de la obediencia, sino que obedecen á su amor propio; no se dirigen por Mí, sino por sí mismos.

5. Para que la virtud de la obediencia sea perfecta, necesario es que sometas tambien tu inteligencia y tu opinion á mi divina autoridad, representada por el superior, creyendo que lo que exijo de tí por obediencia es justa y rectamente exigido.

Cuanto ménos razonable encuentres lo que se te manda, cuanto más incompatible é inconveniente aparezca á tu modo de pensar, tanto más sublime será tu obediencia y tanto mayor mérito alcanzarás si, subordinando el

entendimiento, ejecutas de buena voluntad aquello que se te manda.

Rechaza, sin examinarlo siquiera, cuanto la soberbia pueda oponer como repugnante á la razon ó á los sentidos, estando persuadido con sencillísima fe que mi divina voluntad, significada por el precepto del superior, se apoya en excelentes motivos, aunque tú no los comprendas.

Sucede frecuentemente, hijo mio, que ni el inferior ve, ni tampoco el inferior sabe los motivos verdaderos porque Yo quiero que el súbdito ejecute esto ó aquello, mandándolo el superior. Uno y otro son entónces ciegos instrumentos en la ejecucion de mis secretos designios.

Si quieres ser humilde de corazon y vivir abrasado en mi amor, no te será ni violento ni difícil abandonar tu propio dictámen y tu propia voluntad por seguir la mia: mucho más dulce y más consolador te será caminar bajo la direccion de mi sabiduría infinita, y conformar tu voluntad, siempre dispuesta al mal, con mi divina voluntad, regla de todo bien.

6. Gran cosa es la obediencia: virtud sublime con que el hombre se excede á sí mismo, se consagra todo á Mí de tal manera, que nada reserva para sí, sino que se me ofrece en íntegro holocausto.

¿Deseo Yo acaso otros sacrificios sin éste? ¿No es lo que más deseo el ser obedecido? La obediencia mucho mejor es que el sacrificio.

¿Quién más fuerte que el que obedece? El hombre obediente reportará victorias, y triun-



fará en los trastornos de todas las cosas. Nada intentará sino hacer la divina voluntad, á que en todo acontecimiento mira.

¿Qué hay, hijo mio, que el obediente no acometa? Mandado, á todo se atreve, y realiza y consuma muchas y grandes empresas en que el desobediente se rinde y desespera.

7. Nada más defendido ni nada más seguro que la obediencia. Jamás el obediente se pierde, ni perece quien somete á la autoridad su juicio y su dictámen. Pero el que no obedece; el que, con desprecio de la autoridad, sigue su parecer y voluntad, suele perderse y perecer.

El obediente está cierto de la recompensa de sus obras, y de ninguna de ellas tiene que dar cuenta: á los superiores que le dirigen, á esos se les exigirá estrecha responsabilidad.

8. De tal manera es, hijo mio, necesaria la obediencia, que todas las obras, aun cuando muchas veces sean buenas, si se la oponen, de ninguna manera pueden á Mí complacerme ni á tí serte meritorias.

No hay estado, no hay condicion, no hay persona en el mundo que no deba obedecer: sin obediencia, sería imposible el órden que Dios, el más amante del órden, dejó establecido como necesario.

Está seguro de que en ninguna parte puedes estar mejor que allí donde estás por obediencia; ¿y qué cosa puedes hacer ni más grata para Mí, ni más útil para tí que lo que te mande la obediencia?

¡Bienaventurados, hijo mio, los que obedecen! Ellos caminan hacia el cielo con ver-

dadera libertad, con paz extraordinaria, con inalterable seguridad. Los desobedientes gimen bajo la pesada tiranía de su propia voluntad, para su corazon no hay paz, y caminan á la perdicion por una senda muy trabajosa.

¿Y de dónde piensas, hijo mio, que suele nacer la dificultad para obedecer? ¿No es por ventura de considerar demasiado, ya la persona del superior, ya sus cualidades, ya el modo de obrar, y ya las razones que le asistan para mandar, y de no mirar únicamente y con sencillez á la autoridad y á la voluntad divinas?

No es este, hijo mio, el ejemplo que Yo he dado: no son estas las disposiciones de mi Corazon. Aun cuando soy verdaderamente más sabio y más santo que todos los mortales que tenían autoridad sobre Mí, sometí á ellos sin embargo, mi Corazon, sin atender á las cualidades de las personas y sin examinar los motivos por que hacían ó mandaban.

Por eso obedecí gustosa y fielmente el mandato de César Augusto, hombre pagano, y que mandaba impulsado de perversa voluntad, sin más que porque lo creí declaración de la voluntad de mi Padre: y cumplí perfectamente con aquella voluntad, naciendo en la pequeña Belen, segun habían anunciado los Profetas inspirados por el Espíritu Santo.

Observa toda mi vida, y toda la encontrarás enriquecida frecuentemente de hechos semejantes.

Estudia, hijo mio, y haz segun el modelo que te ofrece mi Corazon. Si así lo haces, en-

contrarás la obediencia fácil, dulce y llena de consuelos.

9. *Voz del Discípulo.*—¡Oh Jesus! ¡Cuán santo y cuán admirable es tu Corazon! ¡Qué enseñanza tan elevada y profunda suministra! ¡Cuán fáciles hace todas las cosas! ¡Dichoso el que así lo comprende!

¡Y bienaventurado verdaderamente el que, instruido con el ejemplo de tu Corazon, hace de buen grado la divina voluntad! Entonces le dirige la Sabiduría infinita, le ayuda la omnipotencia, y le forma la bondad divina.

¿Quién sino el obediente disfruta de tan señalados privilegios? Presidan en hora buena y gobiernen los que hayan recibido la potestad de gobernar y de mandar: á mí me es absolutamente mejor y más agradable someterme y obedecer.

¡Oh! ¡Dichoso indudablemente yo, si soy verdaderamente obediente! El Señor Dios me dirige, y nada me ha de faltar: colocado en el cenáculo de una pascua divina, allí me deleito con mayor seguridad; allí corren permanentes raudales de agua viva; allí diariamente llueve el maná de los cielos; allí, mi Jesus, vivo para Tí, haciéndome digno del cielo con certeza y seguridad.

¡Oh Jesus humildísimo y mansísimo de Corazon! Concédeme por tu santísima obediencia tu gracia y tu amor para ser perfectamente obediente, abnegando mi propia voluntad y mi propio parecer, y siguiendo sencillamente tu divina autoridad y voluntad, manifestada por mis legítimos superiores.

Ciertamente que si yo, ciego de nacimien-



to, sigo al amor propio como mi guía, ciego en el entendimiento y en la inclinacion, ¿qué sucederá sino que caiga y perezca en el abismo?

Me estremezo con todas mis fuerzas, Señor, cuando recuerdo que muchos que poseían la elevada ciencia y notable prudencia humanas, erraron en el camino de la salvacion, y perecieron y se condenaron por falta de obediencia.

Aquí estoy, entregándome y sometiendo-me de todo corazon á tu sapientísima, santísima y divina voluntad. Concédeme la sencillez de tu entendimiento, la prontitud de tu voluntad. Concédeme la humildad y la caridad de tu Corazon, para que, semejante á Ti, sea como un niño que me deje colocar en cualquier sitio, llevar á cualquiera parte, tratarme en adelante de cualquier modo, y siempre contento.

(*Imitacion de Cristo*, lib. III, cap. XIII, y lib. I, cap. IX.)

## CAPÍTULO IX.

El sacratísimo Corazon de Jesus, circuncidado, nos enseña la mortificacion del corazon.

1. *Voz del discípulo*.—¡Apénas has venido á nosotros, delicia de los cielos, oh dulcísimo Jesus, y ya derramas tu sangre! Indícame qué es lo que con esto pretende tu Corazon: maniéstame cuáles son, obrando así, los sentimientos de tu Corazon. Lo que tu Corazon siente, eso mismo quiero yo sentir.

*Foz de Jesus.* — Sí, hijo mio; dispuesto debes estar, nó á detenerte en aquello que percibes por los sentidos, sino á penetrar hasta el fondo del mismo Corazon.

Escucha y contempla cuánto es lo que se ha mortificado mi Corazon. Sabia Yo que ni me obligaba la ley de la circuncision, ni ser reputado en su cumplimiento como pecador, ni ser despreciado por los hombres, ni atormentado en el cuerpo, ni humillado en el alma; pero mi Corazon, impelido por la voluntad divina é inflamado por el amor, se sobrepuso á todo como llama viva.

Estudia, hijo mio, mis sentimientos, recuérdalos y revístete de ellos.

En mi Corazon todo es recto: nada hay en mi humanidad que sea desordenado. Jamás acto alguno practiqué por solo la inclinacion ó aversion de la humana naturaleza.

Sobreponiéndome y prescindiendo de ella, todos y cada uno de mis actos, hasta en las cosas naturales, tuvieron su móvil en un principio sobrenatural.

Ya lo que habia de hacer ó padecer, agradase ó desagradase á la naturaleza humana, nunca esto fué causa ni motivo bastante para abrazarlo ó rehusarlo.

Movíame siempre la inspiracion del divino amor á ejecutar y padecer con pronto Corazon, segun el divino beneplácito.

2. Hé aquí, hijo mio, el ejemplo que debes seguir, si deseas ser discípulo verdadero de mi Corazon.

Examina bien el tuyo, y le encontrarás como dividido en dos partes, de las que una quiere dominar á la otra.

Una es la inclinacion sensual, parte inferior; otra es la parte superior, y que se llama inclinacion racional. La primera muy principalmente viciada por el pecado original; la segunda dirigida todavía por una luz superior.

El espíritu malo conspira, valiéndose de la primera; de la segunda se vale el Espíritu bueno.

La parte inferior trabaja incansable para establecer su reino y conservarle en todo el corazon, por medio de la soberbia y amor propio, cabeza de todos los demas vicios.

Pero la parte superior quiere reinar segun su derecho, y vencer y subordinar como su enemigo á la contraria por medio de la humildad y de la caridad, que ciertamente presiden á todo el ejército de las demas virtudes.

3. Estas dos partes son, hijo mio, dos enemigos domésticos, que jamás dejan de hacerse la guerra, cuyos fines son enteramente opuestos, y que pueden ser reprimidos y subyugados, pero nunca exterminados ni destruidos.

La parte superior puede tanto auxiliada con el favor divino, que no sólo la inferior, pero ni aún todo el mundo, ni el infierno todo conspirando, pueden obligarla á que se entregue.

Y por esto mismo la parte inferior se obstina en sitiaria, en perturbarla, en engañarla, en maltratarla y fatigarla de cualquier modo que la es posible. Válese de todos los ardides: ora presentándose violenta, ora blanda; ahora mala, luégo buena; alguna vez enemiga, y no pocas veces amiga.



Si no empleas sumo cuidado, en ciertas ocasiones apenas podrás distinguirlas. Conviene, sin embargo, conocerlas y distinguirlas perfectamente. De este conocimiento pende la recta direccion del corazon: con él se preveen las ilusiones, se disipan los temores, se conserva la paz interior, y se conserva tambien en gravísimas desolaciones.

Cuanto una de las dos partes está más mortificada y sometida, tanto más la otra se vivifica y triunfa.

4. Lo primero, hijo mio, que has de mortificar en tu corazon es esta porcion inferior, apetito desordenado de la naturaleza, que no pocas veces suele apellidarse espíritu propio ó espíritu natural. No descanses en combatirle.

Si alguna vez este enemigo huye aterrado por tu fortaleza, ó se esconde esperando tiempo más favorable para sí, búscale con todo cuidado, y, una vez hallado, castígale con ardor más vehemente.

Le conocerás en que siempre aspira, ó á lo muy alto ó á lo muy bajo, arrebatado siempre por una desordenada inclinacion, y fuera del órden divinamente establecido.

De aquí, pues, el soberbio, divagando en las cosas más elevadas y empujado por su propio parecer, anhela investigar y conocer los inescrutables secretos de la Divinidad, y aún cuando nada comprenda de lo que le es inferior, quiere en su hinchazon é imbecilidad medir la sabiduría, la omnipotencia y las demas perfecciones de Dios; esencialmente incomprensibles.

Lucha obstinadamente por admitir lo que no ve ni ama.

Se avergüenza de confesar que se equivocó, y se abate; y si queda convencido, permanece obstinado.

Ambiciona sobresalir: huye en todo el ser sobrepujado ó vencido.

Presume que todo lo puede: si algo hizo prósperamente, se complace admirándolo, y se envanece como de haber realizado un milagro: si algo hizo con mal resultado, murmura, se disculpa y acrimina á los demás.

Cuida, nó de lo que debe ser, sino de lo que ha de aparecer: busca su propia estimación: se afana por llenar en alabanzas de sí mismo los labios de los demás, y desea apoderarse del corazón de los hombres.

Si le alaban, se cree suficientemente remunerado; si no halla quien le alabe, él mismo lo suple.

No halla defectos en sí, ó los disimula; en el prójimo los encuentra donde quiera y en todas las cosas.

Inclínase siempre á despreciar á los demás, á sospechar de todo y á atribuirlo todo á mal intento.

De ahí el que, dispuesto siempre á lo que agrada á la carne y deleita á los sentidos, ame y encuentre apetecible todo lo que huele á mundo.

Juzga de las cosas segun su inclinacion ó segun su aversion, y nunca segun la verdad de las mismas cosas.

Siendo él mismo su único fin, busca en todo, ó su conveniencia ó sus placeres; y nó pocas veces trabaja por referir á sí áun las cosas divinas. Intenta servirme alguna vez, pero él se propone recompensarse.

Admite por esto mismo, y con demasiada facilidad, al ángel de las tinieblas, que, transformándose en ángel de luz, sugiere muchas obras, en la apariencia piadosas, hermosísimos pensamientos, sentimientos tiernos: todo lo cual aumenta la soberbia y favorece al amor propio.

5. Hijo mio, si este espíritu de la naturaleza triunfa del corazon, la ruina del corazon es segura.

Por eso te es muy conveniente mortificar esta porcion del corazon, resistiéndola, contrariándola, reprimiéndola incansablemente cuantas veces la conozcas viciosa ó desordenada.

Ni te parezca esto demasiado duro, hijo mio: es incomparablemente mucho más fácil y más suave someterla, y una vez sometida, gobernarla, que ser gobernado ó dominado por ella.

6. Pero como la razon natural por sí sola no puede llegar á un fin sobrenatural, es necesario tambien purificar y elevar la parte superior del corazon por medio de la mortificación.

Si obras exclusivamente segun la razon natural, ni de ella podrás alcanzar mérito alguno para la vida eterna, ni llamarte con propiedad discípulo de mi Corazon.

Debes, pues, mortificar y subordinar á la gracia todo tu corazon, para que en todas las cosas se acomode al divino beneplácito.

En el pensar, en el hablar, en el obrar, en el padecer, debe moverte la divina gracia, dirigirte la razon sobrenatural y buscarme á Mí como á tu último fin.



Nunca consientas emprender una obra por solo el movimiento ó impulso de la naturaleza; sigue la gracia y obra segun mi Espíritu.

Usa de las fuerzas de la naturaleza, nó como causas ó principios, sino como medios ó instrumentos para lo sobrenatural.

7. Esta mortificacion del corazon, norma de la vida interior y espíritu de los Santos, es aquella mortificacion más útil y más necesaria con que se arrancan las raíces de los vicios, se evitan los peligros de las tentaciones, y hasta se destierran y apartan léjos de sí las causas de turbaciones interiores.

Esta mortificacion ha de practicarse, nó con inquietud, nó con dureza, nó con ansiedad, sino con ánimo tranquilo y generoso.

Tanto, hijo mio, y tan grande es lo que tienes que mortificar en tu corazon; tanto es lo que en él tienes oculto, que si la gracia no te ilumina, no alcanzarás ciertamente á verlo, y áun cuando lo descubras, si la gracia no te fortifica, te estremecerás al advertirlo.

Esta es la razon porqué debes frecuentemente recurrir á la oracion, para que de lo alto alcances la luz, la fortaleza y el auxilio.

Entónces, Yo, sabiendo que tú no puedes llegar fácilmente al conocimiento de todas las imperfecciones de tu corazon, dispondré con la mayor suavidad que poco á poco las conozcas y domines hasta que iguale en tí con la gracia de la luz, la gracia de la fortaleza.

Ten, hijo mio, mucho cuidado de no cerrar los ojos á esta luz enviada de lo alto, ni descuides cooperar á la fortaleza que del cielo se te da. Esto sería indudablemente el principio de tu perdicion.

Sé fiel: déjate llevar por la gracia, y no por tí, en todas y á todas las cosas, y experimentarás lo mismo que los Santos experimentaron; con ello, á no dudarlo, llegarás á mi elevado Corazon, Dios será ensalzado, y tú serás glorificado con tanta mayor perfeccion cuanto más te hayas acercado á mi Corazon por la semejanza.

8. *Voz del Discipulo.*—¡Oh mi bueno y dulcísimo Jesus! ¡Cuán grande es la bondad de tu Corazon! Me has manifestado, aunque tan indigno, el camino de la vida interior, por el cual todos los Santos marchan contigo.

Aquí tienes mi corazon preparado á seguirte por este santo camino: guíame con la verdad, enséñame á ejecutar aquello que sea de tu agrado.

Demasiado tiempo he seguido las inspiraciones de la naturaleza; con no poca frecuencia he obrado segun la inclinacion ó aversion natural; mucho tiempo he vivido únicamente la vida de la misma naturaleza.

Concédeme, mi Dios, que en adelante viva sólo la vida de la gracia, y que siga tu Espíritu en todo cuanto haya de hacer ó de padecer.

Concédeme que este corazon, criado por Tí, redimido por Tí con el precio de tu misma sangre; enriquecido por Tí con nuevos beneficios en cada una de sus palpitaciones, áscienda libremente á Tí sobre todo lo criado, por Tí únicamente viva, á Tí únicamente ame sobre todas las cosas.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. LIV.*)

## CAPITULO X.

Debemos , á ejemplo del Corazon de Jesus adorado por los Magos , vencer los respetos humanos.

1. *Voz de Jesus.*—Los Magos , hijo mio , vinieron del Oriente , y entrando en la gruta , me encontraron , niño , con María , Virgen y Madre mia.

Estudia , hijo , mi Corazon , é imítale en sus disposiciones. Como soy delante de dos mios , así soy en presencia de los extraños ; como en presencia de los pastores de la más humilde condicion , así en presencia de los Reyes del órden más elevado ; no me avergüenzo ni de la humildad de mi nacimiento , ni de la oscuridad de mi estado , ni del ejercicio de todas las virtudes.

2. ¡Dichoso aquél que imite esta fortaleza de mi Corazon , que con corazon impertérrito venza los respetos humanos !

De la misma manera que mi Padre celestial me confiesa porque Yo le confieso , así Yo confesaré en la presencia de mi Padre al que me haya confesado delante de los hombres.

Pero , ¡ay de aquél que se haya avergonzado de Mí , de mi doctrina y de mis ejemplos en la presencia de los hombres ! Pues cuando venga á juzgarle en el trono de mi Majestad , me avergonzaré de él delante de mi Padre , de los ángeles y hasta de los mismos hombres.

3. ¿Qué temes , hombre ? La misma razon , ¿no te enseña que se debe honor á la virtud y



desprecio al vicio? ¿Por qué, pues, temes practicar la virtud, como si esto fuera un crimen?

Fuera de Dios, no tienes más testigos de tus acciones que los ángeles y los hombres. ¿De quién de estos hay ciertamente que tener respetos?

Los ángeles buenos, si rápidamente adelantas en mi servicio, celebrarán alegres con incansables alabanzas tu grandeza de alma, y rogarán por la perseverancia de tu fortaleza. Los hombres, así Santos en el cielo como sabios y justos en la tierra, se alegrarán contigo y de la misma manera que tú.

Los ángeles malos, los hombres insensatos y criminales, interiormente al ménos ó por fuerza te admirarán, aún cuando exteriormente y delante de tí hablen de otra manera, para ocultar la cobardía de su alma y su propia ignorancia. ¿Atenderás por ventura á sus equivocados juicios y sus infundados insultos? ¿Querrás acaso ser de su número y participante de su desdichada suerte?

Aunque unidos todos los hombres se ocuparan en hablar de tí, ¿serías acaso otro del que eres? Tanto eres, hijo mío, cuanto eres á mis ojos, y no pueden hacerte ni mayor ni menor las lenguas de todas las criaturas.

4. ¿Quién puede agradar á todos? Nadie, jamás, ni aún Yo mismo lo conseguí. No quieras tú intentar un imposible.

Esmérate cuanto puedas en agradarme, y en este santo esmero no te cuides de lo que el mundo juzgue de tí.

Si todavía te gobiernas por los respetos de los hombres, manifiestas ostensiblemente que

nada has aprendido ni de la humildad ni de la caridad de mi Corazon.

El que es humilde de corazon y obra segun el amor divino; ni desea agradar á los hombres, ni teme desagradarlos, pues que sabe que de otra manera no puede satisfacerme.

No le arredran los juicios ni los sarcasmos del mundo; marcha con frente serena; y buscando sólo mi honra, manifiesta lo que siente con santa libertad.

Nada hace con el fin de que se vea, nada omite á fin de no ser visto; cuídase poco de si el mundo le alaba ó le vitupera; de si le califica de grande ó de pequeño.

Para él, el mundo es como si no existiese: búscame sólo á Mí, á quien sabe son debidas todas las cosas, á quien anhela referir todas las cosas, de quien solamente desea y puede ser apreciado y remunerado.

No es de admirar que el que lleva por guía la soberbia y el amor propio, se haga esclavo de los respetos humanos.

Ninguno ciertamente más esclavizado que aquél en quien dominan los humanos respetos, teniendo tantos tiranos cuantos son los hombres que existen.

Ese entre tanto nada hará digno de Mí, ni digno de su perfeccion.

5. Donde quiera que te halles, hijo mio, sea colocado en medio del mundo, sea separado del mundo, guárdate de los respetos humanos. En todas partes domina este vicio, y no solamente entre los seglares, sino tambien entre los religiosos. Penetra desde el siglo hasta el santuario, y lleva la abominacion al *Sancta Sanctorum*.

Muchos, engañándose á sí mismos bajo pretexto de caridad y de prudencia, sucumben al humano respeto; y si rectamente se examinaran, hallarían, nó las virtudes de la caridad y de la prudencia, sino el disfraz de la soberbia cobarde y del amor propio.

*Voz del Discípulo.*—Pero, Señor, ¿conviene acaso siempre proclamar abiertamente la virtud, ó públicamente profesarla? Si es conveniente, ¿cómo, pregunto, podré hacer esto? Si de otra manera, ¿qué regla he de seguir?

*Voz de Jesus.*—Podrá suceder, hijo mio, que no sea conveniente exponer temerariamente tu piedad; pero nunca ni por nada es permitido hacer traicion á la piedad.

Es regla cierta y segura buscar en la práctica de la virtud el honor divino, y nunca el propio, y no omitir la profesion manifiesta de la virtud únicamente por evitar tu confusion; pero sí omitir su pública profesion, cuando por ella mi gloria y mi honor hubiesen de padecer.

6. En el mundo, hijo mio, en cualquier lugar que te encontrases, si ostensiblemente cultivas la piedad segun esta regla te lo enseña, será, no sólo de mucha honra para Mí, sino tambien de mucha utilidad para tí. Así te conocerán los buenos y los malos, los fervorosos y los tibios; los primeros se asociarán á tí y te auxiliarán; los segundos te dejarán en paz y no te tenderán asechanzas.

Si por acaso algunos censurasen tu libre, magnánimo y piadoso modo de obrar, ni te turbes ni desfallezcas; acuérdate sólo de que si públicamente te inclinas á agradar á los



hombres, ni sirves á Dios, ni eres discípulo de mi Corazon.

¿Y qué aprovecharía no ser reprendido por mortal alguno, ó agradar á cualquiera? ¿Te defenderían los mortales juzgándote Yo? ¿O te libertarian condenándote Yo?

¿Qué sentirán despues de la muerte en mi presencia aquellas almas ignorantes, que por respetos humanos prefieren los juicios del mundo á mis juicios durante la vida, haciendo traicion á mi causa?

¡Ah, y á cuántos hizo réprobos el humano respeto, que si le hubieran despreciado serían hoy del número de los Santos!

7. Cree, hijo mio, que aprovecha mucho más atender á mis juicios que á los juicios de los hombres. Si me agradas, esto te basta; si sólo complaces á los hombres, sólo es vanidad, no es más que ilusion.

Eleva, pues, tu alma, hijo mio; desprecia los dichos erróneos de los hombres, que vuelan por el aire y sólo alcanzan á aquéllos que los arrebatan para sí.

Si una vez aprendes bien á hacerte superior á los respetos humanos, apénas te mortificarán en adelante: constante y firme siempre, te compadecerás tú mismo de la locura del mundo y de la bajeza de los hombres, que consienten ser conducidos á la muerte de una manera tan ignominiösa.

Una vez llegado al punto de no inquietarte respeto alguno humano, entónces, libre del mayor obstáculo de la salvacion y de la perfeccion, progresarás con toda seguridad en el camino de la virtud.

8. *Voz del Discípulo.*—¡Qué verdadero y

qué santo es lo que enseñas , Maestro bueno, dulce Jesus! Auxíliame para que yo lo perfeccione con las obras.

Con razon , Señor, me ruborizo de la ignorancia mia y de mi pasada pusilanimidad. Con harta frecuencia me avergoncé ó temí hacer aquello que mi mismo corazon me manifestaba ser bueno y ser honroso , y, por el contrario, no me avergoncé , cediendo á los respetos humanos , de hacer aquello que conocía ser malo ó ser indigno.

Repetidas veces, por miedo á los juicios de los hombres, hice traicion á lo que te es debido y á tu servicio santo , haciéndome así digno de más confusion y de mayor castigo.

Ten piedad de mí, Dios mio; perdona aquellos delitos con que me aparté de tu voluntad por los respetos humanos , prefiriendo seguir las opiniones del mundo, áun repugnándolo mi conciencia.

Ahora, convertido y enseñado misericordiosamente por Tí mismo, me decido á seguirte, como única guía que eres para la eterna bienaventuranza.

Sigan los mundanos llamando bien al mal, y mal al bien ; sigan apreciando el honor que les tributa la opinion fútil y variable de hombres aduladores ; sigan alimentándose de la vanidad: Yo he conocido por Tí y sé ciertamente que es inmutablemente bueno vivir unido contigo , honorífico seguirte y felicísimo gozarte ; oh suavísimo Jesus! fuente de la vida y de todos los bienes.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. xxviii.*)

## CAPITULO XI.

Nos es necesario aprender en el Sacratísimo Corazon de Jesus, presentado en el templo, la recta intencion de todas las cosas.

1. *Voz de Jesus*.—Habiéndose cumplido, hijo mio, los dias para ser presentado al Señor, me presenté y ofrecí á Dios Padre con todo cuanto es mio, y con el solo intento de agradarle.

Aun cuando en la encarnacion me había consagrado á mi Padre celestial perpétuamente Yo mismo con toda mi vida, nunca por esto omití consagrarle tambien cada uno de los actos de esta misma vida, buscando en ello su beneplácito.

Siendo, pues, la buena intencion cosa de tanta importancia en la vida interior, que sin ella ninguno puede llegar á ser discípulo verdadero de mi Corazon, mi Corazon no ha cesado de manifestarla, enseñarla é inculcarla con el ejemplo.

Mira, si nó, mi vida desde el principio hasta el fin: ¿acaso mi Corazon se agradó jamás á sí mismo? ¿Buscó por ventura la humana gloria?

En toda mi existencia, hijo mio, no hallarás obra alguna practicada por el solo instinto de la naturaleza humana; ninguna, por sola la costumbre; ninguna, únicamente por la necesidad; ninguna, finalmente, ya fuera grande ó pequeña, que no tuviera por objeto cumplir la voluntad divina y agradar á la Majestad de Dios.



2. ¡Cuán feliz es aquél que se reviste de estos sentimientos de mi Corazon! Siempre útil para sí, es siempre agradable á Mí, su Dios y su Salvador.

¿Qué es lo que mejor acepto? ¿Qué es lo que Yo remunero? El afecto, hijo mio, más que las obras; la intencion del corazon más que la ejecucion de las mismas obras.

La gracia, hijo mio, mueve la voluntad para hacer directa ó indirectamente lo que Yo mando ó deseo. Y esto ha de ser ejecutado de tal modo, que sea sobrenaturalmente bueno y meritorio: por eso comunico para ello la gracia actual, sin la cual las obras no pueden ser buenas ni meritorias sobrenaturalmente. Así, pues, cuando te veas impelido á obrar segun mi voluntad y mi beneplácito, sabe que te mueve la gracia, principio sobrenatural.

Pero el fin ó la intencion de tu voluntad constituye la especie del acto: tal cual fuere la intencion, así será el acto que la siga.

Si tienes recta intencion, buscarás ante todo y sobre todo agradarme en todas las cosas: me buscarás á Mí, fin tuyo y tu sumo bien.

Sucede alguna vez que la intencion primaria de la obra es recta, y la intencion segunda de la misma accion aparezca ó sea viciosa. Cuando esto acontece, no del todo se destruye la bondad de la accion, sino que en parte se disminuye; y el que obra así será culpable de tanto cuanto en la intencion viciada haya de voluntad mala y desordenada.

Yo soy, hijo mio, el Alpha y la Omega, el principio y el fin; y por esta razon cuanto de Mí se deriva, á Mí se ha de referir.

De este modo, si culpable serías no refiriéndolo á Mí, ¿cuánto más culpable serás atribuyéndolo á ti mismo ó al mundo, mi enemigo?

3. Precioso tesoro, hijo mio, admirable virtud es la intencion recta, con la cual las obras, áun quando en sí sean, ó naturales, ó indiferentes, ejecutadas con la gracia, se hacen meritorias y sobrenaturales. Maravilloso, secreto con el cual el plomo se vuelve bronce y los demas metales se convierten en oro.

Pero cuida de no caer en una ilusion demasiado comun, engañado con la cual te atrevas á creer que una obra ó un acto, emprendido ó ejecutado, nó por la gracia, nó segun mi voluntad, sino sólo por el movimiento natural, segun tu inclinacion ó aversion, y por sola tu propia voluntad, haya de hacerse meritorio con sola la buena intencion.

Continúa con recto fin todo lo que hayas emprendido por el divino agrado.

¿Qué aprovecha al que ejecuta sin la intencion recta cualquier obra, por más que ésta aparezca exteriormente excelente y laudable? Todo lo que se hace con intencion pura, aunque en sí sea pequeño y humilde, se hace noble y provechoso.

¡Ojalá los hombres aprendiesen el arte de obrar con recta intencion! ¡Con qué facilidad alcanzarían en los cielos espléndida corona!

Hay algunos que trabajan mucho y consiguen poco; que se mezclan en todas las cosas; que acometen muchas y diferentes empresas, y apenas encuentran nada entre sus manos. Porque, á la manera de séres irracio-

nales, obran sin fin alguno, ó por un fin indigno y desordenado.

¡ Cuántos hay que cambian el fruto de sus fatigas por el hinchado viento del aplauso y de la admiracion, con el cual ambicionan alimentar hasta el fin su corazon enfermizo y hambriento!

¡ Ah! Tan importante hacen para sí el humo de la vanagloria, que le compran con el precio de las obras mismas con que podrían comprar el reino de los cielos.

¿ No es, por ventura, infinito el número de estos necios? Mira, hijo mio, no seas por tu desgracia uno de ellos.

Otros hay que parece que hacen poco y se santifican mucho; que juzgan bien, juzgando que hace sobradamente mucho aquél que hace la divina voluntad.

4. Si te consagras á Mí, hijo mio, en ejercicios de piedad, áun sobre los mismos ejercicios ha de sobresalir la intencion de agradarme y de hacer lo que sea mi voluntad. De esta manera, ya experimentarás consuelos, ya desconsuelos, permanecerás tranquilo, recogerás fruto seguro y me honrarás.

Si te consagras á obras de utilidad y de caridad para tus prójimos, sea Yo el fin de tus obras; y así sucederá que jamás carezcas de recompensa, y que por nada pierdas la paz de tu espíritu, ya aproveches ó ya no aproveches á tu semejante.

Si nada emprendes que no sea solamente agradarme, te hallarás igualmente contento y dichoso en todos los acontecimientos, sabiendo que Yo no busco ni he de coronar en tí otra cosa que la voluntad buena y eficaz; y



que el éxito depende de Mí, que ordeno todas las cosas segun mi infinita sabiduría.

Por la intencion recta permanecerás tranquilo é imperturbable en las dificultades, en las tribulaciones, áun en las mismas tentaciones. Y cuando la pureza de intencion te eleve hasta Mí sobre todo lo sensible, nada habrá que te angustie ni te haga padecer con violencia.

Finalmente, hijo mio: ya trabajes ó ya descanses; ya padezcas ó ya goces; ya veles ó duermas; ya comas ó bebas; sea, por último, lo que quiera que hagas, hazlo todo siguiendo mi beneplácito y buscando los medios de agradarme; y así, sin interrupcion, te granjearás grandes y siempre creciente cúmulo de méritos.

5. Es muy conveniente formar por la mañana una intencion general, con la que dirijas á este supremo y último fin de hacer y padecer por mi amor, y para hacer mi voluntad, cuanto hayas de hacer y padecer en este dia, y para que de este modo me agrade con toda pureza. Esta buena, esta santa intencion dará vida á todas las obras subsiguientes, y el efecto resplandecerá en todas ellas.

Es asimismo de mucho provecho volver á formar intencion durante el dia, ántes de cada una de tus obras, y renovarla tambien por las mismas obras, si esto puede hacerse cómodamente.

Y para que todo lo ejecutes con recto fin, ayudará mucho tener previstas las ocasiones de merecer, las de apartarte de los peligros, las de practicar las virtudes y las de huir de los lazos de la soberbia y del amor propio.

Una y la misma accion puede dirigirse á diferentes fines próximos, que ya de un modo directo, ya indirecto, tienden á la salvacion de tu alma y la de tu prójimo, y á lo que á Mí me es debido. Con esto podrás granjearte extraordinarios tesoros de mérito, de los cuales se privan aquéllos que obran sin ninguno de estos fines.

Toda obra, además, se perfecciona con la práctica de muchas virtudes; y advierte de cuánta importancia es esta intencion santa, cuando practiques tantas virtudes cuantas te propones, y corresponda á cada uno de los actos de las virtudes un nuevo grado de gracia presente y de gloria futura.

Pero guárdate, sin embargo, hijo mio, de ejecutar esto con ansiedad, con detrimento de tu libertad interior ó con perjuicio de la paz: dañaría entónces, en vez de aprovecharte.

Acuérdate, finalmente, de que, animado por el espíritu de la misma intencion que á Mí me animó, debes unir á las mias todas tus obras, todos tus padecimientos á los mios, si, como discípulo de mi Corazon, quieres corresponder dignamente á tan santa vocacion.

6. Tan sagaz es, hijo mio, el vano amor propio, que se viste de todas las formas y fácilmente se mezcla en todas las cosas.

De lo cual, si con precaucion no procedes, podrá resultar que te arrastre y anime aquel espíritu propio, en vez de ser guiado por el Espíritu mio. Ni basta el conocimiento y la prudencia humana, que por sí sola no puede comprender lo que es sobrenatural: para esto

es indispensable el auxilio de una luz superior y divina.

Por eso has de orar constantemente para que seas iluminado de lo alto: has de pedir fervorosamente el auxilio de la gracia, ayudado con la cual rectamente y con pura intencion me busques á Mí sobre todas las cosas.

7. *Voz del Discípulo.*—Yo te ruego y te suplico, Señor y mi Jesus, Autor de todo lo bueno, que concedas luz á mi entendimiento, amor á mi corazon, todo valor á mi alma para hacer siempre y con rectitud lo que sea de tu agrado.

Concédeme sinceridad verdadera, santa intencion, para que en todas las cosas haga lo que sea de tu beneplácito, sin separarme un punto, ni á la izquierda ni á la derecha.

No permitas sea yo en adelante tan necio que pierda el mérito de mis obras por granjearme vanas alabanzas, ni tan impío que robe para mí la gloria que á Tí solo es debida.

Infunde en mi corazon la pureza de tu Corazon, para que, buscándote sobre todas las cosas, sobre todas las cosas te halle. sobre todas las cosas descansen en Tí, Dios mio, mi principio y mi fin, centro y descanso de mi alma.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. IX.*)



## CAPÍTULO XII.

El sacratísimo Corazon de Jesus, huyendo á Egipto, nos enseña la libertad del corazon.

1. *Voz de Jesus.*—Hé aquí, hijo mio, que Heródes me buscaba, siendo niño, para darme la muerte. Pero José, avisado por un ángel, me tomó de noche con mi Madre, y salió para Egipto.

El rigor de la intemperie; mi tierna edad; las condiciones de mis padres; el abandono del suelo que me había visto nacer; el vivir en tierra extraña; el habitar entre hombres infieles, á cuyas costumbres tan contrarias y opuestas eran las mías; la indigencia y la oscuridad de la vida; el trabajo y la miseria; todo, finalmente, cuanto me rodeaba era únicamente á propósito para oprimir el corazon.

Y, sin embargo, en medio de todo, mi Corazon de tal manera permanecía libre, que ni el tiempo, ni el lugar, ni los hombres, ni cosa alguna criada pudieron reducirle á cautiverio.

2. Debes á todo trance, hijo mio, procurar imitar esta libertad de mi corazon.

Mi Corazon, sobreponiéndose al poder de todas las cosas, estaba únicamente obligado al agrado de Dios Padre. Así, es conveniente que tu corazon sólo se obligue á la voluntad divina, con exclusion de todas las cosas criadas.

La mayor libertad á que el corazon humano puede aspirar, consiste en no depender de

nadie, sino exclusivamente de Mí, que soy su Dios.

Esta es la verdadera, esta es la perfecta libertad, con la cual el hombre se exalta con nobleza y se eleva sobre sus mismos superiores, por medio de los cuales, y como por otros tantos órganos divinos, se le manifiesta mi voluntad.

El que goza de esta libertad es superior á todo poder criado, á la inconstancia y á la impertinencia de los hombres, á todas las vicisitudes de los tiempos, lugares y cosas, de manera que si él mismo no se entrega, objeto ninguno puede esclavizarle.

De este privilegio nadie disfruta sino aquél que, desprendido de todas las cosas, me consagra para siempre su corazon.

Tanto tiempo estará tu corazon sin libertad y oprimido, cuanto desordenadamente deseas ó temas alguna cosa.

Tanto tiempo estará esclavo tu corazon, cuanto siguiendo las inclinaciones de la naturaleza, se inclina, ya á una parte. ya á otra, ó se busca á sí mismo como su fin en alguna cosa, aún cuando sea buena.

Los hay que, libres del pecado y del mundo, procuran tambien librarse de sí mismos, para vivir libremente para Mí: y con todo, dedicados á mi servicio, suspiran como abrumados por un pesado yugo, y es esto porque se dejen envolver en la ilusion de considerarme como un superior áspero, como un dueño rigurosamente severo y siempre dispuesto á descubrir defectos que castigar.

Gravísima injuria me infieren éstos ciertamente; apartan al prójimo de mi servicio,

y, finalmente, se labran á sí mismos su propia desdicha.

3. ¿No soy Yo, por ventura, un Padre? ¿Y dónde hay un corazon paternal como el mio? ¿Qué padre hay semejante á Mí? Padre infinitamente sabio, que conozco todo lo que es útil, todo lo que es perjudicial á mis hijos: infinitamente poderoso, con el que, y no queriéndolo Yo, enemigos visibles ni invisibles no pueden dañar á sus hijos: infinitamente bueno, que amo á mis hijos con este Corazon abrasado en amor divino, y deseando convertir en su propio bien tanto los males como los bienes.

Así pues, manifiéstate en el servicio divino como hijo verdadero de tal Padre, y no te conduzcas, con un delito gravísimo, como siervo de un señor insufrible.

Conserva solamente tu buena voluntad, ya para huir cuando alguna cosa me es desagradable, ya para abrazar aquello que sea de mi agrado; y en todo dilata tu corazon, nó en verdad con una falsa libertad, durísimo yugo de los hijos del mundo, sino con la verdadera libertad, dulce privilegio de los hijos de mi Corazon.

4. Lo que deseo es que mis hijos disfruten una santa libertad, y con esto ya me encuentro muy honrado.

Emplea, pues, el cuidado moralmente posible en agradarme; ni te angusties para cerciorarte si efectivamente me agradas con aquello; ántes bien, arrojando léjos de tí toda argucia del entendimiento, toda inquietud de la voluntad, arrójate con entera confianza en el seno de mi Corazon. Imposible



es que me ofenda, y ántes bien me complaceré en esta tu libertad de corazon, inspirada por un amor puro y generoso.

En mi servicio, bajo mi direccion y al amparo de esta proteccion divina y paternal, vive libre de todo desórden: no temas desordenadamente ni al infierno, ni al mundo, ni á ti mismo. Aun cuando por ti nada puedas hacer, todo lo puedes por Mí, en quien crees, en quien esperas y á quien amas.

Si por casualidad alguna vez incurres en un defecto, no te consideres ya como un siervo degradado que teme azorado los azotes, y desea ó huir ó esconderse, con el ánimo enteramente quebrantado: ántes bien condúcete como un hijo que, amando á su padre, procura reparar inmediatamente la falta, y recurre á ese mismo padre con tanta mayor libertad, cuanta mayor es la bondad de que se halla enriquecido.

Acude á Mí, hijo mio, tantas veces cuantas desgraciadamente caigas; pide perdon filialmente, y renueva el propósito de fidelidad: ni permitas nunca que se turbe la paz ni se disminuya la libertad de tu corazon.

5. Ni los medios de la misma perfeccion han de ser bastante á esclavizar tu corazon. Ellos, si llegan á privarte de la libertad del corazon, serán en vez de medios, impedimentos.

Y porque de este modo te manifiesto cuál sea mi voluntad, de todo has de prescindir libremente, atento tan sólo y sobre todas las cosas á depender de mi palabra.

Pero cuida, sin embargo, hijo mio, no sea que bajo pretexto de una santa libertad,

condesciendas demasiado con la inconstancia del corazon, como suele suceder á aquellos que se dejan llevar, nó por mi doctrina, sino por su propio pensamiento.

A los cuales ahora desagrada lo que poco ántes agradaba; que emprenden con abrasado fervor los ejercicios espirituales, abandonándolos inmediatamente por el desaliento y el fastidio; que ahora viven de un modo, y cansados despues intentan otro; que al presente se mortifican con extremado rigor, como siendo muy espirituales, y despues halagan á la naturaleza, hechos verdaderamente sensuales.

Esto ciertamente no es ser hijo de la libertad, sino juguete de la inconstancia y esclavo de los sentidos.

6. Sé tú, hijo mio, más constante en la libertad. Si te ocupas de negocios, no te entregues, no te consagres á ellos de tal manera, de tal modo, que sean ellos los que te dominan, y no tú quien los domine.

Cuantas veces adviertas algun ímpetu de la naturaleza, ya para emprender, ya para terminar alguna cosa, refrena tu inmoderado ardor: de otro modo pronto conocerás que tu corazon se embaraza, y que lo emprendido se ejecuta ménos bien.

No sea tu corazon esclavo en lugar ninguno de la tierra: en todas partes consérvale libre, sabiendo que Yo, que soy tu Dios, me hallo en todas partes, que mi Espíritu en todas partes asiste á mis hijos, y, finalmente, que allí donde está mi Espíritu, allí está la libertad.

Donde quiera, pues, que te encuentres,

sé señor de tí mismo ; en todas las cosas , ya sean interiores , ya exteriores , ya espirituales ó temporales , elevadas ó humildes , ten libre el corazon y unido sobre cuanto le rodea á la divina voluntad.

7. De tal manera , hijo mio , te conviene fomentar y guardar la libertad de tu corazon , que nadie , ni inferior , ni igual , ni áun superior , sea capaz de privarte de ella.

Así , nada debes juzgar , nada debes amar segun la naturaleza de las cosas , segun la opinion de los hombres , ni segun tu propio parecer. Sea tu regla para juzgar en todo la verdad de las mismas cosas , que encontrarás considerando qué ha juzgado de ellas mi Corazon : sea norma de tus deseos mi voluntad. Esta verdad te dará libertad , y serás verdaderamente libre : esta voluntad divina te dirigirá y conservará verdaderamente libre.

Cuanto esta santa libertad del corazon sea más gloriosa para Mí y más útil para tí y para tus prójimos , con tanta mayor solicitud la has de guardar , con tanta más enérgica fortaleza la has de defender de sus enemigos.

Además del demonio y del mundo , frecuentemente se rebelará la naturaleza. La soberbia con muchos pretextos , y el amor propio de muchas maneras , te instarán á que al ménos cedas , ya en una cosa , ya en otra.

Pero triunfarás y eludirás todos los asaltos y las estratagemas todas de tus adversarios , si valeroso marchas contra lo que ellos pretenden , y sigues sencillamente mi voluntad.



El que todo lo quiere segun mi divino agrado, el que con él vive, el que con él busca su felicidad, disfruta de una verdadera y santa libertad, de que quisiera Yo disfrutaran todos los discípulos de mi Corazon, y la cual ni el infierno, ni el mundo, ni criatura alguna puede quitarle.

8. *Voz del Discípulo.*—¡ Santa libertad ! ¡ Que dulce nombre ! Pero más dulce ella y dulcísimo su fruto. ¡ Ojalá, mi buen Jesus, que yo pudiera gozarla !

Pero, ¡ desdichado de mí y de cuánto soy esclavo todavía ! Confieso ruborizado delante de Ti que mi corazon se deja todavía esclavizar y sorprender con demasiada frecuencia por cosas, ó muy fútiles, ó tal vez imaginarias.

Concédeme luz para conocerlas y valor para romper todas las ligaduras, de modo que yo quede completamente libre.

Auxíliame misericordiosamente, Santísimo Jesus, para que, á fin de conservar la santa libertad del corazon, permanezca con ánimo intrépido en medio de las tentaciones del infierno; que sea inmoble é invencible en los bienes y males, en los dichos y en los hechos del mundo, y que, más grande que todo cuanto me pertenece, descanse y persevere en tu santísimo y dulcísimo agrado.

(*Imitacion de Cristo*, lib. III, cap. xxxvii.)

## CAPÍTULO XIII.

El Sacratísimo Corazon de Jesus, subiendo al templo, nos enseña á orar.

1. *Voz de Jesus.*—Atiende, hijo mio, y ve cuán solícito ha sido siempre mi Corazon para enseñar, ya en público, ya privadamente, con el ejemplo, los medios de salud y de perfeccion.

Acostumbraba orar con frecuencia, no solamente apartado de los demás, sino á subir tambien á Jerusalem y orar públicamente en el templo, y esto conforme á la costumbre.

¿Qué ha sido, hijo mio, toda mi vida sino una constante oracion, la cual mi Corazon nunca interrumpía, y en la cual se ocupaba siempre y en todas partes?

¿Dónde sino en el templo, casa de oracion, me encontraron perdido mi Madre María, y José? ¿Dónde mis discípulos y amigos, sino viniendo de la oracion y el Corazon todavía orando? ¿Dónde, finalmente, mis enemigos mismos, no en oracion en las soledades de Gethsemaní?

Repasa uno por uno todos los dias de mi vida, y verás que al despuntar la aurora me sorprendía ya orando y santificando las obras de cada dia.

Concluidas aquéllas, y en descanso toda la naturaleza, la oscuridad de la noche me encontraba en oracion y exhalando mi Corazon en presencia de mi Padre, con solos los ángeles por testigos.

Y aún en medio de las mismas ocupacio-

nes cotidianas, ¿cuántas veces me separaba momentáneamente de las turbas? ¡Cuántas veces levantaba mi Corazon al Padre, en medio de los trabajos y de la muchedumbre!

2. Procura, hijo mio, con particular cuidado y esmero adquirir este espíritu de oracion, esta santa costumbre de orar.

Todos los Santos, todos los imitadores de los Santos, todos los discípulos de mi Corazon, aprendieron esta costumbre santa y santificante. En el tiempo determinado oraban, no sólo vocal, sino mentalmente y con el corazon: y despues, donde quiera se encontraban, cualquiera que fuera su situacion; á Mí recurrían interiormente por la oracion; en la prosperidad, para ofrecer á mi Corazon su agradecimiento y alegría; en la adversidad, para implorar el auxilio y el consuelo, y en las dudas, para solicitar la prudencia y el consejo.

Y esto es, hijo mio, lo que debes hacer tú si aspiras á la santidad y te propones asegurar la salvacion.

3. Ora, pues, con devocion todos los dias con el espíritu y con el corazon. Pero ve no sea que tu meditacion, más que oracion, sea un entretenimiento, ó más bien que una comunicacion divina, un estudio piadoso.

Corra el entendimiento ó deténgase cuanto sea necesario; pero tu corazon ocúpese en hacer actos, ya de fe, de esperanza y de caridad; ya de contricion, de humildad y de propia abnegacion; ahora de fortaleza y de buenos y firmes propósitos; luégo de agradecimiento, de regocijo y de alegría del corazon, en compañía de los ángeles y de los



Santos; cuándo de resignacion y conformidad con la voluntad divina, ó ya de puro amor que descansa en el divino beneplácito; ya en actos de cualesquiera otras virtudes; pida entónces fervorosamente; pida mucho para sí y mucho para los demas; pida por la Iglesia y sus ministros, por la perfeccion de los Santos que viven en la tierra, por la perseverancia de los justos, por la conversion de los pecadores, de los herejes y de todos los infieles.

A medida que adelantes en la vida interior y llegues en ella á un grado más perfecto, te será conveniente abreviar el discurso y prolongar los afectos, para que tu corazon comuniqué conmigo únicamente por peticiones y por actos, ó ya solamente por la sencilla ocupacion de la union divina.

Así has de meditar; así has de orar, hijo mio; y ten siempre presente que, ya tu oracion sea mental, ya sea vocal, siempre ha de presidirla el corazon, para que toda peticion, toda súplica se haga atenta y devotamente.

Aun cuando no puedas orar tan bien como deseas, no por esto creas de ménos importancia ni descuides la oracion. En verdad que Yo mismo ni la desprecio ni la descuido.

Haz de buena voluntad lo que te sea posible; y si lo haces, vive persuadido de que oras bien y meritoriamente, y que adelantarás tambien ya en la virtud, ya en la oracion.

4. No te contentes, hijo mio, con orar por cierto y determinado tiempo; es necesario orar siempre, sin descansar jamás. Hé aquí mi dulce precepto, con el cual puedes acercarte á Mí como á un padre, y comunicar conmigo en todo tiempo como un hijo.

Interior y exteriormente, y en todas partes, se te presentarán obstáculos; donde quiera te asaltarán tentaciones, ora al descubierto, ora ocultas, y siempre peligrosas: mucha gracia, pues, se necesita para no perder la corona prometida á los que perseveran; gracia que sólo se concede esencialmente á los que oran.

Así, pues, todo depende de la oracion: sin la oracion, lo malo no suele tener remedio; en lo bueno hay peligro; pero el que ora, suele encontrar utilidad en los males y en los bienes.

En ninguna parte, hijo mio, sino en la oracion, encontrarás el conocimiento verdadero de Mí y de tí; por esta misma razon, sin la oracion jamás alcanzarás tampoco la verdadera humildad y la verdadera caridad.

Sin oracion, jamás conocerás bien mi Corazon; nunca poseerás su espíritu. Sin oracion, no comprenderás en muchas cosas los sentimientos de este Corazon, y, lo que aún es más peligroso, le medirás por tu propio corazon.

Si recurres á la oracion en los negocios, sucederá frecuentemente que pienses de ellos de un modo muy distinto de lo que ántes habías pensado: porque la luz de la gracia divina que se concede al alma en la oracion, es infinitamente más pura que las luces del entendimiento humano.

Muchas veces encontrarás ser producto de la naturaleza lo que tú ántes creías originado de la gracia: no pocas veces verás que es sólo amor propio lo que tú juzgabas virtudes, y con frecuencia llegarás á comprender que

aquello que practicabas, al parecer para mi mayor gloria, tenía por único móvil tu reconcentrada y oculta soberbia.

5. El hombre interior, en las dificultades, acude primero á Mí y me pide auxilio: así se eleva y muchas veces alcanza señalados favores: por el contrario, aquél que acude á los auxilios humanos, en vez de aliviarlas, agrava frecuentemente las dificultades, hasta que, reconociéndolo, vuelve hacia Mí, pues sin Mí los auxilios de los hombres ayudan poco al corazon enfermo.

Si acudes, hijo mio, á mi Corazon cuantas veces te veas afligido, no te será necesario buscar humanos consuelos, verás que una gota de consuelo mio es mucho más eficaz que todos los torrentes de palabras consoladoras de los hombres.

Y si alguna vez sucede que para mayor honra mia y aprovechamiento tuyo, te niego el gustar mis sensibles consuelos divinos, siempre, sin embargo, hallarás consuelo verdadero en mi Corazon, ya resignándote á lo que sea de mi agrado, ya recibiendo los aumentos de la gracia.

Esta santa conformidad, áun cuando por una parte sea contraria y parezca amarga á los sentidos, se hace por otra parte tan dulce por la gracia y tan superior á los mismos sentidos, que nadie puede comprenderlo sino el que lo ha experimentado.

6. El hombre que practica la oracion se une más íntimamente conmigo: no cae, sino que se levanta: no se entristece, sino que se anima: no vacila, sino que adquiere mayor firmeza.



Si alguna vez te sorprende la tempestad y te ves envuelto tambien en oscurísimas tinieblas, acude á Mí presente á tí, y únete á mi Corazon con toda confianza: seguro estarás en medio del furor y oscuridad de la borrasca, y algunas veces percibirás un rayo de dulcísima luz, que descende de lo alto, con la cual lo que creías tu perdicion, ó te parecerá nada, ó lo aceptarás como conveniente.

Cuando queriendo decir ó hacer alguna cosa te asalte la vacilacion ó la duda de si es ó no es permitida, reconcentrado en ti oye mi espíritu; y si recurriendo interiormente á Mí aprendes á distinguir las inspiraciones divinas, encontrarás la resolucion clara y podrás decidirte con toda seguridad.

El alma acostumbrada á acudir á Mí, en todas partes tiene su protector, su consejero y su consolador, á quien lo mismo cuando se encuentra sola que cuando se halla en comunicacion con el prójimo, conoce y desea invocar, consultar y poseer de todo corazon.

7. Insiste en esto, hijo mio, nada perdones hasta haber alcanzado esta santa costumbre de recurrir á mi Corazon, de venir á Mí como á tu centro, de ocuparte interiormente de Mí y de familiarizarte conmigo por medio de la oracion. Este es el espíritu de oracion, que una vez obtenido, te recreará amigablemente en la soledad, te preservará en público, te consolará en las adversidades, te moderará en las prosperidades y, en todas partes útil, te conducirá á la santidad.

*Voz del discípulo.*—Bien es este, Señor,

en gran manera apetecible , porque es el mayor bien , y parece uno de los secretos más principales de la vida interior. Pero , ¿y de qué manera , pregunto , conseguiré yo esta santa costumbre ?

*Voz de Jesus.*—Pide , en primer lugar , hijo mio , muy frecuentemente el don de la oracion , don el más excelente , don que comprende todo don : por la oracion se alcanzan ya todos los demás , y en ún grado muy sublime este mismo don de la oracion.

Despues , es consejo saludable y á propósito para alcanzar el hábito de oracion disponer las ocupaciones , en cuanto sea posible , de tal manera que no medie mucho intervalo sin que por breve rato , ó siquiera por algunos momentos , comuniques conmigo por medio de cualquiera práctica espiritual.

Deberás utilizar entónces las tentaciones y las dificultades , así interiores como exteriores , como otros tantos avisos para volverte á Mí , para darme testimonio de tu amor , para implorar la gracia y para renovar el propósito de tu fidelidad.

Debes , finalmente , insistir con repetidos esfuerzos hasta que te hayas familiarizado con la oracion de tal modo , que , como el hijo acude á su padre , nó por la fuerza de la razon ni de la reflexion , sino espontáneamente , recurras á Mí en todas las circunstancias.

8. Buen ánimo , hijo mio , y no perdones arbitrio ni diligencia para adquirir esta ciencia de los escogidos , objeto de las aspiraciones todas de los verdaderos discípulos de mi corazon. ¡ Tanto y para tanto vale !

En la oracion, pues, se encuentra el remedio de las necesidades; en ella el resarcimiento de las faltas; en ella se hallan los medios de aprovechamiento; en ella se funda una esperanza segurísima de perseverancia; en ella está todo cuanto puede desearse.

La oracion es el alimento de aquellos que tienen hambre y sed de justicia; la oracion es el deleite de las almas puras; la oracion es, por último, la ocupacion á la vez y el descanso de los Santos.

Miéntas oras, me reverencias, me glorificas y haces en la tierra lo mismo que los ángeles y los bienaventurados hacen en el cielo, y lo mismo que felicísimamente debe ocuparte despues durante una gozosísima eternidad.

9. *Voz del Discípulo.*—Dulcísimo es, Jesus y mi Señor, cuanto de la santa oracion me has enseñado; atrae el alma con tu uncion y la llena del amor á la oracion.

Oraré, Señor, todo cuanto me sea posible; oraré con el entendimiento; oraré con el corazon; oraré con la boca. Asísteme con tu gracia.

Te suplico, que por tu Corazon sacratísimo me concedas espíritu de oracion, para que la oracion, que tantas formas tiene, sea tambien mi vida.

No quiero dones extraordinarios, no quiero el don de profecía ni el don de hacer milagros; concédelos á quien benignamente quieras: jamás lo envidiaré.

Únicamente deseo, tan sólo pido humildemente me concedas el don de la oracion, don que es para mí sobre todos los dones.



Por la oracion alcanzaré todos los bienes, por la oracion llegaré al inagotable manantial de todos los bienes, por la oracion conseguiré la entrada á tu mismo santísimo Corazon.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, cap. III.)*

## CAPITULO XIV.

El sacratísimo corazon de Jesus, viviendo en Nazareth, nos enseña, con su ejemplo, el amor á la soledad.

1. *Voz de Jesus.*—Hijo mio, despues de haber permanecido en Jerusalem dedicado á lo que á mi Padre pertenece, y tanto tiempo cuanto mi mismo Padre dispuso, bajé á Nazareth, y allí oculto adelantaba en gracia á los ojos de Dios y de los hombres.

Contempla, pues, mi vida retirada; estudia en ella los sentimientos de mi Corazon, y procura imitarlos con exquisito cuidado.

Viérasme con sereno semblante y corazon alegre, ya ocupado en los oficios y faenas de la casa, ya fuera de ella, empleándome en distintos trabajos, dispuesto siempre á todo; en todas partes sumiso; hecho siempre y en todas partes espectáculo; lleno de gracia y admirable á Dios Padre, á la Virgen Madre, á José y á los ángeles.

¡Hé aquí en lo que el Hijo de Dios empleaba tanto tiempo! ¡Hé aquí como crecía, como el lirio de los valles, escondido indudablemente para el mundo, pero presente y agradable al cielo!

2. No te admire, hijo mio, que haya Yo pasado tantos años en la soledad y sin manifestarme al mundo sino despues de transcurrido mucho tiempo. Era en gran manera necesario á los hombres este ejemplo mio, este amor interior á la soledad.

Los hombres que no aman la soledad se dejan arrastrar enteramente á las cosas exteriores por la naturaleza corrompida : unos siguen, no lo dudes, al amor propio por caminos y medios imaginarios ó extraños á la salvacion y á la perfeccion, con los cuales se engañan y desvían con muchísimo peligro del espíritu de su vocacion y de su respectivo estado: obedecen otros á una oculta soberbia; emprenden negocios y se comprometen en cargos sin la preparacion debida, sin recto fin y buscando, nó lo que es mio, sino lo que es suyo.

De donde resulta que equivocan el camino. Y no oyendo las divinas inspiraciones por el estrépito y continuos cuidados de las cosas exteriores, caen de error en error, se enredan en más y mayores ilusiones, y hacen infructuosos para su alma los medios todos de salvacion y de perfeccion.

3. A esto, pues, se dirige el ejemplo de mi vida interior: á enseñar á los hombres á precaverse de tantos males, á emprender el camino seguro de la salvacion, y á demostrarles en qué consiste la verdadera perfeccion.

Muchos suelen considerar con mayor esmero lo que resplandece ó mete ruido, lo que de cualquier manera excita la admiracion y atencion de los hombres, como más á propó-

sito y mejor para dar gloria á Dios é ilustracion al prójimo.

Pero ¡cuánto error, cuánto engaño! Todo eso principia en la oculta soberbia, y termina en el amor propio.

Lo cierto, certísimo, es, como lo manifiesta el ejemplo mismo de mi Corazon, que la perfeccion consiste en hacer la voluntad divina con humildad y con caridad.

Y sin el amor á la soledad, ni siempre se puede entender bien la voluntad divina, ni se guarda la humildad, ni el hombre suele conservar la caridad verdadera y no fingida.

Ora, hijo mio, para que alcances y aumentes el amor á la soledad. Bien tan apreciable es, que apenas encuentras otro más útil, ya para obrar con espíritu recto, ya para orar con este mismo espíritu.

Registra las vidas de todos los Santos, y ninguno hallarás que no haya amado la soledad.

4. Pero la soledad que los fieles deben amar es relativa al estado y condiciones de su vida. De donde puede suceder que lo que en uno merezca alabanza, en otro aparezca como culpable.

La regla más segura, el modo verdadero de amar la soledad toda alma fiel, sea cualquiera el estado y condicion de su vida, consiste en amar de tal modo la soledad, que despues de cumplidas como es debido todas sus obligaciones y sus cargos, se aparte del bullicio, venga á mi compañía, se recoja en mi presencia hasta que de allí le separe la divina voluntad.

Si te apartas de compañías innecesarias,



de ociosas conversaciones, de vanas habli-llas del mundo, de negocios, en fin, que á tí no te pertenecen, tendrás con frecuencia tiempo para comunicar á solas conmigo.

Mas cuando, separándote del trato de los hombres, busques la soledad, no quieras abandonar solamente los hombres y llevar contigo tus negocios.

Muchos hay que en la soledad están no ménos distraídos y disipados que en el des-empño de sus negocios y en la compañía de los hombres; porque condescienden demasia-do con el vaguear de la imaginacion, con la curiosidad del entendimiento y con las im-pertinencias de la voluntad.

Es primeramente necesario ordenar todo el tiempo libre de tal manera, que á cada es-pacio de tiempo se le señale determinada ocu-pacion para no divagar molestad por el fas-tidio, ó para no malgastar el tiempo discu-riendo en qué le ha de emplear.

Aprovecha sobremanera guardar en todo el mayor órden; el órden rechaza la ociosidad y el tedio, preserva contra muchas tentacio-nes y dificultades, da fuerza para hacer mu-cho bien y con facilidad, y, por último, pro-porciona el vivir para Mí.

5. Solo el hombre conmigo, en la presen-cia de los ángeles, ó remedia lo pasado, ó se afirma en el bien; y volviendo hácia sí y há-cia sus obras, se halla provechosamente ins-truido. Lo que le hace verdaderamente expe-rimentado es, no tanto la duracion del tiem-po y la multiplicidad de las cosas, cuanto la pureza de la meditacion y de la oracion.

Retirado de la confusion del mundo, re-

cupera la paz perdida ó fortalece la que todavía conserva; goza la posesion de una gracia multiforme, y ordena rectamente cuanto despues ha de ejecutar con mérito y con fruto.

¿De dónde nace, hijo mio, sino de la union conmigo, el que los hombres interiores, en circunstancias espinosísimas, permanezcan tan dueños de sí mismos, que sean la admiracion de muchos, y tan perseverantes, que sigan realizando con intrepidez extraordinaria lo que una vez resolvieron?

¡Cuántos defectos evitarás, cuántas virtudes practicarás si amas la soledad!

Todos los discípulos verdaderos de mi Corazon creyeron siempre como muy seguro que se encontraban tanto más cercanos á mi Corazon, cuanto su corazon se hallaba más apartado de las criaturas.

6. Si eres verdaderamente humilde, hijo mio, amarás la soledad: la humildad ama, cuanto posible la es, esconderse, y huye de manifestarse.

Si verdaderamente estás abrasado en el amor divino, ambicionarás la soledad: la llama del divino amor, expuesta á los vientos contrarios del mundo, se apaga fácilmente si con frecuencia no se la renueva en la soledad.

O, lo que es peor, la caridad siempre y demasiado difundida se hace insensiblemente una sensualidad disimulada.

La soledad, acomodada á las circunstancias especiales de cada uno y bien empleada, se hace progresivamente más dulce, y proporciona bienes infinitos.

Ella es guardadora de la inocencia, el san-

tuario de la paz, la morada de la vida interior, la escuela de la santidad, el depósito de los celestiales secretos y el medio excelente de divina comunicacion.

Si de todo esto quieres disfrutar, ama la soledad: á ella te invitaré, á ella te llevaré frecuentemente para hablar á lo más íntimo de tu corazon.

7. Si los hombres alguna vez critican tu amor al retiro, no huyas aterrado del cultivo de la soledad. Deja hablar á los que hablen, y tú sigue practicando lo que es bueno.

Si quieres arreglar tu vida segun las opiniones de los hombres, tendrás que revestirte de tantas formas diferentes cuantos hombres te salgan al encuentro; siendo las opiniones tan distintas cuantos son diversos los sujetos.

Permanece en mi compañía, ínterin no comprendas ser la voluntad divina que buscas la de los hombres.

De este modo muchos Santos, á no separarlos de la soledad la divina voluntad, hubieran permanecido en ella desconocidos de los mortales hasta el último suspiro.

Sin embargo, hijo mío, cuantas veces mi voluntad de cualquier modo manifestada te ordene otra cosa distinta, sal de la soledad con la misma prontitud y libertad de espíritu con que entraste en ella.

Sea cualquiera la obra buena en que te hables ocupado, una vez que Yo lo mande, déjala inmediatamente, ó más bien dicho, comútala por otra mejor, acomodándote alegremente á lo que haya de sobrevenir, sin señal alguna de desagrado.



No quieras subordinarte al método que anteriormente hayas escogido, con preferencia á mi voluntad, haciendo así odiosa ó poco apreciable tu piedad, por una falsa exactitud y un rigor desordenado.

Si aprendes en mi corazon el espíritu verdaderamente interior, evitando los dos extremos, marcharás en el medio con toda seguridad.

Así no te asemejarás á esos seres disipados que, juzgando ser perdido el tiempo que se emplea en la soledad, ó creyendo no percibir sus dulzuras interiores, se fingen continuamente pretextos de distraerse más y más hácia las cosas exteriores, mezclándose en negocios ajenos, omitiendo muchas veces lo que deben hacer, y haciendo no pocas lo que deben omitir.

Ni imites tampoco la conducta de aquellos otros que abandonan absolutamente todo lo anterior por la adquisicion de la piedad, y cerrando la puerta, de tal modo se sepultan en la soledad, que ni las inspiraciones de mi Espíritu, ni la caridad, ni la obediencia son bastantes á separarlos de ella; y si alguna vez la necesidad, ó los obliga, ó los perturba, se indignan, se vuelven impertinentes y taciturnos.

Tú, hijo mio, obedece la divina voluntad: ama y desea vivir conmigo en la soledad, segun fuere de mi divino agrado: y cuando Yo ordene que vivas con las criaturas, desea vivir y vive con ellas por mi amor.

8. *Voz del Discípulo.*—¡Oh santa soledad! ¡En cuántos y cuántos bienes abunda!

¿Lo has comprendido bien, alma mia?

Vuela, pues, á ella con frecuencia; ve allí cuanto te sea permitido: recurre á la soledad alguna vez, separándote del bullicio; pero acude más principalmente con el corazon que con el cuerpo.

Respira allí; fortalécete allí; adelanta allí en la gracia, y allí, entre los ángeles, ocúpate solo de tu Amado.

¡Oh Jesus dulcísimo, Amado de mi corazon! Concédeme y aumenta en mí el amor á la soledad santa, en la cual te halle, te goce y sea bienaventurado en tu compañía.

La comunicacion contigo, el trato íntimo contigo, ni son amargos ni producen el hastío que siempre causa la comunicacion y el trato con las criaturas; ántes bien son alegría espiritual, gozo purísimo, dulzura divina.

(*Imitacion de Cristo, lib. 1, cap. xx.*)

## CAPÍTULO XV.

El sacratísimo Corazon de Jesus, bautizado, nos enseña con su ejemplo á vivir siempre en la presencia divina.

1. *Voz de Jesus.*—Al cumplir, hijo mio, los treinta años, enviado Yo por la voluntad de Dios, mi padre, salí de Nazareth y fuí al Jordan para ser bautizado.

Una vez recibido el bautismo, salí inmediatamente del agua y me retiré á la oracion. Pero hé aquí, hijo mio, que estando en ella y cercándome una multitud de hombres, se abren los cielos, desciende sobre Mí el Espíritu Santo en figura de paloma, y se oye la voz del Padre, que dice: «Este es mi Hijo

muy amado, en quien Yo tengo mis complacencias.»

¡Cuánta solemnidad, hijo mio, y qué gloriosa! Pero no manifestada por Mí: no se dejó oír esta voz por Mí, sino por los hombres, para que me reconocieran como su Salvador, y, creyendo en Mí, y esperando en Mí, y amándome, hallaran tambien en Mí la vida eterna.

No me eran necesarios estos prodigios exteriores. Lo que visiblemente aconteció en el Jordan, lo gozaba invisiblemente en todo tiempo. El Padre y el Espíritu Santo siempre y en todas partes estaban conmigo.

Mi Corazon estaba en su interior completamente satisfecho; gozaba plenamente con ellos, y se recreaba con ellos infinitamente.

Este mi Corazon unido á la Divinidad. siempre presente á ella por el afecto y por los actos, vivía constantemente como absorbido en ella.

2. Apresúrate, hijo mio, á imitar el ejemplo de mi Corazon cuanto te sea posible. De esto tengo que enseñarte mucho, todo lleno de suavidad y abundante de consuelos.

Esfuézate, hijo mio, por gozar siempre de la divina presencia, para que vivas siempre presente á Mí, tu Dios y tu Salvador.

Si verdaderamente me amas, encontrarás todas tus delicias en caminar delante de Mí y en disfrutar de la presencia mia.

Por ventura ¿se ha oído ni ha sucedido jamás alguna vez que no se haya alegrado el amante con la presencia del amado?

Pues hé aquí que presente á tí siempre y en todas partes, y en cuanto que soy



Persona divina, nunca te pierdo de vista.

No hay, en verdad, criatura alguna invisible á mis ojos. Ellos contemplan en todas partes á los buenos y á los malos, y penetran en el corazon de cada uno.

¿Quién podrá ocultarse á mis miradas? Busque la criatura encerrarse en lastinieblas; escóndase en el interior de los desiertos; sumérjase en las entrañas de la tierra ó de los mares; sepúltese en lo profundo del infierno, y en todas partes sus ojos se encontrarán con mis ojos.

De tal modo, hijo mio, estoy presente á todos y cada uno de los hombres, que puedo tocarlos con la mano, ya para detenerlos y castigarlos, ya para favorecerlos y recompensarlos.

3. Estoy tambien presente á ti en el sagrado tabernáculo, no solamente con toda la suavidad de mi Divinidad, sino con la de mi sagrada Humanidad.

A donde quiera que vayas, sea á la derecha ó á la izquierda; á donde quiera que camines, sea á tu patria ó á tierras extranjeras, allí, en todo lugar donde resida el Santísimo Sacramento, me tienes presente en Divinidad, en alma y cuerpo.

Allí me encontrarás presente á tí con el mismo rostro, con los mismos ojos, con los mismos labios, con los mismos oídos y con los mismos afectos con que en otro tiempo estuve presente á mis discípulos, y con que ahora estoy presente á los ángeles y á los Santos en el cielo.

Aquí tienes, hijo mio, todo el misterio del amor. En el tabernáculo y por el amor estoy

en cierta manera colocado en tu presencia, sea cualquiera el lugar de la tierra en que tú vivas. De tí se ocupa todo mi Corazon : á todas partes te sigo con el amor.

4. ¿Cómo, pues, puedes olvidarte de Mí? ¿Cómo puedes no ocuparte tú de mi amor? ¿Cómo separar de Mí tu corazon y tu alma?

Entónces, hijo mio, estás verdaderamente en mi presencia, cuando con las obras ó los afectos recuerdas que estoy presente á tí, y tu corazon se ocupa de esta mi presencia.

Pero hay ciertos grados de subida en esta divina presencia, que las almas interiores preparan en su corazon, y por los cuales se acercan á Mí más inmediatamente.

Es el primero, cuando el hombre, en virtud de la intencion de presente, ó al ménos de una intencion anteriormente formada, vive de tal manera recogido, que todo lo practica de un modo digno de mi presencia, y volviéndose hacia Mí por actos repetidos y frecuentes.

Es el segundo, cuando el hombre, limpio su corazon de todo afecto desordenado y consagrándomele como santuario especial, escucha con devocion lo que le hablo interiormente, y está siempre preparado á responder á mis inspiraciones.

Es, por último, el tercero cuando el alma interior, absorta en cierto modo en Mí, vive de tal manera para Mí, que sólo en Mí se acuerda de sí, que sólo se ama en Mí, perpétuamente descansando en Mí con cierta union suave y divina, y gozando de mi presencia de una manera más perfecta que aquella con que las aves gozan del aire en que vue-

lan, ó el sano de la salud que disfruta.

Esto, que excede á todo pensamiento humano, es la consumacion de la union divina, á la que, y con el auxilio de la gracia, llegan por fin las almas puras que á ella se prepararon con sacrificios generosos exteriores ó interiores, abandonando de todo corazon todas las criaturas y á sí mismas, y uniéndose á Mí absolutamente.

5. La memoria de mi presencia es, hijo mio, un medio eficacísimo de evitar los pecados. ¿Quién habrá que, recordando que está ante la presencia de Dios, se atreva á ofender á Aquél que en el mismo instante puede sepultar el cuerpo y el alma en los infiernos?

Si con tus mismos ojos me vieras presente á tí en figura sensible, ¿querrias, hijo mio, podrías por ventura cometer un solo pecado? ¿No te conducirás bien? Pues con los ojos de la fe me ves presente con mucha mayor claridad y mayor certeza que si me vieras con los ojos corporales.

Recuérdame y ámame como siempre presente á tí, y nunca pecarás. ¿Qué es lo que hace impecables á los moradores de los cielos? ¿No es por ventura la vision y el amor de la Divinidad y de todo cuanto de ella emana?

Cuando tu alma ve á Dios por la fe; cuando le ama tu corazon, no ofendes á tan augusta Majestad. Aun cuando seas por naturaleza frágil é inclinado á caer, sin embargo, esta vision divina no permite que te engañes, ni este amor consiente que caigas. Y ciertamente que todo el que permanece en él no peca.



Sí : impecable serás , hijo mio , todo el tiempo que permanezcas delante de Mí por la fe y por el amor , y nó por tu naturaleza , sino por la presencia mia.

Y si pecas , será ciertamente porque cuando te resolviste á pecar no viste á Dios por la fe , ni le conociste por el amor. El que peca , ni le ve ni le conoce.

6. ¿Qué hay , por último , más agradable que mi presencia? ¿Qué más dulce? ¿Qué de mayor utilidad? ¿No es acaso un perpetuo paraíso? Aquél á quien los ángeles y los Santos contemplan en el cielo cara á cara ; Aquél á quien con toda verdad poseen en la gloria , ese mismo es el que tú contemplas en la tierra por la fe , de quien tú gozas por el amor , creciendo en mérito.

Sin el ejercicio de la presencia divina , la soledad es peligrosa , y el trato con los hombres no pocas veces dañoso ; pero él auxilia y santifica lo uno y lo otro.

Apénas hallarás práctica alguna de piedad que contenga tantos , tan distintos y tan frecuentes actos de virtudes como el ejercicio santísimo de la presencia divina.

Buen ánimo , pues , hijo mio. Adquiere á todo trance la costumbre de vivir en mi presencia , y procura conservarla con exquisito cuidado. Una vez adquirida , será para tí proteccion en los peligros , luz en las tinieblas , consuelo en la soledad , custodia en el mundo , donde quiera ejercicio de las virtudes , y en todas partes comunicacion divina.

7. *Voz del Discípulo.* — Pero , dulcísimo Jesus , mi buen Maestro : ¿de qué modo , pre-

gunto, de qué modo alcanzaré esta santa costumbre?

*Voz de Jesus.*—Ante todo es preciso, hijo mio, orar con mucha frecuencia y pedir con repetidas instancias la gracia con que te excites á recordar la divina presencia con fe viva y confiado amor.

Subordinar al mismo tiempo los sentidos, y mortificar el apetito desordenado de amar y de adquirir las cosas exteriores :

Guardar tambien las potencias del alma; prohibir al entendimiento, no sólo los pensamientos malos, sino tambien los inútiles, y los vanos y ociosos cuidados del corazon :

Procurarás despues acercarte frecuentemente á Mí con breves y fervorosas aspiraciones, que tanto más provechosas te serán cuanto más conformes estén con el estado y con las circunstancias de tu alma:

Debes, por último, hijo mio, buscarme, Amado de tu corazon, invisible en todas las cosas visibles.

¡Pues qué! Las mismas criaturas, ¿no te están advirtiéndome de mi presencia? Tiende tus miradas al rededor, y ve como todas las cosas anuncian á su manera que Yo estoy presente.

¿Por ventura no lo anuncian la calma y la misma tempestad, los frutos y las flores, las aflicciones y los consuelos, las virtudes y los torrentes de la gracia?

Si eres, hijo mio, discípulo interior de mi Corazon, todo cuanto te suceda te servirá para recordarme y amarme como presente.

En todas partes me encontrarás, y pasa-

rás sobre todo hasta llegar á Mí, en quien únicamente hallarás descanso y regocijo.

*Voz del Discípulo.*— ¡Oh Señor, Dios invisible y que todo lo ve, incomprensible y presente en todas partes! ¿A dónde iré que me liberte de tu presencia?

Si subo á los cielos, allí estás; si bajo á los infiernos, allí estás; si vuelo al amanecer, y cruzo al otro lado de los mares, allí me llevará y allí me detendrá tu mano.

Las tinieblas no se oscurecen en tu presencia; delante de Tí la noche es como el día; en todas partes estoy delante de Tí, y visible á tu mirada interior y exteriormente.

9. Y Tú estás siempre presente para mí. ¡Qué pensamiento tan dulce! ¡Qué consuelo tan grande! ¡Qué motivo de tanta confianza! ¡Qué incentivo para el amor!

A cualquier parte que mire, tus criaturas avivan mi fe y me avisan de tu presencia, de tu virtud, de tu amor y de tu amabilidad; y si la sombra solamente del objeto es tan amena, es tan hermosa, es tan buena, ¿qué será el objeto mismo?

Hé aquí que esta criatura es agradable y aquélla fuerte; ésta, hermosa; aquélla, buena; pero incomparablemente más agradable, más fuerte, más hermoso y más dulce, y bajo todos conceptos mucho mejor Tú, Amado mio, por quien suspira mi alma.

¡Oh Jesus, Dios y Salvador mio, paraíso delicioso del corazón! Concédeme que siempre y en todo lugar me acuerde de Tí y siempre te ame, presente siempre y en todas partes.

Haz de mi corazón una habitación pura y



santa para Tí, en la cual te halle, te posea, te goce, para santificacion de mi alma y eterna gloria de tu santísimo Corazon.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. XXI.*)

## CAPÍTULO XVI.

El sacratísimo Corazon de Jesus, tentado en el desierto, nos enseña á conservar siempre la paz del corazon.

1. *Voz de Jesus.*—Hijo mio, al separarme del Jordan, el Espíritu me condujo al desierto. Y aquí tienes un espectáculo que extasió de admiracion á los mismos ángeles.

Considérame separado del mundo, habiendo entre las fieras del desierto, empleando los dias y las noches en el ayuno, en la austeridad, entre las vicisitudes é inclemencias de la tempestad.

Pero mi Corazon estaba siempre ocupado, ya en la comunicacion divina con el Padre celestial, ya en altísima contemplacion, ya en oracion continua.

Y entre tanto que el mundo, ó me condenaba al olvido, ó me afligía con injurias, Satanás me insultaba con astucia maravillosa: él me cogió, y trasladándome á otro lugar, me provocó con diferentes y terribles tentaciones.

¿Y qué otra cosa sino el amor de mi Corazon me impelió á sufrirlo todo para consolarte, hijo mio, y para enseñarte?

Animado é instruido con mi ejemplo, ya no admires si en tu estado te tienta el demo-

nio, y el mundo te molesta; ni tampoco pierdas la paz del corazon, ora por los acontecimientos humanos, ora por las tentaciones del enemigo.

Nada de esto fué bastante á turbar ni agitar mi Corazon; ántes bien en medio de ello, siempre quieto y siempre tranquilo, vivió en paz, sobreponiéndose á los obstáculos con firmísima voluntad.

2. Busca, hijo mio, con esmerado estudio la santa paz del corazon, y persevera en ella con todo cuidado.

¡Bienaventurada el alma buena que conserva la verdadera paz! En ella resido como en mi reino; me deleito en su corazon como en mi trono.

Mi Corazon quiere comunicarse con un corazon tranquilo, porque allí es donde sus inspiraciones se oyen, se guardan y fructifican.

Si deseas evitar muchas faltas, si quieres reportar ventajas hasta de las misma faltas, si quieres practicar bien las virtudes, conserva la paz del corazon.

Si quieres resistir con aprovechamiento las tentaciones del demonio y hacer vanos los insidiosos asaltos del infierno, vive y permanece en paz.

3. El enemigo, sabiendo que puede muy poco contra el alma cuando ésta permanece en paz, procura hacérsela perder por todos los medios posibles.

A este fin lo intenta y trastorna todo; exalta la imaginacion, provoca las pasiones, sugiere pensamientos contrarios ya á esta ó ya á aquella virtud; agita, unas veces con los

halagos, otras veces con el terror, y no pocas veces insiste con obstinacion.

Si algo de esto, hijo mio, te sucede, no te turbes, no pierdas la paz: mientras vivas en santa paz, todo está seguro; pero si principias á titubear, principias á peligrar; y aun cuando por la divina gracia te apartes del consentimiento voluntario, ya el enemigo ha conseguido por aquella vez lo que deseaba, y queda satisfecho.

Él sabe muy bien que no ha de poder rendirte en el primer asalto; pero que lo alcanzará poco á poco, turbando tu corazon, fatigándote, debilitándote, y por último perdiéndote.

Cuida, hijo mio, pues, de no inquietarte ni en la tentacion misma, ni en todo el tiempo que dure la tentacion.

4. Suceda, hijo mio, lo que suceda, no se turbe tu corazon. Por ninguna cosa del mundo ha de perderse la paz.

Aun cuando incurras en algun defecto ó en algun pecado, no se aflija tampoco tu corazon; porque si despues del pecado cometido tu corazon se contrista, ¿remedias acaso con eso el mal? Al contrario, incurres en una nueva falta más peligrosa todavia que la primera.

Así, pues, no te aturdas ni desesperes por un pecado cometido; arrójate con corazon contrito á mi Corazon por medio de un acto de humilde amor, para que en este foco divino desaparezca tu falta, y tu corazon se purifique.

Y tanto más necesaria es, hijo mio, la firme é imperturbable paz del corazon, cuanto



para mayor gloria del mio y aprovechamiento tuyo , sufras resignado esa desolacion interior con la cual la inteligencia queda envuelta en tinieblas , y la voluntad se siente arrastrada á lo malo , de tal manera que te parecerá alguna vez estar desamparado de tus propias fuerzas y abandonado á tu pertinaz enemigo.

Si en semejante estado te dejas poseer de la turbacion, frustrarás los designios santísimos de mi Corazon , y añadirás el peligro gravísimo de privarte , no solamente del tesoro ofrecido de méritos y de un altísimo grado de santidad , sino tambien de engañarte y de caer.

Si , por el contrario , con corazon tranquilo y esforzado vas obediente allí donde mi Espíritu te lleve , y sobre tu pensamiento y contra tu pensamiento sigues su inspiracion , caminarás ileso y saldrás más perfecto.

5. Tambien exteriormente sobrevendrán muchos acontecimientos que conmuevan, que agiten tu corazon , si no está bien afirmado en la paz.

Sucedará que los hombres , y áun aquéllos mismos que más unidos y obligados te estaban , ya por el agradecimiento , ora por la amistad , cuándo por la obligacion del estado ó empleo , te sean infieles , y alguna vez hasta enemigos.

Si la paz de tu alma está fundada en las disposiciones ó en las obras de los mortales , ó depende de ellas , afligida se verá por triste agitacion.

Muchos juzgan segun los afectos del corazon , razon por la cual es de esperar que no

pocas veces piensen mal de tí, acriminen tus acciones, condenen el ejercicio de tu vida interior, y por último, te mortifiquen de diferentes maneras.

Si esto acontece, hijo mio, no permitas se turbe tu corazon: permanece pacífico y deja que todo pase, como pasan las nubes sobre tu cabeza.

Y ciertamente, ¿qué te aprovecharía turbarte por ellos? ¿No agravarías más tu estado, recogiendo la amargura en vez del fruto de tus trabajos?

Acostúmbrate, hijo mio, á sufrir con paciencia las adversidades, á oír en silencio lo que es desagradable, á estar sereno en medio de los bulliciosos, y á permanecer tranquilo en el estrépito del mundo.

6. *Voz del Discípulo.*—Pero ¡oh mi Jesus, y cuán difícil me parece no sentir las tentaciones que interiormente me molestan, aún cuando deseo servirte con fidelidad, ó las aflicciones de las cosas y de los hombres que exteriormente me son contrarias, aún cuando las reciba bien! Esto, Señor, me parece imposible.

*Voz de Jesus.*—Malo no es, hijo mio, sentir lo que realmente es grave y á propósito para afligir el corazon: ántes bien conviene sentirlo para poder resistir á ello.

Imposible es ciertamente no sentir, y esto aún cuando fueras piadosísimo. Pues la piedad no destruye ni debilita las facultades del alma, ántes bien las hace más puras y perfectas.

Ni es tampoco posible que la parte inferior del corazon deje de conmoverse alguna

vez por ello. Pero estos movimientos, como por la parte superior no sean aceptados, de ningun modo pueden perjudicarte: pueden, al contrario, servirte muy bien para consolidar más y más la paz, tanto más, cuanto siendo mayores los triunfos que por esa parte superior alcances, más tranquila y subordinada tendrás la parte inferior, y gozarás de este bien con mayor seguridad.

Y en tus manos está el conservarte en paz contigo mismo. Siendo dueño de tu libre albedrío y recibiendo siempre la gracia suficiente, ni la malicia del infierno, ni la perversidad de los hombres, ni nada absolutamente adverso será bastante á perturbar tu corazon si él no lo quiere.

Pende, pues, hijo mio, únicamente de tí poseer siempre este inestimable bien de tan incomparable precio, que, despues del estado de gracia, es el bien más excelente en esta vida.

7. *Voz del Discipulo.* — Así es, Jesus y Señor mio; así es ciertamente. Enséñame, pues, Tú el camino de esa paz santa que acabas de manifestarme ser tan útil y tan necesaria para todo.

*Voz de Jesus.* — Mucho es, hijo mio, lo que todos hablan acerca de la paz y de los medios de adquirirla y conservarla: yo, empero, solamente digo: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazon, y encontraréis el descanso y la perfeccion de la paz.»

En primer lugar, sólo un corazon bueno y que viviendo en gracia procura imitar las virtudes de mi Corazon, puede poseer la verdadera paz, porque no hay paz para los impíos.



Además, solamente el corazon humilde que se halla satisfecho con ocupar el último lugar entre los hombres, y que, desconfiando de sí mismo, recurre siempre á Mí, es quien puede guardar una paz inperturbable.

Finalmente, sólo un corazon animado por la caridad, que está firmemente unido y resignado con la voluntad divina, puede disfrutar sin interrupcion las dulzuras de una paz santa, y perseverar en ella con toda seguridad.

Y si perfectamente y de tal manera te nutres de los sentimientos de mi Corazon, que desees padecer en este mundo conmigo, por amor á la más perfecta semejanza conmigo, para darme una prueba de amor más puro, y segun sea el divino agrado, entónces, hijo mio, rebosará en tí la abundancia de una paz suavísima, gozarás inalterable tranquilidad, se regocijará tu corazon en medio de los trastornos de todas las cosas sensibles, y se afirmará más la paz para tí en aquello en que más suele turbarse.

Hé aquí, hijo mio, el camino verdadero de la paz, que sube gradualmente hasta la perfeccion. ¡Bienaventurados los que caminan por él! Fuera de él no hay que buscar paz propiamente dicha, paz sólida, paz durable.

Si no tienes buen corazon, resignado por la humildad y conforme por el amor con la voluntad divina, haz cuanto quieras, ve á donde más te acomode, pero en ninguna parte encontrarás la riqueza de la paz.

Cuando el corazon interiormente no está bien preparado, ni la huida de las ocasiones,

ni el cambio de lugar, ni la vida solitaria, ni los libros espirituales, y, por último, ni los humanos consejos pueden proporcionarte paz verdadera.

8. Recuerda, hijo mio, que las causas de las interiores perturbaciones no existen en lo que hay fuera de tí, sino que están dentro de ti mismo, en las disposiciones desordenadas del corazon. Si no consientes que estas causas existan en tí, las cosas exteriores dejarán asimismo de ser causas de turbacion.

Tantos son, ciertamente, los motivos que nos hacen perder la paz, cuantos son los desordenados afectos del corazon. Y lo son tambien, no solamente el amor á lo malo y á lo inútil, sino el afecto á las cosas buenas y santas, cuando la criatura se consagra á ellas sin el divino beneplácito.

Por esta razon, inmediatamente que adviertas en tí algun afecto desordenado, insiste en la oracion, en el exámen particular y otros medios oportunos, y cuanto ántes arrójalo de tu corazon con inquietud y al mismo tiempo con energía.

¡Cuántas almas, y muy buenas, buscan escrupulosamente la paz, valiéndose para ello de diferentes medios, y no malos, y, sin embargo, no encuentran otra cosa que mayores turbaciones; y esto porque proceden sin orden; deseando, pusilánimes ó angustiadas, el fin de la agitacion que padecen, ó la consecucion de la quietud por que anhelan, ó aturdiéndose con el uso de los medios, ó queriendo experimentar la paz por los sentidos!

Busca la paz pacíficamente; y, una vez hallada, gózala y consévala en la parte superior de tu corazon, donde impera la voluntad racional, al abrigo de la fe y de la gracia.

Así, hijo mio, y nó de otro modo, podrás disfrutar constantemente de una santa paz, de mi paz, que es exclusivo privilegio de todo verdadero discípulo de mi Corazon, el condimento ó sazon de lo próspero, el lenitivo de lo adverso, la suma de todos los bienes, y, finalmente, el medio dulce y necesario de perfeccion y de santidad.

9. *Voz del Discípulo.*—¡ Oh Jesus, Dios de la paz y Padre de todo consuelo! ¡Cuánto deseo, cuánto suspiro por encontrar la paz, tu paz dulcísima y santa!

Posean en hora buena los que lo deseen los demas bienes de la vida: á mí concédeme únicamente la paz, bien para mí el mayor en esta vida, y que abraza cuanto pueda serme apetecible.

Concédeme benigno emplear con rectitud los medios que Tú mismo me has enseñado, para que así llegue á ser verdadero discípulo de tu Corazon, siempre manso, siempre humilde, siempre pacífico en el corazon.

¡ Oh Príncipe de la paz, Jesus dulcísimo, cuyas delicias son reinar en un corazon puro y tranquilo; afirma en el mio tu reino de tal manera, que nunca se turbe, sino que más y más se consolide, hasta que me admitas á reinar contigo en la celestial bienaventuranza, donde vives en sempiterna paz con los ángeles y con los Santos.

(*Imitacion de Cristo, lib. ix, cap. III, y lib. III, capítulo XXIII.*)



## CAPÍTULO XVII.

El sacratísimo Corazon de Jesus , al empezar su vida pública , nos enseña el celo por las almas.

1. *Voz de Jesus*.—Dios, hijo mio, envió su Hijo al mundo para que el mundo se salve por Él.

Ni te admire si el celo por las almas apremiaba é impelia sin descanso mi Corazon para extender en los corazones de los hombres el reinado del divino amor, por todos los medios que mi Padre celestial me había ordenado.

Hasta entónces había permanecido oculto en santa soledad, como preparándome para esta obra, y para enseñar á todos mis discípulos á cuidar primero de sí mismos, y cuidar despues del prójimo fructuosamente.

Y aquí me tienes santificándome á Mí mismo para salvar las almas; y ve con cuánta frecuencia y con cuánto fervor de mi Corazon rogaba por ellas para que viviesen y para que adelantaran en la virtud.

Asocié tambien á Mí los discípulos y los Apóstoles, animándolos, llenándoles del espíritu de mi celo, comunicando con ellos mis resoluciones, y uniéndolos conmigo, con el mayor regocijo de mi Corazon, para la salvacion de las almas.

Iba, ya por aquí, ya por allí, enseñando y hablando del reino de Dios, y aprovechando pública y privadamente todas las ocasiones de inclinar á los hombres hácia lo mejor.

El ejemplo de mi vida resplandecía como una luz aparecida á un pueblo sentado en las tinieblas. Atravesaba haciendo bien á todos, y enseñando á cada uno la humildad y la caridad de mi Corazon.

¡ Y cuánto les edificaba, y cuánto les eternecía contemplarme ya trabajando todo el dia por su salvacion, y separándome con frecuencia de las turbas para orar por breves instantes, ya cuando supieron que despues de las fatigas y jornadas diarias pasaba constantemente la noche en oracion, en tanto que los Apóstoles, abrumados por la fatiga, se entregaban al descanso!

Por último, habiéndome sido dado todo poder en el cielo y en la tierra, todo lo empleó mi Corazon en el celo por la gloria divina y por el bien de las almas, obrando tantos milagros cuantos convenientes y necesarios eran para la salvacion de los hombres.

Aquí tienes, hijo mio, los medios que mi celo empleó para ganar las almas. ¿ Por ventura no tienes á tu disposicion los mismos, cualquiera que sea el estado de tu vida? Pues empléalos diligentemente para mayor gloria mia y aprovechamiento de las almas.

2. Las oraciones frecuentes, algunas mortificaciones, aún cuando cortas y pequeñas, algunas obras de piedad y de misericordia, hasta los ejercicios espirituales y aún las ocupaciones ordinarias, todo encamínalo, todo dirígelo por el espíritu de oracion, ya para que mis hijos pródigos que habitan miserablemente en las apartadas regiones de la infidelidad, de la herejía ó del pecado,

usando mejor de su libertad, regocijen mi Corazon con su dichoso regreso, ya para que los buenos adelanten en la virtud, ambicionen carismas mayores y perseveren aspirando á la perfeccion.

¡ Oh si supieras lo que vale el orar por la salvacion de las almas! ¡ Cuántas personas de vida interior y de aquellas tambien que viven separadas del comercio del mundo, arrancaron ellas solas, y únicamente con la oracion, mil almas de las garras de la infidelidad, de la herejía y del pecado, conduciéndolas á la bienaventuranza! Comprende bien, hijo mio, cuánto puedes hacer tú con la oracion.

Si animas á otros con tu celo, éstos son discípulos y apóstoles tuyos á quienes envias á la conquista de las almas.

Así trabajarás mucho, no por tí solamente, sino con el auxilio de aquéllos, que al propio tiempo animarán y enviarán á otros, y de esta manera lo transmitirán de generaciones á generaciones.

Procura hablar con frecuencia de cosas que inspiren piedad, que edifiquen y encaminen á la virtud. ¡ Cuántos están ya en el cielo, que deben la ocasion de su eterna felicidad á una piadosa conversacion!

Cierto es tambien, hijo mio, que no has de ser importuno de tal modo que más bien ahuyentes de la virtud al prójimo que le atraigas á ella: pero el celo verdadero y santo posee santas industrias para inventar y encontrar ocasiones oportunas de hablar piadosamente.

Admirablemente eficaz es el buen ejem-



plo. Este comunica vida y virtud á los demas medios externos. Quita éste, y los otros ¿para qué te sirven? Para atronar únicamente los sentidos, y nunca para mover el corazon.

Representa, pues, en el ejemplo de tu vida las suavidades incomparables de mi amor; enseña al prójimo que todo aquél que amante me sirve, es dichosísimo aún en este mundo. De esta manera obligarás en cierto modo á tu prójimo á experimentar, á saborear lo dulce que es servir á mi Corazon y consagrarse á mi amor.

Si no está en tu mano hacer milagros derogando las leyes del universo, puedes, cooperando á la gracia divina, hacer prodigios. ¿Qué más? ¿No es acaso maravilloso y más que admirable prescindir por puro amor mio de lo que te pertenece, para dedicarte á lo que á otros interesa, volver bien por mal, y reputarte dichoso sufriendo las humillaciones en mi compañía?

Estos, hijo mio, y otros milagros semejantes de la gracia, no pocas veces tocaron á corazones que habían rechazado los demas medios, y repentinamente los encaminaron por la senda del bien.

3. Sé, hijo mio, en todo tiempo y lugar celoso por las almas, para que los que vayan en tu compañía se estimulen á la virtud y perfeccion.

No te creas discípulo verdadero de mi Corazon si no tienes un celo y una voluntad eficaz de la perfeccion y salvacion de las almas. Alimenta un celo ardiente si deseas probar con hechos que verdaderamente amas é imitas á mi Corazon.

¿Qué cosa puedes hacer más agradable para él, que trabajar por la salud y por la perfeccion de las almas criadas para esto, y para que me amen y glorifiquen por toda una eternidad?

Si ganas un alma para el cielo, más gloria me procuras que la que jamás me dieron, que la que nunca me podrían dar todos los hombres sobre la tierra: la gloria toda que los mortales me tributan en el mundo, consiste en los actos, y éstos tienen fin; pero la gloria que en los cielos me da un alma bienaventurada, siendo perpétua, equivale á un número de obras que duran eternamente, que nunca tendrán fin.

Observa, hijo mio, cuánto es lo que Yo he trabajado por la salvacion de las almas, descendiendo del cielo por ellas, buscándolas con continuos trabajos y penosas molestias, y dando, finalmente, mi vida por rescatarlas.

¡Oh! Si tú conocieras el valor de un alma, ¡en qué celo te abrasarías de su salvacion! Calcula cuánto ella vale, por el precio que Yo he dado por su rescate.

Salva un alma, y has hecho una cosa incomparablemente más preciosa que si hubieras adquirido este mundo con todos sus bienes.

Si salvaste, hijo mio, el alma de tu prójimo, salvaste tambien tu alma: el que consiga apartar al pecador del camino de sus errores, salvará su alma de la muerte, y borrará multitud de pecados.

¡Cuánto gozo será el tuyo, hijo mio, cuándo despues de esta vida contemples en el cielo

á los escogidos que en el órden de la gracia te deban, unos la celestial ventura, otros el aumento correspondiente de su santidad y gloria eterna, y que te devolverán por ello, eternamente tambien, millares de acciones de gracias!

Ciertamente, hijo mio, que el trabajar por la perfeccion y salvacion de las almas es, no solamente el bien sobreexcelente entre todos los humanos, sino tambien divinísimo entre los divinos.

4. Pide frecuentemente que anime é inflame tu corazon este celo por las almas, sostenido por la humildad, encendido por la caridad, formado por la ciencia, encaminado por la discrecion y confirmado por la perseverancia.

Procura no engañarte dejándote llevar de un celo, no hijo de la gracia en el corazon manso y humilde, sino nacido de alguna passion en la naturaleza. El que se deja llevar de este celo depravado, mientras trabaja por exterminar los pecados, multiplica los pecados; y cuando se abrasa porque los demás mejoren en las obras, los hace peores.

Estudia cuanto sea moralmente posible corregir el mal y promover el bien en todas partes. Y en haciendo cuanto está en tu mano hacer, sufre con paciencia aquello que te es imposible corregir ó traer á mejor camino, confiándolo todo á mi divina Providencia, y pidiendo que todo ello sea para mi mayor gloria.

Si á la primera tentativa no da resultado la obra de tu celo, insiste una y otra vez. Sucede muchas veces que los hombres que es-



cuchan con ligereza el espíritu malo, ó que duermen en el tedio, oigan lo bueno primeramente con desagrado, y despues, cuando el Espíritu bueno ha grabado en ellos con punzada interior lo que habían oido, los persuade, se rinden y se convierten por el celo del que lo procuraba, y animados é impelidos de la gracia.

Entre tanto que Yo espero, entre tanto que Yo sufro al mortal en esta vida, jamás se debe desconfiar. Si hoy es infiel, ¿cómo te atreverás á asegurar que mañana no será ya fiel? Si ahora es hereje, ¿quién te dice que luégo no seguirá ya la verdad católica? Si al presente es cismático, acaso no esté lejano el dia en que se una á la Iglesia.

Pablo era por la mañana perseguidor de la Iglesia, y quedó convertido en vaso de eleccion por la tarde. Magdalena era en el dia presente la pecadora en la ciudad, y al siguiente dia era ya modelo de toda virtud, y amante seráfica de mi Corazon.

¡Cuántos que vivían como desesperados en el error y en la culpa, se convirtieron y hallaron en este mundo la vida dichosa de la gracia y la bienaventurada de la gloria en el otro! ¿Ha disminuido por ventura el poder de la gracia? ¿Se ha aniquilado acaso el libre albedrío en el hombre?

5. Si resistiendo los hombres á tus esfuerzos no quieren convertirse, no pierdas por eso la paz de tu corazon.

Imita entónces á los ángeles santos de nuestra guarda, que, una vez hecho cuanto deben y pueden, si no vuelven en sí ó no aprovechan los hombres que les han sido

confiados, permanecen igualmente pacíficos y bienaventurados.

Si alguno se niega á utilizar los esfuerzos de tu celo en bien de su alma, no por eso esos mismos esfuerzos recibirán menor recompensa, puesto que una voluntad eficaz equivale en mi presencia al éxito que se apetecía.

Tuyo es regar las plantas con las aguas de la gracia, pero no lo es el darlas incremento. Riega, pues, trabaja alegremente, y veas ó no veas el adelanto, jamás lo que trabajes será sin utilidad tuya y gloria mía.

6. Pero entre tanto que trabajas por salvar y hacer perfectos á los demás, ten, hijo mio, cuidado de no hacerte á tí mismo réprobo ó abandonado en el negocio de tu perfeccion.

Cree siempre y de todo corazon que aquellas almas á cuyo bien te consagras, ó son ya mejores que tú, ó lo serán tal vez muy pronto : y en cuanto á tí, cualquiera que sea el bien que tu celo produzca en ellas, repútate como una campana, que no puede sonar si no hay quien la toque.

Cuanto con más pureza te consagras á Mí, y cuanto más humildemente sientes de tí mismo, tanto eres más á propósito para promover y procurar la salvacion y perfeccion de las almas.

Yo elijo á los que á sus propios ojos son débiles y enfermos, como instrumentos para realizar mis maravillas, para que ninguno se envanezca de su virtud, y sólo á Mí se me tribute todo honor y toda gloria.

7. *Voz del Discípulo.*—¿Conque no es

bastante, Señor y Jesus mio, que yo solo te ame, sino que es necesario tambien que otros y todos te amen? Tú eres infinitamente digno, Tú por mayores razones digno del amor universal de todos los corazones.

¡Oh mi Jesus! Si los hombres te conocieran, ¿te ofenderían jamás? ¿No te amarían entónces con todo su corazon?

¡Qué agradable trabajo el de ganar corazones para Tí! ¡Qué angélica ocupacion! ¡Qué obra tan divina!

¡Quién me concediera, pues, recorrer todo el universo, apoderarme de los corazones todos y encenderlos é inflamarlos en tu amor!

¡Ojalá, Jesus dulcísimo, estuvieran en mis manos los corazones de todos para poder ofrecértelos y consagrarlos á tu amor!

Recibe, pues, mi deseo, con el cual suspiro por procurarte en la tierra tanto amor de todos los mortales, cuanto es el que te ofrecen los Santos y los ángeles en el cielo.

Te suplico que me hagas apóstol de tu Corazon para extender tu amor por todas partes, y para emplear todo trabajo, toda industria, todos los medios con ánimo diestro y generoso, y consagrarme yo mismo á que las almas todas te amen y te glorifiquen por toda la eternidad.

(*Imitacion de Cristo*, lib. I, cap. xv, y lib. II, capítulo iv.)



## CAPÍTULO XVIII.

El sacratísimo Corazon de Jesus, presente en las bodas de Caná, nos enseña la paz espiritual.

1. *Voz de Jesus.*—Habiendo, hijo mio, venido para salvar á todos los hombres, me hice todo para todos, para ganarlos á todos.

Luz agradable y gozosa es para todos la que reparte calor y animacion: tal Yo, que soy la luz del mundo: así es mi vida, que distribuía el gozo, el amor y el regocijo de mi Corazon.

Busca, hijo mio, en Mí con suma diligencia, y nunca me hallarás triste, jamás huyendo ni ahuyentando las impertinencias de los hombres: ántes bien, contento en todas partes, conversando alegre con los mortales segun la divina voluntad, y animándolo y santificándolo todo con mi Espíritu.

Hé aquí que, convidado, no rehusé asistir con mi Madre y mis discípulos á aquellas bodas, recrearme santamente, aprovechando las ocasiones todas de ganar almas y de enseñar la virtud y el gozo verdadero del corazon.

En el modelo de mi Corazon estudiaron y aprendieron los Santos á fomentar y conservar la alegría espiritual, edificar con ella al prójimo, y servirme con todo el gozo de su corazon.

Conocieron que Yo era un buen Padre, que deseo que mis hijos vivan con el corazon

regocijado, y contentos y dichosos en la participacion de mis bienes.

Medita, hijo mio: imítalo, y mi alegría estará siempre contigo.

2. Contempla cuánto vale y qué es lo que produce la espiritual alegría. ¿Qué hay que me honre más que el verme servido con alegría de corazon, justificando así á la faz de todo el mundo que mi servicio rebosa suavidad y felicidad?

Además, el regocijo verdadero del corazon hermosea la virtud, allana las dificultades, suaviza los trabajos, esclarece la inteligencia, anima la voluntad, y dispone, finalmente, al hombre para todo lo bueno.

Por el contrario, sin la alegría del corazon, todos los bienes exteriores nada aprovechan para la felicidad; entorpecen las facultades del alma; el cuerpo mismo languidece, y el hombre se encuentra desgraciado, en medio de la misma prosperidad.

Con la posesion de la alegría espiritual te harás amable para Mí, que amo al que alegremente se me ofrece: útil á tu prójimo, que tambien se inclinará al bien con alegría; últimamente provechoso á tí mismo, que con este solo ejercicio practicarás muchos actos de virtudes.

¿Qué más? ¿Y quién es el hombre que desea disfrutar buena vida y dias apacibles? El gozo del corazon es la vida del hombre: los dias buenos; los dias bonísimos, son los que se viven en la divina gracia, que es como un paraíso de bendiciones.

La alegría espiritual es el distintivo principal y característico del estado de gracia.

Así, pues, la alegría de los justos es su felicidad presente y el presagio de su eterna bienaventuranza.

3. ¿Y qué otra cosa es la alegría espiritual sino un hábito bueno del alma que manifiesta que por Mi se halla verdaderamente contenta?

No se funda en la naturaleza, sino en la gracia: no depende de la constitucion ni de la índole, sino de las disposiciones del corazon: no tiene por objeto las cosas materiales, sino las espirituales.

La alegría mundana es nociva é inclina á la melancolía y á los remordimientos del alma: la natural es inconstante y sujeta á frecuente tristeza; pero la espiritual es permanente y saludable.

Esta santa alegría la produce el corazon de buena voluntad, asistido por la gracia; la da mayor extension la piedad fervorosa, y la consolida el triunfo sobre las inclinaciones de la naturaleza.

4. El demonio, amante de la tristeza, conociendo cuánto puede contra él la alegría espiritual, procura oponerse á ella de todos modos, destruirla con falsos argumentos y disminuirla con vanas sutilezas.

Cuida, hijo mio, de no dejarte sorprender por él. Si cedes á este favorecedor de la tristeza, no se contentará con haberte despojado de los bienes de la alegría espiritual, sino que, viéndote preparado á medida de sus deseos, te acometerá y tentará peligrosísimamente, y por todos los medios imaginables.

Pienses lo que pienses, venga lo que quiera, guárdate de dar entrada á esa tristeza.



que abate el corazon. Es una peste cruel que seca los huesos y embrutece la razon: donde ella está, falta el sentido: esta tristeza es una llaga que corroe todo el corazon.

Tal vez suceda, hijo mio, que alguna vez te veas arrastrado á una tristeza enfadosa, y sin que conozcas las causas que la motivan: cuando esto suceda, ora una y otra vez, excita el fervor cuanto puedas, y emplea cuantos medios estén á tu alcance para conservar la alegría del corazon.

5. Sobrevendrán con frecuencia acontecimientos, ya contradictorios, ya adversos, que naturalmente te aflijan. Si dejas entónces que tu corazon se entristezca, ellos se agravarán; por el contrario, serán más leves si conservas alegre el corazon. Procura, pues, aprovecharlos lo mejor que puedas en beneficio de tu alma, apartando la imaginacion de las cosas desagradables, y regocíjate por lo que ganas en el órden sobrenatural.

Pero lo que más suele impedir en un alma buena el gozo espiritual, son las faltas que comete, y más cuando conoce que no es posible en este mundo vivir sin ellas. Esta es una ilusion: este es un engaño del enemigo con que daña extraordinariamente á los poco experimentados.

En tus manos está, hijo mio, ciertamente hacer que estos mismos defectos, cuando se han cometido, sirvan para lo que te es conveniente, y por lo tanto contribuyan á la alegría del corazon. Necesario es en alto grado, y muy meritorio además, por una parte, arrepentirse inmediatamente de las faltas cometidas por mi amor; mas, por otra, rego-

cijarse en las humllaciones consiguientes á los mismos defectos, á fin de reparar mi honor ofendido.

Finalmente, hijo mio, cualesquiera sean los obstáculos que se te opongan, no abandones nunca lo principiado con recto fin, para de esta manera preservarte de una tristeza perjudicial. Ve, sin embargo, no sea que huyendo de la tristeza incurras en ella por el extremo contrario. Para evitarlo, pues, cuida de no entregarte á la disipacion, de no ser perezoso en los ejercicios espirituales, y de no ocuparte demasiado en los placeres sensuales. Pues de este modo un luto consumado viene á ocupar el puesto de la alegría.

6. Una vez, hijo mio, en posesion del estado de gracia, la suma de todos los medios indispensables para gozar y conservar la alegría espiritual, consiste en ser, por mi amor, manso y humilde de corazon.

Sé verdaderamente humilde, y nunca te verás abatido; ámame fervorosamente, y tu corazon estará siempre gozoso.

Si sigues las inspiraciones ó inclinaciones de la naturaleza, si eres tibio y descuidado en lo que se refiere á mi servicio, no podrás saborear ni poseer el gozo verdadero del corazon, aun cuando poseas todos los goces de la tierra.

Tambien hay medios exteriores que contribuyen á la alegría del corazon: los santos esfuerzos para cultivar el regocijo espiritual, el piadoso deleite en los himnos y en los cánticos, la compañía de los espiritualmente alegres, la alegría en el obrar, la resignacion

en el padecer, y una santa libertad en caminar adelante.

Ora, hijo mío, y esfuérzate en emplear con rectitud estos medios, y así disfrutarás verdadera alegría del corazon, en comparacion de la cual toda alegría es tristeza, todo gozo melancolia, todo lo dulce amargura.

Este es mi gozo, hijo mío, con el cual alegrate siempre: y digo otra vez que te alegres.

7. *Voz del Discípulo.*—¿Oh Jesus, cuyo Corazon es manantial inagotable de melíflua alegría, y del cual se surten los cielos y la tierra! ¿Dónde sino en Tí la encontraré verdadera?

¡Oh Jesus dulcísimo, tan misericordioso en el contento! Compadécete de mí, hijo tuyo indigno, y llena mi corazon de gozo santo.

Sin Tí mi alma, como tierra sin agua, está árida y miserable; Tú solo eres recreo eficaz y verdadero,

Cuando falta interiormente tu alegría, insípido es cuanto las criaturas pueden ofrecernos; pero cuando Tú alegras el corazon, mi alma se regocija, todo lo lleva fácilmente, todo lo halla agradable, y experimenta dulzura hasta en lo que es más amargo.

Así, Señor, te suplico sin cesar que alegres siempre mi alma. Dame humildad tan firme, que yo jamás desmaye; tanto amor para Tí y tanto fervor, que siempre viva alegre para Tí.

¡Oh Jesus, amado del alma mia, todo y solo regocijo mío! Te serviré con el corazon gozoso de tal modo que honre tu servicio,



edifique á mis semejantes, y me santifique á mí mismo, para eterno gozo de tu Corazon.

(*Imitacion de Cristo*, lib. II, cap. VI.)

## CAPITULO XIX.

El sacratísimo Corazon de Jesus, tratando familiarmente con los hombres, nos enseña á tolerar los defectos del prójimo.

1. *Voz de Jesus*.—Hijo mio, todo el tiempo que viví y comuniqué con los hombres, habité en medio de una generacion perversa.

¡Cuánta soberbia é infidelidad crees tú que Yo vería, escudriñador de los corazones; cuánta iniquidad é inmundicia en las almas de los hombres, para los cuales nada existía sino el mundo y el amor propio!

¡Oh y cuánto affigían mi Corazon la ignorancia culpable, la licencia desenfrenada, el olvido de las cosas celestiales, el desvelo por las cosas de la tierra, el abandono de las virtudes y el triunfo de los vicios!

Compárame, hijo mio, con estos hombres; compara mi humildad con su soberbia y su arrogancia: mi celo con su indiferencia y obstinacion: mi liberalidad con su dureza é ingratitud: mi caridad con su insensibilidad y sus desprecios: todas mis virtudes, finalmente, con todos sus vicios y sus defectos.

Y comprende cuáles eran las disposiciones que les ofrecía mi Corazon. Porque, fueran lo que fueran, perseveraba viviendo con ellos, conversando con ellos, permanecien-

do entre ellos sin quejas, sin indignarse mi Corazon, y ántes bien manifestándome contento.

Si meditas con detencion este modo de vivir, aprenderás á presentar á tu prójimo iguales sentimientos de tu corazon.

2. Tú, hijo mio, y todos tus prójimos sois en uno hijo del mismo Padre celestial, redimidos en uno con el precio mismo de mi sangre, para uniros en un consorcio eterno con el mismo vínculo del amor del Espíritu Santo.

Todos habeis sido llamados al mismo reino de los cielos, para ser allí bienaventurados en perfecta paz y en el gozo de una union sempiterna.

Cuida, pues, de no separarte de este camino, no sea que despues quedes acaso excluido de la celestial morada de los Santos, y entregado á suplicios eternos.

Este es mi ejemplo, este es tambien mi mandamiento: que tolerando los unos los defectos de los otros, os ameis mutuamente, como yo os he amado, con amor sobrenatural, y universal, y eficaz.

Si me amais, guardad este mandamiento. Si le cumplís, permaneceréis en mi amor.

El que aborrece á su hermano, es homicida, y es al mismo tiempo homicida de su propia alma. El que se encoleriza contra su hermano, reo es de juicio. El que no perdona, no será perdonado. El que no tolera, no será tolerado. Con la misma medida con que midiéreis, seréis vosotros medidos.

3. Acuérdate, hijo mio, de que vives, nó entre los ángeles, sino entre los hombres, in-

capaces de vivir sin defectos en el mundo.

No te admire, pues, si yerran ó caen como frágiles mortales : admírate más bien de que teniendo tú mismo muchos defectos que los demás han de sufrir, te atrevas alguna vez á indignarte por los ajenos.

Si no sufres las faltas ajenas, ¿no incurres tú, por ventura, por este mismo hecho en un defecto, y te haces traicion?

Sabe tambien que Yo permito alguna vez que los hombres que obran con rectitud y marchan por la senda del bien, se contrarién mutuamente, para que, sin pecado, tengan ocasion de tolerarse sus defectos, de practicar verdaderas virtudes y de atesorar méritos innumerables.

Conoce por tí mismo lo que son tus prójimos. Como tú deseas que te traten, trata á los demás, y no hagas con los otros lo que no quieres se haga contigo.

¿No hay, por ventura, en tí mucho de que quisieras verte libre, y de lo que por propia experiencia has conocido que no puedes librarte? Pues lo que en tí soportas, aún con repugnancia, eso mismo soporta en los demás, de los cuales, si tienes humildad y caridad verdaderas, juzgarás que llevan con violencia sus propios defectos.

4. Hay algunos que de buen grado sufren los defectos de los amigos y de aquéllos que les son semejantes en inclinaciones y costumbres; pero que se ofenden fácilmente con las fragilidades de los demás. ¿Y qué virtud hay en esto? ¿No hacen lo mismo los gentiles? ¿No lo hacen muchas veces los mismos animales, que carecen de razon?



¿Y cómo podrás ser discípulo de mi Corazon teniendo los mismos sentimientos de los paganos, y siguiendo el instinto de los animales?

Anímete, hijo mio, la caridad sobrenatural de mi Corazon, con la cual sufrí y amé hasta la muerte á todos, así amigos como enemigos.

Amalos y súfrellos á todos, prescindiendo de toda consideracion meramente natural, y sin exceptuar á ninguno.

Ruega por los que te persiguen y calumnian; bendice á los que te maldicen; haz bien á los que te aborrecen; vence al mal con el bien.

Aborrece el mal que se comete; pero guárdate de aborrecer al hombre que le cometa.

Cuanto más obligado estás á aborrecer el pecado del hombre, tanto más obligado estás á amar al hombre que pecó.

5. Los Santos, siguiendo á la gracia y no á la naturaleza, de tal manera se revistieron de los sentimientos de mi Corazon, que no solamente sufrieron y amaron á todos los hombres en general, sino verdadera y muy especialmente á los enemigos.

Y estos, hijo mio, eran hombres y tenían, como tú, sentimientos naturales; pero se sobreponían á la naturaleza, y aunque resistiéndolo su propia voluntad, imitaban magnánimamente mi ejemplo.

Trabaja, pues, y con buen ánimo, hijo mio, como debe hacerlo un discípulo de mi Corazon, é imita á estas almas generosas y nobles.

Cuando te sientas indignado por los de-

fectos del prójimo, calla y no consientas se escape de tus labios una palabra desordenada, con la que hieras á tu hermano y te perjudiques á tí mismo.

Ruega por él con toda tu alma, y aparta constantemente de tu pensamiento la memoria de sus defectos.

Si tu corazon desea seguir verdaderamente á mi Corazon, no te sea violento perdonar al prójimo, tolerar sus faltas y amarle con amor sobrenatural.

Si encuentras que hay en los demás mucho que sufrir, acuérdate, hijo mio, de que mucho más y de más gravedad he sufrido Yo por tí, y de que mucho más y más grave he tolerado Yo en tí.

Recuerda que te perdoné misericordiosamente una deuda de diez mil talentos. ¿Y no estás acaso obligado á tener misericordia de tu hermano, como yo la he tenido de tí?

Recuerda, hijo mio, hasta qué exceso y con cuánta bondad de mi Corazon te he sufrido y aún te sufro: y aprende de qué manera y hasta qué grado debes tú sufrir á tu prójimo.

6. *Voz del Discípulo.*—¡Oh Jesus! ¡Cuán paciente y bondadoso has sido y eres conmigo todavía! ¿Cómo podría recordarlo sin derramar lágrimas de piedad y de agradecimiento?

Aunque tan miserable soy, siempre encuentro abierto tu Corazon: y sin embargo, confieso avergonzado que no pocas veces cierro mi corazon á mis semejantes.

¡Oh Jesus, manso y humilde de corazon! Tú que sabes cuán poco dispuesto me hallo á

soportar los defectos de mi prójimo, porque me aprecio y amo demasiado á mi mismo, infunde en mi corazon la humildad y la caridad del tuyo, para que ame á todos los hombres con tu mismo amor y como á mí mismo.

Dame gracia para que, cuantas veces vea las miserias ajenas, elevándome sobre la corrompida naturaleza por un principio sobrenatural, me mueva á compasion y nó á ira, á pedir y nó á aborrecer.

Envíanos tu Espíritu, amantísimo Jesus; tu Espíritu, Espíritu de caridad, para que mutuamente nos amemos, para que vivamos unidos en santa paz hasta que entremos en el reino de tu eterno amor.

(*Imitacion de Cristo*, lib. I, cap. xvi.)

## CAPÍTULO XX.

El sacratísimo Corazon de Jesus, tratando á todos con suma sencillez, nos enseña la sencillez santa para con nuestros prójimos.

1. *Voz de Jesus*. — Cuando vivía, hijo mio, con los hombres, quedaban admirados y sorprendidos al ver con cuánta sencillez trataba á todos y cada uno de los mortales.

Este era, pues el secreto del corazon: mi Corazon verdaderamente sencillo amando á Dios, amando con el mismo amor todas las cosas, y teniendo á cada uno en todos, y teniendo á todos en cada uno.

Esta es la sencillez santa que mi Corazon practicaba con los hombres; imagen fiel de mi Espíritu, caridad indivisible en sí misma,



siempre consagrada á muchos y siempre una ella misma.

Amando á Dios y á los hombres con el mismo Espíritu; viendo las miserias y las prosperidades humanas; desterrando el mal y propagando el bien; ocupándome en el desempeño de cosas distintas; sufriendo la índole y diferentes disposiciones de las personas; conciliando uniformemente muchas y variadas circunstancias, y todo esto en un mismo Espíritu.

Atraía admirablemente á los hombres con esta suavísima virtud. Jamás habían visto ni podido concebir tanta sencillez unida á tanta dignidad; una afabilidad tan igual hermanada con una omnipotencia tan maravillosa.

Y en verdad que en Mí nada encontraban de doblez, nada de ficción, nada de afectada sublimidad en mis palabras y nada artificial en mis obras.

Presente estaba á todos el sincero candor de mi alma, y mi modo de obrar era á la manera de un espejo de la sinceridad de mi Corazon.

De aquí procedía el que los hombres vieran á Mí espontáneamente y derramaran su corazon en mi presencia. Corrían hácia Mí hasta los mismos niños, y á los mismos niños dejaba con admiracion de los hombres acercarse á mí, y hablándoles benigno y exhortándoles al bien, los regocijaba y llenaba de amor á la virtud.

2. Aprende, pues, hijo mio, en mi ejemplo la santa sencillez para con tu prójimo, que no es otra cosa para ti que derivar tus

pensamientos, y tus palabras, y tus obras de la misma caridad divina, é inclinar hácia esa misma caridad los pensamientos y las palabras y las obras de los demás.

Para esto has de amar y considerar á todos tus prójimos dentro de mi Corazon, que es el centro de la caridad.

El que considera á su prójimo fuera de mi Corazon, dividirá fácilmente el suyo en contrarias afecciones puramente naturales, ó le ordenará segun causas y motivos por lo regular muy humanos.

Mas el que ve y ama á los hombres en la caridad de mi Corazon, éste ve con ojo sencillo á cada uno en todos, ama con purísimo afecto á cada uno en todos, y no tiene el corazon ni mudable ni dividido.

3. Sé, pues, sencillo en mirar y en juzgar de aquello que toca á tu prójimo, y no dividas tu corazon, juzgando temerariamente.

¿Quién te ha constituido juez de tu semejante? ¿De dónde te ha venido el derecho de condenarle? ¿Cómo te atreves á reprobar en juicio al que Yo guardo en mi Corazon, al que tú tienes obligacion de amar porque es tu hermano, y que, por último, es acaso mucho mejor que tú en mi presencia y puede serlo en la eternidad?

Si temerariamente juzgas, hijo mio, no hay disculpa para tí. Cuando así juzgas de los demás, ¿por ventura no te condenas á tí mismo? Criminal te haces tú en el hecho de juzgar á tu hermano temerariamente como reo de culpa.

No confundas, sin embargo, la sugestion con la sospecha, ni la sospecha con el juicio.

La sugestion es una instigacion del enemigo, que no depende de la voluntad humana, y que por lo mismo es inculpable si voluntariamente no se consiente en ella. La sospecha no es otra cosa que juzgar ó tener como dudosa ó verosímil alguna cosa, apoyándose en dudosos ó leves fundamentos. Pero el juzgar es decidir y creer como cierta una cosa, con suficiente motivo para ello.

Así que, cuando hay motivo bastante para sospechar ó para juzgar, la sospecha entónces y el juicio no son temerarios ni culpables.

Y si falta motivo bastante para sospechar ó juzgar, pero sin advertirse que falta, el error es entónces invencible é inocente.

Si se te ha confiado, sin embargo, el cuidado de los demás, no solamente te es permitido, sino necesario, sospechar de tus subordinados, si dan señales probables de mal, y, una vez descubierto éste, corregirle prudentemente.

Por lo demás, hijo mio, procura inclinar al lado más favorable cualquiera señal, palabra ú obra que adviertas en tu prójimo; excúsala si tu entendimiento halla razon alguna para excusarla; y si absolutamente ninguna encuentras, corrígele con el lenguaje de la caridad, ó con algun signo de reprobacion, si lo aconsejare la prudencia y se espera fruto seguro.

¡ Oh hijo mio! La sencillez de la caridad santa no piensa mal ni se angustia de haberse equivocado, toda vez que del mismo mal piensa bien inocentemente.

4. Sé sencillo en el hablar, hijo mio. No



dividas tu corazon por la lengua, como el mundo acostumbra á hacerlo, que, alimentándose de apariencias, se gloria neciamente en fingir y disimular.

Tú saca sencillamente bienes para tu prójimo del tesoro de un buen corazon.

Léjos de tus conversaciones toda astucia, toda doblez, todo artificio con que pueda engañarse el prójimo, ó desconfiar por el temor de la mentira oculta, ó escandalizarse con la evidencia de una perversidad tácita, ó padecer, finalmente, perjuicio por su credulidad.

Sienta, hijo mio, tu corazon aquello mismo que dicen tus labios. ¿Y te será por ventura conveniente manifestar los movimientos desordenados de las pasiones, si interiormente los padeces? Guárdate de pensarlo; guárdate de crerlo, y más cuando tales movimientos han de desterrarse no solamente de los labios, sino tambien del corazon.

Sé igual para todos, puesto que la sencillez santa y verdadera es para todos afable, suave siempre é igual en todas partes.

No dañes á la unidad de la caridad por cosas indiferentes ó que no te pertenezcan, sean cualesquiera las razones que tengas para ello; ten presente que un solo acto de caridad supera infinitamente á la multitud de esas mismas razones. Y si alguna vez ofendes al prójimo de palabra, humíllate con candorosas sencillez, y apresúrate á darle cuanto ántes satisfaccion y disculpa. La humildad es solamente la que repara las faltas de lesa caridad.

5. Sé, por último, sencillo en el obrar.

No aparezcan en tí ni la afectacion ni la negligencia: tal sea todo tu exterior, que en él se manifieste la candidez interior.

Haz cuanto pertenece al prójimo en espíritu de esa caridad que, áun cuando es una, y pura, y sencilla, tiene muchos y muy variados modos de obrar. Una é indivisible, sabe reunir lo mucho y dividido, mantener en igualdad lo desigual, y conservar y promover lo que está unido.

Si aprendes, hijo mio, la verdadera sencillez de mi Corazon, fácilmente y con sinceridad tratarás á todos con caridad, dando á cada uno sincera y fácilmente el honor que le es debido, dispuesto interiormente de tal manera que des á los demás lo que es mejor, y desees alegremente y en un mismo divino amor lo que es conveniente á cada uno.

Procede sencillamente, hijo mio; camina con rectitud, sin inclinarte ni á la derecha, ni á la izquierda, para racionar de lo posible ó para investigar neciamente qué piensan de tí ó qué es lo que pueden pensar los demás.

Búscame á Mí, uno en todos, é indudablemente me hallarás en todos, y en ese uno encontrarás todas las cosas.

6. ¡Ay del hombre de corazon doble que una cosa siente en el corazon y otra dice con los labios: que tiene la miel en los labios y guarda la hiel en el alma: que afectando exteriormente ingenuidad, interiormente oculta el engaño.

Corazon que emprende dos caminos, no tiene salida; no hallará senda por donde ir á mi Corazon, ni tampoco rumbo que le lleve

hácia el del prójimo: andará errante para su mayor confusion,

Se descubrirá, cuando ménos se piense, su doblez, y entónces perecerá la esperanza del hipócrita.

Bienaventurados los sencillos, porque ellos tienen asegurada la paz. Otra vez digo: «Bienaventurados, porque mi trato y mi familiaridad son para los sencillos. »

El que camina con sencillez, camina con confianza y se salvará.

7. Pero guárdate, hijo mio, de que al seguir la sencillez no incurras en imprudencia. La santa sencillez es candorosa, porque es santa; y porque es santa es tambien prudente.

Sé, pues, sencillo como la paloma, y al mismo tiempo prudente como la serpiente.

No descubras tu corazon á cualquier hombre. Revela de tus secretos al prójimo solamente aquello que requiera una caridad bien ordenada.

Lo que no sea de edificacion comun, ó por lo ménos indiferente, no consientas que lo sepa nadie sino Yo y los que hacen mis veces contigo.

No sea tu corazon como un vaso quebrado, incapaz de contener lo que se echa en él.

Si no sabes guardar el secreto, eres, no solamente indigno del nombre de discípulo de mi Corazon, sino tambien de la confianza del prójimo; más indigno de los secretos de los amigos, é indignísimo de mis secretos.

¿Has oido alguna palabra contra tu prójimo? Muera, pues, contigo, no te hará peda.



zos, hijo mio, ni dañará de modo alguno.

El murmurador corrompe su alma, y se hace además aborrecible. Es un instrumento del mal doblemente envenenado.

No siempre hay obligacion de decir la verdad; pero jamás es permitido mentir. Necesaria es, pues, mucha prudencia para que al referir lo que es verdadero ó al hablar lo que es falso, no peques contra la caridad ó contra las demas virtudes.

En tales circunstancias, acude, hijo mio, á mi Corazon, y la uncion de su caridad te enseñará á proceder como sea conveniente.

Ora, por último, hijo mio, para que alcances el espíritu de santa sencillez, y cultiva una virtud con la cual harás el trato y comunicacion con tu prójimo agradable y provechoso para ti y para él, y para Mí aceptable y honorífico.

8. *Voz del Discípulo*—Tú eres, Señor, la imágen, Tú el modelo de perfecta sencillez. ¡Ojalá me asemeje á Tí?

¡Oh Jesus, sencillo amor! Simplifica mi corazon para que, cuanto cabe en humana criatura, me acerque á tu sencillez, amando á cada uno en todos, y á todos en cada uno.

Simplifica mi alma libertándola de los volubles y falsos principios del mundo y del amor propio, preservándola de toda mala sospecha y de todo juicio temerario, para que sea dirigida por Tí solo, en lo que es cierto con verdad, y en lo que es dudoso con caridad.

Simplifícame todo interior y exteriormente, para que, hecho uno, sea el mismo siempre y en todas partes, deduciéndolo todo de

Tí y refiriéndolo todo á Tí solo que eres principio y fin de todas las cosas..

(Imitacion de Cristo lib. III. capítulos xxxi y xxxiii.)

## CAPÍTULO XXI.

El sacratísimo Corazon de Jesus, manifestando á los hombres lo suave de su humilde caridad. nos ha dejado á todos el modelo que debemos imitar.

1. *Voz de Jesus.*—Oye, hijo mio, y recoge mis palabras. Hablando Dios en otro tiempo de su Hijo, dijo por boca del Profeta:

«Hé aquí mi Hijo, hé aquí mi amado, en quien se ha complacido mi alma. Colocaré sobre Él mi Espíritu: no disputará ni gritará: no romperá la caña que se agita, ni apagará el leño que hace humo: las naciones esperarán en su nombre.»

Así vine, hijo mio, y así fui miéntras permanecí en el mundo. Con tanta humildad y con tanta caridad trataba á todos, que merecí ser conocido y llamado el *Cordero de Dios*.

Hé aquí cómo viví entre los hombres y cómo me conduje con ellos. Aun cuando era su Señor, estaba en medio de ellos como su criado.

De todas partes acudían con confianza afligidos por cualquiera necesidad, porque sabían que me era familiar la humildad, natural la mansedumbre, sustancial la bondad de mi Corazon.

Y en verdad que el suspiro primero y más

pequeño de cualquier desgraciado conmovía mi Corazon é interesaba toda su ternura.

¿Rechacé jamás á ninguno? ¿Desprecié acaso á nadie, áun cuando fuera el más pobre y el último de todos? ¿Dejé vernunca una señal de cansancio? Al contrario; á todos abrazaba, y á cada uno favorecía con las manifestaciones de mi suma bondad.

Medita, hijo mio, y contempla cuánta ternura desplegué con los niños: qué paciente é inalterable humildad con los ignorantes: qué fortaleza y generosidad de alma con los de dura condicion; qué fervoroso interés con los mundanos: qué compasion tan sensible para con los afligidos: qué benignidad tan grande con los pecadores: qué santo amor para con los buenos, y qué caridad tan humilde para con todos.

Esta humilde caridad, virtud característica de mi Corazon, de tal modo arrebatava los corazones, que el mundo todo corría en pos de Mí, buscándome los hombres á competencia.

Sí, hijo mio: la humilde caridad de mi Corazon venció al mundo. ¿Dónde, si no, piensas tuvo su origen su admirable y repentina conversion, sino en la secreta uncion que le movía y en la conocida bondad de mi Corazon que le atraía?

Por esa misma bondad de mi Corazon corrieron y corren hácia mí todavía personas de todo estado y clase de vida, de toda condicion de alma y de cuerpo, al oir que Yo no desprecio al pobre, no abandono al afligido, ni aborrezco al pecador; que no rechacé á la llorosa pecadora, á la suplicante Cananea, al



publicano que imploraba, al Discípulo que me niega y vuelve á Mí, al ladron que me confiesa, y áun á mis mismos verdugos que hieren contritos sus pechos.

2. Imita, hijo mio, esta norma de vida, este modo de tratar á los hombres, y procura con exquisita diligencia retratarla en tus costumbres como verdadero discípulo de mi Corazon.

Algunos Santos, perfectamente poseidos de los sentimientos de mi Corazon, de tal manera se portaron, que era á los demás imposible comunicarse con ellos sin ser como trasportados por la hermosura de una imagen, á una piadosa memoria mia.

Te es imposible obrar con indiferencia con el prójimo: ó has de producirle bien, ó has de causarle mal.

Ninguno puede tratar con los hombres sin detrimento propio ó ajeno, sino aquel que con sincero corazon desea humillarse en presencia de los hombres.

Te será con mucha frecuencia necesario renunciar á tu propio parecer si has de comunicar con los demás sin discordia, y aceptar no pocas veces lo que es violento á la naturaleza, si has de vivir con ellos sin acrimonia.

¿De dónde provienen tantas disensiones entre los mortales? De la soberbia, por la cual el uno no quiere ceder al otro. ¿De dónde la dureza? Del desordenado amor propio, que vicia los corazones.

Destierra la soberbia de entre los hombres, y se desterrarán con ella todas las perturbaciones humanas. Arroja el amor propio,

y verás reinando en la tierra la suavidad de los cielos.

Si eres verdaderamente humilde, cautivarás á tu prójimo; y si ardes en pura caridad, le arrebatrás y animarás á correr en busca de virtudes que exhalan suavísimo perfume.

3. Vale más la caridad humilde que la altiva severidad. Esta, si exteriormente evita el mal, interiormente aleja del bien; pero aquella corrige el mal y hace amable el bien.

Nada, hijo mio, más fácil en el dirigir que el excesivo rigor ó la demasiada condescendencia. Pero, ¿qué más peligroso al hombre que el primero? ¿Y qué más injurioso á Mí que la segunda?

En uno de estos dos extremos caen los que no tienen vida interior y se dejan arrastrar, más bien que de mi Espíritu, de su propia naturaleza.

Si tienes, hijo mio, á tu cargo el cuidado y direccion de los demás, te es indispensable ántes de todo ser hombre interior. Y ¡cuán desgraciado el que, superior de otros, no lo sea! Hará indudablemente mucho malo, perjudicará aún más á los intereses que confié á su cuidado, y de todo ello tendrá que darme cuenta.

¡Ay de aquella comunidad religiosa cuyo superior no sea persona interior! Allí languidecerá el espíritu y faltará sensiblemente; porque si una comunidad padece peligrosísimamente en su cabeza, es preciso que sus miembros padezcan lamentablemente en el corazon, por el desordenado afecto á las criaturas, enfermedad la más peligrosa de los individuos.

Si desempeñas mis veces para con otros, deberás dirigirlos y tratarlos segun mi Espíritu, para promover en ellos y por ellos lo que me es debido y agradable. Si los diriges animado de otro espíritu, promoverás, no lo que á Mí se me debe, sino lo que á tí te es conveniente; ni satisfacerás á mi Corazon, sino á tu naturaleza y á la de los demás.

Si eres hombre interior y te hallas animado de mi Espíritu, tu modo de obrar será ciertamente fuerte, pero lleno de suavidad. Proseguirás con constancia en lo que desees alcanzar hasta haberlo conseguido; pero con aquella suavidad de la caridad que estimula y nunca daña, que obliga y no exaspera, que dispone de millares de industrias para ganar, que vence, finalmente; y vence de tal manera, que el vencido se entrega voluntariamente y con mérito.

Conforme con mi secreto modo de dirigir, no exijas de todos lo mismo; sino, animado de igual espíritu, obten de cada uno lo que moralmente puedas obtener, considerando su talento, sus fuerzas y todas las circunstancias.

Aprende á utilizar el ingenio de los súbditos, y emplea el de cada uno para su propio fin y para el más saludable fruto.

Guárdate de alejar de tí á tus subordinados, ó de desecharlos bajo ningun pretexto; ántes bien, estudia el modo de tratarlos como Yo traté á mis Apóstoles, para que, llenos de confianza en tí, acudan á tí en todas sus dificultades, y te hallen siempre animado de mi Espíritu y propicio para ellos y para que vivan contentos, y me sirvan con sin-



cera voluntad y desahogado corazon.

Ten presente hijo mio, que nada hay más difícil que castigar con aprovechamiento. Así, si alguna vez te es indispensable castigar, mira no causes otro mal mayor: ve no hagas del hombre á la manera de un sepulcro adornado y limpio en el exterior, pero interiormente lleno de corrupcion y podredumbre.

No corrijas jamás, ni de obra ni de palabra, cuando estés, ó á quien esté, poseido de la ira: bastará por entónces impedir la ejecucion del pecado que haya de seguir al acto; y deja la correccion para cuando tú puedas medirla y prepararla desapasionadamente, y él sufrirla y recibirla tranquilo y con aprovechamiento.

4. Jamás contristes á nadie sin necesidad: y si alguna vez te ves obligado á decir ó hacer algo desagradable á los demás, témplalo con buenas razones, segun la caridad, y sazónalo con tal dulzura, que, por muy amargo que sea, apénas se perciba su amargura.

Si alguno te pide lo que no puedes darle, manifiéstale cuán sensible te es no poder complacerle; y de esta manera se separará de tí edificado y más contento que si le hubieras otorgado lo que te pedía.

No entretengas á los hombres, so pretexto de caridad, con vanos halagos, ni te burles de ellos con una astucia política: tal modo de obrar es aborrecible al cielo y al mundo; y si no tiene su apoyo en la verdad, en lugar de caridad, es engaño.

No hagas tampoco por humildad cosa de que pueda resultar impedimento razonable

para tu prójimo : esto realmente no sería acto de humildad, sino falta de caridad.

5. De tal manera, hijo mio, has de presentar en tí la imágen de la humilde caridad de mi Corazon, que en todas partes seas el aroma suavísimo de mi ejemplo.

Luzca tu luz en presencia de los hombres, de tal modo que vean tus buenas obras, y glorifiquen á tu Padre que está en los cielos.

*Voz del Discípulo.*—Pues qué, Señor, ¿no recomendaste por ventura á tus discípulos el no desplegar sus labios y guardar siempre secreto?

*Voz de Jesus.*—¿Y no comprendes, hijo mio, una y otra cosa? Escucha, pues, y advierte: lo que no es de necesidad ó de comun edificacion, hazlo en secreto, si puede ser obstáculo para tu hermano y peligro para tí; pero lo que sea comun y necesario, ejecútalo en público, de tal modo que, ocultando la intencion, des con la obra buen ejemplo al prójimo, y por la intencion con que siempre has de agradarme, desees siempre el secreto.

6. Si por amor divino únicamente practicas la humildad y la caridad con todos, sean quienes fueren, serás entónces suave olor de las virtudes de mi Corazon á cuantos reciban tu ejemplo.

Y si los demás no se aprovechan de tu ejemplo, no serás tú por eso ménos amado á mi Corazon.

¡Bienaventurado, hijo mio, el que resplandece entre los hombres como modelo de humilde caridad, y manifiesta cuán digna de amarse y de imitarse es la bondad de mi Co-

razon! Los que así me glorifican alcanzarán la vida eterna.

*Voz del Discípulo.* — ¡Oh Señor, manso y humilde Jesus mio! Gracia especial, y muy grande es la que necesito para practicar cuanto me enseñas, tomado de tu melífluo Corazon. Yo te suplico que me ayudes con tu efícacísimo auxilio.

Debo y deseo tener mayor humildad y más grande caridad. Confieso avergonzado que muchas veces ofendo á mi prójimo y te desagrado á Ti por falta de humildad y de caridad.

¡Humilde y dulcísimo Jesus, imán de los corazones, que á todos, cualesquiera que sean, atraes con la bondad divina de tu Corazon, y los tratas con la suavidad inagotable de tu humilde caridad! haz que yo te imite, haz que yo sea discípulo perfecto de tu Corazon.

Líbrame de toda la aspereza y amargura de la soberbia y del amor propio; forma mi corazon á la medida de tu Corazon, suave siempre y sencillo por humilde caridad para con todos, y sin excepcion de personas.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, capítulos. XL y XLII.*)

## CAPITULO XXII.

El Sacratísimo Corazon de Jesus, viviendo en el mundo, nos enseña á conducirnos en él de tal manera, que ni seamos del mundo, ni el mundo nos dañe.

1. *Voz de Jesus* — Durante mi permanencia en el mundo, no era del mundo; vivía y



conversaba, hijo mio, con los buenos y con los malos; y, sin embargo, ni el príncipe del mundo ni el espíritu del mundo tuvieron en Mí parte alguna.

Aun cuando era impecable, enseñé, no obstante, á mis discípulos cuanto les era necesario saber para preservarse de los cenagales del mundo.

Mi Corazon estaba interiormente separado del mundo de tal manera, que ninguna cosa del mundo le cautivaba: de tal modo se abrasaba en el amor divino, que, á la manera de una llama, se levantaba siempre sobre todo lo criado.

Estaba interiormente recogido, mientras exteriormente se consagraba á sus ocupaciones; estaba interiormente unido á Dios, mientras exteriormente trataba con los hombres.

Exteriormente, en Mí todo aparecía ordenado; mis sentimientos apacibles, y mis obras llenas de discrecion.

Mi conversacion era prudente y santa de tal modo, que hasta mis mismos enemigos se apartaban de Mí, diciendo: «Jamás hombre alguno habló como éste habla.»

Nada manifesté, nada resolví jamás, sin meditarlo primero: nunca usé de incauta familiaridad, jamás procedí con ligereza, sino que usé de cierta agradable seriedad, atemperada con una suavidad maravillosa.

Todo en Mí, hijo mio, estaba lleno de una dignidad que inspiraba á la vez amor y reverencia, impedía toda soberbia, preceptuaba la modestia y recomendaba la virtud.

Apartándome con frecuencia de los hom-

bres, recurría á la oracion, áun cuando interiormente nunca dejaba de orar.

2. ¡Ojalá aprendas esto, hijo mio, y lo imites, para que puedas vivir en el perverso mundo sin pecado y sin detrimento de tu alma!

Considera, para animarte, el ejemplo de los Santos que, siguiendo mis huellas, corporalmente vivian en el mundo, en tanto que su corazon estaba fuera y muy superior al mundo.

No les dañaba el mundo, porque nada amaban del mundo; ántes bien les aprovechaba; porque cuanto mejor veian en el amor mundano la ruina inevitable, tanto más estimaban y tanto más cultivaban la amistad divina.

Reputaban y repugnaban como estiércol é inmundicia cuanto veian en el mundo, para gozar de este modo y más cumplidamente de los tesoros de mi gracia y de mi amor.

3. Si apeteces, hijo mio, vivir en el mundo sin peligro de daño, ten en primer lugar interiormente bien preparado tu corazon. Convénzase íntimamente y aborrezca la absoluta vanidad del mundo; conozca y ame el precio inestimable de mi amistad.

Acostúmbrese tu corazon, inmediatamente que el mundo te ofrezca alguna cosa, á convertirse á Mí con el espíritu, diciendo: «Dios de mi corazon y mi herencia por toda una eternidad: fuera de Tí, ¿que podré apetecer yo sobre la tierra?»

Si de este modo ordenas rectamente tu corazon, poco le conmoverá nada de cuanto en

el mundo perciba: es más, el mundo mismo, y sin quererlo, cooperará á tu propio bien, porque te empujará con frecuencia hácia mí, centro de tu bienaventuranza, y te enseñará á conocer mucho mejor la indecible desdicha del mundo y la dulcísima felicidad de mi servicio.

Fortifica de tal modo tu corazon, que ni te turbe la enormidad de las maldades ajenas, ni te escandalice la perversidad de los malos, ni vaciles, finalmente, en permanecer conmigo, sean cuales sean las maquinaciones del mundo ó del infierno.

Sabe que áun viviendo entre los malos, los malos no podrán dañarte, si tu corazon está eficazmente apartado de ellos; no está en la mano de los perversos perjudicarte: ninguno es perjudicado sino por sí mismo.

4. Podrá, sin embargo, suceder que siendo la carne débil y el corazon inclinado al mal, lleven los sentidos hasta él, si no se guardan con exquisita vigilancia, al enemigo de la salvacion, con notable peligro tuyo.

Es indispensable en el trato con el mundo cerrar perfectamente las puertas de los sentidos si no quieres exponerte al grave riesgo de aficionarte, mancharte y pervertirte.

Las cosas del mundo que caen bajo el dominio de los sentidos, han de verse del mismo modo que si no se vieran; han de oirse como si no se oyeran; han de percibirse, por último, por cualquiera de los sentidos, como si no las percibieras.

Pero lo principalmente esencial es la guarda del corazon, porque así, aunque el enemigo ocultamente se coloque á la puerta, si



tú mismo no le abres, ni él podrá entrar, ni podrá tampoco perderte.

Cumple, pues, con el mayor cuidado el irrevocable propósito de estar unido conmigo con todo tu corazon, y de vigilar incensantemente todas sus entradas: una vez así, obra con confianza, dispuesto con ánimo firme á recurrir á Mí en los peligros, y á conducirte con fidelidad.

5. Evitarás, hijo mio, muchos peligros si te adorna constantemente cierta dignidad, no artificial, sino nacida de la virtud, y propia y conveniente de todo discípulo de mi Corazon.

Donde quiera que te halles, pórtate de tal manera que nada aparezca en tí degradante, ni ligero, ni fingido, ni violento; resplandezca, por el contrario, cierto suave decoro á propósito para contener á los demás y reducirlos á la observancia.

No te esclavices á criatura alguna, ni por las obras ni por los afectos: consérvate libre siempre y en todas partes.

Ni te confíes ni confíes á cualquiera tus secretos, prueba tu espíritu, y no te comuniqués sino despues de probado. Acuérdate que á muchos engañaron las apariencias, y perecieron por una familiaridad imprudente.

6. Muy conveniente será, hijo mio, prever lo que ha de pasar en el mundo: considerar atentamente qué es lo que hay que hacer y de qué modo se ha de hacer; con qué personas y en qué circunstancias se ha de tratar; qué medios se han de elegir, ya para conseguir los fines, ya para evitar el pecado.

Y sobre todo, más que en tu prudencia,

te es necesario confiar en la divina gracia: por esta misma razon ven á Mí, consúltame y ora frecuentemente.

Cualesquiera sean , hijo mio , los negocios en que estuvieres ocupado ; cualesquiera sean los hombres con quien vivas , debes conducirte de modo que tu corazon esté desembarazado de las criaturas , para que con fácil y piadoso movimiento vueles á Mí , separándote de la ocasion del pecado , y escondido en mi Corazon te veas libre de todo peligro.

7. *Voz del Discípulo.*— ¡Oh Jesus , el más dulce y el mas amable de todos los séres! Sabes Tú que si yo estoy en el mundo , es porque así lo ha dispuesto tu voluntad. Humildemente te suplico que , expuesto como estoy en el cenagoso mundo , me preserves para no mancharme con su lodo , y para no contaminarme con sus inmundicias.

¡Oh mi Dios! Cuanto más miro al mundo , más vil me parece ; cuanto más intensamente te medito , más vehemente saboreo tu dulzura ; cuantos más bienes hallo en Tí , tanto más y mayores me quedan que recibir.

¡Oh Jesus , sumo bien mio! Guárdame contigo , y concédeme que no me seduzcan ni el demonio ni sus tentaciones ; que no me engañe el mundo ni su embustera vanidad ; que no me venza la corrompida naturaleza , ni me hagan traicion los sentidos alucinados.

Fortaléceme con la gracia eficaz , para que , llevando una vida inocente en este mundo , me saques algun dia de sus peligros para llevarme á la seguridad de los cielos.

(*Imitacion de Cristo , lib. I , caps. VI y VIII , y lib. III , cap. XXXVIII.*)

## CAPÍTULO XXIII.

El sacratísimo Corazon de Jesus, exigiendo á sus discipulos la fe nos enseña á vivir la vida de la fe.

1. *Voz de Jesus*.—Cuando venga el Hijo del hombre, ¿juzgas acaso que encontrará una fe, nó cualquiera, sino viva, activa y ardiente?

Y esta es, sin embargo, la fe que exigí y exijo siempre de mis discípulos, porque soy siempre el mismo Dios, siempre igualmente digno, y para quien sólo se vive por la fe.

*Voz del Discípulo*.—Sí: Tú, Señor, eres Dios, siempre el mismo, siempre infinitamente digno, y á quien todas las cosas han de vivir perfectamente sumisas y enteramente consagradas.

*Voz de Jesus*.—Con razon lo crees así, hijo mio, porque todas las criaturas dan testimonio de que soy Dios. Tal me predicaron desde el principio los Patriarcas y los Profetas; como tal me señalaron la naturaleza y la ley, cuyo término soy Yo, Cristo.

Como tal me reconocieron todos los elementos del mundo: los cielos, al ofrecer en mi nacimiento una estrella; el mar, cuando se hizo camino de mis piés: la tierra, cuando, al verme padecer, se estremeció; me reconoció el sol cuando escondió sus rayos, com-padeciendo á su Autor agonizante.

Me reconocieron como tal los mismos infiernos, cuando manifestaron que sin licencia



mia ni podian acometer áun á los animales más pequeños, y cuando arrojaron á la vida los muertos depositados en sus entrañas.

Los ángeles dieron testimonio de Mí cuando en la Encarnacion me anunciaron como Hijo de Dios; en la Natividad me proclamaron Salvador del mundo, y sirviéndome durante la vida, y siendo testigos de mi Resurreccion.

Otro hay todavía que dió testimonio de Mí: mi Padre mismo, cuando repetidas veces declaró ser Yo su Hijo muy amado.

El Espiritu Santo dió igualmente testimonio de Mí, y no cesa de darle cuando por la inspiracion y movimientos de la gracia, y por la efusion de sus dones, atrae hácia Mí los corazones de los hombres.

Dan, por último, testimonio de mi divinidad mis propias obras. Porque por la virtud de mi poder los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los enfermos sanan, y hasta los muertos resucitan.

2. Todo esto, hijo mio, y cuanto es necesario para alcanzar la salvacion, ¿quien te lo enseña infaliblemente y sin peligro de error sino la Iglesia, por cuya boca hablo hoy con más claridad que hablé en otro tiempo por boca de los Profetas y Santos, que existieron en los pasados siglos?

Sí: la Iglesia es hoy la boca con que hablando enseño á las turbas; es el órgano con que exteriormente hablo á los hombres; es la regla próxima, infalible é irreformable de cuanto debe creerse: esta es, finalmente, la Iglesia en que existe la Fe de que el justo vive.

Sin la Fe es imposible agradarme; de donde se demuestra que todos los justos viven de la Fe que obra por la caridad.

3. La vida de la Fe tiene, hijo mio, á manera de ciertos grados, de los cuales es el primero, cuando el hombre, asistido por una gracia superior, cree en Mí, en virtud de la divina autoridad que habla por la Iglesia, y vive en el estado de gracia.

El milagro, hijo mio, es un testimonio de Dios: el milagro es la palabra patente de Dios, y el sello infalible de la verdad divina.

Y la Iglesia misma es un milagro; un milagro evidente, ya la consideres en su nacimiento y propagacion, fundada milagrosamente y sin el concurso de humanos auxilios, á despecho de los infiernos, y de todas las potestades del mundo, y de todas las perversidades de todo género de los hombres, que conspiraban contra ella por todos los medios imaginables, que brilló como el relámpago que nace en Oriente y alumbra en Occidente: ya la consideres en su conservacion y perpétuo aumento, cuando en medio de la fuerza y la rabia de tantos hijos desnaturalizados que la han combatido siempre en los pasados siglos, y en medio del furor de los perseguidores incansables en todos los tiempos en hacerla encarnizada guerra, bien por caminos conocidos, ó ya por caminos ocultos, y apareciendo siempre, cuanto mas atacada más firme, más extendida, más gloriosa y más coronada, sobre las ruinas de todos los siglos y sobre los escombros de los imperios de la tierra,

De este modo Yo, Dios, que hablo por un

milagro, hablo por esta mi Iglesia, que es un milagro permanente.

Bienaventurado el que escucha á esta Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica; el que la oye, á Mí me oye, seguro de que se halla en el camino de salvadora verdad; y el que no quiere oirla es como gentil ó publicano, no me oye, y camina por el sendero de mortífero error.

Si quieres, hijo mio, vivir protegido y seguro, únete en espíritu y corazón á la Iglesia que Yo mismo edificué sobre una roca inmóvil, á la que fecundicé con mi sangre, en la que vivo, á quien gobierno con mi Espíritu y á quien alimento de mi mismo Corazón.

Ten tu alma dispuesta de tal manera, que se someta con humildad y con alegría á cuanto ella enseña y manda; y prepara tu corazón de tal modo que la ame afectuosísimamente, como la mejor de las madres, como la madre santa de todos cuantos han de salvarse.

Pero la Fe, para que sea saludable, ha de estar animada por la gracia santificante: sin esta gracia, ni te unes á Mí, ni te haces miembro vivo de la Iglesia, que es mi cuerpo místico.

Razon por la cual está escrito con muchísima verdad que la Fe sin las obras es Fe muerta; y aún cuando perdida la gracia por el pecado, no siendo contra la Fe, no se pierda la Fe, la Fe que permanece en nosotros es verdadera, pero está mortificada.

Conserva, pues, hijo mio, con el mayor esmero la Fe divina, don especial de tu Dios, y manifiesta que vive en tí esta Fe por las obras hechas en estado de gracia.



4. El segundo grado de esta virtud divina consiste en que una ardiente fe anime todos los actos voluntarios, así interiores como exteriores.

El que tiene una fe viva se dirige siempre según los eternos mandatos de la fe, por los cuales comprende que ha sido criado para un fin sobrenatural, que es la bienaventuranza perdurable conmigo, y que todas las criaturas inferiores de la tierra han sido criadas para ayudar al hombre en la consecución de este mismo fin.

Si la fe languidece en muchos, es porque descuidan la consideración de las verdades de fe, demasiadamente ocupados en lo que es del mundo y de la carne.

Si se contemplaran bien, si se aceptaran de todo corazón las verdades eternas, mucho más amaríamos las cosas que pertenecen á Dios y conducen á la salvación; la fe resplandecería más, y produciría mayores y mejores flores y frutos.

Todo discípulo de mi Corazón, hijo mío, tiene y aumenta esta fe viva; vive de ella animado por la Esperanza y abrasado por la Caridad, caminando y subiendo de esta manera de virtud en virtud.

5. Acostumbro á preparar poco á poco á una fe pura á muchos de los que llamo á una esclarecida santidad. Esta fe pura es el tercer grado de la vida de la fe, en el cual, por una fe perfecta, se vive interiormente una vida sobrenatural; y en medio también de las tinieblas y de las tentaciones, y siguiendo de una manera casi ciega las luces de la fe, bajo la obediencia, se me sirve fielmente y

como si no se viera ni se supiera si se me sirve ó no se me sirve.

Si mi Espíritu, hijo mio, te conduce á esa vida, entra con mucho valor en ella, y sigue con intrépido corazon y bajo la obediencia las inspiraciones divinas.

Y cuando camines por estos senderos interiores, donde nada veas, pero donde por todas partes te encuentres rodeado de enemigos que alguna vez pensarás se han apoderado de tí; donde á tus pies verás abierto un abismo en que temblarás caer á cada paso; donde imaginarás sobre tí el cielo airado contigo y te parecerá que así lo ves; andando siempre sin saber por dónde ni hácia quién, sino pensando que te acercas á tu propia ruina, entónces, hijo mio, anima tu fe, y sigue con fe pura y ciegamente la direccion de aquellos que hacen mis veces para contigo.

No se turbe tu corazon, hijo mio: ten buen ánimo, y no olvides que marchas por un camino por donde Santos muy grandes marcharon ántes que tú, y que si por él no hubieran ido, jamás se habrían santificado.

Cuando hayas desarraigado lo bastante la escondida soberbia y el amor propio; cuando la principiada purificacion sea ya perfecta segun mi consejo, se abrirán los ojos de tu alma, y asombrado verás que vives una vida nueva, que será como especie de garantía de otra vida sempiterna.

Vivirás despues, hijo mio, con la pureza de la fe, como en una bonanza inalterable; verás lo que ántes no veías; te regocijarás con lo que ántes no te habías regocijado;

comprenderás y gustarás con un nuevo sabor los secretos de mi Corazon, y, finalmente, no irás, sino que volarás á la perfeccion.

6. *Voz del Discípulo.*— ¡Ser de los séres, Dios que ni puede engañarse ni engañarnos! Creo cuanto propones para creerse, por tu Santa Iglesia Católica, á la que instituiste custodio, testigo, intérprete de tu saludable doctrina; á la que pusiste como fundamento indestructible de la verdad, y á la que de tal manera proteges con tu poder, que las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella.

¡Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica! ¡Virgen Esposa de Jesus, Hijo de Dios, que contigo está todos los dias y hasta la consumacion de los siglos; que tienes su nombre escrito en tu frente, y sobre tus brazos su sello divino; manifiesto y perpétuo milagro: quien no te conoce, está falto de razon; quien no te ama, no tiene corazon; quien no te escucha, sea tenido como un gentil!

¡Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica! ¡Madre amantísima; Madre amabilísima, á la que quien no tiene por Madre, tampoco tiene á Dios por Padre! Amada patria; amada familia; vida amada, é incomparablemente más amada Tú, Madre mia, Iglesia divina! ¡Oh Madre carísima! olvidado sea yo, si alguna vez me olvidare de Ti. ¡Desfallezca mi corazon si no te amare y no te reconociere como el principio de mi alegría y de mi gloria!

¡Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica! ¡Reina Salvadora del mundo, y cuyo rei-



no eterno está esparcido por el orbe; cuyos súbditos, el rico y el pobre, el sabio y el ignorante, el europeo y americano, el asiático y africano, son hijos de una misma madre, son hermanos de un mismo modo, príncipes todos, y todos destinados para reinar por toda una eternidad; á la que iluminan los Apóstoles, espléndidos astros del mundo; cuyos triunfos celebran millares de mártires; cuyas grandezas patentizan las legiones de confesores; cuya hermosura, siempre nueva, publica la multitud angélica de las vírgenes; cuyo nombre y honor embellecen todos los héroes de la virtud; aquí me tienes con millares de tus hijos de las cuatro partes del mundo, y de todas las naciones, y de todos los pueblos y de todas las lenguas, nos levantamos y te bendecimos, diciéndote con una sola voz y un solo corazon: « ¡Levántate enriquecida de tu hermosura, adelántate presurosa, y reina! ¡Extiéndase el beatífico reino tuyo hasta las extremidades de la tierra, para que en él todos y cada uno de los mortales sirvamos unidos á Dios, nuestro Salvador, con alegre corazon, hasta que arribemos á la ciudad celeste, á la compañía de muchos millones de ángeles, á la Iglesia de nuestros antepasados, que están ya en los cielos! »

(*Imitacion de Cristo*, lib. I, cap. III, núms. 3, 4, 5 y 6, y lib. III, cap. LVIII.)

## CAPÍTULO XXIV.

El sacratísimo Corazón de Jesús, ofreciendo la salvación á los que perseveran, y los medios de salvación á los que piden confiadamente, nos enseña á vivir la vida de la Esperanza.

1. *Voz de Jesús.*—Venid todos á Mí: tened confianza: el que se acerque á Mí no será desechado.

Espera, pues, en Mí, hijo mío, y nada temas: Yo soy tu Criador que te redimió y te llamó; tú eres mío; Yo soy tu Dios y tu Salvador.

La Esperanza, hijo mío, es el áncora de la vida: así como el áncora afirma la nave en el mar, así la Esperanza sostiene el alma para Mí.

Todo lo presente se hace con la esperanza de lo futuro: arrancada la esperanza del corazón de los mortales, morirían en la inercia, dejarían languidecer y perecer todas las cosas.

La Esperanza es el alimento de los hombres, y estimula los corazones, impeliéndolos á generosas empresas.

Pero la esperanza mundana es incierta y fútil, engaña y desaparece: la esperanza divina es cierta, inmóvil é infalible, porque se apoya en mi palabra, sostiene al que espera, y premia al perseverante.

La primera produce, ó la temeridad, ó el abatimiento; la segunda, la magnanimidad humilde y constante.

Esta Esperanza santa te es, hijo mio, necesaria para que con valiente corazon aspire a la corona, y para que la alcances al través de desesperadas dificultades.

Vive de la Esperanza, aumenta con todas las fuerzas de tu corazon la confianza en Mí: pues en Mí está toda esperanza de vida, de virtud y de santidad.

2. El grado primero de la vida de la Esperanza consiste en esperar el hombre con confianza segura la eterna bienaventuranza y los medios para alcanzarla con el auxilio divino.

Siendo, hijo mio, mi misericordia infinita, nadie tiene motivo para desesperar en la vida. La desesperacion es un pecado horrible; un crimen infinitamente injurioso á mi Corazon. Y ¿qué otro más perjudicial para el hombre? La desesperacion hace caer al que no había caído, y al caído le impide levantarse.

A ninguno, sin embargo, le es permitido presumir vanamente. Guárdese, pues, el hombre de confiar en sí mismo, y no en Mí, que humillo á los presuntuosos y guardo á los que en Mí confían.

Alienta, hijo mio, y obra con valor; no pierdas la confianza, que al cabo tiene extraordinaria recompensa. A los que en Mí esperan y obran el bien hasta el fin, les tengo prometida, como á hijos míos, la vida eterna, misericordiosamente y como galardón que por esta mi promesa han de recibir fielmente sus méritos y buenas obras.

3. El segundo grado de la vida de la Esperanza es cuando el alma, en medio de los trastornos y adversidades del mundo, de tal



modo confia en mi amantísima y sabia Providencia, que, una vez hecho lo que con buena y sincera voluntad haya podido, se abandone á Mí en todo lo demás.

Cuando las cosas, hijo mio, no se realicen segun tu deseo, no te abatas desconsolado; levanta entónces tu alma y acude á mi Corazon: siempre le hallarás Corazon de Padre: siempre encontrarás en Él compasion, auxilio y bondad inagotables.

Ni tus propias miserias sean bastante á disminuir tu confianza en Mí. Cuanto más miserable te reconozcas, tanto más motivo tienes para desconfiar de tí y para confiar en Mí.

Para que la desconfianza de tí mismo sea buena, ha de producir la confianza en Mí. Rechaza, pues, inmediatamente y como peligrosa toda desconfianza que engendre pusilanimidad ó abatimiento.

Arrójate en el seno de mi Providencia, como el niño en el regazo de su madre: no perecerá nunca el que descansa en los brazos de un Padre como Yo.

Sería en verdad un milagro como no le ha habido nunca y como no ha de conocerse jamás, que mi Corazon abandonara ó no socorriera á los que en Mí tienen puesta su confianza.

4. Finalmente, el tercer grado de la vida de la Esperanza es cuando el alma, aun entre los más graves obstáculos y las dificultades más árduas de todo género, confia profundamente en Mí con una esperanza perfecta, al ménos miéntras no percibe, por los principios de la fe, razon para salir de ellas.

Si no hallas medio de salvar las dificultades que te acosan , levántate , hijo mio , sobre todas las cosas humanas ; entrégate con una esperanza pura todo á Mí , en quien está el poder , si quiero ; y el querer , si te es conveniente y confías en Mí absolutamente.

Debes esperar en Mí tanto más y con mayor firmeza , cuanto las cosas te parezcan más desesperadas. Propio es , pues , de mi Corazon suministrar auxilios divinos más abundantes á los que , faltos de recursos humanos , acuden á Él confiadamente.

No olvides , hijo mio , que defiende más fuertemente aquello que el demonio combate con mayor violencia , y que preservo con mayor estabilidad lo que más el enemigo trabaja por destruir.

Buen ánimo , hijo mio , ¿qué temes? Tienes á Dios contigo : ten valor ; obra con esperanza , y marcha con intrepidez.

Si mirando á cualquiera parte te parece ver siempre abierto á tus plantas un abismo profundísimo , permanece entre mis brazos y vive en mi Corazon , resignado á todo : entónces , por último , cuanto te veas desprendido de toda confianza y esperanza propia , y cuando te consideres perdido y sin recurso humano , entónces maravillosamente te encontrarás á tí y me encontrarás á Mí : á Mí presente , y á tí salvo.

Y desde entónces , hijo mio , todo será nuevo para tí : tu esperanza será á la vez heroica y dulce : tu confianza en Mí llena de consuelos y rica de paz inalterable.

5. Yo sé muy bien , hijo mio , lo que te conviene ; Yo puedo lo que tú no puedes : dé-

jame obrar : tú coopera únicamente , pidiendo y esperando.

Muchos hay que desfallecen y se acobardan cuando inmediatamente no alcanzan ó lo que desearon ó lo que pidieron.

El que pide con confianza , hijo mio , lo que no es contrario ni á su salvacion ni á mi gloria , siempre recibe ; pues ó recibe lo mismo que él pidió , ó en su lugar lo que Yo sé que le es más conveniente ; y entónces lo recibe cuando le conviene recibirlo. Algunas veces tambien , no niego , pero retardo lo que se me ha pedido , para concederlo en tiempo más oportuno.

Y puesto que tú muchas veces piensas humanamente , juzgando serte bueno lo que si alcanzaras no sería bueno para tí , y como por lo comun ignoras en particular qué ó de qué manera te sería mejor , por esta razon debes referirte en todo á Mí , y perseverar tranquilamente en pedir y en esperar.

Algunos hay que al principio se confían todo á mí , pero despues quieren resolver por si mismos algunas dificultades : entónces Yo permito queden más y más envueltos en las mismas dificultades , para que aprendan á desconfiar de sí y á confiar en Mí en todas las cosas.

6. ¿ Quién , hijo mio , confió en Mí jamás en vano ? ¿ Quién vió fallida nunca la esperanza que había depositado en mi Corazon ?

La esperanza de mi Madre alcanzó mi primer milagro público , por el cual convertí el agua en vino.

Y áun cuando parecía perdida toda esperanza de alcanzar el beneficio deseado , con-



fió, sin embargo: conocía mi Corazon, y consiguió el bien apetecido.

La hemorroisa quedó por la esperanza libre de su prolongada y dolorosa enfermedad. Acercóse á Mí animada de una confianza tal, que la hizo decir: «Si toco solamente la orla de sus vestidos, sanaré.» Y de hecho quedó sana.

La Cananea alcanzó con la esperanza consuelo y alivio en su afliccion. Aunque probadas más y más su confianza y su fe, ella, aumentando la fe, creció en la confianza; oró con más intensidad para que, compadeciéndome, la ayudase. No en vano confió; no en vano oró; pues alcanzó lo que deseaba.

Barthimao, el ciego, por la esperanza recobró la vista. Pedía confiado, gritando al verme pasar: amonestado por muchos para que callara, gritaba con más y mayor fuerza, y decía: «Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí.» Y compadecido de él, abrí sus ojos, y vió.

El leproso quedó limpio por la esperanza: «Señor, exclamó lleno de fe: si quieres, puedes limpiarme.» Y mi Corazon así interpelado, y movido á compasion: «Quiero, le contestó; límpiate,» é inmediatamente se curó.

Lázaro, pobre y enfermo, cubierto de úlceras, abandonado y despreciado por el rico perseveró, padeciendo santamente: es que miraba únicamente á la recompensa; y no en vano, pues cuando murió fué llevado á la compañía de los ángeles.

¿Qué más? Ninguno que esperó en Mí quedó confundido. Depon todo temor, hijo

mio : depon toda desconfianza , y confíate á mi Corazon en la vida y en la muerte.

7. *Voz del Discípulo.*— ¡ Oh Jesus, y qué bueno y cuán suave eres ! ¡ Sí, Jesus mio ; Tú eres la misma bondad. Tú eres la misma suavidad !

¡ Oh Jesus, mi Dios y mi Salvador ! obra- ré con confianza y sin temor, acordándome de tu Corazon ; porque es infinitamente bueno, y porque su misericordia dura por los siglos de los siglos.

Acuérdate , Jesus manso y humilde, de que ninguno de cuantos han recurrido á tu amantísimo Corazon en cualquiera necesidad, ha sido desechado jamás ni ha dejado de ser favorecido. Yo, animado de esta confianza, llego á Tí ¡ oh Jesus ! acudo á Tí, abrumado por mis miserias, y con miserias y todo me entrego á tu corazon. No quieras, mi Dios y Padre mio, rechazarme, pues que soy tu hijo, aunque indigno : ántes bien admíteme dentro de tu Corazon, y no permitas me separe nunca de él. Véate siempre á mi lado, ¡ oh bonísimo, oh piadosísimo Jesus ! Véate siempre á mi lado en todas mis necesidades, ahora y siempre, y muy en particular á la hora de mi muerte.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. LIX.*)

## CAPÍTULO XXV.

El sacratísimo Corazon de Jesus, preceptuando á todos el amor, nos enseña á vivir la vida del amor divino.

1. *Voz de Jesus.*— Amarás, hijo mio, al Señor tu Dios con todo tu corazon y con todas

tus fuerzas. Este es el primero y principal mandamiento.

Yo soy, hijo mio, tu Dios y tu Señor; por Mí has sido criado; por Mí fuiste tambien redimido.

Y el precepto de amarme, ¿es por ventura difícil? ¿No es acaso dulce? ¿No es por ventura saludable y lleno de todo bien?

¿Qué cosa más facil que amar? El amor es la vida del corazon; un corazon no puede vivir sin amor. De este modo está formado tu corazon, hijo mio; y Yo mismo así le constituí, así le formé. Crié tu corazon para amar, pero para amarme á Mí.

¿Conoces, hijo mio, quién, cómo y cuál es mi Corazon? ¿Puede por ventura hallarse, ni en la tierra ni en los cielos, objeto de amor más dulce que mi Corazon? ¿Es mi Corazon otra cosa que la misma dulzura?

Pregunta á los que lo han experimentado: pregunta á los Santos que, embriagados de las dulzuras divinas de mi amor, olvidaron cuanto era del mundo, y hallaron dulcísimo y lleno de consuelos lo que por su naturaleza era amargo.

Pregúntalo á los ángeles, que gozan mi amor, y se alegran y se regocijan en él perpetuamente.

¿Encontrarás, por último, tanta riqueza para tí en cualquier extraño objeto, ya para el tiempo, ya para la eternidad? ¿Qué hay verdaderamente bueno que no lo halles en mi Corazon? Dilata tu corazon cuanto quieras, y todos tus deseos quedarán cumplidos.

Si deseas paz, si consuelo, si virtud, si perfeccion, si seguridad, si cualquiera otro



bien para la vida y para la muerte, en mi Corazon lo tienes, y amándome se consigue.

Excita tu corazon, hijo mio; ama con todo tu corazon, ama con todas tus fuerzas; pero ámame á Mí, que soy todo tu bien.

Desaparezca desde ahora el temor que engendra el pesar; disípiase la pusilanimidad que oprime el alma; ama, hijo mio, y sé libre: ama y sé bienaventurado.

Vive en adelante la vida del amor, como es conveniente, como es necesario á un discípulo de mi Corazon.

2. El primer grado de la vida del amor divino es amarme con tal amor de preferencia, que guardes todos los mandamientos que obligan bajo pecado grave, sin permitirte quebrantarlos deliberadamente por cosa ninguna.

El que de este modo no me ama, vive en la muerte. Es imposible que la vida y la muerte, el amor divino y el pecado mortal, habiten á la vez en un mismo corazon.

Obras son amores; las obras son las que dan testimonio del amor: así, aquél que guarda mis mandamientos, aquél es el que me ama.

Y tú en esto conocerás que me amas: en que guardes mis mandamientos.

Este grado de caridad, esta caridad es necesaria á todos para la salvacion, de tal manera, que aunque uno comprenda todos los misterios y posea toda la ciencia; aunque distribuya todas sus riquezas para alimento de los pobres; aunque entregue su cuerpo á las llamas; aunque hable con la lengua de los ángeles y posea todas las virtudes; si le falta

esta caridad, de nada le sirven para la vida eterna.

En él es donde se negocia la eterna salvacion. Y el que ama á su padre y á su madre, y á su mujer y á sus hijos, y á sus hermanos y hermanas, ó sus bienes ó su vida más que á Mí, no es digno de Mí, ni apto para el reino de los cielos.

Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos, evita el pecado mortal, sean los que sean los esfuerzos y sacrificios que esto te cueste.

3. El segundo grado de la vida del amor divino consiste en amarme con amor tan afectuoso y desinteresado, que busques siempre eficazmente agradarme, y ni por consideracion alguna consentas en ofenderme con el pecado venial.

Hijo mio, si tu corazon es verdaderamente digno de un discípulo mio, me consagrarás exclusivamente todos tus afectos; sólo á Mí procurarás agradar entre todo lo criado, y evitarás con el mayor esmero cuanto sepas me es desagradable.

Dime: ¿qué amor será aquél que por la vanagloria, por el deleite de los sentidos ó por cualquier beneficio recibido de la naturaleza corrompida, no duda, no ya solamente crucificarme, sino escarnecerme, herirme y llenarme de amargura?

Si Yo no te amara mejor; si Yo no cuidara más de tí, ¿qué sería de tí, hijo mio? Y si porque una y otra falta repetidas no te destruyen completamente, yo te abandonara y no te atendiera, ¿qué experimentarías?

¿Y deseas la paz? ¿Y buscas mi amistad?

¿Y suspiras por mis consuelos? ¿Y apeteces seguridad? Pues tú mismo, con el pecado aún venial, ciegas el manantial de tantos bienes.

¿De dónde, pues, provienen tus turbaciones, tus molestias, tus angustias y peligros, sino de no sacrificar con generoso corazón cuanto el amor divino quiere que sea sacrificado?

Tú me llamas tu Dios; tú me llamas tu Padre; y es más, tú me llamas también tu Amado; pero si soy tu Dios, ¿qué has hecho de mi honra? Si soy tu Padre, ¿dónde está tu amor? Si soy tu Amado, ¿dónde está el afecto, dónde está la ternura?

Pero si en otro tiempo así me abandonaste; si algún día vivías separado de Mí y sin amarme, ambiciona al ménos ahora mayores carismas, y Yo te manifestaré un grado más excelente todavía.

4. Este será el grado tercero de la vida del amor; de puro amor, con el cual tan perfectamente me ames que tengas conmigo el mismo querer y el mismo no querer, viviendo de esta manera conforme y uniforme con mi divina voluntad en todas las cosas.

Esta es ya, hijo mío, la perfección del amor; ésta, la unión verdadera de los corazones; ésta, la vida de los Santos.

Este amor hará que aborrezcas y huyas de cuanto Yo huyo y aborrezco, y que te deleites con aquello que á Mí me agrada.

El amor puro, la unión verdadera consiste en la mútua y eficaz conformidad de los corazones. Sean cuales fueren tus sentimientos, si no quieres ó dejas de querer lo que Yo quiero ó no quiero, si no gustas de lo que Yo



gusto, si no abrazas en mi compañía cuanto disponga la voluntad divina, no hay verdadero amor, no hay union verdadera.

No te turbes, sin embargo, hijo mio, si hallas difícil conformarte con la divina voluntad de tal manera que te parezca como que lo haces absolutamente contra la tuya; pues conformándote libremente, aún cuando sea con dificultad, quieres eficazmente lo mismo que Yo quiero. Si no quisieras, no te conformarías, porque en verdad ninguno puede lo que no quiere. Y en esto conocerás que la repugnancia que sientes está únicamente en la parte inferior de tu corazón.

5. El amor puro, hijo mio, encamina todas las cosas á la union: semejante al fuego, todo lo convierte en sí mismo.

La voluntad divina es el principio, y el modo, y el fin de todo cuanto hace y de todo cuanto padece.

Trasforma en cierta manera en sí todas las virtudes, y las ennoblece con su propia excelencia. Toda virtud es amor, y todo amor es virtud para el que ama con pureza.

Si ya de hecho, hijo mio, no has llegado todavía á esta unidad de amor, esfuérzate, acostúmbrate á vivir del amor, á obrar por el amor, á padecer por él amor, y por último llegarás.

6. Ama, hijo, este amor santo que, siendo uno solo, todo lo realiza, y que obra maravillas con extremada dulzura.

Él riega lo que es árido, sana lo que está enfermo, suaviza lo que aparece áspero, calienta lo que está frío, encamina lo que va extraviado.

Es luz de los corazones, el mejor consolador; es huésped dulce del alma; dulcísimo refrigerio y descanso en la fatiga, y en la agitacion templanza, y solaz en el llanto.

Santifica admirablemente y arrebatada á las almas inocentes: acuérdate si no de Juan, el discípulo amado, que reclinó su frente sobre mi pecho en la noche de la cena; y contempla cómo, arrebatado de amor, se remontó como el águila respirando el amor divino.

Acuérdate de aquella Marta que me sirvió; que, animada por el amor, volvía siempre elevándose como el girasol, hácia Mí, esparciendo por donde quiera el fragantísimo olor de todas las virtudes.

Acuérdate de otras santas vírgenes, que se consagraron á Mí: de qué modo, sobreponiéndose á todas las cosas del mundo, se hicieron espectáculo en el que Dios se recreaba, en que se regocijaban los ángeles, y por el que venian á Mí los corazones de los mortales.

Es más: este mismo amor borra multitud de pecados, los consume, y de los pecadores hace santos: testigo María Magdalena, mudada, por la pureza de su amor, en una nueva criatura, amante con seráfico ardor.

Testigo Pedro, que compensado con el amor su negacion, quedó convertido en Príncipe de los Apóstoles, en Pastor de mis corderos y de mis ovejas, y en caudillo de santidad.

Testigo Pablo, que, trasformado por el amor y abrasado por el amor, corrió por el mundo, como el fuego por las espigas, co-

municando á todos los pueblos los incendios de su amor.

7. El amor, hijo mio, se aprende amando: ama mucho, si quieres adelantar mucho en la ciencia del amor divino.

No te contentes con un amor árido y que carezca de unción: aliméntale afectuoso. Es verdad que no depende de tí experimentar un amor sensible, pero afectuoso puedes tenerle siempre si no le abandonas.

Aumentarás este amor orando piadosamente, pidiendo con frecuencia el don del amor y el incremento de este mismo don, comunicando conmigo más por el afecto que por la meditacion, derramando en Mí tu corazón más que ocupando tu mente en mi presencia.

Aumentará este amor el ser tu alma agradecida á cuanto posees y has recibido de Mí; la vida, la conservacion, los bienes todos naturales: la redencion, la vocacion, la gracia, todos los medios de salvacion, y por último todos los demas bienes sobrenaturales.

Aumentará este amor tener siempre presente cuánto te he amado, cuánto he hecho por tí, cuánto he padecido por tí: qué es lo que te he dado, y qué es lo que te tengo preparado en el tiempo y en la eternidad: con cuánta misericordia, con cuánta benignidad, con cuánta suavidad me he conducido siempre, y particularmente contigo.

Aumentará este amor no olvidar nunca que Yo soy aquél en quien los ángeles y los Santos en el cielo, y los escogidos en la tierra, hallan constantemente su bienaventuran-



za; á quien el cielo y la tierra juntamente, y cuanto en ellos existe, aclaman como digno de ser amado de todo corazon y con todas nuestras fuerzas.

8. *Voz del Discípulo.*—¡Oh, Jesus! ¡Oh amor! ¡Qué admirables, qué divinos, que suaves sentimientos brotan de tu Corazon!

¡Oh Dios y mi Salvador! ¿Quién soy yo y quién eres Tú? ¿No sería bastante, no sería demasiado darme Tú solamente permiso para amarte?

¡Y hé aquí que para que no dude si me es permitido á mí, criatura miserable, aspirar á un lugar en tu Corazon, me mandas que te ame! ¡Oh amor! ¡Oh prodigio de amor! ¡Suavidad del amor! ¡Oh dulcísimo Jesus!

¿Y no te amaré, buen Jesus, y no te amaré? Sí, Jesus mio, sí; te amaré con todo mi corazon; te amaré con todas mis fuerzas.

Todo cuanto soy: todo cuanto tengo, todos tus dones y beneficios, el cielo y la tierra y todo, me impele á amarte; pero nada me impele tanto como Tú, Tú mismo, que eres la causa y el fin, el objeto y la recompensa del amor.

¡Oh Jesus y mi Señor! El sobresalir en tu amor, y amarte á competencia con los mismos ángeles, será desde hoy mi única y mi exclusiva ambicion.

Excédanme los demás en todas las demas cosas; lo toleraré fácilmente, lo soportaré de buena voluntad; pero, ¿como sufriré, cómo toleraré el ser inferior á los demás en amarte?

¡Ea, mi Jesus, amado de mi corazon! Hágame á semejanza tuya todo amor y un mismo amor contigo.

¡Oh Jesus mio ! ¡ Quien me diera poder abrasar en tu amor á todo el mundo, atraer á Tí todos los corazones é inflamarlos en tu amor !

Concédenos, te lo suplico, que, viviendo todos en tu amor, vayamos á gozar contigo una bienaventurada eternidad.

(*Imitacion de Cristo, lib. III. cap. V.*)

## CAPÍTULO XXVI.

El Sacratísimo Corazon de Jesus nos enseña á dedicarnos siempre al adelante en las virtudes.

1. *Voz de Jesus.*—Yo, hijo mio, lo hice todo bien, pues hice únicamente lo que era del agrado de mi Padre.

Y en esto, ¿ me detuve jamás durante mi vida? El que quiere permanecer conmigo, ha de andar lo mismo que Yo anduve: porque si andando Yo él se detiene, ¿ cómo permanecerá conmigo?

La verdadera virtud, hijo mio, en esta vida nunca se detiene: y si se descuida en hacer progresos ulteriores, es, ó por cansancio, ó por miedo.

El que es justo, justifiquese más; el que es santo, santifiquese más.

Por mucho que uno haya adelantado en la virtud, mucho más puede y debe adelantar todavía. O pueden ser mejor ejecutadas las obras del hombre, ó el fin de estas mismas obras puede ser más puro, por medio del amor cuyo objeto es infinito; ó pueden, fi-

nalmente, perfeccionarse de una manera mejor las diversas condiciones de las mismas obras.

De aquí, hijo mio, el que si te examinas con sincero corazon, hallarás sobrado motivo para humillarte, pues que tantas veces desmayaste en algun punto: y tendrás un estímulo poderoso para adelantar en mi amor, cuando contemples que apruebo amante y premio generoso lo que hallo bueno en tus obras; y que tolero y áun perdono, si me ruegas con humildad, lo que es defectuoso.

2. No midas nunca tus adelantos ni por la natural facilidad, ni por la devocion sensible, ni por una inclinacion cualquiera de la naturaleza, pues todo esto es engañoso y falaz.

Mide con seguridad y confianza tu aprovechamiento verdadero en las virtudes, solamente por los esfuerzos que hagas para vencerte generosamente y para anonadarte en mi amor.

Guárdate bien, hijo mio, de darte por satisfecho únicamente con las virtudes naturales: pues las virtudes hijas sólo de la naturaleza, ni granjean frutos eternos, ni producen flores celestiales; si alguna cosa engendran, si algo dan, es solamente temporal, y que rápidamente desaparece.

Toda planta que el mismo Dios no plantó, toda planta que no tiene su origen en la gracia divina, será arrancada.

Camina, pues, á la perfeccion por las virtudes sobrenaturales y sólidas, que, hijas del principio de la gracia, se hacen más firmes y más perfectas por actos generosos y repe-



tidos, y que florecen y fructifican mucho más para la vida eterna.

No es siempre para tí lo mejor lo que es en sí más perfecto: lo que verdaderamente es más útil es aquello que, dependiendo de la voluntad divina, te ayuda á conseguir el fin con el auxilio de las virtudes.

Unos cifran el aprovechamiento en multiplicar los ejercicios de piedad, otros en otras prácticas distintas, y todos ellos, en lugar de adelantar, atrasan muchas veces, ya porque la perfeccion no consiste en esto, pues que son solamente medios para conseguirla, ya porque, impedidos por la muchedumbre ó la incongruencia de los medios, no pueden obtener el fin.

3. Una sencilla criada, hijo mio, que hace únicamente por mi amor lo que la divina voluntad exige de ella segun su estado ú oficio, es mucho más agradable á mis ojos que aquella persona religiosa que descuidando cuanto pertenece á su oficio y vocacion, pasa los dias y las noches orando, y tal vez derramando lágrimas de devocion sensible.

Si deseas cumplir bien con tu empleo, apréciale y ámale en primer lugar, nó porque sea conforme á tus inclinaciones, sino porque así es la divina voluntad, que ennoblece y hace preciosas á la vez aún las cosas más pequeñas. Si no le sabes apreciar, no le amarás mucho tiempo; si no le amas, poco tiempo le desempeñarás bien; porque no ayudándote, ántes bien resistiéndolo el entendimiento y la voluntad, el obrar y el padecer bien han de durarte poco.

Busca luégo no agradarte á tí ni á tu natu-

raleza; búscame á Mi, y atiende en todo y por todo solamente al cumplimiento de mi voluntad.

Desempeña despues lo que corresponde á tu empleo con energía en la ejecucion, atento únicamente á alcanzar lo que sea del divino agrado: pero con suavidad en el modo, y siempre prudente en el uso de los medios.

Acostúmbrate, por último, á practicar cuanto á tu empleo ú oficio pertenece sólo por mi amor, presente á tí y preparado siempre á dirigirte y ayudarte en circunstancias particulares. Así lo harás todo con facilidad y seguridad, y conseguirás la perseverancia.

Pero ya sea que desempeñes las obligaciones de tu estado, ya te consagres á los ejercicios de piedad, sea tu primer cuidado hacerlo todo bien: este es el fertil campo de sólidas virtudes; esta la mies abundante de meritos verdaderos.

Si esto descuidas, ten presente que todo lo demás que hagas extraordinario, es ilusorio. Ni los milagros, ni las profecías, ni los éxtasis, ni cualesquiera otros dones, si todos los poseyeras, serían bastante á santificarte.

4. Si tu corazon, hijo mio, anhela aprovechar verdaderamente, necesario es que desees con eficacia el aprovechamiento. La perfeccion y sus progresos, en el órden de la gracia, no pueden alcanzarse sino previos los deseos del corazon.

Si el corazon no desea eficazmente, ningun medio podrá hacerte perfecto; pues nadie viene á Mi por la violencia, sino por el afecto.

Recuerda que muchos Santos llegaron, entre obstáculos insuperables y con pocos medios externos, á lo sumo de la virtud, porque su corazon estaba siempre abrasado por la sed continua de la perfeccion.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Si alguno está sediento de ella, venga á mi Corazon, y beba en esta fuente de aguas vivas que saltan hasta la vida eterna.

Ven, hijo mio, y bebe de esta fuente, y verás qué suave es servirme por amor: y así como despues que se ha saboreado la miel todo lo demás es amargo, así cuando hayas gustado las dulzuras del amor de mi divino Corazon, verás que te son amargos cuantos manjares te brinda la corrompida naturaleza.

Pide, hijo mio, pide fervorosamente, para que, iluminado de lo alto, conozcas el riquísimo precio de la perfeccion, y para que constantemente te abraze el deseo de alcanzarla.

Trae frecuentemente á la memoria los grandes, los poderosos motivos que te están empujando siempre á mayores adelantos en la perfeccion.

5. *Voz del Discípulo.*—¿Y cuáles son estos, Señor? Dígnate, Dios mio, indicárseles á tu siervo.

*Voz de Jesus.*—Considera, hijo mio, quién es Aquel á quien sirves, cuán amable por sus perfecciones infinitas, que arrebatan el alma de los moradores del cielo, y te estimularás al amor.

Recuerda los beneficios de todo género que solamente por caridad te he dispensado;



y si tu corazon no ha perdido completamente la facultad de sentir, me amarás por un nuevo sentimiento de gratitud.

Pesa la gravedad y la multitud de pecados que te he perdonado con Corazon tan paternal. ¿Crees, por ventura, que harás bastante por Mí, por mucho que sea lo que hagas?

Contempla la múltiple y continua infelicidad de aquéllos á quienes esclaviza el pecado ó la tibieza, y la inefable felicidad de aquéllos que, por el contrario, me sirven con fervoroso amor.

Repara la hermosura admirable de la virtud y la fealdad abominable del vicio; cómo con la primera el hombre se une á los ángeles; cómo con el segundo se asemeja á los demonios.

Medita la brevedad de la vida presente y la eternidad de la vida futura; la muerte cierta y la incertidumbre de la hora de la muerte.

Considera con el entendimiento y con el corazon á la vez, qué será estar sin fin en los infiernos; qué será subir á los cielos por toda una eternidad, y figúrate que estás en los unos ó en los otros.

Si esto contemplas, hijo mio, con frecuencia, y de tal modo que lo tengas como presente, adelantarás en los progresos de la perfeccion.

6. Muchas veces, sin embargo, el hombre se separa del verdadero aprovechamiento, y las más de ellas es, ya porque deja entibiarse mi amor en su corazon, abandonando los fervorosos ejercicios de la vida interior, ya porque concediendo demasiado á la

naturaleza, se resiste á sobreponerse á sí mismo ó á humillarse en alguna cosa.

Hay algunos tambien que ciertamente no abandonan la senda del aprovechamiento, pero retardan su dichoso fin de varios modos: así se estacionan aquéllos que debiendo avanzar, invierten el tiempo recreándose en mirar la distancia que ya han corrido. Tú, hijo mio, olvida lo que dejas atrás, seguro, en aquél á quien lo confiaste, y recorre con velocidad incansable lo que te falta de camino.

Tambien adelantan poco aquéllos otros que con tal timidez principian, que dirias que á cada paso que dan quieren examinar dónde ponen el pié. Tú, empero, hijo mio, confía en Mi más que en tí; y puestas aquellas diligencias moralmente posibles, con el esfuerzo animoso del divino amor, vuela superior á todo, hasta tocar el fin.

Detiénense tambien aquéllos otros que atormentan la imaginacion y acongojan su corazon con dificultades que regularmente jamás suelen ocurrir, de tal modo, que por este miedo y cobardía apenas aciertan, y ni aún pueden moverse: bástale, hijo mio, al dia su malicia: hoy adelanta tú, caminando alegremente: deja á mi cargo el futuro mañana, y Yo proveeré.

7. Acuérdate, hijo mio, de que por el peso de tu propia naturaleza propendes siempre á la inaccion y á una quietud desidiosa: excita, pues, tu voluntad con el fervor del espíritu, y recobrarás nuevo valor.

Si cedes á esta inercia natural, si abandonas la voluntad eficaz de la perfeccion, nada

harás en adelante digno de un discípulo de mi Corazon; empezarás á temer, á desmayar, á llenarte de miserias y á experimentar tu desdicha.

El grado de virtud que un alma descuidada, trabajando y llorando, no consigue alcanzar en muchos años, lo consigue en pocos meses otra alma de fuerte voluntad, alegre y regocijada.

Lo que más debe consolarte, hijo mio, es tener firme voluntad de adelantar en lo sucesivo. En esta buena voluntad tienes un testimonio manifiesto de la amistad divina, y esta es á la vez dulcísimo y solidísimo consuelo.

8. *Voz del Discípulo.*— ¡Oh dulcísimo Jesus, buen Maestro mio y ejemplar de todas las virtudes! Me confunde poderosamente no haber aprendido como debía á conformarme contigo, aún cuando siempre he hecho profesion de discípulo tuyo.

Ten misericordia de mí: no permitas, Señor, que yo sucumba á la pereza, ni que obedezca á la naturaleza desidiosa, ni que me vea detenido por cualquier impedimento; antes bien, aprémíame, estímúleme, empújame con los auxilios de tu gracia.

Concédeme el fervor de tu Corazon: enciende en el mio el fuego que viniste á encender en la tierra, para que con más ardor te ame, para que más perfectamente me conforme contigo, y te siga más de cerca.

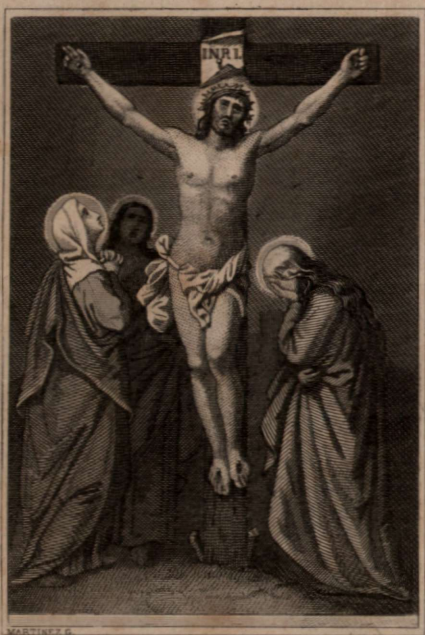
Renuévame todo: arranca de mí este espíritu lánguido y miserable, y reanímame con tu Espíritu, espíritu de amor siempre ferviente, siempre halagüeño, que no me



permita entibiarme, ántes bien fuerte y suavemente me lleve á la más perfecta imitacion de mi Jesus, camino y término de la eterna bienaventuranza.

*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. XVII, y lib. I, capítulo XXV, números 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11.)*





Se humilló á si mismo haciendose obedi-  
ente hasta la muerte, y muerte de cruz.

*(S. Pablo á Phil. 2. 8.)*



## DIRECTORIO

### PARA EL LIBRO TERCERO.

---

1. El objeto de este tercer libro es llegar á aquella santidad que se llama perfección. Esta santidad se alcanza por medio de virtudes en cierto modo heroicas, como son las que suelen practicarse en el padecer bien. Es muy cierto, como consta del ejemplo de todos los Santos, que ninguno jamás adquirió la verdadera santidad que en los padecimientos no se haya ejercitado en heroicas y sólidas virtudes. Y esto no ha de entenderse solamente de aquellos á quienes la Iglesia inscribió en el catálogo de los Santos; sino también de todos aquellos que, no comprendidos en él, trabajaron durante su vida por conquistarse aquella santidad que Jesucristo Señor nuestro enseñó á todos con el ejemplo y la doctrina, y la cual cualquiera puede conseguir sea cual fuere su estado de vida. Jesus paciente nos presenta ejemplos hermosísimos, vivos, que rebosan fortaleza y consuelos, y con los cuales se compra la santidad. Ciertamente



unido a sí mismo haciéndose obedi-  
ente hasta la muerte y muerte de cruz.

(S. Pablo a Phil. 2. 8.)

---

## DIRECTORIO

### PARA EL LIBRO TERCERO.

---

1. El objeto de este tercer libro es llegar á aquella santidad que se llama perfeccion. Esta santidad se alcanza por medio de virtudes en cierto modo heroicas, como son las que suelen practicarse en el padecer bien. Es muy cierto, como consta del ejemplo de todos los Santos, que ninguno jamás adquirió la verdadera santidad que en los padecimientos no se haya ejercitado en heroicas y sólidas virtudes. Y esto no ha de entenderse solamente de aquellos á quienes la Iglesia inscribió en el catálogo de los Santos; sino tambien de todos aquéllos que, no comprendidos en él, trabajaron durante su vida por conquistarse aquella santidad que Jesucristo Señor nuestro enseñó á todos con el ejemplo y la doctrina, y la cual cualquiera puede conseguir sea cual fuere su estado de vida. Jesus paciente nos presenta ejemplos hermosísimos, vivos, que rebosan fortaleza y consuelos, y con los cuales se compra la santidad. Ciertamente que en su vida activa brillan clara y constantemente aquellas virtudes de su mismo Sagrado Corazon que, suave y fuertemente á la vez, persuaden y llevan al que lo medita á su conveniente imitacion; pero en la vida pasiva resplandecen en toda su perfeccion y



con extraordinaria claridad; y al que medita, no solamente le atraen, sino que le obligan y estimulan con la mayor vehemencia. Por esto nos ayuda mucho haber contemplado ántes su vida activa, habernos instruido en las virtudes de su Corazon agente, haber adelantado en ellas alguna cosa, para que no nos aterre ni desanime la grandeza y sublimidad de su Corazon paciente.

Esta santidad tiene dos grados, y cada uno de estos dos grados comprende tres modos de practicarse y conseguirse.

En el primer grado se sufre piadosamente todo aquello que no es posible evitar; y se sufre: primer modo, con paciencia; segundo modo, conformando nuestra voluntad con la divina; tercer modo, con una alegría en cierta manera sobrenatural.

En el segundo grado se sufre tambien todo aquello que sería posible evitar de alguna manera, pero que se acepta, ofreciéndose á ello nuestra voluntad libremente, ó se busca y se acepta de buen grado. Todo esto, una vez conforme la voluntad con la voluntad divina, se padece: primer modo, por amor de Jesus y con un fin sobrenatural, como en compensacion de las injurias que se le han hecho, la conversion de los pecadores, la perseverancia de los justos y la consecucion de éste ó del otro bien; segundo modo, por el deseo de la completa conformidad con Jesus, por los frutos que han de conseguirse de esta conformidad santa y llena de amor; tercer modo, por amor purísimo, con el cual de tal manera seamos una misma cosa con Jesus, y le agrademos, que, cuanto posible sea, prescindamos

mos de la consideracion de nosotros mismos.

2. Vive persuadido de que, cualquiera que sea el estado y condicion de tu vida, serás verdaderamente santo si padeces bien cuanto el Señor te ofrezca y permita que padezcas. Y si certísimo es que mereces y aprovechas mucho con cada uno de los actos de una virtud comun ú ordinaria, ¿cuánto más alcanzarás y adelantarás con los actos de virtudes heroicas, como los que frecuentemente se hacen en los padecimientos?

Recuerda qué es lo que has merecido con cada uno de los actos de virtudes comunes hechos en estado de gracia: primeramente, un nuevo grado ó como cierto aumento de gracia santificante que recibes al momento, y con el cual te haces más perfecto y más amado de Dios, y á la vez un nuevo y correspondiente grado de gloria ó de bienaventuranza eterna, que disfrutarás despues en el cielo, donde te está reservada. Y estos dos grados de gracia y de gloria las merecerás *de condigno*; es decir, que de justicia se te deben por promesa hecha por Dios, que se obligó con ella, libre, á no dudarlo, pero con verdad. Este mérito, que con toda exactitud se llama *mérito*, es exclusivamente personal, y no puede compartirse con los demás.

Puedes además merecer un grado ó auxilio especial de gracia actual, aún eficaz, que ilumine y dirija el entendimiento, que anime y fortalezca la voluntad para evitar el mal y para obrar el bien; y luégo, como parte de don tan grande, la perseverancia final. Estos dos grados puedes merecerlos solamente *de congruo*; es decir, que jamás se te deben

de justicia, sino solamente por conveniencia, por decoro y como efecto de la liberalidad divina. A esto no está obligado Dios con promesa ninguna; pero, siendo infinitamente generoso, le es de mucho honor remunerar así nuestras obras sobrenaturales. Y ciertamente que no hay cosa alguna que pueda hacernos temer se frustren nuestros deseos. Esto puedes merecerlo, no solamente para ti, sino tambien para los demás.

Y estos grados que mereces por la virtud, pueden ser, ó mayores ó menores, segun que los actos meritorios sean ó más ó ménos perfectos. Bien pudiera suceder que un solo acto heroico, con el cual con corazon noble y generoso hagas un perfecto sacrificio ó padezcas alguna cosa, te merezca más que ciento, ó mil, ó muchos más actos comunes. Con razon San Juan Crisóstomo asegura que el Santo Job mereció mucho más con aquel solo acto de conformidad con la voluntad divina que hizo en las calamidades, que con todos los actos de virtud hechos anteriormente y en la prosperidad.

Procuremos recordar esto durante la vida transitoria que nos ha sido concedida para merecer cuanto nos está prometido por toda la eternidad. Y ayudará tambien mucho para evitar con mayor eficacia las ilusiones que parecen propias de esta parte de la vida interior. Entre ellas la más frecuente suele ser escuchar demasiado los sentimientos ó resistencias de la naturaleza, considerando así las causas secundarias de los padecimientos, renunciar bajo cualquier pretexto á las aflicciones enviadas por Dios, ó llevarlas con co-



razon desfallecido , ó tal vez buscar otro camino que aquel que el mismo Jesus anduvo, que El mismo nos trazó y al cual nos llama, para que , á imitacion de todos los Santos , sigamos aquellas disposiciones de su Corazon con que El mismo nos precedió.

3. Por eso , miéntras practiques aquello de que en este libro se trata, debes caminar y aspirar con la mayor asiduidad á comprender perfectamente , no sólo las aflicciones y dolores inefables del Hijo de Dios, sino tambien y mucho más los afectos y disposiciones de su Corazon. Aquí está escondido un inmenso tesoro, que solamente puede descubrir y encontrar un investigador diligente y piadoso. Cuanto con mayor atencion y devocion medites el Corazon paciente de tu Dios, tanto hallarás en él más perfecto, y tanto mejor será lo que alcances.

4. El modo de meditar este libro , además de los dos enseñados al principio del libro primero, que aquí pueden tener aplicacion, es tambien de dos maneras : una y otra propuestas y explicadas al principio del libro segundo , y acomodadas en este lugar á la meditacion y contemplacion de la Pasion de Jesucristo.

Así, pues, al meditar, propóngase la memoria alguna virtud en el discurso de la Pasion del Señor : y, despues de la meditacion, reténgala de tal modo, que la reduzca convenientemente á la práctica.

Medite el entendimiento esta misma virtud , investigando sus causas, sus fines, sus modos y todas sus circunstancias , y considerando cuáles fueron las disposiciones de Co-

razon con que Jesus practicó esta virtud: compara inmediatamente el estado de tu corazon relativamente á esta virtud. Examina despues tu vida pasada con referencia á ella misma: da gracias y pide la perseverancia, si hasta hoy la has practicado bien; mas si por el contrario no ha sido buena, haz un acto de contricion é implora el perdon por el Corazon de Jesus. Mira, finalmente, y atiende al porvenir, y examina cuándo y cómo podrás practicarla.

Abrace la voluntad la misma virtud, haga actos interiores de ella, y establezca practicarla con oportunidad, ya interior, ya exteriormente, insistiendo entre tanto en piadosos afectos y peticiones.

En la contemplacion, ve en el misterio ó punto particular qué es lo que Jesus padece, y en qué circunstancias: quién es el que así padece, quiénes le hacen padecer, y por quién padece.

Escucha luego qué palabras son las que Jesus pronuncia, ó cómo calla, y cómo eleva interiormente á Dios su Padre las súplicas de su Corazon.

Mira, por último, piadosa y atentamente al Corazon de Jesus; ve cómo se halla preparado aquel Corazon de quien proceden rasgos tan heroicos; y durante toda la contemplacion empléate cuanto puedas en piadosas efusiones de tu alma, ya por afectos, ya en oraciones.

Los afectos en que, ya durante la meditacion, ya durante la contemplacion, has de ejercitarte, pueden ser varios y distintos, segun te encuentres, segun necesites ó

segun el Espíritu Santo moviere tu interior.

Puedes cultivar provechosamente la fe, haciendo fervorosos y frecuentes actos de ella, reconociendo á Jesus como Dios en cada uno de los misterios, y adorándole en sus humillaciones y padecimientos, en los cuales su Divinidad se escondió en cierta manera por nuestro amor.

Convendrá consagrarse con suavidad y muchas veces á la esperanza, estando convencido de que si Dios por solo su amor gratuito tanto hizo y padeció por tí, absolutamente indigno, para salvarte, ahora, y viendo que tú cooperas, no ha de negarte en verdad lo que es incomparablemente ménos; á saber: los medios de salvacion y de perfeccion.

Tu corazon se inflamará espontáneamente; digámoslo así, en el amor de Jesus, tu Dios y tu Salvador, cuando veas de qué modo ha padecido por tu amor. Y habiendo padecido y muerto por todos y por cada uno de los hombres, con razon cada uno puede y debe decir: « Jesus me amó, y se entregó voluntariamente por mí. » (*Gál.*, II, 20.)

Ocupa constantemente tu corazon en el aborrecimiento y horror al pecado, considerando cuántos tormentos padeció por él el Hijo de Dios en su santísima humanidad.

Renacerá en él al mismo tiempo el odio al mundo malvado, si consideras cuánto y hasta dónde Jesus ha padecido por el mundo.

La compasion te unirá inseparablemente á Jesucristo, si le contemplas con amante y devoto corazon.



Procurarás con fervoroso celo compensarle las ofensas que tan indignamente se le hacen: á cuyo fin ofrecerás frecuentemente tus religiosos deseos, tus buenas obras y tus aficciones.

Debes, sobre todo, estudiar atentamente y revestirte de todas las disposiciones y sentimientos del Corazon de Jesus en cada uno de los misterios: pues que si esto no haces, podrás sin duda meditar la Pasion de Jesus, pero no imitarás su Corazon; podrás ciertamente padecer, pero no padecerás con fruto; podrás cargar, en una palabra, con la cruz, pero no seguirás á Jesucristo.

Las peticiones que conviene hacer pueden ser igualmente muchas y muy diferentes. Tan multiplicados son los objetos de nuestras súplicas, que no es posible los reduzcamos á número fácilmente. Puede pedirse el aumento de la Fe, de la Esperanza y del Amor: puede pedirse el horror al pecado y la aversion al mundo: puede pedirse la compasion hácia Jesus y el celo por su honra: pueden pedirse, finalmente, todas las virtudes y todas las gracias: y esto no solamente para tí, sino para todos tus prójimos, del mismo modo que se dijo en el Directorio del libro segundo, y que aquí de nuevo se repite, para inculcar lo que debe inculcarse muchísimo, y es que son de extraordinario interés los afectos ó actos de virtudes y peticiones, de las cuales, y segun la gracia, suelen provenir la unción en la oracion y su fruto más señalado.

5. Las reglas que aquí convienen peculiarmente para el conocimiento y direccion

de los espíritus, y que enseñan algunos Santos, son las siguientes :

*Primera.* Llámase propiamente *consuelo espiritual* cuando interiormente se excita algún movimiento con el que el alma se enciende en el amor divino; ya directamente, como cuando se inflama en divino amor por la divina bondad; ya indirectamente, cuando se mueve á este mismo amor por la consideracion de la Pasion de Jesucristo, por el dolor de los pecados cometidos contra Dios, ú otra cualquiera causa rectamente ordenada al servicio divino. Es además asimismo consuelo espiritual todo aumento de fe, de esperanza y de caridad; es tambien, por último, consuelo espiritual toda interior alegría que excite al alma á las cosas elevadas, á la salvacion y á la perfeccion, y la proporcione descansar en el Señor.

*Segunda.* Se llama *desconsuelo espiritual* todo lo que es contrario á lo que se ha dicho en la regla precedente: como es la oscuridad, la turbacion, y como cierto entorpecimiento del alma; una agitacion que mueve á desconfianza, que se opone á la esperanza y á la caridad; y, por último, el estímulo ó inclinacion hácia las cosas pequeñas, y la tristeza interior que abate é inquieta el ánimo.

*Tercera.* Sólo á Dios pertenece dar al alma consuelo sin causa que le preceda, porque propio es del Creador apoderarse de su criatura, atraerla, convertirla y trasformarla toda en su amor. Y dicese que «ninguna causa precede» cuando el consuelo se da sin sentimiento alguno previo ó sin la conside-

racion de objeto alguno del cual proceda aquel consuelo al alma, por actos, ya del entendimiento ó ya de la voluntad.

*Cuarta.* Cuando precede alguna causa al consuelo, pueden consolar al alma en alguna manera, ya el Espíritu bueno, ya el espíritu malo, pero inclinándola uno y otro á fines muy opuestos: el bueno para el aprovechamiento de la misma alma, para que obre bien y para que adelante de bien á mejor; el malo, por el contrario, para que se pervierta y caiga.

*Quinta.* En el tiempo de desconsuelo espiritual jamás se ha de hacer variacion, sino que debe perseverarse firme y fuertemente en los propósitos y resoluciones tomadas, y en que permanecíamos en el tiempo anterior al desconsuelo. Porque de la misma manera que en el consuelo espiritual suele movernos más el Espíritu bueno, y usamos de nuestras facultades naturales con libertad mayor, así en la desolacion acostumbra á incitarnos más el espíritu malo, con cuya instigacion, y más ó ménos impedidas nuestras facultades, apenas si estamos en estado de tomar consejo para obrar con rectitud.

*Sexta.* Aun cuando en el desconsuelo no debamos cambiar de nuestros primeros propósitos, aprovechará mucho, sin embargo, cambiar nuestro modo de obrar, para luchar contra el mismo desconsuelo: primero, insistiendo más en la oracion; segundo, examinándonos más y más para humillarnos y sumergirnos en la misericordia divina del Corazon de Jesus; y tercero, ejercitándonos más en practicar con discrecion obras de penitencia y de caridad.



*Sétima.* Aquél que se encuentre en desolacion , acuérdesse de que Dios le prueba, abandonándole en sus potencias naturales con la gracia ordinaria, y tambien especial, áun cuando no sensible , para que, resistiendo así á los obstinados asaltos del enemigo, manifieste la fidelidad de su amor. Pero puede resistir con la divina gracia, que permanece con él, áun cuando él sensiblemente no lo experimenta.

El que se halle disfrutando de consuelos, medite cómo se ha de conducir en el futuro desconsuelo : tome nuevas y mayores fuerzas para soportar la venidera desolacion , é insista en humillarse , pensando qué poco vale cuando Dios no le ayuda particular y sensiblemente.

Por último, ya el que padece desconsuelo, ya el que goza consuelo espiritual, procuren uno y otro dedicarse con el mayor esmero á adquirir y fortalecerse en sólidas virtudes para santificarse de este modo.

(*San Ignacio. — San Buenaventura. — Santa María Magdalena de Pazzis.*)

---

# LIBRO TERCERO.

ADVERTENCIAS MUY ÚTILES PARA IMITAR AL  
SACRATÍSIMO CORAZON DE JESUS, PACIENTE.

---

## CAPITULO PRIMERO.

Cuánto importa la santidad , y cuánto debe ser  
deseada.

1. *Voz de Jesus.* — Sé santo, hijo mio, porque Yo soy tambien Santo. Todo aquél que ambiciona ser discípulo perfecto de mi Corazon, se santifica primero, á imitacion mia, con una santidad interior, sólida y verdadera.

Gran bien es la santidad : ella contiene en sí todos los bienes apetecibles en la tierra, y prepara despues la bienaventuranza eterna en los cielos.

La santidad es la consumacion de la virtud; es la que guarda la gracia santificante; es la que conserva la paz interior, y la que alimenta el gozo del corazón y una perenne felicidad.

Ella es la sabiduría verdadera; ella la gloria no fingida; ella la riqueza inagotable.

Ser el más pequeño entre todos los Santos, es ser incomparablemente mayor que el más grande en todo el mundo.

¿Qué hay en el universo que pueda compararse con la santidad? Ciertamente que ni la sabiduría, ni las dignidades, ni la fama, ni la posesion de cosa alguna, puesto que todas ellas son terrenas, son momentáneas, y, como vapor en el aire, brillan y dejan de existir. Pero la santidad, hija permanente de los cielos, resplandece como el sol al frente de los astros; y áun cuando el mismo sol deje de ser, ella seguirá siempre resplandeciendo.

No se envanezcan, pues, ni el sabio con su sabiduría, ni el fuerte con su fortaleza, ni el rico con sus tesoros; gloriése únicamente, el que de algo se glorie, en conocerme y amarme, en imitarme por el amor, santificándose de esta manera.

Si ahora, hijo mio, no aprendes esto, lo aprenderás tarde ó de mala gana: lo aprenderás, cuando, cercano á la muerte, tengas más recto modo de pensar.

Dime: si supieras con certeza que hoy mismo habías de morir, ¿qué desearías más: ser Santo, ó haber sido príncipe ó Pontífice? «¡Ojalá, exclamaba en la agonía un Rey muy experimentado; ojalá, jamás hubiera reinado, y sólo hubiera sido el último de los servidores de Dios!» «¡Ojalá, decía lamentándose otro, nunca hubiera asentado en la cátedra, sino vivido en la cocina de la Casa Santa del Señor!»

Por mucho que hagas, nunca estimarás en lo bastante esa santidad que Yo tanto amo, y para alcanzar y facilitar la cual me he desprendido de los tesoros de mi Corazon, he multiplicado los medios á tanta costa mia,



y todo lo he ordenado para santificación de los escogidos.

Aspira, pues, hijo mio, á un bien tan excelente, y trabaja con todas tus fuerzas en tu propia santificación.

2. *Voz del Discípulo.*—¡Hacerme yo Santo, Dios mio! ¡Ah Jesus y mi Señor! Cuando tanto he pecado durante mi vida, sería soberbia pensarlo siquiera: soy, por otra parte, tan débil, que nada puedo hacer que merezca la santidad.

*Voz de Jesus.*—¿Dices esto, hijo mio, por tí mismo, ó porque otros te lo sugieren? Si por lo primero, te equivocas; si por lo segundo, te han engañado.

Primeramente y en verdad que si pecaste durante tu vida, ese es un motivo mayor para que te santifiques, compensando de esta manera lo pasado con lo venidero.

Pero no se trata ahora, hijo mio, de lo que ántes has sido, sino de lo que debes de ser en lo sucesivo.

¡Cuántas almas hay que, habiendo pecado, llegaron en poco tiempo á un grado de santidad mayor que otras almas que no perdieron la inocencia! Y esto porque procuraron sobreponerse á la memoria de los pecados miserablemente cometidos por ellas, y misericordiosísimamente perdonados por Mí, para mejor animarse y dedicarse á la santidad.

De esta manera, los pecados cometidos, no sólo no deben serte impedimento, sino que si quieres pueden servirte de instrumento para tu santificación.

Entónces, hijo mio, el desear á compe-

tencia la perfeccion en la virtud, el aspirar á la santidad, no es soberbia, no es presuncion sino magnanimidad, nobleza de alma, sin la cual ninguno llega á ser discípulo digno de mi Corazon.

Esto es lo que Yo te digo: vé ahora á cuál de los dos debes creer, si á Mí ó al espíritu maligno que te dice lo contrario.

Guárdate bien, hijo mio, de que engañado no te hagas pusilánime, y por esto incapaz de aspirar á cuanto es dignísimo de las aspiraciones de todo buen corazon.

Anímate; rechaza toda cobardía de alma, y revístete de sentimientos propios de un discípulo de mi Corazon.

Por último, si tú eres débil, ¿no soy Yo fuerte? Si no puedes sujetarte á mortificaciones, ¿por ventura no puedes amar? Si no puedes practicar, ¿no puedes acaso padecer? Y la santidad se trabaja y perfecciona más principalmente con el amor y los padecimientos.

No las obras extraordinarias, no los milagros producen la santidad, sino el amor, y este amor, paciente.

Esfuézate, pues, en padecer por mi amor lo que Yo disponga y te envíe, y de esta manera serás Santo.

Si las cosas que el mundo llama grandes y de importancia se adquirieran con tanta facilidad, ¿qué mundano no las alcanzaría?

3. Con razon se reputa como santidad del hombre en esta vida el deseo constante de aprovechar, y los esfuerzos infatigables para santificarse.

Ninguno hay perfecto en la santidad que

todavía no procure ser más perfecto; por eso se experimenta más santo en sí mismo aquel que camina constantemente á mayor perfeccion.

La perfeccion, hijo mio, no es obra de un dia ni de una semana: no pienses que llegarás á ser perfecto dentro de brevísimo tiempo. Esperando esto y viendo despues tu esperanza frustrada, pudiera desfallecer tu ánimo, y verse tentado á desistir peligrosamente.

La perfeccion es obra de la gracia divina y de la cooperacion humana.

Y la bondad de mi Corazon, que quiere hacerte Santo, está más dispuesta á concederte la gracia que tú mismo á buscarla: por eso la derrama en tí siempre y con abundancia.

Así, cuanto con más fidelidad cooperes á la gracia, en tanto ménos tiempo alcanzarás la posesion de la santidad.

4. Nada puede oponerse á que tú te santifiques, si tienes eficaz y constante voluntad de santificarte.

Sean cualesquiera tus naturales disposiciones, alcanzarás la santidad, no por la constitucion de tu naturaleza, sino por la cooperacion á la gracia de tu libre voluntad.

Ni la índole ni el estado de vida, ni tu profesion te lo impedirán, si cooperas á la gracia divina con generosa fidelidad. Una multitud admirable de almas, que nadie puede contar, se santificaron por esta fidelidad en el estado religioso, y millares de millares se hicieron tambien Santos con ella



en medio del mundo. Enrique se santificó por esta fidelidad en los campamentos; Casimiro, en su palacio; Eleázaro, en el tráfico del mundo, é Isidro, en el campo; Santa Inés se santificó en la ciudad; María, en su casa de campo; Cátalina, en la compañía de sus padres; y Santa Cristiana, en la esclavitud.

Ni constituye tampoco la santidad el ser inscrito en el catálogo de los bienaventurados y de los Santos; inscripcion que no santifica, sino que únicamente da testimonio de santificacion á los mortales. Si eres Santo en el cielo perfectamente conforme con el divino beneplácito, te cuidarás poco de que en la tierra esté escrito tu nombre en este catálogo.

Finalmente, ni las tentaciones ni las dificultades pueden impedir la santificacion. Cuanto el infierno pueda maquinarse y el mundo inventar contra tí, todo ello, si tú quieres, contribuirá á santificarte.

5. Ciertamente es que el que desea alcanzar la santidad debe evitar todo pecado, áun los más leves: pero las faltas involuntarias, hijas de la humana fragilidad, no se oponen á la perfeccion.

Santos muy grandes no estuvieron enteramente libres de estas miserias, y mientras vivieron en la tierra experimentaron las fragilidades de la humana naturaleza.

No te turbes, pues, ni te angusties por aquello en que la voluntad no tiene parte conocida: bien puede el hombre ser muy perfecto, áun cuando caiga con frecuencia, pero involuntariamente.

Disminuye, á ejemplo de los Santos, las faltas involuntarias cuanto te sea posible, y

por las que hayas cometido humíllate con amor pacífico en mi presencia, y de esta manera sacarás de ellas mayor utilidad para tu aprovechamiento.

6. Una vez en este estado, á nadie escuches, hijo mio; ni á tí, ni á mortal alguno, ni á ningun espíritu que intente, bajo cualquier pretexto, separarte de la santidad. Antes bien, persevera afirmándote en la santidad interior, y sin desmayar jamás, con ánimo decidido.

De tanta importancia es esta santidad, y para Mí tan agradable y de tanta gloria, que una sola alma que se santifica interiormente, me glorifica más, me agrada más que mil otras que, aunque buenas, se encuentran satisfechas con una virtud ordinaria.

Sabe, hijo mio, que la santificacion es hasta cierto grado, absolutamente necesaria, si quieres ser admitido á la presencia de la Majestad divina, puesto que sin santificarse nadie ha de ver á Dios.

Si en la vida presente no adquieres esta necesaria santidad: en la futura tendrás que ser purificado por el fuego hasta conseguirla, antes de penetrar en el cielo, en el cual nada entra que no sea santo.

Acuérdate, hijo mio, para tu consuelo, que si perseveras en eficaz y buena voluntad de santificarte, te santificarás ántes que te sorprenda la muerte.

Pero entre tanto, nunca pienses que ya has conseguido la santificacion, ó que eres perfecto: sino ántes bien adelanta y prosigue hasta alcanzar el galardón de tu vocación sobrenatural.

Buen ánimo, hijo mio, y emprende lo que es digno de un discípulo de mi Corazon: imita á los Santos, nobilísimos hermanos y hermanas tuyas. Lo que tú erés fueron ellos: lo que ellos son, puedes tú ser.

7. *Voz del Discípulo.*—¿Conque es decir Jesus mio, que yo, que soy el último de todos, tambien puedo y debo ser santo?

Debo, sí, porque Tú me lo mandas; porque te estoy obligado por tantos beneficios, por gracias tan singulares como me has dispensado: porque estoy obligado á satisfacer en cuanto pueda las deudas inefables de esa pródiga misericordia que has usado conmigo despues de tantos pecados: porque me precisa atender á mi salvacion y prepararme para el cielo; y, sobre todo, porque Tú eres infinitamente digno de todo honor y de todo amor.

Y puedo, porque Tú me proporcionas los medios abundantes y eficaces: porque nada más exiges de mí sino que yo lo procure, quedando Tú en suplir lo que me falte: porque nada, si yo no me opongo, me lo puede impedir: porque todo, si yo me empeño, puede ayudarme y cooperar: y, finalmente, porque la obra toda de mi santificacion no es sino la obra del amor, la obra de tu amor; obra de ese amor que todo lo hace fácil, que todo lo hace posible, que todo lo hace suave.

Deseo, sí, ser santo, nó por ser contado en el número de los Santos en la tierra, sino para glorificarte entre los escogidos en el cielo; no por el miedo del castigo, ni con la esperanza del premio, sino sólo por tu amor,



mi bueno y dulcísimo Jesus. Lo deseo para amarte y para honrarte más, ahora y en la eternidad.

Héme aquí, Jesus y Dios mio, deseando ser Santo, y mientras respire no he de dejar de desearlo; yo te suplico que por tu sacratísimo Corazon concedas á mi buena voluntad los auxilios que para ello necesita.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, cap. x.)*

## CAPÍTULO II.

Nadie puede vivir en este mundo sin padecer.

1. *Voz de Jesus.*—Mientras vivas en el mundo, hijo mio, no esperes verte libre de tribulaciones.

¿Qué otra cosa sino afliccion es toda esta vida mortal, en la que se entra llorando, por la que se peregrina padeciendo, y de la que se sale suspirando?

Es imposible que el hombre, destinado á la muerte, pase la vida sin dolores, cuando ciertamente tanto hay en él que le hace sufrir.

La misma condicion de mortalidad produce naturalmente muchas y muy diferentes miserias y enfermedades, y penas que no pueden cesar, que no cesarán mientras exista abundante y eficaz la causa de ellas.

Y aún todas ellas, aunque multiplicadas é incómodas, son todavía muy poco. Del fondo mismo de la corrompida naturaleza nacen

males peores; son los apetitos perversos y desordenados que obligan al hombre, áun repugnándolo, á padecer lo que no quisiera padecer.

Lo son las pasiones, creadoras de tantos dolores inherentes al corazón, que turban la paz de muchos, suscitan guerras, y guerras horribles, y con obstinados movimientos exponen al alma á innumerables peligros y amarguras.

2. ¡Y cuántas son las aflicciones que exteriormente tiene que devorar el hombre, y de que absolutamente nadie puede escapar!

El frío y el calor, las variaciones de la intemperie, millares de incomodidades de parte de las criaturas, y finalmente, otros muchísimos efectos de causas físicas que, aunque tienden al bien general, sin embargo, por los defectos del hombre en su estado de naturaleza caída, y según el presente orden de cosas, no se realizan sin molestia de los individuos.

Y en medio de todo esto, ¿á qué mortal no abrumba alguna vez el trabajo, sin el cual no se puede subsistir; lo que más le abrumba todavía?

Añade y enumera, si puedes, los dolores y amarguras de todo género que se desprenden de otras pasiones y de otros vicios, y te verás por todas partes rodeado de molestias que te aniquilarán, si á ellas no te sobrepones.

Y ciertamente, hijo mío, que siendo esta vida mortal fecunda de tantas y tantas miserias á ninguno le parecería apenas soportable, si no auxiliara el espíritu religioso, y si

mi Corazon no las suavizara con el bálsamo de la gracia.

Ni toda la sabiduria del mundo, por elocuentes y hermosos discursos que haya pronunciado acerca de la tolerancia de los dolores, ha podido hallar jamás ni aplicar remedio á estos dolores.

¡Cuántos, miéntras disputan elegantemente acerca del sufrimiento en los trabajos, empeñándose en enseñar á los demás á sufrirlos, se encuentran á sí mismos abatidos por las aflicciones!

Y entónces, ¡qué hay que extrañar que los que carecen de sentimiento religioso y viven léjos de mi Corazon, ya incrédulos ó ya corrompidos, se desesperen en las tribulaciones, y, ciega su razon, pongan malamente término á sus desgracias con la más horrible entre todas las desgracias, porque es eterna!

La religion, empero, hace soportables y útiles todas las desdichas, enseñándonos que, por un efecto consolador de la sabiduría y de la bondad de mi Corazon, lo que era justo castigo del pecado y motivo justo de los dolores de los hombres, se convierte en saludable remedio del pecado y en materia copiosa de méritos para los hombres.

En el horno se prueban los metales; el fuego endurece el barro y derrite la cera: la tempestad echa por tierra una planta, y arraiga un árbol con más firmeza.

De la misma manera, hijo mio, en la tribulacion se prueban los hombres: la afliccion que á uno endurece, ablanda á otro; la persecucion que á uno abate, á otro da mayor firmeza.



La tribulaciones llevarian á todos á la bienaventuranza, si todos las recibiesen con buenas disposiciones. Si alguno por ellas camina á la perdicion, suya es la culpa, toda vez que bien sufridas conducen al camino seguro de la santidad, y por él á la verdadera dicha.

4. Las tribulaciones, hijo mio, se han hecho mucho más suaves y más consoladoras desde que, atribulado Yo, santifiqué la tribulacion; desde que marchó al frente de los atribulados, ya con el ejemplo de mi vida, ya con la promesa del premio, ya con el auxilio y los consuelos de la gracia.

En mi ejemplo aprendieron los Santos el secreto de padecer bien y el arte de convertir los males en bienes.

Desde entónces hallaron las tribulaciones tan dulces para sí y se armaron de tal deseo de padecer por mi amor, que sin padecer no deseaban vivir, y rebosaban de júbilo en medio de sus padecimientos.

¿Y por ventura, hijo mio, no puedes tú aspirar á lo mismo? ¿No está acaso en el interés tuyo y mio á la vez? ¿Qué temes? Afliccion ninguna puede llegar á tu corazon que no haya pasado por el mio: pasando por él pierden toda su fuerza de dañar y reciben la virtud divina de consolarte.

5. Procura, hijo mio, no hacer amargas por la dureza de tu corazon las tribulaciones que hayan recibido la suavísima dulzura del mio.

El padecer es necesario; no hay remedio: lo que únicamente puedes elegir, lo que pende únicamente de ti, es el padecer bien ó el padecer mal; el padecer como los escogidos

ó como los réprobos; el padecer para tu santificacion ó para tu condenacion.

Prepárate, hijo mio, y vive siempre dispuesto á recibir los trabajos que vienen y que no cesarán de venir.

No creas que ha de pasar dia alguno sin que sufras alguna pena, cuando no hay entre los dias venideros dia que no lleve en sí suficiente malicia.

No te figures que, hagas lo que hagas, podrás huir de ella. Aun cuando vayas huyendo á los desiertos; áun cuando pases al otro lado de los mares y te escondas en los últimos rincones de la tierra, en todas partes tendrás por compañera la miseria, y sin descansar y como la sombra al cuerpo, te seguirá, pues que eres su causa y ocasion.

Por esta razon, hijo mio, si eres verdaderamente sabio, procura hacer provechoso para tí aquello que no puedes evitar, llevando de tan buena gana como los Santos la cruz de tus sufrimientos, y siguiendo gozosamente mis huellas.

6. Si deseas padecer los trabajos con facilidad y con utilidad á la vez, lléalos por mi amor: este amor quitará á tu cruz todo su peso y aspereza, y santificándola con su virtud, te santificará al mismo tiempo con ella.

El que no padece sus trabajos por amor mio, no llevará mucho tiempo la cruz alegremente, sino que la arrastrará inmediatamente fatigado y llorando, ó caerá miserable y agobiado por su peso.

Si encuentras difícil padecer de este modo, acude, hijo, á mi Corazon, y ora. En él ha-

llarás auxilio, encontrarás amor y alcanzarás la union de la gracia.

Hijo mio, no he dejado de decirte hasta ahora, ni me cansaré de repetírtelo, que ores y que no ceses de orar.

En la oracion está todo; en la oracion está el verse libre de los males; en la oracion, la consecucion de todos los bienes; en la oracion, el remedio de la miseria; en la oracion, el lenitivo á los dolores: en la oracion, el consuelo y la perseverancia.

7. *Voz del Discípulo*.—Sí, Jesus mio; no hay remedio: necesario es padecer, ó por voluntad, ó por fuerza. Si voluntariamente padezco, sufriré ménos; si padezco á la fuerza, añadiré sufrimientos á sufrimientos.

Me es indispensable tener el corazon dispuesto á padecer, si no quiero hacerme completamente desgraciado.

Y si alguna vez me parece dura esta necesidad de padecer, bastará á fortalecer y animar mi corazon el fruto de la paciencia, que me santificará en vida, y me hará despues bienaventurado por toda la eternidad.

Si te amò, dulcísimo Jesus, la sola consideracion de tus padecimientos me animará á seguirte gozoso y regocijado, para estar en tu compañía, para asemejarme á Ti, para experimentar tu amor y para saciarme de ese mismo amor.

¡Oh Jesus, dulzura infinita! Lo más amargo es dulce contigo, porque al padecer tú, quitaste á las aflicciones, reservándolo para Tí, cuanto ellas tenían de más amargo; separaste lo que tenían de dulce y de sabroso, y nos lo diste á nosotros.



Jesus piadosísimo, que de este modo me has amado: te suplico dés á mi Corazon los sentimientos de tu Corazon, para que, santificando todas mis aficciones, promueva más y más tu gloria y mi perfeccion.

(*Imitacion de Cristo*, lib. II, cap. XII, números 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7.)

### CAPÍTULO III.

De qué modo el sacratísimo Corazon de Jesus amó el padecer.

1. *Voz de Jesus*.—Oye, hijo mio, cuáles han sido los sentimientos de mi Corazon en cuanto á padecer, y procura imitarlos.

Mi Corazon, durante toda su vida mortal, padecía siempre, y á la vez se regocijaba.

Entiende bien lo que digo, hijo mio. No hablo aquí de mi voluntad divina, libre é incapaz ciertamente de todo dolor, sino de mi voluntad humana. Con ella me ejercité en las virtudes, con ella atesoré méritos, y con ella realicé la redencion de los hombres.

Desde el principio de la existencia de mi Humanidad, mi Corazon gozaba extraordinariamente con la vision de la Divinidad, que le estaba hipostáticamente unida, de la que siempre participaba, y con la que era completamente bienaventurado; y al mismo tiempo, y por el concurso especial de la misma Divinidad, mi Corazon padecía con la amarga memoria de la Pasion cruel que había de sufrir.

Mi Corazon, sin embargo, sufría y gozaba á la vez, aunque bajo un aspecto diferente,

con la misma Pasion durisima y acerba. Padecia con ella en cuanto que era afflictiva y dolorosa á mi Humanidad; gozaba con ella en cuanto Dios la quería y la decretaba para la salvacion de los hombres.

Disponía además mi Corazon de una voluntad humana que, siendo en sí una, era en el ejercicio como doble: voluntad inferior que repugnaba y huía espontáneamente de lo que era sufrimiento para la humana naturaleza: voluntad superior que, apoyándose en razones más sublimes, amaba y abrazaba deliberadamente los padecimientos.

Y ambas partes de esta misma voluntad, ya la superior, ya la inferior, eran rectas siempre, nunca desordenadas, y jamás debilitadas por defecto alguno.

Pues la inferior, que atendía y deseaba lo bueno y conveniente á la naturaleza, pero que temblaba y huía los dolores naturales y la muerte, se dejaba dócilmente gobernar por la superior: en tanto que la superior sometía y conformaba á la inferior y á sí misma con la voluntad divina. De aquí aquellos actos perfectos y sobrenaturales de todas las virtudes; de aquí aquellos méritos; de aquí, por último, aquella abundante plenitud de tesoros de gracia acumulados para los hombres.

No olvides, hijo mio, que tú dispones de una voluntad semejante, nó del mismo modo perfecta y fuerte, pero sí igualmente libre, y que ella contiene, como la mía, parte inferior y parte superior.

2. No te es dado, hijo mío, conocer ni siempre ni al mismo tiempo lo que has de

padecer: misericordiosa y bondadosamente está dispuesto que la mayor parte de las veces veas sólo lo que está más cerca, para que más fácilmente puedas soportarlo.

Pero mis sufrimientos estaban continuamente delante de Mí. Adonde quiera que volvía la vista, allí encontraba todos y cada uno de los futuros padecimientos.

Ni un solo instante dejaba de ver todos los sufrimientos. Cuanto los Profetas habían anunciado que padecería; cuanto significaban las antiguas figuras; cuanto inventaría la malicia del mundo y del infierno; cuantos horribles tormentos reclamaban los pecados de los hombres; cuanto exigía la gloria de mi Padre, alevosamente ofendida, y cuanto estaba, hijo mio, reclamando tu necesidad.

Todas y cada una de estas cosas estaban perpétuamente delante de mis ojos, y angustiaban sin descanso mi alma.

Pero el amor de mi Corazon hacía que todo lo sufriese y soportara voluntariamente.

El amor me hacía agradables y apetecibles los trabajos y las vigiliass, los oprobios y los escarnios, los azotes y las espinas, la Cruz y cuanto la divina voluntad tenía dispuesto para bienaventuranza de los hombres.

Y aquí tienes, hijo mio, aquí tienes la principal entre todas las disposiciones de mi Corazon paciente; el amor á Dios y el amor á los hombres: de ésta, como de una fuente, brotaban todas las demas disposiciones.

3. Deaquí aquella incansable paciencia de mi Corazon, con la que, aunque sin merecerlo, sufrí tanto y tan indigno, sin acritud



y sin quejarme. El amor es paciente, y la caridad todo lo sufre.

De aquí aquella resignacion de mi Corazon con la divina voluntad en medio de tantas tribulaciones y dolores: pues, conforme mi voluntad con la voluntad divina, estaba dispuesto siempre á padecerlo todo.

De aquí la alegría de mi Corazon en el padecer. Porque el amante que conoce la bondad del objeto amado, se regocija cuando goza de ella. Mi Corazon conocia perfectamente las excelencias de la voluntad divina, y se deleitaba en cumplirla por muchísimos y muy diversos padecimientos.

De aquí el deseo sobrenatural de padecer mi Corazon: pues el verdadero amor apetece eficazmente justificar su sinceridad, su ternura y su fidelidad. Así mi Corazon reanimaba siempre y hasta lo infinito el deseo de consumir aquella Pasion que fuera para Dios, y permaneciera siendo para los hombres, testimonio ostensible y sempiterno de sinceridad, de ternura, de fidelidad, y tambien del exceso de mi amor.

4. Y todavía, hijo mio, anhelaba más el amor de mi Corazon: quería, ambicionaba arrebatarse en su intensidad los corazones de los hombres, é inflamarlos en su propio fuego.

Había venido á poner fuego en la tierra; y ¿qué otra cosa quería sino que se encendiera?

Para esto tenía el bautismo de mi sangre viva é hirviente en que había de ser bautizado: la Pasion en que había de sumergirme y abismarme profundamente.

¡Oh y cuán dolorosa me era su tardanza! ¡Cuánto se abrasaba mi Corazon en el ánsia de que se abriera aquel baño de fuego, que purificara con admirable fuerza, y calentara, y reanimara, y encendiera los corazones de los mortales!

En él se purificaron, en él se habían inflamado los Apóstoles y los mártires, los confesores santos y las vírgenes, que por puro amor mio estaban preparados á seguirme entre aflicciones, entre mortificaciones, á través de mil tormentos y por medio de mil muertes.

¿Y tu corazon, hijo mio, no se ha podido encender todavía? Pues hasta ese extremo te amé, y únicamente para inflamarte en mi amor y para conquistar todo tu amor.

5. Si meditas con frecuencia y con atencion, hijo mio, cuánto es lo que te amé y cuánto mayores son los motivos que tienes para amarme á Mí que Yo para amarte á tí, te verás obligado inmediatamente á corresponder á mi amor con tu amor.

Y si el amor se apodera de una vez de todo tu corazon, producirá en él, en cuanto á padecer, sentimientos semejantes á los sentimientos de mi Corazon.

Cuanto más me ames, tanto más dispuesto estarás á padecer; y cuanto con mejor disposicion padezcas, tanto más perfectamente me amará tu corazon.

Si los sentimientos de mi Corazon con respecto á las tribulaciones no te son agradables, señal es de que tu corazon no está firme y las deseas poco todavía: haz exámen y hallarás ser causa de esto el que tu alma,

desnuda del amor divino, ó empereza con el hielo de la indiferencia, ó se abrasa en la violenta fiebre del amor propio.

Pero de esas mismas malas disposiciones que aún no te hacen posible alcanzar y gozar lo que es digno solamente de las almas grandes, toma ocasion para reanimarte y levantarte con fortaleza.

Suspira al ménos, y desea que los mismos deseos de mi Corazon sean los que animen el tuyo.

6. Pide con fervor y con frecuencia, y aún resistiéndolo la naturaleza, llegar tú á conocer el valor de estos sentimientos, y ambicionar como es debido sus frutos inestimables.

Si tu oracion es sincera, se abrirán los ojos de tu alma, y verás con toda claridad que esa sabiduría del mundo que aborrece el amor de humillaciones y mortificaciones salvadoras, es verdadera ignorancia; y que este amor saludable es sabiduría verdadera que Yo mismo, bajando del cielo, enseñé con la palabra y con el ejemplo.

Si perseveras en pedir, sé te comunicará abundantísima gracia para abrazarte piadosamente con las tribulaciones, y para sufrirlas santamente.

Ni te contentes sólo con la oracion; procura abnegarte con el auxilio de la gracia, y con la cooperacion de tus propias fuerzas, sufrir los trabajos y llevar tu cruz conmigo.

¡Dichoso aquél para quien son apetecibles padecimientos que santifican! Ese, en verdad, está amaestrado más por la uncion divina que por la industria humana, y ani-





mado por la gracia más que por la naturaleza.

En nada, hijo mio, se conocen mejor los discípulos verdaderos de mi Corazon que en la estimacion que dan y en el amor que por Mí tienen á los padecimientos.

7. *Voz del Discípulo.*— ¡Oh mi buen Jesus, y cuánta es para conmigo la caridad de tu Corazon! ¡Qué amor tan gratuito! ¡Cuánta tu sed de mi felicidad!

¡Cuánto y con qué pureza de amor has padecido! ¡Y todo por mí, todo para redimirme, todo para enseñarme, todo para consolarme y para unirme á Tí por el amor!

¿Y me olvidaré por ventura de Tí? ¿Y te amaré jamás todo lo que debo? Poco puedo, lo confieso; pero digno y justo es que te ame con todo mi corazon, y que con este amor te siga tambien hasta la muerte por medio de las adversidades.

Pero reconozco, Dios y Salvador mio, cuánta gracia necesito para amar los sufrimientos y para imitar en ellos los sentimientos de tu Corazon.

Si no soy asistido de lo alto, no podré humillarme con mérito en las cosas grandes ni en las cosas pequeñas, ni abrazarme alegremente con la cruz, ni sobreponerme á las inclinaciones naturales, ni acompañarte con perseverancia hasta el fin de la vida.

Y puesto que Tú me invitas y me llamas para ello, comunícame gracia abundantísima, con la cual pueda hacer lo que por mí mismo no puedo hacer.

Engrandece mi corazon é imprime en él firme é indeleblemente los sentimientos de

tu paciente Corazon, para que imite su amor y su humildad: la humildad para sufrir por Tí toda humillacion que Tú permitas, y el amor para que ambicione padecer por tu amor cuando Tú dispongas que padezca.

(*Imitacion de Cristo*, lib. II, cap. XII, núms. 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14 y 15.)

## CAPÍTULO IV.

Cuántos bienes se alcanzan con el padecer.

1. *Voz de Jesus*.—Yo te permito, hijo mio, comprender los secretos de mi Corazon, penetrar piadosamente en ellos, y reducirlos á plenísimo aprovechamiento tuyo.

Oye, pues, secretos que el mundo no conoce: apodérate de bienes que los mundanos no poseen.

Aquí me tienes marchando por el camino de la Cruz, precediendo á las criaturas como su Criador, á los redimidos como su Redentor, y declarando á todos los hombres que el que desee participar de la felicidad inefable que me aguardaba al término de mi peregrinacion, debe negarse á sí mismo de buena voluntad, y debe seguirme.

Al oir esto, dijeron algunos cierto dia: «Duro es este lenguaje; ¿quién puede escucharle?» Retrocedieron no pocos, y se separaron de mi compañía.

Pero los Santos que con enérgica eficacia quisieran santificarse, recibieron mi invitacion con buena y agradecida voluntad, y conocieron que toda su felicidad sobre la tierra consistía en estar conmigo, en padecer y per-

severar conmigo, á través de cualesquiera acontecimientos.

2. Y ciertamente, hijo mio, ¿qué bien podrá apetecerse en la tierra que no se consiga en el padecer conmigo?

Aquí se encuentra la verdadera gloria: gloria digna nada ménos que de la divina ambicion; gloria que no perece cuando perece el mundo; gloria que permanece, aumentándose por toda una eternidad.

Aquí está el tesoro escondido con cuyo valor se compran el reino de los cielos y su bienaventuranza interminable.

Aquí se halla el purísimo deleite que excede á cuanto se pueda pensar. Si llegas á gozar padeciendo conmigo, ya puedes decir que posees en la tierra un paraíso de delicias espirituales.

3. En tanto que todo se realiza segun las inclinaciones de la naturaleza y ninguna tribulacion affige al corazon, el hombre se apega á las criaturas, se acuerda poco de Mí, y sólo de mala gana se ocupa de la eternidad.

Cuando, por el contrario, sufre adversidades y se ve abrumado por las aflicciones, su corazon vuelve en sí: observa cuán deleznales, cuán perecederas son todas las cosas de este mundo, y acude á Mí, comprendiendo le soy muy necesario.

Por eso, hijo mio, la Providencia benigna de mi Corazon dispuso que los que poseen con abundancia los bienes de la tierra, los disfruten con molestias, para que de este modo y con más facilidad é interés se animen á buscar los bienes del cielo.

Si poseyeran las riquezas y bienes del uni-



verso con pacífica é imperturbable felicidad, ni pensarían acaso jamás en la adquisicion de las riquezas celestiales.

Hé aquí porqué está misericordiosamente decretado que haya abundantes calamidades en el mundo; para que el mundo sea aborrecido, y para que sus amadores no perezcan.

4. A la manera que el fuego consume el orin y purifica el oro, así los trabajos mortifican y debilitan las pasiones, dejando más puras y haciendo más preciosas las virtudes.

Con las tribulaciones bien sufridas redimes, hijo mio, tus pecados y satisfaces cumplidamente á la justicia divina por las penas que debas padecer todavía: de modo que, teniendo aquí un purgatorio leve y consolador, merezcas despues entrar por los umbrales de la muerte á la posesion de los gozos eternos.

¿Qué hay que atesore más méritos que el padecer de buena voluntad? Trabajos leves y muy del momento alcanzan por recompensa una gloria que no tiene fin.

Cada tribulacion añade una nueva perla á tu celestial corona, que resplandecerá con tantos rayos cuantos fueren los actos de virtudes que hubieres practicado en ella.

Las adversidades libran al hombre de muchas preocupaciones y de muchos errores, y le enseñan muchísimo más de lo que sabe. ¡Bienaventurado el que aprende cuanto es indispensable aprender en la escuela de las tribulaciones!

¿Qué sabe el que nunca experimentó adversidades, el que nunca padeció ni interior

ni exteriormente? ¿Y de qué podrá aprovechar á los demás ni su consejo ni su direccion?

5. Y así nunca desmayes, hijo mio, cuando te sientas atribulado ó afligido por Mí. Pruebo amante con la tribulacion al que amo, para perfeccionarle, y me complazco en él como el padre se complace en su hijo.

Regocíjate, y con razon, en los padecimientos, porque ellos te dan testimonio de mi predileccion para contigo, y son prueba tambien del amor de mi paternal Corazon.

Nada hay que inspire tanta confianza en mi Corazon y proporcione más libre acercamiento hácia él, como el padecer por Mí con buena voluntad.

Nada, hijo mio, de cuanto pertenezca á la vida pasada te proporcionará á la hora de la muerte alegría más firme y consuelo más seguro que el dulcísimo recuerdo de haber padecido mucho por Mí.

6. ¡Cuántos hay que procuran por todos los medios posibles apartarse del camino de las humillaciones y de las aflicciones, pretendiendo por otro camino especial glorificar más á Dios y ayudar al prójimo!

¡Qué ilusion! Ni buscan á Dios ni al prójimo, sino que imprudentemente se buscan á sí mismos. Porque la gloria de Dios y la salvacion del prójimo ha de procurarse segun el agrado de Dios, y nó segun el agrado del hombre.

Dios manifestó á su hijo el modo de glorificar su Majestad en la tierra y de salvar al

mundo perdido : y este mismo modo practicó el Hijo , enseñándolo á los hombres en los padecimientos.

Sigue tú , hijo mio , el mismo camino que yo he seguido y te he enseñado : y para encontrarle , ora con frecuencia , pide fervorosamente.

Pesa y medita profundamente en la oracion los distintos , los innumerables dolores mios , y en ellos tambien las disposiciones sobrenaturales de mi Corazon.

No consultes á las inclinaciones únicamente naturales , ni al pensamiento puramente humano : hazte superior á tales sentimientos por los principios sobrenaturales ; considera estas tribulaciones como enviadas por la divina voluntad , y abrázate á ellas con el afecto cuanto te sea posible.

Entanto , hijo mio , eleva tu corazon ; mírame á Mí y mira á todos los Santos , marchando gozosos por el espinoso camino de las tribulaciones. Atrévete , y síguenos. Conmigo nada hay que temer : la compañía es buena : el camino seguro : el término infalible : el premio inacabable.

7. *Voz del discípulo.*—¡ Oh Señor y mi Jesus ! ¿ Quién no se animará á seguirte ? ¿ Quién no sentirá su corazon abrasado , cuando así nos describes el camino ?

Pero una cosa es sentirse abrasado por Tí , y otra cosa es seguirte : una cosa es meditar , y otra es decidirse : una cosa es , finalmente , conocer la virtud , y otra cosa es practicarla.

Conozco , sí , que el amor á las humillaciones es la virtud más excelente ; mi entendimiento la admira , y la ama mi Corazon ;



pero cuando se me presenta la ocasion de practicarla, me asalta repentinamente el amor propio y me ciega la oculta soberbia, presentando por una parte mil excusas, y mil razones especiosas por otra.

Así lucho miserablemente conmigo, y cuando se aleja la ocasion de padecer alguna cosa por Tí, me congratulo las más veces, cosa que debiera confundirme de vergüenza, de no haber salido herido en el combate.

Mira, pues, propicio ¡oh benignísimo Jesus! esta gran miseria mia, y concédeme misericordioso que haga con el auxilio de tu gracia lo que me es imposible hacer por mi fragilidad.

Mi debilidad es grande, y es más grande todavía la repugnancia de la naturaleza, á quien estremece el solo nombre de humillaciones y trabajos.

Y la razon de ser tan débil, de encontrarme tan lánguido que no pueda resistir á la naturaleza, es el que no te amo todo lo que debo amarte.

¡Oh Jesus dulcísimo! Si yo te amara como te amaron los santos, ¡cuán fácil y cuán suave me sería triunfar de las resistencias naturales!

Te suplico, pues, me concedas la gracia particular de amarte con amor más perfecto; con amor tan fuerte y generoso, que á despecho de la misma naturaleza me arrebate en pos de Tí, ¡oh Jesus, vida, dulzura y bienaventuranza mia!

(*Imitación de Cristo*, lib. I, cap. XII, y lib. III, capítulo XXVII.)

## CAPÍTULO V.

Cómo nosotros, á ejemplo del sacratisimo Corazon de Jesus, debemos conformarnos en las aflicciones con la divina voluntad.

1. *Voz de Jesus.*—Habia yo, hijo mio, iluminado al mundo con mi doctrina; habíale inflamado con mi amor; habíale, en cierta manera, hecho perpétuamente bienaventurado, dándole, como precioso don, á Mí mismo: nada faltaba sino que por el exceso de este mismo amor consumase cuanto debía, padeciendo inexplicablemente.

Saliendo del Cenáculo, me dirigía allí donde la voluntad de mi Padre me llamaba y hacía donde me impelían los afectos de mi Corazon: al monte de las Olivas.

Contempla religiosamente, hijo mio, qué es lo que sentiría mi Corazon, cuando caminando en el silencio de la noche, veía clara y distintamente todos y cada uno de los tormentos que durante la Pasion habían de descargar sobre Mí.

¡Camino doloroso! ¡Camino erizado de dolores y de angustias inexplicables de mi Corazon! Iba, sin embargo, armado de fortaleza, porque en ello seguía el beneplácito divino.

Del mismo modo que durante toda mi vida, así ahora mi Corazon, aunque acosado por donde quiera de sufrimientos, unido á la divina voluntad, abrazaba generoso y amante las adversidades, como venidas de mi Padre celestial.

2. Así tú, hijo mío, cuando padezcas no mires á las aflicciones en sí mismas; ántes bien levanta tus ojos, y mira á la divina voluntad, que las envía para tu bien, áun cuando á tí te parezca lo contrario.

Y ciertamente, hijo mío, que, á excepcion del pecado, nada se hace sin aquella voluntad. Cuanto sucede, pues, exceptuada la culpa, no es malo, sino bueno, puesto que procede de una voluntad esencialmente recta, y es un medio elegido divinamente para santificar al hombre.

La voluntad divina, á quien rige el Espíritu de Sabiduría, á quien sostiene un Poder infinito, á quien mueve la infinita Bondad, puede indudablemente hacer cuanto quiera hacer; pero nada absolutamente puede querer para los mortales sino lo que sea bueno á los mismos mortales.

Y no dependiendo de las criaturas, por perversas que sean sus maquinaciones, impedir que se realice contigo la divina voluntad, cuantas veces alguna cosa te sucede, y sea como sea, no siendo el pecado, cree entónces firmemente que proviene de la voluntad divina, que la dispone para tu bien.

Dios, por razon de su infinita santidad, no puede querer el pecado: puede, sin embargo, en razon de su providencia infinita, permitirle, y le permite, ya por no despojar al hombre de su libre albedrío, ya para glorificar sus perfecciones por un camino visible y admirable en la otra vida.

Infinitamente perfecto, supo del mal sacar bien, y creyó preferible sacar bien del mal, que dejar de permitir su ejecucion.



3. Hay sufrimientos, hijo mio, que el hombre no puede evitar, y que ántes bien, quiera ó no quiera, se ve obligado á padecer.

Bienaventurado el que en los padecimientos de este género trabaja para resignarse y conformarse con la divina voluntad, de tal manera que, uniendo con ella la suya, padece no ya por necesidad, sino por voluntad. Esta voluntaria resignacion hace las tribulaciones, no solamente voluntarias, sino tambien mucho más leves.

¡Ojalá comprendas bien esto, hijo mio, para que cuando te aflijan trabajos de esta especie, no pierdas todo su mérito, añadiendo miserias á miserias por la culpable resistencia de tu voluntad! ¿Qué cosa hay más desdichada en esta vida que no querer lo que siempre será, y siempre desear lo que nunca puede ser?

Otros trabajos hay de que el hombre no puede escapar sin pecado; de tal modo que ó tenga que sufrirlos, ó sufrir las consecuencias.

¡Oh y con cuánta ignorancia y con cuánta bajeza se conducen aquéllos que para librarse de trabajos no dudan en acudir á medios ilícitos! ¿Es decoroso beber de este modo esa porcion de mi cáliz, verdadero don divino, y que á nadie se reparte sin haber sido ántes gustado y dulcificado por mi Corazon?

Otros padecimientos hay de que el hombre puede apartarse sin pecado: abraza, sin embargo, con toda tu alma aquellos á que ninguna virtud se opone, y conforme con el divino beneplácito.

Si eres, hijo mio, discípulo verdadero de mi Corazon, no desperdiciarás ocasion ninguna para ello: ántes bien teniendo el tuyo perfectamente preparado, recibe como regalo mio la oportunidad que se te presente de humillarte y mortificarte sin peligro, y acógela con tanto mayor afecto, cuanto que no teniendo en ello la naturaleza parte alguna, y moviéndose tu corazon únicamente por mi voluntad, puedes manifestar un amor purísimo hácia Mí.

Los discípulos fervorosos de mi Corazon, no contentos con los padecimientos que se presentan, buscan siempre ocasiones de padecer algo más por Mí y de conformarse conmigo, porque saben cuánto me complacen con esa semejanza, que es como un perfecto testimonio de su amor.

4. Hombres hay que no ocupan su entendimiento ni su corazon de otra cosa que de lo pasado ó de lo futuro: que están perpétuamente preocupados por el recuerdo de las causas y circunstancia de adversidades que en otros tiempos padecieron, ó saludan desde léjos los padecimientos venideros, pero desentendiéndose cautelosamente de los presentes.

¡Cuán infelices son éstos! Se atormentan con lo pasado, y se engañan con lo venidero.

En su imaginacion sufren mucho, padecen mucho; pero en la realidad no son más que admirables atormentadores de sí mismos y vanos espectadores de las cosas,

¡Cuántos entre ellos hay que resolviéndose alguna vez á padecer lo más difícil, ni aún saben resignarse á lo más fácil.!

Huye, hijo mio, de esa perfeccion imaginaria bajo la cual se esconde el amor propio, y que no es más que una ilusion.

Aprovéchate de lo presente: utiliza cualquier ocasion, áun cuando sea pequeña, de practicar la virtud; las grandes se presentan pocas veces; las pequeñas con frecuencia, pero las adversidades pequeñas, bien sufridas, disponen á padecer las grandes como es debido.

5. Si en cualquier acontecimiento, hijo mio, no ves otra cosa que mi voluntad, poco te importará saber de quién vienen á tí las adversidades, si del superior, si del igual ó del inferior, si del bueno ó si del malo; sino que, atendiendo únicamente á la voluntad divina, recibirás con indiferencia aquello de que se vale como de otros tantos instrumentos para la realizacion de sus santísimos fines.

Para auxilio de tu fragilidad, primeramente, en las adversidades que te aflijan resígnate tú mismo hasta la paciencia: y áun cuando no ames ni goces con el padecer, soportalo, sin embargo, sin acrimonia en el corazon y sin murmuracion en los labios.

Emplea cuantos medios estén á tu alcance, y sírrete de ellos tanto tiempo cuanto sea necesario para acostumbrarte á la paciencia y á la resignacion con la voluntad divina en los trabajos que ordinariamente ocurren.

Una vez alcanzado el primer grado, córfmate con mi voluntad en todas las aflicciones, queriéndolas porque Yo las quiero, y no deseando verte libre de ellas miéntras Yo de ellas no quiera librarte.



Para alcanzar esto, necesario te es orar mucho, á fin de que, iluminado de lo alto tu entendimiento, la voluntad sólidamente y con el auxilio de la gracia, se conforme conmigo solo por motivos sobrenaturales y de tal manera, que por la fe y por el amor quedes convencido de que no hay cosa mejor que la divina voluntad.

Obtenido el segundo grado, trabaja para conseguir lo más perfecto: procura con todas tus fuerzas unirme á esta divina voluntad, de tal modo que estés, no solamente conforme, sino tambien uniforme con ella en padecer las adversidades.

Y esta union de voluntades entre nosotros existirá, hijo mio, cuando, animado tu corazon de los mismos sentimientos de mi Corazon hácia la Cruz, se halle, á semejanza de éste, satisfecho de su conformidad con el grado divino.

Cosa grande, perfeccion verdadera, santidad sólida, es esta union de voluntades: solo un amor puro engendra esta santa union, que no puedè existir sin que exalte y ennoblezca y haga al hombre bienaventurado.

6. Si me amas, hijo mio, tambien amarás mi voluntad. Basta al amante conocer el deseo del amado, para que le siga con regocijado corazon.

Ea, pues, amado mio; abraza la divina voluntad con todo el afecto de tu alma, y justifica de esta manera que eres verdadero discípulo de mi Corazon, amante mio, y de ninguna manera tuyo.

Obra de tal modo, vive de tal modo, que Yo encuentre en tí siempre el hombre á la

medida de mi Corazon, y que hace absolutamente mi voluntad, ya en las prosperidades, ya en las adversidades.

7. *Voz del Discípulo.*—Santísimo y dulcísimo Jesus, de cuya vida fué norma únicamente la voluntad divina: resuelvo ya, asistido por tu gracia, trabajar sin descanso para seguir esta regla, la más discreta y la más segura.

Deseo padecer cuanto Tú decretes que yo padezca, por más que lo rechace mi naturaleza, ya sea por cualquiera criatura visible ó invisible. Nada que no sea bueno puede venir de tu Corazon infinitamente bueno, con el cual me amas más y mejor que yo mismo me amo ni puedo jamás amarme.

Y sé, Señor, que nada he de padecer que no lo padezca y lo dulcifique ante tu mismo Corazon.

Si la viciada inclinacion mia se rebela intentando subordinar á su voluntad tu voluntad, te suplico que entónces hagas soberana manifestacion de tu poder, y reduzcas á obediencia á este enemigo insolente, para que jamás vuelva á sublevarse.

¡Oh Jesus amantísimo, fuego que consume lo que es malo sin lastimar lo que es bueno: llama que arde con suavidad y que destruye con facilidad! destruye en mí toda voluntad maligna y desordenada: enciende y reanima una voluntad buena y recta, que se crea dichosa siguiendo en todo, áun en lo adverso, tu beneplácito divino.

(*Imitacion de Cristo, lib. II, cap. II: y lib. III, capítulo XVII.*)

## CAPÍTULO VI.

El sacratísimo Corazon de Jesus nos enseña á recurrir á la oracion en las aflicciones.

1. *Voz de Jesus*.—Llegado, hijo mio, al huerto de las Olivas, y envuelta la tierra en el más profundo silencio; hé aquí que se me representaron y asaltaron de una parte, todos los pecados del mundo; de la otra, los encarnizados y crueles tormentos de la Pasion; y con tal violencia oprimían á la vez mi Corazon, que, aun cuando es la fortaleza de los débiles, principió á apesadumbrarse, á entristecerse y á angustiarse.

Y al contemplar que en medio de tales dolores, aceptados con tanto amor y ofrecidos con tanta misericordia para la salvacion de todos los hombres, serian no pocos los que la despreciarían y abusarían de ellos por su voluntaria obstinacion, para más completa ruina, y pagándome á Mi con el horrendo crimen de la ingratitud, entónces, hijo mio, desmayado de angustia mi Corazon, me obligó á exclamar: «Mi alma está triste hasta la muerte.»

Sin embargo, separado de mis discípulos y á corta distancia, inclinado de rodillas, oraba.

Crecían entre tanto los sufrimientos hijos de la lucha entre la parte superior y la parte inferior de mi Corazon; de tal modo que, humedeciendo la tierra copioso sudor de mi sangre, caí sobre mi rostro, entré en agonía, y oré prolijamente.



La agonía, resultado de aquel combate interior, se prolongaba, y Yo perseveraba en la oracion: «Padre, si quieres, aparta de Mí este cáliz; pero hágase tu voluntad y no la mia.» ¡Sí, Padre mio, hágase tu voluntad!

Entónces, hijo mio, descendió del cielo un ángel, nó para apartar de Mí el cáliz de la Pasion que mi Padre dispuso bebiera. Yo hasta las heces, sino para confortarme; para que, con el gozo que fuera de la Pasion se me ofrecía, abrazara voluntariamente la Cruz y desechara la confusion.

Piensa, hijo mio, cuán doloroso fué el combate que mi Corazon sostuvo aquella noche; lucha que no tiene semejante, lucha de la cual pendía la salvacion de todo el mundo.

Peleó mi Corazon, insistiendo, luchando, resistiendo hasta el derramamiento de sangre, y venció; pero venció en la oracion.

Aquí tienes, hijo mio, aquí tienes la fuente de todo consuelo para tí; mi Corazon agonizando y orando; mi Corazon atormentado por él amor y triunfando con el amor.

Hé aquí hasta qué grado sufrí lo trabajoso de los padecimientos: hasta qué punto experimenté su amargura; y todo esto, hijo mio, únicamente para ayudarte, para instruirte y para animarte.

No desfallezca tu alma; no te cause tampoco extrañeza si hallas en tí repugnancia á padecer. Si mi Corazon perfectísimo y santísimo sintió de esta manera los dolores, ¿qué es de admirar, hijo mio, que así los sienta tu corazon?

Y nunca llegarás á experimentar, jamás llegarás á sentir todo lo que sintió mi Cora-

zon: si tu corazon sufriera de una sola vez todo lo que ha de padecer en toda la vida, sería solamente como una gota del cáliz que en el huerto bebió mi Corazon.

Sea, pues, la que sea la resistencia que halles en tí, sigue mi ejemplo, no cedas; ántes bien oponte con todas tus fuerzas á la repugnante naturaleza.

Y para alcanzarlo acude presuroso, sin tardanza, á la oracion, en cualesquiera dificultades y angustias.

3. Si atribulado recurres á la oracion, la tribulacion te será siempre de utilidad. O por la oracion te verás libre meritoriamente de ella, ó recibirás auxilios para soportarla tambien con mérito.

Acércate, pues, hijo mio, é inclínalas tus rodillas, ó derretido al ménos tu corazon en mi presencia, ora como Yo: ora para que, si así cumple á la divina voluntad, aleje de tí el cáliz de tus aflicciones: pero que siempre se haga la voluntad divina, y no la tuya.

Ora para que, si no es posible que pase este cáliz, alcances la gracia de la resignacion y de la conformidad para beberle.

Buen ánimo, hijo mio; nunca te rodearán aflicciones para conformarte con las cuales tengas que luchar tanto como yo luché; jamás se te presentará un combate que te haga sudar sangre.

Sea cualquiera la dificultad que experimentes, insiste tú: porfia tú, lucha contigo mismo para sobreponerte. Combatiendo una y otra vez, ora y ora sin descanso hasta que halles tu corazon conforme con la voluntad divina, y preparado, aún oponiendose la na-

turalaleza, á seguirme por en medio de todo lo que Dios disponga.

4. Es formidable mal para tí, hijo mio, recurrir tarde á la oracion, ensayar ántes el poder humano, y áun conceder al enemigo de tu salvacion y á las desordenadas inclinaciones de la naturaleza, demasiado dominio sobre tu corazon.

No escuches las sugeriones del diablo ni de las pasiones. Quieren solamente engañarte y perderte, y esto con especiosas y falsas razones. Apartado de todo razonamiento y de toda comunicacion con ellas, ven cuanto ántes á mi Corazon; en él hallarás consejo, en él auxilio, en él consuelo.

Aun quando fuera necesario para ello enviar un ángel de los cielos, no quedarás sin auxilio consolador, si oras de la manera que conviene.

Si, á pesar de tus piadosos esfuerzos, el padecer te repugna todavía, no te acongojes. Con tal de que tu voluntad se resigne con la voluntad divina, tal repugnancia, experimentada, pero no querida, no sólo no ha de perjudicarte, sino que, por el contrario, ha de aprovecharte en gran manera con la perseverancia.

De discípulos heroicos de mi Corazon es orar y procurar con todas sus fuerzas vencerse interiormente á sí mismos, ya en aquello que la naturaleza desordenada aborrece, ya en aquello á que la misma naturaleza se inclina.

5. Cuando ores, hijo mio, en la afliccion, sea tal tu oracion que desees estar siempre resignado, ya te veas libre de ella, ya, en



vez de esto, alcances alguna cosa que sea mejor para tí, porque es segun el beneplácito divino, ya saborees lo que es dulce, ya experimentes amarguras.

No es la mejor de las oraciones aquella en que se alcanzan grandes consuelos; porque ni lo dulce aprovecha siempre, ni lo amargo es siempre dañoso. Antes bien, en el presente estado del hombre, lo dulce suele perjudicar y lo amargo tal vez aprovechar.

Aquella será tu más perfecta oracion de la que salgas con mayor humildad, con mayor caridad, y de tal modo dispuesto, que para seguir cuanto sea del divino agrado, rechaces con eficacia todo lo que halague y abrace todo lo que desagrade á la naturaleza.

¡Qué espectáculo tan miserable es para Dios, para los ángeles y para los hombres ver algunos que, orando diariamente y mucho, se separan de la oracion sin haber obtenido otra cosa que, ó pecados de negligencia y abusos de la gracia, ó una soberbia y un amor propio más refinados, nó mejores disposiciones para cumplir sus deberes; no pudiendo sufrir los defectos de sus semejantes, y no pudiendo quebrantar sus propias inclinaciones!

Tú, hijo mio, ora mejor, segun lo has aprendido en el ejemplo de mi Corazon. Ora sobreponiéndote á la naturaleza! ora conformándote y resignándote todo con el beneplácito divino.

Poco tiempo necesitarás valerte de esfuerzos extraordinarios. Trabaja un poquito más, y ya ni te será necesario prepararte

para los trabajos ni tendrás que cobrar ánimo en ellos, sino que cantarás alegres y gloriosos triunfos con los Santos que, habiendo pasado por grandes tribulaciones, se ven ahora, en recompensa, arrebatados al extremo de perennes goces, y se regocijan por toda la eternidad.

6. *Voz del Discípulo.*—Gracias á Tí, ¡oh piadosísimo Jesus! gracias á Tí, verdadero consuelo de los afligidos, que tan graciosa y tan suavemente me has consolado en las resistencias que siento á padecer, y porque á tanta costa tuya me has abierto el manantial de mi remedio en todas las tribulaciones.

Por lo que tú tan misericordiosamente te has dignado sufrir, veo con muchísimo consuelo que la rebeldía de la naturaleza no puede dañar á una buena voluntad que Tú solo conoces, y á quien Tú solo das paz sobre la tierra.

¡Oh Señor, consuelo de los mortales y alegría de los ángeles, que atribulado te refugiaste á la oración! concédeme que, imitando tu ejemplo, acuda inmediatamente á ella en todos los padecimientos, sacrifique mi repugnante naturaleza, y me resigne y conforme con la divina voluntad.

Tu Corazon ¡oh buen Jesus! es refugio patente y seguro de todos los desdichados: contempla, pues, mi fragilidad; excítame, muéveme para que en toda dificultad, en todo acontecimiento, á él recurra, en él encuentre el auxilio, recobre el ánimo y reponga las fuerzas.

¡Oh dulce Jesus, amor mio y todomi bien! ruego y te suplico me concedas la gracia de

descansar contigo en la divina voluntad, siempre y en todas partes, y de esta manera perseverar despues contigo por toda la eternidad.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. XVI.*)

## CAPÍTULO VII

El sacratísimo Corazon de Jesus nos enseña cómo hemos de emplear en las tribulaciones el auxilio de las criaturas.

1. *Voz de Jesus.*—Concluida, hijo mio, la oracion, y siguiendo siempre el beneplácito de mi Padre que está en los cielos, volví á mis discípulos, ya para enseñarte con el ejemplo, ya tambien para buscar en ello algun consuelo en afliccion tan extrema.

Pero ¡ay! que los encontré abrumados por la tristeza y aletargados por el sueño, de tal modo, que, al despertar, no solamente no pudieron consolarme, sino que ni áun supieron qué decirme; y más que para dar consuelos, estaban ellos necesitados de recibirlos.

Amargura amarguísima fué para mi Corazon, hijo mio, ver á los mismos á quienes había instruido con una solicitud más que paternal, á quienes había enriquecido con tanto amor, á los que tantas veces habia confortado, tan indiferentes y tan olvidados de Mí en la hora de mi Pasion, que ni siquiera pudieron velar una hora conmigo.

¿Dónde está ya aquella promesa que poco ántes hicieron de serme fieles hasta la muerte? ¿Dónde la fe prometida? ¿Dónde aquella constancia jurada con tanta solemnidad? To-



dos huyeron: pero al huir pasaron por mi Corazon; y ¡ay cuán cruelmente le traspasaron!

Volví, sin embargo, á mis discípulos cuando padecía, porque tal era tambien la voluntad de mi Padre; y por esto abracé con resignado corazon los dolores que me ocasionó el recurrir á ellos.

2. No creas, pues, hijo mio, está prohibido acudir á las criaturas en las adversidades, con tal que se acuda del modo que es debido.

Recurrirás, pues, como se debe, si contemplas á las criaturas solamente como medios de conformarte y unirte con la divina voluntad con más facilidad y con mayor aprovechamiento.

Es muy propio de los discípulos más perfectos de mi Corazon padecer y ocultar cuanto les sea posible sus padecimientos á todos los mortales, manifestándome únicamente y comunicándome á Mí solo las aficciones de su alma.

Si tú, hijo mio, no has podido llegar todavía á la altura de tanta perfeccion, prepárate primero con la oracion, y ve á un hombre espiritual é interior, nó para recibir de él consuelos sensibles, sino para ser fortalecido y auxiliado hasta llegar con ménos molestia á mi Corazon, fuente de verdaderos consuelos, y para unirte conmigo mejor que con cualquier otro consolador.

Y si piensas con rectitud, será indudablemente el mayor entre todos tus consuelos estar unido conmigo. Una vez esto alcanzado, descansarás dulcísimamente en mi Corazon,

áun cuando carezcas de todo otro consuelo. ¿Y qué cosa más dulce? ¿Y qué cosa más segura?

3. Cuando necesites consejo ó direccion en tus tribulaciones, ó te halles en peligro de alucinamiento, no confies en tí mismo, no sea que, equivocado con tu propio parecer, te veas engañado por un bien aparente.

En estas circunstancias, muy principalmente, acostumbro á guiar al hombre por el hombre, ya para que resplandezca más en ello el órden de mi divina Providencia, ya para que los hombres se amen más entre sí, experimentando que no se bastan á sí solos, sino que necesitan los unos del auxilio de los otros.

Los que creyéndose más sabios se resisten á ser dirigidos por otro, se exponen á funestos resultados.

El acudir á los medios creados es, no solamente de consejo para mayor seguridad, sino tambien, algunas veces, de precepto para cumplir una obligacion.

Está, pues, establecido y ordenado sapientísima y perfectísimamente bien que todas las criaturas ayuden al hombre; pues solo para su verdadero bien han sido formadas, ya renuncie á ellas para mejor ejercitarse en la virtud, ya comunique con ellas para la perfeccion y salvacion, ya únicamente se valga de ellas como medios.

Admirable es la divina Providencia en todas sus obras: todas ellas la sirven; y si tú me amas, hijo mio, tambien te servirán á tí.

4. Cuando sea necesario valerte de las

criaturas como medios, este empleo ha de buscarse con extraordinario cuidado, y el éxito has de esperarle de tal modo, que de cualquiera manera que suceda te halles conforme con la divina voluntad.

Puesta una vez la suficiente diligencia, el resultado, sea el que fuere, será para tí la manifestacion del beneplácito divino.

Alguna vez inspiro consejos en cuya ejecucion quiero que los hombres trabajen con fortaleza y con constancia, y de los cuales, sin embargo, no han de obtener resultado. En este caso alcanzan una doble recompensa: de una parte el mérito del trabajo invertido para la favorable ejecucion, y de la otra el mérito de la resignacion en el éxito desfavorable.

Si alguna de tus empresas tiene un fin desgraciado, y esto por culpa tuya, arrepiéntete de la culpa, y acepta y sufre de buen grado el castigo del infortunio. Si la culpa es ciertamente contra mi voluntad, el castigo de la culpa es enteramente conforme á mi voluntad: y por lo tanto arrepiéntete y aborrece la culpa, y abraza y sufre con amor el castigo.

Si alguna cosa te sale mal por culpa ajena, confórmate tambien con esta tribulacion, y no pierdas ni la paciencia ni la paz de tu alma.

Si te niego por culpa de otros el éxito feliz de cualquier empresa, conocerás en esto mismo que no quiero que tenga resultado favorable; y del mismo modo que permitiendo la culpa la aborrezco y quiero tambien que aquel negocio tenga para tí mal resultado,



tú asimismo por una disposicion semejante de corazon, abomina la culpa y abrázate con la adversidad.

5. Si tu corazon, hijo mio, estuviera favorablemente preparado, te resignarías conmigo en todos los acontecimientos, y encontrarías en cada uno de ellos una nueva margarita para adornar tu celestial diadema.

Es indispensable, ciertamente, una extraordinaria y sobrenatural discrecion para el recto uso de las criaturas; porque aun cuando alguno principie á valerse de ellas con buena intencion, puede verse envuelto fácilmente y pecar.

Ora, pues, é implora la luz y los auxilios de la gracia para que, permaneciendo libre, ni desfallezcas por el abandono, ni te excedas por el uso de los medios criados.

6. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh Jesus, primero y último refugio de un corazon afligido! ¿Qué consuelo podrán darme las criaturas todas, si me falta la unción dulcísima de tu Corazon?

Cuantas veces, impulsado por alguna desordenada inclinacion ó por algun motivo contrario á tu voluntad, acudí con interés buscando consuelo en las criaturas, otras tantas me separé afligido y profundamente desconsolado.

Así indudablemente lo dispuso la bondad de tu Corazon, para que afortunadamente me viera apremiado é impelido á volver en Tí, dulzura infinita; á derramar mi desolado corazon en Tí, que estando siempre al lado de los corazones afligidos, eres el único que puede darme verdadero consuelo.

Gracias á Ti, excelentísimo Jesus, por la gran benignidad de tu Corazon, que tan misericordiosa y saludablemente se ha portado conmigo.

¡Oh Señor, mi luz y mi salvacion! esclarece mi entendimiento, para que á Ti únicamente vea en la presencia de las criaturas; purifica mis afectos, para que te ame siempre en el empleo de ellas, y concédeme que, libre de todas, en Ti únicamente descanse.

Dirígeme segun tu espíritu, Señor mio y mi Jesus, y haz que de tal modo emplee yo todas las cosas creadas, que en ello te agrade, pasando de esta manera por los males temporales á la adquisicion de los bienes eternos.

(*Imitacion de Cristo*, lib. I, cap. x, y lib. III, capítulo xxvi.)

## CAPÍTULO VIII.

Cómo, á ejemplo del Sacratísimo Corazon de Jesus, debemos sufrir las contrariedades y hasta las persecuciones de los hombres.

1. *Voz de Jesus*. — Era llegada, amadísimo hijo mio, la hora en que el Hijo del Hombre habia de ser entregado en manos de los pecadores.

Y aquí tienes á Judas Iscariote, uno de los doce Apóstoles, y con él una multitud con armas y linternas, con látigos y espadas.

Iba delante, como caudillo de los perseguidores, y acercándose con la falsedad en el corazon: «Salve, me dijo, Maestrò;» me

besó inmediatamente, y de este modo me entregó á mis enemigos.

Sabiendo Yo todo lo que había de suceder, me afligía en lo íntimo de mi Corazon, más que con mi mismo dolor, con la suerte infelícísima de aquel desdichado discípulo y de cuantos le seguían.

Sin embargo, quise intentar el último extremo y no abandonar lo principiado hasta ablándar y conquistar aquellos corazones.

Devorando interiormente la injuria, pero con la amistad en el semblante y llamándole dulcemente, le dije: «Amigo, ¿á qué has venido?»

Aguijoneado, con suavidad á la vez y con fuerza, aquel corazon insensible á tanta bondad para que volviese en sí, é inclinándole á meditar la enormidad de un crimen, ya para mí tan conocido: «Judas, le pregunté: Judas, ¿entregas con un beso al Hijo del Hombre?»

Y al ver que no escuchaba mi salvadora voz, y que ántes más se endurecía su corazon, acudí finalmente á la omnipotencia, pero de tal manera que no padeciese su libre albedrío.

Y hé aquí que con un milagro, al solo sonido de mi voz, semejante á la impresion de un rayo, hice caer en tierra al pérfido discípulo y á toda su cohorte, llevando al mismo tiempo á su corazon todo el poder de la gracia. Movido fué aquel corazon de hierro, pero no quiso corresponder al movimiento; sintió la gracia, pero se negó á cooperar á ella.

2. Si meditando siempre, hijo mio, pudieras comprender alguna vez con cuánta ter-



nura amaba incansablemente á aquellos de quienes tales ofensas recibía, colmándolos sin cesar de nuevos beneficios, comprenderías tambien que eran inexplicables los dolores que á semejanza de caudalosos torrentes, inundaban y anegaban mi corazon.

Cuando te ocurra padecer algo semejante á esto, no decaigas, hijo mio : ántes bien, anímete y consuélete el ejemplo que te he dado para tu instruccion y consuelo.

En verdad, hijo mio, te digo que en el mundo no han de faltarte persecuciones; pero ten confianza y no temas, porque en ellas estoy contigo.

Acuérdate de mi palabra : « No es el siervo mayor que su señor. »

Si á Mí me persiguieron, ¿ qué mucho que á tí te persigan?

Si el mundo te aborrece, recuerda que ántes me había aborrecido á Mí.

Ten, hijo mio, entendido que el espíritu maligno será tu perseguidor todo el tiempo que seas discípulo de mi Corazon y aborrezcas el mundo y sus placeres.

Ya llamará á tu modo de obrar hipocresía, ya deseo de singularizarte, ó le calificará de otro vicio cualquiera.

Unas veces aparentará compadecerte, y otras se burlará de tí descaradamente.

Si buscas la soledad, te acusará de melancólico y de tétrico ; si te presentas en público, procurará ennegrecer en tí las virtudes, exagerará hasta el exceso tus defectos, ó te adulará tal vez para tu perdicion.

Si animado por el celo de la caridad trabajas por la salvacion del mundo, hallarás

tuas veces una indiferencia insensible, tropezarás otras con una desalmada ingratitud.

Esto, y mucho más parecido á esto, harán contigo los partidarios del mundo, no solamente públicos, sino tambien ocultos, y no solamente los que cara á cara persiguen la virtud, sino tambien aquéllos que aparentan reverenciarla, y de hecho juzgan de la misma manera que los mundanos.

Esto te anuncio, hijo mio, para que cuando sucediere tengas presente mi doctrina, y para que, animado por mi ejemplo, puedas permanecer firme en tu propósito, compadecerte de los que así te afligen, rogar por ellos y buscar por todos los medios su salvacion.

Ciertamente que estos infelices, dignos de la mayor compasion, más que á tí, se dañan á sí mismos.

4. Esto has de esperar, hijo mio, durante tu vida: experimentar las contrariedades de los hombres, y ver, por una mudanza maravillosa, que los que ántes eran tus amigos, son ahora tus enemigos.

Guárdate, hijo mio, de confiar demasiado en los hombres que te favorezcan, y de turbarte por causa de los que te sean contrarios.

Si tratas con todos con pureza y libertad de corazon, te resignarás conmigo cuando ellos te aflijan, con mucha más facilidad y utilidad, conservarás la paz y te granjearás el mérito.

Vive, hijo mio, entre los mortales allí donde te agrada vivir, y en todas partes encontrarás mortales que ejerciten tu paciencia.

Ya vivas únicamente entre las almas pia-

dosas, ya vivas en la compañía de personas separadas del mundo y consagradas á Mí en cuerpo y en alma, ni aún así te verás libre de contrarios.

Si entre mis doce Apóstoles hubo uno que me persiguió, no te admire tampoco si hallas tú quien te persiga entre los que llevan vida espiritual ó profesan el estado religioso.

5. Sí, hijo mio, sí; todos los que desean tener vida interior y piadosa, padecerán persecucion. Nunca la persecucion falta al discípulo interior y espiritual de mi Corazon.

Y en verdad que la persecucion es de tantas maneras, como es de muchas maneras el martirio.

Hay persecucion de los enemigos y de los amigos; hay persecucion de enemigos visibles y de enemigos invisibles; hay persecucion de los malos, y tambien persecucion por parte de los buenos.

Así como hay martirio de la fe y martirio de la caridad, martirio del cuerpo y martirio del alma, y, finalmente, cruelísimo martirio del corazon.

Si aspiras, hijo mio, á ser discípulo verdadero de mi Corazon, te conviene en cierta manera ser mártir.

Mientras de este modo seas discípulo de mi Corazon, serás tambien compañero de los Santos. Mira si no aquella considerable multitud que nadie puede contar, y que está delante del trono de la Majestad divina, teniendo en sus manos las palmas, símbolo de sus martirios.

Y aún cuando no todos los Santos hayan derramado su sangre, todos, sin embargo,



padecieron para alcanzar la palma de algun martirio.

6. Pero advierte, hijo mio, que el que es verdaderamente mártir no escoge el martirio segun su propia voluntad, sino que sufre aquel que le presenta ó que le inspira la voluntad de Dios.

Reconoce, pues, como tu martirio aquello que tengas que sufrir en el estado, empleo y circunstancias en que te haya colocado la Divina Providencia.

Para hallar la ocasion del martirio no es necesario que te traslades á naciones bárbaras é infieles, ó esperar de frente al furioso perseguidor de la Iglesia.

Te persigue el mundo; el hombre te aflige; uno te ve, se burla y se rie; éste te humilla; aquél te contradice; la naturaleza corrompida ó el apetito desordenado te presenta combate; cualquiera otra cosa te es motivo de dolor: pues aquí tienes, hijo mio, á tus perseguidores.

A despecho de las hablillas y oposiciones de los hombres, á despecho de sus insultos y vejaciones, ¿guardas con generosidad y heroismo los mandamientos y reglas de la Religion? ¿Cultivas la virtud y practicas la piedad? Pues aquí tienes el martirio de tu fe.

¿Ruegas por tus perseguidores? ¿Amas y ayudas, aún resistiéndolo tu propia naturaleza, á tus prójimos, y hasta á aquéllos que están preparados contra tí? ¿Cuidas de su salvacion, ofreces por ellos oraciones, trabajos y padecimientos? Aquí tienes el martirio de tu caridad.

¿Te atormenta una enfermedad? ¿Te duele la cabeza, el pecho y todos los miembros? ¿Te abruma un trabajo violento y penoso? Pues aquí tienes el martirio del cuerpo.

¿Padeces interiores angustias? ¿Experimentas atormentadoras tentaciones, ó aquello de que el amor divino se vale para purificar y perfeccionar completamente el alma? Pues aquí tienes el martirio de tu alma, el martirio de tu corazón.

Pero sabe, hijo mio, que no aprovecha en aquéllos que han llegado al uso de la razón el martirio sufrido á la fuerza, ó por una causa ó motivo cualquiera, si no se sufre con voluntad, con resignación, pacientemente y por amor divino. No es, pues, bastante padecer, sino que te es necesario padecer voluntariamente y por mi amor. El martirio á quien el divino amor no anima, es un martirio muerto y sin fruto.

He aquí, hijo mio, que se te ofrece una múltiple corona que mil mortales de todos estados y condiciones ambicionaron con instancia, y que tantos niños y niñas alcanzaron regocijados. ¿Y no puedes tú, por ventura, ó no quieres, aspirar á ella y alcanzarla?

Alza tus ojos al cielo, contempla la gloria y la bienaventuranza de los Santos: acuérdate de que ellos son tus hermanos y tus hermanas: esfuerza tu alma, y compra tu palma y tu corona para que puedas ser admitido en su número.

7. *Voz del Discípulo.*—¡Oh dulcísimo Jesus mio, Príncipe y Corona de los Mártires, Consolador de los mortales! experimen-

to frecuentemente que los hombres me son contrarios, y lo siento profundamente la mayor parte de las veces.

Y obligado me veo á confesar con sinceridad que no debo quejarme : pues yo, el último y el más ingrato entre todos los hombres, he seguido á Judas y á su muchedumbre contra Tí, Dios y Señor mio.

Por esto confieso que soy verdaderamente digno del aborrecimiento de toda criatura; indigno al mismo tiempo de ser amado por Tí, de ser admitido en el número de los discípulos de tu corazon.

Sin embargo; siendo tal la bondad de tu Corazon, que hasta deseó admitir al mismo Judas, é hiciste cuanto había que hacer para ganarle, ¿cómo me atreveré yo á desconfiar de Tí ni á temer? ¡Cuánta, por el contrario, debe ser mi confianza y mi esperanza de que, aunque miserable, no has de rechazarme cuando llegue á tu presencia, sino que has de admitirme y ayudarme con tu misericordia!

Apremiado, pues, por la bondad y por la gracia de tu Corazon, resuelvo compensar mi pasada infidelidad con un amor constante, sufrir por tu amor el martirio que graciosamente se me ofrezca, y santificarme por último, para inefable gozo y gloria perdurable de tu Corazon.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, cap. XIX.)*



## CAPÍTULO IX.

De qué modo, á ejemplo del sacratísimo Corazon de Jesus, hemos de soportar el abandono de aquellas personas que nos son ó muy útiles ó muy necesarias.

1. *Voz de Jesus.*—Apénas las turbas, hijo mio, se acercaron á Mí y me hubieron entre sus manos, mis discípulos todos huyeron, dejándome solo y abandonado al furor de mis enemigos.

Estos son, hijo mio, los mismos que Yo habia elegido; éstos, los que habia educado con tanto esmero y solicitud de mi Corazon; á quienes habia llamado *hijitos* y *amigos*, y á quienes habia dado á conocer cuanto habia aprendido de mi Padre.

Son aquéllos mismos que poco ántes habían protestado unánimemente que no me negarían, aún cuando fuera necesario morir conmigo.

Y ahora, llegada la hora del poder de las tinieblas y el tiempo de la prueba, los hijos y los amigos todos desertaron, olvidados de Mí, su salvador y su Padre.

Contempla, hijo mio, con cuánta violencia heriría mi Corazon este desamparo de mis discípulos.

Atiende tambien y medita con qué disposiciones de Corazon padecí tan terrible sufrimiento.

2. Si tú te revistes perfectamente de los mismos sentimientos de mi Corazon, sufrirás con quietud y con mérito verte abandonado de los mortales.

Sucede no pocas veces que el hombre se encuentra en medio de las tribulaciones, desamparado de aquellas mismas personas que le son, ó muy útiles, ó muy necesarias; y esto para que se asemeje á Mí más perfectamente, se eleve á mayor santidad, y haga más ostensible y gloriosa manifestacion del poder de mi amor, con el cual el hombre débil se fortalece de tal manera, que se mantiene siempre firme entre los huracanes invasores y crueles borrascas de las adversidades.

Y esto ayuda muchas veces al hombre para desembarazarse libremente de las criaturas, y áun para desprenderse de sí mismo en el fondo de su alma.

Cuando por una parte se mira desamparado de los mortales, separa fácilmente de ellos su corazon para dármele á Mí, que á nadie desamparo: y cuando por otra se reconoce impotente ante las dificultades que le rodean, viénese á Mí como espontáneamente, y se arroja en mi seno paternal con cuanto es y con cuanto tiene.

Heroico es, en verdad, y digno de la divina aprobacion, que el mortal abandonado de todos permanezca del mismo modo contento en medio del aislamiento, ame con más pureza á los mismos que le abandonan, carezca con generosa voluntad del afecto de los hombres, y descanse únicamente en Mí, en todo cuanto suceda. Esto, sí, es manifiesto distintivo de un corazon humilde, que á todo se ha entregado por mi amor.

En tanto el hombre posea afectos extraños, áun cuando de ellos se valga para buen

fin, se deja arrebatarse demasiadas veces por mucho que, ó es desordenado, ó es á la verdad meramente humano.

Pero Yo, amante celoso que no consiento que el corazón del hombre se ocupe más que de Mí, ó por Mí, de tal manera dispongo las cosas, que se ve alguna vez abandonado y desamparado de los mortales, áun de aquellos mismos con quienes parece debía unirle un mismo destino hasta la muerte.

El hombre debe luchar consigo mismo, diariamente y mucho, para ordenar rectamente el deseo de ser amado de los demás.

7. *Voz del Discípulo.*—¿Y es, Señor, por ventura malo desear ó buscar ser amado de nuestros semejantes con buena intencion?

*Voz de Jesus*—Una cosa es, hijo mío, desearlo y buscarlo por tí, y otra cosa es desearlo y buscarlo por Mí.

Si buscas el amor ajeno para gozar y descansar solamente en él; si le apetece por las cualidades de las personas y para satisfacer tus inclinaciones; si, por último, le deseas de tal manera que tenga por fin único, directa ó indirectamente, á tí ó el agradar á la naturaleza, deseas ser amado por tí mismo.

Pero si deseas y trabajas por alcanzar el amor de los demás para estudiar lo que es de mi agrado, para asegurar tu eterna salvacion, para promover la santificacion de las almas, para extender el reino de mi amor y para ganarme corazones, esto es buscar ser amado por Mí.

Si deseas, hijo mío, ser amado únicamente por tí, de un modo directo ó indirecto, y áun cuando sea con buena intencion, esto es



desordenado, pues que Yo, y no tú, soy para tí tu último fin, es por lo mismo defectuoso, y, lo que es más temible todavía, suele, no solamente arrastrar al pecado, sino tambien llevarle en sí mismo.

Pero si deseas ser amado únicamente por Mí, tu amor es ordenado, es puro, es amor por Mí; es aquel amor con que los Santos quisieron amar y buscaron ser amados, con el cual obraron mucho bien; es el amor, hijo mio, que tú puedes utilizar de la misma manera.

4. Apénas se encontrará nada en el mundo que más afectuosamente atraiga el corazón humano que la amistad que, llena de peligros, ó puede aprovechar, ó puede dañar mucho.

Preciosa, pero difícil de encontrar, y más difícil de conservar, es esa verdadera y pura amistad que hace que uno ame sinceramente á otro, por amor mio: que el uno busque el verdadero bien del otro, como el suyo propio, sin adulacion, libre de respetos humanos; con la que uno corrige los defectos del otro, procurando animarle y ayudarle en la práctica de la virtud y en el camino de la santidad; que sea fiel en la prosperidad como en la adversidad, y no solamente hasta la muerte, sino despues de la muerte.

Si amas á alguno, hijo mio, y de tal manera le amas que de ello te resulta inquietud ó te ves impulsado oportuna é importunamente á ocupar en él tu alma y tu corazón; que desees comunicar con él con frecuencia y por mucho tiempo; que atiendas á sus cualidades exteriores, y á ellas consagres y lleves tus

sentimientos ; que te atrevas á manifestar admiracion ó á lisonjearle en su presencia ; que cohonestes ó disculpes sus faltas con un nombre especioso ; que sea violento á tu corazon verle amar á otros ; que te creas inconsolable, ó tal vez infeliz , si hay necesidad de separarte de él ; tu amor , tu amistad entónces, no es verdadera , no es pura , y esto aún cuando tú no lo adviertas , aún cuando tú no lo sospeches. Si por el contrario nada de esto te sucede , señal favorable tienes de ser bueno aquel amor y aquella amistad tuya.

Si tienes, hijo mio, un amigo fiel y verdadero, tesoro ciertamente muy escaso, concúete con él del modo que es debido, y trata con él de tal manera, que, ya sea fiel, ya sea infiel, nunca te arrepientas de haberle tratado.

Y aún cuando la amistad que se funda en mi amor es por sí misma buena, conviene, sin embargo, que tu corazon se halle tan expedito, que sólo á Mí, si Yo así lo dispongo, quieras tener por amigo y como amigo bastante para tí, en vez de todos los demás.

Tu corazon no estará interiormente tranquilo ni bien preparado á su íntima union conmigo, hagas por otra parte cuanto hicieses, si, sobreponiéndote á todas las afecciones de la naturaleza, no ama sólo por mi amor y no descansa únicamente en mi amor.

Fija, pues, tus afectos en Mí, hijo mio; une tu corazon estrechamente á mi Corazon, para que no decaiga ni se agite si los hombres te abandonan.

5. ¿Qué otra cosa son los hombres sino cañas flexibles y quebradizas, en las que no

puedes apoyarte con seguridad, á ménos que no quieras exponerte al peligro de vacilar ó de caer?

Y aún cuando los mortales no se separen de tí, tú deberás separarte de ellos dentro de poco, puesto que la muerte ha de separar á todos y á cada uno.

Cuando te veas desamparado de los hombres, en ninguna parte encontrarás consuelo mayor y más seguro que en Mí, tratado por las criaturas de la misma manera que tú, y por tu amor.

No te exasperes, hijo mío, ni te quejes, como si no merecieras ser tratado de este modo, al ménos ya por uno ó ya por otro.

¡Ay, hijo mío! Si sólo quieres padecer en aquello que te agrada, ¿qué fundamento tiene tu virtud? Y si no quieres padecer sino lo que sólo has merecido, ¿qué hay entónces de grande, ni que sea digno de un discípulo de mi Corazon?

6. Si algunos se apartan de tí, sea del modo que quiera, manifiéstales con tu benevolencia, mansedumbre y beneficios cuánto vale esa caridad pura con la que tú buscas su bien más que el deleite de tus inclinaciones, desentendiéndote de la resistencia natural, y aún cuando ellos no lo merezcan.

Ciertamente, hijo mío, que es muy difícil contrariar de este modo á la naturaleza; pero el discípulo humilde de mi Corazon á quien anima mi amor, no tiende á las dificultades naturales, sino al objeto de ese mismo amor, y mientras uno tibio ó perezoso se detiene, él vuela fervoroso, dejando atrás las dificultades.



Inflama tu corazon, hijo mio, en la llama del mismo fuego que abrasa mi Corazon: arde tú en este mismo fuego: ama con este mismo amor; y si así lo haces, todos los obstáculos huirán y desaparecerán á tu presencia.

7. *Voz del Discipulo.*— ¡Bienaventurado aquél que, encendido y arrebatado en tu amor, te sigue, ¡oh mi Jesus! amor de los amores é iman divino del corazon! El atraviesa alegremente por medio de las dificultades, y levantándose inmediatamente sobre lo humano y sobre cuanto le pertenece con dilatado corazon, es elevado á la altura en alas del amor divino, y á segurísima union contigo.

¡Oh santísimo y dulcísimo Jesus! Yo te suplico me concedas este amor ferviente y eficaz, con el que te ame á Tí, y solamente por Tí, y nada ame que no sea por Tí, para que sufra con resignacion verme, si Tú lo permites, abandonado de los hombres.

A Tí solamente quiero siempre á mi lado: solo Tú eres bastante para mí: y aun cuando todos, abandonándome, huyan, no se entristecerá mi corazon si estás en mi compañía.

Sólo una cosa te pido, y no cesaré de pedirla; y es que los que me desamparen y huyan de mí, no te desamparen ni huyan de Tí: ántes por el contrario, unidos contigo más íntimamente, te amen con mayor perfeccion.

(*Imitacion de Cristo, lib. II, cap. IX.*)

## CAPÍTULO X.

De qué modo podremos imitar al sacratísimo Corazon de Jesus, ya preso.

1. *Voz de Jesus.* — Hijo mio, los sayones y ministros de los judíos, cayendo sobre Mí, me prendieron y me ataron.

¡Y aquí tienes ya, hijo mio, aquí tienes al Cordero de Dios en manos de sus verdugos, y atado para el sacrificio! Atado porque quiso; y quiso, porque amaba.

Con más violencia oprimían mi Corazon las ligaduras del amor, que apretaban mis manos las cadenas de mis enemigos.

Y á no haberlo impedido el amor que le encadenaba, mis manos omnipotentes hubieran podido destruir los enemigos y quebrantar las cadenas.

Pero el amor todo lo soporta: no hay humillacion que le parezca demasiada; no hay padecimiento que considere excesivo; toma y retiene cuanto quiere, pero permaneciendo siempre libre.

¡Oh si comprendieras tú, hijo mio, cuánta felicidad es ser cautivo del amor divino! Ciertamente apetecerías no ser tuyo un solo instante, áun cuando pudieras, sino que en adelante te entregarias para ser encadenado y esclavizado por él en cuerpo y en alma, con cuanto eres y con cuanto tienes.

2. El que vive bajo el imperio del divino amor, encuentra suave y reputa feliz padecer por mí las persecuciones, las cadenas, las cárceles y la muerte misma; y juzga como

inexplicable riqueza y tesoro digno de santa ambicion padecerlo todo por mi amor.

¿Cuál piensas es la razon porqué algunos, al tener que sufrir por la confesion de la fe ó cárceles ó trabajos, no perseveran en la verdad, condescienden con los errores de los hombres, y caen en el juicio de eterna condenacion? Pues es porque no obran por puro amor mio y de tal modo que consientan perder su alma en este mundo para ganarla en el otro.

De aquí les resulta que no queriendo ser cautivos conmigo, quedan cautivos con el demonio; y queriendo salvar su alma en el tiempo, concluyen por perderla en la eternidad.

Si alguna vez, hijo mio, te acontece tener que sufrir por amor á la virtud las cadenas y los calabozos, no temas á aquéllos que pueden quitarte la vida del cuerpo, y despues nada más pueden hacer: teme más bien á aquél que puede perder eternamente tu cuerpo y tu alma.

3. Gracia y felicidad es para tí si, sufriendo injustamente, padeces por Mí tus amarguras. Te conviene, pues, ser hoy coparticipe de mis padecimientos, para que, regocijado algun dia, goces tambien conmigo la participacion de mi gloria.

Ninguno padezca como homicida ó como ladron, como maldiciente ó facineroso: padezca, sí, por el contrario, como discípulo mio; glorifíqueme y no se avergüence de este nombre, sufriendo con fortaleza y con perseverancia; felicitándose á sí mismo piadosa y humildemente por ser contado en el número



de aquellos que se hicieron dignos de padecer por Mí, y así se santificaron.

Entre ellos, unos fueron descoyuntados, otros padecieron escarnios y azotes, y cárceles y cadenas; unos fueron apedreados, y otros fueron atormentados y aserrados; unos muertos á los filos de una espada; otros, por último, peregrinaron envueltos en pieles y extrañas vestiduras, hambrientos, angustiados y afligidos, errantes en las soledades y por los montes, y entre las grutas y cavernas de la tierra.

A éstos, de quien el mundo no era digno, he concedido ya, porque perseveraron y vencieron padeciendo conmigo, sentarse en mi mismo Trono, y á mi lado; del mismo modo que Yo, perseverando y venciendo en los padecimientos, ocupo ahora mi Trono, á la diestra de mi Padre.

Si tú, hijo mio, te asocias á sus tribulaciones, ¡cuán dichoso eres! porque descansará en ti lo que es verdadera virtud y santidad, lo que es eterno honor y gloria, y lo que es, finalmente, Espíritu de mi Corazon.

4. No á todos les es dada ocasion de sufrir por la virtud las cárceles y los suplicios. Sin embargo, todos los que trabajan por imitar perfectamente á mi Corazon, pueden y deben hacerse hasta cierto punto esclavos de la virtud.

¿Quién hay que no pueda reducir á servidumbre sus sentidos corporales, no solamente para que no obren el mal ni fraternicen con el amor propio, sino para que se vean obligados á estar sumisos y á trabajar en la práctica de las virtudes?

Pero muy corto es en verdad el número de los que guardan los sentidos dentro de los límites de la razón; y menor es todavía el de los que los mortifican según los principios de la fe.

Examina tú hijo mío, cómo acostumbras á tratar á tus sentidos corporales: mira no les concedas demasiada libertad; y piensa, por último, qué es, en cuanto á ellos, lo que hace falta para la perfección.

¿Y no puedes acaso tener también prisioneras las potencias de tu alma? Encadenarás á la imaginación, errante y tan pertinaz por lo pasado, tan curiosa de lo venidero, y la obligarás poco á poco á estar sumisa, si inmediatamente que se extravíe la detienes, si la ocupas constantemente en las cosas de utilidad para la casa; si reprimes con asiduidad sus ímpetus y sus impertinencias, hasta que se acostumbre á estar tranquila.

Ten, y esto es muy necesario, cautivo el entendimiento todo en obsequio de la fe; no sea que, escudriñador de la Majestad Divina, te veas oprimido por su gloria, ó, huyendo de la verdad, caigas en la servidumbre del error.

Subordina también tus opiniones, y si no hay virtud que te lo prohíba, sujétalas al parecer de los demás, por obsequio á la caridad. Ganarás tanto más obrando así, cuanto más acertado te pareciere tu modo de pensar y cuanto la sumisión te sea ciertamente más difícil.

El ser poco precavido interior y exteriormente, y comunicativo en demasía, defecto

es del corazon, que es esclavo, ya de sus enemigos, ó bien de las pasiones, ó finalmente de sí mismo.

Sea, pues, tu principal cuidado conservar el corazon independiente y libre de la esclavitud de cuanto le es inferior. Así podrás consagrarle entónces con todos sus afectos á la pura y sobrenatural caridad, y hacerte concautivo mio en las prisiones del divino amor.

6. La caridad es admirable en todas sus obras. Si pues obedeces á la caridad, todo se convertirá en tu propio bien.

Amame, hijo mio, ámame, pues que soy tu Dios y tu Salvador, y amándome aprenderás á amarme más perfectamente; el amor se aprende y perfecciona más amando que estudiando.

Si tu corazon está consagrado enteramente al amor mio, evitarás con facilidad y diligencia á la vez, la falsa libertad de pensar, de hablar y de obrar de cualquier modo.

¿Y qué otra cosa es esta licencia insensata, y no verdadera libertad, sino el disfraz de las pasiones, la ruina de las virtudes, el reinado de los vicios, la desdicha de las familias, la perdicion de los monasterios y la peste de toda sociedad?

Cuanto más, de dia en dia, este mal se desarrolla entre los mundanos; cuanto con mayor astucia rastrea entre personas piadosas, cuanto con mayor sutileza penetra entre los religiosos, con tanta más solicitud debes tú evitar que inficione tu corazon, y bajo pretexto del bien le arranque del servicio del amor humilde, para arrastrarle á la



libertad de la carne, que lleva inevitablemente á la esclavitud de los infiernos.

No puedes pertenecerte á tí solo, por más que lo desees y trabajes para alcanzarlo. Te verás, pues, obligado á amar y á entregarte, aún á pesar tuyo, á cualquier objeto extraño; pero no puedes, no debes entregarte á cosa alguna criada, sin gravísima injusticia, sin ingratitud horrenda para Mí, y sin desdicha tuya incomparable.

Así, sé mio de buena voluntad: entrégate de una vez, hijo mio, á mi amor; á ese amor de que Yo me hice cautivo para que tú le poseyeras.

¡Qué feliz serás si te aprisionan interior y exteriormente los mismos vínculos con que los ángeles y los Santos están unidos conmigo en el cielo!

7. *Voz del Discípulo.*—¡Oh amantísimo Jesus! ¡Hasta qué punto me amaste, que te dignaste hacerte cautivo del dolor en las manos de tus enemigos, por mí, para prenderme á mí, y para cautivarme en el amor de tu Corazon!

¡Dios, Señor y Salvador mio! Cuando recuerdo tus ligaduras, desprecio con todo mi corazon toda mundana libertad, suspirando únicamente por ser cautivo contigo y en tus mismas prisiones.

Si me faltan las cadenas de los enemigos, yo me entrego á las ligaduras del amor para que, presos y subordinados todos los sentidos corporales y las potencias de mi alma, se unan contigo de tal manera, que yo nunca me separe de Tí.

Concédeme, Señor, que éstos no sean de-

seos estériles, sino propósitos eficaces que realice con la gracia, para consuelo de tu Corazon y santificacion de mi alma, por la que tanto padeciste.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, capitulos xxxii y lII.*)

## CAPÍTULO XI.

De qué manera, á ejemplo del sacratísimo Corazon de Jesus, hemos de sufrir las falsas acusaciones.

1. *Voz de Jesus.*—Considerarás ahora, hijo mio, al Hijo del Hombre, aunque Supremo Juez de vivos y muertos, compareciendo, siendo acusado y condenado, en el tribunal de los pecadores, reos de una muerte eterna.

Lleváronme atado á la presencia del sumo sacerdote, donde los demas sacerdotes y los escribas y los fariseos estaban reunidos.

Y los príncipes de los sacerdotes y todo aquel conciliábulo buscaban falsos testimonios contra Mí, sólo para entregarme á la muerte.

Muchos, saliendo al medio, pronunciaban falsas acusaciones.

Pero levantándose el sumo sacerdote: «¿Nada respondes, me preguntó, nada respondes á lo que dicen contra Tí?»

¿Y qué piensas, hijo mio, que contesté á las falsas acusaciones de mis testigos, á la invitacion del mismo sumo pontífice para que me defendiera? ¿Qué dice el Evangelio? Dice: «Pero Jesus callaba.»

Y así es, hijo mio; callaba mi lengua, como lengua de hombre que no tiene palabras con que defenderse; pero hablaba mi Corazon con el Padre celestial, resignándome Yo mismo con su beneplácito, y suplicándole se compadeciese de aquellos infelícísimos mortales y derramara en ellos la plenitud de la gracia del Espíritu Santo para salvacion de sus desdichadas almas.

2. Sabiendo Yo, hijo mio, que es acerbísimo verse acometido violentamente por falsos testimonios, y muy difícil sufrirlos con perfeccion, consentí ver mi Corazon oprimido y abrumado por inicuas calumnias, para que, cuando tú te veas acusado falsamente, halles consuelo en mi Corazon atormentado del mismo modo, y recibas en su ejempló una segura direccion.

No hay acaso pena más amarga para el corazon humano que verse difamado con supuestas recriminaciones. Y de tal manera sienten algunos en ellas perturbarse su razon, y se ven dominados por el sentimiento, que si les fuera lícito escoger, escogerían la muerte primero que soportar el menoscabo de su fama.

Guárdate, hijo mio, de este trastorno del alma, de este anublamiento de la inteligencia; mira ántes bien el mal con corazon tranquilo, y obra como digno discípulo de mi Corazon.

Cuenta con la seguridad de que ni la malicia de los que falsamente te desacreditan, ni el error de los que creen lo que de tí falsamente se dice, pueden, ó hacerte otro del que eres, ó arrancarte la virtud de la mag-



nanimidad, que se eleva sobre cuanto falso se diga y se crea.

Si miras esto con las luces de la fe, verás cuán sublime es su excelencia, qué celestial su honor, qué eterna su recompensa, y cuán proporcionada á la grandeza de tus humillaciones.

Y aún cuando fueres inocente de las culpas que se te imputan, sin embargo, porque has ofendido en muchas cosas y muchas veces á la Majestad divina, abraza de buena voluntad la ocasion que se te presenta de satisfacer en el tiempo por estas ofensas que, á ser de otra manera, tendrás que expiar en la eternidad.

Y aún cuando tu intento fuera purificarte con preferencia de tus culpas por otros medios para entrar en los cielos, acepta, no obstante, este que te ofrece la Providencia divina como mucho más cierto, mucho más á propósito y mucho más seguro.

Por muy dolorosas que sean las falsas acusaciones para los sentimientos naturales, súfrelas, hijo mio, sopórtalas por mi amor, padécelas en mi compañía.

3. Te prohibo absolutamente, hijo mio, que aborrezcas á tu ofensor, siquiera sea levemente. Y aún cuando he impuesto el precepto de amar tambien á los enemigos, no le he impuesto de callar ó de renunciar á justificarse de las falsas acusaciones; pero lo aconsejo, si el silencio no es pecado.

El que acusado falsamente habla con rectitud de corazon y únicamente para su defensa, no peca; pero obra mejor el que calla.

Es, á no dudarlo, una excelente perfeccion

sufrir en silencio los falsos testimonios; dejar que los hombres crean de tí cuanto les acomode; confiar únicamente en Mí, y permanecer en tu resignacion unido conmigo.

Este es el triunfo de la gracia, y los ángeles se extasían de admiracion; esto te hace compañero de los Santos, esto tributa gloria á Dios en las alturas y da verdadero testimonio de ser humilde amante mio y discípulo parecido en todo á mi Corazon.

Este es el preciosísimo secreto de la vida interior, aprendido en mi mismo Corazon, que muchos oyen, de que muchos se maravillan, pero que pocos toman y poquísimos siguen.

4. Y este fué el que aprendieron y encontraron perfectamente agradable aquellos Santos que, abrasados en mi amor y animados por el deseo de imitarme, sufrieron con alegría de su corazon acusaciones falsas, fueran de la clase que fueran.

Y aún cuando hubieran podido con una sola palabra justificarse y recobrar la fama mancillada, encomendándose á Mí su defensa, prefirieron callar, como Yo, y pasar como inmundicia y escoria de este mundo, para no dejar de parecerse á Mí y para consagrarme un amor nada sospechoso.

Certísimo es, hijo mio, que esto, segun el humano modo de pensar, es muy difícil, y que la razon natural por sí sola no ofrece estímulos suficientes para practicarlo; pero sobre el pensamiento y la razon han de estar la fe y el amor, que nos ofrecen y apremian con estímulos y causas poderosas para ello.

Ten presente que si solo te propones obrar

segun el juicio ó la razon natural, no solamente no llegarás á ser perfecto, sino que ni aun te salvarás.

Vive, hijo mio, de la fe: obra solamente por mi amor, y si alguna vez la naturaleza se resiste, temiendo la mortificacion y la humillacion, sea esto para tí un nuevo incentivo para callar y para triunfar, callando, de la naturaleza desordenada.

5. Frecuentemente se acercará á tí el enemigo de tu salvacion y de tu perfeccion, que sin descanso anda alrededor buscando á quien engañar, y te presentará muchos, y muy graves, y muy especiosos pretextos; pero no escuches sus sugerencias: aparta inmediatamente de él tu atencion, y, despreciándole, dí: «Apártate, Satanás; mejor es seguir al divino Salvador, que marcha delante de nosotros, enseñándonos un camino practicable y seguro, que apartarse de la compañía de Jesus, ensayando otro camino incierto y peligroso.»

Tal vez no faltará alguno que te pregunte: «¿Y nada respondes á cuanto se dice contra tí?» Tampoco, hijo mio, contestes á semejante pregunta, sino imítame, y calla de la misma manera.

Si insiste diciéndote: «¿No ves que tu honor lacerado, que la edificacion del prójimo escandalizado, que el honor de la virtud ofendida, y finalmente, hasta la misma gloria de Dios, exigen que salgas á tu defensa?» No lo creas, hijo mio: tales motivos carecen de fundamento.

Si en el tiempo y en las circunstancias en que Yo callé, parecia indudablemente nece-



sario que hablara en mi defensa, no lo era, sin embargo; si lo hubiera sido, hubiera hablado.

6. Déjalo, hijo mio; confíalo todo á Mi, para que Yo, segun la sabiduría y la bondad de mi Corazon, haga aquello que sea para Mi y para tí más conveniente.

Tú, entre tanto, sufre conmigo en silencio y con paciencia. Yo conozco al acusador y al acusado, al que juzga y al juzgado, al que humilla y al humillado: y Yo lo retribuiré en tiempo oportuno, y daré á cada uno segun sus obras.

Para que perseveres mejor, recuerda con frecuencia cuántas y cuánto más dolorosas humillaciones he sufrido Yo, con qué fortaleza de alma y con qué generosidad de mi Corazon las he soportado por tu amor; y así corresponderás á mi amor con el tuyo, y no te desdenarás de padecer por ese mismo amor humillaciones que son mucho más pequeñas.

No temas tampoco la afrenta: abrázala con corazon magnánimo: ni te oprimirá, ni te dañará: por el contrario, ella te exaltará, haciéndote semejante á Mí; te adornará de mérito y de santidad, y te saciará de la uncion dulcísima de todo consuelo.

7. *Voz del Discípulo.*—¡Oh dulcísimo y amantísimo Jesus! Ten misericordia de mí y asísteme: porque, tibio todavía en el amor, y muy imperfecto en la humildad, encuentro siempre mi Corazon dispuesto á indignarse, y mis labios á disculparme cuando se me imputa alguna cosa que me es desagradable.

Y lo que es mucho peor y no puedo confesar sin avergonzarme, es encontrarme preparado siempre á presentar disculpas para los que son delitos verdaderos; y por más justas que sean las acusaciones, siempre me hallo pronto á justificarme, atenuando los defectos que se me imputan.

¡Bien se conoce, Dios y Señor mio, cuánto domina en mí el mundo, cuando prefiero á ser semejante á Ti, aparecer justificado en la presencia de los hombres; y cuánta perversidad hay todavía oculta en mi corazón, cuando, siendo criminal, pretendo pasar por inocente!

¡Desdichado de mí! ¿Y cuándo seré humilde? ¿Cuándo empezaré de una vez á amar con generoso corazón? Te suplico, Dios mio, que no perdones á la soberbia que en mí se esconde todavía: aguijonéame con tu fervoroso amor, con el cual, y cooperando yo, consiga extirpar aquella lepra de mi alma.

¡Oh bonísimo Jesus mio! Deseo de todas veras asemejarme á Ti, y padecer en tu compañía silenciosamente y con resignación los oprobios y falsos juicios: pero para esto, yo que soy tan débil, necesito una gracia muy poderosa.

Robustéceme, pues, con tu gracia eficazísima, para que persevere contigo, callando y padeciendo por tu amor hasta el fin, sea cual sea el que Tú te propongas.

(*Imitación de Cristo, lib. III. cap. XXXIV y XLV.*)

## CAPÍTULO XII.

El sacratísimo Corazon de Jesus nos enseña tambien cómo debemos sufrir las injurias personales.

1. *Voz de Jesus.*—No encontraron mis acusadores, hijo mio, testimonio que les conviniera; é interrogándome segunda vez el pontífice, deseoso de hallar un pretexto para condenarme, me dice: «¿Tú eres Cristo, Hijo de Dios bendito? Te conjuro por Dios vivo que nos digas si eres Cristo, Hijo de Dios vivo.»

Ninguna necesidad tenia de responder al atrevido pontífice, puesto que los cielos, y la tierra, y los infiernos daban multiplicados y evidentes testimonios de mi divinidad: pero sin embargo, para manifestar la reverencia que era debida á mi Padre, Dios vivo y bendito; para dejar á salvo la verdad, de que se ha de dar testimonio aún con peligro de la vida; para mover los corazones de aquellos infelices, si se hallaban dispuestos á obedecer á la gracia, respondí diciendo: «Yo soy; y en verdad os digo que dentro de poco veréis al Hijo del Hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios, y descendiendo sobre las nubes del cielo.»

Dime, hijo mio: ¿no es verdad que si hubieran escuchado con atencion estas palabras clara y santamente terribles, convertidos repentinamente de jueces en suplicantes, se hubieran postrado á mis plantas, implorando perdon y misericordia?



Y sin embargo, el desventurado pontífice, con su conciliábulo, despreció la gracia que le ofrecía y los saludables avisos que le daba. El impío, cuando se precipita, desprecia.

2. El príncipe de los sacerdotes rasgó entónces sus vestiduras, exclamando: «Blasfemó: ¿por ventura no oisteis la blasfemia? ¿Qué os parece?» Y ellos gritaron: «Reo es de muerte.»

Pues además de esta inicua y cruel injuria, que estremeció al cielo todo, aún me estaban reservadas ofensas más crueles y más abominables. Declinaba ya el día, y el pontífice y consortes retiráronse á descansar, entregándome al populacho para ser atormentado en sus manos todo el resto de la noche.

Por mucho que te esfuerces, hijo mio, y por mucha que sea la atencion con que lo medites, jamás llegarás á comprender mis sufrimientos en el discurso de aquella tristísima noche.

Entónces, hijo mio, escupieron en este rostro que los ángeles desean contemplar, y los que me custodiaban me escarnecían é insultaban á porfía.

Cubriéronme el rostro para atormentarme con más libertad: hecho lo cual, y desenfrenados, los unos me abofeteaban, los otros daban palmadas delante de Mí, diciendo insolentemente: «Profetiza ¡oh Cristo! y dinos quién es el que te ha dado.» Otros, por último, blasfemaban; añadiendo iniquidades á iniquidades.

Pero héme aquí, aquí me tienes, Hijo de

Dios, como un gusano y nó como un hombre; y hecho el oprobio de los mortales y el ludibrio de la plebe.

3. Y sin embargo, hijo mio, permanecia entre tanto como el cordero en presencia del que le ha de esquilar, que no desplega su boca ni da señal alguna de resistencia, de venganza, de ira ó de impaciencia.

Antes bien, aunque oprimido en el fondo de mi Corazon por intensísimos dolores, llevaba marcada en mis acciones y en mi semblante una mansedumbre invencible, para que mis enemigos, heridos con tal ejemplo, se convirtiesen; y para que tú, hijo mio, animado, no te desdeñes de imitarme, siquiera por amor.

Pues en verdad que si Yo, Hijo de Dios vivo y bendito, soporté injurias tan crueles, tan insufribles, y solamente por tu amor, ¿te parecerá acaso demasiado padecer por el mio, ya una palabra injuriosa, ya un dicitio ignominioso, ya otra ofensa cualquiera?

Si te resistes á padecer por Mí injurias semejantes, pero infinitamente mucho más pequeñas que las que yo sufrí por tí, ¿piensas acaso que me profesas verdadero amor, amor digno de Mí, ó digno de un discípulo de mi Corazon?

Pregunta á los Santos, y áun los más pequeños entre ellos te contestarán con hechos gloriosos para ellos y gloriosos para Mí. Ciertamente que aquellos corazones generosos se hubieran avergonzado, hubieran tenido su amor como insuficiente ó como falso, y se hubieran reputado indignos de la amistad de mi Corazon, á no haber padecido.

amorosamente las humillaciones que Yo les enviaba.

Y no digas tú que no puedes sufrir tan grandes humillaciones, porque no eres Santo. Si quieres, lo conseguirás con la gracia que nunca ha de faltarte. Pero si no las sufres, manifiestas desde luego que no es verdaderamente porque no puedes, sino porque no quieres. Si no eres Santo, coopera á la gracia, sufre de buen grado las humillaciones, y de este modo llegarás á serlo.

4. Quieras ó no quieras, hijo mio, mientras vivas entre los mortales, no pienses encontrarte seguro de todo género de humillaciones; razon por la cual tu corazon ha de hallarse siempre dispuesto á recurrir inmediatamente á Mí en busca de auxilio, cuando alguna viniere.

Sucedará acaso alguna vez, y esto, hijo mio, para tu bien, que los hombres no solamente te sean contrarios, sino que te aflijan é injurien en tú misma presencia. Si entónces no acudes á Mí prontamente por la oracion, te hallarás expuesto á mucha perturbacion y mayores peligros.

Los principiantes en la vida interior y poco aprovechados todavía en la mortificacion del corazon, se turban y se exasperan fácilmente con una grave injuria; porque la naturaleza, no domada, al presentarse la ocasion, ó se subleva por el miedo vehemente de las humillaciones, ó se enardece vivamente por la ambicion de los honores del mundo.

Y sin embargo, todo honor mundano no es más que deshonrosa vanidad, puesto que



nó se funda en la verdad, sino que pende de los labios volubles de los hombres, que lisonjean ó vituperan á medida de su capricho.

Sufrir, pues, la humillacion de las injurias es una verdadera gloria; el hombre entónces se asemeja á Mí, y merece una eterna diadema.

5. La mejor defensa del honor es la generosidad heroica del corazon. ¿No valen más acaso, para conservar y conquistarse buen nombre entre los hombres, la mansedumbre y la clemencia, que la ira y la venganza? Estas indican un alma muy pequeña y manifiestan un corazon muy esclavo de las pasiones; en tanto que aquéllas prueban grandeza de alma, nobleza de corazon, y arrancan, aún sin quererlo, la tácita admiracion de los mismos enemigos.

De aquí el que dijera un pagano: «Vencer el ánimo... no solamente ensalzar al adversario, sino tambien glorificarle... Al que esto hace, le comparo, no ya solamente con los varones más esclarecidos, sino que le juzgo muy semejante á Dios.»

Quiero, sin embargo, hijo mio, que esta sentencia la aprecies únicamente como secundaria; que de una manera superior te eleves á razones sobrenaturales, para que no atribuyas el fruto adquirido para la eternidad á tus poderosos esfuerzos y sufrimientos extraordinarios.

Hay no pocos á quienes la vanidad mundana halaga más que mi ejemplo, y que quieren más ser esclavos de sus apetitos que semejantes á Mí.

Y entre ellos, algunos se dejan arrebatarse

de las pasiones de tal manera, que prefieren la muerte de su alma y exponerse á las penas del infierno, á despedir sin vengarse al ofensor, ó perdonar una injuria del momento.

¡Ay de los hombres que, dotados de la fe divina, viven peor que los paganos, guiados únicamente por su propia razon!

Ya verán los desdichados algun dia qué neciamente, qué perversamente han obrado, cuando, teniendo en sus manos la ocasion de desagraviar á Dios, de expiar los pecados y de atesorar méritos, provocan, por el contrario, la cólera del Señor, añaden pecados á pecados, y agravan los suplicios que han de padecer en la otra vida.

6. Cuanto uno sea más animoso para vencerse; cuanto mayores y más difíciles victorias alcance de sí mismo, tanto más fuerte se hallará á si mismo, y tanto más fáciles y fructíferos encontrará los triunfos venideros.

Así, pues, eleva tu ánimo, hijo mio: sobreponete á ti mismo para que subas hasta Mí, para que vayas en seguimiento mio. Juzga por esto de tu virtud y de la sinceridad de tu amor, y cerciórate de si eres efectivamente discípulo verdadero de mi Corazon.

Ten muy presente lo que sigue: si para cumplir en todo la voluntad divina no contrarías á la repugnante naturaleza, aún cuando hagas milagros, aún cuando á cada momento seas arrebatado en éxtasis, sabe que toda piedad es solamente una ilusion.

Sé generoso, y sígueme, Guia, Protector

y Consolador tuyo : y no te cuides de lo que el hombre haga contigo, ni de lo que apetece tu rebelde naturaleza.

Si el corazon no te acusa, ten confianza, hijo mio; sufre con corazon humilde y manso las injurias que se te infieran : señal segura es de que está presente y habita en tí mi gracia; si el fuego pintado no quema, tampoco un amor fingido padece.

*Voz del Discípulo.*—¡Oh Jesus, Dios de Suprema Majestad! Verdaderamente que si es incomprensible el exceso de tus humillaciones, incomprensible es también el exceso de tu amor.

Cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los infiernos, todo se prosterna delante de Ti. ¡Y yo te contemplo abrumado de los insultos de los infelices mortales y saturado de oprobios!

¡Oh Jesus verdaderamente manso y humilde de corazon, que, como el cordero en medio de los lobos, desgarrado cruelmente, deseas conmoverlos, convertirlos y salvarlos con las maravillas de tu mansedumbre!

Ay de mi corazon si, á vista de tal ejemplo, rehusa todavía humillarse, ó desea vengarse de las injurias!

Si con ejemplo tan eficaz, si con tanto amor de su Dios humillado hasta tal extremo aún no quiere ceder, ¿qué le resta ya sino los rigores de tu justicia?

Yo te suplico, Dios y Señor mio, justo Juez y Remunerador, que no entres en juicio conmigo, sino que me perdones misericordioso cuanto en mis dias haya pecado por la ira ó por la venganza.



Ahora mismo, y en tu presencia, dulcísimo Jesus, depongo y sacrifico para siempre, á despecho de mis naturales sentimientos, todo deseo de satisfaccion iracunda, de venganza, y, por último, todo aquello que de cualquier modo se oponga á la caridad.

Te ruego, Señor, por lo que más amas, que recibas benignamente este sacrificio que ahora te ofrezco, uniéndole para ello á los dolores de tu Corazon; y te suplico que á cuantos me ofendieron ó me hayan ofendido, los unas con los vínculos del divino amor, asociándolos contigo por toda la eternidad.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, capítulos XXIV y XLVI.*)

### CAPÍTULO XIII.

Debemos imitar al sacratísimo Corazon de Jesus de tal modo, que con El y por El deseemos ser tenidos por necios.

1. *Voz de Jesus.*—Al despuntar el dia, hijo mio, los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos todos del pueblo, volvieron á reunirse en concilio: é inmediatamente, y amotinándose la muchedumbre, y atravesando por las plazas, me condujeron atado á la presencia de Pilatos, gentil y gobernador de Judea.

Amotinados y gritando desde fuera, hicieron comparecer al presidente, acusándome en su presencia de muchos, de muy diferentes crímenes, pero todos falsos.

Y al conocer Pilatos que Yo era de la jurisdiccion de Herodes, me remitió á él, rey de Galilea.

Herodes, tambien gentil, viéndome, se alegró; había oido hablar mucho de Mí, y esperaba indudablemente que Yo hiciera un milagro para satisfacer de esta manera su curiosidad.

Pero aunque él me preguntaba mucho, y aunque los judíos me acusaban sin descanso, nada respondí á aquel hombre impuro y sensual, incapaz de comprender las cosas de Dios; ántes bien con un elocuente silencio le enseñaba modestia y santidad, que le sirvieran de aviso tácito y conveniente para convertirse.

Mas abusando este hombre carnal de todos estos medios, no comprendiendo el porqué Yo mismo no me defendía y el porqué no buscaba tampoco su proteccion, atribuyó mi modo de obrar á estupidez ó locura.

Despreciáronme Herodes y toda su cohorte: me vistió con una túnica blanca, como á un demente, burlándose de Mí é insultándome de esta manera.

Y enviándome otra vez á Pilatos con aquél mismo traje, me presentó como un loco á los ojos de la ciudad y del mundo.

2. *Voz del Discípulo.*—¡Mi Dios y Señor! ¡Ser Tú tenido por loco! Vuelve, Jesus mio, vuelve por la dignidad y el honor de tu divina persona. ¿Por qué no destruyes con un rayo á los sacrílegos, para que la vileza de los hombres no profane la Majestad de su Dios?

*Voz de Jesus.*—¡Ah, hijo mio! No has conocido mi Corazon, ni tampoco conoces el tuyo. Nada ménos que este remedio necesitaba la soberbia de tu corazon.

Porque si despues de haber visto al Hijo de Dios tratado por tí como necio y como loco, aún te ensoberbeces, ¿qué no harías sin este ejemplo mio? ¿Acaso el amor propio, en su astucia, no evadiría todo mandamiento, rebelándose hasta el exceso de la soberbia?

Aprende, pues, por lo grande de la medicina lo mortífero de la enfermedad: y mide, de una parte, el abismo de la miseria de tu corazon, y de otra parte el abismo de la misericordia del mio.

Un abismo llamaba á otro abismo: el amor de mi Corazon obedeció y me obligó á humillarme en un abismo, para arrancarte á tí de otro abismo.

Aun cuando los dolores que sufría en la humana naturaleza eran inexplicables, me anonadé, sin embargo, de buena voluntad en ese abismo, pensando que tal vez un dia ganaria todo tu corazon con este testimonio relevante de mi amor, le abrasaría en este mismo amor, y le animaría de mis mismos sentimientos.

3. ¡Misterio profundo, hijo mio, el de aparecer el mismo Dios como un loco en medio de los hombres! ¡Misterio únicamente realizable y realizado por un exceso de amor, y del cual únicamente el amor puede darnos cuenta!

Mi Corazon, cautivo de amor, se veía arrastrado por la humillacion, por la ignominia, por el oprobio, por la apariencia misma de una locura, sintiendo amarguísimamente el dolor de la confusion, y abrazando al mismo tiempo tanta confusion de buena voluntad.



El que me ame guardará mi palabra: el discípulo no es superior al Maestro; pero todo discípulo será perfecto si es como su Maestro.

Tú, hijo mio, si me amas de verás, no te resistirás á sufrir conmigo el nombre de *estúpido*, el de *loco*, y tantas cuantas veces Yo permita que seas calificado con este dicterio ó con otro semejante.

No te es ciertamente permitido ser tú la causa de ello: pero es virtud verdaderamente heroica y grandísima perfeccion permitir que otros sean la ocasion, ó desear que se presente ocasion sin ofensa de Dios, de ser tenido por Mí como necio y como insensato.

4. Vive, pues, preparado, hijo mio, para desear aparecer en cierta manera como necio á los ojos del hombre, porque, sea cual fuere el estado en que vivas, como tal has de ser tenido muchas veces si deseas ser discípulo perfecto de mi Corazon.

La vida interior y devota, no sólo en la realidad, sino hasta en el nombre, no es á los ojos de los partidarios y legisladores del mundo más que una especie de locura.

¿Qué otra cosa les parece sino locura despreciar las presentes comodidades de la vida por la esperanza de los bienes futuros; amar la pobreza y tener los afectos enteramente desprendidos de las cosas terrenas: someter la propia voluntad y el juicio propio al de otros, aún cuando sean inferiores en ciencia y en virtud; mortificar sin descanso los sentidos corporales; no buscar, no pedir sin necesidad satisfaccion de las injurias; amar de todo corazon á los enemigos, apetecer las

humillaciones y reputarlas como verdadera riqueza.

Ea, hijo mio, anímate y súfrelo todo conmigo, con corazon magnánimo y buena voluntad.

Alguna vez, y disponiéndolo Yo, aquello que tú haces no dará resultado, y se imputará á tu necedad; otros obtendrán en sus empresas un éxito favorable, que cuanto sea más visible hará que tú aparezcas tambien como más ignorante.

Pero, reprendido, acusado y escarnecido, calla como Yo: y esto mismo hará que te tengan por loco aquéllos que no comprenden la sublimísima ciencia de mi Corazon.

Cuando desprecies las ocasiones de buscar lo que te conviene, para promover lo que á Mí me es debido, aparecerás á los ojos de los demás como falto de sentido comun.

Solícito de morir interiormente á ti mismo, para vivir solamente para Mí, serás tenido por algunos como indiscreto y hombre de falsapiedad.

Esto y mucho más que esto te sucederá, y no solamente ocasionado por aquellos que son discípulos y amadores del mundo, sino, lo que es más cierto y no pocas veces, por aquellos que practican una vida cristiana, ó profesan el estado religioso, pero que no teniendo ni espíritu interior, aman ciertamente aquellas virtudes que les agradan y agradan á los demás; pero rechazan mis aflicciones, mis confusiones y mis humillaciones.

Y por parte de aquéllos, hijo mio, para quienes el exceso de mis humillaciones es de

hecho un escándalo, serás juzgado peor, y afligido de una manera más amarga.

5. No desespere tu alma, no desfallezca tu corazón, hijo mío, si por algunos de los mortales eres tratado así; ántes bien reanímate y regocíjate; sufre al ménos con paciencia, si es que no puedes con alegría.

¿No aprovecha, por ventura, mucho más ser tenido por loco conmigo, que ser reputado por sabio entre los hombres?

En verdad, en verdad que aquél que por mi amor quiera ser tenido en el mundo como necio, recibirá á la vez bien centuplicado en esta vida, y despues gloria inmarcesible en la vida eterna.

Esto y no otra cosa fué lo que los Santos experimentaron, y áun hallaron más y mejor que lo que habían comprendido ni esperado. Experimentalo tú, hijo mío, y encontrarás riquezas semejantes.

6. Esta es aquella altísima sabiduría que el mundo no comprende ni pueden comprender sus adoradores: pero que comprenden y poseen los humildes y mansos de corazón.

Si admites esta doctrina de mi Corazón; si obras segun su espíritu; levántate, hijo mío, levántate; goza y alégrate, porque estás muy cerca de asemejarte á Mí.

La empresa, hijo mío, no puede ser más difícil, pero se suaviza por el amor; y para cobrar ánimo piensa en el cercano fin y en la eterna recompensa de los cielos, donde dentro de poco tiempo estarás conmigo, y donde tanto más resplandecerás entre los ángeles y los Santos, cuanto los hombres te hayan



oprimido bajo el peso de más enormes humillaciones.

Esto te he manifestado, hijo mio, para que cuando éstas se presenten, acudas á Mí, en quien hallarás paz y consuelo, y tambien para que perseveres en mi compañía.

7. *Voz del Discípulo*.—Yo te glorifico, Jesus y Padre mio, porque niegas estas enseñanzas á los soberbios y á los presuntuosos del mundo, y las revelas á los pequeñuelos y humildes discípulos de tu Corazon. Sí, Padre mio, porque así apareció agradable en tu presencia.

Abrácelas yo, Jesus dulcísimo, cuanto sea posible á mi corazon, deseando sobre todo conocerte y amarte, y ser juzgado como necio por este mismo amor.

Tarde ¡ay! muy tarde he conocido este sublime misterio, y más tarde aún he abrazado esta sabiduría sobrenatural que enseñó y formó los Santos.

Dame, piadosísimo Jesus, la gracia para que, acordándome de Tí y olvidándome de mí, que es lo que deseo, arrastrado en pos de Tí por el amor, te siga, tambien con el amor, hasta aparecer contigo, si tal es tu voluntad, como necio, como estúpido y como loco.

¡Oh Jesus, dulzura infinita! Contigo todo es dulce: asemejarse á Tí es la suma felicidad en la tierra, y segurísima garantía de los cielos.

(*Imitacion de Cristo*, lib. I, cap. XVII, y lib. III, capítulos XLI y XLIV.)

## CAPÍTULO XIV.

Debemos, á imitacion del sacratísimo Corazon de Jesus, desear ser pospuestos á todos.

1. *Voz de Jesus*.—Conducido otra vez al pretorio, comparecí, hijo mio, ante el presidente, que sabía muy bien que los sacerdotes y fariseos me habian entregado por envidia.

Pilatos, no dudando de que Yo fuese inocente, deseaba librarme, si pudiera realizarlo de tal modo que no desagradara á los judíos. Con este fin inventó un medio en el cual manifestó la ruin debilidad de su alma, y me afligió con extremada ignorancia.

Acostumbraba el presidente, en el dia de la Pascua, á entregar libre al pueblo uno de los presos, el que ellos quisieran. Tenía á la sazón encarcelado á un insigne malhechor, llamado Barrabás.

Era Barrabás un ladron, que habia sido puesto en la cárcel por delitos de sedicion y de homicidio cometidos en la ciudad.

Y Pilatos, creyendo que Yo, el bienhechor universal, el amante de la paz, el restaurador de la vida, sería preferido á aquel hombre, reuniendo á los príncipes de los sacerdotes, á los magistrados y á la plebe: «Hay costumbre, les dijo, de dar libertad á un preso por la Pascua, ¿á quien de los dos quereis que os entregue: á Barrabás ó á Jesus?»

Y, por instigacion de los pontífices, el

populacho todo gritó á la vez: «Nó á Jesus, sino á Barrabas.»

Considera, hijo mio, cómo este grito heriría, afligiría y desgarraría mi Corazon.

Contéplame en la presencia de todos pospuesto á Barrabas, y repara cómo por los grandes, lo mismo que por los pequeños, soy tratado como el último de los hombres.

Soporté, sin embargo, este indigno desprecio de buena voluntad, á pesar de que abrumaba mi Corazon con el sufrimiento de nuevos dolores, ya para librar en cuanto Yo podía, de la eterna condenacion al desdichado Barrabas, á tí, hijo mio, y á todo el mundo; ya para dejarte en ello un ejemplo lleno de consuelos.

2. Así, pues no sufras con violencia y de mala gana el ser pospuesto á los demás, ántes bien llévalo con paciencia y con resignacion en mi compañía.

¿Qué habrá que admirar, si tú, polvo y nada por tí mismo, consientes por Mí en ser pospuesto á los demás, cuando Yo, Señor y Dios de todas las cosas, he sufrido por tí verme postergado al más miserable entre todos los mortales?

Desde el momento en que pecaste, áun venialmente, contra la Majestad divina, mereciste con razon ser pospuesto, no solamente á los hombre, sino á los seres irracionales, inocentes de lesa culpa contra esa misma Majestad.

Así, hijo mio, cuantas veces Yo permita que te veas pospuesto á otros, alégrate de que así suceda, como de cosa que te es conveniente.



Si por acaso te ves depuesto y rebajado á un grado más inferior, es mi voluntad que no numeres ni midas sutilmente los grados de equidad, sino que consideres mi ejemplo y desciendas en tu corazon á un punto más inferior todavía, sabiendo que cuanto más cerca de mí estuvieres en las humillaciones, tanto más cerca de Mí has de estar algun dia en la gloria.

¿Ni cómo, hijo mio, serías tú discípulo verdadero de mi Corazon queriendo ser el primero allí donde Yo soy el último? ¿Acaso el discípulo ha de preceder al Maestro? ¿Por ventura no es un distintivo del discípulo ir en seguimiento del Maestro?

Sígueme, pues, y con la mejor y más firme voluntad colócate el último conmigo. ¡Cuántos hay en el mundo que se ven obligados irremediabilmente á ocupar el último lugar, pero sin mérito y sin fruto, porque lo hacen de mala gana! Tú, hijo mio, permanece á mi lado de buen corazon, y jamás tendrás motivo de arrepentirte.

3. Dichoso tú, hijo mio, si desde ahora en lo sucesivo desees verte pospuesto por mi amor. Si así te dispones á sufrirlo, te santificarás, por los desprecios que en adelante puedan, á no dudarlo, presentarse.

Verás á muchos exaltados alguna vez y colocados como la antorcha en el candelero, en tanto que tú te verás despreciado y escondido debajo del medio celemin.

Alcanzarán unos fácilmente aquello que soliciten, y aún se juzgará que lo merecen, en tanto que será considerado como injusto

lo que tú pides, y te conceptuarán indigno de alcanzar lo que has pedido.

Parecerá lo que unos digan conveniente, y áun obligatorio, en tanto que lo que tú dices aparecerá impertinente y absurdo.

Se quejarán otros solamente por capricho, y excitarán la compasion, en tanto que de tí, abrumado de dolores y de dificultades, si hablas por necesidad, se dirá que te quejas de aprension.

Se disculparán las faltas ajenas con un nombre decoroso, en tanto que tus virtudes se juzgarán como debilidades ó delirios de la imaginacion.

Perdonarán á unos y á tí te mortificarán, asegurando no solamente que lo tienes merecido, sino tambien que te es necesario.

Esto, hijo mio, y mucho más ha de sucederte, con lo cual te veas pospuesto á los demás; y cuando suceda, la naturaleza se advertirá gravemente resentida. Pero fortalece entónces tu alma; permanece conmigo á despecho de la misma naturaleza, prefiriendo ser el último conmigo á ser el primero sin Mí.

Sufre con alegría, no solamente verte postergado á los demás, sino donde quiera que te halles y cuando buenamente puedas, escoge tú mismo para tí el último lugar: y allí me encontrarás, hijo mio, allí me tendrás en tu compañía.

Si así lo haces, el que ensalza á los humildes ha de decirte algun dia: «Amigo, sube más arriba.» Y entónces serás glorificado en presencia de los ángeles y de los Santos.

4. Si la dignidad de tu estado y empleo te hace superior á los demás, póngate la humildad, por amor mio y para provecho tuyo, inferior á ellos. Y así podrás imitar bien á Jesus, á quien ha sido dado todo poder; podrás merecer mucho para tí, y aprovechar no poco para tus semejantes.

Ni pienses que este modo de obrar se opone á tu indispensable autoridad. Pues aún cuando es conveniente y oportuno que el superior vele por su autoridad, de ningun modo puede hacerlo mejor que con aquella humilde caridad que no solamente tiene sumiso al hombre exterior, sino que cautiva el corazon, y le conserva y llena de amor, de confianza y de toda buena disposicion.

No quieras reservarte la ejecucion de aquello que sea más elevado y honorífico, dejando á tus inferiores lo más pequeño y despreciable: por el contrario, resérvate en cuanto puedas esto para tí, y deja aquello para los inferiores. De esta manera seguirás mi ejemplo, te granjearás la benevolencia de tus subordinados, y fortalecerás tu alma.

Con este modo de obrar harás por tus súbditos mucho más y de mejor modo que lo harías por tí solo; y mientras presides á otros, júzgate en mi compañía como su amigo y aún como su siervo.

5. Escoge, en cuanto alcance á tus fuerzas, obedecer mejor que mandar; y donde quiera te encuentres colocado, evita con particular esmero toda palabra ó señal que demuestre superioridad, ingenio, cualesquiera otros dones ó bienes de que no debe hacerse vana ostencion.



No te mezcles tampoco en negocios ajenos, á pretexto de enmendarlos ó de dirigirlos: ni te manifiestes siempre dispuesto, si la virtud no lo exige, á dar consejos como si fueras un sabio.

Sufre de buena voluntad que los demás te aventajen en ciencias, en otras cualidades y aún en las mismas virtudes exteriores; haz tú diligentemente lo que puedas, y deja lo demás al beneplácito divino, gloriándote conmigo en tus humillaciones.

Sabe, finalmente, que habrás llegado á la verdadera santidad cuando goces, ya de hecho, ó ya por un deseo vehemente, en verte colocado por mi amor en el último lugar.

Y si hasta ahora no has podido llegar á tanta perfeccion, trabaja, hijo mio, ruega é insiste, y llegarás al fin.

6. *Voz del Discípulo.*—¡Oh mi Dios y Señor y Salvador mio! ¡Cuán divina es tu vida! ¡Cuán sublime doctrina la del ejemplo de tu Corazon! ¿Y quién será capaz de comprenderla bien, sino aquel á quien tú enseñas interiormente con la unción de tu santo Espíritu?

¡Ay Jesus y mi Señor! Hasta ahora he sido un necio; hasta ahora he aspirado siempre al primer lugar, aún cuando te veía colocado en el último.

¡Miserable de mí, y cómo me equivoqué! Te abandoné en las humillaciones, y ciego y buscando siempre lo más elevado, me alejé de Tí y me coloqué á larga distancia de tu Corazon.

Envanecido y perverso, he trabajado para sobresalir y distinguirme por el nombre, en-

tre los hombres, arguyéndome, sin embargo, la conciencia con el testimonio de los pecados con que, por un exceso de ingratitud y de malicia, te pospuse, no solamente á Barrabas, sino al demonio mismo, de merecer ser pisoteado por todos y abrumado de confusion en presencia de los cielos y de la tierra.

Indigno soy, Jesus mio, de estar contigo, aún cuando sea en el último lugar; pero puesto que tan misericordiosamente me vuelves á llamar, por la bondad infinita de tu Corazon, confío que ha de ser para admitirme benignamente en tu compañía.

Abriste mis ojos para que conociera mi error, y moviste mi corazon para que buscara tu compañía, aún en las humillaciones: concédeme, pues, la gracia; concédeme el valor necesario para vivir por tu amor contento en medio de ellas.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. XXII.*)

## CAPÍTULO XV.

De qué modo hemos de imitar al sacratísimo Corazon de Jesus, azotado, en las mortificaciones voluntarias.

1. *Voz de Jesus.*—Pilatos, hijo mio, viendo, contra lo que él mismo esperaba, que los judíos me pospusieron á Barrabas, se sorprendió de tanta envidia; y creyéndome, á no dudarlo, justo, deseaba librarme todavía y agradar al mismo tiempo al populacho.

Buscando servir á dos señores; de una parte complacer á los hombres, de la otra

satisfacer á su conciencia, inventó para salvarme otro medio, pero lleno de crueldad y de injusticia.

Resolvió reducirme á tal estado, que aquellos hombres, si aún conservaran humano corazon, no pudieran mirarme sin compadecerme.

«Ninguna causa, dijo, encuentro en este hombre; pero le castigaré y le pondré en libertad.» E inmediatamente me entregó á los soldados para que me desgarraran á fuerza de azotes.

Pronto los soldados me atan á una columna, y despedazan mi cuerpo con densos golpes, que son otras tantas heridas; y relevándose los unos á los otros, porfian por aumentar las llagas y los azotes.

La sangre corre por todas partes, tiñe cuanto hay alrededor, salpica á los mismos que me azotan; pero ellos, arrebatados de furor, azotan con más y mayor vehemencia, rasgando y haciendo saltar con las varas los pedazos de mi carne.

«Arranquémosle, gritan, arranquémosle de la tierra de los vivos, y que su nombre no vuelva á pronunciarse jamás.»

Conmoviase el cielo con este lamentable espectáculo; y los ángeles, afligidos, se asombraban del extraordinario amor de mi Corazon á los hombres.

2. Medita tú, hijo mio, piadosamente y con atencion mis inauditos tormentos, y aprende bien cuán graves y cuán horribles sean los pecados de la carne, cuando tal expiacion han necesitado. ¿No claman, por ventura, á todos estas heridas, que dejen si-



quiera de halagar á la concupiscencia de la carne y añadir nuevos dolores?

Aprende además cuánto sea el amor de mi corazon , por el cual, y siendo inocente, he sufrido de buena voluntad el castigo de los culpables. Sí, hijo mio; el amor y el encendido deseo de salvarlos á todos hizo que de todo corazon entregase mi cuerpo á los que me azotaban, y sufriera con alegría los horribles suplicios de la flagelacion.

Aprende, por último, cómo has de tratar tu propio cuerpo, cuerpo que, concebido en los pecados y creciendo en las pasiones, se inclina siempre al mal.

Ve lo que los Santos aprendieron: advierte por qué motivo mortificaron sus miembros, y de qué manera castigaron sus sentidos.

¡ Cuántos hay entre ellos que ni habían perdido la primera gracia, y sin embargo vivieron hasta la muerte en porfiada guerra con la carne, y domaron el cuerpo frágil, reduciéndole á perfecta servidumbre con una mortificacion absoluta!

Ciertamente que sus corazones eran semejantes á mi Corazon, y por eso producían en sus cuerpos frutos semejantes. Ni seguramente se hubieran creído completamente dichosos si en esto no se hubieran conformado en cierta manera conmigo.

3. Así, hijo mio, mortifica tu carne, aún cuando seas justo, ya para que no se rebele y te pierda, ya más principalmente para asemejarte á Mí, y para que de este modo te santifiques.

Muchos hay amantes de sí mismos, hombres sensuales, aún cuando ellos no quieren

ser reputados como tales, á quienes repugna la mortificacion de la carne, y que siempre tienen á la mano un pretexto para no mortificarse.

¡Almas necias y engañadas! En verdad, en verdad que ni no haceis penitencia, todas pereceréis. Si alguno, áun cuando parezca un Santo ó un ángel, dice lo contrario, sea anatematizado.

Recordad lo que el Espíritu Santo dice : « Aquellos que son de Cristo, crucificaron su carne con sus vicios y sus concupiscencias. »

La muerte de la carne es prudencia: prudencia es la vida del espíritu, y es, por último, la paz y la alegría.

Así que, si vivís segun la carne, moriréis; pero si mortificais con el espíritu las obras de la carne, viviréis y disfrutaréis eterna paz y gozo del corazon.

4. Anímate tú, hijo mio, con el espíritu mismo de amor con que mi Corazon se sometió á flagelacion cruelísima, y hallarás la mortificacion fácilmente practicable, y saludables y suavisimos sus frutos.

Ni tiempo ni lugar existe en que no puedas someter á mortificacion alguno de tus sentidos.

¿No estás acaso más obligado, donde quiera que te encuentres, á ser más cuidadoso de la mortificacion de tu cuerpo para imitarme y alcanzar el cielo, que los pecadores á dar deleite á su carne para renovar mis azotes y granjearse el infierno?

Trabaja, hijo mio, y nada temas. La mortificacion voluntaria es la senda de la vida,

de la libertad, de la tranquilidad, de la virtud y de la santidad.

Bienaventurados los que marchan por este camino: su felicidad es conocida solamente de los que la experimentan.

5. El que no se mortifica en las cosas indiferentes y lícitas, apénas, y ni aún apénas, ciertamente se mortificará en las necesarias y que no son permitidas.

Si quieres aprender á mortificarte en cosas grandes, mortificate constantemente en las pequeñas.

Ya la curiosidad de los ojos; ahora el afán de oír novedades; cuándo el deseo de hablar lo que es inútil; ya el afecto á perfumes y olores agradables; ya la inclinación á gozar de aquello que halaga los sentidos; ahora la ambición de comer y de beber hasta el exceso, sin motivo suficiente para ello; ya la intención de hacer aquello que incomoda á los demás: esto y otras muchas cosas del mismo género, pueden ser para tí con frecuencia materia bastante de continua mortificación.

Esto, hijo mio, guardará fielmente tu inocencia; esto alimentará en tí el amor divino; esto conservará el fervor en tu corazón, esto será un sacrificio perpetuo ofrecido sobre el ara de tu tabernáculo interior, y que, unido al sacrificio de mi Corazón, subirá sin descanso hasta el trono del Altísimo, en olor de suavidad.

Estas mortificaciones pequeñas, y que frecuentemente se presentan, convienen á todos; á jóvenes y viejos, á enfermos y sanos, á principiantes, á aprovechados y perfectos; y



nadie puede eximirme de ellas sin la nota de perezoso ó descuidado.

En ellas no hay peligro alguno de enfermedad: para practicarlas tampoco se necesita permiso, y son, por último, seguras y saludables para todos.

6. No todos pueden igualmente practicar mortificaciones grandes, porque ni unos tienen la misma necesidad, ni otros las mismas fuerzas corporales, ni todos, por último, la misma vocacion.

Razon por la cual es de razonable consejo descubrir convenientemente todas las circunstancias al director espiritual, decidir prudentemente con él la medida de la mortificacion, nada practicar extraordinario sin tomar su consejo, no sea que por la apariencia del bien pierdas el verdadero bien y te inutilices para alcanzar mayores bienes.

Entre todas las mortificaciones, han de ser preferibles aquéllas que por su naturaleza parezcan más á propósito para subordinar los sentidos al espíritu y á la gracia, y que te dispongan mejor para sufrir con fortaleza las molestias, conforme en todo con mi ejemplo.

Pero ante todas, aquéllas han de preferirse que estén prescritas por Mí, por la Iglesia y por los superiores. Estas se practican más santamente y con mayor seguridad que las que se toman por propia voluntad: y producen frutos más abundantes y preciosos, porque á la mortificacion se une la virtud y el mérito de la obediencia.

Sí recuerdas, hijo mio, con ánimo agradecido de qué manera Yo he sido llagado por

tí y martirizado por tus iniquidades, procurarás, como el Apóstol, ostentar en tu cuerpo mis cicatrices, y vivir de tal modo que mi vida se manifieste en la tuya.

7. *Voz del Discípulo.*—¡Oh mi Jesus y mi Dios! ¡Verdaderamente que Tú eres varón de dolores; te estoy contemplando azotado, y no hallo en Ti ni hermosura ni adorno; te veo desfigurado como un leproso y golpeado de tal manera, que no hay quien te conozca!

¡Ay! ¿Y por qué, por qué sino por mis pecados te ves reducido á tal extremo? ¡Hombrecillo vil, pequé cruelmente para que Tú, supremo Dios, lo expies con tantos y tan horribles azotes, con tantas y tan crueles heridas!

¡Oh y qué Corazón tienes, Jesus y Señor mio! ¡Cuán grande es el exceso de tu amor, que tanto te ha obligado á padecer por mí! ¡Y qué motivo es este tan poderoso para que yo confíe en Ti, por más miserable que sea! ¡Que estímulo tan fuerte para amarte más y más, y amarte con todo mi Corazón!

¡Qué extraño y que horrible sería que, debiendo recompensarte eternamente con amor y gratitud, renovara tus tormentos con mis culpas!

Mejor es mil veces morir aquí mismo, en tu presencia, que hacer semejante cosa. Sí, Dios mio; prefiero espirar aquí en tu amor, que pecar contra Ti.

Concédeme, pues, para evitarlo, eficazmente la gracia de tener el cuerpo sumiso constantemente, y mortificar mis sentidos en cuantas ocasiones se presenten.

Yo te suplico me concedas amor fervoroso,

divino, y entónces la mortificacion será para mí la vida con que viva para Tí, con que te imite, te adore continuamente, te ofrezca todos los dias en sacrificios, ya una hostia de alabanza y agradecimiento, ya la víctima de algun sentido ó inclinacion, y ya, por último, el holocausto de toda mi alma.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, capítulos xxv y xxvi.*)

## CAPÍTULO XVI.

De que manera, con el modelo del sacratisimo Corazon de Jesus, debemos aprender á sufrir las enfermedades y padecimientos corporales.

1. *Voz de Jesus.*—Despues de los azotes, hijo mio, y brotando sangre mi cuerpo por todas partes, aquí me tienes conducido por los soldados al atrio del pretorio, donde habían congregado á toda la soldadesca.

Tejiendo una corona de espinas, colocáronla inhumanamente sobre mi cabeza, y pusieron en mis manos un cetro de caña.

Y llegaban uno á uno, y arrodillándose delante de Mí me escarnecían; y levantándose despues, tomaban la caña y golpeaban con ella mi cabeza, y forzando de esta manera las puntas agudisimas de las espinas, talaron mi cabeza por todas partes.

En tal estado, hijo mio, mis dolores habían llegado á un extremo indecible, y permaneciendo la corona sobre mis sienes, habían de aumentar y ser cada vez más horribles, hasta mi último suspiro.

Veíanse mis miembros hechos pedazos,



mis articulaciones descoyuntadas, todos mis sentidos debilitados; y apenas dueños de sí mismos por lo excesivo de los dolores.

Nada sano había ya en Mí, ni interior ni exteriormente, desde las plantas de los piés hasta lo más elevado de la cabeza.

2. Jamás, hijo mio, jamás comprenderás estos padecimientos míos más perfectamente que cuando tú los padezcas semejantes: cuando veas tu cuerpo atormentado de dolores y tu alma abrumada de aflicciones.

Grave, indudablemente, y muy doloroso es verse el hombre privado de la fortuna, de la fama y de otras cosas externas; pero mucho más grave, mucho más doloroso es verse atormentado con la pena de las enfermedades corporales.

Porque, en verdad, en cuanto á los bienes exteriores, el hombre, ya por su grandeza de alma y ayudado de la gracia, puede animarse hasta el punto de olvidar ó de cuidarse poco de la causa y de los efectos de las tribulaciones.

Pero en las enfermedades corporales no puede dejar de sufrir lo que sufre, y por más que haga, siempre y á todas partes lleva la enfermedad en su compañía.

Sin embargo, si una enfermedad es la mayor de todas las penas, tambien es cierto que proporciona mayores bienes al que bien la padece.

Por esta razon, hijo mio, sea especialísimo cuidado tuyo sufrirlas con corazon bien preparado, é imitar en ellas cuanto te sea posible las disposiciones de mi Corazon.

3. Primeramente, cuando te veas acome-

tido de alguna enfermedad, recíbela como una visita del amor de mi Corazon, diciendo siquiera en el interior de tu alma : « ¡ Bendito sea el Señor, porque ha visitado á su siervo! » Y aún cuando tú mismo conozcas que esto te cuesta trabajo, con todo, no lo omitas; así te harás más fácilmente superior á la naturaleza rebelde, y atesorarás méritos mayores.

Resígnate despues con la divina voluntad del modo que mejor puedas; renueva frecuentísimamente esta santa resignacion, teniendo por muy seguro que desde aquel momento has de recibir mayor fortaleza y consuelo.

Une despues todos tus dolores á mis dolores, y esto por actos repetidos muchas veces, y con los diferentes fines que reclamen, ya tu necesidad, ya tu utilidad, ya tu piedad.

Esta divina union, abundantísima en la uncion de la gracia, será un lenitivo á tus aflicciones, y te las hará ménos pesadas y más dulces.

Finalmente, hijo mio; para ayudarte tú mismo á la perseverancia, y para ser dueño de tu alma en el seno de la paz, separa con constancia y cuanto puedas la atencion y el pensamiento de la causa de tus dolores, y tambien de los mismos dolores. Atiende entonces á mi ejemplo, á la paciencia invencible de los Santos, y considera qué inmensa, qué dulcísima recompensa alcanzarás en el cielo, á no ser que la pierdas por tus voluntarias impaciencias.

4. Entre tanto, hijo mio, y pues te es necesaria mucha gracia, y por tí solo nada

saludable puedes hacer, insiste en la oracion con todas tus fuerzas : dirígeme particularmente con breves y fervorosas jaculatorias las aspiraciones de tu alma, de la siguiente manera ó de otra semejante : « Hé aquí, Señor, que el que Tú amas tanto está enfermo... Señor, dame paciencia... dame resignacion... dame vivir unido contigo hasta el fin. »

Y si la enfermedad se agrava, harás perfectamente, porque es dignísimo de un discípulo de mi Corazon, si me ofreces de hecho tu cuerpo como hostia viviente, y aceptas la muerte para sufrirla en el tiempo y del modo que sea más de mi agrado.

Sabe, hijo mio, que alguna vez te encontrarás, por más que hagas lo contrario, demasiado propenso al abatimiento de ánimo. Acuérdate que es consecuencia del estado de tu naturaleza lánguida y enferma, por el cual ni te conviene ni te es permitido entristecerte. Cuida únicamente de no condescender mucho con él ni detenerte en él demasiado. Cediendo ó condescendiendo, agravarás, pero sin fruto, tus dolores, y prepararás tu corazon de mala manera.

Si los dolores y las angustias te ponen alguna vez en tal estado que apenas puedas hacer con reflexion uso de las facultades de tu alma, permanece descansado sencillamente entre mis brazos : no te empeñes en excitar los afectos ni en hacer actos con violencia y ansiedad : conténtate con estar en mi compañía y tranquilamente resignado.

¡Bienaventurado aquél que permanece en una saludable enfermedad, perseverantemente unido á la voluntad divina! Todo el



tiempo que vive conforme con el divino beneplácito descansa sobre mi Corazon, y tiene asegurados todos los bienes.

No decaiga tu ánimo, hijo mio, ni te desconsueles por la gravedad y la duracion de tus dolores : recuerda que muchos Santos llevaron una vida agobiada de padecimientos muy grandes , y se santificaron resignándose con ella; y considera que tu pena, por muy grande que sea y por mucho que dure , nada es en comparacion del inmenso y sempiterno gozo con que tu paciencia ha de ser recompensada inmediatamente en el cielo.

Recuerda el exceso de mis tormentos y el martirio que acompañó toda mi vida, y no olvides que todo lo padecí por tu amor voluntariamente. Esto te auxiliará mucho para sufrir con constancia y por mi amor tus aflicciones.

5. No te muestres malhumorado ó impaciente con las personas que te asisten. La misma enfermedad hará muchas veces que te parezcan, ó pocosolicitos, ó muy descuidados.

Cuantas veces sea costumbre ó tengas oportunidad, puedes manifestarles con humildad y con caridad aquello que creas útil ó que te sea necesario. Tú, entre tanto, consérvate con tal disposicion, que, ya se condescienda, ya no se condescienda á tus deseos, permanezcas pacífico y resignado.

Cualquiera cosa que te suceda de parte de los que te asisten, recíbela y súfrela con mucha paciencia, y como una parte nada pequeña de la misma enfermedad. Esto tiene gran mérito por la gravedad de las circunstancias.

6. Evita, hijo mio, ser demasiado condescendiente con la carne, bajo pretexto de la enfermedad. Así se equivocan no pocos que salen de las enfermedades, no solamente no mejores, sino peores, idólatras de su cuerpo y esclavos de sus pasiones.

Da al cuerpo lo que se debe al cuerpo; pero ni en buena ni en mala salud, ni en la vida ni en la muerte, suministres alimento á las inclinaciones desordenadas de la carne, que es indispensable mortificar, lo mismo que en estado de salud, en los padecimientos de una peligrosa enfermedad.

Sométete á remedios difíciles y á medicamentos de mal sabor y amargos, por espíritu de mortificación. Mortificación tanto más preciosa y testimonio para Mí de amor más puro, cuanto que es más molesta y contraria á las inclinaciones de la naturaleza.

7. Durante el tiempo que te halles enfermo, no te ocupen, hijo mio, ni los deseos de cumplir con tus obligaciones y oficio, ni de trabajar para tí ó para los demás, ni de practicar tus ejercicios de piedad, ni de otras obras buenas que son incompatibles con la enfermedad.

Esto para nada te sirve sino para afligirte inútilmente, para perturbarte nada más, y para desagradarme á Mí.

No es eso, hijo mio, lo que busco de tí: lo que quiero es que padezcas con buen corazón y conforme con mi voluntad.

Haz ahora lo que yo quiero, y deja todo lo demás al cuidado de mi Providencia, que sabe y puede, sin necesitarte á tí, ordenar rectamente todas las cosas.

8. No sigas, hijo mio, estando enfermo, tu propio dictámen: en este estado muy particularmente, ciego tú, te llevarías como ciego á un precipicio.

Obedece religiosamente á los superiores, y deja que Yo por ellos te dirija. Honra al médico por la necesidad, y obedécele con sencillez de corazon.

En la enfermedad no te abandones tú mismo, ya por desidia, ya por falta de cuidado; ántes bien emplea los medios razonables, pidiendo á Dios, en quien está toda medicina, para que, si es conveniente, te sane con ellos.

Y hecho esto, cree que, por muy grave que sea tu enfermedad, es para tí real y verdaderamente buena, siendo dispuesta por la voluntad divina.

Trabaja, hijo mio: sé mártir de tus dolores con generosa voluntad por amor mio, que por lo excesivo de mis dolores he venido á ser el Príncipe de todos los mártires.

Ten paciencia, hijo de mi Corazon; ten paciencia todavía un poquito más, y el dolor se te convertirá en gozo; y Yo mismo, que por tu amor fui coronado de espinas, te coronaré de honor y de gloria.

9. *Voz del Discípulo.*—¡Bendito seas, Señor, que has visitado á tu hijo, con el fin de prepararme en el tiempo misericordiosamente para la eternidad!

¡Oh Dios mio, Médico celestial de los hombres! A tus manos confio mi cuerpo y mi alma. Tú sabes lo que más me conviene: haz de mí lo que quieras y segun la bondad de tu Corazon.



Mucho padezco, Jesus mi Dios: Tú lo sabes. Auxíliame con tu gracia; confórtame con tu amor. Y si es tu voluntad que el sufrimiento dure más, aumenta, yo te suplico, aumentame la gracia, aumentame la paciencia.

Uno todo cuanto padezco á tu Pasion mucho más dolorosa, y te pido que lo conviertas en mayor honra tuya y para mi salvacion.

Concédeme este favor especialísimo, Tú, Señor, á quien suplico humildemente, y por tu benignísimo Corazon, me tengas inseparablemente unido á Tí, y de este modo me conduzcas al término de tantas miserias, que es la eterna bienaventuranza.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. XVIII.*)

## CAPITULO XVII.

De qué modo, á imitacion del sacratísimo Corazon de Jesus, debemos aceptar la muerte.

1. *Voz de Jesus.* — Coronado de espinas, hijo mio, y vestido de púrpura, Pilatos me sacó afuera, y manifestándome á todo el pueblo: «Aquí teneis, dijo, aquí teneis á este hombre.»

Los judíos, no solamente no se dieron por satisfechos al verme, sino que, por el contrario, se manifestaron con sed más violenta de la sangre que me quedaba; y gritando todos á la vez, exclamaron: «Crucificalle, crucificalle.»

Pilatos, una vez más engañado y temien-

do mucho más que ántes, contestó : «No encuentro causa en él.» Ellos, sin embargo, porfiaban más y más, y más y más le amenazaban : «Si pones á éste en libertad, le dijeron, no eres amigo del César.»

Viendo, pues, que le era imposible darme libertad sin perder, ó el favor del pueblo, ó el favor del César, formóse para sí una falsa conciencia, cayendo de ese modo en una ilusión funesta. Y lavándose en presencia del populacho las manos : «Inocente estoy, dijo, de la sangre de este justo; vosotros vereis.» Y ellos gritaron : «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

Pilatos accedió entónces á hacer lo que pedían entregando en sus manos Aquel á quien una y otra vez había declarado inocente, para ser, segun lo pedían, crucificado.

2. ¡Oh hijo mio! ¿Y quién será capaz de explicar lo que entónces sintió mi Corazon? Había descendido de los cielos para consolar y salvar al mundo : había sufrido el calor y el frio, había padecido hambre y sed, había empleado toda la vida trabajando y padeciendo hasta el extremo, y, finalmente, lo había sacrificado todo por hacer á los hombres bienaventurados; ¡y sin embargo, en cambio de todos estos beneficios iba á recibir de ellos la muerte, y muerte de cruz!

¡Con cuánto dolor abrumó mi Corazon ingratitud é iniquidad tan excesiva de los hombres! ¡Cuánto suplicio por la obstinacion de aquellos corazones que, despreciando la felicidad que se les ofrecía, se entregaban para siempre al infortunio! ¡Cuánto dolor por el desconsuelo de mi Madre piadosísima

y de mis discípulos amados, de los cuales me veía arrancado, no solamente con crueldad, sino tambien con ignominia!

Y, sin embargo, abracé la sentencia de mi muerte con resignado Corazon, atendiendo, más que á la maldad infame de los que me condenaban, al beneplácito de mi Padre celestial.

Mi Padre, pues, quiso sacar de la extremada maldad que mis verdugos cometían por abuso del libre albedrío, y que El mismo reprobaba, el sumo bien encerrado en su infinita sabiduría, que era la redencion del mundo.

Así, y á despecho del sentimiento de la humana naturaleza paciente, me sometí con gozo sobrenatural á una muerte que habia de salvar al mundo, que habia de abrir el cielo, que habia de aplacar y glorificar á la Majestad divina, y por la que, finalmente, mi Corazon habia de ser extraordinariamente amado y ensalzado en perpétuas eternidades.

Estudia, hijo mio, estas disposiciones de mi Corazon; revístete de estos mismos sentimientos, y acepta la muerte que tú has de sufrir con iguales afectos, en cuanto te sea posible.

3. Sabiendo que todos los hombres tiemblan naturalmente la muerte, y que les estremece como el acontecimiento más terrible en la tierra, ya por lo pasado, ya por lo presente, ya por lo futuro, no supo, no pudo, no quiso soportar mi Corazon quedaran destituidos de un ejemplo con el cual se instruyeran bien y se consolaran suavemente.

No te admire, pues, hijo mio, ni te turbe



si al acercarse á tí la muerte, ya de hecho, ó ya por el temor, sientes violento horror y repugnancia de la naturaleza. En esto nada hay de malo: todo es natural, y, si tú quieres, aprovechará para tú bien.

Procura no ser demasiado condescendiente con los sentimientos naturales, para que no vicien tus disposiciones, y para que no te impidan resignarte con la divina voluntad, á quien debe estar sumiso todo lo natural y todo lo creado.

Sufre con paciencia toda repugnancia natural, aprovechándola como ocasion de practicar grandes virtudes y de atesorar méritos incalculables.

4. No permitas, hijo mio, que la imaginacion divague anticipadamente, ni sigas el dictámen de la razon natural para descubrir las disposiciones de la divina Providencia, ni te inclines, por último, á tu voluntad, por muy buena y muy santa que te parezca, para que no caigas en ilusiones peligrosas.

Una vez verdaderamente contenida la imaginacion, sométete tu razon y tu voluntad: de este modo merecerás no poco, y te encontrarás á la vez pacífico y seguro.

Si experimentas dolor ó ansiedad por las cosas ó las personas de que has de verte abandonado en la muerte, no permitas que se turbe tu corazon: esta perturbacion nada aprovecharía ciertamente para tí ni para ellas, y ocasionaria, por el contrario, muchísimo perjuicio.

Una vez que hayas hecho por ellas lo que puedes y debes hacer, confíalas todas á Mí, que conozco cuanto te rodea, y que cuido

mucho mejor de los tuyos, con el amor de mi Corazon, que tú mismo puedes cuidar

Acuérdate, hijo mio, de mi ejemplo; piensa de qué manera dejé á los que me eran tan amados, y cómo se los confié á la divina Providencia. Ocupate y consuélate con este pensamiento.

5. No te contristes, hijo mio, al ver acercarse el momento de que abandones la vida. ¿Qué es, en verdad, la vida terrestre sino una continua desventura? ¿Qué es vivir en este mundo, sino permanecer en un destierro? ¿Qué es, finalmente, habitar entre los hombres, sino peregrinar apartado de Mí, de mis ángeles y de mis Santos?

Si reflexionas esto con detencion, verás que la muerte, llamándote Yo, es mucho mejor que esta amarga vida. Ella es el fin de todos los males del mundo, y la salida de aquí hácia Mí, fuente de purísimos bienes que ni padecen alteracion ni tienen término.

*Voz del Discípulo.*—Pero ¡oh Jesus y mi Señor! Si yo supiera que despues de mi muerte viviría contigo y en la compañía de los Santos, no me contristaría ciertamente, ántes bien me alegraría; pero lo que tiemblo, lo que me angustia, es que ignoro qué ha de ser de mí, si se me juzgará digno de amor ó sólo de odio, ó si por ello me estará reservada una eternidad venturosa ó desventurada.

*Voz de Jesus.*—¿Y por que temes y por qué te contristas en vano, hijo mio? Ten entendido que nunca desecho de Mí al hombre que quiere sinceramente salvarse y trabaja para ello, pues, por muy perversos que hayan

sido los caminos de su vida, es mi voluntad que todos los hombres se salven.

Ten por muy seguro que Yo suplo lo que falta al que hace lo que puede. Haz, pues, con tranquilidad lo que está en tu mano, y arrójate despues á mi Corazon: en él, hijo mio, en él no perecerás.

Permanece, pues, tranquilo, y prepárate como puedas para tu tránsito del tiempo á la eternidad.

6. Ofrécete, en primer lugar, tú mismo á Dios con sumiso corazon, y pídele que reciba tu muerte unida á mi muerte, como sacrificio para expiar todos tus pecados, para satisfacer por todas tus deudas, para tributar adoracion á la Majestad divina, y, finalmente, para darla testimonio de tu amor.

Perdona entónces con todo tu corazon y para siempre á tus enemigos y á todos tus prójimos que te hayan perjudicado ú ofendido en alguna cosa.

Recibe despues, y con las mejores disposiciones que te sea posible, los santos sacramentos con que la Iglesia desea fortalecerte con maternal solicitud, para que puedas alcanzar la victoria en los últimos combates y subir triunfante á los cielos.

Finalmente, resígnate todo en mis manos, deseando morir, nó como ni cuando tú quieras, sino cuando y del modo que Yo disponga. Tú no sabes el tiempo y las circunstancias que te son mejores; Yo las sé, hijo mio, y en ellas te llamaré á Mí, si tú mismo no pones obstáculo voluntariamente.

Resígnate, pues, interiormente conmigo por el absoluto abandono de ti mismo en



mis manos, y vive persuadido de que nada puedes hacer mejor que unírte enteramente al divino beneplácito y sacrificarte por él en perfectísimo holocausto. Si esto haces, te salvarás,

7. ¡Qué dichoso es, hijo mio, el que así se dispone y así persevera dispuesto para la muerte! Para él es ciertamente la muerte, seguridad y bienaventuranza: para él la muerte ningún mal produce, sino, por el contrario, extraordinarios y multiplicados bienes.

Tu Padre, que está en la gloria; tu Madre, la Reina de los cielos; tus compañeros, los santos ángeles; tus hermanos, todos los escogidos; tu patria verdadera y permanente; tus bienes, tu gloria y tu bienaventuranza; todo esto es lo que te aguarda en la otra vida, y no podrás disfrutarlo plenamente sino en la otra vida.

La muerte es, en verdad, hijo mio, la única puerta por donde puedes entrar desde la vida presente á la vida futura. ¿Y no será, por ventura, feliz la hora en que Yo mismo te la abra para tantos bienes?

Ahora, pues, y mientras llega el tiempo de abrirla, trabaja, padece generosamente, y sufre con perseverancia: contigo estoy en los trabajos, en las tribulaciones; y si voluntariamente no me rechazas, permaneceré á tu lado hasta que te lleve á mi reino, en compañía de los ángeles y de los Santos.

8. *Voz del Discípulo.*—¡Oh suavísimo Jesus! ¡Cuántos consuelos derrama en mí tu meliflúo Corazon! Y si tan dulce es la uncion de una secreta comunicacion contigo,

¡qué será poseerte en el reino de tu gloria!

Sí, Dios mio; llévame cuanto ántes á tu reino: deseo ser desatado para estar contigo.

Saca de prisiones mi alma, para que pase de la cárcel de esta vida miserable á la libertad de la patria celestial, y de este abismo de desdichas á la eterna bienaventuranza.

¡Oh Jesus, mi Dios y Padre mio, cuyo hijo languidece en tierra extraña! Si, como espero de tu Corazon infinitamente bueno, he de gozar de Tí por todos los siglos, ¿por qué no absorbe la eternidad el corto tiempo que me quede de vida? ¿Por qué ya no estoy contigo para amarte perfectísimamente, para cantar eternamente tus misericordias, y para alabar y glorificar, sin fin y sin descanso, la bondad y el amor de tu Corazon!

Todo el tiempo que aquí permanezca estoy en peligro de perderte y de perderme; todo el tiempo que vivo en esta carne mortal, ni puedo evitar todas mis faltas, ni amarte á Tí segun lo deseo.

¡Oh Jesus y mi Señor! Cuando esto considero, mi alma se siente por tu amor cansada de la vida. No se haga, sin embargo, como yo lo quiero, sino como Tú lo dispongas; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Quiero mejor sufrir por tu amor estos peligros y estas amarguras, que librarme de ellas por mi propia voluntad.

Permanece entre tanto Tú solamente en mi compañía; consérvame resignado con tu voluntad, y unido á Tí lo restante de mi vida, hasta la vida eterna.

¡Oh vida presente! ¡oh todas las cosas visibles! ¿Qué sois miradas desde los umbrales

de la eternidad? Desde allí apareceis como sois, vapores resplandecientes, pero vacíos.

¡Oh eternidad! ¡Oh cosa inexplicable! Muy grande es lo que concibo de tí: pero mucho más grande es lo que hay en tí: en tí existe lo que es infinito, lo que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni pudo concebir jamás el entendimiento humano. ¡Oh morada sempiterna de todos los que llevaron una vida racional! Mañana serás mi habitacion; mañana contemplaré tus maravillas, y en el momento ménos pensado, y acercándose el Esposo á quien ama mi alma, puede abrírseme la puerta; y cuando se abra, entraré en ella apoyado en el Corazon del Amado. Sea así, Jesus, mi señor y mi amor, y sea por toda la eternidad.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, cap. IV.)*

## CAPÍTULO XVIII.

Con qué disposiciones, á ejemplo del sacratísimo Corazon de Jesus, debemos amar nuestra cruz.

1. *Voz de Jesus.*—Pronunciada, hijo mio, contra Mí la sentencia de muerte, preparábase con el mayor apresuramiento todo lo necesario para su ejecucion. Y la cruz ya me estaba esperando.

Atado, pues, vertiendo sangre de mis heridas y desgarrado por las llagas y los azotes fuí llevado hasta donde estaba la Cruz; y al verla, abrasándose mi Corazon, exclamé: «¡Salve, oh Cruz buena! ¡Salve, oh Cruz siempre amada, deseada sin interrupcion



y preparada para Mí tanto tiempo! ¡Oh Cruz santa! Por tí venceré, por tí triunfaré y por tí reinaré.»

Y entónces, abrazándome con la Cruz, y estrechándola cariñosamente á mi Corazon, la regaba con mis lágrimas y la bañaba con mi sangre : púsela despues sobre mis hombros , mirándolo el mundo y contemplándolo el cielo.

Cercado de millares de judíos y de gentiles caminaba llevando mi propia Cruz, atravesando la Ciudad Santa á la hora de medio dia, y vestido ya con mis propias vestiduras.

Mira, hijo mio, mira cómo voy á enarbolarse en el monte la Cruz que es el estandarte de mi reino contra el príncipe del mundo, y para escribir en el mismo estandarte con mi propia sangre la indeleble divisa de los míos: «El amor de Jesus sacrificándose por el amor de los hombres» contra la divisa de los mundanos: «El amor de los placeres, de las riquezas y de los honores del mundo.»

Con esta mi divisa, con este signo vencerás, hijo mio; pero mis enemigos con su signo y su divisa caerán destruidos.

2. Todas las naciones, todos los pueblos y todas las tribus de la tierra acudirán bajo el estandarte de mi Cruz, para unirse á Mí y unirse entre sí mutuamente.

Con esta enseña mis discípulos me reconocerán como su caudillo, y, encendidos en mi amor, me seguirán con alegría.

Con esta enseña pelearán todos; triunfarán del infierno, del mundo y de sí mismos, y conquistarán, por último, el reino de los cielos.

Venid, pues, venid todos y haced lo que viereis que Yo hago; tome cada uno su cruz y sígame, siempre fijos los ojos en Mí, y marche con ánimo fuerte y corazón dilatado, sin inclinarse jamás ni á la derecha ni á la izquierda.

Vosotros, todos los que me acompañeis, seréis partícipes de una victoria segura y de un premio eterno; y cuanto más de cerca me siga cada uno, y cuanto mayor sea la fortaleza de su amor, tanto más cerca de Mí estará en la gloria, y tanto más enaltecido será en el reino sempiterno.

No olvide ninguno mi divisa: no desampare ninguno mi estandarte: prepárese cada uno á vencer ó morir por esta divisa y á la sombra de mi estandarte, absolutamente seguro de que, ya viva, ya muera, ha de ser mi compañero, y por lo tanto participante seguro de mi victoria.

3. Yo, hijo mio, jamás desamparé la Cruz: ántes bien, unido siempre á ella, perseveraré en la Cruz, espiré en la Cruz, vencí y triunfé en la Cruz.

¡Feliz el alma que, animada de los mismos sentimientos de mi Corazón, abraza la Cruz con amor y la lleva con fidelidad!

La Cruz la coloca junto á Mí, la Cruz no la abruma, sino que la sostiene; no la es obstáculo, sino que ántes la pone expedito el camino de la santidad y del triunfo final.

Por esta razón, hijo mio, si quieres asemejarte á Mí y vencer de una vez conmigo, debes permanecer conmigo bajo la Cruz, vivir á la sombra de la Cruz, y espirar abrazado con la Cruz.

No escuches á nadie, ni á la carne, ni á la sangre, ni á espíritu alguno cualquiera que te aconseje separarte de la Cruz.

¿Y dónde, hijo mio, dónde estarás mejor que á la sombra de la Cruz? Es, pues, la Cruz la guia al reino de la eternidad: la Cruz es la sabiduría de los Apóstoles, el trofeo de los mártires, la gloria de los confesores, la defensa de las vírgenes, la santificacion de la vejez, la guardadora de la juventud, la acusadora de los mundanos, el espejo de los religiosos, y, finalmente, el refugio y el consuelo de todos los desgraciados.

Si huyes de la Cruz, ¿á dónde irás, hijo mio? Caerás en el campamento de los enemigos, donde se te presentarán, nó una sola cruz, sino millares de cruces, y te abrumarán por todas partes multiplicados suplicios.

Allí no te animará ni te consolará mi estandarte, que respira el amor de mi Corazon y que inspira valor y generosidad, sino que por ásperos caminos y con nombres especiosos, las asechanzas de los tiranos te arrastrarán, nó al bien, sino al infortunio; nó al gozo, sino á los tormentos; nó á la gloria, sino á la ignominia.

Pero aquí, bajo la Cruz, estás, hijo mio, conmigo, tu guia, tu custodia y tu coronador: aquí vives entre todos los buenos y fuertes y generosos, aquí comunicas con los escogidos y con los Santos que te precedieron, que pelearon en vida al amparo de la Cruz, y que muriendo alcanzaron el triunfo: aquí, finalmente, constituyes una sola sociedad, un solo ejército con los mismos ángeles que, apiñándose á tu lado, te protegen, pelean



contigo á la vez y trabajan de la misma manera que tú para extender mi reino.

Necia y desgraciadamente, pues, obrarías si pensaras en abandonar la Cruz, ó imaginaras que en lo sucesivo pudieras estar en ninguna parte mejor que bajo la Cruz.

4. Sin embargo, no te admire que el príncipe de este inícuo mundo y sus emisarios, tus enemigos, te soliciten con frecuencia á fingidas comodidades, y procuren seducirte con aparentes razones, para que, desertando de la Cruz, te pases á ellos.

No mires, hijo mio, á esas comodidades verdaderamente falsas, ni escuches sus engañosas sugerencias; levanta tus ojos y tu corazón hácia Mí, que voy delante de tí llevando la Cruz, y da testimonio de que quieres mejor seguirme en todos los acontecimientos de la vida, y hasta en la misma muerte.

De este modo las agresiones y ardides de tus enemigos excitarán en tu corazón mayor aborrecimiento á los mismos, y más firme adhesión hácia Mí.

5. Pero no es suficiente, hijo mio, no huir de la Cruz; te es indispensable abrazar y llevar la Cruz.

Considera esto, y estúdialo cuidadosamente. ¿Por ventura todas las faltas que cometes no tienen su origen en que rehusas ó dudas abrazar la cruz que te ha sido presentada?

Cuando pecas contra la caridad, ¿cual es la verdadera causa, sino el que te resistes á sufrir como cruz presente, alguna humillación, ó la abnegación de las inclinaciones de tus propios y naturales sentimientos?

¿Por qué ofendes á la santa pobreza? ¿No

es, por ventura, porque no tomas la cruz, y porque no quieres exponerte á la violencia de pedir y á la negativa de lo que pides?

¿Por qué pecas contra la modestia? ¿No es acaso porque descuidas el llevar y no quieres abrazar la cruz de la mortificacion?

¿Por qué faltas á la obediencia? ¿No es por ventura porque no amas la cruz, y porque te resistes á sacrificar enteramente tu voluntad y tu propio parecer?

Sí, hijo mio, sí; sea cualquiera la virtud en que pecas ó me ofendes, encontrarás, si bien lo consideras, ser la verdadera causa el no abrazarte con la Cruz, el no aceptarla para tí con corazon generoso y decidido.

Y si no recibes generosamente una Cruz tan pequeña y tan ligera, cómo has de recibir otra más grande y más pesada?

Cuida, hijo mio, no sea que empeores tu estado, cayendo en la ilusion de aquéllos que fabricando para sí una cruz muy pesada, resuelven llevarla alguna vez, resistiéndose entre tanto y con el mayor estudio á llevar la cruz mucho más fácil que Yo les presento; y colocados entre la cruz y la culpa, resuelven abrazar ésta y abandonar aquélla.

6. ¿Qué tiemblas? ¿Por qué temes la cruz? Levántate, hijo mio: recibela tú, y ella te recibirá tambien y te recompensará de un modo multiplicado y maravilloso; ella te preservará de la inquietud y de las turbaciones de la conciencia, de las agonías del corazon que martirizan á los que posponen la cruz á la culpa; ella te conservará la paz, te enriquecerá de virtudes, y, finalmente, con su uncion será tu consuelo.

Trabaja, sí, hijo mio, y no desmaye tu corazon aún cuando todavía encuentres dificultad. Mírame á Mí, Hijo de Dios inocente, llevando mi pesadísima Cruz delante de tí y por tu amor; no te desdeñes de llevar la tuya en pos de Mí y por mi amor. El mismo amor que me hizo dulce una Cruz tan amarga, dulcificará tambien la tuya.

Ora frecuentemente para que merezcas amar, con la gracia santificante y sobre todos los tesoros de esta vida, la Cruz, que si es ciertamente ignorancia para los que perecen, es sabiduría divina para los que se salvan: que es suplicio para mis enemigos; pero para los discípulos de mi Corazon, garantía consoladora de eterna bienaventuranza.

Ea, pues, hijo mio: ven y sígueme: allí está el camino que Yo te he de enseñar: y si permaneces conmigo, prepararé para tí un reino como mi Padre lo había preparado para Mí.

7. *Voz del Discípulo.*—¡Vive el Señor, y vive el Señor mi Rey, que en cualquiera parte donde te halles ¡oh mi Dios! ya en la muerte ó ya en la vida, allí estará tambien tu siervo!

Mirando tu estandarte y animado con tu divisa, te seguiré á todas partes como á mi Capitan: si se presentan dificultades, recordará mi memoria tu divisa: las sobrepujaré á despecho de las inclinaciones de la naturaleza, por amor de Jesus, que se ha sacrificado por mi amor, y permaneceré fiel á su bandera.

Si mis enemigos levantan contra mí sus ejércitos, no temerá mi corazon; si me presentan el combate, esperaré en Tí.



Venid, compañeros: ved aquí que Jesus nuestro Rey estará con nosotros, y saldrá con nosotros, y peleará nuestras batallas.

Marchemos, aceptando como Él los improperios: corramos al certámen que se nos presenta, mirando á Jesus autor y consumador de la fe, y que con tanto gozo suyo llevó la Cruz.

Marchemos y muramos con Él: si morimos, viviremos: si combatimos, reinaremos.

(*Imitacion de Cristo*, lib. III, cap. LVI.)

## CAPITULO XIX.

Jesus crucificado, pidiendo por sus verdugos, demuestra la inmensa bondad de su Corazon para con los pecadores, y que los pecadores, pecando mortalmente, le crucifican segunda vez.

1. *Voz de Jesus*.—Ya me tienes, hijo mio, en el Gólgota ó Monte Calvario. Colocan inmediatamente la Cruz, y todo lo atropellan y precipitan.

Ni creas que por eso dejaban entre tanto de martirizarme; diéronme vino de mirra mezclado con hiel: ¡tal y tanta era su crueldad!

Preparados ya, y dada la señal, me tendieron horriblemente sobre la Cruz, forzando los clavos con crueles y repetidos golpes que desde el hondo del valle retumbaban en el cielo, cada uno de los cuales traspasaba el Corazon de mi Madre allí presente.

De este modo, hijo mio, taladraron mis manos y mis piés, y contaron todos mis hue-

sos, que se podían ver por la tirantez estremecedora de mi cuerpo.

Vieras entónces enarbolada cruelmente la Cruz y á Mí pendiente de ella entre los cielos y la tierra, vertiendo sangre por todas las heridas, de una parte purificando al mundo, y de la otra clamando á los cielos por la salvacion de los hombres.

Mis verdugos, para aumentar mis tormentos, pusieron en el patíbulo á dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda, de modo que entre los dos quedara Yo en medio.

Al mismo tiempo, y al levantarme ya crucificado, el universo todo se cubrió repentinamente de tinieblas.

El sol y la luna, llorando á la vez, escondieron su luz, envolviendo el mundo en tristísimo luto.

El populacho miraba. Los que iban y venían blasfemaban de Mí, moviendo sus cabezas; los que se habían colocado alrededor me escarnecían, y los príncipes de los sacerdotes, en union con los escribas y los ancianos, me insultaban igualmente. Los soldados se burlaban, añadiendo improperios á improperios, y ofreciéndome hiel y vinagre. Todos, en fin, me saturaban de oprobios.

Y entre tanto, hijo mio, ¿qué hacía Yo? ¿Qué sentía mi Corazon? «¡Padre, exclamé, franqueando mi alma; Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen!» porque no saben cuánta es la enormidad del crimen que están cometiendo.

2. Los ángeles lloraban al contemplar este espectáculo: horrorizábase la naturaleza toda, atónita por tan menguada iniquidad

de los hombres, y por la infinita bondad de mi Corazon.

Tú solo, pecador indigno, permaneces impassible cuando el mundo se estremece: tú solo renuevas los dolores de mi Pasion cuando se llenan de terror los cielos y la tierra.

Siempre que pecas, presentas de nuevo una nueva causa de mi muerte, y cometes otra vez aquello mismo por que fui crucificado, por que fui muerto.

Y en verdad que, conociéndome mejor con el auxilio de mi gracia y tu experiencia, y estando obligado á corresponderme con gratitud mayor y amor más tierno, si otra vez me entregas pecando, pecado más grande cometes que los que me crucificaron; añades dolores más agudos á los dolores de mis heridas; rasgas mi Corazon, no muerto, sino vivo, y sacrificas en cuanto te es posible, y con inaudita crueldad, al Autor de tu vida y juez de tu eterno destino.

3. ¡Oh miserable! ¿Y nada de esto conmueve tu corazon? Y, peor que el traidor Judas, dices á tus viles pasiones: «¿Qué queréis darme por él, y yo os le entregaré?»

Y colocado entre una pasion que te solicita y Yo que te lo prohíbo, gritas con los judíos: «No á éste, sino á Barrabas.»

Y preguntando tu conciencia: «¿Qué haré, pues, de Jesus?» respondes con las obras: «Crucificalo, crucificalo.»

Y ¡oh crimen! queriendo, como Pilatos, halagar á tus apetitos, me entregas para ser azotado, para ser escarnecido y para ser crucificado.



¿Y de este modo ¡miserable mortal! de este modo correspondeste al que te ha criado, al que te ha redimido y al que te ha conservado? ¿Qué has hecho, pues, de tantos y tantos beneficios míos, en agradecimiento de los cuales me presentas otra vez á la vergüenza y me crucificas?

4. ¡Oh! Si reflexionaras cuán horrible mal ejecutas cuando pecas, ¿cómo pensarías ni cómo te atreverías á hacerlo?

¿Quieres saber cuál, cuánto y cuán grave mal es el pecado? Pues considera cómo para satisfacer por él Yo, el Unigénito Hijo de Dios, entregué, nó el mundo, nó el cielo, nó los hombres, nó los ángeles, sino á Mí mismo, Señor de los cielos y de la tierra, y de los ángeles y de los hombres, y derramé mi sangre, y perdí la vida entre tormentos incomprensibles.

¿Quieres saberlo con mayor claridad todavía? Medita con viva fe como el pecado deja sin valor ninguno para tí todos los tormentos de mi Pasion, y los repite con mayor crueldad para tu juicio y tu condenacion.

Ciertamente que en nada se manifiesta con más evidencia la malicia del pecado que en mi Pasion, ni jamás su enormidad hubiera sido conocida tan claramente si Yo no hubiera muerto en la Cruz por su causa.

Llora, pecador, llora por tí y por tu destino futuro; si en Mí, que soy árbol florido, esto hacen los pecados ajenos, ¿que harán en tí, árido y seco tronco, tus innumerables pecados propios?

Si no se perdonó á los ángeles rebeldes y se les castigó con justicia, ¿cuántos suplicios,

y más horribles, merecerá el hombre que pisa al Hijo de Dios crucificado?

No te engañes, no alimentes una vana confianza, porque no te castigo inmediatamente que pecas; ahora sufro: si en el tiempo doy lugar á la misericordia, es porque dispongo de la eternidad para dar lugar á la justicia.

Si esto quieres, puedes llenar la medida de los pecados que he de sufrir. No te arrancaré la libertad de hacerlo; quiero la ofrenda de los mortales por voluntad, y no por necesidad.

Yo he derramado en tí gracias abundantísimas de los tesoros de mi Corazon: si cooperas eficazmente á ellas te daré una recompensa incomparable: si, por el contrario, no cooperas, tú verás, tú sufrirás las consecuencias.

Ahora soy todavía tu Salvador, soy todavía tu Padre, dispuesto á recibirte entre mis brazos: luégo sólo me encontrarás justo Juez y remunerador.

Ten misericordia de tu alma ahora que tienes tiempo; no quieras hacerte eternamente desdichado abusando de mi Pasion, con la cual puedes comprarte una felicidad sempiterna.

5. Ven, hijo mio; acércate á la Cruz; aquí es donde se ve la benignidad de tu Salvador; aquí resplandece la magnificencia de mis sentimientos paternos; aquí mis llagas, no solamente mueven al arrepentimiento y penitencia, sino que ofrecen el perdón y la gracia; aquí la voz de mi sangre intercede por tí con poderoso clamor: aquí, finalmen-

te, mi Corazon se abrasa enel deseo de tu salvacion eterna.

Contéplame, hijo mio; mírame, Hijo de Dios crucificado y muriendo por el pecador: y le aborrecerás con todo tu corazon, y volverás otra vez á mi fervoroso servicio como aquellas turbas que presenciando este espectáculo, se retiraban del Calvario golpeando sus pechos.

Si te sientes de nuevo inclinado á pecar, acógete á la Cruz, y considerándome en ella, di para tí mismo: «El Hijo de Dios muere crucificado, para salvarme; ¿y yo le he de crucificar segunda vez para condenarme? Si esto hago, ¿habrá por ventura en los infiernos tormentos suficientes para castigar con justicia tan enorme iniquidad?»

Combatido por el demonio, en ninguna parte resistirás mejor el combate que al pié de la Cruz: aquí quedó despojado de su señorio y de su fuerzas; aquí alcanzarás tú fácilmente la victoria.

6. ¿Has comprendido, hijo mio, lo que he dicho? ¿Has comprendido cuán horribilmente me trata el pecador siempre que peca mortalmente? ¿Puedes tú, por ventura, contemplar lo insensible? ¿No procurarás acaso evitarlo por todos los medios posibles?

Considera cuánto vale evitar el pecado, cuando de esta manera impides que Yo me vea otra vez abrumado de oprobios, otra vez desgarrado á azotes y otra vez crucificado por el pecador afectivamente.

He aquí por qué, con un solo pecado que evites, harás una cosa más grande y mejor todavía que si preservases á tu patria de su ruina.



¿Y puedes, por ventura, amarme sin procurar que se aparte de Mí tanto mal? Si el amor no te inflama, muévate al ménos la compasion, y no des lugar á que otra vez me vea afligido con tantas y tan enormes injurias.

Te llamas á tí mismo discípulo de mi Corazon: por esto exijo de ti, por esto quiero de lo íntimo de este mismo Corazon que, ya por tí, ya por aquellos de tus semejantes á quienes atraigas á Mí, procures cuanto posible te sea siempre y en todas partes impedir el pecado, y compensar con la fidelidad de tu amor la cruel ingratitud de los pecadores.

7. *Voz del Discípulo.*—Pero yo, Dios y Jesus mio, soy al fin un pecador: confieso que no merezco llamarme discípulo de tu Corazon; te afligí con ofensas innumerables, sacié tu Corazon de amarguísimos dolores. ¡Oh! ¡Ten misericordia de mí, desdichado pecador! ¿No te he crucificado, y por desgracia muchísimas veces?

Gracias te sean dadas eternamente por la infinita bondad de tu Corazon, por la ternura y la paciencia con que me has sufrido, y porque me has vuelto á Tí con tanta misericordia. ¡Oh Santísimo y dulcísimo Jesús! Humildemente te ruego me concedas la gracia necesaria para compensar las graves injurias con que afligí tu Corazon, y para amarte todo lo restante de mi vida con tanto más fervor y tanta más ternura, cuanto has sido para mí mejor y más cariñoso.

## CAPÍTULO XX.

Jesus, perdonando con toda su alma al Buen-Ladron y prometiéndole el Paraíso, nos enseña el modo de sufrir los angustiosos afanes de nuestra salvacion eterna.

1. *Voz de Jesus*.—Mientras la naturaleza oscurecida totalmente lloraba, hijo mio, por Mí, uno de los dos ladrones crucificados conmigo empezó tambien á blasfemarme, en tanto que el otro, herido de santo temor, le reprendía. «¿Ni tú, le dijo, que sufres el mismo castigo, temes á Dios? Nosotros en verdad padecemos con motivo, y recibimos lo que merecen nuestras obras. Este nada malo hizo.»

Movido por el ejemplo de la divina paciencia mia, de la heroica caridad con que había pedido por mis verdugos, de la invencible mansedumbre de mi Corazon, de mi resignacion perfectísima en medio de los tormentos de la Pasion, y auxiliado con una luz sobrenatural, concibió y me confesó su fe, su esperanza y su amor.

Y mirándome con corazon contrito y afectuoso: «¡Señor! exclamó: ¡Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino!» Y al verle cooperando á la gracia que exteriormente obraba por el espectáculo presente, y que influía interiormente en él desde el fondo de mi Corazon; viéndole casi agobiado bajo el peso de sus pasados delitos, y zozobrando entre la salvacion ó condenacion futura de su alma, me apresuré á consolarle.

En aquel mismo momento hice de un ladrón un Santo; de un maestro de la iniquidad, un discípulo de mi Corazon; de un Dimas pecador, un consocio y co-participante de mi reino. ¡Tanta es, hijo mio, la bondad de este mi divino Corazon!

«En verdad, le dije, en verdad que hoy estarás conmigo en el Paraíso.» Creyólo así, y principiando á dolerse de sus pecados, y á amar mi bondad, perseveró tranquilo en la cruz, sostenido por la esperanza bienaventurada de unirse, por el amor, conmigo en mi reino.

Hé aquí hijo mio, cómo has de conducirte cuando alguna vez te aflijan borrascosas ansiedades acerca de tu salvacion.

2. *Voz del Discípulo.*—No te ofenda, Señor, el que yo hable. Tú no me has dicho: «Estarás conmigo en el Paraíso:» si esto me hubieras dicho, creería tambien, y no me turbaría jamás el pensamiento de mi eterna salvacion. Es la verdad que ignoro lo que me ha de suceder, y por esto se contrista de angustia mi corazon.

*Voz de Jesus.*—Y si esto hubiera dicho, hijo mio, debieras haberlo entendido, dejando siempre á salvo tu libre albedrío. Soy siempre el mismo; desde el principio constituí al hombre, y le dejé en mano de su propio consejo: enseñé mis mandamientos; si quieres guardarlos, ellos te preservarán.

Salva, pues, y rectamente entendida esta tu libertad, te digo á mi vez: «Estarás conmigo en el Paraíso.» Pues mi deseo es que tú y todos se salven.

Es indudable que unos son vasos de ho-



nor, y otros son vasos de ignominia; pero nunca la Divina Providencia, sino la malicia humana, es la que hace vasos de oprobio. El que siendo vaso de ignominia se purifica, queda, como vaso de honor, santificado.

3. *Voz del Discípulo*.—Luego la salvacion, Señor, depende de la libre voluntad del hombre.

*Voz de Jesus*.—Te equivocas, hijo mio. Para que el hombre trabaje en su salvacion; es más, para que principie á trabajar en su salvacion, necesita una gracia superior, sin la cual ni puede continuar ni puede principiar.

Por esto Yo concedo á todos los hombres la gracia previniente y auxiliante, con la cual, si la conservan, puede cada uno salvarse, y si la pierden, condenarse.

La salvacion, pues, depende primeramente de Mí, depende despues de la libre cooperacion del hombre; y la perdicion depende primero del hombre, y despues del menosprecio de mi gracia.

*Voz del Discípulo*.—Pero la posibilidad, Dios mio, el miedo mismo de abusar de esta mi propia libertad, angustia alguna vez en gran manera mi corazon.

*Voz de Jesus*.—Pues en esto consiste, hijo mio, la virtud y la gloria del hombre; en que pueda ser transgresor de la ley, y no lo sea; perpetrar el mal, y que no lo haga. Este es en el mundo un servicio digno de Mí, de mucho honor para Mí, y para tí nobilísimo y muy meritorio.

Esa misma inquietud, ese mismo temor

de abusar alguna vez de tu libertad, si se contiene dentro de justos límites, te proporcionará la posesion de muchísimos bienes; nada hay ciertamente más á propósito para conservarte en la humildad, sin la cual todas las demas virtudes están cercanas á su ruina, como comprender y pensar en cierta manera que puedes todavía condenarte, áun cuando hayas sido elevado al tercer cielo.

De ahí nace un amor más solícito hácia Mí; amor con el cual procurarás evitar con más precaucion todos los peligros, y vivir más íntimamente unido conmigo.

Aprenderás tambien con él á desprenderte con más perfeccion de las cosas de esta vida, cuando comprendas que no puede encontrarse en ellas entera y completa seguridad.

Y desearás, finalmente, con más fervor y con mayor anhelo aquella vida inmortal, donde estarás á salvo, y seguro no solamente del peligro, sino hasta de los temores del peligro.

4. Conveniente es, hijo mio, que ante todas las cosas cuides, lo primero, de tu eterna salvacion; pero ten cuidado tambien de no incurrir en pusilanimidad.

Algunos hay que, viéndose en la posibilidad de perderse, y temiendo, espantados, perder lo bueno que adquirieron á costa de tanto trabajo, cambiándolo por una eternidad desventurada, se desalientan de tal manera, que no tienen fuerzas ni valor para servirme con alegría, y arrastran una vida indigna de Mí y de sí mismos.

De aquí resulta que de sola la posibilidad vienen á caer alguna vez en la realidad, con-

virtiendo el peligro solamente posible, en peligro verdadero.

Sé tú ménos necio, hijo mio: no conviertas en perdicion tuya aquello que sirve para tu bien, y por un temor exagerado de la ruina no te expongas á la misma ruina.

Conserva fielmente la buena voluntad de hacer en todas ocasiones lo que puedas moralmente; sufre con paciencia la ansiedad y las molestias, si algunas experimentas, y aprécialas como parte preciosísima y saludable que interiormente tienes en los dolores de mi Corazon.

Cuando padezcas aflicciones de este género, trabaja para no ser condescendiente con ellas, y ántes bien persevera resignado con la divina voluntad: procura además, y con el mayor esmero, no omitir ninguna de aquellas obras y ejercicios acostumbrados que te conducen á la salvacion y á la santidad.

5. Sean cualesquiera las penas que interiormente te aflijan, no te turbes; y ten por muy seguro que al hombre de buena voluntad que hace lo que puede, no ha de amenazarle turbacion sino de parte del enemigo de su salvacion eterna, que, no pudiendo inducir de otra manera al hombre al pecado y á la perdicion, procura inducirle, sin embargo, con turbaciones, con angustias, con sutilezas especiosas, y bajo pretexto de mayor seguridad, ya que no pudo hacerle caer con tentaciones manifestas.

Evita, hijo mio, con la mayor diligencia estos lazos, y por ninguna razon consientas ver arrancada la paz del seno de tu alma.

Dedicate á trabajar en tu salvacion como



si el éxito dependiera de tus obras; y recurre de tal modo á Mí por la oracion, como si Yo solo pudiese conceder, no solamente el éxito, sino tambien las mismas obras; ten, por último, tal confianza en Mí, que creas he de escuchar tu oracion y coronar tus obras con un éxito dichoso.

6. El hombre, hijo mio, que se turba por esto, se turba en vano; puesto que Yo no quiero que ninguno perezca. ¿Qué es lo que puede hacer que el hombre se pierda sino únicamente el pecado? Consérvate, pues, libre de pecado, y no perecerás eternamente.

¿Por qué te atormenta la ansiedad acerca de la predestinacion? Si quieres la predestinacion para tí, huye el mal, practica el bien con perseverancia, y serás predestinado.

Dichoso aquél que, dejándose de vanas sutilezas, se consagra á hacer cierta su eleccion trabajando y no especulando.

7. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh dulcísimo y amantísimo Jesus! Tú eres verdaderamente el Dios de todo consuelo; gracias te doy por este beneficio singular, con el cual reanimas y recreas mi corazon oprimido.

Pendiente en la Cruz, y abrumado por los dolores, te olvidas de Tí para acordarte de mí, y me aseguras la salvacion, no solamente padeciendo, sino tambien consolándome. ¿Cómo, pues, no confiaré á tu cuidado y con tranquilidad mi destino futuro?

Quiero hacer lo que pueda con el auxilio de esa gracia especial que te pediré incansablemente; deposito todos los demas cuidados en tu ternísimo Corazon, al lado del cual

ni el Ladron pereció entre las garras de la muerte.

Acuérdate, Señor, de mí cuando estés en tu reino; acuérdate de mí durante mi destierro; acuérdate especialísimamente de mí cuando me veas en peligro de perder mi alma; acuérdate de mí en la vida y en la muerte, para que despues reine eternamente contigo en el Paraíso.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, cap. XXXIX.)*

## CAPÍTULO XXI.

Cuánta ternura nos manifestó el Corazon sacratisimo de Jesus al darnos por Madre á su misma Madre.

1. *Voz de Jesus.* — Estaba, hijo mio, junto á la Cruz la Virgen María, mi Madre, á quien ni las aflicciones del corazon, ni los insultos de la muchedumbre, ni la crueldad de los verdugos, ni el peligro de la muerte habían podido separar de Mí.

Dispuesto estaba su Corazon, ó á morir en mi presencia, ó á estar presente á mi muerte.

Allí estaba tambien el Discípulo que, amadísimo por la inocencia de su vida, reclinó su cabeza sobre mi pecho en la última cena, embriagándose con el amor de mi Corazon.

Y contemplando Yo á la Virgen Madre y al Discípulo vírgen, á quienes tanto amaba mi Corazon, mirando á la Madre: «Mujer, la dije: hé ahí tu Hijo;» y despues dije al Discípulo, representante de todos los hombres: «Hé ahí tu Madre.» Y desde aquella

hora el Discípulo la recibió como su Madre.

2. Aquí, hijo mio, sobreabundó el amor de mi Corazon, al mismo tiempo que rebosaba la malicia del corazon de los hombres que me afligían, crucificado, con dolores incansables y más crueles.

Cercano á la muerte, y próximo á entrar en mi reino, no quise dejar á mis discípulos huérfanos y sin Madre : por eso resolví en los tesoros de mi amor darles una Madre, la mejor entre todas y sobre todas las madres : mi misma Madre.

Era ciertamente necesario que por la eminente dignidad de Madre mia, y por el perfectísimo amor que Yo la profesaba, manifestara la mayor solicitud y el mayor cuidado por ella, y proveyera al honor y al amor que le eran debidos.

Era, á no dudarlo, conveniente que Yo y la Señora fuéramos siempre y en todas partes igualmente conocidos, y amados de la misma manera.

Y en verdad que desde el principio del mundo Dios prometió al hombre caído y gimiendo bajo la tiranía de la infernal serpiente, á Mí, su Salvador, juntamente con mi Madre.

Esta promesa divina, llena de todo consuelo, continuó alimentándose siempre con toda piedad, transmitida á la universal posteridad del primer hombre. Aun cuando quedó oscurecida entre las naciones, se conservó siempre incorruptible en el pueblo de Dios, y renovada y explicada sucesivamente por los Profetas, con tanta más claridad, cuanto más se acercaba la plenitud de los tiempos



en que Dios enviaría á su Hijo, que había de nacer de la Virgen María.

De este modo, hijo mio, los hombres esperaban y deseaban ver á un mismo tiempo á aquéllos á quienes Dios había unido desde la eternidad, y á los que juntos había prometido en los consejos de su misericordia. Cuantas veces los hombres, mirando al cielo, y suspirando, decían á mi Padre: «Destilad ¡oh cielos! el rocío, y las nubes lluevan al Justo,» otras tantas suspiraban en la tierra, diciendo á la que había de ser mi Madre: «Abrase ya la tierra, y brote cuanto ántes á su Salvador.»

3. Y cuando aparezco en el mundo, aparezco con la Virgen Madre. Desde que mi Corazon fué creado, estuvo inseparablemente unido al Corazon de mi Madre.

Siempre honré y amé á la Virgen como Madre, y de una manera digna de ella: y ella me honró y me amó no solamente como á su hijo, sino que me amó tambien y me adoró como su verdadero Dios.

No existe criatura ni en los cielos ni en la tierra que me haya honrado, y amado, y adorado tanto como la Virgen Madremia; ella siendo una, ella siendo sola, sobrepujó y excedió incomparablemente en amor y en adoraciones á todos los Santos y á todos los ángeles juntamente reunidos.

Ni habrá jamás un corazon que viva más unido y que sea más agradable á mi Corazon que el Corazon de mi Madre Virgen.

¿Y no había yo de honrar, y no había yo de amar á esta Madre? ¿Y no desearé verla honrada y amada siempre por todos y en

todas partes, siendo por Ella conocido mi Corazon?

4. En verdad, en verdad, te digo que donde quiera que sea predicado este Evangelio, en todo el mundo se dirá: «Que á ésta constituí como mi Madre, que yo la estuve sumiso; y siempre, y hasta la consumacion de los siglos, en cualquier parte donde Yo sea adorado y amado como Salvador, allí será María honrada y amada como Madre.»

Y en cualquiera parte que aparezca mi Religion, reformará la inteligencia de los fieles y ennoblecerá la condicion de la mujer.

¿Dónde, pues, piensas que tiene su origen tanto aprecio de los verdaderos fieles á la inocencia, y tanta dignidad para la mujer, sino en la purísima y augustísima Virgen María?

La barbarie grosera hizo de la mujer una esclava de la desgracia; la culta infidelidad, el ídolo de las pasiones; el error en materia de religion, un instrumento del engaño; sólo la Religion católica la honró con justicia, la hizo verdaderamente libre, y libre y digna de honor la conserva, poniendo siempre á su vista la Virgen Madre de Dios.

5. Y ahí tienes, hijo mio, á tu Madre, á tu Madre que te adoptó, atormentada conmigo al pié de la Cruz. Tribútala, pues, tus honores como á tu Madre durante toda la vida, recordando cuánto y cuánto sufrió conmigo por tu amor.

Reconoce la magnificencia del don que mi Corazon te entregó al morir dándote tal Madre. ¿Qué otra cosa mejor, hijo mio, qué otra cosa mejor pudiera darte? Nada había en el

mundo más amado á mi Corazon , nada más dulce para tí que esta bonísima Madre.

Su Corazon maternal abundó en singular ternura y compasion , y amor y solicitud : ni puede olvidarse jamás de los hijos á quienes de Mí , espirante , recibió para alimentarlos.

Formado su Corazon para mi Corazon , manifiéstase á todos bajo el nombre dulcísimo de Corazon de Madre , para que de esta manera todos los que acuden tengan fácil acceso , sean recibidos benignamente por Ella , y por Ella tambien sean introducidos á mi Corazon.

Yo vine á los hombres por la Virgen María : por la Virgen María han de venir á Mí los hombres.

Cualesquiera que sean las gracias que desees alcanzar de Mí , encomiéndalas á María como á mi Madre ; interese tu Madre mi Corazon por ti , y muestre que es tu Madre.

Será escuchada , sí , por reverencia ; pues no es justo que vuelva el rostro ni niegue á mi Madre lo que me pida . No perdió en los cielos , donde reina conmigo , Emperatriz de los ángeles y de los Santos , los derechos que tuvo y había ejercido en la tierra.

El que se acerque á Mí por la Virgen María , no será rechazado ; ántes bien será recibido en mi Corazon , y la experiencia le enseñará cuál es la longitud , la profundidad y la latitud del poder que tiene mi Madre sobre este mismo Corazon.

6. De la misma manera que yo tengo en la naturaleza á Dios por Padre y á María por Madre , así tú , hijo mio , si por adopcion quieres tener á Dios por Padre , debes tam-



bien por adopcion tener á María por Madre.

Si quieres experimentar que María es Madre tuya , manifiesta que eres su hijo , y no contristes su Corazon , afligiendo mi Corazon con el pecado. Porque maldito es el hijo que entristece á su madre.

Doble maldicion , y doble ¡ay! para aquéllos que se empeñan en destruir ó disminuir el honor y el amor debido á mi Madre : de la misma manera que las alabanzas , así las injurias inferidas á mi Madre se refunden en Mí , que soy su Hijo.

Por esta razon sus enemigos quedarán envilecidos , y el que pecare contra Ella dañará á su propia alma. Pero los que la ensalcen , honrándola y amándola como es debido , alcanzarán la vida eterna.

No creas que es María únicamente igual á los Santos y á los ángeles , ó la juzgues como la primera entre ellos. Ella constituye un órden superior á todas las criaturas ; de tal modo , que domina á los Santos y á los espíritus celestiales , y nada reconoce ni tiene superior á sí , sino á Mí con el Padre y con el Espíritu Santo.

Por esta razon debe tributársela un culto especial , y amársela con un afecto particular. Hónrala , hijo mio , y ámala cuanto puedas : ningun amor , ningun honor será excesivo , á no ser que se le ofrezcas como á la misma Divinidad.

Pero , ante todo , aprende de María á imitar perfectamente mi Corazon. Ella conservaba todas mis palabras , Ella conservaba todos mis ejemplos , pesándolos con el suyo ; y de esta manera siguió la doctrina de mi Cora-

zon, cuya vida, cuyas virtudes y sentimientos manifestó perfectamente impresos en su misma vida.

7. Dichoso serás, hijo mio, si de esta manera honras á la Virgen, mi Madre. Por Ella encontrarás fácil y dulce la vida interior, que es el camino para la santidad; por Ella alcanzarás misericordia, y gracia, y consuelos, y cuanto te sea útil ó necesario; por Ella, finalmente, estarás y perseverarás conmigo.

Recorre, pues, á María en cualquier tiempo y en todas las ocasiones. ¿Temes alguna cosa? Tú eres su hijo, y María es tu Madre. ¿Dudas en alguna cosa? Nadie se presenta á Ella en vano, todos reciben: por María recibió el mundo su salvacion, su redencion los cautivos, su esperanza los pecadores, los justos su gloria y los ángeles su alegría.

8. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh Jesus, oh Dios y Salvador mio, y Tú me das á tu Madre como Madre mia! ¿Quién tal escuchó jamás? Solamente Tú, Señor, has podido darnos á los pecadores este tesoro, encontrado en los tesoros de tu Corazon.

Gracias á Tí, amantísimo Jesus; gracias eternas te sean dadas por este inestimable don que tan benignamente me ofreces, aunque tan indigno soy de él.

¡Aquí está tu Madre, que es mi Madre! Perdona, dulcísimo Jesus, perdona si repito: ¡Hé aquí tu Madre, que es mi Madre! Esto es regocijo en el corazon, miel en la boca y armonía en los oídos.

¡Oh dichoso verdaderamente yo, porque he quedado constituido hijo de la Reina de

los cielos y de la tierra, de la Madre de Dios, mi Salvador y mi Juez! Yo acudiré á Tí, Jesus mio, por la mediacion de esta Madre: me acercaré á tu Corazon por su maternal amor, y por su inmaculado Corazon penetraré en el tuyo hasta unirme íntimamente contigo.

Y cuando haya de presentarme á juicio, ¡oh suavísimo consuelo! tendre por abogada en la presencia de mi Juez á la que es Madre del Juez y Madre mia. ¿Y qué Madre intercede con el Hijo y por el hijo, á cuya Madre el Juez no dispensa todo poder sobre su Corazon?

Procuraré, pues, y será mi deleite mientras exista ¡oh dulce Virgen María! honrarte como Madre tan grande, y extender tu honor por todas partes y por todos los medios posibles.

Mientras mi corazon sea capaz de amar, te amaré ¡oh Madre de Jesus, oh Madre mia! Te amaré y se abrasará por inflamar todos los corazones en el fuego de este mismo amor, para que principiando todos á amarte por Jesus, y á amar á Jesus por sí mismo en la tierra, merezcamos ser bienaventurados en los cielos, donde continuemos amándoos más y más en dichas é interminables eternidades.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, cap. VIII.)*



## CAPÍTULO XXII.

Jesús, desamparado en la Cruz, nos enseña como hemos de conducirnos cuando nos veamos desamparados en las tentaciones.

1. *Voz de Jesús.* — Habiendo, hijo mío, crucificado en mi misma Cruz todas las iniquidades de los hombres, de quienes me había constituido pagador y fiador, mi Padre los amó infinitamente, hasta el punto de entregarme.

Y de este modo el demonio, que, derrotado en las tentaciones del desierto, se alejó de Mí hasta un tiempo determinado, presentándose ahora en mi Pasión, me acometió con más violencia y me estrechó con más tenacidad.

Se valió, no sólo de su propia malicia, sino de la perversidad de los malos, á quienes estimuló, ya á atormentarme con todo género de suplicios y muerte ignominiosísima, ya también á cometer horribles pecados en mi presencia.

Regocijábase el demonio con los suyos, como si triunfara, redoblando siempre en Mí sus depravados ímpetus. «Dios le desamparó, gritaba; perseguidle, y apoderaos de Él.»

Yo, entre tanto, que había de ser sacrificado en mis tribulaciones por los hombres, me veía entregado, y sin consuelo alguno sensible, exteriormente á los encarnizados enemigos de mi cuerpo, é interiormente á los que desgarraban mi Corazón.

Desamparado en medio de tantos tormen-

tos, elevo mis ojos llorosos y casi eclipsados al Padre á quien amo infinitamente, y de quien soy infinitamente amado, le presento á la vez mi Corazon, reducido á las últimas angustias, y le digo: «¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me has desamparado?»

Este clamor es, hijo mio, la expresion de las aflicciones incomprensibles de mi Corazon, sepultado en un abismo de dolor, y sumergido en un diluvio de tribulaciones.

2. Resignábame, sin embargo, porque tal era la voluntad de mi Padre celestial: ofrecíame todo en sacrificio al que en su dia había de consolarme, segun la muchedumbre de mis dolores.

Y siendo el dolor la medida del amor, sufrí y agoté este exceso de angustias dolorosísimas, para que los hombres comprendieran hasta qué punto los había amado.

Al mismo tiempo que me acordaba de todos en general, me acordaba, hijo mio, muy particularmente de ti, y por ti sufrí, con Corazon obediente y satisfecho, el furor de los enemigos y el desamparo sensible.

Sabía que tú, conforme á los decretos de la divina Providencia, jamás habías de verte libre de los ataques del demonio; ni se me ocultaba, hijo mio, tampoco cuán afflictivos habían de ser para tí estos repentinos asaltos de tu malvado enemigo; por esta razon te ofrecí mi ejemplo, en donde puedes hallar, no solamente instruccion, sino abundantes consuelos.

Escucho, hijo mio, los ayes frecuentes y profundos que exhalas, cuando, deseando vivir para Mí en una perfecta paz, y libre de

todo impedimento, te encuentras sitiado por tus furiosos enemigos.

Pero contéplame entónces, hijo mio, contéplame Hijo Unigénito de Dios, Santo de todos los santos, expuesto por amor gratuito á la rabia de mis enemigos, y desamparado en ella; contéplame, y no te admirarás ni te acobardarás; cuando tú, hombre pecador de muchas maneras, y áun cuando vivas hace ya mucho tiempo en mi servicio, te veas expuesto á los asaltos del tentador, y desamparado en ellos, sin consuelo sensible.

Esto mismo, sin embargo, es para tí una manifestacion de la divina benignidad; pues si retira la batalla, sin la cual no se vencen los enemigos, no se estipula la paz; y si remueve la ocasion de la lucha, sin la cual no se alcanza el triunfo, no se obtiene la corona.

Efecto es del amor verdadero de mi Corazon dejar en tu mano aquello que te hace conocer tu propia fragilidad, para que así perseveres humilde, y te dirijas y acudas continuamente á Mí, impelido por tu necesidad.

¡Cuántos hay que perseverando en las tentaciones se salvaron, y que si hubiesen carecido de tentaciones, poco á poco, tibios y soberbios, por último se hubieran condenado!

Entre todos los que se santificaron, ¿has conocido uno siquiera que estuviera libre de tentaciones? ¡Pues qué! los Santos más esclarecidos, ¿no padecieron también tentaciones las más formidables?

Estas son, en verdad, el camino por donde se alcanza la mayor pureza del corazon; por el que se obtiene una virtud más per-



fecta: por el que, finalmente, el alma se dispone mejor para la union divina.

3. Muchos son, sin embargo, los que se equivocan, creyendo que las tentaciones son pecado. ¿Y hay por ventura cosa más peligrosa que este error? En él tienen su principio la conciencia errónea, las perturbaciones, la pusilanimidad, el decaimiento de ánimo, y, por último, la falta de fuerzas para resistir generosamente y para triunfar con gloria.

Créeme, hijo mio; aún cuando una tentacion, sea de la especie que sea, dure toda la vida, no podrá hacerte reo de un solo pecado, con tal que ella te sea desagradable.

Aleja, pues, de tí este error perniciosísimo, y aparta el exagerado temor de ser tentado. Este temor, nacido del error y alimentado por el amor propio, se hace para tí ocasion de ser tentado más y más peligrosamente. Porque entónces, no tanto eres tentado por permission divina, como por tu propia falta.

La desdicha de los hombres consiste en caer en uno de estos dos extremos. Unos caen porque temen excesivamente las tentaciones; otros, porque no se guardan de ellas como es debido, y se exponen á gran peligro. Si tú, hijo mio, quieres vivir seguro, abraza el término medio.

4. *Voz del Discípulo.*—¿Pero por ventura, Señor, no se han de temer y evitar las culpas con extraordinario cuidado? ¿Cómo, pues, no he de temer y huir en sumo grado de los pecados y de los peligros de pecar?

*Voz de Jesus.*—Sí, hijo mio; indispensable

ble es huir con exquisita precaucion de los pecados. Pero guárdate de un engaño: evita toda confusion, y discierne con claridad. Porque una cosa es la tentacion, y otra cosa es el pecado: una cosa es el peligro de la tentacion, y otra el peligro del pecado: una cosa es, finalmente, la ocasion de parte del diablo que tienta al pecador, otra la ocasion de parte del hombre que se acerca al pecado.

Ciertamente que siendo la ocasion de parte del hombre peligro próximo á pecado, y por lo tanto pecado, necesario es evitarla con exquisita diligencia; pero no estás obligado á huir de la ocasion por parte del diablo, que es solamente peligro de tentacion, y que por lo mismo no es pecado.

No te admire tampoco si el demonio te tienta, porque otra cosa no tiene que hacer que andar al rededor y tentar. Animado de su propia insolencia, acomete á todos, valiéndose para tentarles de diferentes medios; rechazado, no se avergüenza de volver, vencido, no desiste de presentar segunda vez el combate.

Por esta razon no te turbes si te asalta la tentacion. Esto consiste en la perfidia del diablo, y nó en tu perversidad.

En vano trabajarias, y neciamente, si perdieras por las tentaciones la paz del corazon. De este modo pondrias la paz en manos del demonio, que poco ó nunca te dejaría ya disfrutarla en lo sucesivo.

Conozco, hijo mio, tu fragilidad; conozco tambien la malicia del demonio; pero conozco al mismo tiempo el poder de mi gracia: conozco lo que por tí y con el auxilio de la

gracia puedes contra el demonio. Y Yo á quien el demonio está sujeto de tal manera que sin permiso mio no puede acercarse ni á los más ínfimos animales; Yo á quien tu salvacion ha costado tanto, no permitiré que seas tentado en más de lo que puedes sufrir, sino que ántes dispondré que de las tentaciones alcances fruto.

5. *Voz del Discipulo.*—Gracias te doy, ¡oh buen Maestro, dulcísimo Jesus! porque de este modo me has enseñado cómo debo conducirme en las tentaciones ántes de que lleguen y me acometan; pero dignate enseñarme tambien cómo he de portarme cuando están presentes y me apremian.

*Voz de Jesus.*—El demonio, hijo mio, puede tentarte y acercarse á tu corazon por tres caminos diferentes; camino exterior de los sentidos; camino interior del entendimiento; por último, camino de la imaginacion, que es un camino medio en cierta manera.

Sea cualquiera de estos tres el camino por que fueres tentado, inmediatamente que adviertas la tentacion, procura no turbarte ni agitarte; y atendiendo á Mí, presente á ti, esfuérzate en conservarte dueño de un espíritu tranquilo.

Si viene la tentacion por los sentidos, no los dejes expuestos al objeto peligroso de ella sin motivo suficiente; ántes bien, apártalos con quietud á la vez y fortaleza, para que, si es posible, no vuelvan á percibir el mal que se les presenta.

Si la tentacion te acomete por el entendimiento, no entres, ni aún mentalmente, en



contestaciones con el enemigo: y por muy fundadas que parezcan sus razones y por muy evidentes verdades que puedan parecer sus sugeriones, inmediatamente que comprendas que son contrarias á alguna virtud, subordínate á Mí sin entrar en razonamiento ninguno, y de este modo alcanzarás la victoria.

Si la tentacion te asalta por la imaginacion, por los objetos que en otros tiempos percibieron los sentidos, ó ahora inventados por el demonio, procura con el mayor cuidado no permitir que la imaginacion se fije como si viera fantasmas, sino sepárala al punto, y con la mayor eficacia, y represéntala, si ha lugar á ello, las verdades conocidas por la fe: como son la muerte, el juicio, el infierno, el purgatorio, el cielo, y, con preferencia, al Hijo de Dios pendiente en la Cruz, mirándote y ofreciéndote como un asilo su Corazon.

Y advierte, hijo mio, ten muy presente que, sea cualquiera la tentacion, basta distraer simplemente la atencion á otra parte, porque esto es ya resistir de una manera positiva.

Tomadas así estas precauciones, procura, en cualquiera tentacion y cuanto puedas, unirte á Mí con suavidad y con firmeza por actos de amor, aunque breves, frecuentemente repetidos, y esto para tu mayor aprovechamiento.

Te encargo especialmente, hijo mio, que mientras permaneces en estado de gracia, hagas durante la tentacion aquellos actos, nó que directamente se oponen al mal que

ella te sugiere, sino que por el amor te unan á Mí más estrechamente. De este modo conservarás mejor la paz del corazon; burlarás con más seguridad la intencion maliciosa del demonio, darás más solidez á tu virtud, y te unirás más fuerte y más perfectamente conmigo.

Debes, sin embargo, confiar siempre, más que en tu propio valor, en la divina gracia, Razon por qué te es necesario orar con frecuencia; en tiempo de paz lo mismo que en tiempo de guerra, para que la gracia te sostenga y te anime en el combate, y despues te conquiste la victoria.

De esta manera, y atribuyendo la gloria del triunfo á Mí que soy el primer vencedor, y que á nadie cedo esta gloria, te protegeré, hijo mio, entónces con mi escudo, y pelearé por tí como guerrero fuerte é invencible: y sucumbirán á tu lado mil, y caerán diez mil á tu presencia, y ningun enemigo prevalecerá contra tí.

6. *Voz del Discípulo.*—¡Oh amantísimo Jesus! ¡Qué dulces y cuán agradables son los tesoros que derrama y me dispensa tu Corazon! Gracias te den eternamente conmigo los cielos y la tierra, y cuanto en los unos y en la otra existe.

Yo, sin embargo, te suplico me enseñes todavía una cosa más, y con ella me basta. Sucédeme que, terminada la lucha, me angustia el grave temor de si el enemigo habrá hecho presa de mi alma.

Tú, Señor, que tienes palabras de vida eterna, pronuncia una sola que tranquilice mi alma. Este será para mí un nuevo bene-

ficio de tu Corazon, que me unirá á Tí con un vínculo más estrecho y con una deuda nueva y más dulce á la vez, de amor y de agradecimiento.

*Voz de Jesus.*—Si la tentacion, hijo mio, mientras la sufrias, te era desagradable, señal es de que no has consentido en ella. Y aquí te es indispensable distinguir la parte inferior de la parte superior de tu corazon, á la cual pertenece pecar ó no pecar.

No siempre la parte inferior está conforme con la superior, y con demasiada frecuencia, y aún repugnando la misma parte superior, se deleita en cierto modo en la tentacion consigo misma: y tambien alguna vez sucede que la superior, no queriéndolo, sienta delectacion. Pero no perjudica el sentir cuando falta el consentimiento.

Y si dudas de si solamente has sentido la tentacion, ó de si tambien has consentido, advierte la diferencia que hay entre el sentir y el consentir. Puedes ciertamente sentir la tentacion, en tanto que, advirtiéndola, no la amas con tu libre voluntad; pero no puedes consentir en la tentacion sin que, advirtiéndola que ella es mala ó es pecado, la admitas con libre voluntad.

Y si dudas de si te has complacido ó nó en la tentacion, sigue esta regla de los Santos: «La persona de temerosa y delicada conciencia, en tanto que no esté cierta de haber consentido, debe tener como moralmente cierto que no ha consentido.»

Pues ciertamente, hijo mio, que aquél que vive íntimamente unido conmigo y teme con sinceridad de corazon verse separado de



Mí, si alguna vez se siente solicitado á pecar, para consentir en el pecado sabiéndolo y queriéndolo, necesita oponer una fuerza extraordinaria, ya para resistir el aguijon saludable de la conciencia á quien está acostumbrado á escuchar y obedecer, ya para separar la voluntad del objeto constantemente amado, y trasladarla al objeto constantemente aborrecido. Lo que ciertamente ninguno puede hacer sin que advierta claramente la malicia, y, si la abraza, sin que la abraze con advertencia y consentimiento.

Por el contrario, el que está acostumbrado á pecar por conciencia mala ó relajada, cuando dude si consintió en la tentacion, debe presumir que ha consentido. Porque teniendo como compañera inseparable del pecado la costumbre contraida desde el principio y por el uso, cuando se ve tentado al mal debe, para resistir, hacerse una gran violencia, no solamente para obedecer en el acto á los avisos de la conciencia, cosa en que regularmente ántes ni había pensado, ya tambien para resistir á la tentacion con decidida voluntad. Pero esto no lo puede hacer sin que claramente perciba sus piadosos esfuerzos y no acostumbrada victoria.

7. De aquí comprenderás, hijo mio, qué dichosos son aquellos que fielmente me sirven, pudiendo consolarse tan suavemente en las tentaciones de que tan llena está la humana vida, y qué atormentados de angustias y de suplicios interiores se ven los descuidados, para mayor confusion y castigo suyo.

Y este es uno de los innumerables bienes

con que enriquezco á los discípulos de mi Corazon. Alégrate, hijo mio, alégrate de tanto bien, y aprovéchale y disfrútale para gloria de mi Corazon y santificacion de tu alma.

Ten, no obstante, mucho cuidado, despues de pasada la tentacion, de no examinarla de tal manera que te expongas á nuevo peligro, escudriñando la tentacion, ó en particular cada una de sus circunstancias.

Y cuanto permitan las circunstancias, humíllate pacíficamente, pidiendo perdon por si acaso admitiste algo de soberbia, algo de temor desordenado, algo de desconfianza ó algo de curiosidad. Y renovándome despues el voto de tu amor, marcha adelante con intrepidez y con alegría.

8. Recuerda por último, hijo mio, que el camino de la tentacion está sembrado de muchos errores; de tal manera, que, solo, ninguno puede marchar por él con seguridad. Seas, pues, lo que seas, ya religioso ó seglar, sabio ó ignorante, tienes necesidad de un director experimentado, á quien, miéntras tú con obediencia sigas, no permitiré que por obediencia te lleve á tu ruina. Yo mismo tendré cuidado de ti.

Ea, hijo mio, buen ánimo; ten valor. Ruge el huracan, la tempestad se recrudece: ¿qué temes? Aquí me tienes delante de ti.

Te he enseñado esto, hijo mio, para que en las tentaciones tengas alivio y consuelo, pero no para que no tengas tentaciones ó dejes de sentir sus molestias. Súfrelas bien, y á su tiempo recogerás fruto centuplicado.

No desfallezca tampoco tu alma; ántes bien vive resignado con la voluntad divina.

Trabaja, hijo mio; persevera animosamente, sabiendo que el que sufre la tentacion es bienaventurado, y que despues que haya resistido á la prueba, recibirá la corona de la vida.

9. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh Jesus mio, y qué bueno eres! Tú, alegría de los ángeles y de los Santos, estás desamparado en la Cruz y privado de todo consuelo, en tanto que á mí, aunque tan indigno, no me desamparas ni permites que sufra sin consuelo, y Tú mismo me recreas y me ayudas con admirable suavidad.

Confíome con entera voluntad á tu Providencia; me resigno enteramente con tu voluntad; seguiré en todo los consejos de tu Corazon; purifícame y santifícame del modo y por el camino que más te agrade. Presérvame únicamente de todo pecado.

Colócate eficazmente á mi lado en toda tentacion, en todo peligro de tentacion; protégeme, ayúdame y consérvame unido á Ti, y de tal manera, que jamás me separe de Ti.

(*Imitación de Cristo*, lib. III, cap. xxxv.)

## CAPÍTULO XXIII.

Jesus desamparado, padeciendo sed y no siendo aliviado en ella, nos manifiesta cómo debemos portarnos en la desolacion.

*Voz de Jesus.* — ¡Oh vosotros todos los que pasais por este camino! deteneos, y contemplad si hay dolor que iguale á mi dolor.

Todos mis perseguidores me atribulaban,



áun devorado por tantas angustias; y entre los que me eran más amados, ninguno hallé que me consolara.

Considera, hijo mio, mi cabeza agujereada por las espinas, bañado mi rostro de sangre y de lágrimas, todos mis miembros descoyuntados, y hecho una sola llaga desde la planta de los piés hasta el vértice de la cabeza, y contempla mi Corazon oprimido por dolores inexplicables, abrumado por la crueldad de los hombres, y desamparado de su Padre amantísimo y muy amado.

Y hé aquí que en medio de tantos sufrimientos me abrasaba como nuevo martirio una sed vehementísima, que me hizo exclamar: «¡Tengo sed!»

Multiplicada sed es esta, hijo mio: sed abrasadora hasta la muerte, de verme refrigerado en la sequedad que me cercaba; sed más abrasadora todavía de alcanzar la salvacion, el amor y el agradecimiento de los hombres: sed ardentísima, finalmente, de cumplir aquello que fuera del agrado de mi Padre celestial.

Los enemigos que me oyeron, no solamente no me aliviaron, sino que en medio de esta sed aplicaron vinagre á mis labios.

Era la voluntad de mi Padre dejarme morir sin auxilio en desconsuelo tan extremo, para reparacion de la gloria divina y salvacion eterna de los hombres.

Crecía siempre mi Pasion; pero crecía mucho más el amor de mi Corazon, con el cual, uniéndome al agrado divino: «Sí, Padre mio, dije; sí; sea, porque así es de tu soberano agrado.»

Y de este modo me resigné profundamente á vivir todavía más, ó á morir en desolacion tan extrema.

Medita esto, hijo mio : recuérdalo tú mismo, y muy particularmente cuando te halles en desolacion.

2. En tanto que en los ejercicios de piedad se halla interiormente deleitable sabor y gusto espiritual, cosa fácil y agradable es á la vez ocuparse de ellos; pero duro es y muy ingrato continuarlos con constancia y con fidelidad, cuando no dan otro resultado que el cansancio y el fastidio.

Y entónces, cuando el corazon humano se acostumbra á gozar en los consuelos interiores una sensible dulzura, determino, por esta misma razon, privar al hombre de ella cuando ya puede soportarla.

Secreto artificio de mi Corazon para que el alma aprenda, aún sin quererlo, que nó mis consuelos, sino á Mí, es á quien debe buscar y amar sobre todo lo sensible.

Si permaneces fiel para Mí en la desolacion, ofreces suficiente testimonio y pruebas hasta la evidencia que me sirves por puro amor, y no por el interes de tus propias conveniencias.

No hay, pues, motivo de turbarte en la desolacion; ántes bien, hijo mio, esfuérzate á trabajar con generosidad y á soportar con fortaleza.

3. Insiste con firmeza en lo principiado, y para triunfar de la repugnancia y del fastidio que sientes en las desolaciones, ora mucho más de lo acostumbrado; examina con mayor diligencia tus actos, tanto interiores

como exteriores; guarda con mayor vigilancia tu corazon, y mortificate, finalmente, tú mismo, con más frecuencia y con mayor perfeccion en las cosas pequeñas.

Con este constante y sólido fervor resistirás eficazmente al desaliento. En el entretanto, resignate más y más, y reputa como el mayor entre todos los consuelos saber abrazarte con sumision y amor con la voluntad divina.

No siempre quiero que seas sensiblemente consolado, aún cuando hayas hecho cuanto hayas podido para recibir el consuelo; y esto para que, ó no te perjudique, ó no te atribuyas como tuyo lo que á Mí me pertenece.

Lo que quiero, sí, es que te conserves en toda humildad, y que me ames purísimamente. Por eso permito que íntimamente te convenzas de que no está en tu mano encontrar el consuelo, y que es un don exclusivamente mio.

Reconócete siempre insuficiente para procurarte verdadera consolacion, así como tambien indigno de recibir aún la más pequeña: y confiesa que el mayor entre todos mis beneficios, y que excede á todo consuelo sensible, es el ser contado en el número de mis hijos, y alimentado con el amor de mi Corazon.

4. *Voz del Discípulo.* — Sí, Señor y Dios mio; gracia extraordinaria, incomparable favor es ser hijo tuyo y muy amado de tu Corazon; pero mi desolacion, no solamente me aflige y causa tedio, sino que tambien me priva muchas veces de la percepcion de este favor.



Cuando gozo de la persuasion moral de que soy, en virtud de la gracia santificante, hijo muy amado de tu Corazon, el carecer de todo consuelo, ya humano ó ya divino, áun cuando sea molesto y doloroso para la naturaleza, me parece, sin embargo, soportable, y no me roba la paz del corazon.

Pero otras veces, Señor y Jesus mio, de tal modo la desolacion me acomete y embarga todas las facultades de mi alma, que me parece estoy completamente separado de Tí, y ni puedo persuadirme de que ocupo ya lugar alguno en tu Corazon.

¡Oh Salvador mio! Tú que todo lo sabes y que no necesitas que nadie te enseñe, Tú sabes muy bien la vehemente intensidad de mis dolores, más afflictivos que la misma muerte. Consuelo es cualquiera otra afliccion, comparada con esta desolacion, á que ni siquiera me atrevo á mirar, y de la cual, sin embargo, no puedo apartar los ojos.

¡Oh mi Jesus! Yo te pido y te suplico, por el exceso de tu desolacion en la Cruz, que no te desdienes de sostenerme, ó al ménos de enseñarme. Confieso que ni una ni otra cosa merezco, y que debería serme suficiente tu ejemplo; pero tan desventurado soy, que si Tú mismo no me le aplicas, viendo no veré, y oyendo no comprenderé.

5. *Voz de Jesus.* — Una cosa es, hijo mio, hacer el bien, y otra es conocer que haces el bien. Lo primero constituye tu mérito; lo segundo te proporciona la alegría. Una cosa es tambien estar en mi gracia, y otra cosa saber tú que estás en mi gracia. Lo primero constituye tu verdadera felicidad; lo segundo

nada añade á esa misma felicidad, sino el deleite sensible.

Por esta misma razon privo piadosamente alguna vez al alma de aquella certeza consoladora y agradable, en la cual no hay mérito alguno, para que con más fortaleza se ejercite en la santidad y la perfeccione en mi amor. La suma pureza del amor es trabajar con amor por el amor, sin que experimentes el amor por quien y por que trabajas.

Deja, pues, hijo mio, de fatigarte para convencerte de que te hallas en gracia mia. En vano trabajarás por conseguir una cosa de que, por tu bien, quiero que al presente carezcas.

Yo busco y deseo más y muy principalmente tu verdadero bien que tu recreo sensible, y conozco que la privacion de él es realmente útil para tí; para que, no encontrando en las cosas sensibles apoyo alguno en que te afirmes y descanses, descanses fuera de lo sensible, únicamente en Mí, que soy el bien inmutable.

Por esto, hijo mio, desentiéndete cuanto puedas de las desolaciones que sufres, y vuélvete á Mí: arrójate en mi Corazon, protestando siempre hacer únicamente por mi amor y en todas las cosas lo que sea del agrado de mi divino Corazon.

Haz luégo suavemente lo que tengas que hacer, ni omitas por causa de la desolacion ninguna de las buenas obras que tienes costumbre de practicar.

En tanto te veas afligido por la desolacion, no te ocupes demasiado de ella con molestas reflexiones, bajo ningun pretexto: per-

manece tranquilo; ora, entregándote siempre á Mí y resignándote siempre conmigo.

Recuerda, por último, esto : recuerda que en la presente desolacion no solamente no has de buscar el apoyo en ninguna extraña criatura, sino ni áun en tí, y únicamente en Mí. Y de este modo, cuanto más te abandones tú mismo, cuanto más te apartes de tí mismo, cuanto más te acerques á mi Corazon y te pierdas y te olvides en él, tanto mejor te encontrarás.

6. *Voz del Discípulo.*—Bendito, alabado y glorificado sea, Señor, tu Corazon, porque su bondad te ha movido á enseñarme el camino de la vida en medio de las tinieblas de la muerte.

Y, sin embargo, áun cuando tan indigno soy que ni áun merezco postrarme á tus plantas en el polvo, permíteme que manifieste una desolacion mayor todavía, un tormento indecible con que alguna vez parece que me mortifican todos los sufrimientos del infierno.

Figúrome algunas veces, y como que me persuado de ello con un convencimiento maravilloso, que me hallo, no solamente privado de tu gracia, sino que Tú tambien me has desechado, y que por ello tengo como única morada el infierno, del que en vano procuro salir.

No me atrevería, Señor y mi Dios, á descubrirte tanta miseria, si la misma extrema miseria mia no me impulsára á manifestarte ese abismo cuya profundidad desconozco.

7. *Voz de Jesus.*—Bástame esto, hijo,



mio : comprendo demasiado lo que tú experimentas.

Procura ante todo , evita sobre todo , no turbarte , por muy grande que sea tu desolacion.

Eso mismo que tú padeces , padecieron tambien aquellos Santos que se asemejaron perfectísimamente á Mí; de este modo murieron interiormente para sí, y vivieron exclusivamente para Mí, transformados en una nueva criatura.

Cree, hijo mio, y espera, y ama con pureza: ahora es el tiempo de practicar puras virtudes, y de hacer actos heroicos.

No desmaye tu alma : esto que parece una muerte, es una secreta vida: en esto que parece la perdicion, se halla, sin embargo, la renovacion.

Aprende, hijo mio, en lo mismo que ahora padeces, á conocer cuán señalado beneficio de mi Corazon es preservarte de la experiencia verdadera de tu eterna reprobacion, cuando ves que su sola consideracion excede á todos los dolores de la vida.

Deduces de aquí, como legítima consecuencia, cuán obligado estás á amarme sin medida en agradecimiento del mal sin medida de que te he preservado.

8. Pero advierte tambien, hijo mio, que el demonio es el que te sugiere que dudes de la verdad con que Yo he asegurado que deseo la salvacion de todos los mortales : que el demonio es el que te instiga para que desconfies de mi misericordia, en la que los que confían no quedan confundidos, y de la cual todos alcanzan lo que piden : que el demonio es, y

no otro, el que te mueve á que no pienses bien de Mí, sin embargo de que con un amor infinito ordeno todas las cosas á tu bienaventuranza.

Lo que es malo en sí procede del espíritu diabólico, y no de Mí, que á nadie tientó con el mal.

Cualquiera cosa, pues, que el diablo mezcle, déjasela á él, no disputes con él, ni con él comuniques asunto alguno.

Persevera y vive sencilla y pacíficamente resignado con la divina voluntad: y áun cuando por la intensidad de la desolacion te parezca que no te conformas con el divino beneplácito, no te turbes ni te inquietes, sino ven á mi Corazon, entra en él sin ansiedad, y repite: «Dios y Salvador mio, hágase lo que tú dispongas en el tiempo y en la eternidad.»

Es, hijo mio, imposible que se pierda el que así se conforma con la voluntad divina.

Antes pasarán los cielos y la tierra que perezca el hombre de buena voluntad que se entrega al divino beneplácito sin reserva ninguna.

Por lo demás, buen ánimo, hijo de mi alma; padece generosamente este martirio, con el que tanto se honran los discípulos amadísimos de mi Corazon, y con el cual se alcanzan palma y corona sempiternas.

9. *Voz del Discípulo.*—¡Oh Jesus, único y último refugio mio! ¿Qué diré á esto? Consolado y desolado á la vez, no acierto á expresar lo que experimento; pero á fe que Tú ves mi corazon.

Por tu suprema desolacion, Jesus de mi

vida, salva mi alma, por la que tantos y tan innumerables tormentos has padecido.

Confiome á Tí todo cuanto me es posible: me pongo bajo la tutela de tu Corazon: hágase tu voluntad aquí, y por los siglos de los siglos.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. L y LI.*)—

## CAPÍTULO XXIV.

Jesus, consumándolo todo en la Cruz, nos enseña á consumarlo todo tambien en la Cruz.

1. *Voz de Jesus.*—Había, por fin, hijo mio, concluido la obra que mi Padre celestial me tenía encomendada.

Descendí de lo más alto de los cielos para recorrer todo mi camino, y he terminado la jornada.

Acábase ya mi vida, compuesta toda ella de trabajos, de padecimientos y de interminables sacrificios: ahora sí, concluyen todos los sufrimientos que ellos ocasionaron; pero los méritos y el fruto me están reservados en la eternidad.

Se ha consumado la ruina, por siempre irreparable, del reinado de Satanás; y él mismo, príncipe de este mundo, ha sido despojado y arrojado de sus dominios.

Permanece el reino mio, conquistado para Mí á costa de mi propia sangre; reino que hago feliz con el amor de mi Corazon, que he afirmado con todos los medios necesarios para su estabilidad y seguridad perennes, y para que nunca tenga fin.



Tocan á su término todas las figuras que de Mí existieron desde el principio, y todo cuanto de Mí se había escrito; ha llegado ya el tiempo de que se concluya la prevaricación, de que quede destruido el pecado, borrada la iniquidad, y de que reine la justicia sempiterna.

Nada me queda ya que hacer, nada me queda que padecer; todo está consumado. Ahora muero, satisfecho mi Corazon.

Detente aquí, hijo mio, y medita en donde lo he consumado todo. Aquí me tienes perseverante en la Cruz. Mira, y obra tú según el modelo que se te manifiesta en el Monte.

2. Si has aprendido ya, si te has revestido ya de los sentimientos de mi Corazon, no apetecerás vivir ni morir sino enclavado en la Cruz.

No tienen los hombres otro camino que el que Yo mismo anduve, para salvarse, para santificarse y para subir al cielo.

¡Oh! Si comprendieras cuántos bienes puedes granjear para tí en la vida presente, lo mismo que en la vida futura, permaneciendo amorosamente en la Cruz, ciertamente que á semejanza mia, nunca desearías bajar de ella.

Mucho más seguro, mucho mejor es, bajo todos conceptos, perseverar por mi amor en la Cruz, que libertarte de la Cruz por tu propia voluntad.

Si conocieras el valor y el premio de las tribulaciones, juzgarías, hijo mio, esta vida como demasiado breve para padecer, y la eternidad demasiado lejana para disfrutar la recompensa.

3. Si deseas perseverar fácilmente en las aflicciones, no pienses en los años, ni en los meses, ni aún en los días que ellas pueden durar; piensa solamente en el día presente, como si fuera el último, y como si, trascurrido él, nada te quedara ya que hacer ni que padecer.

¡Bienaventurados los que en las tribulaciones procuran asemejarse á Mí, mejor que verse libres de las mismas tribulaciones! Estos son los que por un purísimo amor consuman su union conmigo.

Mira el ejemplo de los Santos que, posterogando cuanto les era exclusivamente propio, me buscaban con tal pureza, de tal manera se abrasaban en los deseos de conformarse conmigo, que ambicionaban, unos padecer ó morir, otros, no morir, sino padecer.

Ni creían era bastante sufrir lo que la Divina Providencia les enviaba, sino que, impulsados de mi Espíritu, tomaban también trabajos y mortificaciones voluntarias, apresurándose por un fervor constante á consumarse en mi amor.

4. Examínalo con detencion, hijo mio, y experimentalo tú mismo, para que vengas á parar al conocimiento de una gran verdad; á saber: que la vida espiritual, la vida interior, está reducida á sacrificar constantemente, por mi amor y para vivir de mi Espíritu, toda inclinacion ó toda aversion de la naturaleza.

Y esto has de hacer todo el tiempo que durare tu vida. Mientras vivas, serás hombre, y por lo tanto expuesto é inclinado al mal; ni podrás apartarte de lo malo y lo im-

perfecto, y practicar el bien y lo perfecto de otro modo que insistiendo y trabajando con el auxilio de la divina gracia.

Sí; el contrariar generosamente á la naturaleza, y seguir la gracia por mi amor, es lo que constituye el espíritu de los Santos.

5. Si piensas rectamente, hijo mio, no suspirarás por otra recompensa de lo que padeces en este mundo, que la de mayor amor para Mí y mayor gracia para padecer por Mí con mayor perfeccion.

Tus tribulaciones jamás igualarán á las mías: Yo, sin embargo, perseveraré en ellas hasta el último momento de mi vida, para que tú aprendieras á perseverar en las tuyas todo el tiempo que sea del beneplácito divino.

Avergüénzate, hijo mio, de haber sido alguna vez tan malvado, que pensaras dejarme desamparado en la Cruz.

Si me amas por Mí, jamás te separarás de Mí; pero si me amas por tí, no te extrañe si, apremiando y prolongándose la tribulacion, te atreves á preferir lo que sea más de tu agrado.

El mercenario no cuida tanto de su señor como de sí mismo; y por negocio de levisima ganancia deja aquél á quien tiene que servir con demasiado trabajo y escasa recompensa.

Pero tú no has recibido el espíritu villano de un mercenario, sino un espíritu más noble, el espíritu de hijo, para que donde Yo estoy, allí estés tú.

Ve, hijo mio, no degeneres de ese espíritu: persevera conmigo, dispuesto ántes á morir que á abandonar el puesto.



6. ¿De qué te aprovechará haber padecido mucho por Mí, si no lo consumas por la perseverancia?

Si hasta aquí, hijo mio, me has seguido en las tribulaciones, regocíjate, y recuerda al mismo tiempo que se salvará, nó el que haya principiado, sino el que hubiere perseverado. Verdad es que el premio se ofrece á los que principian; pero sólo se da á los que perseveran.

Para animarte á perseverar, pon con frecuencia delante de tus ojos aquella recompensa eterna que te está reservada entre los Santos, y que excede infinitamente en valor á todas las tribulaciones.

Ora mucho, hijo mio, para no desmayar ni perder la corona que te está preparada. Cuanto mejor sea tu oracion, mejor será tambien tu perseverancia.

Por último, hijo mio; ten siempre á la vista mi ejemplo y mi presencia: renueva y afirma diariamente en tu corazon el propósito de permanecer á mi lado. Así pasarás uno tras de otro dia, y llegarás despues á una consumacion final y bienaventurada.

7. *Voz del Discípulo.*—¡Oh dulcísimo Jesus! Concédeme perseverar hasta el fin contigo, por los méritos infinitos de tu sagrada Pasion y por los de todos los Santos que están fidelísimamente unidos contigo.

Deseo de veras, y me resuelvo á permanecer contigo en la Cruz y consumarlo todo contigo en la Cruz; pero conozco y confieso que mi escaso valor es insuficiente para ello.

Fortaléceme, pues, y animame con tu gracia, con esa gracia que los Santos experi-

mentaron ser bastante para ello, para que me consume yo en la Cruz, holocausto para Tí en olor de suavidad, y para mí en salvacion eterna de mi alma.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. xxxvii.*)

## CAPÍTULO XXV.

Jesus, encomendando su espiritu en manos del Eterno Padre, nos enseña cómo hemos de entregarnos á El absolutamente.

1. *Voz de Jesus.* — Todavía, hijitos míos, he de estar algun tiempo con vosotros, hasta que, consumado cuanto había de hacer, se consume tambien el mismo amor de mi Corazon.

Nada, hijo mio, me queda ya sino el espíritu: mi Corazon ha sacrificado ya todo lo demás, no sólo afectiva, sino efectivamente.

Y aún cuando mi alma ha estado siempre en las manos de mi Padre, y voluntariamente le estuvo consagrada desde el principio, ahora, sin embargo, para perfeccionar hasta el exceso el amor de mi Corazon, la sacrifico y la pongo otra vez más en sus manos. Nadie me la quita, sino que Yo de mi propia voluntad se la ofrezco.

Y en esta perfeccion del exceso de su amor, mi Corazon, ántes de espirar, pronuncia para tí las últimas palabras.

Y para que comprendas de cuánta importancia son, dije, no ya llorando, sino clamando con una fuerte voz: «Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu.»

Aquí tienes un extremo de la humildad y un exceso del amor, más allá del cual no se puede ir, y en el cual concluyó mi vida.

En la suprema terminacion de mis extraordinarios dolores de todo género, me entregué absolutamente todo y en las manos de mi Padre.

Y si ahora no digo á mi Padre «hágase tu voluntad, y nó la mia,» es porque mi voluntad ya no es mia, sino de mi Padre, en cuyas manos la he depositado.

2. Recoge, hijo mio, estas últimas palabras de tu Salvador agonizante por tu amor, y guárdalas y medítalas piadosamente en el fondo de tu Corazon.

Ellas contienen el compendio y la perfeccion de todo cuanto hasta aquí te he enseñado de vida interior, de virtudes y de santidad.

En ellas tienes depositados los secretos de mi Corazon, preciosísimos y utilísimos para tí. Examínalas, aprovéchalas, y procura muy particularmente convertirlas en hechos.

De este modo, hijo mio, y de la misma manera que yo entregué mi espíritu en manos de mi Eterno Padre, has de entregar tú el tuyo en mis manos.

Si lo haces, concluirás de una vez y para siempre de vivir segun tu espíritu y principiarás á vivir del mio de tal modo, que tu corazon, tu alma, todo tú, no respires otra cosa sino mi Espíritu.

Tu voluntad entónces, ya no tuya sino confiada á mi divina voluntad, será en cierta manera una sola con la mia.

3. Aquí tienes ya, hijo mio, el último



grado de santidad de una vida perfecta por las virtudes, con el cual el alma, mirando con santa indiferencia todas las cosas, nada quiere por su parte, sino que me deja á Mí querer, disponer y hacer en cuanto á tí y en cuanto á todo, lo que me es agradable, asintiendo en todo á mi voluntad y ordenacion, y siempre conforme y unida conmigo.

¡Dichosa el alma que llega á este extremo! Ella descansa en Mí entre todas y sobre todas las cosas: sobre todo sentimiento, sobre toda virtud, sobre toda salud y sobre todo bien.

En esta alma ordeno la pureza de la caridad, y la arretrato en el amor de mi Corazon, de tal manera, que ella sea siempre mia sobre todas las cosas visibles é invisibles, y Yo siempre suyo.

Cuando así te hayas entregado completamente todo al divino beneplácito, entónces te verás absolutamente libre de todo vano temor y desordenada tristeza, de toda aspiracion y deseo exclusivamente natural, y, finalmente, de toda inquietud y supérfluo cuidado.

Entónces, como olvidado de tí y de tu destino, gozarás con que Yo goce, y haciendo mi voluntad. Tu corazon estará contento con tal que esté contento mi Corazon, y ni te cuidarás de si esto ó aquello es agradable ó desagradable á la naturaleza.

4. Todos los Santos sobresalieron en esto, que es lo más sublime de las virtudes; y tanta importancia dieron á la divina voluntad, y de tal manera la amaban, que, olvidándose de sí mismos, la antepusieron á todas las cosas.

Si quieres ser Santo, hijo mio, y si deseas reinar con los Santos, imita á los Santos.

Esta vida en el beneplácito divino es la imágen de la vida celestial. Pues los moradores del cielo, contentos con el beneplácito de Dios, se encuentran cada uno bienaventurado en particular, y todos bienaventurados en general.

Quita esta conformidad con la voluntad divina, y la vida interior es una ilusion: es más: que ni áun encontrarás otro camino que lleve á la santidad.

5. Y cuando sea ya igual para tí querer ó no querer conmigo una misma cosa en todas las cosas, tanto grandes como pequeñas, en las espirituales como en las temporales, en las adversas lo mismo que en las prósperas, en la vida y en la muerte, entónces alégrate, regocíjate, hijo mio, porque eres ya discípulo mio á la medida de mi Corazon.

No sólo te ofrecerás entónces; no sólo te resignarás en mis manos con cuanto eres y cuanto tienes para que disponga de ello, sino que dejarás y querrás en lo sucesivo que disponga de ti y de todo ello, segun sea de mi soberano agrado.

Entrégate, hijo mio, confíate á Mí todo y con todo, y permanece fiel hasta la muerte en esta entrega, en este perfecto abandono de tí mismo á la voluntad y al beneplácito de mi Corazon.

Convéncete de que si mueres conmigo de esta manera, vencerás tambien conmigo, y reinarás en compañía de los Santos en la vida eterna.

6. *Voz del Discípulo.*— ¡Oh excelentísi-

ma santidad la de tu Corazon, Señor y Jesus mio! Indudablemente que cuando con tanta vehemencia me llamas y con tanta suavidad me invitas, necesario me es trabajar con buen ánimo y atreverme generosamente para llegar á ella.

Así, pues, sostenido por el poder de tu gracia y animado con tu ejemplo, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU: te entrego mi espíritu para que viva solamente de tu Espíritu; te entrego mi voluntad, para que no haga, ni me mueva, ni padezca, ni muera, sino segun fuere tu voluntad.

Ya soy todo tuyo: recíbeme y dispon de mí siempre y en todas partes, segun el beneplácito divino de tu Corazon.

Hágame yo, por la perfecta semejanza y union contigo, discípulo perfectísimo de ese mismo Corazon.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, cap. xv.)*

## CAPÍTULO XXVI.

El Corazon rasgado de Jesus, muerto por nuestro amor, es el refugio y el consuelo de todos.

1. *Voz del Discípulo* — ¡Jesus espirando en la Cruz! ¡Oh y qué espectáculo! Ve ahí ¡oh Dios! á tu hijo. ¡Oh María! ahí tienes á tu Jesus. ¡Oh ángeles...! contempladle y llorad.

¡Oh espectáculo como jamás se ha conocido, como nunca se conocerá! ¿Qué es esto? Al espirar el Criador, conmuévase y llora todo lo criado. Conmuévase el firmamento, y en



señal de luto envuelve en tinieblas el universo.

Llora la tierra, y se estremece hasta lo más profundo de sus cimientos; chocan las piedras, y las rocas se hacen pedazos.

Llora la Religion, y como que en señal de desconsuelo rasga sus vestiduras cuando el velo del templo se divide de alto á bajo.

La muerte misma se conmueve, y como arrepentida de lo que acaba de hacer, deja que resuciten los muertos. Abrense los sepulcros, y se levantan los cadáveres encerrados en ellos.

Toda la naturaleza tiembla, y el universo todo llora á Jesucristo, espirando pendiente en la Cruz, entre los cielos y la tierra.

¡Oh espectáculo! ¡Jesus, hijo de Dios, muerto en medio y á la vehemencia de los tormentos por nuestro amor! ¡Oh monumento eterno del infinito amor del Corazon de Jesus!

2. Pero todavía más: uno de los soldados abre su costado con una lanza, é inmediatamente sale sangre y agua.

Ábrese el Corazon de Jesus para que en él se forme su única, su perfecta, su vírgen Esposa la Iglesia Santa.

Brotan la sangre y el agua: la sangre que redime, y el agua que limpia las almas. Mana el agua para que los hombres se regeneren en la Iglesia por las aguas del bautismo: brota la sangre para que los hombres se perfeccionen en la Iglesia por el Santísimo Sacramento, que es el fruto del Corazon de Jesus.

Desea Jesus además que quede abierto su

Corazon, para manifestarnos que, aún mucho más allá de la muerte, nunca deja de amarnos, y para convencernos de que su Corazon, aún despues del fin de su vida, se abrasa por nuestro amor.

Deseó, finalmente, Jesus dejarnos abierto su Corazon para que en El tengamos refugio, solaz, todo cuanto nos es útil, todo lo que nos es necesario.

Ni quiso solamente que su Corazon fuera rasgado, sino que permaneciera tambien abierto para facilitarnos la entrada, para que sea siempre una puerta franca por la cual todo el que entre se salve: y entre, y vuelva á salir y goce siempre la pascua de la vida eterna.

3. La llaga de su costado pone de manifesto los secretos de su Corazon: pone de manifesto aquel magnífico misterio de amor: pone de manifesto los misericordiosos sentimientos con que nuestro Dios nos visitó, descendiendo desde lo alto.

Quiere Jesus conservar eternamente visible la llaga de su Corazon, donde tiene principio la herida invisible de su amor, para que sea no solamente asilo de los mortales, sino paraíso de los bienaventurados.

Y de aquí resulta que en la tierra beben los hombres alegremente en esta fuente del Salvador las aguas vivas de todas las gracias y de todos los dones; y en los cielos, los ángeles y Santos atraen regocijados hácia sí los perpétuos torrentes de admiracion, de alabanzas, de accion de gracias y de eterno amor.

4. ¡Oh alma mia ! Levanta tus ojos hácia

Jesus, mira á tu amado: contempla su Corazon rasgado y abierto por el amor.

El costado abierto manifiesta tambien los afectos del Corazon; aquella herida da testimonio de cuánto te ama ese Corazon.

Su hermosura toda está justificando que Jesus, tu amado sobre todo lo amado, es verdaderamente manso y humilde de Corazon.

Abierto está el Corazon de tu Jesus: abierto está para que te acerques, para que entres, para que le ofrezcas y entregues tu corazon.

5. Ved aquí un abismo insondable de bondad. ¿Quién será capaz de medirle? ¿Quién capaz de comprender su latitud y su profundidad? Jamás encontraron sus limites ni los ángeles ni los hombres.

¿Quien será entre todos los desgraciados el que tema acercarse á aquel Corazon que murió por amor de los desgraciados, y que tiene su costado abierto para dichosa entrada de los mismos desgraciados?

Mira al Corazon de Jesus muerto por tí; y su ostensible amor todo suave, más fuerte que la muerte, de más duracion que la vida, rechazará el temor, alejará la desconfianza, excitará la fe, robustecerá la Esperanza, inflammará la Caridad, y tú te sumergirás en un océano de bondad.

Si olvidas alguna vez el amor de Jesus; si dudas alguna vez de la verdad de su ternura, vuélvete á El y contempla: su Corazon rasgado te dirá cuánto te ama y de qué modo te ama, y reclamará de tí que le ames más, que vuelvas á amarle en fina correspondencia.



Si te sientes angustiado, si te ves atribulado, apresúrate, acude á este tesoro de todas las gracias, á este manantial de todo consuelo.

Si tus mismas infidelidades te aterran, ánimo y confianza encontrarás en esa cabeza inclinada, en esos brazos extendidos, en ese pecho encendido en amor, indelebles señales de la benignidad del Corazon de Jesus.

En los peligros, en las dudas, arrójate confiado en el Corazon de Jesus: deposita en El todas tus ansiedades, porque El es el solo que tiene cuidado de ti.

Y si algun bien prácticas, si algun mérito alcanzas, escóndelo con toda seguridad en el Corazon de Jesus, para que este sacratísimo Corazon lo santifique con su virtud, lo preserve del ladron de la vanagloria y de la polilla del amor propio, y allí lo conserve hasta el dia de la retribucion final.

6. ¡Oh llaga preciosísima y dulcísima del Corazon de mi Jesus, amable sobre todo distintivo de amor, y digna de ser visitada con preferencia á todo otro lugar! Si bebo, aunque sea poco, de tu amor, olvido inmediatamente todos mis infortunios, hallo amargo y repugnante lo mundano y lo terreno, dulcísimo y sabroso lo espiritual y celeste, y nada deseo conocer y amar más que á Jesus, y éste herido de amor.

¡Oh suavísimo Jesus! Acércame á Tí: acércame, por la llaga del costado, á tu divino Corazon, para que viva en Tí y no en mí; para que viva en tu Corazon, tabernáculo beatífico de todos los Santos.

Haz que, unido íntimamente contigo, y

teniendo contigo un modo mismo de sentir en todas las cosas, mi corazon quede perpétuamente cerrado á tus enemigos, muerto para el mundo y para mí, abierto siempre para Ti, respirando por tí y amándote á Ti únicamente y sobre todas las cosas.

¡ Oh Jesus, amado del alma mia! Consérvame eternamente en tu Corazon, más dulce que toda dulzura, y en el que hallo cuanto puedo desear para mi verdadera felicidad.

*(Imitacion de Cristo , lib. II, cap. I.)*

---

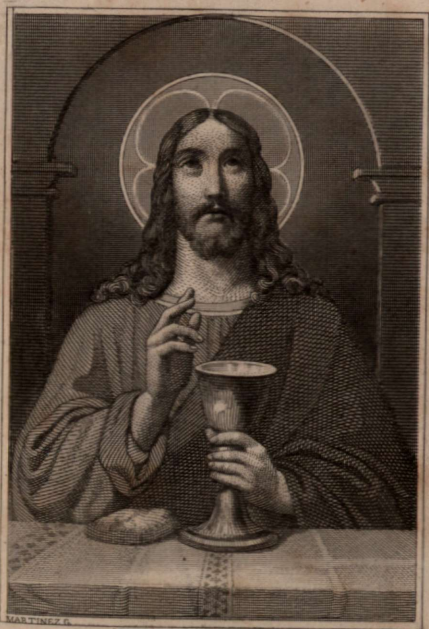






...ven come mi carne y bebe mi  
...re tiene vida eterna. (Juan 6.35)





Quien come mi carne y bebe mi  
sangre tiene vida eterna. (*Joan. 6. 55*)





## DIRECTORIO

### PARA EL LIBRO CUARTO.

---

1. El objeto del cuarto libro es unir al alma con su Dios y su Salvador. Esto lo hace el amor divino. Por consiguiente, todo este cuarto libro trata del divino amor, de sus causas, de sus efectos y de sus modos de ser y de hacer. Y si examinamos todo esto en su misma fuente; si lo consideramos en el mismo Corazon de Jesus, amante para que le amemos, abrasado para que nos derritamos, uniéndose á nosotros para que nosotros nos unamos á él, no puede ménos de arrebatarnos nuestros corazones, no puede ménos de derretirlos completamente, hasta hacernos en cierta manera una misma cosa con El.

2. Esta vida de divina union, parte perfectísima y felicísima de la vida interior, no ha de entenderse de tal modo que parezca que las almas que viven en ella no deban ocuparse en los demás ejercicios pertenecientes á la vida purificativa y á la vida iluminativa. Las prácticas de estas tres clases de vida son durante nuestra permanencia en el mundo, absolutamente inseparables. Mientras vivas, y sea cualquiera el grado de divina union á que hayas llegado, hallarás que siempre te falta algo que hacer para purifi-

car más el corazon y para mejor conservarle puro : hallarás nuevas virtudes que practicar, ya haciendo ó ya padeciendo.

Has de entender esta vida de modo que el alma, una vez purificada y adornada de sólidas y verdaderas virtudes, adquiridas con frecuentes y generosos actos de abnegacion, viva íntimamente con Jesus su Dios, gozando de una santa, mútua é inefable familiaridad; gustando de lo que El gusta, queriendo ó no queriendo lo mismo que El quiere ó no quiere, ocupándose entre tanto y con mucha frecuencia en aquellas prácticas, en aquellas obras con que se aumenta y consolida esta union, hasta que, más bien á impulsos del amor que por otro motivo cualquiera, ejecute aquello que dice relacion á la pureza interior y al ejercicio de todas las virtudes. De este modo aquellas almas que trabajando sin descanso para purificarse interiormente, ó aquellas otras que se dedican á la adquisicion de sólidas y verdaderas virtudes, se dice que viven una vida purificativa ó iluminativa, segun que diariamente se ocupan en lo uno ó en lo otro, áun cuando al mismo tiempo practiquen diferentes obras, correspondientes con mayor propiedad á las otras dos partes de la vida interior.

Y téngase esto presente con el mayor cuidado, á fin de no caer en ilusiones, que en esta parte serían sumamente peligrosas. Así que el que ni quiera verse engañado ni peligrar, no crea que mortal alguno tiene ya nada que trabajar, nada le queda ya que hacer. Especialmente nadie crea que en esta vida ninguno tiene nada que temer, que pue-



de exponerse al peligro libremente y en toda seguridad, con el siguiente pretexto ó con otro semejante; á saber: que no le mueve cosa ninguna criada, ó que sólo le mueve el buscar y querer á Dios. Ilusion con que se precipitaron en el abismo muchos de aquellos que, ilustres por la fama de su santidad y la gloria de su martirio, resplandecían como las estrellas en el firmamento. Preséntanse despues otras ilusiones que tienen su origen en esta misma presuncion: la de descuidar, por ejemplo, los deberes y señales de la voluntad de Dios, para descansar únicamente en la dulzura de los favores de Dios: la de buscar los dones del Señor, más que al Señor mismo, y la de desear cosas extraordinarias.

3. A esto, pues, debes dirigir todos tus esfuerzos mientras te ejercitas en esta parte de la vida mística; á amar más y siempre más á Jesus, tu Dios y tu Salvador, y unirte más estrechamente á El por medio de un amor purísimo. Y concebirás este amor, ya considerando los innumerables beneficios y las obras inefables del amor del Corazon de Jesus, sus maravillosas y dulcísimas promesas, y, finalmente, todos aquellos bienes que te tiene preparados en el tiempo y en la eternidad; ya contemplando sus amabilísimas é infinitas perfecciones, por solo las cuales es digno de todo el amor posible; ya, por último, en la visita corporal ó espiritual al Santísimo Sacramento, y comunicando devota y fervorosamente con El en la sagrada comunión.

4. El método para usar este libro puede

ser cualquiera de los cuatro explicados ántes de los libros primero y segundo. De éstos siga cada uno aquel que crea más útil para sí, ya segun el estado de su alma, ya aplicando las materias que aquí se enseñan, de tal manera, que realice el objeto de este libro.

Ha de tenerse presente con exquisita diligencia, tanto en las demás, pero muy principalmente en esta parte de la vida interior, que no conviene sujetarse á un modo ó método determinado rigurosamente y de tal manera, que sea un obstáculo para dejarte guiar, ya por una gracia superior, ya por el Espíritu divino, que suele con frecuencia prescindir de todo modo ó método, pasar por alto todo raciocinio, arrebatarse el corazón, elevarle á una luz admirable, y realizar inefables maravillas, particularmente en aquellas almas que, purificadas é iluminadas, trabajan sin descanso para unirse á Dios completamente.

Los afectos á que te has de consagrar, y los actos que en esta parte conviene practicar, son principalmente los que siguen.

Afectos de *Gratitud* ó de acciones de gracias por los beneficios y dones que te han sido concedidos y se han concedido á los demás; tambien por la gloria, por la bienaventuranza y la perfeccion de Dios nuestro Señor, como la Iglesia nos lo enseña con el ejemplo, cuando dice: «Gracias te damos, Señor, por la grandeza de tu gloria.»

Afectos de *Gozo* por su misericordia, liberalidad y amor para contigo y para con todas las criaturas, por sus perfecciones en

si mismas; por su honor, por su felicidad y su gozo.

Afectos de *Confianza* en la bondad de su Corazon, en su cuidado y en su Providencia.

Afectos de *Admiracion* por la magnitud y la multitud de los beneficios de que te ha colmado á ti y á todos, de las obras del divino amor y de sus infinitas perfecciones.

Afectos y actos de *Alabanza* para ensalzar sus maravillas, ya sólo, ya unido con la Iglesia: ora invitando á las criaturas todas, ora asociándote tú á los ángeles y á los Santos.

Afectos de *Celo* por su honra y por su gloria, y de la perfeccion y salvacion de las almas, y esto por El mismo.

Afectos de *Humildad* para reconocer y confesar que eres indigno, y que Dios es demasiado generoso cuando, sin tú merecerlo, derrama sobre tí los infinitos tesoros de su Corazon.

Afectos de *Amor filial* con el que procures santamente no ofender á Dios, y tiernamente te arrepientas de las ofensas con que, ya tú, ya los demás, hayamos afligido su Corazon.

Afectos y actos de *puro Amor* con el cual tú mismo te ofrezcas, te entregues y sacrifiques con todo cuanto te pertenece; con el cual te conformes todo y en todas las cosas con su divina voluntad, te hagas una misma cosas y vivas siempre unido á El.

Estos afectos y estos actos, en las otras partes de vida interior, pero muy particularmente en ésta, has de practicarlos de tal modo, que durante el tiempo que con utili-



dad puedas ocuparte en uno, no pases á otro, sino que prosigas ocupándote de él con suavidad y devocion, hasta que el tiempo destinado á la oracion haya concluido, ó el espíritu de la gracia te lleve á otro afecto: pero si en tanto que te dedicas á un acto ó afecto adviertes que no puedes detenerte más, pasa á otro, segun la necesidad de tu alma, segun tu devocion, ó segun las inspiraciones del espíritu de la gracia.

Déjate, por último, llevar libremente por el Espíritu de Dios á cualquiera obra buena, sea á meditar, sea á contemplar, ya á compartir con El tus afectos, ya á descansar en su presencia, ya para hablar con él, ya para escucharle, ya para pedirle, ya para darle. Ni te fatigue, en los momentos de tu oracion, el recuerdo de tus ocupaciones.

5. Las reglas que á esta parte propiamente se refieren para el conocimiento y direccion de los espíritus, siendo por demás sutiles, deben aprenderse con exquisito cuidado y comprenderse con la mayor posible perfeccion, para poderlas aplicar con fruto. Los Santos nos han enseñado las siguientes:

*Primera.* Es la doble union divina, con la consumacion de la union: la primera se llama *union activa*; la segunda, *union pasiva*.

La union activa consiste en la perfecta conformidad de nuestra voluntad con la voluntad divina. Esta es la que constituye la perfeccion toda del amor divino. Por esta union, los sentimientos del Corazon de Jesus llegan á ser nuestros mismos sentimientos; el Espíritu de Jesus es nuestro espíritu; la vida

de Jesus es nuestra vida. Y de aquí el que suavemente unidos con Jesus, gocemos de Él haciéndonos juntamente con Él bienaventurados.

La union pasiva consiste en que por la plenitud de la luz y del amor infuso, quedan como suspendidas las facultades del alma; la memoria no recuerda, el entendimiento no discurre, la voluntad no ama otra cosa sino á Dios nuestro Señor; y de tal manera está absorta en el objeto divino, que no percibe este estado de suspension. Esta union, llena de dones admirables y dulcísimos, suele ser muy breve cada vez, y acaso nunca dure una hora. Pero el alma, en los intervalos, debe ocuparse y darse por satisfecha con la union activa.

Puede cada uno llegar á la union activa por medio de la fidelidad á la gracia que le ha sido concedida : pero ningun esfuerzo humano, y sólo la divina Bondad, puede llevar al alma á la union pasiva.

La perfeccion de la divina union consiste en que el alma, unida á Dios, como que se transforma tambien en el objeto divino de su amor; y de tal modo, que ya, no ligadas ni suspensas sus facultades, goza de Dios habitual, agradable y suavemente, como embebida toda en el Señor de un modo dulcísimo y maravilloso, y absoluta y perfectamente dispuesta, ya á la accion, ó ya á la contemplacion.

*Segunda.* Es camino mucho más seguro desear y pedir la union activa en vez de la pasiva, ó de lo que en la pasiva suele concederse alguna vez, como visiones, revela-

ciones y otras comunicaciones semejantes. Puede suceder muy bien que las almas que viven en union activa tengan mucho mayor mérito que aquéllas á quienes les ha sido concedida la union pasiva; porque practican y sufren por Dios cosas más difíciles y más generosas, y se conforman, sólo porque es del agrado de Dios, con carecer de aquellos consuelos que, alcanzados en la presente vida, nó por ellas, sino por otras, saben han de recibirlos con más suavidad y más abundancia en la vida futura.

*Tercera.* El alma, para decidirse y excitarse á acometer grandes empresas y á sufrir grandes trabajos por Dios, reconozca y confiese que recibe del Señor señalados é infinitos favores, nó para creerse mejor que los demás, sino para servirle con más perfeccion y mayor desprendimiento. Y así rechace como sugestion del espíritu malo, y nó del espíritu bueno, todo pensamiento, todo impulso que la lleve á quejarse de su miseria, ó al abatimiento del corazon, ó á la pusilanimidad, y esto bajo cualquier pretexto que sea.

*Cuarta.* Por más pródiga que la bondad divina haya sido con el alma; por más íntimamente que ésta se halle unida con Dios; por más perfecta que se crea en el sumo bien, recuerde siempre que no es impecable, que todavía puede perecer si no permanece fiel á Dios. Por esto la es muy necesario que cuanto más y mayores gracias reciba, sea siempre tanto más humilde y ame á Dios más y con amor más puro. Y si confiando en la perseverante duracion de una vida buena, ó en la firmeza de los propósitos hechos, ó



en la solidez de su virtud, no precave ó se atreve á exponerse á los peligros, sepa que la mueve á ello, nó el espíritu bueno, sino el espíritu malo.

*Quinta.* Debe rechazarse con el mayor cuidado y energía, y como sugestion del espíritu maligno, todo aquello que aleja ó aparta de la fe católica, como son ciertos pensamientos y ciertas compañías. Pero aquellos que son conformes con la misma fe católica, y sirven para unir al alma con su Dios y Señor, deben recibirse con humilde agradecimiento, como fruto del espíritu bueno, y pueden tambien pedirse con humildad y resignacion, á fin de que el alma crezca en el amor á Dios y se una con Él más estrechamente.

*Sexta.* Cuando se advierta que el alma, por los dones y comunicaciones recibidas, ha muerto completamente para sí, se alienta y vive con el deseo de mayor perfeccion y adelanta y aprovecha más en el amor divino, es señal de que aquello procede tambien del espíritu bueno. Pero cuando se percibe que el alma, por estas comunicaciones, propende á agradar á la naturaleza corrompida, á abandonar el hambre y la sed de una perfeccion mayor, y á tener ó defender obstinadamente estas comunicaciones como ciertamente divinas, aún cuando el director de su conciencia no lo crea así ó lo dude, señal es de que aquéllas proceden del espíritu malo.

*Sétima.* Jamás desee el alma visiones ni revelaciones, ni funde tampoco en tenerlas su perfeccion y su santidad. Acuértese de que muchos se engañaron y se enredaron en

gravísimos peligros. Si experimenta deseos de ellas, recházcelos y reprímalos, como instigación que son indudablemente del espíritu malo.

*Octava.* Cuanto mayor es la codicia con que se desean estos favores extraordinarios, tanto mayor peligro tiene el alma de engañarse en ellos y de apartarse del camino de verdadera santidad que la enseña el manso y humilde Corazon de Jesus, y que los Santos siguieron.

(*San Ignacio, San Alfonso Ligorio, V. Margarita María Alacoque.*)

---

## LIBRO CUARTO.

AVISOS ÚTILES PARA UNIRSE CON EL SACRATÍ-  
SIMO CORAZON DE JESUS BIENAVENTURADO.

---

### CAPITULO PRIMERO.

El sacramento santísimo de la Eucaristia es invencion  
del amor del sacratísimo Corazon de Jesus.

1. *Voz de Jesus.*—Sucumbí, es verdad, á  
la muerte, hijo mio; pero aquí me tienes vi-  
viendo ya por los siglos de los siglos.

Salí del Padre, y vine al mundo: dejé  
despues el mundo para volver á mi Padre.

Sin embargo, el amor de mi Corazon no  
permitia, no podía soportar quedaran huér-  
fanos aquéllos á quienes amaba más que á  
mi vida.

El amor de mi Padre me invitaba, me lla-  
maba para que, subiendo á Él, fuera tambien  
glorificado con Él, con la misma claridad  
con que era ya glorificado en su presencia  
ántes que el mundo fuera hecho.

Y me invitaba y me aguijoneaba por otra  
parte el amor á los hombres para que, que-  
dándome en medio de ellos, los consolara en  
todas las tribulaciones de la vida.



Y hé aquí que mi Corazon encuentra un medio de dejar satisfecho á la vez el amor á mi Padre y el amor á los hombres.

Un misterio, hijo mio, por el cual, subiéndome al cielo, me siento á la diestra de Dios, y permanezco con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

Misterio que, á no haber salido de mi mismo Corazon, ningun mortal hubiera jamás imaginado: misterio altísimo que excede á toda la naturaleza creada; misterio incomprendible y que va más allá de todo poder infinito.

Milagro de milagros estupendos, realizables únicamente por la Omnipotencia Divina. Pero el amor triunfa, y el amor que en mi divino Corazon halla el consejo, allí mismo halla tambien el poder de realizar el consejo.

Todo es posible, nada hay difícil á mi Corazon, para quien querer es poder y es hacer.

2. Pero como los mortales no podrían resistir la vista de mi Majestad glorificada, y ni el mundo podría subsistir á los resplandores de tanta claridad, atendida la debilidad de los hombres, y para que no se anonaden estremecidos bajo el peso de mi grandeza, por esto fué de mi agrado y para ellos conveniente ocultar lo resplandeciente de mi gloria y cuanto pudiera aterrarlos.

Además, hijo mio, no teniendo tú aquí patria permanente, sino que buscas la que lo ha de ser, la que en realidad lo es, te conviene que Yo viva contigo bajo una forma distinta, no sea que, olvidado de que eres peregrino en la tierra, pretendas construir

aquí tu tabernáculo, y entregar tu corazón á las cosas presentes ; y para que, recordando tu destierro, suspires por aquella patria donde á cara descubierta has de contemplar mi gloria.

Y finalmente, porque esta vida es muy breve, y porque despues de ella ya no tendrás tiempo de merecer, bueno y utilísimo es para ti que, ocultando Yo mi presencia bajo un velo misterioso, esconda mi rostro para dar más ocasion á tu fe, y oportunidad tambien mayor de practicar las demas virtudes.

3. Siendo, pues, por tantas causas conveniente que yo permanezca en lo sucesivo entre los hombres, y bajo una forma diferente, entre las innumerables que son posibles, era preciso escoger una que fuera más conforme al amor de mi Corazón, y de más aprovechamiento para los hombres.

Y habiendo, por último, hijo mio, venido á los hombres para que tengan vida espiritual, permaneciendo yo entre ellos para que la tengan más abundante, y teniendo la vida espiritual una absoluta semejanza con la vida corporal que se sustenta y robustece con el alimento natural, necesario les es un manjar sobrenatural con el cual su vida espiritual se conserve y crezca con mayor firmeza, y florezca siempre con mayor fervor.

Conviene, pues, que yo mismo permanezca bajo la forma de vianda, Yo que soy, no solamente el pan de la vida, sino la misma vida. ¿Y cuánto más abundante vida tendrá el alma fiel si se alimenta del que es la misma vida?

Además, hijo mio, mi Corazon es amor : amor que es verdadero don suyo, y que no descansa sino entregándose y uniéndose con el objeto amado.

Nada hay que se una tanto en la vida natural como el alimento y el que se alimenta : de la misma manera en la vida espiritual, por el presente de mi amor se realiza una estrechísima union entre el alma y Yo mismo.

Esta es la union santificante y divina con que hago felices á todas y cada una de las almas : es la obra de un amor ilimitado.

Pláceme extraordinariamente, por último, permanecer en el mundo bajo la forma de un convite, signo de verdadera y cordial amistad, para que los fieles ahora en la tierra disfruten aquel consorcio mio de que los bienaventurados gozan en el cielo ; y para que recuerden, regocijándose, la eterna felicidad de aquel reino que les tengo preparado, donde comaís y bebais á mi mesa, y circundado de gloria, donde os serviré, pasando de uno á otro.

Esta será ya la union sempiterna y perfectamente beatífica, la Pascua de los eternos goces, vino de un amor eterno y siempre nuevo, que beberé con vosotros en el reino de mi Padre.

4. Y para que los hombres se preparasen sin violencia para misterios tan admirables, quise quedaran prefigurados multiplicadamente en la ley antigua.

Figura fué el fruto del árbol de la vida plantado en el Paraíso, de cuyo manjar comerían los hombres inocentes, con el que ro-



bustecerían su vida, serían preservados de la muerte, y asegurarían la inmortalidad.

Figura fué la ofrenda del pan y del vino hecha por Melquisedech, juntamente Sacerdote y Rey: Sacerdote del Altísimo y Rey de Salem, que quiere decir *Rey de la paz*.

Figura fué el Cordero Pascual, cordero limpio de toda mancha, que se ofrecía y se comía, nó crudo ni cocido, sino pasado por el fuego; y los que le comían debían estar ceñidos por la cintura, calzados sus piés, los báculos en la mano, como dispuestos para emprender el viaje.

Figura fué el Maná que diariamente llovía del cielo en el desierto, de suavísimo sabor, que se llamaba *el pan de los ángeles*, y del cual, por último, ni comía más el que había tomado más de lo acostumbrado, ni comía ménos el que ménos había tomado.

Figura fué el Arca del Testamento, donde la Majestad divina era adorada entre querubines, y desde donde dispensaba pródigamente de noche y de día á su pueblo misericordias, auxilios y consuelos.

Figura fué, finalmente, el pan subcinericio, con el cual el Profeta, libre del desaliento y de la debilidad, y confortado con un nuevo vigor, caminó por la fortaleza de aquel manjar hasta llegar al monte de Dios.

5. No se me ocultó tampoco, hijo mio, cuánto había de costarme esta admirable institucion, cuántos y qué sacrificios exigía de mi parte esta mi vida sacramental.

Sabía muy bien á cuántas humillaciones iba á sujetarme, y á cuántas injurias iba á exponerme; pero todo esto lo posponía al

amor que mi Corazon profesa á Dios y á los hombres.

Porque no hay obstáculos bastantes ni sobrado fuertes á vencer el amor de mi corazon; triunfa de todos fácilmente: y es más: esas mismas dificultades, esos mismos sacrificios le sirven y los presenta como otros tantos argumentos en favor de su magnánima generosidad.

Y aquí teneis ya el Sacramento de piedad eminentemente grande, concebido por mi amor ántes de todos los siglos, realizado por mi omnipotencia infinita en el tiempo, aparecido á los ángeles, predicado á las naciones, que es el consuelo del mundo y que embriaga con su dulzura los corazones de los mortales.

6. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh alteza de la sabiduría y del amor de tu Corazon, Jesus, Hijo de Dios vivo! ¡Cuán admirables y qué estupendas son tus invenciones! ¡Qué amables, Señor, y cuán dulces!

¡Hasta qué extremo y de qué modo nos has amado, amantísimo Jesús! Te anonadaste por nuestro amor, tomando la forma de comida y la semejanza de alimento, en la figura, con las condiciones de pan, pero pan de vida eterna.

¡Oh y con cuánta fuerza abrasaba tu Corazon el amor en el momento en que, al pasar desde este mundo al Padre, instituiste este dulcísimo modo de permanecer, y de permanecer de esta manera con nosotros hasta el fin de los siglos!

¡Oh prodigio del amor! ¡Oh institucion divina, en que Tú mismo eres, Jesus Santi-

simo, convite y convidado á la vez, ofrenda y oferente, alegría de los ángeles y de los hombres!

7. ¡Gracias á Tí, Jesus y mi Dios; gracias te sean dadas eternamente por esa bondad inefable de tu Corazon, con la cual nos has dispensado este beneficio incomparable!

Y ¡ojalá pudiera yo agradecerte tan inestimable don como es debido! Venid, ángeles y Santos de Dios; venid, todas las tribus y todos los pueblos; dad conmigo gracias al Señor, y alabémosle y ensalcemos en sí mismo el amor de su Santísimo Corazon.

Entonemos al Señor un cántico nuevo, porque, permaneciendo en medio de nosotros de un modo tambien nuevo, ha dispensado á nuestras almas beneficios absolutamente nuevos, sacados de los tesoros de su Corazon.

Cantemos con júbilo á nuestro Dios y nuestro Salvador: postrémonos en su presencia, y derramemos lágrimas de gozo y de agradecimiento.

8. ¡Oh Jesus, amor infinito! A Tí, que por amor viniste al mundo, que en el mundo estás tambien por el amor, y que por el amor te has hecho todo mio, á Tí entrego á la vez mi corazon, me entrego yo mismo todo, con todos mis afectos. Haz que yo por el amor sea perpétuamente tuyo, y que cuanto soy y cuanto tengo sirva para amarte más y para tu mayor gloria.

Aleja de mí cuanto me sirva de impedimento para acercarme á Tí: apaga en mí todo afecto desordenado, para que nada me interese y nada me agrade sino aquello que á Tí te corresponde y es debido.



Vive Tú y reina en mí, ¡oh dulzura de mi corazon y bienaventuranza de mi alma! Sé Tú en adelante objeto primero y último de mis pensamientos y de mis afectos; viva siempre ocupado de Ti y en Ti, que eres todo para mí.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, capítulos I y II.)*

## CAPÍTULO II.

Trata de la admirable institucion del Santisimo Sacramento de la Eucaristia.

1. *Voz de Jesus.*—Yo soy el pan vivo que descendí de los cielos: el que se acerca á Mí no tendrá hambre, y el pan que Yodaré es mi carne por la vida del mundo.

Esto dije, hijo mio, y los judíos murmuraron entre sí, diciendo: «¿Cómo es posible que éste nos dé su carne para comida?»

Yo, contestándoles, les aseguré: En verdad, en verdad os digo que si no comeis la carne ni bebeis la sangre del Hijo del Hombre, no tendreis vida en vosotros.»

«Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida.»

2. El dia anterior á la festividad de la Pascua, sabiendo que había llegado la hora de dejar este mundo para volver á mi Padre, y habiendo amado siempre á los míos que en el mundo quedaban, quise manifestar que los amaba hasta el fin.

Así, llegada la tarde: celebré con mis discípulos la última Cena; y sentados todos á mi alrededor: «He deseado, les dije, he de-

seado con ánsia celebrar esta Pascua con vosotros.»

Estando cenando, tomé el pan, le bendije, le partí y distribuí entre ellos, diciendo: «Tomad y comed; este es mi cuerpo.»

Y tomando el cáliz, di gracias, y lo reparti también, diciendo: «Bebed de él todos; esta es mi sangre.»

«Cuantas veces lo hagais, hacedlo en memoria mia.»

8. *Voz del Discípulo.*—Estas son ciertamente tus palabras, Señor y mi Dios, Verdad eterna: estos son los hechos con que anteriormente y con toda solemnidad habías prometido darte Tú mismo á nosotros como pan de vida, y con que despues realizaste lo que habías prometido.

Ya tu Iglesia, instruida con tus palabras y tus obras, gozaba anticipadamente de este don divino, y lo hacía en memoria tuya, segun que Tú lo habías ordenado.

Con estas palabras y con estos hechos rebatiste y aniquilaste las dificultades de los incrédulos, los argumentos de los herejes y las tentaciones ya previstas de los demonios.

Y con ellas enseñaste que hemos de creer lo que Tú, Verdad infalible, nos dices aun cuando no comprendamos cómo se realizan estas maravillas.

Lo que Tú has dicho nos lo enseña la Iglesia Santa, verdadera Esposa tuya; mas cómo interiormente se constituyen y llegan á ser los misterios que prometieron tus palabras, esto nos es imposible comprenderlo, toda vez que nuestro pequeño entendimiento

no puede llegar á lo que excede los límites de la razon humana.

Si no comprendemos lo que está á nuestros alcances, ¿cómo hemos de comprender lo que nos es tan superior?

Creemos que el grano sembrado y destruido en las entrañas de la tierra, crece en una nueva espiga y produce multiplicado fruto; y lo creemos, porque lo vemos exteriormente; pero, sin embargo, de ninguna manera podemos comprender cómo se realiza interiormente, á pesar de pertenecer esto al órden de la naturaleza.

¿Y no sería tenido por loco, con sobrado fundamento, el que, percibiendo por los sentidos los misterios naturales, no quisiera, sin embargo, admitirlos porque no comprende como se verifican?

Sabemos por los sentidos que los misterios de nuestra Religion han sido revelados por Tí; porque la fe principia por lo que oímos: nuestra misma razon nos enseña además que estos misterios son verdaderos, porque la misma razon sabe hasta la evidencia que es imposible que Tú, Verdad por esencia, enseñes lo que es falso.

Es, pues, obsequio razonable para Tí la fe de todos los creyentes. Y aquellos que se resisten á creer juzgándose sábios, se hacen estúpidos y como irracionales.

Resultado miserable de la soberbia ciega, empujada por artificio del demonio para que se nieguen á subordinar el don nobilísimo de su razon á su mismo autor, y á honrarle por la sumision del entendimiento.

Cuantos humildes han existido en todos



tiempos en la Iglesia, aunque florecieron por su ingenio, redujeron su entendimiento á servidumbre para obsequiarte con su fe.

En esto manifiestas que eres Señor de todos, bueno para todos igualmente y sin excepcion de persona; pero que de este modo quieres tambien que todos, sabios é ignorantes, te ofrezcan el obsequio del entendimiento sometido y de la voluntad del que le somete.

4. Prostérnome en tu presencia, Señor, Dios, Criador y Redentor mio; é íntima y profundamente te someto mi razon, y mi entendimiento con ella y toda mi voluntad, y mi cuerpo y mis sentidos, en obsequio de la fe y para tu mayor gloria.

Y porque gloria y ganancia mia es al mismo tiempo referirlo todo á Tí, á Tí refiero, como autor de todos ellos, cuantos dones Tú me has dado en el alma y en el cuerpo; y para cooperar tambien libremente á tu gracia para el órden sobrenatural, con cuanto en el órden de la naturaleza he recibido de Tí, y con ello á mi eterno honor y perenne bienaventuranza.

La razon y la fe, Señor, son dones tuyos: la primera, don natural; don sobrenatural la segunda; ambas amigas siempre, y nunca enemigas: ambas dadas al hombre para conocimiento de la verdad, cada una en su órden.

Si creo porque la razon natural me mueve á ello, mi fe es natural, y por consiguiente ni sobrenatural ni saludable; pero si creo movido por una causa sobrenatural, mi fe entónces es sobrenatural y provechosa.

Bienaventurados los que no vieron y creyeron: y ciertamente, ¿cómo habían de percibir por los sentidos lo que no pertenece al dominio de los sentidos? ¿Ni cómo ha de comprender la razon lo que está fuera de los alcances de la misma razon? ¿Ó cómo ha de explicar el frio razonamiento de un hombre lo que hizo el excesivo amor de tu corazón?

5. Creo, pues, firmemente, y siguiendo el espíritu de tu Iglesia Santa, que Tú, mi Señor Jesucristo, Dios verdadero y verdadero hombre, estás verdadera y sustancialmente contenido en el Santísimo Sacramento, bajo las especies visibles del pan y del vino.

Creo firmemente que estás todo y entero, y en cada una de las dos especies, y en cada parte de cada una de las dos especies, una vez que éstas se hayan dividido.

Creo firmemente que Tú, que en este Sacramento estás presente en estado glorioso, eres el mismo á quien, aparecido en el mundo, adoraron los ángeles, á quien en figura de un Niño veneraron María y José, los pastores y los Magos; y que, manso y humilde de Corazon, atravesaste haciendo bien á todos; que, muerto por nosotros, resucitaste; que subiste á los cielos por tu propia virtud: y allí te sientas glorioso á la diestra de Dios Padre.

No busco testimonios, como los buscaban los judíos, ni quiero llegar á comprender el modo con que esto se hace: no busco para convencerme razones interiormente escondidas, como los incrédulos: no quiero, como los herejes, darme por satisfecho con el jui-

cio privado, no: bástame el infalible testimonio de tu esposa la Iglesia Santa, que es el fundamento de la verdad.

Rechazo y abomino cuanto es contrario á su doctrina, porque mi seguridad consiste en mi fe.

6. ¡Oh Dios y Señor de infinita majestad, Santo de los santos, que tan maravillosa y amigablemente estás escondido en este misterio! yo te adoro y te venero con toda reverencia.

Humillado en cuerpo y alma en tu presencia, confieso delante de los cielos y de la tierra que Tú eres mi Dios y mi Salvador, y te tributo el culto supremo debido á tu adorable Majestad.

Te ofrezco asimismo las adoraciones, los honores, los obsequios todos que te tributan los ángeles, y los Santos, y toda la Iglesia.

Y ¡ojalá que todos los hombres te conocieran, te adoraran y te consagraran obsequio y reverencia!

Pero porque son muchos los que te vuelven las espaldas, yo te adoro y te venero por todos ellos, uniendo á mi los ángeles y los Santos y todas las almas fieles, y deseo suplir de esta manera el defecto de las almas infieles.

7. ¡Oh Jesus mio! Cuanto yo pudiera hacer, por mucho que ello fuera, es nada en comparacion de lo que te debo.

Tú, en este suavísimo Sacramento, y sólo por el amor purísimo de tu Corazon, me has dispensado cuanto puedes dispensarme, cuanto tienes, cuerpo y alma, y Humanidad y Divinidad, con todos sus tesoros. Tanto,



pues, es lo que te debo, cuanto vales Tú, que eres infinito.

Yo te doy á mi vez mi cuerpo y mi alma, cuanto tengo y cuanto soy, y aún despues de habértelo ofrecido todo, pesa sobre mí todavía una deuda infinita.

Bueno es para Mí, Jesus y Señor mio, que me hayas obligado de esta manera, para que me anime y me resuelva á amar infinitamente la bondad infinita de tu Corazon.

Recordando ahora, Jesus mio, tu amor gratuito é inmenso, deseo corresponderte, amándote más y más con todo mi corazon, y satisfacerte con un amor que no conozca límites.

8. Ayúdame, Jesus amantísimo, para que te ame con aquella piedad, con aquella ternura y con aquella reverencia que sólo puede inspirar el amor.

Concédeme vivir desde el momento presente, únicamente y por el amor, para Tí, que en el Tabernáculo santísimo vives para mí con un amor infinito.

Te suplico por tu sacratísimo Corazon que unas á Tí mi Corazon, poseyéndole de tal modo y de tal manera aprisionándole, que, cautivo de tu amor, jamás se vea libre ni separado de Tí.

*(Imitacion de Cristo, lib. iv, cap. xviii.)*

## CAPÍTULO III.

Con cuán viva fe la Iglesia ha manifestado siempre y en todas partes su devocion al Santísimo Sacramento.

1. *Voz de Jesus.*—Regocíjase, hijo mio, la Iglesia con este beneficio excelentísimo de mi Corazon, y venera con toda la ternura de su devocion este supremo milagro de mi amor.

Arrebatada por el exceso de bondad de mi Corazon, se derrite en mi amor, y goza y continúa gozando de la dulcísima presencia mia, en tanto que las generaciones pasan, se cambia la faz de la tierra y vuelan los siglos.

Vuelve los ojos á los pasados tiempos, y verás que desde el Oriente al Occidente, y desde el Setentrion al Mediodía, en todas las edades se levantaron los hijos de la Iglesia y llamaron *Bienaventurada* á su Madre Santísima, por el incomparable amor de mi Corazon, que vive y permanece con ella todos los dias y hasta la consumacion de los siglos.

En esta presencia perenne y llena de mutua dileccion, celebro con mi Esposa Inmaculada, la Iglesia Santa, las fiestas divinas de mis espirituales bodas.

Y á ellas son llamados, á ellas están convidados todos los fieles, áun cuando sean pobres y extenuados, y ciegos y tullidos, para que la casa se llene, y sea completo el regocijo del convite.

2. *Voz del Discípulo.* — Oigamos esto, mortales, y presentémonos engalanados con la vestidura nupcial. Veamos y experimentemos aquí cuán suave es el Señor nuestro Dios.

Todos los verdaderos fieles vienen siempre y de todas partes á este convite, en que sirven los ángeles; pero adornados con este vestido de fiesta, con que se regocijan agradando á Dios, en tanto que se alimentan y fortalecen.

Pero los que carecen de esta vestidura, los que están manchados, «con razon se abstienen,» ya porque justamente temen «comer y beber su propio juicio,» ya porque «niegan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador, que padeció por nuestros pecados, y que el Padre resucitó por su benignidad.» (*1. Corint., II; S. Ignac. mart., sig. I.*)

Mas nosotros «hemos aprendido que la Eucaristía es la carne y la sangre de aquel mismo Jesucristo que encarnó.» (*S Justino, mart., sig. II.*)

¡Cuán señalado es, pues, el beneficio que recibe, no solamente nuestra alma, «sino tambien nuestra carne, que se alimenta del cuerpo y de la sangre del Señor!» (*S. Iren., sig. II.*)

¡Qué grande es, por lo tanto, la reverencia que se la debe! «Ya sabeis, los que teneis costumbre de asistir á los misterios divinos, de qué modo, cuando recibís el cuerpo del Señor, lo guardais con el mayor cuidado y veneracion, para que no caiga alguna parte de él, ó para que nada se deslice de las es-



pecies consagradas: y tanto, que os creéis reos si por negligencia vuestra se pierde alguna partícula. ¡No sin razón empleáis tan exquisito cuidado!» (*Orig., sig. III.*)

3. La Iglesia, apenas concluidas las persecuciones de trescientos años, gozosa y coronada de laureles, estableció en el primer Concilio general, inmediatamente congregado, la dispensación de este divino Sacramento en todo el mundo á todos sus hijos reunidos en cualquier parte del universo, para que misterio tan santo fuese en todas partes tratado santamente.

Nada nuevo inventó; no hizo más que restablecer y enseñar lo primitivo, como guardadora de este depósito. «Ni los cánones, dice esta Santa Madre, ni la costumbre, enseñaron que aquéllos que no tienen potestad para ofrecer el sacrificio, distribuyan el cuerpo de Cristo á los que le ofrecen. Reciban, pues, la sagrada comunión por su orden, los presbíteros de mano del Obispo, y los demás de la mano de los presbíteros.» (*Conc. I de Nic., sig. IV.*)

¡Hé aquí la sagrada comunión! ¡Hé aquí el sacramento del Señor! «Pues en la especie del pan nos da su Cuerpo, y en la especie del vino nos da su Sangre, para que, cuando lo recibas, recibas el Cuerpo y la Sangre de Cristo, haciéndote participante de su mismo Cuerpo y de su misma Sangre: y de este modo nos hacemos *Cristíferos*, es decir, que llevamos en nuestro cuerpo á Jesucristo: y de este modo, en expresión del apóstol San Pedro, nos hacemos copartícipes de la naturaleza divina. (*S. Cir. de Jerus., sig. IV.*)

«Pan es, ciertamente, ántes de las palabras sacramentales; pero, una vez pronunciada la consagracion, el pan se hace carne de Cristo. ¿Y de quién son las palabras y las formas de la consagracion? De Jesus nuestro Señor. Luego la palabra de Cristo es la que hace este sacramento. ¿Y cuál palabra de Cristo? Aquella, y no otra, en virtud de la cual fueron hechas todas las cosas. Habló el Señor, y quedó hecho el cielo: habló el Señor, y fué hecha la tierra: habló el Señor, y hechas quedaron todas las criaturas. Ve de cuánta eficacia es para obrar la palabra de Cristo. Si tanta, pues, es la fuerza de la palabra de Jesus nuestro Señor, que por ella empezó á ser lo que ántes no existía, ¿cuánto mayor será para que lo que ya existe se cambie en otra cosa? Él lo dijo, y quedó hecho.» (*S. Amb., sig. iv.*)

«¡Oh Sacramento de piedad! ¡Oh símbolo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! El que quiera vivir, tiene donde vivir, tiene de qué vivir. Incorpórese, y será vivificado. No sea un miembro podrido que deba ser cortado; no sea un miembro deforme de que haya que avergonzarse. Sea hermoso, sea apto, esté sano: únase al cuerpo, viva de Dios y para el mismo Dios.» (*S. Aug., sig. v.*)

«Cuantas veces participemos de este Cuerpo, consideremos que nos alimentamos de Aquél á quien, sentado allá arriba, adoran los ángeles. A quien los ángeles mismos no se atreven á mirar libremente por su penetrante resplandor, de éste nos alimentamos, á Él nos unimos y con Él nos hacemos una misma cosa. Y para que esto no se haga en

virtud solamente del amor, sino tambien efectivamente, por eso realiza esta maravilla la carne que se nos atribuye. Acerquémonos, pues, á aquella mesa como leones respirando fuego, y apartémonos de ella terribles para el demonio.» (*S. J. Chrisos., sig. v.*)

«¡Qué buen pan aquel con cuya hermosura se sacian los ángeles en la patria celestial, y á nosotros nos alimenta en la tierra por la fe, para que no desfallezcamos en el camino! Para que el hombre comiera el pan de los ángeles, el Criador de los ángeles se hizo hombre, alimentando á los unos y á los otros, y perseverando entero.» (*S. Fulg., sig. vi.*)

«Pero los que perversamente viven y no se abstienen de comulgar, juzgando que tales comuniones les purifican, sepan que nada aprovechan para purificarse, y sí solo para condenarse. Porque la carne de Cristo es sólo alimento de los santos.» (*S. Isid. de Sev., sig. vii.*)

Preparad, pues, vuestro corazon, porque «la Eucaristía es la comunión, por la que tratamos familiarmente con Jesucristo, recibimos su carne y su divinidad, y nosotros nos unimos mutuamente.» (*S. Juan Damasc., sig. viii.*)

«Oigan los que quieran debilitar esta palabra *cuerpo*, como si lo que ahora celebra la Iglesia en este sacramento no fuera la carne verdadera de Cristo, ni tampoco su sangre verdadera; no sé qué quieren inventar ó fingir suponiendo que sólo existe cierta virtud de la carne y de la sangre para que mienta Dios, cuando la misma Verdad dice:



«Este es mi Cuerpo.» Pues que cuando partió el pan no dijo : «Esta es, ó en este misterio existe cierta virtud ó cierta figura de mi Cuerpo;» sino que dijo claramente : «Este es mi Cuerpo;» por lo tanto, es solamente lo que Él dijo, y no lo que cada uno inventa. Nadie ha podido contradecir con fundamento aquello que el mundo todo cree y confiesa.» (*El Abad Pascas., sig. ix.*)

5. «La Eucaristía está siempre patente en la Iglesia, cuya costumbre conservaron tambien las antiguas iglesias.» (*Luitp., sig. x.*)

Así que, «Cristo no está relegado al olvido : Cristo no exige cosa contraria á sus mandamientos. El es el pan mismo que descendió de los cielos, que se lleva á la mesa diariamente para celestial alimento de la Iglesia, que se parte para el perdon de los pecados, y que nutre y robustece á los que le comen para una perpétua vida.» (*S. Ped. Dam., sig. xi.*)

«Ni hay pretexto razonable para haberse negado en nuestros dias, ya la aparicion que tuvieron los Padres del Antiguo Testamento, ya aquella presencia real de su carne que fué distribuida entre los Apóstoles. Unas y otras están evidentemente visibles á los que creen con fidelidad. Presente está tambien hoy á nosotros la verdadera sustancia de su carne, é indudablemente que no sólo en el sacramento. Existen además revelaciones en espíritu y en virtud; de modo que puede asegurarse que nada falta.» (*S. Bern., sig. xii.*)

«Nadie es capaz de explicarla suavidad de este Sacramento, por el cual se bebe la dul-

zura celestial en su misma fuente, y se renueva la memoria de aquella caridad excelentísima que manifestó en su Pasion. De donde, y para grabar con más vehemencia lo inmenso de esta misma caridad en el corazon de los fieles, cuando, celebrada la Pascua con sus discípulos, había de volver desde este mundo al Padre, instituyó en la última cena este Sacramento como memorial perenne de su Pasion, como complemento de las antiguas figuras, como el mayor de los milagros que El mismo había realizado, y como consuelo eficacísimo de los afligidos con su ausencia.» (*Santo Tomás de Aquino, siglo XIII.*)

«La persona espiritual é interior encuentra en la participacion del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo doce excelentísimos frutos: á saber: Fortaleza bastante para desprenderse con facilidad de las cosas del mundo: Aprovechamiento en los saludables negocios de la eternidad: Elevacion del alma sobre todo lo que no es Dios: Vigor para practicar el bien: Ilustracion mayor en el entendimiento, para conocer más perfectamente á Dios y todo aquello que se mira por el espejo de la eternidad: Abrasamiento mayor en el amor de Dios: Ejecucion pronta de aquello que hace nuestra felicidad: Tesoro de todas las riquezas: Alegría continua del Espíritu Santo: Firmeza segura en cuanto es posible: Paz perfecta: Union del alma con su Dios.» (*Thaul. sig. XIV.*)

«¡Oh convite precioso, magnífico, saludable y lleno de toda suavidad! En él se limpian los pecados, las virtudes se aumentan,

y el alma se enriquece con abundantísimos carismas.» (*San Antonino, sig. xv.*)

«Así y de esta manera la Iglesia católica, al trasmitirnos la doctrina del adorable y divino Sacramento de la Eucaristia, instruida por el mismo Jesucristo Señor nuestro y sus Apóstoles, y enseñada por el Espíritu Santo, que continuamente la comunica toda verdad, conserva y conservará hasta el fin de los siglos, enseña y profesa clara y sencillamente, que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristia, y despues de la consagracion del pan y del vino, se contiene nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, verdadera, real y sustancialmente presente bajo las especies de aquellas dos cosas visibles.

«Advierte, exhorta, ruega, suplica por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, para que todos y cada uno de los que se honran con el nombre de cristianos, se conformen y se unan en este símbolo de unidad, con este vínculo de caridad, con esta señal de alianza, y que recordando tanta Majestad y tan extraordinario amor de Jesucristo Señor nuestro, que sacrificó su amante vida en precio de nuestra salvacion y nos dió para alimento su misma carne, crean y veneren estos sacrosantos misterios de su cuerpo y de su sangre con tal constancia y firmeza en la fe, con tal devocion, piedad y adoracion en el espíritu, que puedan recibir frecuentemente el pan sobresubstancial, y este sea para ellos pérpetua vida y salud de su alma. . . . . ; con cuyo vigor confortados puedan, concluida la jorna-



da de esta desdichada peregrinacion, llegar á la patria celestial y alimentarse allí cara á cara con ese pan de los ángeles con que ahora se alimentan bajo los sagrados velos.» (*Concil. Trid., ses. 13, sig. xvi.*)

6. ¡Oh Dios y Señor! ¡Cuánto se abrasaron los fieles de los pasados siglos para honrarte en el Sacramento de su amor! ¡Con cuánta piedad se esforzaron por tributarte cumplida reverencia! ¡Cuánto trabajaron para manifestar la gratitud debida á tu Corazon, y para corresponder con su amor al amor de ese mismo Corazon!

Criminales ciertamente seríamos si, herederos una vez de la fe de los Santos é hijos de los Santos, nos entibiáramos en esta devocion de todas las devociones, en este compendio de nuestra Religion, con que la cadena no interrumpida de todos los siglos excita nuestra ardiente fe, con que la multitud innumerable de todos los fieles de todos los tiempos y lugares, repartidos por todo el mundo, nos estimula con su ejemplo y anima nuestros corazones con la benignidad infinita de tu Corazon.

Vivifica, pues, nuestra fe, amantísimo Jesus, y una vez vivificada, aumentala perpetuamente. Robustece nuestra esperanza, y aumenta nuestra confianza. Enciende é inflama más en nosotros la llama de la caridad.

Concédenos, Señor, que podamos siempre adorar en espíritu de fe, venerar con verdadera devocion y participar dignamente de este santísimo y dulcísimo misterio.

(*Imitacion de Cristo, lib. iv, cap. i.*)

## CAPÍTULO IV.

El sacratísimo Corazon de Jesus es perfectamente bienaventurado en el Sacramento de su amor.

1. *Voz de Jesus.* — Ya ha conseguido, hijo mio, ya goza contento mi Corazon en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía cuanto deseó con vivas ansias, cuanto buscó con todos los excesos de su amor.

Satisfechos quedan ya, no solamente la justicia de mi Padre celestial, sino tambien el amor de mi Corazon: y lo que le alegra y regocija es el que nada le falta para su deseada felicidad.

Alégrate tú conmigo, hijo mio, porque en esto consiste el gozo, el deleite y la bienaventuranza de mi Corazon.

Aquí está el cielo nuevo, creado y adornado con arte divina, para que mi Corazon se complazca y sea feliz en él todos los dias.

Aquí disfruta ya mi Corazon, nó aquello en que el mundo, fatigándose en vano, piensa encontrar su felicidad, nó en el alarde de los bienes de la tierra, nó en lo que halaga los sentidos, nó, finalmente, en aquellos objetos que lisonjean las pasiones.

Carezco de todo esto voluntariamente: y no pocas veces me veo rodeado de aquello de que el mundo huye y aborrece. Sin embargo, mi corazon se encuentra completamente satisfecho.

2. ¿Y cómo no ha de ser bienaventurado mi Corazon, cuando en este paraíso de sobre-

naturales delicias se inunda en un océano de goces divinos y de deleites consumados?

Aquí, hijo mío, me encuentro perfectamente bienaventurado en la posesion de los bienes que heredé de mi Padre, y de los que, como Salvador del mundo, adquirí á costa de mi vida.

¿Buscas acaso, hijo mío, tu felicidad en cosas semejantes? ¿La buscas en la union divina, en los consuelos melifluos del divino agrado y la comunicacion divina?

¿No pierdes, por ventura, alguna vez el gozo y la paz de tu corazon cuando no hallas cosa que agrade á la naturaleza? ¿Careces otras veces de ello, conformándote en todo y de buen grado con la divina voluntad?

Observa, hijo mío con atencion, y vive persuadido de que tu corazon, de la misma manera que el mío, no ha de ser feliz por el amor ni con la posesion de las cosas sensibles y de los objetos creados, sino con el amor y la posesion de bienes sobrenaturales y divinos.

3. Aquí es además bienaventurado mi Corazon por aquella bienaventuranza que los fieles reciben, y de que participan en mi compañía, en este manantial de todos los bienes.

Aquí en medio de mi pueblo, soy completamente feliz, como un padre se considera verdaderamente dichoso viviendo en medio de sus hijos.

Aquí educo á los fieles, y los formo á mi medida, como hijos amadísimos de mi Corazon: de Mí se alimentan, y conmigo se recrean, beben la generosidad y la fortaleza



de mi Corazon, se animan á practicar á competencia mis virtudes, y aprenden tambien á deleitarse y glorificarse en lo mismo que yo me deleito y glorifico.

Y es tambien dichoso mi Corazon, porque se juzga bienaventurado cuando hace á los demás bienaventurados.

Alégrate, hijo mio, al contemplar que tu felicidad es objeto no solamente de los desvelos, sino tambien de las alegrías de mi Corazon.

4. ¡Oh y si comprendieras de cuánta bienaventuranza goza en este Sacramento mi Corazon, por la devocion, por la ternura del amor de tantas almas que viven unidas afectuosamente conmigo en todo lugar y estado, y consagradas á Mí con todo su corazon!

Aquí, hijo mio, á semejanza del Benjamin en los raptos del espíritu, aquellas almas puras son arrebatadas por las celestiales delicias en que se embriagan los ángeles.

Aquí aquellas almas generosas, aunque débiles por su naturaleza, toman por Mí resoluciones fuertes y heroicas, recompensan con sus sentimientos y sus obras los sacrificios de mi amor, y se consagran absolutamente á lo que me es debido.

¿Y no he de deleitarme Yo con amor tanto, tan tierno y tan puro? ¿No he de derramar en ellas todo mi Corazon? ¿He de permitir acaso que me excedan y superen en lo tierno y generoso del amor?

Mis delicias son el estar con los hijos de los hombres, y las dulzuras de estas mismas delicias recrear á la vez y regocijarse mi Corazon en el amor de las almas puras.

5. Aquí mi Corazon es multiplicadas veces y perfectamente bienaventurado. Y si existen criaturas desagradecidas y desnaturalizadas, insensibles y aún ofensoras de mi Corazon, no pueden hacerme infeliz, y se hacen ellas desventuradas.

Desde que resucité á una vida gloriosa, ni padezco sufrimiento alguno, ni moriré jamás. Mi gozo y mi bienaventuranza son perfectos, son consumados: nadie los arrebatará á mi Corazon, nadie los disminuirá.

Estando mi Corazon, hijo mio, unido personalmente á la misma Divinidad, soy feliz con la bienaventuranza de la misma Divinidad. Por esto mi Corazon no necesita para ser dichoso medios externos, porque, ya los haya, ya no los tenga, es siempre perfectísimamente bienaventurado.

Ni es ménos dichoso en la miserable vivienda del pobre moribundo que en los palacios de los magnates y de los Reyes; tan feliz en el tabernáculo de los altares como en su Trono de los cielos.

Porque el principio, el fundamento de mi felicidad está dentro de Mí: y de aquí el que siempre sea el mismo en todo lugar, en todo tiempo y en toda circunstancia.

En mi interior está el escondido lugar donde he asentado mi Trono, donde habito en medio de una luz inaccesible, y donde disfruto una bienaventuranza cumplida é inmutable.

6. Admiranse los ángeles que me rodean, prosternados me adoran, y regocijados exclaman: «Alegrémonos, y glorifiquemos á nuestro Dios.»

Y mucho más les alegra mi felicidad que la suya propia; y arrebatados hasta Mí y olvidados de sí mismos en su exquisito amor, gozan en mi compañía de goces inenarrables.

Semejantes á ellos tambien muchas almas fieles, aún cuando experimentan en su cuerpo las miserias de esta vida mortal, gozan sobremanera, porque Yo soy el que soy; y encuentran su mayor felicidad en aquello en que saben que soy perfectamente dichoso.

Y tú, hijo mío, si con verdad me amas, te alegrarás de esa misma manera por que Yo sea dichoso, gozando, no solamente de altísima gloria á la diestra de mi Padre, sino tambien en este Sacramento del amor de mi Corazon.

7. *Voz del Discípulo.*—¡Testigo eres Tú mismo, dulcísimo Jesus! Sabes cuánto gozo por amor tuyo al ver tu bienaventuranza perfecta en el Sacramento suavísimo de tu Corazon.

Sí, Señor; mi corazon y toda mi alma se regocijan porque tu corazon es feliz, y porque está asegurada su felicidad por los siglos de los siglos.

¡Oh y con cuánta razon debo inundarme en una extraordinaria alegría, porque, después de realizada la Pasion, tu gloria y tu felicidad son perfectísimas, y están fuera del alcance de todo trastorno!

Es verdad que no ha llegado aún para mí el tiempo de alegrarme con mi propia gloria y bienaventuranza sempiterna, puesto que experimento todavía las adversidades de este destierro: pero me es, entre tanto, sufi-



ciente que Tú, Dios, Salvador y Padre mio, goces plenísimamente de una gloria inmensa y de una inmensa felicidad: motivo es este para mí de regocijarme, y de regocijarme con todo mi corazon, áun cuando cautivo y llorando mi cautividad recuerde la eterna herencia que Tú, Señor, como Dios me preparaste; que Tú, como Salvador, me rescataste, ya perdida, y me legaste como Padre en la herencia de los cielos.

Y porque justo y dignísimo es que te ame más que á mí y más que á todas las cosas, es tambien al mismo tiempo justo y saludable me goce con más vehemencia de tu felicidad que de la que yo poseo de presente, ó haya de disfrutar en la otra vida.

Ciertamente, Jesus y mi Señor, que me regocijo más íntima y más intensamente por tu gloria y por tu felicidad, que por todo honor y engrandecimiento, por cualquiera alegría y consuelo mio.

Pero me gozo más y con todas mis entrañas, con el gozo que disfruta tu Corazon por la felicidad, por la devocion, por el amor, finalmente, de tantas almas consagradas á Tí, en todas las naciones y en todos los pueblos de la tierra.

8. Concédeme ¡oh buen Jesus! que sea yo del número de aquellas que á Tí, tan amante en este Sacramento, te corresponden con amor tan puro y tan generoso.

No pido para mí los favores extraordinarios y maravillosos que á ellas les son concedidos con tanta frecuencia: á Tí, solamente á Tí es á quien quiero, Jesus mio, recompensa de mis trabajos, galardón de mis dolo-

res, si alguno he sufrido por Ti, y única felicidad mia en todas las cosas.

Nó: no pueden hacerme feliz ni las riquezas ni los placeres del mundo; nó lo que halaga á la naturaleza; nó tampoco los consue-  
los únicamente sensibles. Mi verdadera dicha, dulcísimo Jesus, es gozarte y descansar en tu Corazon.

Descanso durísimo es todo lo que no sea descansar sobre tu Corazon: vanidad es todo lo que no se refiere á Ti; locura lo que no está conforme con los sentimientos de tu Corazon; insípido cuanto no se condimenta con la unción de tu amor.

Concédeme exclusivamente que te posea por esta unción divina, que te ame purísima y generosísimamente, y cedo cuanto quede á los demás: con este solo don seré felicísimo en tu compañía.

*(Imitacion de Cristo, lib. IV, cap. XII.)*

## CAPÍTULO V.

El sacratísimo Corazon de Jesus es el Corazon de su Iglesia santa.

1. *Voz de Jesus.*—Mi Corazon viviente, hijo mio, en este Sacramento, es el Corazon de la Iglesia santa, que es mi cuerpo místico.

Ella es mi cuerpo vivo informado por el alma. Y el alma es aquel principio de vida sobrenatural con que vive el cuerpo.

Este principio de vida procede de mi divino Corazon, puesto que la Iglesia de mi Corazon ha sido formada; y esto ciertamente

ha de entenderse, nó de los miembros, nó del cuerpo, sino solamente del alma.

Muchos son, en verdad, los miembros; pero uno solo es el cuerpo á quien mi Corazon anima, y nutre y calienta con el principio divino, para que en él se manifieste mi misma vida.

Y componiéndose la Iglesia de cuerpo, que es el elemento humano, y de alma, que es el elemento divino, subsiste como un individuo moral en la unidad de persona, y por la participacion de las naturalezas divina y humana.

Y de la misma manera que la vid comunica su jugo á los pámpanos dispuestos á recibirle, así Yo comunico el principio divino á los miembros de la Iglesia que tienen las necesarias disposiciones.

Y como la vid y los pámpanos son una misma cosa, así la Iglesia y Yo venimos en cierta manera á ser una cosa misma.

Unidos estamos íntima y verdaderamente la Iglesia y Yo, nó solamente con union moral, sino tambien sustancial: nó con union sensible, sino espiritual; no con union hipostática, pero no obstante en cierto modo personal; á saber, en este sentido: que Yo estoy unido á la Iglesia de tal manera, que es conmigo un supuesto moral que recibe de Mí su parte principal, su alma, principio divino de vida sobrenatural; y que al mismo tiempo tiene miembros, cada uno supuesto tambien bajo diferente concepto, que subsisten en sí y por sí, como verdaderamente distintos y como meramente personas humanas.

La Iglesia, unida á Mí de este modo, y



animada con un principio divino, vive en cierto modo una vida tambien divina: vida sobrenatural: vida de méritos dignos de eterna bienaventuranza.

E indudablemente tiene el hombre en el mismo manantial el empezar á ser miembro de la Iglesia, cuando es regenerado en el bautismo con el agua y el espíritu de mi Corazon, segun dice la Escritura: todos nosotros, ya judíos, ya gentiles, ya esclavos ó ya libres, somos bautizados en un mismo cuerpo.

Para esto brotó el agua de mi Corazon rasgado, agua que es el símbolo del bautismo, baño verdadero de regeneracion.

Por el mismo principio tambien se unen íntimamente entre sí los miembros de la Iglesia. Muchos son, en verdad, los vínculos con que los fieles se unen entre sí suave y felizmente; pero en el Sacramento del amor de mi Corazon se incorporan á mí y reciben mi mismo espíritu, uniéndose entre sí de una manera más fuerte, más dulce y más perfecta.

Este es aquel misterio de amor de que habla el Apóstol cuando dice: «Muchos formamos un solo cuerpo, y participamos de un mismo pan. Un solo cuerpo y un solo espíritu.»

¿Qué es de admirar que los fieles no tengan más que un corazon, mi Corazon, de cuya abundancia reciben el espíritu de vida?

Así como en el cuerpo natural la sangre parte del corazon con las fuerzas vitales, comunicándose á todas las partes, aún las más pequeñas y distantes, no incapacitadas,

así el principio de vida sobrenatural procede de mi Corazon, y se comunica y distribuye á todos y cada uno de los miembros de mi cuerpo místico, no impedidos de recibirle.

3. Y con esta virtud divina, no solamente vive la Iglesia, con los miembros íntimamente unidos, sino que es tambien alimentada por Mí, recibe de Mí su robustez, y se conserva en una juventud siempre lozana.

Y si algun miembro enferma, ó impide y arroja léjos de sí, por el abuso de su libre albedrío, mi influjo vivificante y su comunicacion conmigo, de tal modo que quede sobrenaturalmente muerto, puede, sin embargo, recibir de mi mismo Corazon la salud y la vida sobrenatural todo el tiempo que permanezca unido á la Iglesia, lavándose por el sacramento de la Penitencia en el baño vivificador y purificante de mi Corazon, y removiendo de esta manera los obstáculos é impedimentos.

Y en tanto que los miembros vivos de la Iglesia están animados de mi espíritu y alimentados á la vez con el influjo de mi Corazon, y permaneciendo, finalmente, ellos en Mí y Yo en ellos, alcanzan copioso fruto, fruto verdadero y permanente, fruto de vida eterna.

Por eso las religiones falsas y todas las sectas á quienes no vivifica ni puede vivificar mi Corazon divino, como separadas completamente de mi cuerpo místico, son entes inanimados que carecen de vida sobrenatural, y por esto no pueden ni obtener ni producir frutos verdaderos y saludables. A la manera que el pámpano no puede dar fruto

por sí solo si no permanece en la vida, así los hombres no pueden fructificar si no permanecen conmigo.

No te admire ya si las sectas y falsas religiones, como sarmientos cortados, se secan, se pudren, y por último perecen.

4. Y si es admirable, hijo mío, todo aquello con que vive, se robustece y fructifica la Iglesia, más admirable y más lleno de dulzura te parecerá todo lo demás que la comunico, y con lo que la hago semejante á Mí perfectamente.

Pues que todo cuanto Yo poseo por mi naturaleza, lo recibe la Iglesia de Mí segun su capacidad.

Ciertamente que animando Yo, Santo por esencia, á la Iglesia con un principio de vida divino, y teniéndola unida á Mí de tal modo que seamos una misma cosa, necesario es que ella sea santa, no sólo exteriormente, es decir, por el origen y por el fin, y por los medios que se han de emplear para obtener la bienaventuranza, sino también interiormente, en su misma alma, en la cual reside propiamente la santidad.

Yo la perfecciono en la santidad con la union perpétua y por la benéfica influencia de mi Corazon, de tal modo que aparece una Iglesia gloriosa en la que no se halla mancha, ni arruga, ni defecto alguno.

Yo no puedo equivocarme: la Iglesia tampoco puede equivocarse: si la Iglesia se engañara, me engañaría Yo; pero Yo soy la Verdad infalible, y por eso la Iglesia es también infalible.

La he entregado la palabra misma que mi



Padre me entregó, y la he explicado el sentido de esta misma palabra, para que, regida por el Espíritu Santo, la explique, y la custodie, y la defienda.

La Iglesia, que es mi Cuerpo, no muere, porque Yo no he de morir jamás; existe y existirá, por tanto, hasta que Yo venga glorioso á la consumacion de los tiempos.

Yo, Jesus ayer, Jesus hoy, y el mismo seré por todos los siglos: y por esto mismo la Iglesia, á quien mi Corazon vivifica y conserva, á quien alimenta y vigoriza, á quien santifica y afirma en su verdad, recibe de Él tambien su propia vida, y le comunica espléndida inmortalidad.

5. Aprende, hijo mio, en esto cuán digna es de tu amor y de tu reyerencia la Iglesia, que está tan íntimamente unida conmigo, y que de tal modo me tiene presente, que puede decir con fundamento: «Quien me ve á mí, ve á Cristo.»

Alégrate, hijo mio; regocíjate con todo tu corazon de ser uno de los miembros de este místico Cuerpo mio, que nada hay más hermoso, ni más noble, ni más admirable que Él en toda la redondez de la tierra.

Si me amas, ama á mi Iglesia, por la cual me entregué Yo mismo, y á la que ama mi Corazon sobre cuanto se ha criado en los cielos y en la tierra.

Con más intimidad, especialmente, te unirás á la Iglesia en Mí por el Santísimo Sacramento de mi amor, donde mejor que en ninguna otra parte aprenderás y se te comunicará el espíritu de mi Corazon.

El que quiera comprender el espíritu de

mi Iglesia, comprenda ántes como debe el espíritu de mi Corazon; el mismo es el espíritu del uno y de la otra.

Ha de considerarse á la Iglesia en el espíritu mismo que la anima; y su modo de obrar no ha de juzgarse segun el humano parecer, sino segun aquel dictámen espiritual con que siempre obra.

¡Oh! si todos conocieran los sentimientos de la Iglesia, que exceden infinitamente en excelencia á los sentimientos de la mejor de las madres, puesto que son los sentimientos mismos de mi Corazon, ¡qué ardorosamente amarían á la Iglesia, y cómo venerarían como perfectísimas todas sus obras!

Ora, hijo mio, para que los mortales todos conozcan y amen á la Iglesia, para que sean miembros honoríficos de este cuerpo, animados por el espíritu de vida: miembros con que Yo sea á la vez honrado y glorificado.

Pide mucho y con mucha frecuencia, para que todos te robustezcan con los sentimientos de mi Corazon, y adelanten en todo por él, hasta que pertenezcan al cuerpo perfecto, y sean incorporados á la compañía de los ángeles y de los santos, que poseen plenamente los cielos en la union de mi Corazon.

6. Entre tanto, hijo mio, procura por tu parte, en primer lugar, permanecer siempre en Mí, no sólo por la fe, por la esperanza y por la caridad; sino tambien por una union perfectísima realizada en este Sacramento.

Vivir unido conmigo es para tí lo único, lo importante, lo necesario. En esta union encontrarás siempre la vida, el vigor, la perfeccion y la santidad.

Cuanto más unido estés á mí, mejor preparado te conservarás, mayores y más copiosos torrentes de gracias y riquezas superiores derivarás de mi Corazon en todos tiempos, pero muy particularmente cuando te acerques á la sagrada comunión.

Aquí alcanzarás ópimos frutos de santidad con que pondrás de manifiesto la virtud de mi Corazon, y extenderás por todas partes su verdadera gloria.

7. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh Señor y Dios nuestro! ¡Qué admirable y cuán amable es tu Corazon! ¿Quién no se anonadará ante los profundos misterios de su virtud? ¿A quién no enternecerán tantos testimonios de amor?

Obra extraordinaria y maravillosa de tu amor fué tomar nuestra misma naturaleza; pero ¡oh y cuanto más grande y más admirable es entregarte á nosotros en el Santísimo Sacramento!

Tambien en la Encarnacion te revestiste de nuestra humanidad; pero en la comunión nos dispensas tu Divinidad y nos comunicas tu misma humanidad.

Tomando nuestra propia naturaleza, bajaste hasta nosotros y viviste nuestra vida mortal; y comunicándote Tú mismo á nosotros en el Sacramento, nos elevas hasta Tí y nos distribuyes una vida divina.

Hecho hombre, nos has rescatado y nos has reunido; pero hecho alimento de nuestra vida, nos unes á Tí, para que en Tí y por Tí seamos consumados en uno solo.

¡Oh Señor, qué prodigioso es el amor que nos tiene tu Corazon, ese amor que tantas maravillas ha realizado por nosotros!



¡Ojalá, Dios y Señor mio, conozcan todos y amen lo que es tan digno de conocerse y de amarse! ¡Ojalá poseyera yo los sentimientos de los corazones todos, para poder consagrarlos á tu amor!

8. ¡Oh Jesus, vida y dulzura de mi alma! ¡Qué inexplicable es el amor con que me has amado!

¡Cuán excelente es el beneficio de ese amor con que en la naturaleza me formaste á imagen tuya! ¡Y cuán incomparablemente mayor es aquel beneficio con que, por la gracia, me hiciste semejante á Tí! Pero ¡qué diré y qué sentiré del beneficio con que me has ensalzado, uniéndome íntimamente contigo? ¿Quién soy yo, y quién eres Tú, para que me trates de este modo?

¡Oh amor todo incomprensible! ¡Oh Jesus dulcísimo, amable sobre todo lo amable! ¿Por qué no muero, si no te amo? ¿Por qué vivo, si no vivo para Tí?

¡Oh Señor, principio, sosten y término de mi vida! Yo te suplico que me concedas vivir unido siempre á Tí, vivir siempre por Tí, vivir sin descanso para Tí, á mayor gloria y regocijo de ese Corazon con que has realizado tantas, tan dulces y tan consoladoras maravillas (1).

*(Imitacion de Cristo, lib. IV, cap. XVII.)*

---

(1) De mucho consuelo y de mucha utilidad es cuanto el autor enseña en este capítulo. Pero áun cuando nada hay en ello que no pueda entenderse, convendrá, sin embargo, explicar algunas cosas y exponer otras en el asunto de que se trata, y que puedan asegurarse con fundamento teológico.

La cabeza del cuerpo místico de Cristo ó de la Iglesia, es el mismo Cristo; los miembros son los fieles. Existe,

## CAPÍTULO VI.

El sacratísimo Corazon de Jesus une á la Iglesia militante en la tierra con la Iglesia triunfante en los cielos.

1. *Voz de Jesus.* — Yo soy, hijo mio, cabeza de toda la Iglesia, cuya porcion gloriosa triunfa gloriosa conmigo en el cielo.

Esta parte de la Iglesia, esta Iglesia triunfante, á la que han de incorporarse gozosas

---

pues, como dice el autor en pocas palabras, union entre el cuerpo y los miembros :

Primeramente, *sustancial*, no solamente moral, que es, v. gr., la que hay entre la cabeza y los ciudadanos de una misma república.

Segundo, *espiritual*, en el sentido de que no sea union física, esto es, realizada por la cohesion ó mezcla de las moléculas ó partículas materiales, exceptuando el tiempo en que subsisten en el hombre las especies sacramentales. Pero por esto no es union ménos sustancial; porque en último resultado la cohesion ó mezcla de los seres materiales no es sino accidental. Pero en la union de que hablamos es el Espíritu mismo de Cristo el que informa los miembros.

Tercero, *personal*, en cierta manera. A saber : todo este cuerpo místico constituye una sola persona. Y Cristo, como su cabeza, da lo que más principal es en esta personalidad. No es Él ciertamente la persona toda y sola, componiéndose la persona de todo el supuesto, en el cual han de contarse tambien los miembros; sino que es aquello de que los miembros toman vida espiritual, y por lo cual se gobiernan y se informan. No es, sin embargo, tampoco esta union *hipostática*, que tambien se llama *personal*. Puesto que en la union hipostática la persona del Verbo de tal modo tomó la naturaleza humana, que no existe ya bajo ningun aspecto personalidad alguna en esta naturaleza, y la única que bajo todos aspectos existe es la Persona del Verbo de Dios; pero en la union de que tratamos cada miembro es ya como un *supuesto* ó persona, no ciertamente en cuanto es miembro del cuerpo místico de Cristo, sino en cuanto este mismo miembro puede subsistir por sí bajo otro aspecto, y puede ser *principium quod*, en el lenguaje de los escolásticos, de las acciones. Pero la natu-

las otras dos, reunion de todos los ángeles y de todos los Santos, esclarecida por sus victorias, coronada de eternos laureles y consagrada inmutable y absolutamente á mi gloria y á mi amor, es infinitamente agradable y carísima á mi Corazon.

¿Qué es, pues, de admirar que mi Corazon subiera arrebatado, en compañía de esta porcion gloriosa, desde este destierro de los vivos al reino de la bienaventuranza, y al mismo tiempo, y por un prodigio del amor,

raleza humana en Cristo es solamente *principium quo* de las acciones, y bajo aspecto ninguno puede ser *principium quod* de las mismas: y por eso esta union es hipostática y personal. Por el contrario, los miembros del cuerpo místico de Cristo son ciertamente *principium quo* de las acciones, en cuanto se les considera como miembros del cuerpo místico; pero pueden ser y considerarse como *otros tantos principia quæ* de las acciones, en cuanto que se les mira como supuestos singulares ó individuos. Y de esto resulta que es mucho mayor, más íntima y más admirable la union hipostática que la otra de que tratamos.

Somos, pues, miembros verdaderos de Cristo, y podemos decir con San Pablo: «Carne de su carne,» como el alma, que es lo principal en el hombre, puede decir de los miembros de su cuerpo: «Este miembro es mio: informo tal ó tal miembro;» y por esto es verdadero miembro suyo. Con razon, por tanto, Cristo nos llama sus miembros, su carne, etc. etc.

El constitutivo, ó el unitivo principal, segun algunos, de este cuerpo místico, es la Santísima Eucaristía. Y de ello deducen que pueden explicarse muy bien y en un sentido muy claro las palabras de Cristo: «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre... no tendréis vida en vosotros.» Y estas otras: «El que come mi carne... permanece en Mí, y Yo en él.

La vida de que aquí se trata, y con la cual Cristo informa los miembros de su cuerpo místico, no es la vida animal, como se ve, sino la vida sobrenatural, como el autor enseña. De donde se deduce que algunos miembros infestados por el pecado mortal, son ciertamente miembros de este cuerpo místico, pero secos y muertos, y que si no reviven, habrá algun dia necesidad de cortarlos.—(P. J. A., *Cens.*)



quedara detenido por este Sacramento en la Iglesia militante?

De este modo realiza su presencia, en una y otra parte de la Iglesia, y une á la una con la otra por sí mismo y en sí mismo, haciendo de las dos una sola.

2. La una y la otra tienen en Mí su necesaria víctima: la triunfante el Cordero realmente sacrificado, víctima que ya no se sacrifica, pero que, sacrificada en otro tiempo, hoy recibe las merecidas adoraciones; y la militante tiene al mismo Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, sacrificio agradable que se ofrece purísimo en todo lugar.

Una y otra se sientan á la misma mesa: la Iglesia celeste se alimenta verdaderamente y sin misterio del pan de los ángeles, del que siempre comen, y que siempre apetecen, y del cual se sacian siempre todos y al mismo tiempo: y la terrestre come, bajo el velo del misterio, del mismo pan, de un modo acomodado á su estado presente.

Una y otra, por último, se refrigeran en la misma fuente: la que reina en las alturas se embriaga en los torrentes deliciosos del placer divino, que saltan desde mi Corazon hasta la vida eterna: y la que aquí combate, bebe gozosa en el mismo manantial las aguas de la gracia, del consuelo y de la felicidad.

3. Así unidas estas dos partes, mi Corazon hace, desde el sagrado tabernáculo, que haya entre ellas una comunicacion perpétua y una participacion incansable.

Y donde quiera que Yo estoy en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, los ánge-

les descienden desde los cielos para servirme continuamente, para adorarme, amarme y alabarme.

Y admirados del maravilloso y suavísimo amor con que permanezco entre los hombres, postrados en la tierra delante del Sacramento de mi amor, del mismo modo que en el cielo delante de mi trono, claman incesantemente : « ¡ Santo, Santo, Santo, Dios y Señor Omnipotente ! Llena está la tierra de tu gloria. »

Y cuando se apartan, suben á los cielos llevando en sus manos vasos de oro llenos de perfumes exquisitos, que son las oraciones que los Santos y los fieles me dirigen en espíritu de verdad y de santidad : ofréncelas luégo ante el sόlio de la Majestad Divina, exponiéndole de esta manera las necesidades de sus compañeros de la Iglesia militante.

Por la intercesion de los ángeles y de los Santos, y por propia voluntad de mi Corazon, descienden de las alturas la misericordia y la gracia que consuelan, refrigeran y llenan á los mortales de gozo sobrenatural.

Y de esta manera, hijo mio, en tanto que los moradores del cielo gozan en toda su plenitud de la bienaventuranza, los fieles se preparan continuamente para la misma bienaventuranza en el Santísimo Sacramento ; y así preparados, entran tambien sin interrupcion en los tabernáculos celestiales.

4. Vé aquí de qué modo se unen en mi Corazon la Iglesia triunfante y la Iglesia militante. Uno y el mismo es el principio por quien las dos hacen una sola, y las partes

tienen entre sí una comunicacion mútua y perpétua.

Y fué de mi agrado conciliar en este Sacramento cuanto existe, ya en los cielos, ya en la tierra; de manera que, arraigado todo en él y sostenido por él, abunde tambien en gracias por él mismo.

Y esto, hijo mio, era absolutamente necesario, puesto que si mi Corazon no hubiera dispensado aquella gracia con que, robustecidos y elevados los hombres, consiguieran entrar en el consorcio divino, nunca, jamás hubieran alcanzado la bienaventuranza perdurable por solas las fuerzas naturales.

De esta manera, pues, has llegado tú á la ciudad del Dios vivo, á la Jerusalem celestial, á la frecuente y familiar amistad con muchos millares de ángeles, y á la Iglesia de nuestros antepasados, que hoy son ya ciudadanos de los cielos.

5. Admira, hijo mio, estos sublimes consejos; adora estos misterios de tanto amor; utiliza, finalmente, para aprovechamiento de tu alma, bondad tan infinita de mi Corazon, por la que, aunque débil mortal, te es concedido vivir en íntima amistad con los Santos y con los ángeles, y granjearte en su compañía, tomándola de los mismos tesoros, la bienaventuranza.

Ve de qué manera la Iglesia militante, arrebatada por el amor de mi Corazon, me tributa, á competencia con la triunfante, sus alabanzas y sus manifestaciones de agradecimiento.

Y así como la Iglesia celeste jamás descansa, y sin cesar me ensalza, y me glorifica



perpétuamente, así tambien la Iglesia terrestre no cesa de honrarme y de celebrarme.

No sean, pues, hijo mio, tus sentimientos, sentimientos diferentes de los de la Iglesia tu Madre: siente tú de la misma manera que la Iglesia siente.

Cuando te presentes ante el Tabernáculo de mi amor, dilata tu corazon, entrégate á la devocion, y glorifica á tu Dios y tu Señor.

Unete á la Iglesia militante; únete tambien á la Iglesia triunfante, y de esta manera, en union con los fieles y con los espíritus celestiales, alaba á Dios tu Salvador con el júbilo en el corazon y en los labios.

Humíllate respetuoso; adora, suplica y goza de mi presencia.

6. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh amantísimo Jesus! ¡Qué admirable es ese amor con que tu Corazon me fortalece y me consuela en la tierra, haciéndome en cierto modo gozar en ella de la compañía y bienaventuranza de los cielos!

Así, ¡oh amor incomprensible! así suavizas la amargura de mi destierro, convirtiéndola al mismo tiempo en celestial dulzura.

Y despues de esto, ¿no te amaré, no te alabaré? ¿No han de estar siempre tu amor en mi corazon y tus alabanzas en mis labios?

Sí, Dios mio, sí; te amaré y te alabaré; te amaré y te alabaré cuanto pueda, y deseo poder cuanto debo.

Y convoco para amarte y alabarte á los cielos y á la tierra.

¡Extasiados en tu amor, alábente en este dulcísimo Sacramento los ángeles y los san-

tos, los justos y todos los fieles! ¡Unidas la Iglesia triunfante y la Iglesia militante, hagan estremecerse los cielos y la tierra con sus cánticos de amor y de alabanza!

¡Y todo cuanto ha sido criado, lo visible y lo invisible, lo animado y lo inanimado, todo lo que obedece á tu voluntad, todo á una voz no cese de amarte, de alabarte y de glorificarte de dia y de noche á Tí, que eres el solo digno de universal alabanza, de perpétua gloria, por siglos sempiternos!

7. ¡Oh Jesus dulcísimo sobre todas las cosas, bienaventuranza de los ángeles todos y de todos los santos! ¿Dónde buscaré felicidad en la tierra si no la busco en este Sacramento?

En él me asocio á los santos y comunico con los ángeles; en él disfruto las mismas delicias que se disfrutaban en los cielos.

¡Oh bondad inefable! ¡Oh dulzura infinita! Tú, que atraes á Tí desde lo alto á los espíritus celestiales, atraeme tambien á mi, para que aquí descansen, para que en la compañía de los ángeles te contemple, te adore, te alabe y te suplique en este Sacramento.

Y cuando alguna vez estuviere detenido en otra parte, arranca de allí mi alma y mi corazón, tráelos á Tí, para que estén unidos contigo al ménos con el espíritu, para que trate y me ocupe de Tí frecuentemente con el pensamiento y con el afecto.

¿Qué otra cosa ni mejor ni más dulce puedo desear en el mundo que gozar de Tí en este Sacramento? En él está el nuevo paraíso terrestre donde deseo y resuelvo vivir hasta que, trasladado á tu celestial imperio, cele-

bre mis triunfos en compañía de los ángeles y de los Santos.

(*Imitacion de Cristo, lib. iv, cap. xi.*)

## CAPÍTULO VII.

El sacratísimo Corazon de Jesus une á la Iglesia que se purifica en el purgatorio con las Iglesias militante y triunfante.

1. *Voz de Jesus.* — Nadie, hijo mio, entrará en el reino de los cielos, en la Iglesia triunfante, que no sea santo y sin mancha. Nada entra en el cielo con mancha.

El que sale de este mundo, nó con algun pecado de aquellos que no se perdonan en la otra vida, pero sí con imperfecciones, se salvará, pero purificándose ántes por el fuego.

En este fuego, hijo mio, es donde se halla la Iglesia paciente, multitud de almas que en otro tiempo, afiliadas en mi bandera, militaron conmigo y pelearon contra la carne, el mundo y el demonio; pero que alguna vez desfallecieron en el combate, ya de uno, ya de otro modo, y no resarcieron estos defectos durante la vida.

Padecen, sí, hijo mio, y ciertamente con tanta mayor gravedad, cuanto que, comprendiendo mejor todas las cosas, se abrasan en mayor deseo de participar conmigo de los triunfos del reino celestial.

Apoyadas en la segurísima esperanza de esta dicha inmortal, sufren con más violencia, porque la esperanza que se retarda aflige al alma.

Y aún cuando el alma se alegre de purificarse allí, y de allí no quiera salir hasta ver-



se perfectamente limpia, no halla, sin embargo, descanso, y aguijoneada por vehementísimos deseos, exclama: «¡Cuándo saldré de aquí, cuándo saldre y compareceré en la presencia del Señor!»

2. Yo, hijo mio, amo á estas almas, porque ellas me amaron durante su vida, y hasta el fin siguieron mis banderas.

Escritos están sus nombres en el libro de la vida, y su recompensa está con toda seguridad guardada en mi Corazon.

Entre tanto ánalas la gracia, alívalas la virtud, y las consuela la caridad difusiva de mi Corazon.

Mi Corazon comunica su vida á la Iglesia paciente, de la misma manera que se la comunica á las Iglesias militante y triunfante: las tres son únicamente una en mi Corazon.

Animadas con la vida sobrenatural de mi Corazon, así la que es glorificada en el cielo, como la que se purifica en el purgatorio, como la que combate en la tierra, concurren las tres á uno y el mismo fin, que no es otro que un triunfo interminable para gloria de la Majestad divina.

3. Recibiendo todas la vida de mi Corazon, y refiriendo á este Corazon los frutos de esta misma vida, todos los bienes les son comunes en mi Corazon, cuya caridad, penetrando en el cielo, y en la tierra y en los abismos del purgatorio, se distribuye entre todos los miembros para provecho de todos en general y de cada uno en particular.

Pero porque las almas que padecen en el purgatorio nada pueden ya merecer por sí, ni ser tampoco auxiliadas de los mortales

sino por medio de sufragios , mi Corazon encontró en su amor el medio de ampararlas copiosísimamente.

Hizo , pues , que pudiera aplicárseles y serles propiciatorio el sacrificio eucarístico, en virtud del cual la Majestad divina , ó las libra de penas , ó abrevia y disminuye ciertamente sus suplicios.

A mi Corazon, y nada más , deben aquellas almas su alivio y el verse purificadas por mi misma sangre , cuya virtud se les aplica en el sacrificio.

Y de este modo , hijo mio , se desocupa el purgatorio, se llenan los cielos , y los que peregrinan sobre la tierra reciben dulcísimo consuelo por el destino de aquellos que ya salieron de este mundo.

4. He aquí , hijo mio , cuán hermosa es la Iglesia toda , cuyas tres partes se comunican mútua y perpétuamente en mi Corazon.

La Iglesia militante, gloriándose con los triunfos conseguidos y marchando siempre en busca de nuevas victorias, se alegra á la vez con los que se regocijan en la Iglesia triunfante, y llora con los que padecen en la Iglesia paciente.

Y arriba, lo mismo que abajo , y por todas partes, van y vienen, y suben y descenden el amor y la compasion , la alegría y las oraciones.

Alégrate , hijo mio , de no pertenecer desgraciadamente al número de aquéllos para quienes no existe esperanza alguna mas allá del sepulcro; y sí de ser de aquéllos otros á quienes , unidos en mi corazon, no separa ni la distancia de lugares ni el imperio de la muerte.

5. Anímate, hijo mio, con el espíritu de mi Corazon: y cuantas veces asistas al santo sacrificio de nuestros altares, acuérdate de rogar por los fieles difuntos: es pensamiento saludable, obra piadosísima, pedir por los difuntos para que se vean libres de los pecados, muy particularmente cuando está presente á nuestra vista la Víctima santa y adorable.

Y si alcanzaste perdon, si alcanzaste alguna gracia que pueda aprovecharles, envíasela en el mismo espíritu por la aplicacion, para que les sirva de alivio y de consuelo.

Pero cuando te unas conmigo por la sagrada comunión, encomienda entónces y con la mayor eficacia á aquéllas que te fueron más amadas en el mundo, y á todas las demás por quienes tienes obligacion de pedir.

Considera, hijo mio, con qué sentimiento de gratitud y de amor han de corresponder á tu caridad aquellas almas connaturales tuyas á quienes con tus oraciones y sufragios llevaste á la bienaventuranza.

Esta piedad, esta caridad para con las almas que padecen en el purgatorio, es distintivo característico de los discípulos de mi Corazon, que, siguiendo mi ejemplo, traspasan más allá de los límites de este mundo, para consolar con su misericordia á cuantos encuentren capaces y necesitados de socorro.

6. *Voz del Discípulo.*—¡Oh dulcísimo Jesus! ¡Cuál es, y cuán admirable y cuán bueno tu Corazon!

En ese tu mismo Corazon encuentro tambien á los que habia perdido en esta vida,



uniéndome al mismo tiempo con los que en el mundo me fueron más amados.

En él frecuento con ellos una comunicacion llena de dulzura : en él puedo consolarlos y consolarme á Mí mismo.

Valiéndome, pues, con especial agradecimiento de este medio consolador, ofrezco por tu mismo Corazon, y para alivio de las almas de los fieles difuntos, todo el fruto del sacrificio de la Misa que se haya celebrado en todas partes.

Y en union con esto te ofrezco todas cuantas buenas obras he practicado con el auxilio de tu gracia, para que te dignes lavar las manchas de estas almas, y de esta manera merezcan subir á participar del consorcio divino de la Iglesia triunfante.

Te ofrezco tambien todas mis oraciones y mis súplicas en particular por mis difuntos padres, por mis hermanos, por mis hermanas, por mis amigos, y, finalmente, por todos aquellos que me hicieron bien, ya espiritual, ya corporalmente.

Te encomiendo muy particularmente aquellas almas de cuyas penas he sido causa, y sea de la manera que sea.

Pido especialmente por las almas de aquellos difuntos que en la presente vida fueron discípulos amantísimos de tu Corazon.

Pido, por último, rendidamente por todos, para que, libres de los suplicios que hoy los afligen, entren en sus eternos goces y allí se acuerden de mí.

7. ¡Oh Jesus, Consolador de todos los tuyos y Restaurador de todo lo criado! Cuando estoy en tu presencia, delante del Taber-

náculo santo, me parece que este mundo sensible desaparece, y que se manifiesta un mundo espiritual; pero ¡cuán extenso, qué admirable y qué lleno de maravillas y consuelos!

Aquí comunico con la Iglesia que triunfa en los cielos y con la Iglesia que se purifica en el purgatorio: aquí, en tu presencia, hablo con libertad y santamente con los ángeles y con todos los moradores del cielo; aquí trato con mis parientes y con mis amigos, hoy habitantes de un mundo invisible.

Y esto todo, ¿á quién se lo debo sino á tu Corazon?

En este Sacramento está, aquí está, y nó en otra parte, el trono de mi amor, el lugar del descanso y de la paz, la morada del gozo y del consuelo.

¡Oh y cuán feliz es para mí, mi buen Jesus, fuente de todos los bienes, estar en tu presencia! Vayan los demás donde quieran: recréense en hora buena con los placeres que disfruten: yo, en cuanto tu voluntad lo permita, frecuentaré este lugar, me recrearé en compañía de los tuyos con estas delicias, y comunicaré aquí contigo, Corazon á corazon, en la plenitud de tu suavidad.

*(Imitacion de Cristo, lib. iv, capitulo ix.)*

## CAPÍTULO VIII.

Inefables ocupaciones del sacratísimo Corazon de Jesus, para con su Padre en el Santísimo Sacramento.

1. *Voz del Discípulo.* Si todas las obras, Señor y Jesus mio, que ha realizado tu Cora-

zon con cada parte de la Iglesia son tan admirables y sublimes, ¿cuáles serán sus ocupaciones con tu Padre celestial, á quien infinitamente amas, y de quien eres infinitamente amado?

Misterios son éstos, en verdad, tan profundos, que aunque para explicarlos yo tuviera las lenguas de los ángeles y de los hombres, sería como un niño que todavía no sabe hablar.

Sí, Dios mio; arcanos incomprensibles son de que al hombre no le es permitido hablar.

Pero Tú mismo, Señor, Tú mismo, revélanos cuanto sabes nos es necesario para tu mayor gloria y conveniente para nuestro bien, á fin de que podamos amarte y adorarte como es debido en tu Santísimo Sacramento.

2. *Voz de Jesus.*—Oye, hijo mio, con reverencia, atiende con devoción, y Yo te manifestaré los secretos divinos.

Aquí, en este secretísimo apartamiento, y en medio de una luz increada, contempla extático mi Corazon la esencia divina, é infinitamente me deleito con sus divinas perfecciones.

En ellas se ve inundado mi Corazon con goces inefables, y cuanto durante su vida mortal se vió más saturado de terribles amarguras, tanto más se ve ahora lleno de abundantísimas dulzuras.

Entre estos resplandores, y rodeado de divinas delicias, mi Padre está en Mi, y Yo estoy en mi Padre: mi Padre habla conmigo y Yo con Él, pero sin el estrépito de las palabras.



En este Sacramento mi Padre me comunica los consejos de su sabiduría, los decretos de su omnipotencia, y lo amabilísimo y agradable de su bondad.

Todo lo abraza al mismo tiempo mi Corazon, y en ello se complace.

3. Mi Corazon ama al Padre sobre todas las cosas: y de tal manera se abrasa aquí en su amor, que nada absolutamente es capaz de disminuir sus incendios.

Y aquí tienes, hijo mio, un amor con que ningun otro corazon puede amar á mi Padre, en cuanto que cualquier otro corazon de hijo se refiere y se une á El, nó con el titulo de naturaleza como mi Corazon, sino con el titulo de adopcion solamente.

En esto, pues, mi Corazon es solo y sin semejante. Por esta razon mi Padre se deleita especialísimamente con el amor de mi Corazon, sobre el amor de los Santos y de los ángeles todos, porque es el amor del Corazon de su Unigénito Hijo.

Y siendo como soy el Unigénito de Dios Padre, y siendo mio todo cuanto es del Padre, de todo gozo y todo lo poseo en el Espíritu Santo.

Lo que mi Padre hace, eso hago Yo: lo que el Padre crea, y conserva y multiplica, lo mismo creo, conservo y multiplico, en union con el Padre y con el Espíritu Santo.

Y porque soy al mismo tiempo Hijo del hombre, me anonado en cierta manera ante la Majestad de mi Padre, y le rindo profundas y perpétuas adoraciones.

Aquí adoro todas las demas perfecciones divinas, como ni los querubines, ni los sera-

finés, ni criatura alguna pueden adorarlas y glorificarlas.

5. Pero mientras en esta mística soledad comunico solo con sólo mi Padre y con el Espíritu Santo, mi Corazón no es tan infiel que se olvide de las obras de su amor; viviendo entre los hombres.

Por ellos ofrezco incansablemente al Padre mi Corazón. y sus diferentes y estupendos sacrificios.

Si existen algunos de espíritu lánguido, enfermo ó casi muerto, aquí ruega mi Corazón por ellos con gemidos inexplicables.

Y se derrite en presencia de mi Padre, con todos sus afectos, para que el que es justo se justifique más, para que el que es santo se santifique más.

Ni me canso, por último, de elevar mis oraciones y mis súplicas por todos aquellos á quienes no me avergüenzo de llamar mis hermanos delante de mi Padre, diciéndole: «Para que todos sean uno solamente; para que como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Tí, así ellos sean también uno en nosotros.»

Yo estoy en ellos, y Tú estás en Mí: para que sean consumados en uno; para que el mundo conozca que Tú me enviaste, que Tú los amaste, y que los amaste del mismo modo que á Mí me has amado.

No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Santificalos en el conocimiento de la verdad.

Quiero, Padre mío, que aquellos que me confiaste estén conmigo y donde Yo estoy, para que vean la claridad con que me has clarificado.

6. Aquí tienes, hijo mio: estas son las ocupaciones en que se emplea mi Corazon perpétuamente con el Padre celestial en este santo Tabernáculo.

Procura, pues, con el mayor desvelo, cuando comparezcas en mi presencia, imitarle en estas ocupaciones.

Eleva tu corazón sobre los sentidos, y contempla con la luz de la fe á tu Dios y tu Salvador allí presente, en union con tu Madre la Iglesia que, como símbolo de su fe, tiene una luz continuamente encendida delante del Santísimo Sacramento.

Medita en silencio, con mucha reverencia y piadoso afecto, todo aquello de que en él se ocupa mi Corazon.

Acércate aquí con frecuencia; derrama, hijo mio, aquí continuamente tu corazon; ama, y deléitate con mi Corazon en este Sacramento.

7. *Voz del Discípulo.*—¡Oh admirables y divinas ocupaciones las tuyas, Jesus mio en el sagrado Tabernáculo!

Ellas solas, Señor, ellas solas, si bien se meditan y comprenden, enseñan mucho más que pueden enseñarnos todos los libros, ni describirnos todos los ingenios.

¡Oh soledad divina de Jesus en el Santísimo Sacramento! En él está la fuente de los secretos celestiales: él es la escuela de la contemplacion, donde aprende el alma á elevarse sobre todo lo sensible, á ir hácia el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, á presenciar las grandezas de Dios, á orar con el espíritu y con el corazon, y á experimentar los místicos y divinos placeres.



El ojo no vió, el oído no oyó, ni sentido alguno pudo percibir jamás; sólo se comprende por la fe; sólo se experimenta por un amor muy puro cuánta es la suavidad y cuánta la plenitud de bienes que se halla escondida en este Sacramento.

Aquí está, Señor y Jesus mio, el misterioso retiro donde Tú, tranquilo, lo tranquilizas todo; donde Tú, ocupado, nos ocupas á todos, y donde Tú, Santo todo, nos santificas á todos.

Esta es la morada que frecuentan los ángeles, y donde las almas puras desean vivir perpétuamente.

Aquí, dulcísimo Jesus, aquí es donde yo te buscaré siempre: merezca, te lo ruego, merezca yo aquí ver con tu misma luz esa luz en que habitas, ocuparme incansablemente de Tí, deleitarme con las maravillas que obras en compañía del Padre y del Espíritu Santo; aquí deseo anegarme en ese río de divino amor que brota de tu mismo Corazón, y trasformarme aquí en ese mismo amor.

Entrame, pues, á lo más oculto de tu Corazón, y guárdame escondido en este divino descanso, donde concluye todo movimiento humano y donde todo lo que se mueve principia en la Divinidad y vuelve á terminar en la misma Divinidad.

Si he encontrado gracia á tus ojos, admíteme, Señor, y úneme á Tí con el vínculo indisoluble del amor: llena Tú, interior y exteriormente, todas mis facultades, para que viva de Tí y para Tí únicamente.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, cap. XLIII.)*

## CAPÍTULO IX.

El sacratísimo Corazon de Jesus honra infinitamente á su Padre en la Santísima Eucaristía.

1. *Voz de Jesus.*—Ahora , hijo mio carísimo, el Hijo del Hombre es ya glorificado, y Dios es glorificado en Él.

¿Cuanto juzgas que glorificará y honrará al Padre el Hijo que, para mayor honra y gloria del Padre, permanece en la tierra , nó ya visible, sino escondido en el Santísimo Sacramento ?

Digno es el Padre de toda adoracion, de toda alabanza y obsequio; y todo esto se lo tributo de todas maneras en este sagrado misterio, por las inmensas humillaciones á que en él me someto.

Tanto más ensalzada es la Majestad de Dios Padre , cuanto el Hijo hecho hombre se abate con mayor humildad para dar honor al Padre.

Mide, si acaso te es posible , el abismo de humildad en que para gloria de mi Padre aquí estoy sepultado. Descendí, ciertamente, en la Encarnacion á un abismo profundo: atravesé durante mi vida por un abismo todavía más profundo; y en mi muerte me sumergí en un profundísimo abismo. Pero en este Sacramento me anonado más y más que en aquellos abismos : en él supero y sigo superando todos aquellos excesos.

Esfuézate cuando puedas ; trabaja cuanto quieras ; podrás admirarte, podrás asom-

brarte ; pero no podrás nunca ni comprender ni expresar , ya la profundidad , ya la extension del abismo en que en este Sacramento se anonada mi Corazon.

Los ángeles mismos se maravillan cuando contemplan reverentes á Aquél á quien reconocen y adoran como su Señor , humillándose , para honor de su Padre , más que ellos pudieran humillarse.

De aquí el que se inflamen y exciten con extraordinaria vehemencia á glorificar á la Majestad divina , cuya infinita grandeza no pueden comprender , pero á quien , segun el ejemplo de mi Corazon , conocen que es debido un honor infinito.

2. Si el estado mismo en que aquí me hallo tanto honra á la Majestad de Dios , ¡cuánta será la gloria que recibe de las obras que la consagro en este mismo estado!

No te atrevas á juzgar por las apariencias , porque las cosas divinas no pueden medirse segun el entendimiento humano.

Siendo todos mis actos en este Sacramento actos de una persona de infinita dignidad , son de infinito valor , aún cuando invisibles y sin resplandor que hiera exteriormente los sentidos de los hombres.

Por esta razon , hijo mio , el movimiento más pequeño que mi Corazon consagra á la gloria de mi Padre , le glorifica sin comparacion infinitamente más que todas las obras ejecutadas por todas las criaturas.

Reune con el pensamiento todos los hechos esclarecidos , y las acciones ilustres , y las empresas mortales que los hombres realizaron en el mundo , y con las cuales exten-



dieron su fama por toda la redondez de la tierra; y todo ello, comparado con un solo acto de mi Corazon, no es otra cosa que el humo que despide la llama del fuego.

Añade además todas las virtudes, todos los padecimientos, todos los hechos heroicos con que se hicieron verdaderamente insignes todos los Santos desde Abel hasta el último de los justos; y todo ello, aunque agradable y honroso para Dios, dista, con una distancia infinita, de uno sólo de los sacrificios con que mi Corazon le honra en este Sacramento.

¿Qué más? Grandes y gloriosas son ciertamente todas las alabanzas y acciones de gracias que los espíritus celestiales y los moradores del cielo ofrecen á la Majestad divina; pero son incomparablemente más grandes y más gloriosas las que mi Corazon le tributa, inmolándose una sola vez en el altar.

3. Con justicia, pues, se regocija la Iglesia Santa en ser Esposa del Hijo de Dios, que honra por ella á la Majestad divina cuanto merece ser honrada, dándole tantas gracias cuantas le son debidas.

Esto reconoce diariamente y con espíritu de gratitud, cuando acercándose por mí mediacion al Padre, le dice: «Por él, y con él, y en él es consagrado á Ti, Dios Padre Omnipotente, todo honor y toda gloria, en unidad con el Espíritu Santo.»

Formada y unida á Mí con esta divina institucion, pide tambien al Padre con confianza, y le da gracias por Mí, Cristo Señor, sin temor de ser desechada.

Y sabiendo que sus actos son aceptables á Dios sobrenaturalmente sólo por Mi, cuanto hace y cuanto ofrece, todo lo hace y ofrece en union conmigo, para alabanza y gloria de la Majestad divina, y para su aprovechamiento y vida eterna.

4. Bienaventuradas, hijo mio, aquellas almas que, animadas del mismo espíritu de su Madre la Iglesia Santa, se unen con ella á mi Corazon en este Sacramento, procurando de esta manera dar á Dios el honor y accion de gracias que se le deben, pero que no pueden tributarle por sí mismas.

Recuerda, hijo mio, cuánto debes al Padre celestial, que te amó de tal manera, que te dió su Unigénito Hijo de un modo tan dulce y tan maravilloso: que tanto amor sigue dispensándote, para que abundantemente te comunique los dones del Espíritu Paráclito, enviado en mi nombre.

¡Qué deuda tan dulce será para tí la de la gratitud, si tienes un corazon noble! ¿Qué más dulce para tí, si tienes corazon de hijo, que tu agradecida correspondencia hácia el mejor de los padres?

Si quieres manifestar tu agradecimiento á Dios, hónrrole como el hijo honra á su padre. El mismo dice: «Si yo soy tu Padre, ¿dónde está mi honor?»

5. *Voz del Discípulo.*—¡Oh Padre Eterno, del cual lo he recibido todo como de su único y sumo principio, y, lo que es mucho más inestimable, de quien he recibido tu Hijo Unigénito con todos sus méritos y con sus beneficios inefables, y tambien el Espíritu Santo con sus gracias y dones multiformes!

¿Qué te devolveré por tantos y tan señalados bienes?

Si ha de haber relacion y proporcion entre el don y el agradecimiento, incapacitado estoy por mí mismo de manifestarte el debido agradecimiento, puesto que no hay comparacion entre tus dones infinitos y mi imperfecta gratitud.

Y cuando considero que las divinas perfecciones son todas infinitas y que las perfecciones infinitas deberían ser infinitamente honradas por sí mismas, solamente, y aún cuando no nos hubieses dispensado otros beneficios, me confundo con el peso de mis deudas, porque confieso que es imposible que yo pueda pagarlas en toda la eternidad.

Pero aquí tienes á Jesus, único, amadísimo Hijo tuyo, que por tu amor y por mi amor permanece conmigo en la tierra, y El suplirá cuanto yo debo y no puedo.

Por este mismo Hijo, pues, que sabe tus beneficios y comprende todas tus perfecciones, reconozco aquí en la union del amor de su Corazon en obsequio de su patrocinio, y te tributo una adoracion agradecidísima siempre en aquel en quien tú siempre te complaces.

6. Regocíjome con todo mi corazon de que seas infinitamente perfecto é inefablemente generoso para mí, y de tener yo en el Corazon de Jesus, amado Hijo tuyo, con qué poder tributarte el honor y el agradecimiento que te son debidos.

Por eso te ofrezco todas las virtudes del Corazon Sacratísimo de tu Hijo, y todas las obras que incansablemente ejecuta en el



Santísimo Sacramento de su amor, para honor de tu Majestad y para salvacion de todo el mundo.

Cuanto yo puedo hacer es nada en comparacion de lo que te debo: y motivo de mayor alabanza tuya es que tus méritos excedan á todas mis facultades.

Pero mira á Jesus, tu Hijo, que es la imagen de tu bondad y de tus perfecciones, y recibe para mayor gloria tuya la plenísima santidad de su Corazon.

Dígnate, Padre Santísimo, admitir los méritos, las satisfacciones y las alabanzas de tu Unigénito Hijo, que te ofrezco en compensacion de todas las injurias con que yo te ofendí y otros te ofendieron.

Ofensas que yo quisiera borrar con mi sangre, á ser posible, y si no, á costa de cualquier otro sacrificio; pero como cuanto yo haga es insuficiente para esto, lo ofrezco todo, unido á los méritos infinitos del Corazon de tu Hijo Jesus.

7. Por ese mismo Corazon de tu Hijo muy amado, por el cual te tributo el honor que te mereces y te doy gracias por todos tus beneficios, pido hoy tambien nuevos favores y para mayor gloria tuya.

Concédeme, en primer lugar, grande, generoso y tierno amor á tu Hijo, amado de mi alma, dulcísimo Jesus, que tan amorosamente vive conmigo en este Sacramento.

Haz que, animado de los sentimientos de su Corazon y unido á su Corazon, viva por Aquel por quien únicamente puedo llegar á Tí.

Concédeme para esto la plenitud del Es-

piritu Santo que animó y dirigió siempre el Corazon de Jesus.

Llene é inflame este Espíritu todo mi Corazon en el amor de Jesus, y abrásele siempre con el hambre y con la sed de su suavísimo Sacramento.

(*Imitacion de Cristo, lib. iv, cap. x.*)

## CAPÍTULO X.

El sacratisimo Corazon de Jesus, con sus sacrificios en la sagrada Eucaristia, aplaca á la divina Justicia y alcanza gracias inmensas para todos nosotros.

1. *Voz de Jesus*.—Hijo mio, esto dice el Señor tu Dios: en todo lugar se sacrifica y ofrece una oblacion limpia; porque mi nombre es grande en todas las naciones.

Esta es, hijo mio, aquella hostia de salud que, ofrecida una vez en el monte santo para la redencion de todos, se ofrece hoy diariamente en todo el mundo para la aplicacion de mis méritos á cada uno de los hombres, y para remision de los pecados que se cometen todos los dias.

Sabiendo Yo cuánto habían de ofenderme los que creyeran en Mí, por la debilidad de su condicion, instituí, á impulsos del amor de mi Corazon, este sacrificio, no solamente de supremo culto y de accion de gracias, sino tambien propiciatorio é impetratorio, con cuya ofrenda, aplacado el Señor, y concediendo la gracia y el don de penitencia, perdonaría todos los delitos, todos los pecados, y dispensaría abundantísimos favores.

El mismo sacrificio ofrezco hoy en el altar que ofrecí en otro tiempo en la Cruz; nó en verdad de un modo cruento como entónces, pero sí con igual amor de mi Corazon.

Y cuantas veces se ofrece este agradable sacrificio, y cuantas se celebra la memoria de esta Víctima, otras tantas se repite la redencion humana.

Y el Padre Omnipotente mira siempre con semblante propicio y apacible esta oblacion, y la acepta como sacrificio santo y hostia inmaculada, con preferencia á la que le ofreció el sumo sacerdote Melquisedech.

Por esta razon la Iglesia pide con entera confianza á Dios Padre que libre á los fieles de todos los males pasados, presentes y venideros; para que, auxiliados con la virtud de la misericordia divina, se vean libres de todo pecado y seguros de toda perturbacion.

¿Qué ha de negar, pues, el Padre Eterno cuando me ve, Hijo suyo único, sacrificado sobre el ara por el celo de su honor y el amor de los hombres, víctima de su gloria, y clamando y pidiendo por mis hermanos, con mi Corazon y con mi misma sangre?

2. Esta oblacion, por excelencia pura, presentada al Padre celestial por Mí mismo en el afecto infinito de mi Corazon, y por el ministerio de los sacerdotes, le es siempre agradable y es siempre escuchada con reverencia.

Hé aquí porqué se instituye gran número de sacerdotes; ya para que no se extingan por la muerte, ya para que este sacrificio se ofrezca en todo lugar: pero Yo, que vivo eternamente, desempeño el sacerdocio sem-



piterno; y puedo salvar perpétuamente á los que por mi mediacion se acercan á Dios.

Parece tambien que la perpétua inmolation de esta Víctima sagrada enrojece continuamente la tierra, y su dulzura sube incessantemente al Padre en olor de suavidad, unida á las virtudes y á los méritos de mi Corazon.

Si es cierto que las culpas multiplicadas de los hombres ofenden muchísimo á la Majestad divina y provocan su justicia, más, incomparablemente más, le honra y aplaca este sacrificio, puesto que su Hijo Unigénito le es más agradable que pueden serle desagradables todos los pecadores.

¿Qué region existe sobre la tierra que no haya sido teñida, en cierta manera, con la sangre de mi Corazon, ó que haya quedado excluida de su proteccion y de sus oraciones? ¿Con qué castigo podrá Dios afligir al mundo, que no hiera, en vez de aquél, el Corazon de su Hijo?

Pecaron los hombres, y, sin embargo, no fueron sepultados en un estanque de fuego, como merecian: y ántes bien hoy se les permite vivir, nó para que pequen, sino para que se salven.

Yo me coloco entre Dios mi Padre y los pecadores, y ofreciéndome é intercediendo por ellos, le digo: «Mira, Padre justísimo y Santo, mira mis piés, mis manos y mi costado: ¡ve cuánto los pecadores han costado á tu Hijo! Perdona, Padre mio, perdona á tu pueblo con el amor con que me amas á Mí mismo.»

3. ¿Y por ventura, Hijo mio, no debería

el pecador ceder á la infinita bondad con que tengo cerrado el infierno para que en él no se sepulte, con que encadeno á los demonios para que no le arrebatén, y con que detengo el brazo del Omnipotente para que no le destruya el rayo de la justicia divina?

Te admirarías indudablemente si vieras todos los medios ocultos de que mi Corazon se vale en este Sacramento para salvar aquellas almas que serían inmediatamente, y con razon, aniquiladas, á no apartar Yo de ellas la divina indignacion.

Y recuerden que si hoy no se castiga á los malvados con suplicios repentinos é inmutables, se debe únicamente á mi Corazon, con cuyo sacrificio se conserva todo el mundo.

Aquí tienes, hijo mio, de qué modo ama mi Corazon, acordándose siempre y en todas partes de los hombres, áun de los más desventurados, y promoviendo siempre y en todas partes la salvacion de las almas.

4. Te es, pues, de una importancia infinita comprender cuáles son los sentimientos con que debes frecuentar este misterio en que obtienes el remedio de tantas necesidades, y por el que consigues tan repetidas gracias y beneficios.

Pero áun cuando este sacrificio es de un valor infinito, su fruto, sin embargo, no se aplica al hombre sino de un modo limitado, en proporcion al fervor de la fe y de la devocion, á las disposiciones del alma del que á él asiste ó por quien se ofrece, segun enseña la Iglesia inspirada por el Espíritu Santo, cuando al sacrificar ruega á Dios que se acuerde de sus siervos y de sus siervas, y

de todos los circunstantes cuya fe y cuya devocion son ya conocidas.

Por esta razon , hijo mio , celebra ú oye la misa con viva fe , con verdadera devocion , con santas disposiciones , para que obtengas el fruto máximo del sacrificio y merezcas conseguir todas las gracias que en él pidieres.

Pues la clemencia divina concede indudablemente á los que asisten bien preparados los bienes que se solicitan en la Misa , y no pocas veces concede beneficios que no se pidieron.

No olvides jamás , hijo mio , que el oír piadosamente la Misa es un medio muy saludable de preservarte de peligros , de librarte de una muerte repentina , y de seguir por el camino de la justificacion.

Si quieres atesorar méritos , asiste frecuentemente , segun te sea permitido , al santo sacrificio ; merecerás mucho más oyendo piadosamente y con devocion una sola Misa , que si de tu propia voluntad te mortificas con ayunos y austeridades , ó emprendes una larga y penosa peregrinacion.

Si quieres , finalmente , ser recomendable de veras á mi Corazon , asiste con mucha frecuencia y piadosísimamente á la Misa. Este sacrificio glorifica extraordinariamente á la Santísima Trinidad , regocija á los ángeles y á los Santos , enriquece de gracias á los justos , ayuda á los pecadores para su conversion , redime á las almas detenidas en el purgatorio , y recrea , por último , á toda la Iglesia que peregrina sobre la tierra.

5. *Voz del Discípulo.*— ¡Oh dulcísimo Jesus ! ¡Cuánta misericordia ! ¡Qué gratuito





amor! ¡Qué invencible benignidad! ¡Y qué admirable bondad la de tu Corazon, puesto que por los mismos que más le afligen cuanto está de su parte, no cesas de sacrificarte para detener el rayo de la cólera divina, con tal que busquen asilo seguro en el amparo de tu Corazon!

Sí; y yo mismo confesaré que, aunque abrumado siempre por los dones de tu Corazon, he afligido, ingratisimo, no pocas veces á ese mismo Corazon.

Mucho es lo que te debo, pues debo absolutamente á la gran misericordia, á la bondad infinita de tu Corazon, si vivo todavía, si ya mil veces no he sido aniquilado.

6. ¡Oh Corazon de Jesus! ¡Corazon suave y dulcísimo! ¡Corazon amantísimo, siempre y en todas partes derretido por los excesos de su amor! ¿Tendré acaso corazon digno de este nombre si no correspondo á tu amor?

¿Quién, Señor, quién resistirá á tu amor, cuando considere de qué modo nos hospedas dentro de tu Corazon en la Santísima Eucaristía, ofreciéndote Tú mismo por nosotros al Eterno Padre?

¡Oh mi Jesus! ¿Qué sería del pobrecito pecador si le arrojaras de la misericordia de tu corazon? ¡Cuán aterradores los rayos de la Justicia divina le precipitarían en los infiernos!

¡Léjos de mí, Señor; no permitais que yo me exponga á tanto peligro, provocando tu Corazon con la ingratitud y con el pecado!

7. Haz, ¡oh Salvador mio! que en obsequio tuyo, que tan solícito vives de mí, te ame fervorosamente, te agrade con el mayor es-

mero, te visite con frecuencia por agradecimiento y por amor, y muchas veces y con mucha devocion asista al sacrificio de la Misa.

¡Oh qué poco te amo si aquí no vengo todos los días, si no asisto á la Misa para meditar, para comunicar contigo y para pedirte mucho en ella!

¡Cuánto tiempo consagro á los negocios del mundo! ¡Cuánto al descanso y deleite propio! ¿Y no podré emplear aquí media hora siquiera en tu compañía en el negocio de mi salvacion eterna, cuando por ello recibo tus gracias y bendiciones, con las que prosperan y santificas mis negocios y todas las cosas?

Sí, Señor; vendré diariamente á tu compañía. Y si por casualidad la necesidad me lo impidiere, asistiré con el espíritu.

(*Imitacion de Cristo, lib. iv, cap. viii.*)

## CAPÍTULO XI.

El sacratísimo Corazon de Jesus es, en el Sacramento de su amor, nuestro mayor consuelo en la tierra.

1. *Voz de Jesus*.—Aquí tienes, hijo mio, mi Tabernáculo con los hombres; aquí habitaré con ellos. En él consolaré Yo mismo á los que se acerquen, y enjugaré las lágrimas de sus ojos.

Y puesto que no hay lugar en el mundo donde las aficciones no hagan derramar muchas y frecuentes lágrimas, mi Corazon mul-

tiplica los milagros para que en todas partes se multipliquen los consuelos.

Esto, hijo mio, justifica que la misericordia de mi Corazon es infinitamente más grande que puede serlo la miseria humana.

Si algun remedio, si consuelo alguno es necesario en empresas desgraciadas, aquí en mi Corazon se encuentra, y de mi Corazon se recibe con alegría.

En este Sacramento renuevo todas las cosas : lo pesado lo transformo en soportable; lo insípido en sabroso; convierto la amargura en dulzura, y el luto del corazon en alegría.

Transformo tambien en este Sacramento este valle de lágrimas en un paraíso, y la tierra en un cielo anticipado. Aquí está la abundancia de todos los bienes; aquí la fuente del gozo y de la paz, aquí los ángeles, aquí Yo mismo, bienaventuranza sempiterna.

2. Tales son, hijo mio, los prodigios de amor que mi Corazon realiza por tí, para que no desmayes en las tribulaciones de la vida, y ántes bien, atraído por la bondad de mi Corazon, te acerques con confianza á este manantial de todo consuelo.

Una vez que hayas saboreado bien sus dulzuras, olvidarás inmediatamente y por completo todas las pasadas aflicciones, ó las juzgarás como verdaderas alegrías.

Cuando exhales tu corazon aquí, delante de mi sagrado tabernáculo, y mucho más cuando despues de recibida la sagrada comunión hables conmigo de corazon á corazon, resignándote profundamente conmigo, verás entónces que el consuelo reemplaza á



la afliccion, la confianza al temor, y el vigor á la tibieza de tu alma.

Si abandonándome á Mí corres hácia otra parte para encontrar quien te alivie ó te auxilie desfallecido, la experiencia te hará exclamar muchas veces : « ¡Busqué quien me consolara, y no le hallé! »

Pero nunca te acercarás en vano á mi Corazon : nunca te apartarás de mi Corazon sin consuelo.

Acude, pues, siempre aquí, para que recibas el remedio de tus tribulaciones, y para que conviertas tus aflicciones en méritos consoladores para tí.

3. Si el infortunio, si la pérdida de los bienes y la indigencia hacen que tu corazon prorumpa en gemidos y tus ojos se aneguen en lágrimas, de manera que tu alma se entristezca hasta el cansancio de la vida, encontrarás, hijo mio, en este Sacramento lo que mortal ninguno puede proporcionarte; en él encontrarás el lenitivo de tus dolores. Mi ejemplo, bien considerado, bastará á consolar tu corazon; fortalecerá tu alma la promesa de bienes imperecederos, que despues de este corto número de dias has de recibir en la participacion de mi herencia; y, finalmente, la gracia secreta de mi Corazon cambiará no pocas veces las lágrimas del dolor en lágrimas de consuelo.

Si el mundo te aborrece, si los hombres te abandonan, si te son contrarios, si te desprecian; aquí, hijo mio, aquí, en este misterio de amor encontrarás consuelos inagotables. Cuando me poseas, cuando te unas estrechamente á Mí, que soy tu Salvador, tu

amigo fidelísimo, tu Padre el mejor y el más entrañable, entónces te encontrarás satisfecho de vivir escondido, de verte humillado conmigo, para ser de este modo más semejante y más amado á mi Corazon, y digno de que Yo te ensalce eternamente á la compañía gloriosa de mis escogidos.

Y si las aflicciones del cuerpo te acometen, y si te atormentan las angustias del alma, tienes, hijo mio, en este Sacramento tu consuelo; consuelo que penetra hasta lo más íntimo del corazon enfermo, y que nadie puede impedir sino tú mismo, creyendo más á tu propio dictámen, á tus propios sentimientos, que á mis avisos interiores.

Sí, aquí experimentarás indudablemente lo que millares de almas fieles frecuentemente experimentaron: almas que, acercándose aquí afligidas y atormentadas, se retiraban con corazon ya tranquilo, una vez recreadas inmediatamente con las dulzuras del amor de mi Corazon.

Si te molestan las tentaciones, si te ves abrumado por la desolacion, acude aquí, hijo mio, presuroso: oye y advierte que, aun tentado y desolado, te llama y te aguarda mi Corazon. El te recibirá gozoso; él te fortalecerá con su misma fortaleza, y te inundará con las dulzuras de su uncion santa.

Si cometes alguna falta, levántate inmediatamente y acude á él. Aquí lo resarcirás todo: aquí recobrarás la paz y la alegría del Corazon.

¡Oh y si supieras, hijo mio, cuánto mi Corazon desea consolar á todos y á cada uno en este Sacramento, consolándose á sí mismo

siempre que se consuela á los afligidos! Entónces comprenderías el cómo y el por qué ninguno acude á mi Corazon afligido ó atribulado que no reciba consuelo.

4. Y ciertamente que en este tabernáculo santo me posees á Mí, y en Mí posees al mismo Salvador que consolaba á todos, durante su peregrinacion sobre la tierra; posees aquel mismo Corazon que, encontrándose contento en el pesebre, dió á los pastores la paz, llenó á los Magos de celestiales dulzuras: aquel que durante su niñez recreaba á los que le visitaron, y que durante toda la vida era refugio y solaz de todos.

Tú sabes, hijo mio, que los enfermos y los débiles, los ciegos y los baldados, los sordos y los mudos, los desgraciados y todos los afligidos, llamaban á las puertas de mi Corazon, implorando su auxilio y su misericordia.

¿Y vió, por ventura, defraudadas sus esperanzas quien, obligado por cualquiera afliccion, acudió en todo tiempo á Mí, lo mismo de dia que de noche?

¿Y cuántos afligidos acudieron, por ventura, buscando á cualquier hora consuelo en la bondad de mi Corazon, y se apartaron de él más consolados de lo que pudieron esperar?

5. Pues indudablemente, hijo mio, que mi Corazon renueva en este Sacramento todas estas maravillas, y repite todos estos consuelos; pero de un modo tanto más útil y tanto más perfecto, cuanto es más espiritual y más á propósito para la vida eterna.

Entónces curaba ciertamente las enfermedades del cuerpo; pero aquí cura las enferme-



dades, las debilidades y las miserias del alma.

Allí daba libertad á los poseidos ó molestados por el demonio; aquí hace más, pues protege á los fieles contra el demonio.

Allí limpiaba á los leprosos: aquí purifica las almas, y las deja más limpias y más blancas que la nieve.

Allí alimentaba milagrosamente á millares de hombres con una comida sobrenatural; aquí nutre á todos los fieles con el pan de los ángeles.

Allí llamaba los muertos á la vida; aquí, beneficio incomparablemente mejor, preserva las almas de la muerte.

Y de la misma manera que mi Corazon estuvo manifiesto á todos, lleno de compasion y de misericordia y de bondad, así ahora está abierto para todos, áun para los más infelices y más desconsolados.

No creas, hijo mio, no creas, aunque te incline á ello el espíritu maligno, que mi Corazon es ahora diferente del que era entónces, y que siente de distinto modo, ya con respecto á Dios, ya relativamente á los hombres.

Ten especial cuidado en no establecer diferencias entre mi Corazon, que hoy reside en este Sacramento para consolarte, y mi Corazon que en otro tiempo, durante mi vida mortal, aliviaba muy admirable y dulcemente á los hombres, colmándolos al mismo tiempo de innumerables y gratuitos consuelos. Todo espíritu que así desune, que de este modo divide mi Corazon, no es espíritu que pertenece á Dios.

6. Abre tu corazon, hijo mio, y recibe

todo cuanto te sea posible de los consuelos que desde el fondo de mi Corazon llueven para tí como de una fuente inagotable.

Todos los suaves y maravillosos consuelos que comunicó á muchas y muy distintas personas durante la vida mortal, te los comunica á tí hoy, y ahora, y siempre en su vida sacramental.

¡Cuanto más feliz eres tú que aquéllos que vivieron en el tiempo que yo vivía! Ellos no disfrutaban continuamente de mi presencia, como tú la disfrutas; ellos no me poseían del modo mismo que tú me posees; ellos, finalmente, hijo de mi Corazon, ni me recibían, ni me gozaban como tú gozas de Mi y me recibes.

Hé aquí, hijo mio, hasta qué extremo te favorece mi Corazon. En toda necesidad, pues, en toda dificultad, ya interior ó ya exterior, vuela aquí. Aquí encontrarás, si eres reo, el perdon; si estás enfermo, la medicina; si abatido, valor y fortaleza; si afligido, alivio y consuelo; si en peligro, proteccion y amparo, y remedio para todas las miserias, y consuelos siempre verdaderos y santificantes.

7. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh Jesus! ¡Oh amor mio! ¡Qué suaves son los designios con que tu Corazon, para mitigar las amarguras de esta vida, peregrina conmigo en este destierro, cambiando el mismo destierro en un paraíso.

¿Hablaré, Señor, ó callaré cuanto comprendo del demasiado, del exquisito amor de tu Corazon para con nosotros los hombres? No callaré, nó: hablaré para gloria de tu Corazon. Nunca ¡oh Jesus! trataste de esta

manera ni áun á los mismos ángeles; nunca te entregaste á ellos, para que gozaran de Tí de esta manera.

¡Oh Jesus mio, dulzura infinita! ¡Hasta qué extremo me has amado! ¡De qué modo te me has entregado Tú mismo! ¡Cómo te haces todo consuelos para mí!

¿De dónde, amantísimo Dios, de dónde tanta bondad para con un hijo tan ingrato, que ni siquiera merece el nombre de hijo?

¡Oh amor inefable! ¡Así manifiestas la grandeza de tu bondad, no teniendo en cuenta tu Majestad y mi bajeza, sino obedeciendo benigno á la bondad de tu Corazon, impelido de mi necesidad y de tu caridad!

¡Oh Jesus y mi Señor, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo! ¡Con cuánto regocijo me acerco á Tí, estimulado y obligado por tu gratuita bondad!

Multiplicadas y muy grandes son, en verdad, mis miserias; pero atraído por la dulzura de tu amor, me acerco á Tí, sin embargo, con confianza y con alegría.

Ahora sí que comprendo que aunque eres impasible, no eres insensible; ahora sí que me convenzo de que, aunque eres inaccesible á mis aflicciones, mis aflicciones no te son indiferentes.

Ahora conozco que Tú puedes y quieres compadecerte de mis enfermedades, y que mis miserias, tantas y tan grandes como son, son el objeto de tu infinita misericordia.

Si hasta aquí he permanecido miserable y desconsolado, culpa fué mia, porque des cuidé venir á esta fuente, siempre abierta, de misericordias y consuelos.



Desde ahora , pues , cuantas veces me sienta afligido , me levantaré , correré á este manantial de todos los bienes , donde encontraré remedio más abundante que el que necesito ; donde descubriré mayores consuelos que los que sea capaz de recibir mi corazon.

(*Imitacion de Cristo , lib. iv , cap. III.*)

## CAPÍTULO XII.

El sacratísimo Corazon de Jesus , instruyendo á los bombres en su vida sacramental como en otro tiempo en la vida mortal , no cesa de enseñarnos que es manso y humilde.

1. *Voz de Jesus.*—Oye mi voz , que se dirige á todos los hijos de los hombres : atended y considerad.

Ved de qué manera permanezco en medio de vosotros todos los dias : aprended de Mí aquí : aprended siempre en este Sacramento cuán manso soy y cuán humilde de Corazon.

Admirables , á no dudarlo , se dejaron ver la humildad y la caridad de mi Corazon durante mi vida mortal : y , sin embargo , aquí , en mi vida sacramental , son mucho más admirables el abismo de humildad y el exceso de caridad.

En este misterio todo es humildad , todo caridad : no solamente la Divinidad , sino tambien mi Humanidad , yace escondida á los ojos de los vivientes . Aquí no solamente dura el amor hasta la muerte , sino hasta el fin

del mundo, y mucho más allá de todos los excesos del amor.

¿Qué ojo vió, qué oído oyó, ni qué corazón pudo comprender jamás hasta dónde se abate aquí mi humildad, y hasta qué extremo llega el amor de mi Corazon?

2. Si te asombra, hijo mio, si te arrebatara el exceso de amor con que, viviendo, me manifesté en otro tiempo manso y humilde de Corazon, ¡cuáles deberán ser tus sentimientos hoy, cuando consideres lo manso y humilde que me manifiesto en mi vida sacramental?

En ningún tiempo, en ningún lugar dejé de manifestar á todos y cada uno de los hombres la eficaz, la verdadera humildad y mansedumbre de mi Corazon, mientras me dejé ver sobre la tierra, viviendo y comunicando con ellos.

Recuerda, hijo mio, con cuán profunda humildad, con cuán encendida caridad acostumbraba á tratar con los discípulos; con cuánta trataba al pueblo rudo é importuno; con cuánta á los infelices y atribulados; con cuánta á los miserables pecadores; con cuánta, finalmente, á mis mismos enemigos.

¿Y quién pudo jamás ni cegar ni detener este manantial de humilde é inagotable caridad? Nó los defectos, nó la rudeza, nó la importunidad, nó las dificultades, nó la bajeza, ni aún la misma perversidad de los hombres. Jamás esto fué bastante para que Yo me manifestase á cada uno de los mortales de otra manera que manso y humilde de Corazon.

Testigo todo aquel pueblo, bien difícil

por cierto de contentar: testigos los gentiles, que, atraídos por la suavidad misma de mi Corazon, corrían gritando: «Queremos ver á Jesus:» testigos la Cananea y todos los afligidos: testigos la Magdalena y toda alma pecadora que acudía á Mí: testigos los fariseos que me perseguían de muerte. Todos éstos dan testimonio de los hechos de mi Corazon manso y humilde, durante la vida mortal.

3. Y hoy, hijo mio, continúan tambien realizándose estos mismos hechos en mi vida sacramental. Sí; en medio de ella, mi Corazon manifiesta su humildad y su mansedumbre, más admirable y más dulcemente.

Considera, si no, no solamente la rudeza, si tambien la insolente irreverencia con que se presentan los hombres delante de Mí en este Sacramento: y contempla de qué modo tolero sus faltas.

Considera cuántas almas, aún de las especialmente muy amadas, pronuncian y devuelven quejas amarguísimas aquí, en este lugar de amor y de alabanza, por una partecilla de mi Cruz que les ha tocado, como preciosísima garantía del amor mio, y repara con qué sorprendente bondad, no solamente las sufre mi Corazon, sino que las anima y estimula á mejores y más nobles sentimientos.

Considera cuántas almas ingratas, abrumadas bajo el peso de mis beneficios, huyen de Mí mientras gozan de ellos, olvidando y menospreciando á su Bienhechor: cuántas otras tibias, y que tan repetidas veces abusaron de las gracias que les fueron concedi-



das, se presentan sin pudor delante de Mí á reclamar nuevos favores; y observa con cuánta mansedumbre tolero á unas y á otras, con qué generosidad las sufro, con qué caridad, suave y fuerte á la vez, las invito y ayudo al fervor y á la fidelidad.

Considera de qué modo los perversos se valen de mis bienes y de mis dones mismos, para serme contrarios, para ofenderme y para herir de nuevo mi Corazon, y advierte las disposiciones santísimas con que mi Corazon, no sólo no les devuelve mal por mal, sino que vence al mal con el bien.

Considera, por último, cuántas veces los perseguidores de mi Corazon vienen á insultarme en este Sacramento, y con qué divina caridad este Corazon humilde los recibe á su presencia, y les ofrece el perdón, y la paz, y la misericordia.

Hé aquí, hijo mio, á los importunos y los que no lo son, los buenos y los malos, los agradecidos y los ingratos, los amigos y los enemigos que van y vienen, de dia y de noche, á cualquier hora y en cualquier momento, y conduciéndose cada uno conmigo segun sus disposiciones; pero ve, con la luz de la fe, con cuán humilde, infatigable é inagotable benignidad y dulzura de caridad trato á todos y á cada uno de ellos.

4. No podrás, sin embargo, hijo mio, comprender estas maravillas del amor de mi Corazon, si no las miras con una fe viva, si el tuyo no las medita devotamente.

Porque la humildad profundísima en que aquí se ejercita mi Corazon debe contemplarse con una luz superior, ha de compren-

derse con una piadosa meditacion, y ha de aprenderse en la oracion y en el recogimiento.

Y la caridad dulcísima que aquí manifiesta mi Corazon ha de buscarse del mismo modo, ha de aprenderse con la práctica, y ha de saborearse con la experiencia.

Examínate, hijo mio, y ve cómo has correspondido á ellas hasta el momento presente: qué has adelantado hasta hoy en presencia de este modelo perpétuo de mi Corazon.

Levanta, hijo mio, renueva tu ánimo, y aprende lo que en este Sacramento no dejo de enseñarte con los hechos y con la doctrina, á saber: que soy manso y humilde de Corazon.

5. *Voz del Discipulo*.—Cuán bueno eres ¡oh Jesus! cuán bueno, pues para comunicar á todas las generaciones tu mismo espíritu, con más suavidad y con mayor eficacia, permaneces tan humilde y tan manso en este dulcísimo misterio.

Verdadera y perfectamente manso y humilde de Corazon te manifiestas aquí, Maestro único de humildad y de caridad, practicándolas y enseñándolas de una generacion á otra generacion.

Cuanto te rodea no cesa de publicar que eres manso y humilde de Corazon: lo publica la profunda y tranquila soledad en que estás escondido; lo publica el respetuoso silencio con que te adoran los ángeles extáticos y prosternados, y publica, Señor, tu humildad y tu suavidad la tierna devocion de los fieles.

¡ Oh Jesus ! ¿ Y quién será todavía soberbio ? ¿ Quién no se regocijará humillándose ? ¿ Quién no se abracará en tu amor ?

¡ Ah Señor ! Los que aquí en tu presencia no ceden , ¿ qué fe , qué esperanza y qué amor es el que tienen ? ¡ Oh almas soberbias y desagradecidas ! En medio de vosotras está Aquél á quien no conoceis , Aquél á quien no escuchais .

6. Escúchale tú , alma mia ; escucha y aprende quién es tu Amado , todo qué dulce , todo qué apetecible y qué digno de ser amado .

Penetra hasta el admirable tabernáculo , hasta la morada de tu divino Salvador , y contempla al Dios de la Majestad , al Criador del cielo y de la tierra , al que es alegría de los Santos y de los ángeles , tan humillado por tu amor y tan cautivo de tu amor .

Aprende en este misterio á humillarte por amor ; aprende aquí á amar con perfectísima pureza á un Esposo que con tanta pureza te ama .

Oye lo que habla interiormente á tu corazón , con tan grande , con tan extraordinario ejemplo ; y sé dócil al que con su ejemplo te enseña tan suavemente , y al que confirma omnipotente su doctrina con repetidos milagros .

7. ¡ Oh prodigio de humildad , Jesus Hijo de Dios ! ¡ Oh milagro de amor ! Yo te amo y te amaré con todo mi corazón , ¡ oh manso y humilde Amado mio , dulcísimo y purísimo Esposo de mi alma !

Lo que únicamente quiero es amarte y más amarte : hoy me despido de todas las



cosas: sólo deseo tu amor; sólo ambiciono vivir y morir por tu amor, y entre humillaciones y sacrificios de amor.

Esto, y no otra cosa, es lo que me ha enseñado el ejemplo de tu Corazon; esto es lo que me hace apetecible la unción suavisima de tu amor.

¡Oh Jesus, el más bueno entre todos! Guarda estas disposiciones de mi corazon, y concédeme benigno que, frecuentando este Sacramento, aprenda á amarte cada dia mejor, á amarte con pureza, y á manifestarme á todos por tu amor, manso y humilde de corazon.

(*Imitacion de Cristo, lib. II, cap. VIII.*)

## CAPÍTULO XIII.

El sacratísimo Corazon de Jesus quiso que la santísima Eucaristía fuera un recuerdo perpétuo de su Pasion y un memorial sempiterno del amor que nos manifestó en ella.

1. *Voz de Jesus.*—Cuantas veces comais este pan y bebais de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga al fin de los siglos.

Esto recomiendo, hijo mio, para recordar á cada uno de los hombres aquellos excesos del amor de mi Corazon con que en cierto modo les amé más que á Mí mismo, puesto que sufrí la muerte para que ellos alcanzaran la vida.

Gloríome de aquella muerte, con la que, triunfante el amor de mi Corazon, satisfice

y honré al Padre Eterno extraordinariamente; con la que dí libertad y salvacion á los hombres, y con la que conquisté para Mí la gloria de la Resurreccion y de la Ascension, y el reinado sempiterno sobre todas las cosas.

Por esta misma razon dispuse quedara un recuerdo de mi Pasion, permanente siempre y en todas partes; y para que los que alcanzaran el fruto de tanta dignacion la recordaran siempre y con alma agradecida, en los cielos lo mismo que en la tierra.

2. Y ciertamente que los escogidos, en posesion ya de la bienaventuranza, recuerdan perpétuamente mi Pasion, porque saben á quién deben su salvacion y su gloria: y adoran eternamente al Cordero de Dios, sacrificado ya, y que ostenta cinco cicatrices rubicundas y más resplandecientes que el sol.

La Iglesia terrestre, confesando que nació de mi Corazon sobre la cumbre del monte santo, y que de aquella fuente recibe todos sus bienes, no cesa de recordar todos los dias mi muerte con los tiernos sentimientos de la más profunda gratitud, hasta que Yo descienda y la eleve á la posesion de la gloria. En el sacrificio que diariamente ofrece, me tiene víctima presente, y separados por la consagracion mi cuerpo y mi sangre, me manifiesta como muerto.

Y en cada una de las almas que reciben el Santísimo Sacramento se repite el mismo recuerdo, la misma representacion de mi Pasion y de mi muerte. Pues así como tendido en la Pasion sobre el madero de la Cruz perdí mi vida mortal, así tambien por la co-

munion entrego á los fieles mi vida sacramental.

Y hasta las condiciones mismas en que aquí permanezco son, hijo mio, como la imagen de mi Pasion. El esplendor de la Divinidad y la hermosura de mi Humanidad estuvieron como escondidos bajo los velos de la Pasion dolorosa: y las especies sacramentales, suaves y humildes, ¿no son tambien representacion de este mismo ocultamiento?

3. El sacrificio de la vida de mi Corazon es tambien, hijo mio, el centro de los tiempos. Todo cuanto me había precedido, sacrificios, ceremonias, todo lo perteneciente á religion, á aquélla mi vida se refieren: de ella y en ella recibirán toda su fuerza y eficacia.

Y á la vez todo cuanto me ha sucedido, ofrendas, Sacramentos, todo á aquella vida se refiere, y de Mi reciben su virtud y suficiencia.

Aquí tienes, pues, el sacrificio ofrecido en figuras desde el origen del mundo; realmente consumado sobre la Cruz, y continuado sustancialmente en la Iglesia hasta el fin del mundo.

Ve, hijo mio, hasta dónde llegan la profundidad de los designios y la extension del amor de mi Corazon!

Toda mi peregrinacion sobre la tierra, desde el principio de los tiempos, ya por mi presencia profetizada y prometida, ya por mi vida mortal, ya por mi permanencia sacramental en medio de los hombres; y cuanto he ejecutado, y cuanto ejecuto en cada una de estas épocas, es todo uno, todo una obra



sola y perfectísima de bondad infinita, acabable solamente cuando en la terminacion de los siglos, acompañado de mi Iglesia, suba á las alturas para gozar de mis eternos triunfos.

¿Y qué es de admirar, hijo mio, que te parezca siempre nuevo y cada vez más adora-ble este misterio, ya cuando recibes la sagrada comunión, ya cuando celebras ó asistes al santo sacrificio de la Misa?

Debes, pues, cuando recibas la santísima Eucaristía, presentarte con aquel afecto y con aquellas disposiciones de corazón que tendrías si verdaderamente asistieras á la última Cena, como si fueras uno de los convidados, y como si recibieras de mi mano el pan de la vida.

En realidad, es aquella misma Cena: y tú anuncias en este Sacramento la misma muerte que yo anunciaba en el Cenáculo.

En el hecho mismo, hijo mio, de celebrar ú oír la Misa ó de recibir la comunión, anuncias ya mi muerte: porque indudablemente el uno y el otro modo demuestran mi muerte, con la ofrenda en el sacrificio y con la recepción en el Sacramento.

5. Y al repasar tan sublimes misterios, misterios que mi Corazón te mereció con su muerte, debes por tu parte hacer cuanto puedas para recordarlos del modo que es debido.

De la misma manera que Yo, en la Pasión, me ofrecí al Eterno Padre como un holocausto perfecto, así tú, hijo mio, debes ofrecerte á Mí como una hostia pura y entera en la sagrada comunión.

Tambien cuando me visites sacramentado te es necesario recordar piadosamente afectuoso los sacrificios de mi vida paciente, realizados en otro tiempo: y lo conseguirás meditando con devocion, resignándote conmigo y como yo en todas tus aficciones, entregándote todo á Mí allí, delante del santo tabernáculo, donde todo cuanto me rodea adviertes que te sirve para recordarte los innumerables sacrificios de mi Corazon.

Así comprenderás, hijo mio, mucho mejor la grandeza de una caridad por la que, desde una vida de trabajos y dolores, llegué por muchos y muy grandes sacrificios hasta el último sacrificio, hasta la muerte misma, y á esta cautividad de amor en la cual soy su víctima perpetua.

Y al contemplar esto, ¿no te estimularás á mayor agradecimiento, á corresponderme con tu amor, á imitarme de tal manera, que en tí manifiestes los efectos de mi ejemplo, no solamente con los sentimientos de tu corazon, sino tambien con las obras?

Recordando mi Pasion de este modo y con mayor utilidad para tí, aprenderás á no abatirte ni perturbarte por las mortificaciones que se presenten, y sí, por el contrario, á gloriarte y regocijarte en ellas sobrenaturalmente.

Y esta conmemoracion activa de mi muerte será perfecta, hijo mio, si cuantas veces te acercas á los sagrados misterios, mueves cada vez más á las criaturas y á tí mismo, para vivir para Mí, como Yo, muriendo por tí, vivo para tí.

6. Pero ¡oh dolor! ¡ Cuántos son los que

desean recrearse con el celeste manjar de este Sacramento; y alimentarse con las angélicas delicias, y cuán pocos son los que quieren recordar mi Pasion prácticamente é imitarla con las obras!

He aquí, hijo mio, porqué razon muchos permanecen débiles é imperfectos, aún cuando con frecuencia se acerquen á la sagrada mesa.

Porque se privan de sus frutos, no correspondiendo al fin de esta divina institucion y á la gracia que en ella se les dispensa.

¡Ojalá comprendan esto aquellas almas que viven más solícitas del número de comuniones que reciben, y de la devocion que sienten y manifiestan, que del fruto que alcanzan, y con el cual han de santificarse y animarse á la mayor perfeccion!

Sé tú, hijo mio, más sabio y más fiel. Recuerda mi Pasion y retrata mi muerte en tus costumbres de tal manera, que cuantas veces recibas la sagrada comunion, obtengas todo su fruto.

7. *Voz del Discipulo.* — ¡Oh Jesus Santísimo y dulcísimo sobre todas las cosas! ¡Has muerto por mi amor, y por mi amor vives para mí en este Sacramento! ¡Oh y de qué manera vives!

En verdad, Señor, en verdad que bien merece la muerte el que se niega á morir á sí mismo, para vivir para Tí.

Si tú, mi Señor y mi Dios, te sacrificas voluntariamente por mi amor, ¡qué mucho ni qué extraño que yo, miserable criatura, me sacrifique por tu amor!

Y, sin embargo, no pocas veces vacilo en



ofrecerte el sacrificio (¡me avergüenzo al confesarlo!), no ya de mí mismo, sino de mi ignorancia, de mi soberbia, del odio, ó de alguna de las inclinaciones ó apetitos de mi corrompida naturaleza.

¡Desventurado de mí, Jesus mio, que mientras confieso con las palabras tu amor y mi necesidad de imitarte, pruebo con los hechos cuán poco es lo que te amo, y qué distante estoy del recuerdo activo de tu muerte y de la imitacion verdadera de tu Corazon!

¿Y me quejaré? ¿Y me extrañaré de que mis comuniones produzcan tan escasos frutos?

Una sola comunion basta para santificar al hombre que se halla bien preparado y que coopera á la gracia; y yo, despues de tantas y tan repetidas comuniones, ¡ay! ¿quién y cuál soy?

Confieso, Señor, que la culpa fué solo mia, porque recibí en mis frecuentes comuniones gracia bastante para santificar á millares de almas, pero descuidé el corresponder á ella: obré como si la gracia debiera santificarme sin mi cooperacion: y entre tanto continué viviendo, nó para Tí, sino para mí; nó para la gracia, sino para la naturaleza.

Reconozco que á tus ojos me he hecho indigno de la vida, pues que, abusando de tu amor infinito, he mirado con desprecio vivir para Tí.

Pero perdona, Jesus y Señor mio, perdona ya mi pasado abandono; del cual y solamente por tu amor profundamente me arrepiento.

Seré más fiel desde este momento: viviré desde ahora exclusivamente para Tí, coope-

rando de esta manera á tu gracia, y muriendo á las cosas del mundo y á las inclinaciones de la naturaleza.

Ayúdame, benignísimo Jesus, para que de tal modo justifique con las obras que te amo, que siempre reciba el fruto abundantísimo y santificante de mis comuniones.

*(Imitacion de Cristo, lib. iv, cap. v.)*

## CAPÍTULO XIV.

El sacratísimo Corazon de Jesus presenta en este adorable Sacramento la suma de todos los misterios divinos.

1. *Voz de Jesus.* — El misericordioso y compasivo amor de mi Corazon dejó, hijo mio, un indeleble recuerdo de todas sus maravillas.

Y todas ellas en el Sacramento donde reunió sus estupendos prodigios, y donde encierra todos los misterios, aún los más profundos, de la Divinidad.

Y como esto no lo ha realizado en favor de los ángeles, sino en beneficio para los hombres, conveniente fué que lo hiciera bajo símbolos visibles; para que con el conocimiento de lo visible se acuda al recuerdo de lo invisible, y el corazon humano, sensible, sea atraído por los testimonios del amor divino, tambien sensibles.

Tal es, pues, lo que aquí hizo el amor de mi corazon: y vió que cuanto había ejecutado era muy bueno, y se deleitó en la realizacion de sus obras.

Obras que son perfectísimas y llenas de

suavidad, y por medio de las cuales derrama copiosamente en los hombres los tesoros de su misma bondad, en este misterio en que corporalmente reside la plenitud de su Divinidad.

2. De aquí, hijo mio, el que en este Sacramento divino esté contenido por concomitancia, y se recuerde perennemente á la memoria de los fieles, el altísimo incomprendible misterio de la Trinidad.

El Padre y Yo somos una misma cosa: y el que me ve á Mí ve á mi Padre: y donde el Padre es conocido, allí es tambien conocido el Hijo, y no se desconoce el amor de los dos, que es el Espíritu Santo.

Y para conocer mejor este misterio, para amarle más y para adorarle más dignamente, se concede en la Eucaristía á los fieles una gracia con que, auxiliadas é iluminadas sus inteligencias, le conserven con más firmeza en la fe, le amen con afecto más puro, y le adoren con veneracion más perfecta.

En tanto que, guiados por esta luz superior y robustecidos con este auxilio sobrenatural, pasan de la contemplacion de un misterio á la contemplacion de otro misterio.

3. En la santísima Eucaristía se contiene asimismo y se extiende maravillosamente el suavísimo misterio de la Encarnacion.

Y ciertamente: ¿en qué consiste el misterio de la Encarnacion? Es la reunion del Verbo, del alma y de la carne en una sola persona: y estas tres constituyen un solo Jesus, Yo, Dios y Hombre.

En el Santísimo Sacramento está, pues, el Verbo, que es eterno y es Dios: está el



alma, entónces criada cuando infundida; está la carne tomada de una Virgen sin man-cilla, y por sola la operacion divina; en él permanecen los tres; pero permanecen en unidad de Persona.

Maravillosa es tambien y abundante de dulzura la extension de este misterio: puesto que Yo, que por la Encarnacion habité en el seno de una Virgen, habito por la comunión en el corazon de cada uno de los fieles.

Prodigiosa y ciertamente adorable es la sublimidad y extension de este misterio; pero mucho más digna de ser amada y saboreada con más suavidad, más devoción y mayor ternura.

4. Contiénense tambien en este Sacramen-to divino los misterios consoladores de mi vida mortal.

Porque aún cuando ha pasado ya el tiempo en que principiaron y concluyeron, duran aún por mi presencia personal, y están pa-tentes por sus efectos.

Por esto la Iglesia los contempla siempre y los celebra como presentes; y al contem-plarlos y al celebrarlos, se anima de los pri-mitivos sentimientos, y se abrasa en el fer-vor primitivo.

Ve, por el contrario, á los herejes y á to-das las sectas que niegan mi perpétua presen-cia en la Eucaristía: ve cómo languidecen en ellos todos los sentimientos espirituales: cómo, si intentan honrar con festividades estos misterios, torcidas son todas y torcidos son tambien todos sus caminos.

No sucede así á mi amada la Iglesia San-ta. Ella, acercándose el tiempo, acude pre-

surosa á la cueva de la Natividad, póstrase, y me considera reclinado en el pesebre; adora; se regocija, y vierte en su devocion lágrimas de ternura.

5. Tambien está en este Sacramento Bethlehem, donde las almas fieles me encuentran con mayor dulzura y con más facilidad que aquéllas que en otro tiempo fueron convocadas en el portal por celestiales mensajeros: donde se enciende su fervor, donde se nutre su piedad y se santifican á sí mismas: donde se derriten y me consagran sus corazones: donde á la vez se beatifican y se embriagan con las dulzuras de mi amor: donde no ya los ángeles ofrecen la paz á los hombres de buena voluntad, sino donde Yo mismo la doy con toda la munificencia de mi Corazon.

En este Sacramento está el santuario en que soy presentado á Dios Padre y ofrecido por la salud de los hombres: en que de tal manera me entrego á los fieles, que pueden, nó ya tomarme en sus brazos, como Simeon; nó ya acariciarme, como Ana, sino recibirme en sus mismos corazones, y gozarme íntimamente, por un favor no concedido ni á Simeon ni á Ana.

En este Sacramento está el destierro de Egipto: destierro, nó como en otro tiempo de siete años, sino destierro de todos los siglos: destierro entre hombres entregados tambien á la idolatría, que adoran como divinidades los placeres, las riquezas y los honores; destierro en el cual, conocido de muy pocos, soy por los más tenido y aún despreciado como extranjero.

Aquí está el templo donde continúo ocupándome de las cosas que pertenecen á mi Padre; donde en medio de los doctores que me escuchan, difundo mi espíritu, instruyo á las almas y les comunico los secretos de la vida espiritual; donde me buscan los que me aman, y donde me encuentran gozosos, regocijándose como María y José se regocijaron en otro tiempo.

Aquí está el Nazareth, donde vivo en Dios una vida escondida; donde, sumiso y obediente, me dedico á incesantes ocupaciones, que no solamente cautivan los sentidos de los hombres, sino que excitan tambien la admiracion de los mismos ángeles, y donde modelo de vida interior, vivo para las almas interiores de un modo sólo por ellas conocido.

6. Están, hijo mio, en este Sacramento todos los misterios de mi vida evangélica. En él está el campo verdadero de mi trabajo y el lugar de la beneficencia de mi Corazon.

Aquí estoy *Salvador*, buscando salvar todo cuanto había perecido; y sentado por el cansancio junto al pozo, doy á la Samaritana, y á toda alma que tiene sed, el agua viva de la fuente de mi Corazon, que apaga la sed de las cosas del mundo y salta hasta la vida eterna; y que, concluidos los trabajos del dia, paso la noche orando en la presencia de Dios.

Aquí estoy *Buen Pastor*: busco sin descansar la oveja perdida, y, encontrada, la llevo sobre mis hombros y la caliento con el calor de mi pecho: amo á mi rebaño, y le apaciento con mi propia sustancia; y guar-



do á todas mis ovejas, alerta de noche lo mismo que de día.

Aquí estoy *Padre* lleno de bondad, que abrazo, lleno de alegría, al hijo pródigo que regresa; y revistiéndole con la estola primitiva, le alimento y recreo con el convite celestial, y comunico á los hijos que me son fieles cuanto tengo y segun su capacidad.

En este Sacramento estoy *Médico* divino, aliviando y mitigando los dolores de los que padecen, con la unción suavisima de mi Corazon; curando las almas enfermas, sanando todas las dolencias y todas las enfermedades; quitándolas tambien toda la deformidad que produjo el pecado, y devolviéndolas su primitiva hermosura.

Aquí estoy *Maestro*. Enseño á la vez con el ejemplo y con las inspiraciones de mi Corazon, que son bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los mansos; bienaventurados los que lloran sus pecados; bienaventurados los que han hambre y sed de justicia; bienaventurados los misericordiosos; bienaventurados los limpios de corazon; bienaventurados los pacíficos; bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia; bienaventurados, por último, los que hacen la voluntad divina, porque son ciertamente mis hermanos y coherederos conmigo del reino de los cielos.

Aquí estoy *Amigo*, llamando ya *amigos* y no *siervos* á los fieles que viven la vida sobrenatural; amigo, como no puedes encontrar otro; amigo sincero, dulce y fiel en las prosperidades y en las adversidades, en la vida y en la muerte: amigo que en circuns-

tancia ninguna desampara, y ántes bien acompaña y consuela hasta en la misma eternidad.

Aquí estoy *Esposo*: sí, hijo mio; esposo divino de las almas virginales y puras que elegí, y con quien me desposé para que acompañándome, me sigan siempre por todas y á todas partes; á las que honro, y enriquezco, y santifico en este Sacramento de un modo que admiran los mismos ángeles, y que, sin embargo, no es más que el preámbulo de lo que las reservo en el reino de mi eterna gloria.

En este Sacramento están, finalmente, todos los demas misterios de mi vida. Pues ¿no existe aquí, por ventura, el Cenáculo donde celebro la Pascua con mis discípulos, donde les entrego mi Corazon, donde les dejo mi paz?

¿Acaso no está aquí Gethsemaní? ¿No está aquí Jerusalem, teatro de mis dolores? Recuerda, hijo mio, la Semana Santa; mira á los fieles que vienen como para asistir al espectáculo de mi Pasion, y lloran como si mis padecimientos se realizaran en su presencia.

¿No está aquí tambien el misterio de la Resurreccion? Considera como la Iglesia, celebrando esta solemnidad de las solemnidades, resucita en cierto modo conmigo; y las almas devotas, á semejanza de otra María, se apresuran á ir de madrugada al sepulcro glorioso para verme glorificado por la Fe, para abrazarme con la Esperanza y para gozarse en mí por el amor. ¿Y por ventura no hacen esto con justicia, con rectitud y santamente? Aquí, en este Sacramento, estoy verdaderamente presente, con las mismas

dotes con que resucité; bienaventurado y adornado de una hermosura celestial, con una claridad gloriosa, con una sutileza incomprendible, y con una impasibilidad é inmortalidad perfectísimas.

De esta manera, hijo mio, la Iglesia me acompaña en todos los misterios, revistiéndose en cada uno de ellos de los afectos de mi Corazon, y celebrándolos con esos mismos afectos.

7. Al recordar la Iglesia por los misterios así celebrados en mi presencia, que reino en la gloria de los cielos, dirige sus miradas á la eternidad: contempla extasiada, y anticipa con los deseos los misterios gozosísimos de la vida celestial; festividades sempiternas que la están preparadas y que la han sido prometidas.

«Y ¡oh Jesus! exclama fervorosa; te suplico que cuanto ántes se realice lo que tanto deseo, que es verte á cara descubierta y ser bienaventurada en el goce de tu gloria.»

Así, hijo mio, se enfervoriza la Iglesia, abrasada con el fuego de mi Corazon presente aquí, en la Eucaristía. Así lo tiene todo presente, y así se llena de consuelos.

Quita el sol del mundo, y ¿qué será la tierra sino un páramo oscuro, y yerto, y desolado? No de otro modo, si se arrancara de la Iglesia mi Corazon, vivo y vivificante, mi presencia sacramental, ¡cuán diferentes aparecerían todos los misterios de la Religión, ahora tan espléndidos, tan fervientes y consoladores!

8. Instruido con el ejemplo de esta tu Madre Santa, aprende, hijo mio, á celebrar con



sus mismos sentimientos las festividades de nuestra Religion, á recordar los misterios que renuevo manifiestamente en este Sacramento, y á beber la plenitud de las gracias que te ofrezco en estos manantiales.

Reanima tu fervor con este fin: fervor, digo, no necesariamente sensible, sino ardiente por una fe viva, por una esperanza segura y por un amor generoso.

Si te falta este fervor, todo lo harás sin afecto, sin deleite y sin fruto; y ni te atraerá ni te conmoverá aquello mismo que arrebató á las almas y hasta á los mismos ángeles.

Este fervor encenderás y alimentarás en tí, orando y meditando con devocion, leyendo piadosamente, mortificándote y humillándote en alguna cosa; pero más especialmente visitándome con frecuencia y participando santamente de este divino Sacramento, donde hay fuego suficiente para abrasar á todo el mundo.

1. *Voz del Discípulo.*—¡Ah Jesus y Señor mio! ¡Qué inmensos son los excesos del amor de tu Corazon! ¡Cuántas maravillas, qué bienes tan apetecibles y tan dulces me ofreces en este Sacramento!

¡Qué mucho si á él soy atraído, si á él soy arrastrado suave y fuertemente! ¡Y qué es de admirar si en él encuentro el lugar de las delicias de mi corazon!

Aquí puedo encontrarte á Tí mismo, en medio de los ángeles; aquí puedo contemplarte en cualquier misterio, en cualquiera condicion de tu vida, segun lo reclamen mis necesidades, mi utilidad ó mi consuelo.

Sí, aquí puedo gozar de tus beneficios, en tu misma compañía; puedo elevarme, por la contemplacion, hasta la gloria; ver allí las grandezas de tu reino, y gozar, por último, anticipadamente cuanto en ella me tienes preparado.

Y cuán fácil cosa es, ¡oh Amado de mi alma! ¡cuán fácil y que dulce es meditar en este misterio, ocupar de Tí el entendimiento y el corazon, y gozarte en este Sacramento! Para esto, ni me es necesario el arte, ni los libros, ni el trabajo. Presente delante de Tí, debo verte únicamente por la fe en cada misterio, y oírte, estudiar tus obras, pedirte y amarte.

¡Oh y cuán delicioso es este lugar! ¡Qué amable esta compañía! ¡Qué agradable está ocupacion y qué santo este comercio!

¿Quién no suspirará por estar siempre contigo en este Sacramento? En verdad que yo acudiré aquí: y me postraré á tus plantas cuantas veces me sea posible y delante de los espíritus celestiales.

¡Oh y si pudiera invertir aquí todo el tiempo de mi vida! Pero tu voluntad, único consuelo mio en este desconsuelo, exige que con frecuencia esté corporalmente ausente de Tí, para cumplir con las obligaciones de mi estado, para desempeñar lo perteneciente á mi destino, para proveer á mis necesidades naturales, y áun para disfrutar de un recreo inocente.

Sin embargo, y á pesar de todo esto, acudiré, Jesus sacramentado, acudiré frecuentemente con los afectos, y me ocuparé de Tí con el corazon: pues que allí donde está el

objeto de su amor, allí se inclina su afecto: allí donde está mi tesoro, allí está también mi corazón.

(*Imitacion de Cristo, lib. iv, cap, ii.*)

## CAPÍTULO XV.

El sacratísimo Corazón, en el sacramento santísimo de la Eucaristia, nos lleva hasta las divinas perfecciones.

1. *Voz de Jesus.*—Atiende, hijo mío, y en este Sacramento te manifestaré otra senda más elevada, por la cual puedas llegar hasta las divinas perfecciones.

Prepárate para poder penetrar en los arcanos divinos y contemplar con todos los Santos cuál es la longitud, la latitud y la profundidad de aquellos océanos en que beben y se embriagan los ángeles y los bienaventurados en el cielo, y las almas puras é interiores en la tierra.

Contempla qué es lo que mi Corazón te manifiesta en este santísimo misterio, y de lo que te haya manifestado procede á la investigacion de la plenitud de las cosas, siguiendo el espíritu divino.

Condúcete, hijo mío, de tal manera que tu humildad sea cada vez más sólida y más firme, y que, abrasado siempre en un amor más puro, seas por la mediacion de mi misma sagrada Humanidad, por mi mismo Corazón, introducido y perfectísimamente unido á la Divinidad como un solo espíritu.

2. Mira, hijo mío, y considera la divina



*Sabiduría* que manifiesta mi Corazon en este Sacramento adorable.

Aquí es donde demuestra aquellas admirables invenciones con que concilió lo que parecía contrario, para triunfar glorioso en los cielos, y permanecer en la tierra consolador perpétuo de los hombres: invenciones con que pudiera darme, no solamente á todo el género humano, sino tambien á cada uno de los individuos; con las que, y por medios admirablemente sencillos, como son las especies sacramentales, obtuviera sublimísimos resultados.

Sube de aquí á contemplar esta Sabiduría infinita que lo abarca todo, desde la una á la otra eternidad, y que ve como presente lo pasado y lo futuro, lo existente y lo posible.

Esta fué la que ordenó en sus consejos eternos, y de un modo tan maravilloso, las obras estupendas de la Creacion y de la Reparacion, de la naturaleza y de la gracia, de la santificacion y de la gloria.

Esta divina perfeccion es como una luz infinita que todo lo penetra, que ilumina todo, interior y exteriormente, y de la cual no te es posible separarte sin que vuelvas á encontrarte con ella.

Regocíjate, hijo mio, con esta luz divina, y vive con ella gozosamente para tu Dios.

3. Observa la *Bondad* divina que se deja ver en este Sacramento dulcísimo, y que resplandece con inextinguibles llamas de amor.

En ninguna parte del mundo brilla, hijo mio, la bondad divina con tanta profusion y con tan admirable suavidad: aquí como que

se derrama y se agota : aquí lo da todo, y además se da á sí misma. En otras partes es un rayo : aquí es el foco del amor divino : en otras ocasiones da ciertos bienes ; en este Sacramento es la fuente de todos los bienes.

Pasa despues de esto á contemplar el abismo de esta misma bondad. Mide su fondo, y es la eternidad : mira al rededor, y no encontrarás sus límites.

De esta bondad infinita deriva su bondad todo cuanto es bueno, en los cielos lo mismo que en la tierra : de ella toma su vida todo lo que vive ; todo lo que se mueve, su vigor ; todo lo que entiende, su inteligencia ; todo lo que es feliz, su felicidad.

Este atributo divino es como un inmenso mar del cual se levantan, como nubes, las lluvias de todos los bienes : y en el cual los bienaventurados y los escogidos se deleitan, sumergiéndose con extraordinario gozo.

Sumérgete tú tambien, hijo mio ; experimenta cuán suave es la bondad de tu Dios, recreáte en Él y canta sus alabanzas.

4. Examina la *Omnipotencia* que se revela en el misterio adorable de la Eucaristía, en cuyo solo misterio obra más y mayores milagros que en todo lo restante del mundo, y en el que ni cesa ni se cansa de repetir prodigios admirables.

Una vez estudiado esto con profunda reverencia, elévate á la contemplacion universal de esta Omnipotencia asombrosa ; Omnipotencia que hizo, sólo con querer y sin trabajo ninguno, todo lo que existe : que puede hacer en cualquier género los objetos innumerables é inefables : que puede, por último,

hacer cuanto quiera, y que puede al mismo tiempo, con una sola palabra, hacer desaparecer y reducir á la nada todo lo criado.

Considera la eficacia de este poder infinito, cuya virtud puede trastornar los proyectos de sus contrarios, y hacer que cuanto se le opone, no sólo lo indiferente, sino aún lo malo, contribuyan, sin saberlo ó repugnándolo, á sus santos fines.

Las criaturas, no solamente se conservan en su ser por esta Omnipotencia, sino que reciben además y á cada momento el poder de hacer cuanto hacen. Los hombres reciben el auxilio divino para usar de las facultades de su cuerpo y de su alma: los animales, el poder de obrar; los astros, la fuerza para girar y lucir en el espacio; la tierra, la virtud de producir sus frutos; las tempestades y las exhalaciones, su ímpetu y poderío; y, por último, todo lo demás, sus excelencias.

Esta divina perfeccion es en sus manifestaciones como el viento que, moviéndose con suavidad, refrigera y sostiene la vida de las criaturas; pero que cuando rompe violento, arrastra y desparrama cuanto se le opone, y empuja y se lleva por delante todo lo que encuentra.

Alégrate, hijo mio, del incomparable poder de tu Dios: pon en Él tu confianza, y recurre á Él con frecuencia por la oracion.

5. Considera la *Justicia* divina que mi Corazon recuerda á tu memoria en este Santísimo Sacramento.

Mi sagrada Humanidad, que está presente á tus ojos, es una manifestacion de la Justicia divina: para satisfacer á ella, la tomé. Y



el sacrificio que aquí ofrece mi Corazon diariamente por el ministerio de los sacerdotes, ¿no te advierte tambien de la Justicia divina? ¿Y no administro tambien justicia cuando en la sagrada comunión doy á cada uno segun sus obras y segun las disposiciones con que se presenta?

Contempla de ahí la perfección de esta Justicia divina, ya en el cielo, del cual precipitó como un relámpago á los espíritus que se rebelaron maliciosamente, y en que eternamente remunera con la debida recompensa los actos verdaderamente buenos, áun los más pequeños, de los ángeles y de los Santos: ya en la tierra, donde, asociada por mi Corazon á la misericordia divina, alcanza sólo á los que no quieren abrazarse con la misericordia; y donde tambien, cuando con fundamento se enoja, se acuerda de esta misma misericordia: ya en los infiernos, donde, castigando Yo profundamente lo merecido por los réprobos, acomodo los castigos al número y á la gravedad de los pecados, de tal modo que obligo á los mismos condenados á confesar que la Justicia divina es buena.

Considera cuán consolador es este divino atributo que algun dia justificará, en presencia de todas las generaciones, á aquellos que se ven oprimidos con ofensas inmerecidas, con insultos, con calumnias ó de cualquier otro modo: y no solamente les restituirá la fama, y el honor, y la gloria, y cuanto les fué arrebatado, sino que los ensalzará tanto más, cuanto más se vieron abatidos: que compensará con premio sempiterno todos los actos de virtudes, áun aquellos que los hom-

bres despreciaron: y, por último, que estima y remunera los méritos de las obras, nó por los resultados exteriores, como hace el mundo, sino por las disposiciones interiores del que las ejecuta.

Esta divina perfeccion es como el fuego, que, segun están preparados los objetos, con la misma accion consume unos y conserva otros, á unos endurece y á otros ablanda.

Admira, hijo mio, este atributo de la Divinidad; ensálzale con santo temor, y ámale.

6. Atiende á la *Misericordia* divina que mi Corazon, por medios tan suaves, tan admirables, te manifiesta en el Santísimo Sacramento.

¿Acaso este misterio no es todo él un prodigio de infinita misericordia? ¿Quién hay, de cuantos existen, que no sea víctima de sus miserias? ¿Y qué miserable, acercándose aquí dispuesto, como debía, no alcanzó siempre misericordia? La benignidad inmensa de mi Corazon no tiene fin en este Sacramento, y sus misericordias son inagotables.

Una vez, hijo mio, que esto hayas piadosamente meditado, prosigue en la contemplacion de la infinita misericordia, en todas partes manifiesta: en los cielos, que llena de Santos, libertados en otro tiempo de pecados por esta adorable perfeccion, y ya hoy enriquecidos con la bienaventuranza: en la tierra, donde, superior á todas las obras divinas, es toda remedio y auxilios, es toda plenitud de consuelos: finalmente, en los mismos infiernos, en los que, por los méritos de mi Corazon, castiga mucho ménos de lo

que allí se merece, y es reconocida y confesada por los mismos condenados.

Contempla la extension de esta misericordia divina en favor de los mortales; extension que abraza á todos, á ninguno excluye y á ninguno desecha: que espera á los mismos pecadores todo el tiempo de su vida, ofreciéndoles gracia suficiente para convertirse, y el perdon: que se extiende, por último, á toda clase de miserias, nada encontrando en el mundo, por muy desventurado que sea, que ella no pueda aliviar y convertir en un medio, ya directo ó ya indirecto, de salvacion.

Y esta perfeccion divina es, como ves, semejante á un abismo infinito que no puede llenar la grandeza toda de las miserias que en él caigan, y que tampoco puede agotar la muchedumbre de miserias que con ella se remedien.

Usa, hijo mio, pero no abuses de este atributo dulcísimo de tu Dios: dilata tu corazon: sé agradecido, y acógete con fe, con esperanza y con amor á este abismo de la divina misericordia.

7. Fija tu atencion en la *Santidad* que resplandece en este *Sancta Sanctorum*, y arrebatada de admiracion á los mismos ángeles con sus esplendores.

Contempla, hijo mio, con profundísima piedad este Sacramento, que es el espejo de la Santidad divina. Sólo hay aquí pureza perfectísima: aquí mi cuerpo mismo es como un espíritu; aquí todo respira santidad.

Indispensable es contemplar en este Sacramento á la Santidad infinita, perfecta, ab-



solutamente en sí, y como causa, norma y fin de toda santidad y de toda pureza creada, y que tal es, que nada puede añadirsele ni quitársela.

Considera esta perfeccion divina, en cuya hermosura, cautivos los moradores del cielo, se bañan en felicísima alegría: con cuya semejanza, adornadas las almas de los mortales, se ennoblecen más y en mayor grado, y ante cuya Majestad tiemblan tambien los demonios en el mismo infierno.

Del candor de esta misma perfeccion ha tomado toda su hermosura, toda su amabilidad y todas sus excelencias, cuanto es hermoso, cuanto es amable y cuanto es excelente.

Este atributo divino es como el sol en el firmamento, que da á los objetos la viveza del color, la belleza y la alegría: y que, iluminando lo limpio y lo manchado, queda siempre hermoso, siempre puro.

Regocíjate, hijo mío, con tanta y tan admirable excelencia y amabilidad absolutas de la santidad de tu Dios: adórala piadosamente, é imítala segun tu capacidad.

8. Mira la *Inmensidad* divina, que se representa en este Sacramento.

Yo estoy en él todo en toda la hostia, y todo en cada parte de la hostia dividida. ¿Y no representan tambien mi inmensidad, ya la multiplicacion, ya la repeticion de mi presencia en todas las hostias consagradas y existentes en todo el universo? ¿Y no obro, finalmente, con cada uno en cualquier parte donde resido sacramentalmente, como si únicamente residiera para él?

Comprendido esto por la firmeza de tu fe,

serás arrebatado á la contemplacion de la inmensidad divina que abraza todas las cosas existentes, ó las meramente posibles, y que por ninguna puede ser contenida: y por la que la Divinidad está en todo el universo, y en cada una de las partes de ese mismo universo.

Contempla esta universal presencia de la Divinidad en union con la infinita Sabiduría, y Bondad, y Omnipotencia, y Justicia, y Misericordia, y Santidad, y perfeccion infinita de todo género; y recuerda que en ella misma eres, y vives, y te mueves.

A donde quiera que vuelves los ojos, allí percibes á la Divinidad, presente en cada uno de los objetos y de tal manera cuidando de él, como si estuviera allí por aquel solo. Mira á las aves de los cielos: no siembran ni cogen, y sin embargo las alimenta el que está presente en todas partes. Considera á los lirios del campo: no hilan ni tejen, y sin embargo, ni Salomon, en toda su gloria, se halló vestido jamás como ellos están vestidos.

Confíate, pues, á esta divina Providencia: descansa en ella como en los brazos de un Padre sumamente perfecto: abandónate enteramente á ella, porque ella es la que cuida de ti. Contados tiene todos los cabellos de tu cabeza, y ninguno caerá á no disponerlo su voluntad. No temas, pues, no te turbes, no te acongojes: ántes bien, vive resignado y dichoso con ella.

9. *Voz del Discípulo.*—Instrucciones son estas, Dios y Señor mio, llenas verdaderamente de consuelos, y ¡cuán sublimes! Pero

ni me atrevo ni puedo con mis propias fuerzas aspirar á tanta sublimidad.

Pero si tu divino Espíritu me guia reverente y conecedor á la vez de mi propia fragilidad, seguiré gozoso y seguro, y penetrando, por tu Humanidad sacratísima, á las maravillas impenetrables de tu Divinidad, contemplaré lo que es superior á todos los sentidos.

Envíame, pues, yo te lo suplico, á tu Espíritu Santo, que me guie siempre en esta contemplación, segun y como Tú dispongas benignamente para mi santificación y para mayor gloria tuya.

Yo te suplico humildemente me comuniqués ese Espíritu divino con sus dones septiformes, para que me dirija lo mismo en la contemplación que en las obras.

Envíame al Espíritu de Sabiduría, que me disponga de tal manera, que encuentre amargo cuanto es humano, y sólo sabroso lo que es divino: con que piense y juzgue con rectitud de todas las cosas, y con el que, con verdadero afecto, siga aquello que me conduzca á la santificación.

El espíritu de Entendimiento, que aparte, que disipe las tinieblas de mi alma y las ilusiones de mi corazón; para que con mente tranquila comprenda cuanto ha hecho la Bondad infinita, ya visible, ó ya invisible, y para que conozca siempre qué es lo que exige de mí la divina voluntad, infinitamente buena.

El espíritu de Consejo, que me advierta siempre de mi fragilidad, por la cual nada puedo hacer útil ni provechoso para mí; y



me estimule con su eficacia á recurrir al amparo de la Omnipotencia divina, con cuyos auxilios todo lo puedo.

El espíritu de Fortaleza, que me mueva á poner en juego todas mis fuerzas para cooperar fielmente, y con el auxilio de la gracia divina, y de este modo y con generosos esfuerzos aspire á mi perfecta justificacion, no importándome los juicios de los hombres, sino mirando únicamente á Tí, mi justo Juez.

El espíritu de Ciencia, que me comunique aquella discrecion con que en el acto mismo distinga lo natural y lo sobrenatural, de tal modo que todas mis oraciones y todas mis obras por Tí principien y por Tí sean concluidas; y con la cual de tal manera me dedique á la oracion y á las buenas obras, que ni por las dulzuras de la contemplacion abandone las obras de misericordia, ya espirituales y ya corporales, para con mi prójimo; ni por las obras de misericordia para con mis semejantes, descuide la misericordia para con mi propia alma.

El espíritu de piedad, que, reanimando mi tierna devocion, me estimule suave y fuertemente á la santidad, y haga sea yo para mis inferiores como un padre piadoso, para mis iguales un hermano compasivo, para mis superiores un hijo entrañable.

Y el espíritu de amante Temor, de temor filial, temor de puro amor, con el cual, reverenciándote, Dios mio, sobre todas las cosas, obedezca y ejecute gozoso y con afecto santo, todo cuanto decrete tu voluntad.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, capítulos xxvii y xxxi.)*

## CAPÍTULO XVI.

Cuánta reverencia, ya exterior ó ya interior, quiere el sacratísimo Corazon de Jesus que se tenga al Santísimo Sacramento.

1. *Voz de Jesus.* Si los cielos, hijo mio, se abrieran, si tus ojos vieran cuán grande es en ellos mi gloria, te asombraría el espectáculo, temblarías de santo pavor, y caerías como herido, con profunda reverencia.

Allí verías delante de mi Trono, que despide resplandores, y rayos, y llamas encendidas de gloria, millares de millares de ángeles que me alaban con profunda veneración; y al rededor de este mismo Trono contemplarías diez veces mil, cien mil de espíritus que me acompañan y me sirven.

Verías además una multitud innumerable de Santos inclinando sus frentes delante de mi Trono, adorándome y derritiéndose en mi amor.

Verías hasta qué punto todo ser se enervoriza en mi presencia: observarías que alguna vez reinaba en los cielos un silencio profundísimo, y esto por la inmensidad de la reverencia: oirías otras veces resonar todo el espacio con las voces de sus moradores: que prorumpen y cantan á la vez: «Amén. La bendición, y la claridad, y la sabiduría, y la acción de gracias, el honor, y la virtud, y la fortaleza, sean para nuestro Dios, por los siglos de los siglos.»

Pues ese mismo, hijo mio, ese mismo que

es adorado en los cielos con tanta reverencia, con tanto obsequio de honor y de alabanza, ese mismo soy Yo, presente aquí en el Santísimo Sacramento, y rodeado de una multitud de espíritus celestiales.

Considera, pues, cómo los mortales deben conducirse conmigo en este Sacramento. Si las columnas mismas de los cielos se estremecen reverentes, ¿qué deberá hacer el polvo de la tierra?

2. Aquí, hijo mío, quiero reverencia: aquí busco honor: aquí exijo el culto que me es debido.

En el establo, nacido de mi propia voluntad, arrastré ciertamente una vida mortal, tal que no tuve donde reclinar mi cabeza; pero para instituir este Santísimo Sacramento hice preparar un Cenáculo espacioso y adornado, dando á entender cómo quería se me venerase, reverenciase y adorase en mi vida sacramental.

Enseñada de esta manera la Iglesia, se abrasó siempre por el decoro de mi casa; edificó templos magníficos, según sus fuerzas; convocó á la naturaleza y al arte, para que la una con sus tesoros y el otro con el ingenio, adornaran las moradas que Yo mismo me había escogido: procuró solícita siempre y conforme á los deseos de mi Corazón, venerarme siempre y darme nuevos testimonios de su amor en este augustísimo misterio.

Si me amas, hijo mío; es más: si tienes fe; si, iluminado con esta luz sobrenatural, miras mi Majestad aquí escondida y todo cuanto visible é invisible me rodea, no po-



drás ménos de tributarme siempre humilde y extraordinaria reverencia.

No comparecerás aquí, no te pondrás en mi presencia y en medio de los ángeles, sino interiormente recogido y exteriormente respetuoso; nada dejarás ver en tí, ya dentro ó ya fuera, que no sea piedad y devocion, y veneracion y amor.

3. *Voz del discípulo.*—¡En verdad, Jesús y mi Señor, amor y bienaventuranza de los ángeles y de los Santos, en verdad que en este Sacramento debes ser adorado con espíritu de reverencia y en la santidad de todo amor! Y á tu tabernáculo mismo, á tu misma casa se debe tambien la misma santidad.

Tú eres el Santo de los Santos; Tú habitas en el lugar santo, en el cual ni los ángeles mismos comparecen sino temblando de reverencia, y maravillados por los resplandores inaccesibles de tu santidad.

¿Y con qué disposiciones se atreverá á ponerse en tu presencia el hombre mortal, considerando tu Majestad infinita y su extremada indignidad?

Ciertamente que si Tú mismo no me invitaras á acercarme, y la reconocida bondad de tu Corazon no moderase mi temor, me separaría de Tí aterrado, pues que soy hombre pecador: ni me atrevería á llegar á Tí, temiendo morir á tus plantas como reo de lesa Majestad.

Pero la misma bondad de ese tu Corazon, que tan misericordiosamente me llama, y que con paternal afecto me inspira tan entrañable confianza, es para mí un nuevo y mayor motivo de reverencia.

Si, pues, abuso de tu gracia con mis irreverencias, soy mucho más culpable, siendo yo malo, porque Tú eres bueno.

4. ¡Oh Cristo Jesus, Dios mio, que todo lo sabes y que todo lo puedes! ¡Qué terrible es este lugar en que estás verdaderamente presente.

¿Qué haré para portarme con la dignidad que debo en tu presencia, en este Santísimo Sacramento, al rededor del cual todo cuanto miro me advierte ser necesaria una incomparable reverencia?

Esta luz que aquí arde perpétuamente, me advierte que debo recordar con vivísima fe dónde y delante de quién estoy.

Ese sagrario cerrado me advierte que la morada en que Tú habitas es santa con santidad extraordinaria.

El elevado tabernáculo me advierte cuán humilde y respetuoso he de ponerme en tu presencia.

La limpieza de los vasos sagrados me enseña cuál y cuánta ha de ser mi pureza interior y exteriormente.

Toda alma aquí absorta y ocupada únicamente de tu amor, me enseña con qué extraordinaria devocion, con qué ternura en los afectos debo comunicar contigo en este Sacramento.

5. ¡Oh Jesus, Dios de toda santidad! ¡Enseñas cuán profunda y qué perfecta ha de ser la reverencia que se te dé en este Sacramento: porque no quieres tener en él cerca de Tí, y bajo tu mismo techo, sino á los espíritus celestiales, y á los ángeles de la tierra, las personas religiosas y los sacerdo-

tes que obligados están á ser limpios de corazon de tal modo que merezcan ver al mismo Dios, y tan castos en el cuerpo, que merezcan abrazar al que es la misma pureza!

¿Con qué disposiciones, pues, de cuerpo y de alma deberé yo acercarme aquí, si he de unirme á tan pura y á tan santa compañía?

Si Daniel, si el apóstol Tomás, si Juan, el discípulo amado, si tantos otros Santos en la sola presencia de un ángel cayeron en tierra como empujados, como heridos de profunda reverencia, ¿qué sentimientos deberán animarme á mí al encontrarme en la presencia de tantos ángeles, y delante de Tí, que eres Señor de todos los ángeles?

Verdaderamente que aquí debo acercarme, no ocupado ni de extraños pensamientos, ni de bajísimos afectos: ántes bien, cuantas veces me acerque á este lugar, ha de ser limpio de todo lo malo, y para honrarte con el ejercicio de todas las virtudes.

6. ¡Cuán digno me haría de los rigores de tu indignacion y de los castigos terribles de tu justicia si ocuparan mi corazon, en tu presencia, pensamientos ilícitos ó depravados afectos: si me atreviera á comparecer como un profano entre los espíritus angélicos, é insultarte cara á cara con irreverencias tan amargas á tu Corazon!

¡Oh y si yo obedeciera á la fe, en verdad que jamás permitiría que mis pensamientos vagaran, ó que mis afectos se inclinaran á otra cosa, ni distraerme yo con cualquier objeto, como si Tú, perfectísima bienaventuranza de todos, no fueras lo bastante para mí, y lo digno de toda mi atencion!



¡Oh mi Dios y mi Señor! Tiemblo á la consideracion de la horrible irreverencia que cometo contra Tí cuando contemplo que te honro solamente con los labios, y que mi corazon está muy léjos de Tí, ocupado nada más que de las cosas que ama ó aborrece desordenadamente, ó de otros objetos que le disipan, y que, á pesar de todo, no quiere rechazar.

¡Ah! Mi exterior mismo me revela muchas veces con cuántas distracciones, con cuántas desolaciones se disipa y languidece mi corazon, cuando está delante de Tí y acompañado de los espíritus celestiales.

7. Pero es más: mi reverencia exterior no debería ser ménos que mi reverencia interior, puesto que Tú exiges en este augustísimo Sacramento el obsequio del cuerpo lo mismo que el del alma, y puesto que Tú, Dios mio, estás presente en él en cuerpo y en alma.

Debo, pues, aparecer aquí adornado de una modestia extraordinaria, para que comprendan todos los hombres que Tú, Señor, estás muy cerca.

No debo pronunciar palabra inútil, no debo dirigir á parte alguna mirada vaga ni curiosa; no debo presentarme con postura ni movimiento que sea ménos pudoroso.

¡Oh Jesus, vida y dulzura de mi alma! Aunque nada me deleita, aunque nada puede deleitarme más sobre la tierra que el Santísimo Sacramento de tu amor, nada hay tampoco que me haga temblar más sobre la tierra.

Pues si participo de él con rectitud y reverencia, allí mismo encuentro cuanto puede serme apetecible: si, por el contrario, me

acerco irreverente y de mal modo, ¡cuán infinitos y qué terribles son los males que me acarreo!

8. Si yo te amara lo bastante; si mi corazón se abrasara en aquel fuego divino en que en este Sacramento se abrasa tu Corazón, no necesitaría yo ni tantos motivos ni tantos esfuerzos para presentarme con toda la reverencia que te es debida.

Entonces me guardaría con particular esmero, no solamente de toda irreverencia, sino que delante de Ti me conduciría de ese modo que sólo el amor conoce, y con aquella delicada atención que sólo puede enseñar la pureza del amor.

Entonces, ¡cuán dulce sería para mí invertir todo mi tiempo en tu presencia, feliz y regocijado, absorto y olvidado de todas las demas cosas!

Entonces, ¡con qué fervor me apresuraría á visitarte en este tabernáculo amabilísimo, y á ofrecerte los testimonios de mi amor!

Entonces, ¡qué hambre tan santa, qué sed tan deliciosa me abrasarían, y me impulsarían á frecuentar el celestial convite que con divina suavidad me tienes preparado en este Sacramento!

9. Prodígame, pues, el amor, ¡oh amantísimo, oh amabilísimo Jesús! prodígame tu amor, ese amor que ablande mi endurecido corazón, que le dilate y le llene de tu santísima unción.

Abrásame todo en aquel amor con que se abrasan en tu presencia y con que tan perfectamente te honran los espíritus angélicos y todas las almas puras.

Ten ¡oh Señor! misericordia de mí: perdona toda mi negligencia para contigo; perdona toda distraccion de mi espíritu, toda disipacion de mi corazon, y, finalmente, cuanto he pecado contra la reverencia que se te debe.

Y concédeme benigno que, á la manera que crecen siempre y se acumulan en mí tus beneficios, así crezca en mí siempre, y aumente cada dia más, el amor con que yo debo amarte.

(*Imitacion de Cristo, lib. iv, cap. i.*)

## CAPÍTULO XVII.

Hemos de procurar, por cuantos medios nos sean posibles, compensar las injurias con que el sacratisimo Corazon de Jesus es ofendido en el Sacramento de su amor.

1. *Voz de Jesus*.—Correspondieron, hijo mio, los hombres con sus iniquidades á mis beneficios, y me devolvieron odio por amor.

Instituí en este Sacramento, solamente por gratuita generosidad, tan sólo por purísimo amor, cuanto tienen los cielos de mejor y más precioso, cuanto hay en el mundo de más útil y saludable para los hombres, y cuanto hay en la Religion de santísimo y más consolador.

¡Y no son, por ventura, hijo mio, estos beneficios de valor tan extraordinario, que si los corazones de todos los hombres se abrasaran en amor; si las lenguas de todos los mortales se ocuparan á una voz en tributar-me el debido agradecimiento; si, por último,



el mundo todo se sacrificara en hostia de alabanza, con justicia distaría todo ello tanto de lo que Yo merezco, cuanto lo divino supera á lo humano, cuanto lo infinito exceda á lo finito?

Asómbrase el cielo mismo de la inmensa grandeza de este don, y los mismos espíritus angélicos, arrebatados de admiracion, exclaman: «¡Hed aquí nuestro Dios! ¡Hed aquí los prodigios que ha realizado sobre la tierra!»

¿Y piensas acaso que pueda encontrarse en el mundo un solo hombre que se manifieste, ó insensible, ó indiferente hácia este don de todos los dones?

Y, sin embargo, hijo mio, almas hay sin sentimientos y sin afectos, criaturas ingratas que tan distantes están de amarme como dispensador de un tesoro de tantos bienes, que, por el contrario, se valen de estos mismos bienes para afligir mi Corazon con amarguísimas ofensas.

2. Corren muchos precipitados allí á donde les empuja el interes ó la avaricia; y, sin embargo, se resisten á salir de casa y recorrer una brevísima distancia para venir á visitarme.

Tan poca importancia dan á mis beneficios, tan helado tienen para Mí su corazon, que se niegan á sufrir la más leve molestia natural para acercarse á ese Sacramento, para pedirme esos mismos bienes, y para dar testimonio de su amor, al mismo que descendió de los cielos por amor, que sufrió por amor todas las molestias imaginables, y que permanece entre ellos por amor.

¡Ah, y á cuántos pudiera yo decir con sobrado fundamento: estoy tanto tiempo hace en medio de vosotros, y no me habeis conocido!

Me reputan como un extranjero, y me abandonan como un peregrino. ¡Tan poco piensan en Mí! ¡Tan poco es lo que se ocupan de Mí!

3. Pero aún entre los mismos que frecuentan mis Tabernáculos, ¡cuántos es verdad que vienen, pero que vienen á traer la abominacion hasta el lugar santo! ¡Cuántos otros están en el templo, en mi presencia, como ídolos, y de tal manera que apartan á los hombres de mi devocion y de mi amor, atrayendo hácia sí sus atenciones y sus almas!

No pocos suscitan en su mente pensamientos malvados; alimentan en su corazon sentimientos detestables, y pecan voluntariamente en mi presencia, insultándome indignamente.

¡Cuántos hay que entristecen á los mismos ángeles, provocando mi indignacion con sus posturas, con sus gestos, hasta con su mismo vestido!

¡Cuántos otros vienen que con razon se avergonzarían de presentarse delante de un mortal cualquiera con la insolencia incomparable, con la irreverencia inaudita con que se presentan delante de Mí!

4. En ninguna parte, hijo mio, se me infieren injurias más crueles que en este divino misterio. Allí donde abunda la bondad de mi Corazon, allí parece que sobreabunda la perversidad de los hombres.

¡Ay, hijo mio, cuántos herejes me niegan desapiadadamente! ¡Cuántos incrédulos blasfeman de Mí, á quien no conocen!

Pero aún cuando las negaciones de los unos y las blasfemias de los otros son gravísimas, son, sin embargo, ménos crueles á mi Corazon que las profanaciones horribles de aquéllos que me reciben sacrílegamente en la sagrada comunión.

¡Oh hijo mio! ¡Cuánta injuria, qué malvado atrevimiento el de los hombres, aún de aquellos que son dispensadores de mis misterios, que se acercan á Mí hospedando en su alma al demonio, y, recibíendome sacrílegamente, arrojan á su Dios á los piés de Satanás, que reina en su corazon!

5. *Voz del Discípulo.*—¿Y hasta cuándo, Dios mio y Señor mio, hasta cuándo los pecadores perpetrarán impunemente estos delitos? Levántate ya, Señor omnipotente, y destruye á los sacrílegos, como el fuego abrasador destruye la paja, pues eso merecen.

*Voz de Jesus.*—Nó así, hijo mio, nó de esta manera, aún cuando realmente son dignos del último castigo; pero quiero manifestarles aún que el amor de mi Corazon divino es mucho mayor que la malicia del corazon humano.

Quiere mi alma comunicarles todavía gracia suficiente para que puedan salvarse. Y si cooperando á ella se convierten al bien, este será el triunfo, será el gozo, será el regocijo de mi Corazon por la salvacion de estas almas, por quien no vacilé en ofrecer el sacrificio de mi vida.

Y si no quieren convertirse; si ya no quie-



ren amarme, tiempo tengo de satisfacer á la justicia, puesto que dispongo de siglos sempiternos.

Entre tanto, hijo mio, continuaré sufriendo estas injurias por tu amor y por el amor de mis escogidos, á quien amo más que lo que me ofenden los pecadores, y por los que continúo residiendo con generosa voluntad en este Sacramento.

6. No creo, hijo mio, no puedo creer que seas insensible á este exceso extraordinario de amor con el que mi Corazon sufre, y por tantos siglos, injusticias tan enormes de los perversos y sólo por comunicarte todas las riquezas que deposité en la adorable Eucaristía.

Si me amas de vér s, haz gozoso cuanto esté y más que esté de tu parte para corresponder á tantos sacrificios como en este misterio realiza mi Corazon, y para reparar mi honor, tan repetidas veces y tan indignamente ofendido.

Uno de los fines primeros de la devocion á mi Corazon Sacratísimo, es compensar cuanto sea posible las injurias acerbadas con que es afligido en todas partes, y en este Santísimo Sacramento.

No te creas tú discípulo verdadero de mi Corazon, si no devora el tuyo, si no se abraza tu alma en el celo de mi honra.

7. Aquí, pues, delante de mi tabernáculo exhala frecuentemente los encendidos afectos de tu corazon; afectos de agradecimiento, afectos de generosidad, de oblacion, de amor multiforme, con los cuales llesves el consuelo á mi Corazon.

Y miéntras aquí oras, en tanto que aquí

me adoras y de cualquier manera que sea, en-fervorícese tu devocion de tal modo , que suplas en cuanto puedas por la indiferencia de los tibios , y les sirvas de poderoso estímulo para sacudir su letargo.

Manifiesta en todas partes una devocion no aparente, no fingida, sino real y muy sincera hácia el Santísimo Sacramento; devocion que desagravie en algun tanto mi honor, para que, edificando á tus hermanos, promuevas mis adoraciones y alivies el peso que abrumba mi Corazon.

Ofrece con mucha frecuencia, para honor mio, en la sagrada Eucaristía tus buenas obras, y todas tus aflicciones, y todo cuanto bueno hace la Iglesia en toda la redondez de la tierra.

Ofrece con el mismo fin las virtudes y los méritos de todos los ángeles y de todos los Santos; ofrece todas las alabanzas, todos los honores, todo cuanto se ejecuta en los cielos.

Cuantas veces celebres ú oigas la santa Misa, ó recibas la sagrada comunión, sea tu intencion, entre otras, el resarcir con esta santa obra por las injurias con que tú ó los demás hayais entristecido mi Corazon en este Sacramento.

Finalmente, hijo mio, é imitando á mi Corazon, ruega mucho por aquellos mismos que tan indignamente se portan conmigo, para que la paciencia de mi Corazon en esperarlos, y su prontitud en perdonar á los que vuelven, triunfen al fin, para su mayor alegría y para su eterna bienaventuranza.

Entre tanto, hijo mio, trabaja, ya inte-

rior, ya exteriormente; inventa cuanto esté á tus alcances, para que, léjos de ofenderme, continúen todos honrándome y amándome en este Santísimo Sacramento.

8. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh dulcísimo Jesus! ¡Cuánto nos has ennoblecido y cuánto nos has amado! Bajaste por nuestro amor desde los cielos hasta la tierra, y para llevarnos desde la tierra á los cielos no has dejado de trabajar ni de padecer.

Sacrificaste tu propia comodidad: derramaste tu sangre preciosísima para rescatarnos de nuestro cautiverio: sufriste con alegría la muerte para proporcionarnos la vida: quisiste que tu Corazon, rasgado por el amor, permaneciera siempre abierto, para que en él participáramos de todos los bienes; y te dignas ser todo nuestro, siempre y en todas partes.

Durante tu vida mortal te has dado á nosotros en precio de eterna salud, como fuente de vida, como modelo de perfeccion, y como caudillo y camino para el cielo.

En la vida sacramental te nos das además como alimento para la misma vida, como santificacion del alma y del cuerpo, como solaz en nuestra peregrinacion, y como abundancia de todos los bienes.

Y en la misma vida gloriosa te nos ofreces abogado para con el Padre, dispensador del Espíritu Paráclito, y tambien como premio sempiterno.

¿Qué otra cosa, ¡oh amantísimo Jesus! qué otra cosa pudo inventar y hacer tu Corazon que no lo inventara é hiciera por nosotros?



¡ Con cuánto agradecimiento, pues, con cuánto amor y con cuánta fidelidad debias contar, y con razon, de parte de nosotros!

Pero ¡ ay, Señor! ¡ Ay, que en lugar de la gratitud, en vez del amor y de la fidelidad, sólo te hemos correspondido con injurias, con profanaciones, con sacrilegios y con crímenes los más crueles!

¿ Y era esto, ¡ oh buen Jesus! era esto que arranca llanto á los mismos ángeles, lo que debías esperar de todos nosotros, por cuanto por nosotros has hecho y padecido, por cuanto nos has dado y nos tienes preparado?

9. ¡ Ojalá, Señor, pudiera borrar con mi sangre correspondencia tan horrible! ¡ Ojalá pudiera compensar tan indigno proceder, injurias tan crueles, á costa de mi mismo honor y con la ofrenda de mi propia vida!

Pero como yo no puedo hacer más que desearlo, en compensacion de las innumerables ofensas hechas siempre á tu Corazon, para reparar tu honor ofendido por mí ó por otro y de cualquiera manera que sea, te ofrezco todos mis pensamientos, todas mis palabras, todas mis obras, todo cuanto pueda hacer y todo cuanto haya de padecer.

Con este fin me ofrezco yo mismo á Ti, dispuesto á sufrir todas las humillaciones, y á soportar todas las injurias, y á padecer cuanto quieras y sea de tu divino agrado.

Te ofrezco tambien los afectos piadosos, los deseos santos, las obras meritorias de todos los fieles que te sirven y te son agradables en el mundo: todas las misas que se celebran ó se oyen, todas las comuniones que santamente se reciben, y, por último, cuan-

to se hace por Ti y para Tí en toda la Iglesia.

Te ofrezco asimismo las alabanzas, y las acciones de gracias, y las bendiciones todas, y todos los testimonios de amor de todos los espíritus celestiales y de los Santos que reinan en los cielos.

Te suplico ; oh benignísimo Jesus ! que lo recibas todo, y tal cual te lo ofrezco, en union de los méritos de tu sacratísimo Corazon : recíbelo por el inmaculado Corazon de la Virgen tu Madre, por cuya mediacion me atrevo á presentarlo.

Yo, aunque reo, me acerco con confianza á tu Corazon, por aquel inocente Corazon ; y te pido misericordia y gracia para mí y para todos los desgraciados.

Perdónanos, Señor ; perdona á nosotros pecadores : perdona los pecados que hemos cometido, y olvida las injurias con que hemos contristado tu Corazon.

Concédenos poder resarcir lo pasado con la pureza de nuestra vida ; corresponder á tu amor con los afectos abrasadores del nuestro ; y, finalmente, complacer y consolar tu Corazon con nuestra constante fidelidad.

*(Imitacion de Cristo, lib. IV, cap. VI.)*

## CAPÍTULO XVIII.

Debemos probarnos á nosotros mismos, ántes de acercarnos al Santísimo Sacramento de la Eucaristia.

1. *Voz de Jesus.* — Pruébese el hombre á sí mismo, y de este modo coma de aquel pan y beba de aquel cáliz. Pues el que lo come y

bebe indignamente, come y bebe su propio juicio, no distinguiendo el convite de Jesucristo de los manjares profanos.

Castigo no pequeño es el que amenaza á aquél que recibe á su Señor indignamente. Porque mi sangre caerá sobre él, y destilará la maldicion sobre su cuerpo y sobre su alma.

Considera, si no, hijo mio, cuánto es y con cuánta justicia lo que te indignas con el traidor Judas. Pues aún excede en atrevimiento, en ingratitud é iniquidad á este pérfido discípulo aquél que, no escarmentado con la infelicísima suerte del Iscariote, y abusando de mis advertencias y de mis beneficios, al sentarse al lado de mi Corazon en este santísimo convite me entrega por una sacrilega comunión.

¡Qué terrible, qué tremendo es el juicio que le espera! ¡Qué horribles tormentos aguardan á aquél que me persigue indignamente y me entrega con tanta crueldad!

Si los que abusaron de las antiguas figuras de este Sacramento divino fueron castigados con inaudita severidad; si los hijos de Helí, porque se condujeron indignamente en el templo; si Oza, porque tocó irreverente el Arca del Testamento; si Baltasar, porque hizo servir los vasos sagrados para usos profanos; si todos ellos, en castigo de su delito, fueron arrebatados por una muerte repentina, ¿qué merecerá el sacrilego que pisotea, que desprecia cuanto está de su parte, á su mismo Dios, á su Criador y su Salvador?

Por ventura, no se abriría la tierra y tragaría vivo al sacrilego si mi Corazon no lo



impidiera, para ofrecerle todavía nuevos medios de salvarse?

¡Oh perversidad! ¡Oh crimen! ¡Cuán horrendo será caer, reo de tanta impiedad, en las manos de un Dios omnipotente!

2. *Voz del Discípulo.*—¡Señor, Señor! Me horrorizo, estremecido de temor, cuando considero la crueldad de crimen tan inaudito.

Hundido en el polvo, prosternado en tu presencia, te suplico humildemente que me preserves de la participacion indigna de tu cuerpo y de tu sangre.

Te ruego, Dios y Señor mio, por tu sacratísimo Corazon, que me des á conocer qué sea comer este pan y beber este cáliz indignamente, para que, conociéndolo, evite con el mayor cuidado hacerme reo de esta terribilísima condenacion.

*Voz de Jesus.*—Comulgar indignamente es, hijo mio, recibir el sacramento santísimo de la Eucaristía gravada la conciencia del que lo recibe con el pecado mortal.

Pruebe, pues, el hombre, ántes de comulgar, el estado de su conciencia, para no participar indignamente de este sublime misterio, y para no comer y beber de esta manera su condenacion y su muerte eterna.

Tan necesaria es esta prueba, que ninguno que se encuentre con conciencia de pecado mortal, por muy contrito que se reconozca, debe acercarse á la sagrada Eucaristía sin que ántes preceda la confesion sacramental.

3. *Voz del Discípulo.*—Perdóname Señor, si te digo que me parece no he comprendido perfectamente lo que acabas de mani-

festarme, porque mi entendimiento es muy limitado.

Perdona tambien si acaso busco aquello que puede ser ménos conveniente; esto es efecto de las angustias de mi corazon.

Y nó porque yo no quiera, Jesus mio, tener las mismas y mejores disposiciones para recibir tan augusto Sacramento que las que sólo se necesitan para no recibirle indignamente, sino porque algunas veces el enemigo de mi salvacion me sugiere que, habiendo hecho todo lo que he podido, áun así, si me acerco á la sagrada comunion, soy reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

Así que, cuando estas tinieblas oscurecen mi espíritu, y cuando el enemigo ruge en medio de esta oscuridad, de modo que no veo claramente las cosas, ó no oigo como quisiera tu voz dentro de mi alma, ó me acerco fatigado y con peligro, ó me privo del remedio mejor de todas mis necesidades, engañado por el artificio del demonio.

Indícame, pues, qué sea estar en conciencia de pecado mortal, porque, una vez comprendido bien esto, evitaré el engaño del diablo con más facilidad, y me preservaré con mayor eficacia de una comunion indigna.

4. *Voz de Jesus.* — Está, hijo mio, en conciencia de pecado mortal aquél que sabe perfectamente en su corazon que está en pecado mortal. En conciencia está de una cosa el que tiene conocimiento exacto de la misma cosa. Porque conciencia es una noticia cierta.

Pero esta noticia cierta no se ha de bus-

car en todas las cosas de la misma manera, sino de un modo acomodado á cada materia: absoluta, en materias absolutas; física, en materias físicas, y moral, en materias morales.

Así, hijo mio, cuando los habituados á pecar voluntariamente duden de si, solicitados á aquel pecado de costumbre, pecaron, estén moralmente ciertos de que son reos del mismo pecado, por lo que con tanta frecuencia les sucede.

Por el contrario, siempre que trabajas de buena fe para estar unido conmigo; siempre que tiembles habitualmente verte privado de la divina gracia; si no sabes, si no tienes una noticia cierta de haber consentido voluntariamente en las tentaciones del enemigo en materia grave, ó de haber perdido la gracia por cualquier motivo, comulgando, no recibes indignamente el Santísimo Sacramento.

5. Confórtete esto, hijo mio, anímete y guíete siempre, y muy en particular cuando una luz bastante clara no ilumina tu alma, ó cuando aturde tu corazon el estrépito del enemigo.

Sin embargo, haz siempre ántes de comulgar un acto de contricion, lo más perfecta que te sea posible, de todos tus pecados, áun de los desconocidos, y segun estén en la divina presencia; para que así, mejor preparado, te acerques á este divino misterio en la compañía de los ángeles.

Conviene tambien, cuando hayas de acercarte á la sagrada mesa, que examines tú mismo los pecados veniales, purificándote



de ellos y de todos los afectos desordenados por un amor ardiente, de modo que puedas sentarte á mi lado en el celestial convite, engalanado con la vestidura nupcial inmaculada.

De esta manera, hijo mio, si no consientes en el pecado mortal, áun cuando te veas tentado á él; si no cometes voluntariamente pecados veniales; si insistes en contrariar á la naturaleza en cuanto se oponga al beneplácito divino, puedes, cuantas veces quieras, y con permiso del director de tu conciencia, acercarte á la sagrada comunión.

Y áun cuando es indudable que esta pureza dista infinitamente de la pureza divina que se recibe en el Santísimo Sacramento, bástale, sin embargo, al hombre mortal frecuentar este misterio santo y santificante con humildad, con confianza y afecto, para purificarse con más perfección.

No ha sido instituido este Sacramento divino para las criaturas-ángeles é impecables por su naturaleza, sino para los hombres, ángeles en el deseo, y que no quieren pecar; para que adquieran por él aquella perfección de pureza y santidad que, más que preparación, son ya frutos de la sagrada comunión.

6. Propio es del demonio apartar de la comunión frecuente á las almas que están suficientemente dispuestas; y cualquiera de los mortales que esto mismo hace, ya directa ó ya indirectamente, imita al demonio y ejecuta la obra del demonio.

Verdad es que exijo reverencia, pero deseo mucho más el amor: y una y otro alcan-

zarás mejor con la frecuente que con la no frecuente comunión.

Tampoco quiero que frecuentes muchas veces la Santísima Eucaristía, y sigas al mismo tiempo pecando, aunque sea venialmente, ó alimentando los apetitos ú odios desordenados de la naturaleza; lo que quiero es que resuelvas para tí, que deCRETES firmemente en tu corazón abstenerte de ellos, y que de este modo te acerques con frecuencia á la sagrada comunión, juzguen lo que quieran los que en esta materia piensan segun el espíritu del mal.

Si sostenido por este propósito y firme resolución te acostumbras á vivir con pureza, entónces, hijo mio, áun cuando caigas por fragilidad en alguna falta, no omitas por ello tus frecuentes comuniones, sino que, hecha la prueba debida, acércate á comulgar con disposiciones más intensas y fervorosas.

Considera, hijo mio, y no olvides cuánto honra y regocija á mi Corazón la Comunión piadosamente recibida; con cuánto gozo recrea á los ángeles; cuánto alivia las penas de los fieles difuntos, y cuántas gracias y dones recibe en ella el alma así preparada para asegurar su salvacion y adquirir la santidad.

¿Y esto no es, por ventura, de valor tan incomparable que no solamente compensa, sino que excede infinitamente al trabajo y á los esfuerzos que se requieren para la prueba y para la purificación del que comulga?

7. Nadie hay, hijo mio, que no pueda probarse, que no pueda purificarse de este modo, y que, finalmente, no pueda acercarse

á comulgar así preparado, puesto que todos reciben la gracia necesaria para ello.

No atribuya ninguno la falta de disposicion á la naturaleza ni á las condiciones de su vida; porque ni la naturaleza ni las condiciones de la vida son la causa de que el alma se presente mal preparada, sino el abandono y la voluntad desordenadas.

Excita, hijo mio, el fervor; anima tu corazon á un negocio de tanta importancia, porque no hay para tí otro mejor en la vida, ni de más utilidad y provecho.

En este Sacramento recibe cada uno el fruto del trabajo que empleó en la preparacion; y, segun se acercó más purificado y mejor dispuesto, así se retira más enriquecido de gracias y de favores.

8. *Voz del Discípulo.*—Gracias á Tí, ¡oh Jesus infinitamente bueno! Gracias á Tí por lo que me instruyes con tanta claridad y lucidez en un asunto de altísima importancia. Gracias á Tí porque, aunque soy tan pobre y tan miserable, me invitas y me impeles con tan extraordinaria bondad de tu Corazon á la participacion frecuente de este divino convite.

Vendré ya en lo sucesivo con mayor seguridad y con más alegría á esta tu santa mesa, una vez que he aprendido de qué modo debo probarme y prepararme, ya para que Tú me recibas, ya para que pueda alimentarme con aprovechamiento del manjar de los cielos.

Tú sabes, Señor, que deseo fervoroso y resuelvo firmísimamente vivir limpio de todo pecado voluntario y de todo afecto desorde-



nado, para poder recibir la sagrada comunión con muchísima frecuencia y sin obstáculo ninguno.

Suple Tú, Jesus misericordiosísimo y bueno, con los infinitos tesoros de tu Corazon, cuanto haya en mí de pobre y de miserable: vísteme la cándida estola de la inocencia, adórneme con la hermosura de la fe, de la esperanza, de la caridad y de todas las virtudes, para que merezca presentarme en medio de tus ángeles santos y participar de tu convite en tu compañía, para gozo y mayor gloria tuya, y para santificación y consuelo mio.

*(Imitacion de Cristo, lib. iv, cap. vii.)*

## CAPITULO XIX.

De qué modo debemos prepararnos para recibir la sagrada comunión.

1. *Voz de Jesus.*—Mi tiempo se acerca, hijo mio: hé aquí que vendré, entraré en tu alma, y haré mi mansion contigo.

Y cuando llegue, me acompañarán multitud de ángeles; conmigo vendrán las riquezas, los honores y la felicidad, para enriquecerte y para ennoblecerte; para complacerte y hacerte dichoso.

Prepárame, pues, una morada, no solamente pura, sino adornada como es necesario y conveniente.

Si consideraras bien quién es el que vas á recibir, reconocerías ciertamente que te es indispensable prepararte con extraordinario

cuidado, aún cuando ya poseas la inocencia de los ángeles.

¿Con cuánta pureza y con cuánta santidad deberán purificarse y adornarse el cuerpo y el alma de aquél que no solamente añade, no solamente abraza, sino que recibe é incorpora á sí mismo la suma pureza y la misma santidad?

Haz, pues, todo cuanto te sea posible para prepararte en el cuerpo y en el alma para una obra tan grande.

2. Obra es, en verdad, muy grande: pues que no preparas habitacion ni para un superior ni para un príncipe, sino para tu Dios y tu Salvador: ni trabajas tampoco por tesoros perecederos y caducos, sino por tesoros eternos.

Por esta razon, y algun tiempo ántes de que Yo venga á tí, principia á disponerte y prepararte remotamente, segun tu condicion, con la práctica de la mortificacion y con el ejercicio de otras virtudes.

Encamina á ese mismo fin todas tus buenas obras, aún las indiferentes, y tambien las palabras y los pensamientos, y ofrécelo todo como adornos, agradables á mis ojos, de la morada que resuelves prepararme en tu corazon.

3. Excita y aumenta un deseo vivísimo de aquella bienaventuranza que has de gozar en la sagrada comunión. Y esto pondrá en movimiento y reanimará todos los demás afectos y deseos.

¿Y cómo no ha de avivarse tu deseo si piensas seriamente de cuántas maneras te soy necesario? ¿Cómo no experimentarás un fer-

viente anhelo de recibirme , si consideras los bienes que recibes conmigo? ¿Cómo, por último , no has de abrasarte todo , si meditas el desprendimiento generoso con que mi Corazon desea entregarse á tí?

Correspondiendo agradecido á este deseo de mi Corazon, deséeme el tuyo á la vez y de la misma manera; renuévense, inflámense sus deseos de modo que se derrita, que se disuelva en amor para estar conmigo.

Pregunta una vez á los ángeles: «¿Habeis visto, por ventura , á Aquél á quien ama mi alma? Os conjuro que me lo digais , porque desfallezco de amor.»

Invoca otra vez á los Santos: «Os suplico, hermanos míos, por nuestro Señor y su mismo divino Corazon , que me ayudeis , interponiendo por Mí vuestras oraciones,»

Dirígeme despues tus suspiros : «¡ Oh Amado mio! Escogido entre todos, indícame el lugar donde descansas y te apacientas entre lirios ; Quién me diera encontrarte, abrazarte é introducirte en las moradas de mi corazon! ; Haz, Señor, haz que yo experimente cuán bueno eres para los que te buscan, cuán dulce para los que te hallan, cuán inefable para los que gozan de Tí! Ven, Señor; no tardes un momento.»

Con estos ó con otros afectos conformes con el estado de tu alma, nutre el fervor, suscita el hambre espiritual del salubérrimo sacramento de la Eucaristía, que mantiene y que llena al alma hambrienta de gracias y de riquezas.

4. Forma además una intencion pura y santa , refiriéndola á los diferentes fines que



al comulgar te propongas, ya generales ó ya particulares.

Guárdate, hijo mio, de acercarte á la sagrada comunión por pura fórmula, por costumbre y como sin consejo; y cuida no menos de comulgar por parecer más piadoso, ó, por el contrario, porque no se diga, ó sólo por experimentar, por último, consuelos sensibles.

Procede con rectitud; sigue practicando lo que es puro y santo, según el beneplácito divino, del cual por ninguna cosa del mundo debes separarte. Cuanto á Él no se refiere, nada vale, por más bueno y más dulce que nos parezca.

Y así sucederá, que si al acercarte á este santo Sacramento con la diligente preparación que es debida, no sientes como deseas el sabor ó el fervor de la devoción, lo soportarás tranquilo y con fruto á la vez, resignado con mi divina voluntad, y reputando esta privación como el mayor de todos los consuelos.

Y si experimentas los ardores y la dulzura de la piedad, lo recibirás con humildad y agradecimiento de tu alma, lo saborearás en lo íntimo de tu corazón, convencido de que es, no cosa que tú has buscado, sino don de la bondad de mi Corazón.

5. Y cuando se acerque el tiempo, cuando llegue el momento en que Yo haya de venir á ti, escucha al Ángel de tu guarda que te dirá: «Hé aquí que el Esposo viene: sal á recibirle.»

Levántate entónces con velocidad, llevando en tu mano la lámpara encendida de la

gracia santificante; acércate presuroso á mi sagrado Tabernáculo, aguarda allí, y prepárate para mi próxima venida.

Dilátase en aquellos momentos tu corazón; regocíjense todas las facultades de tu alma; circúndete interior y exteriormente una apremiante é indecible felicidad.

Acuérdate de que estás, nó como en el mundo, sino en medio de los ángeles que invisiblemente te rodean.

6. Y entónces, y deteniéndote delante de Mí, que habito en el Sagrario, adora con viva fe, renueva una esperanza grande, y reanima la caridad para con todos tus prójimos. Dedícate á esto con especial cuidado, é insiste en ello con extraordinario afecto.

Ejercítate despues en los actos de aquellas virtudes peculiarmente agradables á mi Corazón, y que Yo mismo practiqué admirablemente en el Cenáculo, ántes de la institucion de este Sacramento, dándote ejemplo, para que, así como mi Corazón lo hizo, así lo haga tambien el tuyo ántes de recibir la sagrada comunión.

¡Cuán profundamente me humillé Yo mismo allí, cuando me postré á los piés de mis discípulos para lavarlos y enjugarlos!

Instruido tú con este ejemplo, humíllate cuanto te sea posible, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

Y despues que hayas hecho todo lo que hayas podido, reconoce que todavía no eres digno de recibirme ni de penetrar conmigo á los consorcios divinos.

¿Qué otra cosa busco Yo que un alma verdaderamente humilde, en quien se complazca

mi alma, sobre quien mi Corazon derrame la plenitud abundantísima de sus gracias, y á la cual, por último, mi purísimo amor atraiga, arrebate y trasformé completamente?

Por amor, hijo mio, fué instituido este Sacramento, y por amor has de recibirle.

Así como el amor de mi Corazon llega hasta el exceso y se prodiga en este misterio sin modo y sin medida; así tú, hijo mio, cuando participes de él, entrégate todo al divino amor, sin límites y sin condiciones.

Este amor vivo, este afecto puro, esta entrega total de tí mismo es una preparacion excelente para la sagrada comunión, porque dispone próximamente á la union divina.

Fija en esto tu atencion: trabaja en esto con todo tu corazon; pide y dá, segun el espíritu de la gracia te dirija ó te enseñe interiormente.

7. Hijo mio, si me amas con pureza, comprenderás que no está en tu mano, que no tienes tú poder para amarme lo bastante: y te convencerás de que todo cuanto hagas ó puedas hacer es como nada, comparado con lo que necesitas para recibirme en tu corazon.

Y así, no te contentes con el adorno de las virtudes que practicas ó posees, sino antes bien pide prestados á los ángeles, á los Santos y á todos los buenos, todos los adornos que poseen, para el momento solemne en que hayas de recibirme.

Y lo alcanzarás, hijo mio, si lo deseas con sinceridad y fervoroso corazon; si me ofreces tú mismo los méritos y todas y cada



una de las virtudes de los ángeles y de los Santos, para agradarme con ello, y para recibirme más dignamente y con mayor perfeccion.

Lo alcanzarás si con este mismo fin desees eficazmente recibirme con aquella pureza, con aquella fe, con aquella esperanza, con aquella caridad, con aquella humildad, con aquel amor, y finalmente, con aquella santidad con que todos los justos, todos los piadosos, y hasta la misma Inmaculada Virgen mi Madre, me recibieron siempre en este Sacramento.

Si estos santos afectos son, hijo mio, de puro amor hácia Mí, de tal modo me son agradables, que me deleito con tan inflamados deseos, en el mismo grado que tú te deleitarías si poseyeras lo deseado.

Pero busca, hijo mio, lo que es todavía mejor: perfecciona tu corazon con todas las virtudes que adornan mi Corazon.

Entre tanto, cuando Yo salga del tabernáculo, y cuando oigas aquella voz que te dice: ¡hé aquí el Cordero de Dios! recogido interior y exteriormente, y estrechado por la bondad de mi Corazon, ven y sal á mi encuentro en la compañía de los ángeles.

Olvidate en cierta manera de tí en momentos tan solemnes, y consagrado exclusivamente á Mí, recíbeme con todos tus afectos y entra conmigo en tu corazon.

8. Aquí tienes, hijo mio, el modo con que te conviene prepararte para la sagrada comunión. Y si, como es propio de un discípulo de mi Corazon, haces los actos preparatorios, nó segun el libro, sino con arreglo á

los sentimientos de tu alma, encontrarás que es un modo siempre nuevo.

Practicarás aquellos actos, ya de una manera, ya de otra, segun te inspiren, ya la necesidad, ya la devocion, ya la uncion interior del Espiritu Santo.

Y si todavia no te es posible prepararte interiormente, usa del libro, pero de modo que aprendas poco á poco á hablar conmigo, y despues puedes prepararte próximamente sin necesidad del libro.

Conserva el método, pero varía en el modo de seguir este método, abreviando unos actos, prolongando otros, segun el estado actual de tu alma.

Cuídate, nó de las formas de los actos, sino de la sinceridad de los afectos: expresa sencilla y afectuosamente los sentimientos de tu corazon, y sigue sobre todo al espíritu.

De esto resultará, hijo mio, que cada dia te prepararás con un fervor, tambien nuevo, pero siempre acomodado á las circunstancias que te rodeen.

Contribuirá á ello en gran manera prepararte y acercarte á cada una de las comuniones como si fuera la última de tu vida. Y en verdad, hijo mio, que no sabes si la comunión de mañana será la última: lo que sabes es que alguna de ellas ha de ser la última; pero cuál, tú lo ignoras.

Por esta razon es consejo prudente y muy piadoso acercarse á cada comunión en tal estado de corazon, con tales disposiciones de alma, que si es la última, sea para tí viático para la vida eterna.

9. *Voz del Discípulo.*—¡Cuán admirable

y qué grande es, Jesus y Señor mio, la bondad de tu Corazon al instruirme de esta manera, y al enseñarme el modo tan santo, tan dulce con que debo prepararme para recibir la sagrada comunión!

Abrazo, Señor, con agradecimiento, y seguiré fielmente el método que Tú me has indicado, y que siendo á la vez sencillo y multiforme, le encuentro cada dia más fácil y más nuevo.

Pero aún cuando yo haga todo cuanto me sea posible para recibirte dignamente dentro de mi alma, ¿qué es todo ello para lo que merece tu dignidad? ¿Qué es cuanto yo hago, comparado con la bienaventuranza que he de gozar?

En aquella hora suavísima en que entres en mi corazon, ¿qué faltará para que yo sea dichoso? ¿No encontraré en Ti cuanto yo puedo apetecer?

Tú eres para mí, ¡oh fuente inagotable de todos los bienes! Tú eres mi vida y mi alegría, Tú mi virtud y mi santificación, Tú mis riquezas y mi honor, Tú mi descanso, mi dulzura y toda mi felicidad!

¡Oh Jesus, amadísimo entre todos los amados, y cuánto te deseo! ¡Cuánto necesito de Ti! ¿Cuándo vendrás? ¿Cuándo me admitirás, miserable y enfermo, é ignorante y hambriento y desconsolado?

Tú, Jesus mio, Tú eres mi Salvador, Tú mi Médico, Tú mi Maestro, Tú mi Pastor, Tú mi Amigo, Tú mi buen Consolador, Tú mi Amado, Tú el Esposo de mi alma.

¡Oh Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo! No soy digno de que entres



en este pobre y desaliñado albergue; pero ten misericordia de mí; obedece á la bondad de tu Corazon, y ven.

¡Oh Amado mio, Esposo más dulce que la miel y que los panales, cándido con la hermosura de la inocencia, rubicundo con la pureza del amor! ¡Llévame á Tí, y hazme semejante á Tí!

Auxíliame para que me prepare santamente á tu llegada: concédeme tener siempre mi lámpara ardiente y encendida, para que no duerma ni emperece, sino para esperar en la oracion, para enfervorizarme en la piedad de tal manera, que así preparada mi alma, merezca salir á tu encuentro y entrar despues á los goces de tu compañía.

(*Imitacion de Cristo, lib. iv, cap. xiv.*)

## CAPÍTULO XX.

Cómo debemos portarnos despues de haber recibido el Santísimo Sacramento.

1. *Voz de Jesus*.—Una vez, hijo mio, que me hayas recibido en la sagrada comunión, renunciando á todo otro cuidado, sé todo para Mí como yo soy todo para tí.

En rededor de tí están los ángeles entónces; adoran postrados, veneran reverentes, admiran atónitos, y se abrasan de amor. ¿Y tú podrás entre tanto permanecer indiferente?

Todo, interior y exteriormente, respira santidad y devocion, paz y alegría, abundancia de bienes y dones, dulzura y felici-

dad. Participa de todo , hijo mio , y gózalo en Mí , á quien posees.

Mírame ya , tu Dios , tu Señor , y todas las cosas , habitando en lo íntimo de tu Corazon. Permanece , hijo mio , en mi compañía , y no me dejes solo , ausentándote con el espíritu , con el corazon ó con los sentidos.

Antes bien , y cerrando cautelosamente todas las entradas , emplea tu tiempo conmigo ; cosa no encontrarás mejor , ni más agradable , ni más preciosa para tí.

¡Dichoso tú , hijo mio , si aprendes á invertir bien este tiempo , del cual pende el fruto máximo de tu comunión y el principal aprovechamiento de tu alma !

¡ Ah y cuánto tienes en que emplear esta hora gozosísima ! ¡ Cuánto tienes que suplicar y que pedir ! ¡ Cuánto que comunicar conmigo ! ¡ Cuánto debes oír de mí ! ¡ Cuánto tienes que sacrificar ! ¡ Cuánto , finalmente , tienes que recibir para tí y para los demás !

No quieras , pues , desperdiciar el tiempo de mi visita ; ántes procura que no se pierda ni la parte más pequeña de tan excelente don.

2. Tributa en primer lugar , y con sincero corazon , muchísimas gracias á Mí , tu Dios y tu Salvador , que me he dignado visitarte con tanto amor y con tan gran misericordia ; y puesto que tú eres insuficiente por tí para darme las gracias que me son debidas , convida á los ángeles que asisten invisibles ; invita á los espíritus celestiales y á todos los Santos ; invita tambien á todo cuanto respira , á cuanto es criatura grande ó pequeña , para que contigo y por tí alaben juntamente y en-

salcen al Amado de tu alma, á Mí, tan amante y tan digno de ser amado.

Y siendo esto muy poco todavía en comparación de la grandeza del beneficio divino, ofrece todas las acciones de gracias, todas las alabanzas y todos los actos de amor que los ángeles, y los Santos, y los justos todos te ofrecieron en los pasados siglos, te ofrecen hoy, y hayan de ofrecerte por toda la eternidad.

Ofrece, hijo mio, todo esto unido á los méritos de mi Corazon, que, siendo infinitos, son iguales á un don infinito.

3. Ocúpate despues en actos de profundísima adoracion, sometiendo en holocausto para siempre todas las potencias de tu alma, todos tus sentidos corporales, y en obsequio á la fe que se me debe en este Sacramento.

Y este holocausto me es completamente agradable y honorífico, porque contiene en sí profundísima humildad, y porque en él te ofreces á Mí, absolutamente y sin reserva alguna.

Despues de esto, ¿qué no puedes esperar ya de mi corazon, pródigo infinitamente de sus dones?

Espera con fortaleza, hijo mio: ejércitate en actos poderosos y grandes de una esperanza firme. Alienta esa misma esperanza en la seguridad de que no ha de quedar confundida, y con la confianza de que te ha de ser concedido todo cuanto pidas. O bien arrójate á mi corazon, como el niño se arroja en el seno de su madre, persuadido de que has de encontrar en él cuanto deseas, y esperando asegurar en él tu salvacion.



¿Y no se abrasará entre tanto tu corazon, cuando el mio te manifiesta misericordia tan grande, dignacion tan inmerecida, amor tan gratuito y desinteresado?

Insiste en esto, hijo mio: entrégate íntimamente al amor divino, y no dejes de hacer actos de amor hasta que tu devocion quede satisfecha, ó el espíritu de la gracia te inspire otros sentimientos.

Entónces, pues, miéntras el amor divino trabaja en tu corazon y desarrolla su poder, entónces es tiempo aceptable para que, si cometiste algunas faltas desagradables á mi Corazon, por fragilidad humana ó por cualquier otro motivo, te arrepientas por puro amor divino de haberlas cometido, y resuevas no volver á cometerlas en adelante.

El encendido ardor del amor divino, cooperando tú de esta manera, persigue al pecado como una paja seca, y le abrasa y le consume.

4. Ruega entónces con instancias, y para no caer otra vez, verte cuanto ántes curado de tus pasiones, si alguna todavía te domina; verte libre de aquellos afectos desordenados con que ames ó aborrezcas con ménos rectitud á las criaturas; librarte de las miserias que te afligen, y, finalmente, precaver de pecados y de defectos, de aquellos especialmente á que te inclinas con más frecuencia.

Y para consolidarte y afirmarte más y más en la perfeccion, y para que llegues á ser más semejante y más amado á mi Corazon, pide incesantemente la virtud y el incremento de todas las virtudes.

Solicita una fe más viva, una esperanza más firme, una caridad más ferviente, un amor más acendrado á la pobreza santa, una pureza universal, una obediencia más perfecta, una humildad y una mansedumbre más esmeradas: solicita conformidad con mi voluntad divina, íntima y perpétua union conmigo, y, finalmente, todas las demas virtudes que tu condicion exige y que son propias de un discípulo de mi Corazon.

Avanza más todavía, y pide auxilios especiales para realizar por mi amor, alegremente y con mérito, aquellos sacrificios que en particular reclama ó exige la gracia.

Conságrate todo á honrarme y amarme, ofreciéndote como hostia viviente con cuanto eres y con cuanto tienes.

5. Por último, hijo mio, aviva prácticamente el celo del amor, ruega mucho y muy fervorosamente por todos los demás, para tu mayor gloria y para mayor regocijo de mi Corazon.

Por los méritos de los ángeles y de los Santos, por el Corazon de la Inmaculada Virgen mi Madre, pide por la Iglesia católica para que goce perpétua paz, para que crezca en santidad, y para que se extienda por toda la redondez de la tierra.

Pide por el Sumo Pontífice, mi Vicario, y por todos mis ministros, para que sean buenos operarios de mi viña, para que tengan recta intencion, pureza de vida, estudio de la perfeccion y fervoroso celo.

Pide por los religiosos, para que conserven el primitivo espíritu, para que progresen continuamente en la virtud, para que

edifiquen al mundo y consuelen á la Iglesia.

Pide por todos los fieles , para que , sirviéndome cada uno digna y plausiblemente en aquella vocacion á que ha sido llamado, trabaje para hacer cierta su eleccion.

Eleva tambien tus oraciones y tus súplicas por la conversion de los infieles, de los herejes y de los pecadores todos, para que, libres de los errores del entendimiento y de los vicios del corazon , dirijan sus pasos por el camino de la salvacion y de la paz.

Pide por tus parientes, por tus bienhechores , por tus amigos, y, nominalmente, por tus enemigos , para que, favorecidos con superiores auxilios, se santifiquen y alcancen cuanto les es útil ó necesario.

Pide por todos los justos, por los afligidos, por los que se hallan en peligros, por los que están en la agonía, para que consigan la perseverancia , el consuelo, la proteccion y un fin bienaventurado.

Pide tambien por los fieles difuntos , en particular por aquéllos por quienes tienes más obligacion de pedir, en cualquier concepto; á fin de que merezcan entrar en los cielos, é intercedan por tí ante el trono de la divina misericordia.

6. Practica, hijo mio, todo esto con fidelidad , y trabaja con energía y suavemente á la vez para perfeccionarlo segun mi espíritu.

Pero si Yo hablo á tu interior, si te comunico alguna cosa; si en alguna cosa te ocupo , ó trato de alguna manera contigo, entónces interrúmpelo todo, y escúchame con docilidad y reverencia.



Si alguna vez y por alguna falta te reprendo, recibe la reprension con corazon humilde; si te exhorto, si te apremio á alguna cosa, resuélvete pronto, y decide; si algo te prometo ó te doy, sé tú á la vez generoso conmigo; si en alguna afliccion te consuelo, recibe el consuelo humildemente; déjate embriagar con las dulzuras del consuelo, recordando que soy bueno y que mi misericordia vive por todos los siglos.

Y si sucediere que el torrente de amor de mi Corazon te invade y te arrebatara repentinamente, cede, hijo mio, y déjate arrebatar hasta donde él quiera.

Deja que el amor llegue hasta su exceso, y aprisionate tú en los mismos excesos: déjate encender, derretir y disolver en este fuego divino; pero ocultando exteriormente cuanto te sea posible lo que obra la gracia interiormente, para que nadie te atribuya lo que á Mí solo es debido.

Mi Corazon se conduce algunas veces y por demasiado amor á mis verdaderos discipulos de tal modo, que, ya les remunera los trabajos y tribulaciones sufridas por mi amor, ó los sacrificios hechos generosamente por Mí; ya les hace gustar en la plenitud de su Corazon cuán suave soy en el Sacramento eucarístico, y cuánta dulzura les reservo en los cielos; ó ya, finalmente, preparados con la fuerza maravillosa del amor, los transformo en Mí mismo.

Pero no te turbes, hijo mio, ni te angusties, si despues de recibida la sagrada Comunión piadosa y devotamente, no experimentas los efectos sensibles de la gracia, ni los

movimientos de amor divino, pues sin el goce de estos dones puede el fruto ser el mismo.

Y aún cuando agitándote tú mismo excites con vehemencia tus sentimientos, no te aprovechará este movimiento de la naturaleza: antes, por el contrario, darás vida al amor propio, alimentarás la vanidad y te expondrás fácilmente á ilusiones peligrosas.

Permanece, pues, en mi presencia con humildad y tranquilamente, ejercitándote en los actos ordinarios de las virtudes: y si no experimentas el fervor y las dulzuras del amor, trabaja al ménos para obtener mayor humildad y mayor conformidad con el divino beneplácito.

Este es, hijo mio, el camino seguido por aquellos Santos que se manifestaban contentos, fuera cualquiera el lugar en que se les hubiera colocado: si no á mi costado con Tomás, ó con Juan sobre mi pecho, permanecían con María á mis plantas, siempre agradecidos y fieles á la gracia presente: y ya postrados á mis piés, ya admitidos al ósculo de mis labios, en una ó en otra parte, aprovechaban en proporcion á la gracia que se les concedía.

7. De este modo, pues, te conducirás, hijo mio, despues que hayas recibido el Santísimo Sacramento. Y este método, aún cuando en la realidad sea siempre el mismo, te parecerá siempre nuevo; pues en otras ocasiones le variarás cada vez y de diferente manera, segun sean el estado de tu alma y los movimientos del espíritu de la gracia.

Quiero, por tanto, que despues de la co-

munion dejes á tu corazon derramarse en Mí en toda su sencillez, y hablar y comunicarse conmigo, segun pueda y sean los afectos.

Porque si lees algunas oraciones, áun cuando sean piadosísimas, no pronuncias lo que es tuyo, sino que sólo repites lo que es ajeno; no tanto tu corazon comunica conmigo, sino que recitas, sensible ó insensiblemente, en mi presencia lo que otro corazon hizo. ¿Y te alabaré por esto? En esto no te alabo.

¿Crees acaso que podrás de esta manera llegar á ser hombre interior, comprender los actos que inspiro profundamente al alma, y gozar de mis íntimas comunicaciones?

Acostúmbrate por esta razon, hijo mio, á tratar conmigo de corazon á corazon, á manifestarme tus sentimientos, á penetrarte de los míos, á darme lo que posees y á recibir lo que yo te doy.

Sin embargo, si por ignorancia tuya ó por una desolacion apremiante no puedes hacer otra cosa que leer las oraciones, lee, pero lee poco, despacio y con atencion; é interrumpiendo la lectura alguna vez, procura tomar algo de tu corazon y comunicar conmigo. Así aprovecharás, hijo mio: así adquirirás insensiblemente la ciencia de los Santos y el arte de tratar y conversar con mi Corazon interiormente.

8. Y cuando se acerque el tiempo de volver á tus ocupaciones, no te olvides tampoco de la remota accion de gracias.

Ruega á los santos ángeles para que sigan alabándome por ti, y ofréceme con aquellas



alabanzas cuanto tú mismo hayas de hacer ó de padecer.

Ve luego á donde te llame la divina voluntad; pero cuida de tí interior y exteriormente; evita las ocasiones no necesarias de distraccion y de disipacion, y guárdate de ocupar tu corazon en las cosas inútiles ó mundanas.

Conságrame en el interior de tu alma un santuario donde me tengas siempre presente, donde ores con frecuencia, donde me consultes y donde comuniques y resuelvas conmigo cuanto te pertenece.

Justifica con las obras, y segun tus facultades, que te acuerdas del beneficio divino que acabas de recibir: practica alguna virtud con más perfeccion: manifiesta mayor caridad para con aquéllos que te han hecho mal, ó para los que tú miras con alguna aversion: manifiesta una humildad más profunda, una mansedumbre más suave y las demas virtudes con que me des testimonio de tu agradecimiento y de tu amor, y con que edifiques al mismo tiempo al prójimo, animándole á lo bueno y recreando asimismo mi Corazon.

9. *Voz del Discípulo.* — ¡Oh piadosísimo y dulcísimo Jesus! Gracias te doy de lo íntimo de mi Corazon porque te has dignado enseñarme con tanto amor, con tanta perfeccion y con tanta suavidad.

Si despues de recibida la sagrada comunion no empleo bien el tiempo, ni obro con rectitud, confieso que no tengo disculpa.

Tal vez hallaría excusa en tu presencia mi imperfecto modo de obrar y el fruto esca-

so de mis comuniones, si Tú no hubieras hablado, si no me hubieras instruido de este modo: pero ahora ya no la tengo.

¡Oh Jesus, bondad infinita! Excítame al fervor; auxiliame con tu gracia para que perfeccione con mis obras cuanto de suave y de santo me ha entregado tu Corazon, y que yo deseo con todos mis afectos.

¿Qué hay, pues, más dulce en la vida? ¿Qué más feliz en el mundo? ¿Qué cosa mejor ni más santa?

¡Oh amor mio! ¡Oh Jesus, Esposo divino del alma mia, delicia sempiterna de los ángeles y de los Santos! Gozándote, ¿qué más desearé?

Concédeme, pues, que sea siempre todo tuyo y Tú todo mio, que obre constantemente contigo, segun el beneplácito de tu Corazon, para que viva resignado y unido contigo eternamente.

*(Imitacion de Cristo, lib. iv, cap. xvi.)*

## CAPÍTULO XXI.

El sacratísimo Corazon de Jesus nos da en el adorable sacramento de la Eucaristia el antidoto con que nos libremos de culpas veniales y nos preservemos de pecados mortales.

1. *Voz de Jesus.*—Este es, hijo mio, el pan que baja del cielo para que aquél que coma de él, no muera.

El fruto primero, sólido y permanente que el alma alcanza de mi Corazon por la sagrada comunión, es librarse de defectos,

afirmarse en el bien y preservarse de la muerte espiritual.

Por eso, y para que este efecto tan consolador de la comunión se manifestara en este Sacramento, fué instituido á manera de nutrimento. Pues el alimento destierra del cuerpo la debilidad, aumenta las fuerzas y sostiene la vida.

Lo que el alimento natural hace en el cuerpo, eso mismo hace en el alma este manjar sobrenatural, el pan de los ángeles; pero con mucha más perfección y más admirablemente.

Si el fruto que el árbol de la vida produjo en el paraíso podía librar de la muerte al cuerpo humano, y conservarle en una perpetua juventud, ¿cuánto mejor este manjar bajado del cielo podrá defender al alma de la muerte y conservarla en inmarcitable vigor?

Sí, hijo mío: lo que ni el fruto del árbol de la vida, ni ninguna otra comida terrestre puede hacer con el cuerpo, lo hace siempre con el alma el fruto de este Sacramento, alimento celestial. Más aún: si sucediere que alguno, después de haberse probado, después de haberse examinado sinceramente, ignorase con ignorancia invencible, y por lo tanto inculpablemente, algún pecado mortal para su alma, y en este estado y con buena fe se acercara y comiera este pan vivo, obtendría la vida de la gracia santificante, y al mismo tiempo el perdón del pecado que ignoraba.

2. Este divino Sacramento suministra, no solamente las fuerzas necesarias para apartarse del mal, sino que impide también



y disminuye las causas mismas del mal.

¿Por ventura el agua no extingue el fuego? Pues la divina Eucaristía apaga mucho más eficazmente el fuego de la concupiscencia, pues conteniendo en sí toda virtud reprime toda pasión.

¿Qué es de admirar, hijo mío, si este celestial misterio hace aborrecibles y repugnantes todos los vicios y todos los placeres ilícitos, siendo así que suministra el vino que engendra vírgenes y comunica angélicos deleites?

¿No soy Yo acaso el pan de vida bienaventurada y la fuente de dulzuras eternas? El que á Mí se acerca no tendrá en lo sucesivo ni hambre ni sed de los manjares prohibidos y peligrosos del mundo, pues le sacio de bienes divinos que hacen con su suavidad que aparezca amargo é insípido todo lo que es del mundo, todo lo que está prohibido.

3. Cuando estoy sacramentalmente presente, los enemigos de la salvación huyen lejos del alma, que se les presenta ya terrible por la sagrada Comunión.

Si alguna vez se deciden á acometerla, lo hacen temblando, y dirigiendo sus ataques desde lejos.

Y aún estos mismos ataques afligen ya menos al alma, y la exponen á menos peligros, porque sus pasiones están más sujetas y más modificadas.

Y cuando el alma se vea acometida por la tentación de pecar, ¿no será suficiente, por ventura, para rechazar la tentación, el solo pensamiento de haber ya recibido, ó de ir á recibir, á su Dios en su corazón? ¿No

será acaso estímulo suficiente para redoblar las fuerzas, conservar el corazón en su pureza y permanecer fiel?

¡Cuántas almas existieron en este mundo que, aunque esclavas ántes de funestas pasiones, sin embargo, por el uso frecuente y piadoso de este Sacramento saludable no solamente se vieron libres de ellas en poco tiempo y con envidiable felicidad, sino que vencieron fácilmente los asaltos de los demonios, perseverando siempre fieles!

Y en verdad que si cuando conversaba con los hombres durante mi vida mortal, salía de Mí una virtud que sanaba todas las enfermedades, ¿cuánto más, ahora, en la vida sacramental, la virtud que sale de mi Corazón curará y fortificará las almas, unidas conmigo por la santísima Comunión?

4. Además, hijo mío, cuando vengo en este Sacramento al alma, traigo conmigo todos los sentimientos de mi Corazón, y los comunico al suyo según sus disposiciones: comunico el amor á la humildad, el amor á la caridad, el amor á la pobreza, el amor á la obediencia, el amor á la castidad, el amor, finalmente, á todas las demás virtudes que arrancan de raíz y entran á ocupar el lugar de todos los vicios.

Este amor, que es el alma de todas las virtudes, y que mi Corazón comunica en este Sacramento, es fuerte como la muerte, y te hará invencible si tú no lo impides.

Acuérdate de la primitiva Iglesia: ¡cuanta fuerza de amor comunicaba mi Corazón á los fieles en la sagrada Comunión, que, aun cuando muy débiles por su naturaleza, y ni-

ños y tiernas vírgenes, se hacían superiores á los enemigos todos de la salvacion, y más fuertes que la muerte misma.

Cuanto de más seductor tenía la soberbia de la vida y la concupiscencia de los ojos, y, por último la concupiscencia de la carne, tanto ménos y de ninguna manera pudo cautivar aquellos corazones que, robustecidos con este manjar de los fuertes y llenos de las dulzuras de mi amor, nada deseaban sino perseverar, y nada temían sino verse privados de este mismo amor.

¿Qué fué nunca capaz de separarles de mi amor? Nó la tribulacion, nó la angustia, nó las persecuciones, nó, finalmente, la muerte misma, ni bajo ninguna forma.

5. Y este Sacramento del amor de mi Corazon obra hoy todavía, lo mismo que obra en otro tiempo tan visiblemente.

¿Dónde, sino en mi Corazon y en este divino misterio, conciben los fieles tanto horror á cuanto ama el mundo y el amor propio? ¿Dónde, sino en él, conciben tanto amor á la pureza tantos jóvenes y tantas vírgenes que desprecian y pisan todo cuanto se opone á ella, aún cuando halague á la naturaleza? ¿Dónde sino en él, conciben unos tanta generosidad de corazon para amar por Mí las cruces, y para realizar con alegría y por mi amor sacrificios extraordinarios? ¿Dónde, sino en él, otros y muchísimos de todas condiciones adquirieron tal y tanta fortaleza, que, aún confesándose enfermos, sostienen, y suspiran, y triunfan invencibles de todos los ataques de mundo y de todos los asaltos del infierno?



Hé aquí lo admirable, hijo mio; hé aquí de qué modo este pan divino que distribuye pródigamente el amor de mi Corazon, comunica la vida al alma, preservándola de la muerte y del pecado.

6. *Voz del Discípulo.*—¡Oh Sacramento vivo y vivificante, donde me está reservado el pan de vida con que mi espíritu vive y todo lo puede! Yo te suplico, Señor, que me des siempre este pan, pero de tal manera, que no sea para mí ocasion de enfermedad ni de muerte. ¡Cuántos ejemplos hemos oído, y nuestros padres nos refirieron, de muchos que comieron este pan de vida, y sin embargo murieron.

¡A cuántos, en verdad hemos visto y hemos conocido, y nos estremecíamos de terror, que, alimentándose de Tí con frecuencia y aún diariamente, y debiendo vivir como los ángeles, se alejaron torpemente, se alimentaron con las bellotas de los puercos, y se revolcaron en el cieno, despreciando la gracia, despreciando el cielo, despreciando hasta los temores del infierno.

*Voz de Jesus.*—Hombres son esos, hijo mio, que poseedores de un honor esclarecido, no lo comprendieron, y se hicieran semejantes á los jumentos, que no tienen inteligencia.

Juzga, sin embargo, con rectitud; y cuando veas que aquéllos mismos que se alimentaban aquí en la púrpura abrazaron el estiércol, atribúyelo sólo á su estupidez, y culpa sólo á su mala voluntad.

Pues este Sacramento saludable, aún cuando por sí preserva de la muerte, deja al

hombre en libertad de morir, si no quiere su verdadera vida.

Una vez debilitadas las pasiones y los enemigos, consolida y auxilia admirablemente al libre albedrío, pero sin imponerle la necesidad.

Razon por qué el hombre que se alimenta de este manjar divino con frecuencia y con buenas disposiciones, vivirá y no morirá, aun cuando pueda morir, á no ser que abuse para su muerte de aquello mismo que se le ha dispensado para la vida.

Cuando lleguen, pues, á tus oídos los ejemplos lamentables de los que cayeron, volviendo á tu interior, di para tí mismo: «el que está levantado, cuide de no caer.»

Y de este modo, estudia y trabaja con el mayor esmero, no sea que por faltas voluntarias, ó á lo ménos por tibieza, impidas que la sagrada Comunión produzca en tí sus frutos saludables y divinos.

7. *Voz del Discípulo.*—¡Oh Jesus! ¡Oh vida con la cual vivo y sin la cual muero, vida dulce y amable! Hazme vivir siempre esta misma vida; hazme gozar siempre el vigor y la fortaleza de tu espíritu.

¡Oh Señor y mi bienaventuranza, á quien poseo por la sagrada comunión! No te pido, no busco, no ambiciono deleites sensibles: sólo te pido aquel amor con el cual sea tan fuerte, que nunca desfallezca; del cual me llene de tal manera, que cuanto el mundo me ofrezca me sea repugnante y nada apetecible.

Concédeme guardar con más precaución todos mis sentidos corporales, velar con ma-

yor atención por las potencias de mi alma, y de tal modo que culpa ninguna impida en adelante los frutos de mi comunión.

Aparta, Señor, y aleja de mí todas las ocasiones de pecar; protégeme poderosamente, y sácame salvo de los peligros á que me veo expuesto por servirte.

Sobre todo líbrame de todo pecado, y concédeme no separarme jamás de Tí, que eres mi única vida, mi vida verdadera y bienaventurada.

8. ¡Qué bueno es estar contigo, ¡oh Jesús, dulzura de mi corazón y única felicidad de mi alma! No permitas que yo me separe de Tí, y te suplico que no te apartes de mí.

Permanece conmigo para que no me sorprendan las tinieblas, para que no me sitien los peligros, y para que no perezca por falta de espíritu y de valor; pues Tú eres mi verdadera luz, Tú mi refugio, Tú mi virtud, Tú mi salvación.

¡Oh santísimo, oh dulcísimo Jesús! Yo te suplico, por el amor de tu Corazón, que permanezcas en mi compañía. Sin Tí, nada vale, nada agrada. Sin Tí, ¡cuán desdichado soy! ¡Y cuán bienaventurado soy contigo!

Permanece, pues, á mi lado; privame de la posesión de todas las cosas y del amor de todas las criaturas ántes que privarme de Tí y del amor de tu Corazón.

*(Imitación de Cristo, lib. IV, cap. IV.)*



## CAPITULO XXII.

El sacratísimo Corazon de Jesus nos une á si en la sagrada Comunión, y nos hace vivir por El y para El mismo.

1. *Voz de Jesus.*—El que se alimenta, hijo mio, de Mí, ese vivirá por Mí.

¿Y cómo no ha de vivir por Mí, cuando de tal modo se ha unido á Mí, que está incorporado conmigo y es animado por Mí?

Y si á no dudarlo, te has hecho en cierta manera en la sagrada Comunión miembro de mi Cuerpo, carne de mi carne y sangre de mi misma sangre; arrancando este miembro de Cristo, Dios y Señor tuyo, ¿te atreverás á hacer un miembro de iniquidad ó del mundo? No lo permita Dios.

Antes bien, vivificado y santificado con mi Cuerpo y con mi Sangre, manifiéstate santo en todas partes, viviendo de Mí y agradándome en todo y por todo.

De la misma manera que el cuerpo toma las cualidades de la comida con que acostumbra á alimentarse, de modo que el que usa siempre un alimento sólido y fuerte aparezca lleno de robustez y de pujanza, así tú, hijo mio, experimentarás lo mismo si con frecuencia y con buenas disposiciones te alimentas de Mí, principio de toda pureza y de toda santidad, y te harás al mismo tiempo santo y puro absolutamente.

Unida tu alma á Mí íntimamente, no se arrastrará ya por el cieno de las cosas terrenas y perecederas, ni tu corazon se deleita-

rá con los placeres asquerosos y vanos del mundo, y ántes bien buscará lo que es durable en otra vida, y gozará anticipadamente los bienes del cielo.

No te animarán en lo sucesivo principios extraños: no influirán más en tu vida los sentimientos meramente naturales, sino que vivirás, porque Yo vivo.

Vivirás tambien en Mí y por Mí una vida verdadera, sobrenatural, santa, producida por Mí y escondida en Mí.

2. Si en esta vida haces algunas buenas obras; si cultivas algunas de las virtudes; si practicas algunos ejercicios de piedad, hazlo todo por Mí.

Y si alguno te pregunta por qué piensas así, por qué hablas así, por qué obras y por qué padeces así, contesta con toda seguridad: «Es por Aquél que me amó y me hizo entrega de sí mismo.»

El mundo no comprende; el mundo no puede comprender este trato admirable de mi Corazon, esta comunicacion secreta y divina con el corazon fiel y puro en este Sacramento del amor.

¿Y quién lo comprenderá sino el que conserva la inocencia del cuerpo y guarda la pureza en el corazon? Este lo conocerá, éste lo comprenderá; éste, admitido á deleites interiores y sobrenaturales, vivirá más admirablemente todavía por Mí.

3. Alimentándose cuidadosamente de Mí, unido conmigo en la mayor intimidad, no vivirá ciertamente de otra cosa más que de Mí: respirará con mi espíritu, amará con mi amor.

Y de la misma manera que me envió el Padre que vive, y del mismo modo que Yo vivo por el Padre, así aquél que come mi carne vivirá por Mí.

Escucha, hijo mio, y comprende lo sublime de estas enseñanzas. Del mismo modo que recibo del Padre y tengo eternamente en el Padre el ser divino, la vida y la perfeccion, así tambien el que está bien preparado recibe de Mí y tiene continuamente en Mí, por la sagrada Comunión, el perfeccionarse, el vivir y el santificarse.

Soy Santo, porque mi Padre es Santo; y el que se incorpora conmigo en este Sacramento, participa de mi santidad.

Yo tengo vida de la vida del Padre; y el que se une á Mí por la Comunión, se anima con el vigor santo de mi misma vida.

4. El fuego, hijo mio, ¿no comunica, por ventura, su calor y su color al hierro, ó al leño que han arrojado á sus llamas? Pues es sin comparacion más admirable y más perfecta la comunicacion conmigo del alma que se me une debidamente en este Sacramento.

Ella, al consagrarse toda á Mí y preparada dignamente, participa, no solamente de mi Humanidad, sino tambien de mi Divinidad, que dejando á la Humanidad existir y obrar en sí misma, continúa obrando en ella como alimento sobresustancial; y no solamente conserva, sino que aumenta y perfecciona su vida espiritual, su vida santa,

Hace asimismo que mi espíritu influya perpétuamente en aquella alma dichosa: y que, suave y fuertemente á la vez, la empuje al amor de mi Corazon, y animada por



él, se deje llevar de mi mismo espíritu : y á donde quiera que mi espíritu la lleve , allí vuela alegremente, viviendo en Mí, siempre y en todas partes.

Aquí tienes la razon por qué el alma bien dispuesta vive por Mí y para Mí en la sagrada Comunión. Alimentada frecuentemente con este Sacramento, de tal manera se asemeja á Mí , que retrata en su vida mi propia vida.

¡Buen ánimo , pues , hijo mio ! Trabaja y esfuerzate con la mayor diligencia y cuanto te sea posible , hasta alcanzar esta union tan consoladora, tan útil para tí, y tan gloriosa para Mí por toda una eternidad.

5. *Voz del Discípulo.*— ¡Oh Jesus , que todo lo sabes ! Tú sabes , Señor , cuánto lo deseo y cuánto lo ambiciono.

Yo te suplico por tu sacratísimo Corazon, principio y fin de mi vida , que alimentes Tú mismo y con frecuencia en este Sacramento al hijo á quien engendraste por la gracia para que viva para Tí.

Si vivo por un beneficio exclusivamente tuyo, ¿para qué vivo, Señor, si no vivo para Tí?

¡Oh Jesus , fuente de vida, bienaventuranza indeficiente ! Aparta de mí toda disposicion desordenada, para que, saciándome de Tí, viva todo para Tí.

Cuantas veces vengas á mí por la sagrada Comunión, extermina cuanto en mi alma encuentres mundano, contrario á tu espíritu y al beneplácito de tu Corazon; y exterminalo para que ceda el lugar que sólo se debe al espíritu y al amor de ese mismo Corazon.

Librame siempre de todo cuanto pueda impedirlo : abrasa con el fuego del amor divino cuanto pueda servirme de obstáculo para unirme á Ti perfecta y santamente, y de esta manera sea yo, nó mio, sino tuyo, y viva íntimamente para Ti.

6. Renueva, santifica mi cuerpo y mi alma para que, consagrados á Ti y animados por Ti, se empleen en Ti y para Ti exclusivamente.

Te suplico que todas mis obras principien por Ti y concluyan en Ti, y que por ellas me ocupe frecuentemente de Ti cuanto me sea permitido.

Concédeme que, concluidas mis ocupaciones, mi espíritu y mi corazón vuelvan inmediatamente á Ti, como, una vez apartado el obstáculo, la gravedad busca su centro.

Sé Tú solo en adelante el principio y el fin de todo lo que haya yo de hacer ó padecer, interior ó exteriormente.

¡Ay de mí, Jesus y Señor mio ! ¡Cuánto tiempo y con cuánta frecuencia, aunque alimentado por Ti y para Ti, he trabajado, he sufrido, nó por Ti, sino por los enemigos de tu honra y de tu gloria, dando rienda suelta á la vana soberbia y al amor propio !

Perdona, Señor, tanta perversidad, tanta injusticia, tan incalificable y excesiva ingratitud.

Y dame la gracia eficaz para que, viviendo de Ti, haga también lo que es justo y dignísimo, que es vivir para Ti.

7. ¡Oh Jesus, amantísimo y amabilísimo Esposo de mi alma ! Ilumíname, abrázame, vida mia bienaventurada, para que te conoz-

ca perfectamente, y para que fervorosamente te ame.

Conozco, Señor, y confieso que no soy digno de que me eleves á las excelencias de aquella vida sublime que comunicastes á tus Santos en el Santísimo Sacramento; pero Tú, mi Dios, eres dignísimo de que yo te sirva tambien santamente, para gloria y regocijo de tu Corazon.

Concédeme, pues, benignamente esta gracia para que, por una piadosa y frecuente comunión, alcance yo vivir lo mismo que vives Tú.

Sí, vive Tú, ¡oh Jesus! dulzura infinita, eterna felicidad mia; vive Tú, y reina, y triunfa en mí para honor tuyo, y para todo aquello que sea agradable á tu Corazon.

Ofrézcase y sacrifíquese á Ti con amor purísimo todo lo que yo soy y todo lo que yo poseo: Tú solo, dulcísimo Jesus, eres mi vida: Tú solo eres todo para mí.

*(Imitacion de Cristo, lib. iv, cap. xv.)*

## CAPÍTULO XXIII.

El sacratísimo Corazon de Jesus, en la sagrada Comunión, consuma su unión con nosotros y nos transforma en si mismo.

1. *Voz de Jesus.*—El que come, hijo mio, mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí, y Yo en él.

Y aquí tienes consumada ya aquella unión por la cual Yo, Persona divina, he de encontrarme en tí en cuerpo y en alma; y tú,



persona humana, te encontrarás en Mí en alma y en cuerpo.

Esta es la union verdadera y sustancial. Porque nadie puede estar en Mí si Yo no estoy en él.

Y del mismo modo que al mezclarse la cera con otra cera derretida, es indispensable que la una y la otra se hagan una misma cosa, así tú, cuando recibas mi carne y mi sangre, te unirás de tal modo conmigo, que tú estés en Mí y Yo esté verdaderamente en tí.

¿Y no es esto, por ventura, hijo mio, el misterio magnífico del amor? Sí; y es el exceso del amor: y toda la fuerza y todo el poder del amor residen en mi Corazon de tal manera, que por ello le sea concedido al mortal, no solamente participar de mi cuerpo, sino tambien de mi alma, y unirse íntimamente con la Divinidad, y gozar dulcísimo de ella.

¡Cuánto embelesa esto á los ángeles! ¡Cómo les asombra! ¡Y qué feliz te proclaman!

2. En este santísimo consorcio es en donde mi Corazon derrama aquella gracia suave y preciosa, que hará durable nuestra union, de modo que Yo viva en tí y tú en Mí.

Porque, aún despues de consumidas ya las especies sacramentales, Yo, en cuanto Dios, permanezco personalmente en tí, no solamente viviendo como en un templo vivo y adornado con la gracia habitual, sino tambien como principio perpétuo de vida sobrenatural, que eleva tu vida con el influjo de la gracia santificante, y con la infusion frecuente de una gracia actual, multiforme; y de

este modo vives tú tambien á la vez en Mí de un modo particular.

Esto te proporciona , hijo mio , poder vivir una vida verdaderamente santa , una vida en cierto modo divina , teniendo , como tienes siempre , mi Divinidad en tu alma , de la cual puedes tomar nueva vida.

Y esta union entre tú y Yo llegará á ser perfecta cuando haya entre los dos verdadera semejanza , verdadera uniformidad : porque lo que es desemejante , lo que es diferente , no llega á unirse sino con mucha dificultad y con mucha imperfeccion.

¡ Bienaventurada la perfeccion de esta union permanente ! ¡ Bienaventurado tú , hijo mio , pues por la frecuente y piadosa comunión , por la gracia multiplicada que en ella recibes , por tu generosa fidelidad y constante fervor en amarme , te dispones á esta union perfecta !

3. ¿Pues qué resulta de la union perfecta , sino la perfecta unidad ? Luego , por ella , ya no somos dos , sino solamente uno.

Tanto más admirable , más dulce y dichosísima es esta unidad , tanto más se recomienda y excede á la que se constituye de la union de las cosas criadas , cuanto que no consiste en la composicion y confusion de cada uno de nosotros , sino en la completa transformacion del uno en el otro.

Tú no me convertirás en tí como alimento natural , sino que tú te convertirás en Mí.

Entónces , hijo mio , los afectos de tu corazon no serán ya tus afectos ; tus deseos no serán ya tus deseos ; tu gozo no será ya tu gozo.

Sean cualesquiera tus inclinaciones naturales y tus sentimientos como hombre; por la transformacion de esta vida serán como si ya no fuesen, porque tú no vivirás de ellos.

Vivirás en esta vida nueva mi misma vida: los afectos y las inclinaciones de mi Corazon serán tus afectos y tus inclinaciones: el amor, los deseos y los goces de mi Corazon serán ya tu amor, tus goces y tus deseos.

Invadirá y llenará tu corazon el aborrecimiento con que mira mi Corazon todo lo malo, el mundo y sus vanidades.

Abrasará tu corazon el celo intenso, inextinguible en que mi Corazon se abrasa por la honra y la gloria de Dios, y por la perfeccion y salvacion de las almas.

Te sabrá como dulce lo que en realidad es amargo: lo que es insípido lo encontrarás sabroso, y hallarás fácil cuanto es difícil, en Aquél en quien vives y por quien lo puedes todo.

Sentirás, pensarás de todas las cosas como Yo siento y como Yo pienso; querrás como Yo quiero; vivirás como Yo vivo; sí, y vivirás, no ya tú, sino Yo en tí.

4. Hé aquí la excelencia sublime á que el alma fiel es exaltada por la sagrada comunión. ¿Y quién sino el que lo haya experimentado podrá comprender todo lo santo, todo lo suave, todo lo maravilloso de un alma que se ha transformado en Mí de esta manera?

Muchos son ciertamente los llamados á esta transformacion sobrenatural, pero son muy pocos los escogidos; y nó en verdad porque Yo no quiera escoger á los llamados,



sino porque ellos no se preparan con la gracia que han recibido.

Porque ¡cuántos hay que , recibiendo con frecuencia este Sacramento , obedecen , sin embargo , á la naturaleza en muchas ó en casi todas las cosas !

¡Cuántos hay asimismo que trabajan con demasiada solitud para conservarse en estado de gracia , y satisfechos con esto sirven á la naturaleza de tal manera , que principian y concluyen todas sus obras sin otro norte que sus inclinaciones ó repugnancias naturales !

¡Cuántos hay , por último , que aunque se ejercitan en una vida piadosa y religiosa , y en la cual han empleado muchos años , no han aprendido todavía á hacerse superiores á la naturaleza !

¡Qué extraño , pues , que todos estos permanezcan siempre imperfectos , siempre desdichados , y preparados siempre mal para esta union perfecta y divina !

5. Y , por el contrario , los que , disponiéndose como debían , llegaron á este estado de trasformacion , ¡ cuánta felicidad disfrutaban ! ¡ De qué libertad gozan ! ¡ Con qué pureza se sacian de mis dulzuras !

Hé aquí porqué desprecian todo cuanto es perecedero , se olvidan de sí mismos , y viven en Mí , por Mí y para Mí , perfectísimos y bienaventurados !

¡ Bienaventuranza grandísima , hijo mio , sublime elevacion , perfeccion consumada es ésta á que , elevado el hombre durante su vida mortal , queda consumado y transformado en Mí mismo .

¡Estado maravilloso é inefable aquél en que cuanto es mio se convierte y pasa á ser tuyo : en que lo que es tuyo pasa á ser y permanece siendo mio, y en que gozosamente se afirma y consolida la comunidad y unidad entre los dos!

Ea, hijo mio; no desconfíes de llegar á tanta perfeccion ; y, una vez que hayas comprendido lo que vale estado tan dichoso, sé más generoso, sé más fiel, sé más valiente, y así Yo te ensalzaré hasta Mí cuando lo crea conveniente.

6. *Voz del Discípulo.* —¡ Oh Jesus, amor mio, purísimo Esposo y Dios santísimo! ¡ Con cuánta dulzura tratas conmigo, viniendo á mí en este Sacramento meliflúo, con tanta frecuencia, con tanta benignidad para unirme, aunque miserable, á Tí, á tu sacratísima Humanidad y á tu adorable Divinidad!

Yo te suplico, por el amor con que tu Corazon me dispensa tan señalados favores, que consumas con su fuego divino cuanto haya en mí que sea contrario á la perfeccion de esta union; que me inflames en un ardiente fervor para que yo sea fiel á cada uno de los movimientos de la gracia, para sobreponerme á lo que es exclusivamente natural, y para practicar puras virtudes.

Tú sabes, Señor, cuánto por tu bondad me apremia el deseo de disponerme más y siempre más á esta union contigo, perfecta y permanente.

Por eso, desde este mismo instante, te ofrezco y te entrego todo cuanto soy; te entrego mi corazon para que se una á tu Cora-

zon; te entrego mi espíritu para que sea absorbido por tu espíritu; te me entrego todo yo para que me hagas semejante á Tí, para que me uniformes contigo, con la gracia eficaz de este Sacramento.

Recíbeme, ¡oh Jesus! recíbeme; úneme, absórbeme, transfórmame en Tí íntimamente.

7. ¡Oh y cuán grande y qué maravillosa es la fuerza de tu amor, de ese amor con que transformas el alma en Tí mismo! ¡Cuánta la dignacion de tu bondad! ¡Cuánta la dignidad y la grandeza del alma transformada en Tí!

¡Oh Señor y Dios mio! ¿Me estará prohibido á mí sólo gozar de Tí de esta manera? ¡Séame, buen Dios, permitido! Todo el honor, toda la gloria, toda la felicidad que resulte de favor tan desinteresado, serán para tu Corazon, que es la fuente de todos los bienes.

Dejaré, Jesus y Señor mio, dejaré desde ahora de ser lo que yo soy para empezar á ser lo que Tú eres; para que vivas Tú solo en mí con tu amor, con tu espíritu, con tus inclinaciones y disposiciones todas, y sobre todo con tu beneplácito, en el tiempo y en la eternidad.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, capitulo v.)*

## CAPÍTULO XXIV.

El sacratísimo Corazon de Jesus nos concede en la sagrada Comunión el don de la perseverancia.

1. *Voz de Jesus.*—Hijo mio, el que come este pan vivirá eternamente.



¿Y es de extrañar que tenga perpétua vida, cuando tiene en sí un principio perpétuo, siempre vital, que continúa en la tierra la vida de la gracia, hasta que llegue en el cielo á la vida de la gloria?

Comprenderás el valor de este fruto saludable de la Comunión, y te abrasarás en los deseos del mismo, si consideras la grandeza del don por el cual se persevera en la vida de la gracia.

La perseverancia es, hijo mio, la consumación de la virtud, la guardadora del mérito, el triunfo último y permanente, la recompensa segura de los trabajos y de los padecimientos, y la corona de gloria sempiterna.

Sin la perseverancia, todo lo demás, sea lo que quiera, carece de premio y de fruto eterno; sólo la perseverancia da testimonio y corona todas las obras.

Por esta razón los Santos se desvelaron por este don especial con tanta solicitud, que no pudiéndole merecer de justicia, no le opusieron impedimento alguno, y se dispusieron cuidadosamente, aprovechándose de los medios que habían recibido.

Disparte tú, hijo mio, como ellos, y vence todos los obstáculos de la misma manera, y como ellos alcanzarás entónces por la sagrada Comunión el don preciosísimo de la perseverancia.

2. Decreté, hijo mio, en el fondo de mi Corazón que la Eucaristía, Sacramento primero y más excelente en dignidad entre todos los sacramentos, confiera también la gracia mayor, que es la de la perseverancia.

Y ciertamente, cuando me entrego todo á tí en este Sacramento, donde aparece anodada la Majestad de mi Divinidad, ¿cómo no he de darte la perseverancia, de donde resulta la gloria de la misma Divinidad?

Así que, por muy débil que seas por tu propia naturaleza, por multiplicadas que sean tus miserias, recibirás en este Sacramento de mi Corazon tantas fuerzas, que puedas llegar incólume al fin para que has sido criado.

Y si el Profeta llegó al monte de Dios sostenido por la fortaleza de aquel manjar, figura solamente de este Sacramento, ¿cuánto más fácilmente llegarás tú á las cumbres de los collados eternos, con la fortaleza de este pan verdaderamente vivificante, verdaderamente divino?

Levanta tus ojos y ve á cuántos que no ménos débiles y enfermos que tú, llegaron ya salvos. Cobra, pues, valor y camina alegremente.

3. Nada temas, hijo mio, con temor desordenado; pues, unido conmigo, podrás fácilmente y con eficacia precaver cualquiera caída.

¿Dónde sino en la tibieza está el principio de la ruina? Languideciendo el alma por tibieza, los bienes espirituales se hacen por necesidad insípidos y desagradables, y la naturaleza busca y ambiciona lo que es suyo.

Entónces el hombre, arrastrado por las inclinaciones de la naturaleza, principia á descuidarse en la guarda de las potencias del alma y de los sentidos corporales, condesciende tambien más libremente con ellos

para halagar al corazón que desfallece, y, por último, los expone á las seducciones del pecado, al principio no sin temor, pero despues, y poco á poco, con lamentable atrevimiento.

Y de aquí que por tres pasos viene á caer en la perdicion. Es el primero obrar con poca cautela mientras se encuentra en próximo peligro de pecar; es el segundo no trabajar con toda la insistencia que debe, orando y pidiendo la gracia divina para huir y no sucumbir al peligro: y el tercero, cuando solo y desarmado en medio de los enemigos que conspiran interior y exteriormente, juega, digámoslo así, con un mónstruo enmascarado, es acometido, y se precipita cayendo en un abismo.

4. ¿Y por qué medio, hijo mio, alejarás de tí tantos males con más facilidad y con mayor seguridad que por este Sacramento saludable, que te une á Mí, que te liga á Mí con los vínculos del amor, y te hace participante de mi mismo poder?

¿Y qué cosa más á propósito para alejar la tibieza de tu alma que la frecuente y piadosa Comunión, en la cual te inunda y se apodera de tí el fuego todo del amor divino?

Y si la tibieza aparece en el intervalo de tus comuniones, desaparece con la nueva y más devota recepcion de este Sacramento que restaura el fervor primitivo. Pues el calor y el frio, el fervor y la tibieza no pueden albergarse al mismo tiempo en el corazón.

La sagrada Comunión, hijo mio, llama además al hombre á su interior, reconcentra



todas las facultades de su alma y sus sentidos corporales, para celebrar conmigo, en paz y con alegría, este sacratísimo convite.

No llega hasta aquí la inclinacion de la corrompida naturaleza; ántes bien ella misma se siente refrenada en este misterio divino, que modifica las pasiones del alma y regulariza los movimientos desordenados de todos los miembros.

Aquí las delicias celestiales aumentan, saciándola sus deseos: y los placeres del mundo, si ántes algunos había disfrutado, de tal modo repugnan, que aparece como degradante é indigno su apetito.

Renovado tu espíritu de este modo; reconcentrado en Mí con mucha frecuencia, é instruido por la propia experiencia, comprenderá tu corazón cuán obligado estás y de cuánta importancia es para tí serme fiel.

Procura cuidadosamente, por esta misma razon, en el intervalo de una á otra comunión, de no exponerte á nuevos peligros. Si alguna vez te encuentras en peligro, por necesidad ó impremeditadamente, recurre inmediatamente á Mí por esa familiar comunicación que has aprendido y aumenta cada dia en la sagrada Comunión, orando, suplicando, desconfiando de tí mismo, confiando en Mí, y trabajando cuanto te sea posible para apartarte del peligro y unírte conmigo más íntimamente.

Obrando, hijo mío, de esta manera, caminarás sobre el áspid y el basilisco, aplastarás al león y al dragón, te apartarás de todo

monstruo de pecado, y, por último, llegarás sano y salvo á tu destino.

5. Pero si no comes con frecuencia mi carne ni bebes mi sangre en este Sacramento, ni cooperarás á la gracia que en él se te comunica, ni perseverarás tampoco en la vida sobrenatural.

Y hasta esta misma cooperacion se hace tambien ménos difícil y más suave por la frecuente Comunión, por la gracia especial concedida á este fin en el Sacramento, y por el particular amor infuso de mi Corazon, con el cual todo se allana y dulcifica.

Hé aquí, pues, cómo por la frecuente y piadosa y sagrada Comunión podrás alcanzar para tí la perseverancia final, que es el don de todos los dones.

Trabaja, hijo mio, pues te es de muchísima importancia: sé magnánimo, sé fuerte, como conviene á todo discípulo de mi Corazon. Emplea fielmente los medios, consérvate unido constantemente á Mí, y de este modo alcanzarás aquellos bienes preciosos é inmensos que acompañan á la perseverancia santa en esta vida, y que la siguen despues en la eternidad.

6. *Voz del Discípulo.*— ¡Y cuán inmensos, Señor y Jesus mio, cuán inmensos y qué preciosos son aquellos bienes! Tantos y tales son, que los Santos renunciaron gustosamente por ellos todos los demás: y saboreando anticipadamente sus dulzuras, lloraron muchas veces suspirando por su extraordinaria felicidad.

¿Ni cómo he de querer yo cambiar tanta dicha con el infortunio del pecado? ¿Cómo

he de querer abandonar tu caridad y tu amor, por el amor del enemigo de mi verdadera dicha?

Ni perderé tampoco lo que es efecto, lo que es fruto de la caridad, si no abandono, sino arrojo de mi corazon á la caridad misma. Porque la caridad nunca perece.

Tú me amaste primero, ¡oh buen Jesus! Tú viniste á mí primeramente, pero no te apartarás el primero: no me abandonarás á mí, si yo ántes no te abandono á Tí. ¡Tan benigna es la bondad de tu Corazon!

No permitas, Jesus mio, que yo te abandone. Sin Tí, ¿qué otra cosa hay para mí más que tinieblas y luto, y angustia y amargura, y miseria y muerte perpétua?

¡Oh no permitas tanta desventura para mí! Concédeme, Señor, que, unido á Tí, muera corporalmente con cualquier muerte, ántes que perderte, vida de mi alma y manantial de todos los bienes.

Por tu sacratísimo Corazon, por el Corazon inmaculado de la Virgen tu Madre, por cuanto te es agradable en los cielos y en la tierra, te suplico me concedas la perseverancia. Concédeme la gracia, auméntame valor para que emplee eficazmente todos los medios que me has concedido.

7. Ciertamente, Señor, que soy débil y enfermo; pero Tú eres omnipotente y bueno; fortaléceme, pues, y auxiliame. Sé Tú mi Dios Salvador, y tu Corazon sea para mí ciudad de refugio donde me salves.

¡Oh Jesus, Pastor bueno! atraéme por tu nombre, aliméntame de Tí mismo, y refrigérame con el agua que mana de tu Cora-



zon, para que pueda seguirte gozosamente.  
 ¡Oh Jesus, Médico celestial! ten misericordia de mí; cura mis repetidas y frecuentes enfermedades, corrige mis defectos, aumenta mi vigor para que no desfallezca en el camino.

¡Oh Jesus, Maestro mio! enséñame á hacer tu voluntad, y dirige todos mis pasos hasta el fin.

¡Oh Jesus, Amado mio! recréame, consuérame en las aflicciones, ayúdame en las dificultades, anímame, obligame á proseguir y á perseverar.

¡Oh Jesus, Esposo divino de mi alma! consérvame en tu compañía; llévame en pos de Tí: atraído voluntariamente, correré con tu virtud, y volaré infatigable hasta poseerte segura y eternamente.

(*Imitacion de Cristo, lib. III, cap. LIX.*)

## CAPÍTULO XXV.

El sacratísimo Corazon de Jesus nos da, en la sagrada Comunión, una garantía de la gloria futura.

1. *Voz de Jesus.*—El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y Yo le resucitaré en el último día.

Aquí tienes, hijo mio, un gran misterio; pero misterio admirable de amor, misterio inefable de consuelos.

Puesto que en el Santísimo Sacramento recibes la medicina de la inmortalidad, y el símbolo de la resurrección.

Y de aquí resulta que no solamente el al-

ma vivificada y santificada por Mi alcance una vida perpétuamente bienaventurada, sino que tambien el cuerpo, oscuro y corruptible, unido é incorporado á mi cuerpo vivificante y glorioso, consiga la inmortalidad y la gloria eterna.

Así que, no ya solamente por la gracia santificante, sino de un modo nuevo por la sagrada Comunión, regocijaré y santificaré eternamente tu alma, y reformaré tu cuerpo, y configurándole con mi cuerpo, le adornaré con dones especialmente gloriosos.

Y este es, hijo mio, el fruto gozosísimo, maravillosísimo de la Comunión, que completa y corona todos los demas frutos.

2. Cuando la bondad de mi Corazon quiere, hijo mio, hacer ostentacion de su espléndida magnificencia, todas las demas cualidades, todas las restantes virtudes tuyas están prontas, y concurren, y trabajan para ennoblecer y perfeccionar aquello que Yo deseo que se ennoblezca y perfeccione.

Y en verdad que el amor de mi Corazon decretó manifestar en el sacramento de la Eucaristía sus grandezas de tal modo, que sus frutos gloriosísimos duren por toda la eternidad.

No te sorprenda, pues, si tantos, tan señalados y tan abundantes son los prodigios de este misterio: si de él fluyen tantos y tan ópimos bienes; si es todo sublime; todo santo, todo dulce, todo lleno de consuelos.

Pues en él se te promete, á no dudarlo, el mayor de todos los milagros; el de ser tú vencedor por infinitas eternidades, no solamente en el alma, sino tambien en el cuerpo;

y, sin embargo, es mucho menor que lo que ya se ha hecho por tí. Porque ménos es, ciertamente, que el hombre viva en la eternidad, que el que Dios haya muerto en el tiempo : ménos, mucho ménos es que el hombre resucite á una vida gloriosa en los cielos, que el que Dios se anonade en una vida escondida en el Sacramento.

¿Y cómo no ha de resucitar un miembro cuando resucitó la cabeza? ¿Y cómo no ha de vivir eternamente el que tiene en sí mismo la vida eterna? Así que, cuando aparezca Yo, que soy tu vida, aparecerás tú tambien en mi compañía y en mi gloria.

3. Esta garantía de la gloria eterna la tienes, hijo mio, en este adorable Sacramento; garantía nó cualquiera, sino que vale tanto cuanto es lo que se te ha prometido.

Ve, pues, hijo mio, cuán evidente es la seguridad de futura bienaventuranza que por su parte te ha dispensado el Padre celestial, cuando te ha dado, y de tal manera, por fiador á su Hijo Unigénito.

Y tienes en abundancia en esta misma garantía lo que ha de contribuir poderosamente á completar tus gozos y á perfeccionar tus consuelos, de modo que por tu parte no hagas incierta aquella dulcísima certidumbre.

¿Qué resta, pues, hijo mio, sino que seas fiel y agradecido; sino que te regocijes con la bondad de mi Corazon; sino que goces de los tesoros que se te han comunicado, y que cuantas veces me recibas, recuerdes alegre la eterna bienaventuranza, cuya prenda posees y de la que disfrutas anticipadamente?



Cuando poseas lo que se te ha prometido, cesará el uso de este Sacramento y no percibirás ya una participacion de la anticipada bienaventuranza; sino que entrarás en ella, profundizarás en ella, poseerás en toda su inefable plenitud esa misma bienaventuranza.

La Fe cederá entónces su puesto á la vision; la Esperanza, á la fruicion; y la Caridad, siempre permanente, rebosará en goces sempiternos. En aquella tu bienaventuranza no respirarás más que amor, no hablarás más que amor, no practicarás más que el amor. Vivirás únicamente en un reino purísimo de amor.

4. El Sacramento del amor conduce al reino del amor: cuanto mayor y más nutrido haya sido el amor de tu corazon durante la vida, y cuanto más se haya abrasado en él en el tiempo, tanto más te arrebatará, tanto más glorioso y resplandeciente te hará en la eternidad.

Así, hijo mio, en tanto que declinan las sombras de la mortalidad, en tanto que sonríe la aurora de la inmortalidad, vive resignado por amor, crece pacífico en puro amor.

Mira con el ojo del mismo purísimo amor cuanto contemples en derredor de tí, ya sea próspero, ya sea adverso; atento, entre todas las cosas del mundo, únicamente á Mí, en quien tienes la vida, la resurreccion y la bienaventuranza.

Si la vida mortal se te hace demasiado pesada por tus miserias, ten entendido que tanto mejor disfrutarás de la futura felicidad, cuantos mayores trabajos hayas experimen-

tado en la vida presente; y que con tanta mayor suavidad descansarás sobre mi pecho en el cielo, cuanto mayores y más duros sufrimientos hayas soportado por mi amor en el mundo.

Entre tanto, hijo mio, vive contento, y sé valiente; repon tus fuerzas y robustece tu alma en este Sacramento de vida; persevera por mi amor, y vive y muere por mi amor, conforme siempre con el beneplácito divino.

5. *Voz del Discípulo.*— ¡Oh exceso de bondad! ¿Quién, Jesus mio, comprenderá, durante esta miserable vida, cuál es tu Corazon?

Tú mismo te me das en este Sacramento, para comunicarme cuanto puedo apetecer en el tiempo; y Tú mismo te me entregas tambien en él como garantía de aquella bienaventuranza que tan generosamente me tienes prometida.

Gracias te sean dadas perpétuamente, mi buen Jesus, por la infinita inextinguible caridad de tu Corazon.

Regocíjome con todas mis entrañas por este señalado y preciosísimo don que con tanto amor y con tanta suavidad me has dispensado, y con el cual me inspiras una dulcísima confianza de mi eterna salvacion.

Yo te suplico humildemente, Jesus, mi Dios y Señor mio, me concedas esa gracia eficaz que me es necesaria para que por mi parte no se malogre mi eleccion á la gloria celestial, tan cierta por la tuya y tan divinamente garantizada; y ántes bien yo la haga certísima por mi fidelidad, por las buenas obras y por méritos verdaderos.

6. ¡Oh Jesus, dulcísimo entre todas las cosas! ¡Con cuánto fervor y con cuánta alegría debo servirte; con cuánto valor debo marchar por los ásperos caminos; con cuánto amor debo unirme á Tí para llegar á aquellos goces inefables de que aquí disfruto anticipadamente, y de los cuales gozo con garantía tan excelente!

¡Ah Jesus, Amado mío, purísimo Esposo del alma mía! Si tan suave es gozarte en el destierro, ¿qué será gozarte en la verdadera patria? Si tan dulces son tus consuelos en este Sacramento, ¿cuáles y cómo serán en tu reino? Si mientras permaneces oculto entre nosotros, tus amorosos abrazos de tal manera arrebatan mi corazón, ¿qué sucederá cuando te vea cara á cara, cuando me recline sobre tu Corazón, cuando me sacie y embriague en los torrentes de tus placeres divinos?

¡Oh mi Dios! Cuando esto considero, me parece molesto, nauseabundo, detestable todo lo que existe sobre la superficie de la tierra.

La misma vida pierde todo su atractivo, cuando en ella nada hay que pueda saciarme interiormente ni satisfacerme por completo.

Y hasta tus mismos consuelos, esa misma dulzura tuya, me afligen con una pena extraordinaria é inexplicable, porque ellos me hacen conocerte con más claridad y desearte con más abrasado ardor, fuente de todo consuelo y de toda dulzura.

Sediento estoy de gozarte, ¡oh Jesus mío! Deseo verte al descubierto; ansío contemplarte en la gloria sin impedimento ninguno,



y deseo y me abrasan los deseos de gozarte con un eterno amor.

Ven, pues, amor mio, ven : abrásame, único deseo, único bien mio; consúmeme, disuélveme para que vuele cuanto ántes á tu compañía.

(*Imitacion de Cristo, lib. IV, cap. XI.*)

## CAPÍTULO XXVI.

### CONCLUSION.

El sacratisimo Corazon de Jesus lo es todo para nosotros.

1. *Voz de Jesus.*—Mi Corazon, á quien posees, hijo mio, en este Sacramento santísimo, como prenda de la gloria futura, y que ha de ser en el cielo tu bienaventuranza, lo es tambien todo para tí miéntras vives en la tierra.

Y es todo para tí con cuanto posee, entregado para tu uso, para fruto y para aprovechamiento tuyo.

Este Corazon, que consta de naturaleza humana, es indudablemente humano, y por lo mismo puede sentir y siente humanamente contigo; y estando unido hipostáticamente á la naturaleza divina, es juntamente divino, es Corazon de Persona divina, y por lo tanto dueño de lo infinito y de lo divino.

En él, pues, tienes la fuente de todos los bienes; fuente siempre abierta, fuente que mana siempre, de la cual siempre puedes beber, y la cual nunca puedes agotar.

En él, hijo mio, en él encontrarás todo

cuanto te es útil, todo cuanto te es necesario.

Si alguna vez se entibia tu espíritu, aquí encenderás, aquí renovarás ese espíritu, aquí recibirás interno vigor.

Si pecas, aquí alcanzarás misericordia, aquí obtendrás el perdón, aquí recobrarás la paz.

Si languides por debilidad, aquí te robustecerás, aquí te fortalecerás, aquí te corroborarás con la virtud divina.

Si necesitas consejo, si necesitas valor ó auxilios, aquí los encontrarás en abundancia.

Si deseas alguna gracia divina, algún favor provechoso, algún verdadero consuelo, aquí lo encontrarás todo.

En este Sacramento, por último, obtendrás cuanto sirve para tu verdadera felicidad, en todo tiempo y en cualquier lugar, en enfermedad y en salud, en la vida lo mismo que en la muerte.

2. Mi Corazon, hijo mio, es tambien para tí en este Sacramento el modelo de todas las virtudes y el ejemplo de toda santidad.

Contempla con los ojos de la fe; desea imitar las virtudes de mi Corazon, reducidas todas á una, y permaneciendo, sin embargo, separadas. Uno solo es el amor que las contiene, las ennoblece y las manifiesta.

Vé aquí la suavidad de mi amor y la humilde mansedumbre de mi Corazon. Aquí tienes el Corazon de un Dios, verdaderamente escondido, verdaderamente anonadado: ¡y hasta qué extremo anonadado! Cuanto más profundamente lo medites, tanto más profundo encontrarás el abismo de su humildad,

tanto mejor comprenderás las grandezas de la benignidad con que mi Corazon sufre y soporta tanto por tu amor, siempre manso y siempre suave para con todos.

Ve su piedad. Considera de qué modo mi Corazon se consagra en este Sacramento al servicio de mi Padre : cómo se dedica á lo que le es debido y agradable; cómo se ocupa incansablemente en lo que es de su beneplácito.

Ve su pobreza. Contempla lo íntimo de mi Corazon, y examina cuáles son sus sentimientos acerca del mundo y de las cosas del mundo. Examina de qué modo se vale de ellas. Mira cómo carece aún de lo que es conveniente. Contempla en él el modelo de la santa pobreza.

Ve su pureza. Sí, hijo mio, sí; observa mi Cuerpo, hecho en cierta manera espiritual, que conservo siempre y en todas partes puro como los rayos del sol; ve y observa cómo emplea sus sentidos; ve y observa qué santos son todos sus afectos. Ve en él el espejo de la pureza.

Ve la obediencia. Mira y asómbtrate, hijo mio. Hé aquí que á la voz de una mera criatura, á la sola palabra del sacerdote, mi Corazon está pronto y preparado para todo : y aún cuando el sacerdote hable por el interes de una vergonzosa ganancia, aunque el sacerdote sea un malvado, inmediatamente que ha pronunciado las palabras santas de la consagracion, allí me presento, dispuesto mi Corazon á cualquiera cosa. Donde quiera que me ponen, allí permanezco resignado. De cualquier modo que me traten, aún cuando



no soy insensible, así permanezco y me considero dichoso. Esta es, hijo mio, la norma de perfectísima obediencia.

Ve la prudencia. Examina con devoción cuánta es la prudencia que mi Corazon te enseña con el ejemplo desde el sagrado tabernáculo en lo relativo á los medios que has de escoger y aplicar para conseguir el fin: cuánta has de tener con tus compañeros, cuando siempre se comunica con los ángeles; cuánta has de emplear en la manifestacion de tus sentimientos, ya de inclinacion, ya de aversion.

Ve la justicia. Mira cómo refiere á Dios, á quien todo le es debido, su vida sacramental y todo aquello de cuanto en ella se ocupa. Escudriña y advierte con cuánta fidelidad dirige todo, lo grande como lo pequeño, á la gloria divina.

Ve la fortaleza. Contempla esta virtud en el sufrir, con ánimo igual é invencible, todo cuanto sea molesto, ya de parte de los infieles, ya de los pecadores, ya de los indiferentes, y de todos los desgraciados; ya por parte del lugar en que es colocado, ó donde le dejan abandonado, ó donde es tratado indignamente: en la insistencia en las empresas del divino amor, á despecho de toda oposicion y de toda contrariedad; en servirse hasta de las mismas adversidades, para manifestar un amor más puro hácia Dios y hácia los hombres.

Ve la moderacion y discrecion. Él distingue entre el hombre que peca y el pecado del hombre. Sabiendo que el hombre es obra de Dios, y que el pecado es obra del hom-

bre, desea y busca con incansable paciencia salvar al hombre y destruir el pecado. Distingue entre la naturaleza y la gracia, entre la apariencia y la realidad de las cosas. Distingue entre bienes y bienes, y sanciona como mejores aquéllos que la divina voluntad exige ó prefiere de hecho.

Ve el cielo. Abrásase aquí en sus deseos, aprovechando todas las ocasiones y trabajando admirablemente en la salvacion de las almas. Para esto eleva sus preces de dia y de noche: para esto ofrece constantemente el ejemplo de longanimidad, de misericordia y de toda virtud: para esto habla á las almas de muchas y diferentes maneras: para esto, ya inspira y mueve, ya insta y apremia. Y así hace en este Sacramento el cielo posible á todos y fácil á los que aman.

Ve la generosidad. Contempla cuánto es lo que dá y con qué alegría lo dá: El da gozoso, no solamente todo lo que tiene, sino todo lo que es: no sólo sus gracias, sino tambien sus méritos, y sobre todo se da á sí mismo. Ve cuánto es lo que se sacrifica, y con qué nobleza de amor. Ve qué consuelos experimenta cuando para gloria de Dios consuela al corazon del hombre.

Ve la perseverancia. Pasa mi Corazon en este Sacramento; en la misma santidad, año tras de año y siglo tras de siglo. Compara con su perseverancia el tiempo de tu perseverancia en el breve espacio de tu vida. Persevera, y no como tú, ahora tibio y despues fervoroso, sino siempre con el mismo fervor. Persevera con alegría, porque persevera con amor.

Aquí tienes hijo mio , la corona de santidad; corona de doce astros mayores , que abrazan todas las estrellas de las demas virtudes con que se adorna mi Corazon , y en cada una de las cuales aparece mi amor más brillante y más resplandeciente.

Este es , pues , el amor de mi Corazon: amor que es humilde , que es manso , piadoso , libre , puro , obediente , prudente , equitativo , fuerte discreto , que promueve con su celo la fe , la esperanza , la caridad ; que es generoso y todo lo ennoblece , y que es siempre perseverante.

3. Mi Corazon , hijo mio , es finalmente camino , guia y puerta del cielo.

Camino segurísimo , siguiendo el cual no podrás equivocarte ; camino brevísimo , porque es rectísimo ; camino amenísimo y practicable , porque es el camino del amor ; camino , por último , por el cual marcharon todos mis Santos , y por el cual cualquiera que vaya se hará santo.

Guia que te protegerá en toda ocasion y que te defenderá en todo peligro : que te ayudará con múltiples gracias , y te alimentará con el pan de los ángeles : que te recreará y santificará con la manifestacion de mis misterios , por los cuales te conducirá , y con los cuales ocupará tu entendimiento y tu corazon , alegre y santamente á la vez , marchando de misterio en misterio , de virtud en virtud , de un grado de santidad á otro grado de santidad , hasta que llegues al reino de los cielos.

Puerta fuera de la cual no hay otra por donde seas admitido en el cielo ; puerta por donde solamente está la entrada ; puerta por



la que todo el que entre se salvará, y será dichoso eternamente.

Guárdate, pues, hijo mio de escuchar á los que dicen que hay otro camino más elevado y mejor para las almas más perfectas; camino, no ya de mi Corazon, sino meramente de la Deidad; camino que, despreciando y prescindiendo de mi Humanidad, te conducirá al fin sublimemente por sola la Divinidad.

No creas ni te fies del que esto te diga, ya sea hombre, ó aunque fuera un ángel.

Pues por la Humanidad llegué Yo hasta los hombres, y por la Humanidad deben llegar los hombres hasta Mí.

El que intentare otro camino, se equivocará: vaguará con entendimiento árido y corazon seco: se fatigará, destituido muchas veces de recreacion y ocupacion interior, y correrá asimismo el peligro de desfallecer para siempre.

Pero tú, hijo mio, acuérdate entre tanto de mi Corazon, y de que en él has de encontrarlo todo. Visítame con frecuencia en este Sacramento: preséntate muchas veces delante de Mí: ruega aquí, tribútame gracias, alábame, oye mis palabras, considera mi Corazon: contéplame permaneciendo en tu compañía y ofreciéndote cuanto puedo ofrecerte.

Ea, hijo mio: un poquito más, y descansarás eternamente sobre mi Corazon. Entre tanto, ocúpate tú de Mí, que yo me ocuparé de tí.

Vive preparado; porque cuando ménos lo pienses vendré, te arrebataré á mi lado y te llevaré á mi reino sempiterno.

4. *Voz del Discípulo.*— ¡Sí, amantísimo y amabilísimo Jesus! Hasta que vengas á mí me acordaré incesantemente de tu Corazon: en él viviré, de él me ocuparé y en él tambien me encontrarás preparado.

¿Ni cómo podré olvidar jamás este Corazon á quien todo lo debo y en quien todo lo encuentro?

¡Hé aquí, dulzura infinita; hé aquí, que ya desde ahora tu Corazon es mi descanso y mi verdadera felicidad!

Descansaré en él con tanta más confianza, con tanta más seguridad y con tanta mayor suavidad, cuanto Tú, Señor y Dios mio, eres más sabio, más poderoso, más dulce.

Si el mundo me prepara asechanzas, si el demonio me presenta tentaciones, no se turbará mi corazon, porque su morada es en paz, y porque habita en la compañía del Altísimo, dentro de tu mismo Corazon.

¡Oh alma mia, y cuán íntimamente unida estás con tu Dios en el Corazon de Jesus! ¡Cuán perfectamente presente á El! Siempre estás con él: vives en él dichosa, viéndole, no figurado, sino infuso: amándole, no aparente, sino sensible: poseyéndole, no teniéndole tú, sino teniéndote él á tí.

Rebosas en continua felicidad en este paraíso de purísimas delicias, gozando alegremente de los bienes del Corazon de Jesus, tu Dios y Señor.

¡Oh Corazon de Jesus! ¡Oh Corazon de mi Dios! ¡Verdadero cielo, eterna morada de todos los escogidos! Séame únicamente concedido habitar en Tí y gozar de Tí, y nada me faltará en la tierra para mi verdadera dicha.

Porque Tú eres refugio y seguridad de los que habitan en Ti; porque Tú eres el premio y la gloria de los que perseveran en Ti; porque Tú eres dulzura y regocijo de los que gozan de Ti.

En Ti está la luz del entendimiento; en Ti la fortaleza del Corazon; en Ti la salvacion del alma, la perfeccion de la santidad, y la consumacion de la bienaventuranza.

¡Oh Corazon de mi Amado, en el cual se atesoran riquezas más abundantes y mejores que las que el espíritu puede comprender y el corazon desear: ¿por qué busco nada bueno fuera de Ti? En Ti están todos los bienes.

5. Sí, mi buen Jesus: en tu Corazon está mi vida bienaventurada: y ¡ojalá que la muerte me halle tambien en tu Corazon! ¡ojalá exhale mi espíritu en él!

Haga, sí, tu amor que yo viva en tu Corazon una vida como muerta, semejante á la que Tú vives en este adorable Sacramento!

¿Qué muerte más dichosa que esta muerte? ¿Qué descanso que pueda compararse con este descanso? Este será mi descanso hasta la muerte, descanso en el cual, desprendido de todas las cosas, deseo vivir solamente en Ti y por Ti, por puro amor.

¡Oh Jesus, vida mia y todo mi bien! Muerto así, perfectamente y siempre, viva de tal manera puro, que cuando se acerque el fin de mi vida mortal, otra cosa no me quede sino espirar pacífica y dulcemente sobre tu Corazon.

¡Sea mi último suspiro lo que fué el último suspiro de tu Corazon espirante: suspiro de amor puro y resignado: muera yo de



amor, como Tú has muerto de amor: muera holocausto de puro amor, consumido en tu Corazon!

Y esta muerte, Dios y Señor mio, ¿no será por ventura un descanso dichoso, un sueño dulce, con el que duerma sobre tu Corazon en esta tierra de destierro, para despertar tambien sobre tu Corazon en el reino de la gloria, y descanse seguro, y goce eternamente?

¡Sea así, sea así, Jesus y Dios mio! ¡Sea así, porque así lo deseo: así te lo pido, unico deseo mio y perfectísimo bien mio!

6. ¡Oh Corazon de Jesus! No es posible nombrarte sin que abrases; no es posible pensar en Tí sin hallar consuelo, ni es posible verte en imágenes sin que deleites: ¿Qué será, pues, verte sin obstáculo, abrazarte en realidad, y saciarse de tus eternos goces?

¡Oh bienaventuranza incomprensible! ¡Oh vida felicísima, vida sin fin, sin vicisitudes, vida exenta de toda molestia y llena de todos los bienes! ¡Cuánto me recrea tu memoria! ¡Cuánto me abraso deseándote!

¡Aparece ya, aparece, ¡oh Jesus! consumada felicidad! ¡Entre yo, Señor, en tus goces! ¡Asócieme á los coros de todos los ángeles y de los Santos todos, y principie á entonar con ellos el cántico sempiterno del amor de tu Corazon!

¡Oh bienaventuranza sobre toda bienaventuranza! Por toda la eternidad y más allá te contemplaré, te amaré, te gozaré, ¡oh Jesus, oh Dios mio y de todas las cosas! para gozo y honor de tu sacratísimo Corazon.

*(Imitacion de Cristo, lib. III, cap. XXI.)*

---

## MEMENTO.

---

Recuerda, ¡oh tú, cualquiera que seas, cuánto el mismo Jesus ha recomendado y deseado se recomiende la devocion á su Corazon sacratísimo. Pues apareciéndose á la Beata Margarita María, «Recomienda, la dijo, esta devocion á los eclesiásticos, así seculares como regulares, como medio muy eficaz de llegar á la santidad y á la perfeccion de su estado: recomiéndala á los que trabajan en la salvacion de las almas, como instrumento seguro para mover aun los corazones más empedernidos: recomiéndala, finalmente, á todos los fieles como solidísima devocion, muy á propósito para vencer las pasiones, para conseguir la paz, para desarraigar los defectos, para obtener el divino y ferviente amor, y para llegar en breve á una consumada perfeccion. Abundantemente derramará mi Corazon sus riquezas sobre los que se consagren á ella.» (*Aut. del Mes del S. C. de J. A. M. D. G. ob. aprob. por el Arz. de París.*)

«Esta devocion, dice San Alfonso Ligorio, es toda ella una práctica de amor á Jesus. Y este amor es la devocion de todas las devociones. No sin razon es de lamentar haya muchos cristianos que practican varios ejer-

cicios de piedad, y descuidan, sin embargo, esta devocion excelente: con razon nos lamentamos de que haya muchos predicadores y confesores que, inculcando muchísimas prácticas de piedad, apénas, y ni aún apénas, mencionan esta devocion, que debe ser la primera de todo cristiano. De este abandono nace el que las almas aprovechen tan poco en la virtud, continúen viviendo con los mismos defectos, y aún recaigan en pecados mortales.» (*Introduc. á la nov. del S. C. de J.*)

Con razon, pues, exclama aquella esposa del sacratísimo Corazon: «¿Por qué no me es dado enseñar á conocer á todo el mundo los tesoros de gracias ocultos en el Corazon de Jesus, que Él mismo quiere derramar abundantemente en aquellos que le fueren devotos? Esta devocion tiene por fin liber-  
tar las almas de la muerte, y establecer en ellas el *reinado de su amor*, que no permitirá que perezca ninguna de cuantas se le hayan consagrado. (B. Marg. Mar.)



---

## EPÍLOGO.

---

1. Ya, Jesus y Señor mio, por un nuevo beneficio tuyo, al cual has añadido otros innumerables, he concluido lo que había ofrecido á tu Corazon, estando á las puertas de la muerte: Tú, sin embargo, que eres el perfecto apreciador de tus dones y perfecto conocedor de mi ingratitud, sabes cuán imperfectamente lo he realizado. ¡Oh Jesus manso y humilde! Por aquella misma bondad de tu Corazon, con la cual me has prodigado tantos bienes, espero y te suplico que te dignes perdonarme todos mis defectos y toda mi ingratitud.

2. Estrechado por la notoria bondad de tu Corazon, te ofrezco, como deuda mia, este pequeño libro, bajo todos aspectos imperfecto; suplicándote rendidamente te dignes admitirle, y bendecirle, y derramar en él la uncion santísima de tu Corazon, con la que sea un medio agradable y eficaz de atraer á Ti y purificar los corazones, para adornarlos con tus virtudes, para perfeccionarlos, para unirlos, por último, á Ti por la santidad, y para conservarlos en Ti para la gloria sempiterna.

3. Postrado en tu presencia, Dios y Señor mio, te pido rendidamente por todos aque-

llos que han de manejar este librito. Pido para ellos especiales y abundantes gracias, á fin de que sean discípulos y apóstoles verdaderos de tu Corazon, mansos y humildes de corazon; que en tu presencia se acuerden de mí, que no merezco llamarme tu discípulo, y te pidan por mí, para que salve y santifique mi pobre alma, por la imitacion de tu santísimo Corazon.

4. Esa gracia pido yo mismo con instancia para mí. ¿Pues de qué me servirá conocer, Señor y Jesus mio, que Tú eres manso y humilde de Corazon, si yo no soy manso y humilde de corazon? ¿De qué me aprovechará haber enseñado á los demas el camino fácil y seguro de la salvacion y de la santidad, si yo mismo me condeno?

5. Te suplico, pues, ¡oh amantísimo y amabilísimo Jesus! por el Corazon de la Inmaculada Virgen, Madre tuya, y por tu mismo Corazon, te suplico que corones los dones que tan gratuita y suavemente me has concedido. Concédeme la gracia especialísima de nunca separarme de Ti, viviendo unido á Ti con los vínculos del amor: concédeme el perfectísimo don de amarte con perseverancia; concédeme amarte con aquella fidelidad con que te aman los confesores santos, con aquella pureza con que te aman las santas vírgenes; con aquel fervor con que te aman los mártires; con aquel celo con que te aman los Apóstoles; con aquel amor, por último, con que te aman los ángeles; para que con todo amor corresponda al amor de tu Corazon; para que por todos los modos de amor compense las injurias inferidas en todos tiem-

pos á tu Corazon, y para que, perfectamente poseido de los sentimientos de tu Corazon, viva de tu solo amor, hasta ser admitido en el reino sempiterno de tu amor. Así sea.

---

Séale permitido al traductor, áun cuando no lo merece, añadir tambien una breve súplica para sí, á la que para sí hace el virtuosísimo JESUITA, tan enamorado del Sacratísimo Corazon de Jesus.

Enfermo en el alma por el pecado, y por el que no merezco, ni mucho ménos, llamarme discípulo, siquiera fuera el último, de tan amante y amado Corazon: enfermo en el cuerpo por los padecimientos que en su misericordia el Señor me envía, necesito la gracia para librarme de la primera enfermedad, y la resignacion y la paciencia para sufrir como buen cristiano la segunda. Pidan los lectores de este libro una y otra para mí, rezando un Credo al sacratísimo Corazon de Jesus, y una Salve al purísimo Corazon de María. Yo así se lo suplico por el amor de Jesus: ellos así lo harán caritativos, y en ambos CORAZONES encontrarán, en esta y la otra vida, cumplida recompensa.

FELIPE VELAZQUEZ Y ARROYO.





# ÍNDICE.

	Págs.
Licencia.....	5
El traductor á los lectores.....	7
Prólogo del autor.....	9

## LIBRO PRIMERO.

### AVISOS ÚTILES PARA PURIFICAR NUESTRO CORAZON.

Directorio.....	15
CAPITULO PRIMERO.—Fundamento.....	31
CAP. II.—Ninguna cosa del mundo puede proporcionar á nuestro corazon descanso y alegría.....	37
CAP. III.—Nuestro corazon encontrará en el Corazon de Jesus descanso verdadero , verdadera felicidad.....	39
CAP. IV.—Es necesario para salvarse imitar al Corazon de Jesus.....	41
CAP. V.—Toda nuestra perfeccion consiste en imitar al Santísimo Corazon de Jesus.....	44
CAP. VI.—El que quiera imitar al Corazon de Jesus , debe , ántes de todo , purificar su corazon.....	47
CAP. VII.—Debemos principalmente purificar nuestro corazon del pecado mortal , que es la suma desgracia.....	51
CAP. VIII.—Tu corazon debe estar limpio tambien hasta del pecado más pequeño.....	56
CAP. IX.—El corazon del pecador no puede experimentar otra cosa sino la amargura de la infelicidad.....	60

CAP. X.—El Corazon de Jesus llama á todos, y tambien á los pecadores.....	64
CAP. XI.—Cómo hemos de dar principio á la purificacion del corazon.....	68
CAP. XII.—El sacramento santo de la Peni- tencia es un medio eficaz para purgarse de vicios y purificarse de pecados.....	73
CAP. XIII.—Debemos confiar en que Dios nos habrá perdonado los pecados, despues de haber hecho sinceramente de nuestra parte lo que para ello nos era moralmente posible.	82
CAP. XIV.—Cómo se han de evitar las recaidas.	86
CAP. XV.—De qué modo se han de extirpar las raíces de los vicios y de los defectos....	90
CAP. XVI.—El que desee seguir al Corazon de Jesus necesita tambien separar su corazon del mundo.....	98
CAP. XVII.—Cuán engañoso sea el mundo...	102
CAP. XVIII.—Servir al mundo es una cruel es- clavitud.....	106
CAP. XIX.—El yugo de Jesus es verdadera- mente suave.....	109
CAP. XX.—Debemos dar á Jesucristo todo nuestro corazon, sin reservarnos nada para nosotros.....	113
CAP. XXI.—De la guarda del corazon.....	117
CAP. XXII.—De la brevedad de esta vida.....	122
CAP. XXIII.—De la muerte.....	127
CAP. XXIV.—Del juicio.....	132
CAP. XXV.—Del infierno.....	136
CAP. XXVI.—Del cielo.....	141



## LIBRO II.

### ÚTILES ADVERTENCIAS PARA IMITAR AL SACRATÍSIMO CORAZON DE JESUS , AGENTE.

Directorio.....	143
CAPITULO PRIMERO.—Cuánto hemos de apreciar , conservar y aumentar la gracia santificante.....	
	156
CAP. II.—Qué motivó la Encarnacion del Hijo de Dios.....	163
CAP. III.—Nuestro corazon , á imitacion del sacratísimo Corazon de Jesus encarnado, debe estar consagrado todo á Dios.....	168
CAP. IV.—Debemos aprender y apropiarnos el mismo espíritu del sacratísimo Corazon de Jesus recien nacido.....	174
CAP. V.—Debemos aprender la humildad en el Sacratísimo Corazon de Jesus , Niño....	178
CAP. VI.—El sacratísimo Corazon de Jesus, nacido en un establo , nos enseña la santa pobreza.....	188
CAP. VII.—El sacratísimo Corazon de Jesus, viviendo en la soledad con los ángeles , nos enseña la santa castidad.....	194
CAP. VIII.—El sacratísimo Corazon de Jesus, nos enseña desde el pesebre la santa obediencia.....	201
CAP. IX.—El sacratísimo Corazon de Jesus, circuncidado , nos enseña la mortificacion del corazon.....	208
CAP. X.—Debemos , á ejemplo del Corazon de Jesus adorado por los Magos , vencer los respetos humanos.....	216
CAP. XI.—Nos es necesario aprender en el sacratísimo Corazon de Jesus , presentado en el	

templo, la recta intencion en todas las cosas.	222
CAP. XII.—El sacratísimo Corazon de Jesus, huyendo á Egipto, nos enseña la libertad del Corazon.....	229
CAP. XIII.—El sacratísimo Corazon de Jesus, subiendo al templo, nos enseña á orar....	236
CAP. XIV.—El sacratísimo Corazon de Jesus, viviendo en Nazareth, nos enseña con su ejemplo el amor á la soledad.....	244
CAP. XV.—El sacratísimo Corazon de Jesus, bautizado, nos enseña con su ejemplo á vivir siempre en la presencia divina.....	251
CAP. XVI.—El sacratísimo Corazon de Jesus, tentado en el desierto, nos enseña á conservar siempre la paz del corazon.....	259
CAP. XVII.—El sacratísimo Corazon de Jesus, al empezar su vida pública, nos enseña el celo por las almas.....	268
CAP. XVIII.—El sacratísimo Corazon de Jesus, presente en las bodas de Caná, nos enseña la paz espiritual.....	277
CAP. XIX.—El sacratísimo Corazon de Jesus, tratando familiarmente con los hombres, nos enseña á tolerar los defectos del prójimo.	283
CAP. XX.—El sacratísimo Corazon de Jesus, tratando á todos con suma sencillez, nos enseña la sencillez santa para con nuestros prójimos.....	288
CAP. XXI.—El sacratísimo Corazon de Jesus, manifestando á los hombres lo suave de su humilde caridad, nos ha dejado á todos el modelo que debemos imitar.....	296
CAP. XXII.—El sacratísimo Corazon de Jesus, viviendo en el mundo, nos enseña á conducirnos en él de tal manera, que ni seamos del mundo ni el mundo nos dañe.....	303

CAP. XXIII.—El sacratísimo Corazon de Jesus, exigiendo á sus discípulos la fe, nos enseña á nosotros á vivir la vida de la Fe.....	309
CAP. XXIV.—El sacratísimo Corazon de Jesus, ofreciendo la salvacion á los que perseveran, y los medios de salvacion á los que piden confiadamente, nos enseña á vivir la vida de la Esperanza.....	317
CAP. XXV.—El sacratísimo Corazon de Jesus, preceptuando á todos el amor, nos enseña á vivir la vida del amor divino.....	323
CAP. XXVI.—El sacratísimo Corazon de Jesus nos enseña á dedicarnos siempre al adelanto en las virtudes.....	332

### LIBRO III.

#### ADVERTENCIAS MUY ÚTILES PARA IMITAR AL SACRATÍSIMO CORAZON DE JESUS, PACIENTE.

Directorio.....	344
CAPITULO PRIMERO.—Cuánto importa la santidad, y cuánto debe ser deseada.....	352
CAP. II.—Nadie puede vivir en este mundo sin padecer.....	360
CAP. III.—De qué modo el sacratísimo Corazon de Jesus amó el padecer.....	366
CAP. IV.—Cuántos bienes se alcanzan con el padecer.....	373
CAP. V.—Cómo nosotros, á ejemplo del sacratísimo Corazon de Jesus, debemos conformarnos en las aflicciones con la divina voluntad.....	379
CAP. VI.—El sacratísimo Corazon de Jesus nos enseña á recurrir á la oracion en las aflicciones.....	386
CAP. VII.—El sacratísimo Corazon de Jesus nos enseña cómo hemos de emplear en las	



tribulaciones el auxilio de las criaturas....	392
CAP. VIII.—Cómo, á ejemplo del sacratísimo Corazon de Jesus, debemos sufrir las contrariedades y hasta las persecuciones de los hombres.....	397
CAP. IX.—De qué modo, á ejemplo del sacratísimo Corazon de Jesus, hemos de soportar el abandono de aquellas personas que nos son, ó muy útiles, ó muy necesarias..	405
CAP. X.—De qué modo podrémos imitar al sacratísimo Corazon de Jesus, ya preso....	412
CAP. XI.—De qué manera, á ejemplo del sacratísimo Corazon de Jesus, hemos de sufrir las falsas acusaciones.....	418
CAP. XII.—El sacratísimo Corazon de Jesus nos enseña tambien cómo debemos sufrir las injurias personales.....	425
CAP. XIII.—Debemos imitar al sacratísimo Corazon de Jesus de tal modo, que con Él y por Él deseemos ser tenidos por necios..	432
CAP. XIV.—Debemos, á imitacion del sacratísimo Corazon de Jesus, desear ser puestos á todos.....	439
CAP. XV.—De qué modo hemos de imitar al sacratísimo Corazon de Jesus, azotado, en las mortificaciones voluntarias.....	445
CAP. XVI.—De qué manera, con el modelo del sacratísimo Corazon de Jesus, debemos aprender á sufrir las enfermedades y padecimientos corporales.....	452
CAP. XVII.—De qué modo, á imitacion del sacratísimo Corazon de Jesus, debemos aceptar la muerte.....	459
CAP. XVIII.—Con qué disposiciones, á ejemplo del sacratísimo Corazon de Jesus, debemos amar nuestra cruz.....	467

CAP. XIX.—Jesus crucificado, pidiendo por sus verdugos, demuestra la inmensa bondad de su Corazon para con los pecadores, y que los pecadores, pecando mortalmente, le crucifican segunda vez.....	474
CAP. XX.—Jesus, perdonando con toda su alma al Buen Ladron, y prometiéndole el Paraíso, nos enseña el modo de sufrir los angustiosos afanes de nuestra salvacion eterna.....	481
CAP. XXI.—Cuánta ternura nos manifestó el Corazon sacratísimo de Jesus al darnos por Madre á su misma Madre.....	487
CAP. XXII.—Jesus, desamparado en la Cruz, nos enseña cómo hemos de conducirnos cuando nos vemos desamparados en las tentaciones.....	495
CAP. XXIII.—Jesus desamparado, padeciendo sed y no siendo aliviado en ella, nos manifiesta cómo debemos portarnos en la desolacion.....	506
CAP. XXIV.—Jesus, consumándolo todo en la Cruz, nos enseña á consumarlo todo tambien en la Cruz.....	515
CAP. XXV.—Jesus, encomendando su espíritu en manos del Eterno Padre, nos enseña como hemos de entregarnos á Él absolutamente.	520
CAP. XXVI.—El Corazon rasgado de Jesus, muerto por nuestro amor, es el refugio y el consuelo de todos.....	524

## LIBRO IV.

AVISOS ÚTILES PARA UNIRSE CON EL SACRATÍSIMO  
CORAZON DE JESUS BIENAVENTURADO.

Directorio.....	531
CAPITULO PRIMERO.—El Sacramento Santísimo de la Eucaristía es invencion del amor del sacratísimo Corazon de Jesus.....	541
CAP. II.—Trata de la admirable institucion del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.....	548
CAP. III.—Con cuán viva fe la Iglesia ha manifestado siempre y en todas partes su devocion al Santísimo Sacramento.....	555
CAP. IV.—El sacratísimo Corazon de Jesus es perfectamente bienaventurado en el Sacramento de su amor.....	564
CAP. V.—El sacratísimo Corazon de Jesus es el Corazon de su Iglesia santa.....	570
CAP. VI.—El sacratísimo Corazon de Jesus une á la Iglesia militante en la tierra con la Iglesia triunfante en los cielos.....	579
CAP. VII.—El sacratísimo Corazon de Jesus une á la Iglesia que se purifica en el purgatorio con las Iglesias militante y triunfante.....	586
CAP. VIII.—Inefables ocupaciones del sacratísimo Corazon de Jesus para con su Padre en el Santísimo Sacramento.....	591
CAP. IX.—El sacratísimo Corazon de Jesus honra infinitamente á su Padre en la Santísima Eucaristía.....	597
CAP. X.—El sacratísimo Corazon de Jesus, con sus sacrificios en la Sagrada Eucaristía, aplaca á la divina Justicia y alcanza gracias inmensas para todos nosotros.....	603
CAP. XI.—El sacratísimo Corazon de Jesus es,	



en el Sacramento de su amor, nuestro mayor consuelo en la tierra.....	609
CAP. XII.—El sacratísimo Corazon de Jesus, instruyendo á los hombres en su vida sacramental como en otro tiempo en la vida mortal, no cesa de enseñarnos que es manso y humilde.....	617
CAP. XIII.—El sacratísimo Corazon de Jesus quiso que la Santísima Eucaristía fuera un recuerdo perpétuo de su Pasión y un memorial sempiterno del amor que nos manifestó en ella.....	623
CAP. XIV.—El sacratísimo Corazon de Jesus presenta en este adorable Sacramento la suma de todos los misterios divinos.....	630
CAP. XV.—El sacratísimo Corazon de Jesus, en el Sacramento Santísimo de la Eucaristía, nos lleva hasta á las divinas perfecciones.....	640
CAP. XVI.—Cuánta reverencia, ya exterior ó ya interior, quiere el sacratísimo Corazon de Jesus que se tenga al Santísimo Sacramento.....	651
CAP. XVII.—Hemos de procurar, por cuantos medios nos sean posibles, compensar las injurias con que el sacratísimo Corazon de Jesus es ofendido en el Sacramento de su amor.....	658
CAP. XVIII.—Debemos probarnos á nosotros mismos ántes de acercarnos al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.....	666
CAP. XIX.—De qué modo debemos prepararnos para recibir la sagrada Comunión.....	674
CAP. XX.—Cómo debemos portarnos despues de haber recibido el Santísimo Sacramento.	683
CAP. XXI.—El sacratísimo Corazon de Jesus	

nos da en el adorable Sacramento de la Eucaristía el antidoto con que nos libremos de culpas veniales y nos preservemos de pecados mortales.....	693
<b>CAP. XXII.—El sacratísimo Corazon de Jesus nos une á Sí en la sagrada Comunión, y nos hace vivir por Él y para Él mismo.....</b>	<b>701</b>
<b>CAP. XXIII.—El sacratísimo Corazon de Jesus, en la sagrada Comunión, consuma su unión con nosotros y nos transforma en sí mismos.....</b>	<b>706</b>
<b>CAP. XXIV.—El sacratísimo Corazon de Jesus nos concede en la sagrada Comunión el don de la perseverancia.....</b>	<b>712</b>
<b>CAP. XXV.—El sacratísimo Corazon de Jesus nos da, en la sagrada Comunión, una garantía de la gloria futura.....</b>	<b>719</b>
<b>CAP. XXVI.—Conclusion.—El sacratísimo Corazon de Jesus lo es todo para nosotros....</b>	<b>723</b>
<b>Memento.....</b>	<b>733</b>
<b>Epílogo.....</b>	<b>737</b>

## OBRAS RELIGIOSAS

*que se hallan de venta en la librería de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, núm. 6. Madrid.*

El árbol de la vida ó Teología mística, por el Rdo. Padre Fr. Honorio Mossi: un tomo en 8.º, 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

Arco iris de paz, cuya cuerda es la consideracion y meditacion para rezar el santísimo Rosario de nuestra Señora, su aljaba ocupa quinientas sesenta consideraciones sobre los sagrados misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, por Fr. P. de Santa María y Ulloa: un tomo en 8.º mayor, 20 rs. en rústica y 24 en pasta.

Cantos del cristianismo, devocionario de la infancia y album religioso, en verso: un tomo en 16.º, adornado con láminas, 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

Catecismo de Ripalda y Astete, adornado con 154 estampas finas, é ilustrado con otras tantas explicaciones parafrásticas, para mejor inteligencia de los dogmas y misterios de nuestra Religion: cuatro tomos en 8.º, 38 rs. en rústica y 50 en pasta.

El cielo abierto á la devocion cristiana. Devocionario completo, por Rementería: un tomo en 8.º, 4 rs. en rústica y 6 en pasta.

Contemplacion de la vida de nuestro Señor Jesucristo, desde su concepcion hasta la venida del Espiritu Santo, dispuesta por San Buenaventura para enseñar á las almas devotas el modo de contemplar: un tomo en 8.º, 10 reales en pasta.

De imitatione Christi, libro quatuor, auctore Kempis: un tomo en 32.º, 6 rs. en pasta fina.

La misma en castellano, 5 rs. en pasta fina.

Diario del buen cristiano y tesoro del purgatorio, ó sea Calendario perpétuo de los Santos, indulgencias y gracias pontificias en socorro de las almas del purgatorio; por el presbítero D. Salvador María de Rementería: un tomo, 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

Directorio ascético místico, en que se enseña el modo de conducir las almas por el camino ordinario de la gracia á la perfeccion cristiana, dirigido á los directores de las almas, obra del P. Juan Bautista Scaramelli, de la Compañía de Jesus: seis tomos en 4.º, 64 rs. en rústica y 82 en pasta: y el Discernimiento de los espíritus, 16 rs. en pasta.

Ejercicios de perfeccion y virtudes cristianas, por el P. Alonso Rodriguez: dos tomos en 4.º; 30 rs. en rústica y 36 en pasta.

Ejercicios espirituales de S. Ignacio, arreglados para un retiro de ocho dias, por el Rdo. P. Luis Bellecio, de la Compañía de Jesus, y el retiro de tres dias, del mis-



mo autor: un tomo un 8.º, 20 rs. en rústica y 24 en pasta fina.

**El Cristiano instruido en su ley**, discursos morales y doctrinales dados á luz en lengua toscana por el Reverendo P. Pablo Señeri, de la Compañía de Jesus, y traducidos en idioma castellano por D. Juan de Espinosa Baeza Echaburu; obra muy útil para toda clase de personas, doctas é indoctas, llena de todo género de erudicion sagrada y profana: cuatro tomos, 40 rs. en rústica y 60 en pasta.

**Entretenimientos del corazon devoto con el santísimo Corazon de Jesus**, como simbolo del amor, y varios actos de desagravio y de obsequio, dispuestos por el Padre Teodoro de Almeida: un tomo en 8.º, 8 rs. en pasta.

**Entretenimientos históricos sobre los hechos de los Apóstoles**, por el padre César Calino, de la Compañía de Jesus: diez tomos en 4.º, 100 rs. en rústica y 150 en pasta.

**Jesucristo**, libro de vida, opúsculo de Santa Angela de Foligno, traducido al castellano directamente de la edicion italiana: un tomo en 16.º, 2 rs. en rústica y 4 en pasta.

**La dolorosa pasion de nuestro Señor Jesucristo**, segun las meditaciones de Sor Ana Catalina Emmerich, religiosa agustina de Agnetenberg de Dulmen, traducida del francés, con licencia de la autoridad eclesiástica: un tomo en 8.º mayor, 14 rs. en rústica y 18 en pasta.

**La perfecta casada**, por Fr. Luis de Leon: un tomo en 8.º, 8 rs. en pasta.

**Norte seguro para llegar al cielo**. Las cuatro cosas indispensables á todo cristiano para alcanzar su último fin y salvarse, segun la doctrina y enseñanza de la santa Iglesia católica, con la práctica de las principales devociones: confesion, comunión, santa Misa, Rosario, Via-Crucis, Dolores de Maria y otras, por el P. Sabas Trapiella, de la Compañía de Jesus: un tomo en 12.º, 5 rs. en rústica y 6 en pasta.

**Las siete palabras**, poema religioso y explicacion y meditacion de las que nuestro Redentor Jesucristo habló desde la Cruz, escrito por D. Felipe Velazquez y Arroyo: un tomo en 8.º mayor, 8 rs. en rústica.

**Nociones doctrinales y prácticas sobre la devocion al sagrado Corazon de Jesus**, acompañadas de un apéndice sobre la devocion al Santísimo Corazon de Maria, por el P. Javier de Franciosi, de la Compañía de Jesus. Un tomo en 16.º mayor, bien encuadernado, 6 reales, y en rústica 4.

**El Cielo en la Tierra**, ó la via interior más perfecta. Obra compuesta en 1683 por el Rdo. P. Piny, del orden de Predicadores. Reproducida bajo una forma más correcta, y dedicada á los Sagrados Corazones de Jesus y de Maria.—Madrid, 1874. Con licencia del Ordinario. Un tomo en 16.º mayor, bien encuadernado: 5 reales.

1871/10/10 + mg/10/10

**GB L 252**

Sig.: G.B. L. 252

Tít.: De la imitación del Sagrado Cor

Aut.: Arnolfo, J.

Cód.: 1008420

